



# CLIVE CUSSLER

## El oro de los INCAS

Lectulandia

En 1578, el legendario sir Francis Drake captura un galeón español con un cargamento de oro y plata de origen inca y descubre un tesoro de incalculable valor. El galeón de Drake zozobra y sólo un hombre logra sobrevivir. Cuatro siglos más tarde, Dirk Pitt salva la vida a unos arqueólogos que investigan en los Andes peruanos. A raíz de ello, se ve arrastrado a un torbellino de peripecias espeluznantes y a un mundo críptico rodeado de oscuridad y muerte en las profundidades de la selva.

Lectulandia

Clive Cussler

# El oro de los incas

Dirk Pitt - 12

ePUB v1.0

Alicantino79 18.11.12

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Título original: *Inca gold*  
Clive Cussler, 1995.  
Traducción: Julio Izquierdo.  
Ilustraciones: John Wells.  
Diseño/retoque portada: Alicantino79.

Editor original: Alicantino79 (v1.0).  
ePub base v2.0

En recuerdo del doctor Harold Edgerton, Bob Hesse, Erik Schonstedt y Peter Throckmorton, queridos y respetados por todas aquellas personas de cuyas vidas formaron parte.

# **PRÓLOGO.**

En 1997, Estados Unidos de América, único país del mundo que aún mantenía el sistema no decimal, se convirtió por fin al sistema métrico, una necesidad apremiante si el país pretendía ser competitivo en el ámbito del comercio internacional.

# LOS MISTERIOSOS VISITANTES

*1533 Antes de Cristo, en un mar olvidado.*

Vinieron del sur una mañana soleada. Mientras se deslizaban por un mar centelleante, sus figuras fantasmales rutilaban como en el espejismo de un desierto. Bajo el plácido azul del cielo, las velas rectangulares de algodón de una flotilla de balsas colgaban inertes de los palos. Los marineros remaban en un silencio sepulcral. No se oía a nadie dar órdenes. Sobre sus cabezas, un halcón revoloteaba como si quisiera guiar a los timoneles hacia la isla desierta que se erguía en medio del mar interior.

Las balsas estaban hechas con varios haces de juncos atados y con los extremos curvados hacia arriba. Seis de estos haces constituían el casco, mientras que la quilla y el bao eran de bambú. La proa y la popa tenían la forma de una serpiente con cabeza de perro cuyas fauces se elevaran hacia el cielo como si estuviera ladrando a la luna.

El comandante de la flota se sentaba en una especie de trono situado en la punta de proa de la balsa principal. Llevaba una túnica de algodón adornada con pequeñas láminas de turquesa y un manto de lana bordado de multitud de colores. Su cabeza estaba cubierta con un yelmo empenachado y su cara, con una máscara de oro. Todo lo que llevaba puesto brillaba al sol: los ornamentos de las orejas, los brazaletes, el enorme collar que le colgaba del cuello... Incluso sus zapatos lanzaban destellos dorados. Lo que hacía de la comitiva algo realmente asombroso era el hecho de que los miembros de la tripulación fuesen ataviados con igual magnificencia.

Los indígenas que poblaban la fértil tierra cerca del mar se habían acercado a la costa para observar, con una mezcla de miedo y admiración, cómo la flota extranjera invadía sus aguas. No parecía que tuviesen la intención de defenderse ante los invasores. Eran simples cazadores que, aparte de capturar algún conejo y algo de pescado, se dedicaban a la recolección de semillas y nueces. Curiosamente, su cultura era bastante primitiva si se la comparaba a la de sus vecinos del este y del sur, quienes habían acabado formando verdaderos imperios con el paso del tiempo. Vivían y morían sin preocuparse por construir templos para sus dioses, y ahora se hallaban fascinados ante el espectáculo de riqueza y poder que avanzaba por las aguas. Todos tuvieron la impresión de presenciar un milagro: la aparición de los dioses guerreros del mundo de los espíritus.

Los misteriosos extranjeros no prestaron atención a la gente que se apiñaba a lo largo de la costa y continuaron remando en dirección a su destino. Su misión era sagrada y nada podía detenerlos. Avanzaban impasibles, sin hacer caso de sus asombrados espectadores.

Se encaminaron directamente hacia las escarpadas estribaciones de una isla que formaba un montículo alargado y que se elevaba unos doscientos metros por encima del nivel del mar. La isla estaba deshabitada y prácticamente carecía de vegetación. Los indígenas que vivían en el continente la llamaban la gigante muerta porque el perfil de la montaña se parecía al cuerpo de una mujer sumida en una especie de sueño eterno. El sol reforzaba esa sensación dándole un fulgor supraterrrenal.

La rutilante comitiva no tardó en alcanzar una playa de guijarros que llevaba hasta un estrecho cañón. Arriaron las velas —tejidas con las representaciones de unos animales sobrenaturales cuya simbología no hacía sino incrementar el silencioso miedo de los indígenas— y comenzaron a desembarcar algunas tinajas y varios cestos de caña.

A lo largo del día fueron apilando el cargamento hasta formar un montón de gran tamaño pero ordenado. Con la caída de la tarde, los indígenas dejaron de ver la isla. Tan sólo se podía entrever algún destello de luz en la oscuridad. Al llegar el día, sin embargo, tanto la flota como el cargamento amontonado seguían todavía en la playa.

En la cima de la montaña un grupo de canteros trabajaba con ahínco alrededor de una gran roca. Durante los seis días siguientes se mantuvieron ocupados golpeando la piedra con barras de bronce y cinceles hasta que lograron que la roca asumiese el aspecto de un fiero jaguar alado con la cabeza de una serpiente. Al dar el último golpe de cincel, pareció como si el grotesco animal estuviera a punto de saltar de la roca en la que había sido esculpido. Mientras, el cargamento de cestos y tinajas había sido retirado sin dejar ni rastro.

Una mañana, los habitantes de la costa vieron que en la isla había desaparecido toda señal de vida. Tanto los enigmáticos pobladores del sur como su flota de balsas se habían marchado navegando al abrigo de la oscuridad. El único recuerdo de su paso por la isla era la imponente figura del jaguar con cabeza de serpiente, los curvos colmillos que mostraban sus fauces abiertas, los ojos rasgados que vigilaban las interminables colinas que se sucedían más allá del pequeño mar...

La curiosidad no tardó en vencer al miedo. La tarde siguiente, envalentonados por los efectos de una fuerte poción, cuatro hombres partieron en canoa del principal poblado de la costa rumbo a la isla. Una vez en la pequeña playa, se adentraron en el cañón que llevaba al interior de la montaña. Sus amigos y familiares esperaron inquietos su regreso durante día y medio. No los volverían a ver, ni a ellos ni a la canoa.

El miedo que habían sentido al principio creció cuando al poco tiempo una violenta tormenta vino bruscamente a romper la tranquilidad del mar. El cielo se tiñó de repente de un negro intenso. La terrible oscuridad se vio acompañada por un viento huracanado que cubrió el mar de olas y acabó destruyendo los poblados costeros. Parecía como si los cielos les hubiesen declarado la guerra. La violencia con



la que el viento arremetía contra la costa era inimaginable. Los indígenas estaban seguros de que los dioses de la oscuridad y de los cielos seguían las órdenes del jaguar-serpiente para castigarles por su intromisión. Se empezó a murmurar de la existencia de una maldición que caería sobre aquellos que se atreviesen a entrar en la isla sin permiso.

Entonces, con la misma brusquedad con que había comenzado, la tormenta amainó y el viento quedó reducido a un silencio pasmoso. La luz del sol inundó la superficie del mar, que parecía más tranquilo que nunca. Poco después se vio a un grupo de gaviotas haciendo círculos sobre un objeto que el mar había arrastrado y depositado sobre la arena de la playa del este. Al ver la figura inmóvil, los indígenas se acercaron lentamente con toda la precaución del mundo. Se agacharon para examinarla y, sofocando un grito, se dieron cuenta de que se trataba del cuerpo sin vida de uno de los visitantes del sur. Tan sólo llevaba puesta una vistosa túnica bordada. De la máscara dorada, el yelmo y los brazaletes no quedaba ni rastro.

Los testigos de tan macabra escena se quedaron conmocionados ante el descubrimiento del cuerpo. A diferencia de los indígenas, cuya piel era oscura y su pelo negro azabache, el hombre sin vida tenía la piel clara y el pelo rubio. Sus ojos de mirada vacía eran de color azul. De haber estado de pie, habría medido una media cabeza más que las asombradas personas que lo examinaban.

Temblando de miedo, lo llevaron cuidadosamente hasta una canoa y lo colocaron con suavidad en su interior. Se eligió entonces a dos de los hombres más valientes del poblado para que lo llevaran hasta la isla. Allí lo dejaron rápidamente sobre la arena y remaron frenéticamente de vuelta al poblado. Años después de que murieran los testigos de tan notable acontecimiento, aún se podía ver el blanco esqueleto sobre la playa, medio cubierto por la arena, como si se tratara de una macabra advertencia de no aproximarse a la isla.

Se comentaba entre susurros que el guardián de los guerreros dorados, el jaguar-serpiente alado, había devorado a los indiscretos hombres que osaron entrar en su santuario. Nadie volvió a atreverse a provocar su ira acercándose a la isla, que de ese modo se convirtió en un lugar sagrado al que sólo se hacía referencia en voz baja.

¿Quiénes habían sido aquellos guerreros de oro? ¿De dónde habían venido? ¿Por qué habían ido a la isla? ¿Qué habían hecho allí? A los testigos no les quedó más remedio que aceptar lo que habían visto: no cabía explicación alguna. De ahí nacieron los mitos: de la ignorancia. El gran terremoto que sacudió la tierra de los indígenas no hizo sino alimentar la leyenda que ellos mismos habían creado. Los poblados costeros quedaron destruidos y, al cabo de cinco días, cuando los temblores perdieron su fuerza, se vio que el gran mar interior había desaparecido, dejando como único recuerdo un amplio círculo de conchas sobre lo que antes había sido la costa.

Los misteriosos visitantes se abrieron camino rápidamente en la tradición

religiosa de los indígenas y de esa manera se convirtieron en dioses. Con el paso del tiempo, los relatos sobre su repentina presencia y subsiguiente desaparición fueron creciendo para acabar transformándose en un vago conjunto de creencias sobrenaturales que se transmitirían de generación en generación. Los indígenas siguieron viviendo en su tierra, un lugar hechizado por una serie de fenómenos inexplicables que les envolvieron como si se tratara del humo de una hoguera.

# EL CATACLISMO

1 de Marzo de 1578, costa este de Perú.

El capitán Juan de Antón, un hombre taciturno de ojos verdes castellanos y barba bien recortada, miraba por su catalejo la extraña embarcación que seguía la estela de su barco. Arqueó las cejas en señal de sorpresa. ¿Un encuentro fortuito —se preguntó— o un tropiezo planeado?

En el tramo final de su viaje desde Callao de Lima, De Antón no esperaba encontrarse con otros galeones en dirección a Panamá, en donde las riquezas del rey eran cargadas en mulas para atravesar el istmo y luego cruzar el Atlántico hasta pasar a engrosar las arcas de Sevilla. Adivinó cierto aire francés en el diseño del casco y las jarcias del barco que les seguía a legua y media de popa. Si se hubiese encontrado en las rutas comerciales caribeñas de España, De Antón habría rehuido el contacto con otros barcos. Sus sospechas disminuyeron, sin embargo, cuando avistó una enorme bandera en la popa del barco. Al igual que su propia enseña, sobre el fondo blanco se podía ver la cruz roja rampante de la España del siglo XVI. Así y todo, no pudo evitar sentirse algo inquieto.

De Antón se volvió al segundo de a bordo y primer piloto, Luis Torres.

—¿Qué crees que es, Luis? —preguntó.

Torres, un gallego alto y bien afeitado, se encogió de hombros.

—Es demasiado pequeño para ser un galeón de lingotes. Yo diría que es un mercante de vinos de Valparaíso camino del puerto de Panamá, como nosotros.

—¿No crees que pueda ser un enemigo de España?

—Imposible. Jamás se ha visto a un barco enemigo atreverse a hacer la difícil travesía del estrecho de Magallanes.

Más tranquilo, De Antón asintió con la cabeza.

—Puesto que no hay que temer el que sea francés o inglés, viremos y saludémosle.

Torres dio la orden al timonel, quien vio el curso a seguir desde una escotilla abierta en la cubierta superior y movió con la mano una vara giratoria que daba vueltas al timón. El *Nuestra Señora de la Concepción*, el galeón más grande y majestuoso de toda la armada del Pacífico, se inclinó hacia babor y dio la vuelta sobre su curso en dirección suroeste. Sus nueve velas se llenaron con una rápida brisa de tierra que empujó las 570 toneladas de peso a una cómoda velocidad de cinco nudos.

A pesar de su figura imponente, de los vistosos relieves y del colorido diseño de las piezas que adornaban su castillo de popa, el galeón era una embarcación aguerrida. De robusta construcción y muy navegable, la nave era en realidad el

caballo de tiro de los veleros de alta mar de su época. En caso de necesidad, era muy capaz de habérselas con los mejores corsarios de cualquier nación marítima con tal de defender el precioso tesoro que hubiese en su cargamento en ese momento.

A simple vista, el galeón parecía un navío de guerra perfectamente armado. Sin embargo, una mirada inquisitiva no podría sino descubrir su verdadera función, que era la de buque mercante. Las cubiertas de armas tenían troneras suficientes para cincuenta cañones de cuatro libras. Sin embargo, los españoles tenían la tranquilidad que les daba la convicción de que los mares del sur les pertenecían a ellos en exclusiva y el hecho de que ninguno de sus barcos hubiera llegado a ser atacado o capturado por los corsarios. En esa ocasión, el *Concepción* iba armado tan sólo con un par de cañones a fin de reducir el tonelaje y permitir un cargamento más pesado.

El capitán De Antón, creyendo que su barco no estaba en peligro, se sentó plácidamente en un taburete y volvió a mirar por su catalejo al barco que ahora se les acercaba a gran velocidad. No se le había ocurrido alertar a la tripulación para la batalla como medida de precaución.

En realidad, no había tenido ninguna premonición, ni siquiera la vaga sospecha de que el barco con el que estaban a punto de encontrarse fuera el *Golden Hind*, la nave gobernada por el infatigable lobo de mar Francis Drake. El capitán inglés se hallaba en el alcázar de la nave y observaba tranquilamente a De Antón por un telescopio. Su mirada era fría como la del tiburón que sigue un rastro de sangre.

—Muy considerado de su parte salimos al encuentro —murmuró Drake, un gallo de pelea de ojos brillantes, largo bigote, melena pelirroja ensortijada y barba dorada acabada en punta.

—Lo menos que cabía esperar de él, después de que le hayamos estado siguiendo durante las dos últimas semanas —repuso Thomas Cuttill, piloto jefe del *Golden Hind*.

—Cierto, pero se trata de una presa que merece la pena seguir.

El *Golden Hind* iba cargado de lingotes de oro y plata y un pequeño cofre de piedras preciosas y tejidos de gran valor, y todo ello era producto de la veintena de barcos españoles que había hecho presa desde que se convirtiera en el primer buque inglés que surcaba el Pacífico. El antiguo *Pelican* avanzaba entre las olas cual sabueso en busca del zorro: se trataba de un navío fuerte y sólido, con una longitud total de unos treinta y un metros y un tonelaje de desplazamiento de ciento cuarenta. Navegaba bien y respondía a las órdenes del timón de manera adecuada. Ni el casco ni los palos estaban precisamente nuevos, si bien, tras una cuidadosa reparación en Plymouth, la nave había quedado lista para una travesía que le iba a hacer recorrer cincuenta y cinco mil kilómetros por todo el mundo en un plazo de treinta y cinco meses, una de las aventuras marítimas más grandes de la historia.

—¿Quiere que nos acerquemos por la proa y barramos de una vez a estos

lacayos?

Drake dejó de mirar por el telescopio y meneó la cabeza sonriendo.

—Lo más cortés sería orientar las velas y darles la bienvenida como verdaderos caballeros.

Cuttill miró sin comprender a su audaz capitán.

—¿Y si viran para entrar en batalla?

—No parece muy probable que su capitán sepa quiénes somos.

—Ese barco es el doble de grande que el nuestro... —insistió Cuttill.

—Según los marineros que capturamos en Callao de Lima, el *Concepción* sólo lleva dos cañones. El *Hind* lleva nada menos que dieciocho.

—Los españoles... —escupió Cuttill—. Ni los irlandeses son peores que ellos.

Drake señaló el barco que se acercaba confiadamente viento en popa.

—Los capitanes de los barcos españoles prefieren salir huyendo que pelear —le recordó a su belicoso subordinado.

—¿Entonces por qué no nos apartamos y los acribillamos hasta que se sometan?

—No veo nada inteligente en abrir fuego y correr el riesgo de hundir el barco con todo el botín dentro. —Drake le dio a Cuttill una palmada en la espalda—. No temas, Thomas. Si sale el plan que tengo pensado, nos ahorraremos la pólvora y bastará con que confiemos en nuestros valientes marineros. Andan con ganas de pelea.

Cuttill asintió con la cabeza dando a entender que comprendía.

—¿Entonces vamos a abordarlos con los ganchos?

Drake movió la cabeza afirmativamente.

—Estaremos sobre su cubierta antes de que su tripulación tenga tiempo para preparar un solo mosquete. Aún no lo saben, pero están a punto de caer en su propia trampa.

Poco después de las tres de la tarde, el *Nuestra Señora de la Concepción* se puso nuevamente rumbo noroeste y se situó a babor del *Golden Hind*. Torres subió por la escalera del castillo de proa del barco y gritó:

—¿Qué barco sois?

Numa de Silva, un piloto portugués que Drake se había llevado consigo al capturar un barco brasileño, contestó en español:

—*San Pedro de Paula*, de Valparaíso. —Ése era el nombre del navío que Drake había atrapado tres semanas antes.

A excepción de tres miembros de la tripulación que se habían vestido de marineros españoles, Drake había mandado al resto de sus hombres que se escondiesen debajo de las cubiertas, armados con cotas de malla y un arsenal de picas, mosquetes y alfanjes. Los ganchos para el abordaje estaban atados a unas amarras que habían escondido tras las amuradas de la cubierta principal. Drake también había mandado a varios hombres que se ocultasen en las vergas mayores de

los diferentes palos, donde les había prohibido que utilizaran armas de fuego por miedo a que los mosquetes pudieran prender fuego a las velas. Las velas mayores habían sido recogidas a fin de que los ballesteros tuviesen libre la línea de tiro. El capitán se tranquilizó tras comprobar que se habían llevado a cabo todas las órdenes y se puso a esperar pacientemente el momento del ataque. El hecho de que sólo tuviese ochenta y ocho hombres y la tripulación española sumase casi los doscientos no le preocupaba en absoluto. No era la primera vez —ni sería la última— que hacía caso omiso a su inferioridad de condiciones. Aún no había tenido lugar la famosa batalla contra la armada española en el canal de La Mancha.

Desde su posición, De Antón no veía ninguna actividad inusual en las cubiertas del otro barco, cuyo comportamiento hasta ese momento le había parecido normal e inofensivo. Por el momento, daba la impresión de que los miembros de la tripulación seguían ocupados con sus deberes y no mostraban una especial curiosidad por el *Concepción*. Su capitán se apoyó despreocupadamente sobre la barandilla del puente y saludó a De Antón. El aspecto del barco que se iba acercando resultaba engañosamente inocente.

Cuando la distancia entre los dos barcos se redujo a treinta metros, Drake hizo un gesto apenas perceptible con la cabeza y el mejor francotirador de la tripulación, que estaba escondido, disparó su mosquete y atravesó el pecho del timonel del *Concepción*. Al mismo tiempo, los ballesteros comenzaron a matar uno a uno a los hombres encargados del velamen del buque español. Cuando el *Concepción* empezó a perder velocidad de maniobra, Drake ordenó a su timonel que colocara el *Hind* en posición paralela al gran casco del galeón.

Los barcos chocaron con estrépito, y tanto los baos como el tablazón de las cubiertas crujieron lastimeramente. Drake gritó con fiereza:

—¡A por ellos, muchachos, por la gran reina Isabel y por Inglaterra!

Los ganchos para el abordaje volaron hasta las barandillas, y con un ruido seco quedaron agarrados de las amuradas y las jarcias, uniendo a los dos buques en un abrazo mortal. Los hombres de Drake se abalanzaron sobre la cubierta del galeón gritando como demonios, mientras los tambores y las trompetas daban inicio a sus terroríficas marchas de guerra. El fuego de mosquete y las flechas no dejaban de llover sobre los estupefactos marinos españoles.

Todo acabó a los pocos minutos de haber comenzado. Una tercera parte de la tripulación del galeón yacía muerta o herida. Ni siquiera habían tenido la oportunidad de disparar en defensa propia. Conmocionados por la confusión y el miedo, se arrodillaron en actitud sumisa mientras los hombres de Drake bajaban a las cubiertas inferiores.

Drake se acercó al capitán De Antón con una pistola en una mano y un alfanje en la otra.

—¡Rendíos en el nombre de Su Majestad la Reina Isabel de Inglaterra! —Su voz se alzó por encima de todo el estrépito.

De Antón entregó su barco con una mezcla de confusión e incredulidad.

—Me rindo —gritó como respuesta—. Tened piedad de mis hombres.

—No me gustan las atrocidades —le informó Drake.

Los ingleses se hicieron cargo del galeón: los muertos fueron lanzados por la borda y los supervivientes confinados en una bodega. Al capitán De Antón y a sus oficiales se les escoltó hasta la cubierta del *Hind*. Con su proverbial amabilidad, de la que solía hacer gala con sus cautivos, Drake acompañó personalmente al capitán español en una visita por todo el barco; a continuación invitó tanto a él y como a sus subalternos a una cena de gala en toda regla: músicos de cuerda, cubertería de plata y una selección de los mejores vinos españoles que habían capturado.

Mientras los oficiales cenaban, los hombres de Drake viraron al oeste para abandonar cuanto antes las rutas españolas. A la mañana siguiente se pusieron al paio, orientando velas para bajar la velocidad pero manteniéndose viento en popa. Dedicaron los cuatro días siguientes a acarrear al *Golden Hind* el magnífico tesoro que ocupaba las bodegas del *Concepción*. El botín constaba de trece cofres llenos de monedas y vajillas de plata real, ochenta libras de oro, veintiséis toneladas de lingotes de plata, cientos de cajas llenas de perlas y joyas —en su mayoría esmeraldas— y una gran cantidad de reservas de alimentos, tales como azúcar y fruta. Se trataba de la presa más valiosa conseguida por un corsario durante décadas.

Había también en el barco una bodega llena de objetos exóticos de origen inca y de gran valor. Su destino era Madrid y, en concreto, el disfrute personal de Su Majestad Católica, Felipe II, rey de España. Drake estudió los objetos sin ocultar su asombro. Jamás había visto nada parecido. Una parte de la bodega estaba repleta de arriba abajo de enormes cantidades de tejidos andinos bordados. Había cientos de baúles a rebosar de piedras ricamente esculpidas, figuras de cerámica, maravillosas piezas de jade tallado y soberbios mosaicos hechos con turquesas y conchas. Todo ello había sido robado de los templos sagrados de las civilizaciones andinas que Francisco Pizarro y los ejércitos subsiguientes habían ido conquistando para saciar su hambre de oro. No era más que una muestra de un tipo de arte maravilloso, un arte cuya existencia Drake no podría haber llegado a imaginarse jamás. El objeto que le llamó más la atención no fue, curiosamente, una obra maestra del arte tridimensional repujada con piedras preciosas, sino una sencilla caja tallada en jade con una tapa en forma de máscara. La tapa encajaba con tal perfección que el receptáculo resultaba prácticamente hermético. En su interior había una maraña de cuerdas multicolores de diversos grosores y longitudes que estaban atadas con más de cien nudos.

Drake se llevó la caja a su camarote y pasó buena parte del día estudiando el complejo arreglo de cuerdas teñidas de vibrantes colores. Los nudos se encontraban

dispuestos en lugares estratégicos. Drake, marinero de gran valía y artista aficionado, llegó a la conclusión de que o bien se trataba de un instrumento matemático o bien de un método para recordar fechas a la manera de un calendario. Intrigado por el enigma, trató, sin éxito, de determinar el significado oculto en las hebras coloreadas y en el orden de los nudos. La solución se le antojaba tan difícil como lo sería para una indígena el cálculo de la latitud y la longitud de una carta de navegación.

Drake acabó rindiéndose. Envolvió la caja en una tela de lino y llamó a Cuttill.

—El buque español ha elevado considerablemente su nivel de flotación al desprenderse de su botín —anunció jovialmente al entrar en el camarote de su superior.

—No has tocado las obras de arte, ¿verdad? —preguntó Drake.

—Siguen en las bodegas del galeón tal y como ordenó.

El capitán se levantó de su mesa de trabajo, se acercó a la gran ventana del camarote y miró fijamente al *Concepción*. Los costados mojados del navío se elevaban algo más de un metro sobre la línea de flotación en que estaba ahora.

—Las obras de arte iban destinadas al rey Felipe —observó—. Será mejor que las llevemos a Inglaterra y que las presentemos ante la reina Isabel.

—El *Hind* está ya demasiado sobrecargado —anunció Cuttill—, si añadimos cinco toneladas más, las olas nos llegarán a las troneras bajas y el timón dejará de obedecer. Por los cielos que se irá a pique si tratamos de enfrentarnos a las tempestades del estrecho de Magallanes.

—No es mi intención volver por el estrecho —dijo Drake—. Mi plan es virar norte hasta que encontremos una ruta que nos lleve a Inglaterra. Si eso no da resultado, seguiremos a Magallanes por el Pacífico para luego rodear África.

—El *Hind* no volverá a ver Inglaterra..., no lo hará mientras siga con las bodegas llenas a rebosar.

—Dejaremos todo el cargamento de plata en la isla de Cano, cerca de Ecuador, donde podremos recuperarlo en un próximo viaje. Las obras de arte se quedarán en el *Concepción*.

—¿Y qué pasa con nuestro plan de ofrecérselo a la Reina?

—Sigue en pie —le aseguró Drake—. Tú, Thomas, te encargarás de elegir a diez hombres del *Hind* y volverás a Plymouth a bordo del galeón.

Cuttill levantó las manos en señal de desesperación.

—Es imposible gobernar un navío de ese tamaño con sólo diez hombres, al menos en mar gruesa.

Drake volvió a su mesa de trabajo y dibujó con un compás de bronce un círculo sobre la carta.

—En las cartas que he encontrado en el camarote del capitán De Antón he señalado una pequeña bahía en la costa norte de este lugar en la que no debería de



haber españoles. Irás a ese punto y dejarás a los oficiales españoles y a todos los heridos. Luego convencerás a veinte hombres capacitados para que os ayuden a tripular el galeón. Ya me aseguraré yo de que contéis con las armas suficientes para que os mantengáis a cargo de la situación y no haya riesgo de rebelión.

Cuttill sabía que no merecía la pena poner peros. Discutir con un hombre tan testarudo como Drake equivalía a perder el tiempo. Aceptó la tarea con un resignado encogimiento de hombros.

—Haré, cómo no, lo que usted ordene, capitán.

Los cálidos ojos de Drake mostraban una mirada confiada.

—Si hay alguien que pueda llevar un galeón español al puerto de Plymouth, Thomas, ése eres tú. Creo que vas a dejar pasmada a la Reina cuando le enseñes el cargamento que llevas.

—Preferiría que se ocupara usted de esa parte del trabajo, capitán.

Drake le dio a Cuttill una amistosa palmada en la espalda.

—No temas, camarada. Te ordeno que me esperes en el muelle con una moza en cada brazo para darme la bienvenida cuando el *Hind* llegue a casa.

Al amanecer del día siguiente, Cuttill ordenó a sus hombres que soltasen las amarras que unían los dos barcos. Bajo su brazo llevaba bien sujeta la caja que Drake había envuelto en la tela de lino. Tenía órdenes expresas de entregársela personalmente a la reina. La llevó al camarote del capitán y la guardó bajo llave en un armario del dormitorio. Luego volvió a cubierta y asumió el mando del *Nuestra Señora de la Concepción*, dando orden de separarse del *Hind*. Las velas se desplegaron bajo un sol cegador de color carmesí que los hombres más supersticiosos de los dos barcos describieron como propio de un corazón sangrante. Según su tradicional forma de pensar, esto suponía un mal presagio.

Drake y Cuttill se intercambiaron un último saludo cuando el *Hind* viró en dirección noreste. Cuttill siguió el barco con la mirada hasta que desapareció por el horizonte. No tenía la misma confianza de Drake. En su interior albergaba un intenso presentimiento.

Pocos días después, tras dejar varias toneladas de lingotes y monedas de plata en la isla de Cano para aligerar la carga, el intrépido Drake y su velero pusieron rumbo norte en dirección a lo que siglos más tarde sería conocido como la isla de Vancouver. Más tarde virarían hacia el oeste para cruzar el Pacífico en lo que acabaría convirtiéndose en una gran aventura épica.

Más al sur, el *Concepción* cambiaba de bordada y ponía rumbo este, recalando y entrando en la bahía que Drake había marcado en la carta de navegación española. Se echó ancla y se encendieron las luces de vigilancia.

El sol del nuevo día iluminó los Andes. Cuttill y los suyos descubrieron un poblado indígena de más de mil habitantes en medio de una gran bahía. Sin perder

tiempo, ordenó a sus hombres que transportasen a los oficiales y heridos españoles hasta la orilla. Luego ofreció a veinte marineros españoles una cantidad veinte veces superior a su paga habitual a cambio de que le ayudaran a llevar el galeón a Inglaterra, donde serían puestos en libertad tan pronto arribaran a puerto. Los veinte hombres aceptaron de buen grado.

Poco antes del mediodía, Cuttill se encontraba en la cubierta de armas supervisando el traslado a tierra cuando de repente el barco empezó a vibrar como si una mano gigante lo meciera. Todos se fijaron de inmediato en la larga fila de enseñas que colgaban de la punta de los palos. Curiosamente, sólo soplaba una ligera brisa que apenas hacía ondear el extremo de las banderas. Todos los presentes volvieron la mirada hacia la costa, donde una gran tolvanera se elevaba desde la base de los Andes en dirección al mar. Se oyó un terrible estruendo que fue subiendo de volumen hasta llegar a extremos ensordecedores. La tierra comenzó a dar unas sacudidas tremendas. Los tripulantes del galeón se habían quedado boquiabiertos, fascinados ante el espectáculo que se desarrollaba ante sus ojos: parecía como si las colinas al este del poblado se estuvieran levantando para caer sobre sí mismas, como si se tratara de las enormes crestas de un rompiente.

La nube de polvo descendió sobre el poblado y acabó engulléndolo. Por encima del estruendo se elevaban los gritos histéricos de los indígenas y el fragor producido por las rocas y las casas de adobe al resquebrajarse. Ningún miembro de la tripulación había pasado jamás por un terremoto, y sólo unos pocos conocían el fenómeno. Tanto los protestantes como los católicos que había en el barco cayeron de rodillas y comenzaron a rezar fervientemente a Dios para que les liberase.

En cuestión de minutos, la tolvanera pasó por encima del barco y se dispersó por el mar. Todos los hombres clavaron la mirada en lo que hasta hace poco había sido un poblado rebotante de actividad sin saber a qué atenerse. El lugar había sido reducido a meras ruinas. De debajo de los escombros llegaban lamentos de las personas que habían quedado atrapadas. Más tarde se comprobaría que sólo habían sobrevivido cincuenta habitantes del poblado. Los españoles que se encontraban en la playa corrían de un lado a otro llenos de pánico rogando que no se les abandonase en ese lugar. Cuttill, tratando de recuperar la calma, hizo caso omiso de las súplicas y corrió a la amurada para examinar el estado de la mar. Aparte de un ligero oleaje, el tiempo no parecía haberse dado cuenta de la pesadilla que estaba sufriendo el poblado.

Ansioso por dejar atrás el cataclismo ocurrido en la bahía, Cuttill empezó a gritar las órdenes necesarias para abandonarla cuanto antes. Los prisioneros españoles se entregaron en cuerpo y alma a la tarea, trabajando mano a mano con los ingleses para desplegar las velas y levar el ancla. Por su parte, los indígenas supervivientes se acercaron a la playa y empezaron a implorar a los tripulantes del galeón que rescatasen y subieran a bordo a los familiares que se habían quedado atrapados entre

las ruinas. Los marineros, preocupados por su propia supervivencia, hicieron oídos sordos a las súplicas.

De repente, otro terremoto sacudió la bahía, esta vez acompañado por un estruendo mayor si cabe. La tierra se puso a vibrar con violencia, al tiempo que el mar se empezaba a retirar lentamente descubriendo el fondo de la bahía y dejando encallado al *Concepción*. Los marineros, que no sabían nadar, sentían un miedo sorprendente a todo lo que se encontraba bajo el agua; fascinados, ahora observaban el espectáculo de miles de peces retorciéndose como pájaros sin alas entre las rocas y corales que el mar había abandonado. La agonía de la muerte había unido a tiburones y calamares con todo tipo de peces tropicales.

Los temblores sucesivos que conmovían la tierra comenzaron a fracturar las placas submarinas, hundiendo el fondo del mar y provocando una gran depresión. Fue entonces cuando el mar comenzó a enloquecer. La depresión se fue llenando con olas que venían de todas partes, el agua fue concentrándose rápidamente en un amenazador movimiento de contraoleaje, que fue elevándose cada vez más hasta alcanzar los cuarenta metros de altura. Se trataba de un fenómeno que más tarde sería conocido por el nombre de tsunami.

Los indefensos marinos no tuvieron tiempo ni de rezar ni de aferrarse a un objeto sólido. Paralizados, aturdidos ante la enorme montaña de agua que se elevaba ante ellos, lo único que pudieron hacer fue esperar la llegada de esa masa de espuma verde que se abalanzó sobre sus cabezas con un aullido endemoniado. Sólo Cuttill tuvo la serenidad suficiente para ocultarse rápidamente bajo la cubierta protectora de la caña del timón y atarse a su largo listón de madera.

Con la proa encarando el muro de agua, el *Concepción* ascendió vertiginosamente hacia la cresta de la ola para segundos después ser engullido por un enfurecido torbellino.

A merced de las aguas enloquecidas, el galeón salió despedido a una tremenda velocidad hacia la devastada orilla de la bahía. La mayoría de los tripulantes fueron devorados por el torbellino y no se les volvió a ver. Los desafortunados que se encontraban en la playa y los que trataban de salir de la catástrofe ocurrida en el poblado, se vieron de pronto rodeados por las aguas como si fueran un grupo de hormigas en medio de una inundación; en cuestión de segundos salieron despedidos en dirección a los Andes sumidos en un enorme amasijo de escombros.

Inmerso en la formidable masa de agua durante lo que le pareció un período increíblemente largo, Cuttill contuvo la respiración y se aferró desesperadamente al listón. Creía que los pulmones le iban a estallar. Con todo, y no sin que todos y cada uno de sus baos crujieran estremecedoramente, el sólido barco se las arregló para salir a la superficie.

Cuttill no fue capaz de calcular cuánto tiempo había estado dando vueltas en el

enloquecido vórtice del maremoto. El poblado había sido borrado del mapa por completo. Los pocos hombres que habían logrado sobrevivir sobre el maltrecho galeón no tuvieron tiempo de reponerse: ante sus ojos el agua que rodeaba la nave fue sacando poco a poco a la superficie las momias centenarias de los incas enterrados en la zona. La inmensa ola los había arrancado de las tumbas que ocupaban en un cementerio perdido. Sus cuerpos, asombrosamente bien conservados, lanzaban ahora miradas sin vida a los horrorizados marineros, quienes para entonces ya estaban convencidos de que habían sido objeto de una maldición demoníaca.

Cuttill trató de mover el listón con la intención de que el buque comenzara a moverse, pero no tuvo suerte. El timón se había salido bruscamente de su eje poco después de que la ola golpeará el *Concepción*. El piloto se aferró tenazmente a su vida a pesar de que la visión de las momias que giraban alrededor del barco le aterrorizaba.

Lo peor, sin embargo, estaba todavía por llegar. El alocado movimiento de la corriente había formado un nuevo torbellino que comenzó a dar vueltas alrededor del barco. Su fuerza era tal que los palos acabaron por derrumbarse sobre las cubiertas y los dos cañones se soltaron de sus amarras, dando comienzo a un salvaje baile de destrucción. La avalancha huracanada de agua fue barriendo a los aterrorizados supervivientes, que sucumbieron uno a uno; sólo Cuttill aguantó en el barco. El torrente se abrió camino hacia el interior asolando ocho kilómetros de tierra y arrancando y desgajando árboles hasta dejar totalmente devastada una superficie superior a cien kilómetros cuadrados. Varias rocas de gran tamaño salieron catapultadas tierra adentro con la misma facilidad con que un niño tira guijarros armado de un tirachinas. Al llegar a las estribaciones de los Andes, la fuerza arrolladora del terremoto empezó por fin a disminuir. Tras golpear la falda de la cordillera, comenzó el camino de regreso, produciendo un gran estruendo de succión y dejando tras de sí una estela de muerte y desolación desconocida hasta ese momento en la historia.

Cuttill sintió cómo los movimientos del galeón se iban calmando. Recorrió con su mirada la cubierta de armas y sólo vio un montón de jarcias y maderos. No quedaba ni rastro de los demás tripulantes. Durante casi una hora se mantuvo acurrucado bajo el timón por miedo a que volviese la ola. El barco, sin embargo, permaneció inmóvil y silencioso. Entumecido, se dirigió lentamente hacia la cubierta de proa, desde donde pudo ver el alcance de los destrozos.

El *Concepción* se mantenía, asombrosamente, en posición vertical en medio de una selva aplastada. Según sus estimaciones, debía de estar a unas tres leguas del mar. El barco había logrado sobrevivir gracias a la solidez de su construcción y al hecho de que en el momento del choque la nave navegaba en dirección a la ola. De lo contrario, el torrente de agua habría caído directamente sobre el castillo de popa y la

embarcación habría quedado reducida a meras astillas. De todas formas, si bien había aguantado la embestida, ahora no era sino un guiñapo que jamás volvería a surcar los mares.

Lejos de allí, el único recuerdo del poblado era una gran playa, ahora limpia ya de escombros. Parecía imposible que en ese lugar hubiera vivido un millar de personas en sus respectivas casas. La selva anegada estaba repleta de cuerpos sin vida. Ésa era al menos la impresión que tenía Cuttill, puesto que no dejaba de ver muertos por todas partes, tanto en socavones de hasta tres metros de profundidad como colgados grotescamente de las ramas de los pocos árboles que permanecían en pie. La mayoría de los cuerpos habían quedado desfigurados y resultaban prácticamente irreconocibles.

Cuttill no podía creer que hubiera sido el único superviviente del cataclismo. Pero lo cierto es que aún no había visto ni un alma. Dio gracias a Dios por haberle librado de una muerte segura y le rogó que le orientase. Evaluó entonces su situación. Abandonado a catorce mil millas marinas de Inglaterra, en medio de la parte del mundo controlada por los españoles —quienes no dudarían en torturar y ejecutar a un odiado pirata inglés si lo capturasen—, las probabilidades que tenía de disfrutar de una larga vida eran realmente pocas. Cuttill no tenía ninguna esperanza de volver a casa por mar, así que se decidió por la única alternativa que le quedaba con visos de éxito: adentrarse en los Andes y tratar de alcanzar la costa este. Si llegaba a Brasil, cabía la posibilidad de que encontrase a algún corsario inglés en busca de mercancías portuguesas.

A la mañana siguiente construyó una parihuela en la que colocó su arcón de viaje, el cual había llenado antes con comida y agua procedentes de la despensa del barco, ropa de cama, dos pistolas, una libra de pólvora, provisión de balines, pedernal y eslabón, un saco de tabaco, un cuchillo y una biblia española. Tras echar una última mirada al triste barco, Cuttill se echó a andar tirando de la parihuela en dirección a las nubladas cumbres de los Andes y preguntándose si no serían los dioses incas los responsables de la catástrofe.

«Ya han recuperado sus sagradas reliquias», pensó, «que se las confiten». Le vino a la cabeza la extraña cajita de jade y pensó que no sentía ninguna envidia por la persona que la volviese a robar.

Aunque Drake volvió triunfante a Plymouth el 26 de septiembre de 1580 en un *Golden Hind* repleto de despojos, no encontró ni rastro de Cuttill ni del *Nuestra Señora de la Concepción*. Sus promotores recibieron un 4.700 por ciento de lo que habían invertido y la parte que correspondió a la reina sirvió de base para la futura expansión británica. En el transcurso de una lujosa fiesta celebrada en Greenwich a bordo del *Hind*, la reina Isabel le confirió a Drake el título de caballero.

El segundo barco que había logrado dar la vuelta al mundo se convirtió en

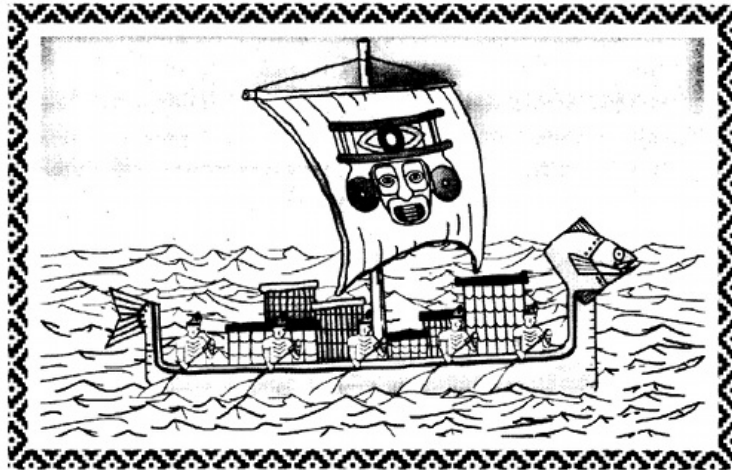
atracción turística. Las tres generaciones siguientes tuvieron la ocasión de visitarlo hasta que fue víctima de las llamas o de la putrefacción. La historia no deja claro lo que le ocurrió en realidad, pero lo que sí es cierto es que el *Golden Hind* acabó desapareciendo en las aguas del Támesis.

Las hazañas de sir Francis Drake prosiguieron durante dieciséis años más. En uno de sus últimos viajes se apoderó de las ciudades portuarias de Santo Domingo y Cartagena de Indias, lo cual le supuso el título de almirante de los mares. Fue, además, alcalde de Plymouth y miembro del parlamento, y a él se debió el audaz ataque a la armada española en 1588. Su vida llegó a su fin en 1596, durante una expedición de saqueo por el mar Caribe. Tras morir de disentería, fue lanzado al mar en un ataúd cerca de Portobelo, Panamá.

Hasta el día de su muerte, Drake no dejó de darle vueltas a la desaparición del *Concepción* y al enigma de las cuerdas de la misteriosa caja de jade.

# I.

## HUESOS Y TRONOS.



VELERO INCA DE ALTA MAR

# 1

*10 de Octubre de 1998, cordillera de los Andes, Perú.*

El esqueleto yacía sobre el sedimento de la poza como si estuviese tumbado sobre un suave colchón. Las frías cuencas de sus ojos miraban hacia arriba como si buscasen la superficie, que se encontraba a 36 metros de distancia. Una pequeña serpiente de agua asomó su maligna cabeza por el costillar y se alejó rápidamente, dejando tras de sí una turbia estela de fango. La calavera pareció esbozar una sonrisa vengativa. Uno de sus codos estaba hundido en el lodo y gracias a él el brazo se mantenía en posición vertical. Los huesos de la mano, por su parte, parecían hacer señas a los incautos que pudieran acercarse.

De abajo arriba, conforme más cerca estaba de la luz del sol, el agua de la poza iba cambiando de un tono marrón grisáceo al verde chillón producido por las plantas que florecían al calor del trópico. El borde circular del socavón medía treinta metros de diámetro y los muros se alzaban hasta una altura de quince metros a partir del nivel del agua. Si caían adentro, no habría manera de que un ser humano o un animal pudiera salir sin que se le prestase ayuda desde arriba.

El enorme socavón de piedra caliza —o cenote, como se le conoce técnicamente— daba una sensación realmente desagradable. Los animales eran conscientes de la repugnante amenaza que suponía y se negaban a acercarse a menos de cincuenta metros de su perímetro. Todo el lugar despedía un horrible hálito de muerte, y no era para menos. En realidad constituía algo más que una poza sagrada en la que en el pasado se había arrojado a hombres, mujeres y niños vivos en señal de sacrificio durante las épocas de sequía y de temporal. Los antiguos mitos y leyendas lo consideraban como el hogar de unos dioses malignos en el que ocurrían cosas sobrecogedoras. También se decía que en la poza prohibida se habían lanzado varios objetos manufacturados de gran rareza así como esculturas, piezas de oro, jades y piedras preciosas, todo ello para calmar a los dioses malignos causantes del mal tiempo. En 1964, dos submarinistas se habían sumergido en las profundidades del socavón y no habían regresado. No se realizó ningún intento por recuperar los cuerpos.

La historia del cenote dio comienzo en el período cámbrico, cuando la región formaba parte de un antiguo océano. Con el paso de los distintos períodos geológicos, miles de generaciones de crustáceos y corales habían ido dejando tras de sí sus restos y formando una enorme masa de cal y arena que acabaría transformándose en una capa de piedra caliza y dolomita de dos kilómetros de grosor. Más tarde, hace ahora sesenta y cinco millones de años, un intenso levantamiento de tierra elevó la cordillera de los Andes hasta su altura actual. La lluvia que bajaba de las montañas



formó una gran corriente de agua subterránea que poco a poco fue disolviendo la piedra caliza. En aquellos lugares donde se remansaba, el agua comenzaba a erosionar la tierra que tenía encima hasta provocar un hundimiento de la superficie y la creación del cenote mismo.

Un cóndor andino sobrevolaba perezosamente el socavón dibujando grandes círculos en el húmedo aire de la selva y observando con su fría mirada el trabajo de un grupo de personas en torno al borde del cenote. Sus largas alas, de más de tres metros de longitud, se arquearon para aprovechar una corriente de aire. El enorme pájaro negro, con su collarín blanco y su calva cabeza rosa, se mantuvo un rato flotando tranquilamente en el aire y prestando gran atención a lo que ocurría debajo. Al cabo, tras asegurarse de que no había comida en perspectiva, remontó el vuelo para conseguir un punto de mira más amplio y viró hacia el este en busca de carroña.

Transformado en un lugar sumamente controvertido, los arqueólogos habían decidido por fin reunirse alrededor del socavón para hacer inmersiones y recoger de sus profundidades todos los objetos que pudieran. El antiguo yacimiento estaba situado en la vertiente oeste de una de las altas sierras de los Andes peruanos, cerca de las ruinas de una gran ciudad. Ésta había formado parte de una gran confederación de ciudades-estado conocida como Chachapoyas y que había sido conquistada por el conocido imperio inca en torno al año 1480 antes de Cristo.

La confederación de Chachapoyas abarcaba casi cuatrocientos kilómetros cuadrados. La extensión metropolitana de granjas, templos y fuertes que la configuraban se encontraba rodeada por varias montañas vírgenes de frondosa selva. Las ruinas de esta gran civilización daban a entender que allí había existido una misteriosa mezcla de culturas, en su mayoría desconocidas. Tanto los gobernantes chachapoyanos —el consejo de ancianos—, como sus arquitectos, sacerdotes, soldados y trabajadores, no habían dejado ningún rastro de su existencia. Los arqueólogos tenían por tanto que desentrañar todavía los entresijos de su burocracia, su sistema jurídico y sus prácticas religiosas.

La doctora Shannon Kelsey estaba demasiado emocionada para sentir el frío roce del miedo cuando miró con sus grandes ojos castaños el agua estancada del socavón. Esta mujer, que podía resultar realmente atractiva cuando se arreglaba, transmitía esa fría y distante sensación de autosuficiencia que no hace más que irritar a la mayoría de los hombres: era capaz de mirarlos fijamente a los ojos con una audacia casi burlona. Su pelo, rubio y liso, solía ir recogido en una coleta con un pañuelo rojo. Lucía un bonito bronceado, y el bañador de licra que llevaba puesto dejaba adivinar un cuerpo bellamente torneado y de medidas generosas que en movimiento producía la misma impresión de ligereza que el de una bailarina indonesia.

A sus treinta y tantos años, la doctora Kelsey llevaba toda una década dejándose fascinar por las culturas de Chachapoyas. Había explorado y estudiado varios

yacimientos arqueológicos de importancia en las cinco expediciones precedentes, dejando al descubierto buena parte de los principales edificios y templos de las antiguas ciudades de la región. En su calidad de respetada arqueóloga de culturas andinas, su gran pasión era seguir el rastro de un pasado glorioso. La posibilidad de trabajar en el lugar en el que un enigmático pueblo había florecido para acabar desapareciendo finalmente, era un sueño que se había hecho realidad gracias a la beca que le había concedido el Departamento de Arqueología de la Universidad estatal de Arizona.

—No merece la pena llevar una cámara de vídeo a menos que la visibilidad mejore por debajo de los primeros dos metros —dijo Miles Rodgers, el fotógrafo que estaba filmando el proyecto.

—Entonces saca fotos —repuso Shannon con firmeza—. Quiero tener constancia de todas las inmersiones, tanto si podemos ver más allá de nuestras narices como si no.

Rodgers estaba a punto de cumplir los cuarenta, tenía barba y lucía un exuberante pelo negro. Se trataba de un gran profesional de la fotografía submarina. Todas las publicaciones científicas se lo disputaban para conseguir sus magníficas instantáneas de peces y arrecifes de coral. Sus extraordinarias fotografías de los naufragios de la Segunda Guerra Mundial en el sur del Pacífico y de los puertos sumergidos del Mediterráneo le habían valido varios premios y el respeto de sus colegas.

Un hombre alto y delgado, de unos sesenta años y con una barba plateada que le cubría la mitad de la cara sostenía la bombona de oxígeno de Shannon mientras ella metía los brazos por las correas.

—¿Por qué no esperas hasta que acabemos de construir la balsa de inmersión?

—Aún faltan dos días para eso. Con un estudio preliminar ganamos tiempo.

—Entonces espera a que llegue el resto del equipo de submarinistas de la universidad. Si tú y Miles os metéis en un apuro, no habrá quien os pueda ayudar.

—No se preocupe —dijo Shannon con valentía—. Sólo haremos una inmersión de reconocimiento para comprobar la profundidad y las condiciones del agua. No tardaremos más de media hora.

—No bajéis más allá de quince metros —añadió el anciano precavidamente.

Shannon dirigió una sonrisa a su colega, el doctor Steve Miller de la Universidad de Pennsylvania.

—¿Y si después de bajar quince metros aún no hemos tocado fondo?

—Tenemos cinco semanas por delante. No hay que precipitarse y correr el riesgo de un accidente. —La profunda voz de Miller, normalmente tranquila, manifestaba ahora cierta preocupación. El profesor era uno de los arqueólogos más importantes de su generación y había dedicado los últimos treinta años a desenmarañar los misterios de las culturas de las regiones del norte de los Andes que luego se habían extendido

por la jungla del Amazonas.

—Ve sobre seguro: examina las condiciones del agua y la geología de las paredes. Luego vuelve a la superficie.

Shannon asintió con la cabeza. Escupió en la mascarilla y extendió la saliva por la lente para evitar que se empañase. Luego lo limpió todo con el agua de una cantimplora. Tras ajustar el compensador de flotación y ponerse el cinturón con los lastres, Shannon y Rodgers comprobaron por última vez sus respectivos equipos. Todo estaba en orden y los ordenadores subacuáticos se encontraban ya programados. La arqueóloga volvió a sonreír a Miller.

—Hasta pronto, doctor. Mantenga el martini bien frío hasta que volvamos.

El anciano puso bajo los brazos de los submarinistas una gruesa correa que iba unida a varias cuerdas de nailon de gran largura. Los diez estudiantes peruanos del programa de arqueología de la universidad que se habían ofrecido como voluntarios para el proyecto las sostenían firmemente.

—Ya podéis bajar, chicos —dijo Miller a los seis muchachos y las cuatro muchachas del programa.

Las cuerdas fueron deslizándose poco a poco y los dos submarinistas comenzaron su descenso al amenazador socavón.

Shannon y Rodgers extendieron las piernas empleando las puntas de sus aletas como protección ante las escarpadas paredes de piedra caliza. La capa de lógamo que cubría la superficie del agua se distinguía con gran claridad. Tenía un aspecto tan viscoso y atractivo como el de una tina llena de mucosidades y el hedor a putrefacción que despedía era insufrible. La curiosidad ante lo desconocido que hasta el momento había sentido Shannon se transformó de repente en una profunda aprensión.

Cuando sólo faltaba un metro para llegar a la superficie, se ajustaron entre los dientes las boquillas de los reguladores de aire e hicieron una señal a las inquietas caras que les miraban desde arriba. Shannon y Rodgers se desprendieron de las correas y se sumergieron en el repulsivo fango.

Miller paseaba nervioso por el borde del socavón mirando su reloj continuamente en tanto que los estudiantes observaban fascinados la capa verdosa de fango. Ya habían pasado quince minutos y los submarinistas no habían dado ninguna señal. De pronto, las burbujas de los reguladores de aire dejaron de aparecer en la superficie. Miller se puso a correr frenéticamente alrededor de la poza. ¿Habrían encontrado acaso una cueva y se habrían metido en ella? Tras diez minutos de espera, salió raudo hacia una tienda cercana y se metió dentro. Agarró una radio portátil y comenzó a llamar atropelladamente al centro de operaciones y unidad de aprovisionamiento del proyecto, situado a noventa kilómetros al sur en el poblado de Chachapoyas. La voz de Juan Chaco, inspector general de arqueología de Perú y director del Museo de la

Nación de Lima, respondió inmediatamente.

—Aquí Juan. ¿Eres tú, Miller? ¿Qué puedo hacer por ti?

—La doctora Kelsey y Miles Rodgers se han empeñado en hacer una inmersión de reconocimiento en la poza sacrificial —contestó Miller—. Me parece que tenemos una emergencia...

—¿Se han metido en esa cloaca sin esperar al equipo de la universidad? —preguntó Chaco con un tono de indiferencia.

—He intentado disuadirles.

—¿Cuánto hace que se han metido en el agua?

Miller volvió a consultar su reloj.

—Hace veintisiete minutos.

—¿Cuánto tiempo iba a durar el reconocimiento?

—Tenían la intención de volver en quince minutos.

—Aún es pronto —dijo Chaco suspirando—. ¿Qué problema hay entonces?

—Hace diez minutos que no hay señal de las burbujas.

Chaco contuvo la respiración y cerró los ojos por un momento.

—Eso no me suena nada bien, amigo mío. No es lo que teníamos planeado.

—¿Puedes mandarme al equipo de submarinistas en helicóptero? —preguntó el profesor.

—Imposible —contestó Chaco con impotencia—. Todavía no han llegado de Miami. Según el horario previsto, su avión no estará en Lima hasta dentro de cuatro horas.

—No nos podemos permitir la intromisión del gobierno, y menos ahora. ¿Podrías arreglártelas para enviar enseguida un equipo de rescate?

—Las instalaciones navales más cercanas están en Trujillo. Alertaré al jefe de la base para que envíen un equipo desde allí.

—Buena suerte, Juan. Estaré esperando pegado a la radio.

—Manténme informado si ocurre algo.

—Sin falta, te lo prometo —le aseguró Miller firmemente.

—Compañero.

—¿Sí?

—Saldrán de ésta —le dijo Chaco con una voz neutra—. Rodgers es un gran submarinista. Nunca comete errores.

Miller no dijo nada porque no había nada más que decir. Cortó la conexión con Chaco y volvió apresuradamente al lado del grupo de estudiantes, que seguían asustados, con la mirada clavada en la poza.

En Chachapoyas, Chaco se secó la cara con un pañuelo. Era un hombre metódico. Los problemas imprevistos le molestaban. Si esos dos estúpidos estadounidenses se habían ahogado, habría una investigación del gobierno, y a pesar de su influencia, no

albergaba ninguna duda de que los medios de comunicación peruanos acabarían por convertir el asunto en un incidente de dimensiones desproporcionadas. Las consecuencias podrían acabar siendo como mínimo desastrosas.

—Lo único que nos hacía falta ahora era un par de arqueólogos muertos en la poza.

Agarró el transmisor de radio con mano temblorosa y empezó a lanzar llamadas urgentes de socorro.

## 2

Shannon y Miles llevaban ya una hora y tres cuartos sumergidos en el cenote sacrificial. Cualquier intento de rescate sería inútil. Nada podía salvar ya a los dos submarinistas. El oxígeno se les había acabado hacía bastante tiempo, por lo que debían de estar muertos. Así pues, habría que sumar dos víctimas más al innumerable grupo de personas desaparecidas en las mórbidas aguas de la poza a lo largo de los siglos.

La frenética voz de Chaco le había informado que la marina peruana no estaba preparada en ese momento para una emergencia. Su equipo de rescate se encontraba de prácticas en el sur de Perú, cerca de la frontera con Chile, y no había manera de que pudieran hacer llegar un grupo de submarinistas equipado al cenote antes del atardecer. Chaco, impotente, compartía la inquietud de Miller ante la lentitud con que se desarrollaban los acontecimientos, pero estaban en Sudamérica, donde la velocidad no es precisamente algo prioritario.

Fue una de las estudiantes la que lo oyó en primer lugar. Ahuecó las manos en torno a sus orejas y dio la vuelta como si fuera una antena de radar.

—¡Un helicóptero! —avisó emocionada mientras señalaba un pequeño punto en el oeste.

Todas las personas reunidas en torno al cenote se pusieron a escuchar en medio de un silencio expectante. El leve golpeteo de las hélices al cortar el aire fue haciéndose cada vez más claro. Al cabo de un minuto apareció por encima de los árboles un helicóptero de color turquesa con las letras ANS pintadas en sus laterales.

«¿De dónde vendrá?», se preguntó Miller sintiéndose más animado. Por lo que se podía ver, estaba claro que no pertenecía a la marina peruana. Tenía que ser un helicóptero civil.

Las copas de los árboles empezaron a cabecear frenéticamente en cuanto el aparato inició su descenso sobre el pequeño claro que había al lado del cenote. Antes de que tocara tierra, la puerta del fuselaje se abrió y apareció un hombre alto de pelo negro y ondulado. De un ágil salto se plantó en el suelo. Llevaba un traje de submarinismo corto especial para aguas templadas. Se dirigió directamente al antropólogo sin prestar ninguna atención a los jóvenes estudiantes.

—¿El doctor Miller?

—Sí, soy yo.

El extraño, esbozando una cálida sonrisa, estrechó su callosa mano al profesor.

—Siento que no hayamos podido llegar antes.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Dirk Pitt.

—Usted es estadounidense —afirmó Miller clavando la mirada en la rugosa cara

que tenía delante.

—Director de Proyectos Especiales de la Agencia Nacional de Submarinismo de los Estados Unidos. Según tengo entendido, dos de sus submarinistas han desaparecido en una cueva bajo el agua.

—En un cenote —le corrigió Miller—, la doctora Shannon Kelsey y Miles Rodgers se sumergieron hace casi dos horas y no han vuelto a aparecer.

Pitt se acercó a la orilla de la poza y miró hacia abajo. Enseguida se dio cuenta de que las condiciones de inmersión eran pésimas. El agua pasaba de un verde fangoso en la periferia a un tono sumamente oscuro en el centro, de lo cual se deducía que el socavón debía de ser muy profundo. Todo parecía indicar que la operación iba a reducirse a una simple recuperación de cuerpos.

—No resulta muy atractivo —dijo pensativo.

—¿De dónde viene usted? —le preguntó Miller.

—La ANS está llevando a cabo una investigación geológica submarina en la costa oeste. El centro de operaciones peruano nos pidió por radio un equipo submarino de rescate y aquí estamos. Por lo visto hemos sido los primeros en llegar.

—¿Cómo es posible que unos científicos oceanográficos puedan llevar a cabo una operación de rescate en una cloaca como ésta? —Miller se mostró repentinamente enfadado.

—Nuestro barco de investigación contiene el equipo submarino necesario —le explicó Pitt sin inmutarse—. No soy un científico, sino un ingeniero naval. Aunque sólo he recibido unas pocas clases sobre rescate bajo el agua, soy un submarinista bastante bueno.

El desanimado profesor no tuvo tiempo de responderle. El motor del helicóptero se había detenido y la rotación de las hélices había comenzado a disminuir. Un hombre de baja estatura pero con el corpachón de un marinero se deslizó por la puerta de salida y se acercó a Miller y Pitt. El contraste con este último, que era alto y delgado, no podía ser más marcado.

—Mi socio y amigo, Al Giordino —dijo Pitt a modo de presentación.

Giordino asintió con la cabeza, que llevaba cubierta por una masa de rizos negros, y dijo simplemente «hola».

Miller volvió la mirada hacia el helicóptero y, al no ver a nadie más en su interior, dejó escapar un gemido de desesperación.

—Dos personas, sólo dos personas. Dios mío, por lo menos haría falta una docena de hombres para sacarlos de ahí dentro.

Pitt, que no se había molestado lo más mínimo ante el comentario de Miller, se limitó a clavar sus ojos opalinos en la cara del antropólogo con una actitud comprensiva. Daba la impresión de que sería capaz de hipnotizar a cualquiera con esa mirada.

—Confíe en mí, doctor —declaró en un tono que daba por finalizada la conversación—. Al y yo podemos ocuparnos de este asunto sin ningún problema.

En unos pocos minutos se habían ultimado los detalles de la operación y Pitt ya estaba preparado para bajar a la poza. Llevaba unas gafas de buceador EXO—26 de Diving Systems International con un regulador de aire exotérmico especial para inmersiones en aguas contaminadas. Los auriculares estaban conectados a una radio MK1—DCI del tipo Ocean Technology Systems. Aparte, tenía dos bombonas de oxígeno de unos tres metros cúbicos con un compensador de flotación provisto de un indicador de profundidad, manómetro y brújula. Mientras iba poniéndoselo todo, Giordano le conectó a los auriculares un grueso cable de comunicaciones que iba, junto a una cuerda de seguridad, dentro de una manga forrada de nailon de la marca Kermantle, y le sujetó una hebilla de emergencia al cinturón que llevaba puesto en la cintura. La manga estaba enrollada en una gran bobina que había en el helicóptero y que estaba conectada a un amplificador en el exterior. Tras comprobar todo el equipo de Pitt, Giordano le dio un ligero golpe en la cabeza y habló por el micrófono que estaba conectado al sistema de comunicación.

—Parece que todo está en orden. ¿Me oyes bien?

—Como si estuvieras dentro de mi cabeza —contestó Pitt. Su voz sonó claramente por el amplificador—. ¿Qué tal sueno yo?

Giordano asintió con la cabeza.

—Perfectamente. Controlaré el tiempo de descompresión y el de inmersión desde aquí.

—Entendido.

—Cuento con que me vayas informando sobre tu situación y la profundidad conforme vayas bajando.

Pitt se enrolló la manga de seguridad alrededor de un brazo y la sujetó con las dos manos. Giordano vio cómo le guiñaba un ojo a través de las gafas.

—Vale. Que comience el espectáculo.

Giordano ordenó a cuatro estudiantes que empezasen a soltar la bobina. A diferencia de Shannon y Miles, que habían bajado por las paredes dando tumbos, Pitt descendía sin rozarse con la pared de piedra caliza, gracias a que Giordano había lanzado la manga de nailon por encima del tronco de un árbol caído que sobresalía unos dos metros del borde del precipicio.

Giordano trabajaba de una manera sumamente eficaz y relajada, pensó Miller, teniendo en cuenta que cabía la posibilidad de que su amigo estuviese muy cerca de la muerte. Lo cierto es que no conocía a ninguno de los dos submarinistas. Nunca había oído nada sobre la legendaria pareja y no podía saber que eran unos hombres fuera de lo común que llevaban casi veinte años corriendo aventuras bajo los mares. Con el paso de los años habían desarrollado un sentido infalible para calcular las



probabilidades de supervivencia en una situación dada. Por tanto, al profesor no le quedaba más remedio que permanecer al margen. Tendría que conformarse con ser testigo de lo que en su opinión era una maniobra inútil. Se asomó por el borde y observó atentamente cómo Pitt se iba acercando al fango que cubría la superficie.

—¿Qué te parece? —le preguntó Giordino por el teléfono.

—Se parece a la sopa de guisantes de mi abuelita.

—Yo que tú no la probaría.

—Ni se me había pasado por la cabeza.

Ésas fueron las últimas palabras que dijo Pitt antes de sumergirse en el agua. Cuando su cabeza desapareció, Giordino aflojó la manga de seguridad para darle mayor libertad de movimiento. La temperatura del agua sólo estaba unos diez grados más fría que la de una bañera caliente. Pitt comenzó a respirar por el regulador, se dio la vuelta y con un golpe seco de las aletas, se sumergió en las letales profundidades del cenote. Enseguida empezó a notar la creciente presión del agua en sus oídos. Encendió su linterna de investigación oceanográfica marca Birns, aunque al punto se dio cuenta de que el haz de luz apenas podía penetrar en la oscuridad de la poza.

De repente, pasó de la densa capa de lègamo a una enorme sima de agua cristalina. La luz dejó de reflejarse en las algas para lanzarse bruscamente hacia el fondo. El cambio súbito le dejó aturdido momentáneamente. Tuvo la sensación de que estaba flotando en el aire.

—La visibilidad es buena a una profundidad de cuatro metros —informó a los de arriba.

—¿Alguna señal de los submarinistas?

Pitt comenzó a nadar lentamente y formó un círculo completo.

—No, ninguna.

—¿Puedes distinguir lo que hay en el fondo?

—Bastante bien —contestó Pitt—, el agua está limpia, pero hay poca luz: el fango de la superficie impide que pase en un setenta por ciento. Voy a tener que dar una vuelta de reconocimiento cerca de los muros para encontrar los cuerpos.

—¿Quieres que afloje la manga de seguridad?

—Mantenla algo tensa para que no me moleste cuando baje.

Durante los siguiente doce minutos, Pitt estuvo dando vueltas por las paredes, registrando cada apertura y descendiendo con el movimiento giratorio de un sacacorchos. La piedra caliza, formada cientos de millones de años atrás, se veía manchada de varios minerales que reflejaban imágenes abstractas de extraña factura. Pitt avanzaba lentamente en línea horizontal, barriendo todo lo que se le aparecía por delante con su haz de luz. Tenía la impresionante sensación de estar flotando sobre un abismo.

Al cabo, avistó el fondo de la poza sacrificial. No la cubría arena ni vegetación,

sino un desagradable fango de color marrón que formaba una capa desigual interrumpida aquí y allá por rocas de color gris.

—Veo el fondo a una distancia de unos treinta y seis metros. Ni rastro todavía de Kelsey y Rodgers.

En el exterior, Miller lanzó a Giordino una mirada de incredulidad.

—*Tienen* que estar ahí abajo. Es imposible que hayan desaparecido de esa manera.

Pitt se mantenía a una prudente distancia del fondo, nadando a un metro por encima de las rocas y procurando sobre todo no acercarse a los sedimentos, los cuales, a poco que se tocasen, podían transformarse en una espesa nube de barro que reduciría la visibilidad a cero. Si se removían los sedimentos, podían permanecer suspendidos en el agua durante varias horas antes de volverse a posar en el fondo. El agua empezaba a resultar excesivamente fría ya a esos niveles. Pitt se detuvo un momento para ajustar el compensador y conseguir una mejor flotación. De esa forma podía nadar en una posición ligeramente inclinada y con las aletas hacia arriba.

Con sumo cuidado, extendió las manos y las hundió en el barro, que saltó y le cubrió las muñecas. Enseguida sintió roca sólida. Se extrañó: el estrato de sedimentos era muy fino. Tanto las paredes como el terreno circundante llevaban multitud de siglos contribuyendo a la formación de este estrato, por lo que la roca debería estar cubierta por dos metros de depósitos como mínimo. Siguió avanzando lentamente y llegó hasta lo que parecía un conjunto de ramas blancas que brotaban del barro. Agarró una que estaba retorcida y tenía pequeñas protuberancias y la arrancó con suavidad. Lo que tenía en la mano era la columna vertebral de una antigua víctima sacrificial.

La voz de Giordino sonó bruscamente por los auriculares:

—Pitt, ¿me oyes?

—Sí, estoy a una profundidad de treinta y siete metros —contestó el submarinista mientras tiraba el hueso lejos de sí—. El fondo de la poza es un osario. Debe de haber unos doscientos esqueletos diseminados por aquí.

—¿Ni rastro de los cuerpos?

—Todavía no.

Pitt sintió de repente cómo el frío roce de un dedo le recorría la parte trasera del cuello. Se volvió rápidamente y vio un esqueleto con la mano extendida que señalaba un punto en la oscuridad. La caja torácica estaba cubierta por un peto herrumbroso. La calavera llevaba todavía un casco español del siglo XVI.

Pitt informó a Giordino sobre el descubrimiento.

—Dile al doctor Miller que he encontrado un soldado español completo con casco y peto incluidos. —Luego, como guiado por una fuerza desconocida, volvió la mirada hacia el lugar que señalaba el dedo.

Vio otro cuerpo que llevaba muerto poco tiempo. Parecía ser un hombre. Tenía las piernas recogidas y la cabeza echada hacia atrás. La carne no había tenido tiempo todavía de descomponerse. El proceso de putrefacción estaba en la etapa de saponificación, el momento en el que los tejidos y los órganos se transforman en una especie de sustancia jabonosa.

Pitt se dio cuenta de que no se trataba de un indígena al ver las caras botas de montaña, el pañuelo rojo alrededor del cuello y la hebilla dorada con turquesas incrustadas en el cinturón que llevaba el cadáver. Fuera quien fuera, no se trataba de una persona joven. La corriente provocada por los movimientos de Pitt sacudió varias hebras de pelo plateado de la cabeza y la barba.

La larga hendidura que tenía en la garganta dejaba bien claro cuál había sido la causa de su muerte.

El haz de luz iluminó en uno de los dedos del cuerpo un gran anillo de oro con una piedra amarilla incrustada. Pitt pensó que podía venir bien para identificar el cuerpo. Conteniendo la bilis que le subía a la garganta, tiró del anillo por encima del nudillo. Tenía la sensación de que una aparición podía surgir de entre las sombras para echarle en cara lo que estaba haciendo. Pese a lo desagradable que le resultaba, sacudió el anillo en el barro para limpiarlo de cualquier resto que quedara de su antiguo dueño y se lo puso en uno de sus dedos para no perderlo.

—He encontrado otro cuerpo —informó a Giordino.

—¿A unos de los submarinistas o a un español?

—Ni a uno ni a otro. Tengo la impresión de que éste lleva muerto varios meses, incluso un año.

—¿Quieres sacarlo? —preguntó Giordino.

—Todavía no. Será mejor que esperemos hasta que encontremos a la gente de Miller...

Pitt cortó bruscamente la comunicación. Había sentido el impacto producido por una fortísima corriente de agua. Parecía venir de la pared de enfrente y revolvía el fango con la fuerza de un torbellino. Si no hubiera tenido la manga de seguridad, se habría caído como una hoja impulsada por el viento. De hecho, estuvo a punto de perder la linterna ante lo inesperado del impacto.

—Vaya golpe —dijo Giordino preocupado—. ¿Qué ha pasado?

—Me ha golpeado un chorro de agua fortísimo que no sé exactamente de dónde ha salido —respondió Pitt dejándose llevar por la corriente para relajarse—. Esto explica por qué la capa de sedimentos es tan fina. La tromba de agua la barre periódicamente.

—Seguramente es un sistema de corrientes subterráneo. Quizá acumule presión en el fondo la poza y acabe liberándose en forma de tromba —aclaró Giordino en tono pensativo—. ¿Quieres que te saquemos?

—No, estoy bien. Aunque la visibilidad es nula, no parece que haya ningún peligro, al menos por el momento. Suelta lentamente la manga de seguridad, que voy a ver hacia dónde me lleva la corriente. Tiene que haber una salida en alguna parte.

—Eso es demasiado peligroso..., podrías enredarte y quedarte atrapado.

—No si consigo que no se me quede la manga enganchada —le explicó Pitt tranquilamente.

Giordino consultó su reloj.

—Llevas dieciséis minutos sumergido. ¿Cómo vas de oxígeno?

Pitt se puso el manómetro delante de las gafas. Apenas podía ver la aguja con todo el barro que se había formado.

—Aún me quedan veinte minutos.

—Te doy diez. Dada la profundidad a la que estás, vas a tener que hacer unas cuantas paradas de descompresión.

—Tú mandas —dijo Pitt asintiendo.

—¿Cuál es tu situación ahora?

—Parece que estoy entrando en un pequeño túnel. Voy con los pies por delante y puedo tocar las paredes a mi alrededor. Menos mal que llevo la manga de seguridad, porque resulta imposible nadar contracorriente.

Giordino se volvió hacia Miller.

—Por lo visto no anda muy lejos de enterarse de lo que les pasó a sus submarinistas.

Miller hizo un gesto negativo con la cabeza en señal de enfado.

—Ya les avisé. Podrían haber evitado esta tragedia si se hubiesen mantenido en la superficie.

A Pitt le parecieron eternos los veinte minutos que pasó en el conducto a merced de la corriente. La nube de sedimentos se había ido quedando atrás y ahora podía ver lo que le rodeaba con mayor claridad. Su brújula indicaba que se dirigía hacia el sureste. De repente, las paredes comenzaron a ensancharse hasta transformarse en una enorme cámara llena de agua. Debajo, a su derecha, un objeto brillante dejó escapar un destello a través de la suciedad, un artefacto metálico que reflejaba vagamente el turbio haz de luz de su linterna. Se trataba de una bombona de oxígeno. Cerca de ella había otra más. Se acercó hasta ellas nadando y echó un vistazo a los manómetros. Las agujas indicaban que los depósitos estaban vacíos. Dibujó un círculo con la linterna pensando que iba a encontrarse con los cuerpos sin vida de los submarinistas flotando en la oscuridad como fantasmas.

La corriente de agua había mermado la fuerza de Pitt y sus movimientos habían empezado a hacerse más pesados. Aunque la voz de Giordino todavía le llegaba como si estuviera a su lado, las palabras se le antojaban ahora menos claras. Pitt desconectó el piloto automático de su cerebro y trató de asumir el control de la

situación, comprobando el manómetro, el aire, la manga de seguridad y el compensador de flotación. Tenía que conseguir que su cabeza se hiciera cargo de su cuerpo.

Se obligó a sí mismo a prestar toda la atención posible. Si los cuerpos habían sido arrastrados hasta un conducto lateral, había muchas probabilidades de que pasase delante de ellos sin verlos. Tras echar una ojeada a su alrededor, se encontró con un par de aletas de submarinismo. Alzó la linterna y vio el destello producido sobre una superficie de agua, lo cual indicaba que en la parte superior de la cámara había una bolsa de aire.

### 3

Estar atrapado en una prisión habitada únicamente por el silencio, tener que respirar de una bolsa de aire de varios millones de años de antigüedad y verse rodeado por la más absoluta oscuridad es algo tan extravagante y horroroso que no cabe en la imaginación. El terror de morir en condiciones tan espantosas se puede equiparar a lo que supone estar encerrado en un armario lleno de serpientes.

Tras sobreponerse al pánico inicial y recuperar un cierto grado de sensatez, cualquier esperanza de supervivencia que les quedara a Shannon y Rodgers se había esfumado. Las bombonas de oxígeno se habían agotado y sus linternas acuáticas habían dejado escapar su último destello. Por añadidura, el aire que había en la pequeña bolsa no había tardado en enrarecerse como consecuencia de la respiración de los submarinistas. Aturdidos por la falta de oxígeno, sabían que su sufrimiento sólo acabaría cuando la cámara de agua se convirtiese en su tumba.

La corriente subterránea les había arrastrado hasta la cámara poco después de que Shannon hubiera visto el conjunto de huesos y se hubiera lanzado hacia el fondo empujada por la emoción. Rodgers la había seguido fielmente y, en su lucha contra la corriente, se había quedado agotado. El último soplo de aire se les había acabado durante el frustrado intento de encontrar otro conducto que les permitiera salir de la cámara. Pero no había otra salida: no tenían forma de escapar. Todo lo que podían hacer era dejarse llevar por el agua en plena oscuridad, flotando con sus compensadores hasta que les llegase la muerte.

Shannon estaba ya en las últimas. Rodgers, a pesar de su buena forma física, no se encontraba mucho mejor. Súbitamente, la doctora atisbó el parpadeo de una luz en el fondo de la imponente masa de agua. Al poco, vio cómo el ligero resplandor se iba transformando en un brillante haz de luz que atravesaba la negrura en dirección a donde ellos estaban. ¿Le estaba jugando la cabeza una mala pasada? ¿Podía permitirse albergar un ápice de esperanza?

—Nos han encontrado —dijo con dificultad cuando vio que la luz se estaba acercando definitivamente.

Rodgers, con la cara desencajada por la desesperación y el cansancio, miró inexpresivamente hacia abajo y vio el haz de luz. Ni se inmutó. La falta de aire respirable y la aplastante oscuridad le habían reducido a un estado semicomatoso. Si bien seguía respirando y, sorprendentemente, aún mantenía la cámara bien agarrada, había empezado ya a ver la entrada de ese extraño túnel de luz que describe la gente que regresa de la muerte.

Shannon sintió que alguien le tiraba del pie. Acto seguido vio una cabeza que salía del agua a su lado. El haz de luz de la linterna se posó sobre sus ojos, dejándola ciega momentáneamente, y pasó inmediatamente a iluminar la cara de Rodgers. Al

ver que éste estaba peor, Pitt cogió de debajo de uno de sus brazos un regulador de aire conectado a una de las válvulas separables de sus bombonas de oxígeno. Puso rápidamente la boquilla del regulador entre los labios de Rodgers y, sin perder ni un segundo, pasó a Shannon una bombona miniatura que llevaba colgada del cinturón.

La recuperación física y anímica que sintieron los dos al poco tiempo fue casi milagrosa. Shannon dio a Pitt un fuerte abrazo y Rodgers le sacudió la mano con tanto vigor que estuvo a punto de torcerle la muñeca. La alegría y la euforia que sentían los tres era tan grande como la sensación de alivio.

Pitt se dio cuenta entonces de que Giordino le exigía por los auriculares que le informara a voz en grito.

—Dile al doctor Miller que he encontrado a sus ovejas extraviadas. Están los dos sanos y salvos, repito, sanos y salvos.

—¿Los has encontrado? —gritó Giordino—. ¿No están muertos?

—No tienen lo que se dice buena cara, pero aparte de eso están bien.

—¿Cómo es posible? —murmuró Miller incrédulamente.

Giordino hizo un gesto con la cabeza.

—El doctor quiere saber cómo han podido sobrevivir.

—La corriente les había arrastrado hasta una cámara con una bolsa de aire. He llegado en el momento justo. En diez minutos se habrían quedado sin oxígeno.

Todas las personas que había alrededor del amplificador se quedaron en un principio anonadadas, pero en cuanto se dieron realmente cuenta de lo ocurrido, sus caras comenzaron a reflejar una gran sensación de alivio. La antigua ciudad de piedra se llenó de vítores y aplausos de alegría. Miller tuvo que apartarse del grupo para secarse las lágrimas. Por su parte Giordino no dejaba de sonreír.

Mientras tanto, en la cámara, Pitt estaba indicando a los supervivientes que no podía quitarse la mascarilla para hablar y que tendrían que comunicarse mediante gestos. Shannon y Rodgers asintieron con la cabeza y el submarinista les describió con las manos la manera de salir de allí.

Como los dos exploradores se habían quitado todo el material de submarinismo a excepción de las mascarillas y los compensadores de flotación, Pitt pensó que no tendrían ningún problema para salir por el estrecho conducto los tres juntos agarrados de la manga. Según las indicaciones de los fabricantes, la manga de nailon que protegía el cable de comunicaciones podía aguantar hasta tres mil kilos de peso.

Hizo una señal a Shannon para que se atase la cuerda alrededor de una pierna y un brazo y se sumergiera la primera respirando por la bombona de emergencia. Rodgers sería el segundo en salir tras repetir el mismo proceso y Pitt iría detrás de él para que le llegase el regulador de aire de repuesto. Una vez se hubo asegurado que los dos supervivientes estaban preparados y que respiraban sin dificultad, Pitt avisó a Giordino.

—Estamos listos para salir.

Giordino se detuvo un momento para mirar fijamente a los estudiantes de arqueología, los cuales ya estaban agarrando la manga como si estuvieran preparados para jugar a la soka tira. Los vio sumamente impacientes, y pensó que tendría que contener su entusiasmo de alguna manera. De lo contrario acabarían por ser un peligro para los submarinistas cuando éstos estuvieran pasando por el conducto rocoso.

—Preparaos, Pitt, dime a qué profundidad estáis.

—Estamos ligeramente por encima de los diecisiete metros, mucho más arriba que el fondo de la poza. El conducto por el que hemos sido arrastrados tiene una pendiente de unos veinte metros.

—Vais mal de tiempo y presión. Tú estás cerca del límite, y los dos exploradores ya lo han rebasado. Déjame que calcule cuántas paradas de descompresión vais a necesitar.

—Que no sean muy largas. Si se acaba la bombona de emergencia, no podremos aguantar mucho tiempo con el aire que queda en la mía.

—No tienes por qué preocuparte. Como no contenga a estos muchachos, os van a sacar a la velocidad de una bala de cañón.

—Que no se desmadren.

Giordino hizo una señal a los muchachos para que comenzasen a tirar.

—Vamos allá.

—Que empiece la fiesta —contestó Pitt de buen humor.

La manga de seguridad se tensó, y el rescate dio comienzo. Las burbujas que brotaban de los reguladores de aire empezaron a salir disparadas en cuanto entraron en contacto con la corriente de agua. Al no tener nada que hacer excepto agarrarse a la manga, Pitt se relajó y se dejó llevar, permitiendo que su cuerpo fuese arrastrado en dirección contraria a la tromba de agua que corría por el conducto subterráneo como el aire de un tubo de Venturi. El agua embarrada en el socavón parecía estar a kilómetros de distancia. Había perdido el sentido del tiempo. Tenía la sensación de que llevaba siglos sumergido, y si no fuera por la voz de Giordino, que le llegaba continuamente por los auriculares, habría perdido el contacto con la realidad.

—Grita si tiramos demasiado rápido.

—Va bien —dijo Pitt mientras oía cómo las bombonas de oxígeno rozaban contra el techo del conducto.

—¿Has calculado la velocidad de la corriente?

—Cerca de ocho nudos.

—Entonces no me sorprende que vuestros pequeños cuerpos opongan tanta resistencia. Los ocho estudiantes se están dejando las manos de tanto tirar de la manga.



—Seis metros más y habremos salido de aquí —le informó Pitt.

Tras ser zarandeados de un lado a otro durante un par de minutos, la tromba de agua redujo su ímpetu y los submarinistas lograron salir del conducto para toparse con un torbellino de fango sobre el fondo del cenote. Poco después dejaron de sentir el tirón de la corriente y se encontraron flotando en el agua cristalina. Pitt levantó la mirada y vio cómo la luz del sol se filtraba a través de la capa de lodo verde. Le invadió una sensación de alivio maravillosa.

Giordino supo que se habían librado de la fuerza de arrastre en el momento en que la tensión de la manga de seguridad desapareció por completo. Ordenó a los estudiantes que se detuviesen y calculó en su ordenador portátil el tiempo de descompresión. Una parada de ocho minutos dejaba a Pitt fuera de peligro. Sin embargo, los submarinistas del proyecto tenían que hacer una serie de paradas de más larga duración. Habían estado sumergidos más de dos horas a unas profundidades que iban de diecisiete a treinta y siete metros. Tenían que parar en dos ocasiones durante más de una hora. ¿Cuánto oxígeno quedaba en las bombonas de Pitt? Se trataba de una cuestión de vida o muerte. ¿Habría bastante para diez minutos? ¿Para quince? ¿Para veinte?

A nivel del mar, o lo que es lo mismo, a una atmósfera, un cuerpo humano en condiciones normales contiene alrededor de un litro de nitrógeno disuelto. La respiración de mayores cantidades de aire bajo la presión del agua incrementa la absorción de nitrógeno en una proporción de dos litros por dos atmósferas, tres litros por tres atmósferas y así sucesivamente. En el caso de un submarinista, el nitrógeno se disuelve rápidamente en la sangre, es transportado por la sangre y acaba almacenado en los tejidos. Cuando un submarinista comienza a ascender, el proceso es el contrario, sólo que mucho más lento. Conforme disminuye la presión del agua, el excedente de nitrógeno es transportado hasta los pulmones y eliminado mediante la respiración. Si el submarinista sube demasiado rápido, el proceso respiratorio normal se ve incapaz de hacer frente a la situación y comienzan a formarse burbujas de nitrógeno en la sangre, los tejidos del cuerpo y las articulaciones, lo cual da pie a la enfermedad de la descompresión, una suerte de apoplejía que ha incapacitado o matado a millares de submarinistas durante el último siglo.

Giordino dejó finalmente el ordenador y llamó a Pitt.

—¿Dirk?

—Te escucho.

—Tengo malas noticias. No queda oxígeno suficiente en las bombonas para que la señorita y su amigo hagan las paradas de descompresión necesarias.

—¿Sabes si hay bombonas de repuesto en el helicóptero? —le preguntó Pitt.

—No tenemos tanta suerte —repuso Giordino con voz lastimera—. Con las prisas por salir del barco, los miembros de la tripulación incluyeron en el equipo un

compresor de aire, pero se olvidaron de las bombonas de repuesto.

Pitt se fijó en Rodgers, que tenía todavía la cámara en sus manos y estaba sacando fotos. El fotógrafo hizo un gesto de satisfacción con el pulgar, como si acabase de ganar una partida de billar en el bar de la esquina. Pitt volvió la mirada hacia Shannon, cuyos grandes ojos castaños expresaban alegría a través de las gafas. Parecía como si pensara que la pesadilla había acabado y estuviese esperando a que su héroe la llevase a su castillo de una vez por todas. La doctora no se había dado cuenta de que lo peor aún no había llegado. Pitt se fijó por primera vez en que la mujer que acababa de encontrar tenía el cabello rubio y no pudo evitar imaginarse el aspecto que tendría sin el equipo de submarinismo y con bañador.

La ensoñación se esfumó con la misma rapidez con la que se había formado. Reflexionó durante un instante y habló por el micrófono de su mascarilla.

—Al, me has dicho que hay un compresor en el helicóptero.

—Efectivamente.

—Mándame la caja de herramientas. La encontrarás en el armario del helicóptero.

—Será mejor que me lo expliques antes... —le instó Giordino.

—Las válvulas que hay en mis bombonas —le explicó Pitt rápidamente—, son los nuevos prototipos que la ANS está probando. Puedo quitar una sola y sacarla de la camarilla a la que está conectada sin gastar el aire de la otra bombona.

—Entiendo, compañero —dijo Giordino—. Si desconectas una bombona vacía, yo puedo sacarla y llenarla con el compresor mientras tú respiras por la otra. Podemos repetir el proceso hasta acabar con la descompresión.

—Una idea brillante, ¿no te parece? —bromeó Pitt con ironía.

—Necesaria, en todo caso —gruñó Giordino ocultando su alegría—. Tienes que esperar unos diecisiete minutos a seis metros y medio de profundidad. Te envío la caja de herramientas por la manga de seguridad. Espero que todo vaya bien.

—Ni lo dudes. —La confianza de Pitt parecía sincera—. Cuando llegue a la superficie, espero encontrarme una banda de Dixieland tocando *Esperando a Robert E. Lee*.

—No cuentes conmigo.

El doctor Miller le salió al encuentro cuando se dirigía al helicóptero.

—¿Por qué ha parado, Dios mío? —preguntó el antropólogo vehementemente—. ¿Se puede saber a qué está esperando? ¡Sáquenlos de ahí!

Giordino miró al doctor fríamente.

—Si los sacamos ahora, morirán.

Miller pareció no entender.

—¿Morirán?

—Apoplejía por exceso de presión, doctor, ¿nunca ha oído hablar de eso?

El anciano cambió de cara como si se hubiera dado cuenta de algo importante y

asintió con la cabeza.

—Lo siento. Le ruego perdone a un viejo buscatumbas. No le volveré a molestar.

Giordino esbozó una comprensiva sonrisa y salió corriendo hacia el helicóptero sin saber hasta qué punto resultarían proféticas las palabras del antropólogo.

La caja de herramientas contaba con varias llaves inglesas, un par de tenazas, dos destornilladores y un martillo de geólogo con una piqueta en uno de sus extremos. Giordino la ató a la segunda manga de seguridad con un lazo flojo y la metió en el agua. Cuando Pitt se hizo con ella, se sujetó la bombona con las rodillas. Desconectó hábilmente una de las válvulas y la separó de la camarilla con una llave inglesa. Entonces ató a la segunda manga la bombona que había quedado libre.

—Cargamento preparado.

En menos de cuatro minutos, Giordino sacó la bombona, la conectó al compresor de gas y la llenó de oxígeno, todo ello en medio de un sinfín de juramentos, piropos y ruegos, puesto que el compresor tenía que bombear 10.500 litros de aire puro por cada centímetro cuadrado en una bombona con una capacidad de aproximadamente tres metros cúbicos. La aguja del manómetro indicaba que faltaban sólo novecientos litros cuando Pitt le avisó que la bombona de emergencia de Shannon estaba vacía y a la suya sólo le quedaban doscientos litros. Los tres submarinistas comenzaron a respirar de la misma bombona, lo cual reducía el margen de seguridad. Giordino paró el compresor cuando la presión llegaba a los 1.250 y sin mayor dilación metió la bombona en el cenote. La siguiente fase de descompresión era a tres metros de la superficie, por lo que los submarinistas se vieron obligados a flotar en el lodo durante varios minutos. Repitieron el intercambio de bombonas tres veces y todo el proceso salió adelante sin mayor problema.

Giordino prefirió guardar un generoso margen de seguridad. Esperó cuarenta minutos para dar el visto bueno y comunicar a Shannon y Rodgers que podían salir a la superficie sin correr ningún riesgo. Pitt ni siquiera se molestó en preguntar a su colega sobre la exactitud de sus cálculos, lo cual era una prueba de la absoluta confianza que tenía en él. A la doctora le correspondía subir en primer lugar. Pitt colocó la correa y la hebilla de la manga de seguridad alrededor de la cintura de Shannon, hizo una señal a los de arriba y la arqueóloga fue izada a tierra firme.

Rodgers fue el siguiente. La emoción que había sentido por el rescate había relegado a un segundo plano la experiencia mortal sufrida poco antes en la repugnante poza de lodo —a la cual juró que no volvería jamás—. Todo ello le había dejado, sin embargo, al borde del agotamiento, y necesitaba desesperadamente beber y comer algo. Recordó que tenía una botella de vodka guardada en su tienda y se puso a pensar en ella como si se tratara del mismísimo Santo Grial. Se encontraba a suficiente altura como para ver las caras del doctor Miller y de los estudiantes peruanos. Nunca había sentido tanta alegría al ver la cara de alguien. Estaba

demasiado contento como para darse cuenta de que arriba nadie estaba sonriendo en ese momento.

Cuando por fin logró asomarse por el borde del socavón, se encontró con un espectáculo que no esperaba y que le dejó horrorizado.

El doctor Miller, Shannon y los universitarios peruanos dieron un paso atrás cuando Rodgers tocó tierra firme. En cuanto se desabrochó el cinturón de seguridad, se dio cuenta de que todos tenían las manos detrás del cuello.

Los seis rifles que les estaban apuntando eran del tipo 56-1, una armas de asalto de fabricación china que en ese momento empuñaban seis hombres pequeños e inexpresivos vestidos con ponchos, sandalias y sombreros de fieltro. Los seis tipos habían formado un silencioso semicírculo en torno a los arqueólogos y ahora miraban a Rodgers con cara de pocos amigos.

Shannon pensó que no podía tratarse de simples indígenas de las montañas que pretendieran añadir algo a sus míseros ingresos robando para luego intercambiar el producto de esos hurtos en el mercado. No podían ser otros que los inflexibles asesinos de Sendero Luminoso, el grupo revolucionario maoísta que llevaba aterrorizando al país desde 1981 con los asesinatos de miles de personas inocentes, políticos, policías e incluso soldados. De repente se sintió atenazada por el terror. Los asesinos de Sendero Luminoso eran conocidos por su costumbre de atar bombas a sus víctimas para despedazarlas.

Tras la captura de su fundador y dirigente, Abimael Guzmán, en septiembre de 1992, el movimiento guerrillero se había dividido en diversas facciones que asesinaban de un modo incontrolado actuando en patrullas sanguinarias. Sus acciones no conseguían otra cosa que llevar la tragedia y dolor al pueblo del Perú.

Ahora, los guerrilleros vigilaban atentamente a sus cautivos. Sus ojos dejaban entrever una impaciencia sádica. Uno de ellos, un hombre mayor con un bigote enorme, obligó a Rodgers a unirse al grupo de cautivos.

—¿Hay más gente ahí abajo? —preguntó en un inglés con acento español casi imperceptible.

Miller vaciló y miró a Giordino de soslayo, quien señaló a Rodgers con la cabeza.

—Ese hombre es el último —afirmó en un tono cortante y retador—. Sólo se han sumergido él y la señorita.

El guerrillero miró a Giordino con sus ojos negros y distantes. Se acercó al precipicio y se asomó. En medio de la superficie de barro se veía una cabeza.

—Muy bien —su voz sonó siniestra.

Cogió la manga de seguridad que bajaba hasta el agua y la cortó de un golpe seco con un machete que llevaba en el cinturón. Su rostro inexpresivo de guerrillero esbozó una macabra sonrisa. Miró despreocupadamente la parte de la manga que tenía en la mano y la dejó caer en la poza mortal.

Pitt se sintió como el tonto de las películas del Gordo y el Flaco, al que, justo cuando está a punto de ahogarse, le lanzan los dos extremos de la cuerda. Sostuvo el extremo de la manga que contenía la cuerda de seguridad y el cable de comunicaciones y se puso a mirarlo con incredulidad. No sólo se había quedado sin su medio de escape, sino que además había perdido el contacto con Giordino. Flotó un rato por el barro incapaz de imaginarse lo que podía estar pasando en el campamento. Se desabrochó las correas que le sujetaban la mascarilla a la cabeza, se la quitó y se puso a mirar hacia arriba en actitud expectante. No vio a nadie.

Cuando estaba a punto de pedir ayuda, oyó el eco de una ráfaga de disparos en las paredes del socavón. La acústica de la piedra caliza hizo que el ruido se volviera ensordecedor. Entonces, tan súbitamente como había empezado, el traqueteo de los disparos se detuvo, dejando tras de sí un extraño silencio. Pitt se devanaba los sesos. Decir que estaba perplejo sería quedarse corto. ¿Qué estaba ocurriendo allí arriba? ¿Quién había disparado? ¿A quién? Empezó a ponerse nervioso. Tenía que salir de ese agujero de mala muerte. ¿Pero cómo? No le hacía falta un manual de alpinismo para saber que era imposible escalar una pared de noventa grados de esas características sin el equipo adecuado o sin ayuda de fuera.

Giordino nunca le abandonaría, pensó tristemente. Nunca, a menos que estuviese herido o inconsciente. Se negó a considerar siquiera la posibilidad de que su amigo estuviera muerto. Descorazonado y rabioso, Pitt se puso a gritar en medio de la poza, cuyas paredes le devolvieron el eco de su propia voz. Todo quedó sumido en un angustioso silencio. No le cabía en la cabeza lo que podía estar pasando. Cada vez tenía más claro que iba a tener que subir solo. Alzó la vista al cielo. Quedaban unas dos horas de luz. Si quería salvarse, tendría que empezar ahora; sin embargo el asunto de quién había hecho los disparos quedaba pendiente. La cuestión era si estarían esperando a que saliese para tener un blanco fácil y poder acribillarlo o si ya le daban por muerto. Decidió no esperar ni un minuto más para hallar la respuesta. Ni la perspectiva de la tortura más cruel podría animarle a pasar la noche en esa poza de agua inmundada. Empezó a flotar boca arriba y a examinar las paredes, que se le antojaron altísimas. Trató de recordar algo que había leído hacía siglos sobre la piedra caliza en un curso de geología de la universidad: «Piedra caliza: roca sedimentaria compuesta de carbonato de calcio, una especie de mezcla de calcita cristalina y barro de carbonato producida por organismos procedentes de antiguos arrecifes de coral que segregan cal. La piedra caliza varía de textura y color». «No está mal», pensó Pitt, teniendo en cuenta que sólo había sacado un bien en el curso. Su antiguo profesor estaría orgulloso de él.

Afortunadamente no tenía que vérselas con granito o basalto. La pared caliza

estaba acribillada de pequeños agujeros y tenía varios salientes. Nadó en círculo hasta que vio una planta que crecía a media altura de la pared. Se quitó la bombona de oxígeno y el resto del equipo de submarinismo excepto el cinturón y lo dejó caer al fondo del cenote. De la caja de herramientas sacó únicamente las tenazas y el martillo con la pica. Si por alguna inexplicable razón su mejor amigo y los antropólogos habían sido asesinados o estaban heridos, él no iba a tardar en averiguarlo. En primer lugar, cogió el cuchillo que llevaba sujeto a la pierna y cortó dos partes de la manga de seguridad. Ató fuertemente una de las partes a la sección más estrecha del mango del martillo para que no se saliese por debajo. Luego hizo una especie de aro en el otro extremo de la manga de tal modo que le sirviera para apoyar el pie.

En segundo lugar, hizo un gancho con la hebilla de su cinturón doblándolo con las tenazas hasta dejarlo en forma de C. Luego hizo un segundo aro para meter el pie con la otra parte de la cuerda y lo colgó del gancho. De ese modo se construyó un equipo de escalada bastante rudimentario pero funcional.

Se preparó para la parte más difícil.

La habilidad de Pitt escalando no era precisamente la de un montañero veterano. La triste verdad era que nunca había subido a una montaña, a excepción de cuando lo había hecho por un sendero. El único contacto que llegó a tener con el montañismo propiamente dicho fue en un viaje a Breckenridge, Colorado, y lo poco que conocía sobre la escalada de paredes verticales lo había visto en televisión o en alguna revista. Recordaba vagamente en qué consistía el *rappelling*, algo parecido al descenso con una cuerda atada bajo un muslo, alrededor del cuerpo y por encima de un hombro, pero no sabía distinguir entre un pitón (una punta de acero con un anillo en el extremo) y un mosquetón (un anillo de metal de forma oblonga con un seguro de resorte que sirve para enganchar la cuerda al pitón). Su verdadero elemento, en el que se sentía verdaderamente a gusto, era el agua.

Ningún montañero hubiera apostado nada a que Pitt fuera capaz de llegar arriba. El problema con las apuestas era que Dirk era demasiado testarudo como para incluso tenerlas en consideración. El incombustible submarinista trató de concentrarse. Tenía la mente perfectamente clara. Era consciente de que tanto su vida como probablemente la de los demás pendía de un hilo. Como tantas otras veces, una fría y calculada determinación se apoderó de él.

Su empeño era producto de la desesperación. Extendió el brazo e incrustó el gancho de la hebilla en un pequeño reborde calizo. Puso el pie en el aro, agarró la parte superior de la cuerda y salió del agua.

Levantó el martillo todo lo que pudo y, dando un golpe seco, metió la pica en un pequeño hueco que había en la pared. Puso el pie que tenía colgando en el aro y subió de un tirón.

Aunque toscas desde un punto de vista profesional, Pitt pensó que sus

herramientas funcionaban. Siguió subiendo por la empinada pared como si fuera una serpiente. Era siempre el mismo proceso: primero el gancho en forma de C y luego la pica del martillo. Era un ejercicio agotador incluso para un hombre en buenas condiciones físicas. Pitt logró encaramarse a un pequeño saliente de la pared que había a medio camino cuando el sol ya se ocultaba detrás de las copas de los árboles. Todavía no se había oído ninguna señal de los de arriba.

Se aferró al saliente respirando con dificultad. Afortunadamente, había encontrado un lugar de descanso, si bien apenas tenía sitio para apoyar el trasero. Parecía mentira que la escalada le supusiera un esfuerzo tan grande: un experto que conociera todos los trucos la habría llevado a cabo sin despeinarse, se dijo. Aguantó en esa posición hasta que sus doloridos músculos dejaron de protestar: diez minutos al borde del precipicio. Le habría gustado quedarse una hora más, pero el tiempo apremiaba. La oscuridad iba poco a poco cubriendo la selva que rodeaba al socavón.

Pitt se fijó una vez más en los instrumentos que había construido para escalar. Aunque el martillo seguía igual que antes, la hebilla había empezado a recuperar su forma original como consecuencia de la constante tensión producida por el peso muerto de su cuerpo. Tardó un minuto en volverla a curvar golpeándola con el martillo contra la pared de piedra caliza.

Aunque había temido que la oscuridad acabaría siendo absoluta y tendría que subir el resto del muro a tientas, enseguida se dio cuenta de que algo a su espalda había empezado a iluminar el socavón. Se dio la vuelta y clavó la mirada en el agua.

La poza emitía una fantasmal fosforescencia de color verde. Aunque no tenía conocimientos de química, Pitt supuso que la extraña emisión debía de tener su origen en algún tipo de reacción de los sedimentos. A pesar de que la luz era muy débil, se sintió agradecido y continuó su penosa ascensión hacia el campamento.

Los últimos tres metros fueron los más duros. El borde del cenote estaba tan cerca que parecía que se pudiera tocar con los dedos extendidos. Faltaban tres metros, sólo tres metros para llegar, y aun así Pitt tenía la sensación de estar escalando el Everest. Un adolescente aficionado a la montaña lo habría conseguido en un abrir y cerrar de ojos. Pero ése no era su caso: con los cuarenta recién cumplidos, se sentía como un anciano achacoso.

En realidad, no se encontraba tan mal. Seguía una dieta equilibrada, hacía ejercicio y su cuerpo de aspecto fuerte y esbelto, pese a las cicatrices producto de varias heridas —disparos de bala inclusive—, le seguía respondiendo de manera bastante satisfactoria. Hacía ya varios años que había dejado de fumar, si bien de vez en cuando se permitía el lujo de un vaso de buen vino o de un tequila con lima. Sus gustos habían cambiado del Cutty Sark de antaño a la ginebra Bombay y el tequila Sauza Conmemorativo que bebía en la actualidad, si bien desconocía la razón que le había impulsado a hacer ese cambio. Su filosofía se cifraba en la idea de que la vida

es un juego, y el porqué de muchas de las cosas que hacía debía de hallarse escondido en algún lugar inaccesible de su cabeza.

Cuando el borde del cenote se encontraba ya al alcance de su mano, el aro del gancho se soltó, se le cayó al agua en el momento que trataba de sacarlo de la piedra para dar el último paso. El extraño fulgor de las algas lo engulló sin apenas hacer ruido. Con la ayuda del martillo, trató de subir el último tramo metiendo los pies en las pequeñas cavidades que había en la piedra. Por fin, lanzó el brazo por encima de su cabeza e intentó clavar el martillo en la tierra que rodeaba el socavón.

Tras probarlo cuatro veces, logró finalmente hincar con firmeza la punta de la herramienta en la blanda tierra. Haciendo un último esfuerzo, agarró la cuerda con las dos manos y tiró de su cuerpo hasta que consiguió asomar la cabeza por el borde. Luego se tumbó sobre el suelo y se quedó quieto observando a su alrededor. La atmósfera húmeda de la selva lo llenaba todo. La única luz que lograba atravesar la negrura de la noche, abriéndose paso entre las nubes y las ramas entrelazadas de los árboles, provenía de unas cuantas estrellas y de la media luna. Las ruinas estaban levemente iluminadas: el halo fantasmal que las rodeaba producía la misma impresión que la siniestra y claustrofóbica masa selvática. Pitt estaba preparado para encontrarse con cualquier cosa, pero todo se mantuvo como hasta entonces: quieto y silencioso. El único sonido que le llegaba al oído era el de la llovizna que había empezado a caer sobre las hojas.

«Basta de gandulear», se dijo. «Venga, adelante, averigüemos qué les ha pasado a Giordino y a los demás. El tiempo vuela y esto no ha hecho más que empezar. Si hasta ahora has utilizado tu cuerpo, ahora le toca el turno a tu cerebro». Se alejó del socavón con la soltura de un fantasma.

El campamento estaba desierto; las tiendas, vacías e intactas. No había rastros de sangre, ni siquiera de lucha. Se acercó al claro en el que Giordino había aterrizado con el helicóptero de la ANS. Estaba cosido a balazos. Huir en él para buscar ayuda sería inútil. Por mucho que se intentase repararlo, el aparato no volvería a volar.

Sus hélices colgaban del fuselaje como si fueran las ramas partidas de un árbol. Ni toda una colonia de termitas podría haber hecho un trabajo más eficaz. Pitt sintió el olor del combustible y se sorprendió de que los tanques no hubiesen explotado. Desgraciadamente, saltaba a la vista que alguien, tal vez una banda de ladrones o un grupo de rebeldes, había atacado el campamento y se había ocupado de destrozarse el helicóptero.

Sin embargo, los malos presentimientos que había estado alimentando se desvanecieron cuando descubrió que el tiroteo que había oído desde el socavón fue dirigido al helicóptero en vez de a la gente. Su jefe en las oficinas centrales de la ANS en Washington D.C., el almirante James Sandecker, no aceptaría de buen grado el desahucio de este vehículo propiedad de la agencia, pero Pitt ya se había



enfrentado con anterioridad a la ira de este pequeño lobo de mar y había logrado sobrevivir. Además, poco importaba lo que Sandecker pudiera decir en ese momento. Giordino y los miembros del proyecto arqueológico habían desaparecido presa de una fuerza que él desconocía.

Empujó la portezuela del helicóptero, que estaba a punto de desprenderse de una de sus bisagras, y entró en la cabina. Tanteó debajo del asiento del piloto y encontró una gran bolsa, de la que sacó una linterna. El compartimento de las pilas parecía estar en buenas condiciones. Contuvo la respiración y apretó el interruptor. Un haz de luz iluminó bruscamente la cabina.

—Uno a cero para el equipo de casa —se dijo a sí mismo con un susurro.

Pitt pasó con cuidado a la parte del helicóptero destinada al cargamento. El huracán de balas lo había dejado todo reducido a añicos, aunque no parecía que se hubiesen llevado nada y aún se podían utilizar algunas cosas. Encontró su bolsa de nailon y sacó lo que había dentro. Su camisa y sus zapatillas estaban en perfecto estado, pero una bala había atravesado la rodilla de los pantalones y había destrozado los calzoncillos. Se quitó el traje de submarinista y con una toalla se frotó vigorosamente todo el cuerpo para limpiarse el barro que se le había quedado adherido al cuerpo. Al acabar de vestirse rápidamente, se puso a revolver en el desordenado montón del cargamento hasta que logró encontrar los paquetes de comida que les había preparado el cocinero del barco de la ANS. Su paquete había quedado aplastado contra la pared, pero el de Giordino seguía intacto. Pitt devoró un sandwich de manteca de cacahuete y una ensalada de eneldo y se bebió una lata de cerveza sin alcohol. Enseguida volvió a sentirse como un ser humano.

De vuelta en la cabina, abrió la compuerta de un pequeño compartimento y sacó una Colt automática calibre 45. Su padre, el senador George Pitt, la había llevado de Normandía al río Elba durante la Segunda Guerra Mundial y se la había regalado a Dirk con motivo de su licenciatura en la Escuela de Fuerzas Aéreas. En el transcurso de los últimos diecisiete años, el arma le había salvado la vida al menos en un par de ocasiones. Aunque la identificación estaba muy desgastada, la automática tenía un aspecto envidiable y hasta funcionaba con mayor suavidad que recién estrenada. Pitt observó con disgusto que una bala había atravesado la funda y había estropeado la empuñadura. Pasó su cinturón por las aberturas de la funda y se lo puso alrededor de la cintura junto al cuchillo de submarinismo.

Luego salió del helicóptero y se dirigió al campamento. A diferencia del aparato, el campamento no había recibido ningún disparo, si bien se veían varios cartuchos vacíos por el suelo. Las tiendas habían sido desvalijadas; cualquier cosa utilizable y fácil de transportar había desaparecido. Tras echar un vistazo a su alrededor, descubrió la dirección que había tomado el grupo: un camino hecho a machetazos se abría paso por la espesura y desaparecía en la oscuridad.

La inmensa selva ofrecía un aspecto impenetrable. La que se disponía a emprender no era el tipo de expedición en la que se habría embarcado a la luz del día, y menos aún por la noche. Estaba a merced de un sinfín de insectos y animales tropicales que le atacarían nada más detectarle. El no menos preocupante tema de las serpientes le vino a la cabeza enseguida. Recordó haber oído algún comentario relacionado con la existencia de boas constrictor y anacondas de más de veinticuatro metros de longitud. Así y todo, lo que realmente le inquietaba a Pitt eran las serpientes venenosas, como la cascabel, la macagua, o la terrible cencuate. Las zapatillas de deporte y los finos pantalones que llevaba no constituirían precisamente la protección más adecuada si llegaba a toparse con una víbora malintencionada.

Ante la mirada amenazadora de los grandes bustos de piedra de la ciudad en ruinas, Pitt comenzó su andadura siguiendo las pisadas que su linterna le iba mostrando. Pensó en lo conveniente que sería tener un plan, pero su total desconocimiento de lo ocurrido se lo impedía. Las probabilidades de adentrarse en la selva asesina y rescatar a los rehenes de las manos de unos aguerridos revolucionarios o de una banda de ladrones eran más bien escasas, por no decir nulas. El fracaso parecía inevitable, y aun así ni se le había pasado por la cabeza quedarse sentado sin hacer nada.

Pitt sonrió a los bustos de piedra de los olvidados dioses que le observaban a la luz de la linterna. Se volvió y miró por última vez el leve resplandor verde que salía de la poza.

A continuación se adentró en la selva, donde la maleza lo engulló al cabo de un segundo.

Empapados por una llovizna incesante, los prisioneros habían tenido que seguir un sendero a través de la empantanada selva hasta llegar a un barranco de gran profundidad. Los revolucionarios les empujaron por un tronco que servía de puente con la otra orilla y les indicaron que siguieran un antiguo camino de piedra que rodeaba la montaña. El líder del grupo había impuesto un ritmo muy rápido, y el doctor Miller empezaba a tener dificultades para mantenerlo. Su ropa estaba empapada, por lo que resultaba difícil distinguir el sudor de la lluvia. Por añadidura, los guardias no dejaban de propinarle empellones con las culatas de los rifles cada vez que se rezagaba. Giordino se puso a su lado y le cogió por los hombros para ayudarlo, haciendo caso omiso de los sádicos golpes que le venían por detrás.

—Deja de darle con ese jodido rifle —le espetó Shannon al revolucionario en español. Cogió el otro brazo de Miller y se lo pasó por detrás del cuello para ayudar a Giordino a transportar al anciano. El criminal le contestó con una violenta patada en el trasero. Shannon se tambaleó hacia adelante con la cara desencajada de dolor, pero logró recuperar el equilibrio. Se volvió y fulminó al revolucionario con la mirada.

Giordino no pudo evitar sonreír, lleno de admiración por el valor y la fortaleza que Shannon estaba mostrando. Todavía llevaba puesto el bañador, que ahora cubría con una blusa sin mangas que los malhechores le habían permitido sacar de su tienda junto a un par de botas de montaña. Giordino era consciente de su abrumadora impotencia, de su incapacidad para proteger a la mujer del dolor y la humillación. Por si eso fuera poco, le había empezado a invadir un angustioso sentimiento de cobardía por haber abandonado a su amigo sin oponer resistencia. En varias ocasiones se le había pasado por la cabeza la posibilidad de arrebatarse el arma a uno de los revolucionarios, pero sabía que eso le supondría la muerte y no resolvería nada. Mientras se mantuviese vivo, al menos le quedaría alguna esperanza, aunque no dejaba de maldecir su suerte, consciente de que la salvación de su amigo era más difícil a medida que pasaba el tiempo.

Se encontraban a una altitud de 3.400 metros y cada vez resultaba más difícil respirar. Todos tenían frío. Aunque la temperatura subía durante el día, las primeras horas de la mañana resultaban espantosamente heladas. El amanecer los sorprendió ascendiendo por una avenida rodeada de muros y edificios de piedra caliza en ruinas y de varias terrazas para el cultivo. A Shannon ni se le habría ocurrido soñar con la existencia de lo que estaban viendo. Las estructuras de las diferentes construcciones no seguían un patrón determinado. Unas eran ovales, otras circulares y sólo unas pocas tenían forma rectangular. Resultaban extrañamente diferentes a lo que ella había estudiado. ¿Formaban parte de la confederación de Chachapoyas o se trataba de otro reino, de otro tipo de sociedad? El camino de piedra atravesaba una serie de

muros tan altos que casi acariciaban la niebla proveniente de las cumbres andinas. Shannon no dejaba de admirarse ante la sucesión de relieves de piedra de todo tipo que se iban encontrando por el camino, relieves cuya ornamentación le era del todo desconocida. Pájaros con aspecto de dragón y peces alargados como serpientes se emparejaban con monos y panteras de gran belleza. Los relieves guardaban una cierta semejanza con algunos jeroglíficos egipcios, aunque eran de carácter más abstracto. Los desconocidos pobladores de los altiplanos y las estribaciones de los Andes peruanos estaban resultando una verdadera sorpresa para la doctora. Jamás hubiera esperado encontrarse con una cultura tan avanzada desde el punto de vista arquitectónico que pudiese erigir en la cima de las montañas estructuras tan elaboradas como las de cualquier otra civilización del mundo antiguo conocido. Habría estado dispuesta a dar la herencia de su abuelo a cambio de un poco de tiempo para estudiar estas extraordinarias ruinas. Sin embargo, en cuanto se detenía, recibía un fuerte empujón que le obligaba a continuar el camino.

El sol ya empezaba a calentar cuando el estrecho camino desembocó en un pequeño valle rodeado de una gran cordillera. Aunque afortunadamente la lluvia había cesado, los rehenes ofrecían el aspecto de un grupo de ratas que hubiera estado a punto de ahogarse. Frente a ellos se levantaba un edificio de piedra de una altura aproximada de doce pisos. A diferencia de las pirámides mayas de México, esta estructura tenía una forma más redondeada, similar a la de un cono, y estaba truncada en su parte superior. Los muros aparecían adornados con varios relieves de cabezas de animales y pájaros. Shannon pensó que se trataba de un templo funerario. La parte trasera de la estructura convergía con una cuesta de piedra arenisca repleta de tumbas excavadas, cuyas vistosas puertas daban paso a una escarpada pendiente. La estructura estaba coronada por un pequeño edificio flanqueado por dos grandes esculturas que representaban a dos jaguares alados. Shannon supuso que se trataba del palacio de los dioses de la muerte. La estructura estaba en medio de una pequeña ciudad, la cual constaba de un centenar de edificios de elaborada construcción y ricos elementos ornamentales. La variedad de los estilos arquitectónicos era asombrosa. Había varias torres que terminaban en pequeñas construcciones rodeadas por balcones de gran belleza. La mayoría de ellas eran totalmente circulares, aunque algunas descansaban sobre bases rectangulares.

Shannon se había quedado anonadada. Por un momento, la inmensidad de lo que estaba viendo la abrumó. De repente le vino a la cabeza la identidad del gran complejo de estructuras que tenía delante. Si sus ojos no le engañaban, los terroristas de Sendero Luminoso habían descubierto una ciudad perdida, el tipo de ciudad que la mayoría de los arqueólogos, ella incluida, dudaba que existiera y que los buscadores de tesoros llevaban cuatro siglos rastreando sin éxito. La ciudad perdida de los muertos, cuyas míticas riquezas superaban las acumuladas en el Valle de los Reyes

del antiguo Egipto.

Shannon apretó el brazo de Rodgers.

—El pueblo perdido de los muertos —le susurró.

—¿El pueblo de qué...? —le preguntó impertérrito.

—Callaos —les espetó uno de los terroristas, incrustándole a Rodgers la culata debajo del riñón.

Rodgers dejó escapar un quejido. Se tambaleó y estuvo a punto de caer al suelo, pero Shannon le cogió con fuerza, preparada para un golpe que afortunadamente no recibió.

Tras pasar por una ancha calle de piedra, llegaron a la estructura circular que presidía el complejo ceremonial como si fuera una catedral gótica en medio de una ciudad medieval. Subieron unas escaleras llenas de relieves y mosaicos que representaban a seres humanos alados, un tipo de diseño que Shannon no había visto jamás. En la planta superior, un gran arco daba paso a una habitación de techo elevado ornamentada con motivos geométricos grabados en las paredes. El centro del piso estaba repleto de esculturas de piedra de gran complejidad y diferentes tamaños, mientras que las salas adyacentes albergaban jarras de cerámica en forma de efigie y vasijas decoradas de diversos colores. En una de las salas se veían gran cantidad de telas de los más variados colores y diseños que se conservaban en perfecto estado.

Los arqueólogos se quedaron impresionados ante el despliegue de antigüedades. Para ellos era como entrar en la tumba egipcia del rey Tut en el Valle de los Reyes antes de que el afamado investigador Howard Carter sacara todos los tesoros y los expusiera en el museo nacional de El Cairo.

No había tiempo para estudiar los hallazgos. Los terroristas empujaron a los estudiantes peruanos hasta una escalera interior y los encerraron en una celda que había en los sótanos del templo. Giordino y los demás fueron llevados de malas maneras hasta una habitación donde quedaron bajo la custodia de dos guardias malencarados. Todos excepto él se dejaron caer sobre el duro y frío suelo contentos de poder descansar tras la agotadora caminata.

El amigo de Pitt comenzó a dar puñetazos contra la pared, presa de un profundo sentimiento de frustración. Durante la marcha, no había dejado ni por un instante de buscar la oportunidad de saltar a la selva para volver al socavón. Sin embargo, la presencia de al menos tres guardias armados a sus espaldas no le había permitido ni siquiera intentarlo. No hacía falta que le convenciesen de que se trataba de un grupo bien entrenado en la tarea de vigilar rehenes y conducirlos a través de la selva. En esas circunstancias, no le había quedado otro remedio que tragarse su actitud desafiante y bajar dócilmente la cabeza. A excepción del valeroso intento por proteger al doctor Miller, no había hecho nada que pudiese dar a los rebeldes un motivo para disparar. Debía sobrevivir, puesto que, en su opinión, su muerte

acarrearía la de Pitt. Sin embargo, cualquier esperanza que antes pudiera haber abrigado de volver a donde se había quedado su amigo ahora estaba a punto de desvanecerse definitivamente.

Si Giordino hubiera sabido que Pitt había logrado salir de la poza y que se encontraba en el camino de piedra con un retraso de apenas treinta minutos con respecto a ellos, seguramente habría sentido la necesidad imperiosa de acercarse en cuanto pudiera a la iglesia más cercana, o si no, al menos habría estudiado la posibilidad.

Pitt se abrió camino por la oscura selva con sumo cuidado. Llevaba la linterna cubierta por arriba para que los rebeldes no pudieran ver la luz y dirigía el haz a todo hoyo o espacio que hubiera por delante. La lluvia le traía sin cuidado. La determinación que le impulsaba era la de un hombre fuera de sí. Ni una vez había consultado su reloj: se había olvidado de la hora por completo. La marcha nocturna a través de la selva le había enturbiado la mente, y sólo cuando comenzó a brillar la primera luz de la mañana y pudo apagar la linterna empezó a recobrar el ánimo.

Los terroristas se habían adentrado en la selva tres horas antes que él y, aun así, Pitt había conseguido acortar la distancia. Había subido las cuestas a buen ritmo, y en las raras ocasiones en las que el camino era llano se había lanzado hacia adelante a un trote ligero. En ningún momento se había parado a descansar. Si bien el corazón se le había empezado a resentir en el último tramo, las piernas habían respondido perfectamente y toda su musculatura no había emitido ninguna queja. Cuando llegó al viejo camino de piedra, donde el avance resultaba más fácil, aumentó el ritmo. Los horrores de la selva pertenecían ya al pasado; la noche fantasmal se le antojaba ahora algo extraño y remoto.

Apenas prestó atención a las inmensas estructuras de piedra que flanqueaban la larga avenida. Avanzaba apresuradamente, a plena luz del día y casi sin tratar de esconderse. Sólo cuando llegó al tronco de acceso al valle decidió frenar para echar un vistazo al paisaje que tenía delante. Se fijó en el enorme templo que había al lado de la pendiente. Se encontraría a medio kilómetro de él. Había una pequeña figura sentada al final de la larga escalera. Estaba como apoyada sobre la gran arcada de la entrada. A Pitt no le quedaba ninguna duda de que éste era el lugar a donde los terroristas habían llevado a los rehenes. El estrecho camino era el único acceso hasta el valle. El miedo y la ansiedad que le producía pensar en la posibilidad de encontrarse con los cuerpos de Giordino y los arqueólogos habían desaparecido para dar paso a una sensación de alivio. La búsqueda había llegado a su fin; ahora sólo restaba ir anulando una a una a todas sus presas —las cuales aún no conocían su condición como tales— hasta que las probabilidades de lograr un éxito definitivo en la cacería fueran suficientes.

Escondiéndose tras las paredes derruidas de unas antiguas casas residenciales fue

acercándose poco a poco a su objetivo. Se agachaba y salía corriendo de guarida a guarida sin hacer el menor ruido. Finalmente, se arrastró debajo de una figura de piedra que exhibía un gran símbolo fálico. Se detuvo y clavó la mirada en la entrada del templo. La larga escalera que llevaba a la entrada constituía un enorme obstáculo. A menos que lograra hacerse invisible, Pitt corría el riesgo de recibir un disparo antes de que lograra subir los primeros escalones. Cualquier intento a la luz del día sería suicida. «No hay forma de entrar», pensó con amargura. No había posibilidad de rodear la escalera: las paredes laterales del templo eran demasiado escarpadas y lisas. Además, las piedras habían sido dispuestas con tal precisión que ni una hoja de cuchillo podría penetrar en cualquiera de las rendijas. La providencia vino entonces a echarle una mano. El problema de subir las escaleras quedó resuelto en el mismo momento que Pitt se dio cuenta de que el terrorista que vigilaba la entrada estaba sumido en un profundo sueño como consecuencia de la larga marcha que había realizado a través de la selva. Tragó saliva y se arrastró cautelosamente en dirección a la escalera.

Tupac Amaru era un personaje afable pero peligroso, algo que saltaba a la vista nada más verlo. Su nombre era el del último rey inca que los españoles habían torturado y asesinado. Era bajo de estatura, de espalda estrecha y piel morena; su rostro impassible, inmutable, daba la sensación de no haber mostrado nunca piedad por nadie. A diferencia de la mayoría de los pobladores de esa zona, cuyas caras eran suaves y lampiñas, Amaru lucía un gran bigote y unas largas patillas que se alargaban desde su espesa mata de pelo, el cual era de un tono tan oscuro como el de sus inexpresivos ojos. Cuando sus finos labios se arqueaban para esbozar una sonrisa, algo poco frecuente, dejaban al descubierto una dentadura que podría ser el orgullo de un dentista. Sus hombres, por el contrario, sonreían diabólicamente con unos dientes mellados, desiguales y manchados de coca.

Amaru había pasado su guadaña mortal por la región de colinas cubiertas de selva que rodeaban el Amazonas. Esa zona del noreste del Perú ya había aguantado demasiados casos de corrupción burocrática, terrorismo, pobreza y enfermedad. Su banda de asesinos era responsable de la desaparición de varios exploradores, arqueólogos gubernamentales y patrullas armadas. Todos ellos habían entrado en la zona para desaparecer sin dejar rastro. En realidad, Amaru no era el revolucionario que decía ser. No podía importarle menos la revolución o la mejora de las condiciones de vida de los pobres indios del interior del Perú, la mayoría de los cuales cultivaban unas pequeñas parcelas que les daban lo justo para sobrevivir. Las razones que impulsaban a Amaru a controlar la región y a sus supersticiosos habitantes eran otras.

En ese momento se encontraba de pie en la entrada de la sala. Su mirada estaba clavada en los tres hombres y la mujer que tenía delante como si fuera la primera vez

que los veía. Resultaba evidente que estaba disfrutando con la expresión de derrota y el cansancio que mostraban los cautivos.

—Lamento las molestias... —Su voz se oyó por primera vez desde el rapto—. Fue una decisión muy inteligente no oponer resistencia. De otra manera podrían haber resultado heridos.

—Habla muy bien para ser un guerrillero de las montañas... —le concedió Rodgers—, ¿señor...?

—Tupac Amaru. Estudié en la Universidad de Texas.

—Lo que sale de Texas... —murmuró Giordino de forma ininteligible.

—¿Por qué nos ha secuestrado? —preguntó Shannon con voz cansada y temerosa.

—Por el rescate, ¿por qué iba a ser? —contestó Amaru—. El gobierno peruano pagará bien por unos conocidos científicos norteamericanos, por no mencionar a sus brillantes estudiantes de arqueología. La mayoría de ellos son de familias ricas y respetadas. El dinero nos servirá para seguir luchando contra la represión de las masas.

—Algo propio de un comunista que se dedica a ordeñar vacas muertas —masculló Giordino.

—Es posible que la versión rusa ya haya pasado a la historia, pero la filosofía de Mao Tse-Tung sigue viva —explicó Amaru con paciencia.

—Sigue viva..., ya —dijo el doctor Miller en tono de mofa—. Se han producido daños por valor de miles de millones de dólares, han muerto veintiséis mil peruanos, muchos de los cuales no eran sino los campesinos por cuya causa se supone luchan ustedes... —Sus palabras fueron atajadas por un golpe de culata en la parte baja del riñón. Miller cayó al suelo pesadamente, como si fuera un saco de patatas, con una mueca de dolor en la cara.

—No se encuentra usted precisamente en la posición más adecuada para poner en tela de juicio mi dedicación a la causa —declaró Amaru fríamente.

Giordino se agachó al lado del anciano y trató de sujetarle la cabeza.

—No acepta las críticas de buen grado, ¿verdad?

El compañero de Pitt estaba ya preparado para recibir un golpe en la cabeza, pero antes de que el guardia pudiese levantar el rifle, Shannon se interpuso clavando en Amaru unos ojos que habían pasado del miedo a la ira.

—Es usted un farsante —afirmó tajantemente.

Amaru la miró perplejo.

—¿Y en qué se basa para llegar a esa conclusión, doctora Kelsey?

—¿Cómo conoce mi nombre?

—Mi agente en los Estados Unidos me informó sobre su proyecto de explorar las montañas antes de que usted y sus amigos despegasen del aeropuerto de Phoenix.



—¿A eso le llama usted agente?

Amaru se encogió de hombros.

—La semántica no es algo que me preocupe demasiado.

—Un farsante y un charlatán, eso es lo que es —siguió Shannon—. Usted y sus hombres no son revolucionarios de Sendero Luminoso. Ni mucho menos... Lo que ustedes son en realidad es una pandilla de bandidos, unos puñeteros ladrones de tumbas.

—Es verdad —se sumó Rodgers—. Si estuviesen dando vueltas por el campo destrozando líneas eléctricas y comisarías, no tendrían tiempo suficiente para acumular el alijo de antigüedades que tienen aquí escondido. Resulta evidente: ésta es una compleja organización de ladrones que no pierde el tiempo con tonterías.

Amaru se quedó mirando a sus prisioneros con aire pensativo y expresión burlona.

—Como este asunto parece resultarles evidente a todos ustedes, no me molestaré en discutirlo.

Tras unos segundos de silencio, el doctor Miller se puso trabajosamente de pie y miró fijamente a Amaru.

—Usted es un canalla... —le espetó—, un ladrón, un saqueador de tumbas. Si estuviera en mi mano, me encargaría de que tanto usted como sus secuaces fueran exterminados igual que...

Miller dejó de hablar bruscamente. Amaru, sin mostrar la más mínima emoción, había sacado de la funda que llevaba en la cintura una Heckler Koch automática de nueve milímetros.

Con la inevitabilidad paralizadora de un sueño, apuntó tranquilamente al doctor y, sin inmutarse, le disparó al pecho. El tiro retumbó en la sala de manera ensordecedora. Un disparo había sido suficiente. El doctor Miller dio un estremecedor paso atrás, se apoyó un momento contra la pared de piedra y cayó de bruces sin hacer ruido al tiempo que torcía los brazos sobre el estómago como para recoger la sangre que le salía a borbotones del pecho.

Los prisioneros reaccionaron de distintas maneras. Rodgers se quedó petrificado, con los ojos abiertos de par en par por la conmoción y la incredulidad; Shannon lanzó instintivamente un grito de terror; Giordino, por su parte, apretó los puños. Aunque no era la primera vez que presenciaba una muerte violenta, la espantosa frialdad de ésta le llenó de una rabia salvaje que sólo pudo atemperar su enloquecedor sentimiento de impotencia. No cabía la menor duda: Amaru tenía la intención de matarles a todos. Consciente de que no había nada que perder, Giordino se preparó para lanzarse sobre el asesino y rajarle el cuello antes de que una inevitable bala le atravesara la cabeza.

—Ni lo intente —le amenazó Amaru leyéndole el pensamiento y apuntando la

automática entre los ojos, que parecían salirse de las órbitas. Hizo una señal a los guardas, que estaban a su lado con las armas preparadas, y les dio una orden en español. Uno de ellos cogió a Miller por los tobillos y arrastró su cuerpo hasta la habitación principal, dejando tras de sí un reguero de sangre.

Shannon rompió a llorar de forma incontrolada cuando vio el rastro de sangre sobre el suelo. Cayó de rodillas conmocionada y se tapó la cara con las manos.

—Era incapaz de hacer daño a nadie... ¿Cómo ha podido matar a un anciano tan bondadoso como él?

Giordino miró a Amaru sin pestañear.

—No creo que le haya supuesto un gran esfuerzo.

La fría mirada de Amaru se posó en la cara del compañero de Pitt.

—Más le valdría mantener la boca cerrada. El doctor le debería haber servido de lección, pero ya veo que no la ha aprendido.

Nadie se dio cuenta de que el guardia que se había llevado el cuerpo de Miller volvía. Nadie excepto Giordino, quien observó que su cara estaba ahora escondida por el sombrero y tenía las manos metidas en el poncho. Echó un rápido vistazo al segundo guarda: se encontraba plácidamente apoyado en la entrada y tenía el arma colgada del hombro sin apuntar a nada en concreto. Sólo había dos metros entre ellos, por lo que Giordino sospechó que podría acabar con él antes de que se diese cuenta de quién le estaba golpeando. Sin embargo, no había que olvidar la Heckler Koch que Amaru sostenía en la mano.

—Vas a morir, Amaru. Está claro..., vas a morir con la misma violencia con la que has asesinado a sangre fría a toda esa gente inocente. —Amaru no acertó a ver el levísimo gesto que Giordino había hecho al hablar, un guiño tan sutil como frías sus palabras. Su mirada pasó a expresar curiosidad. Esbozó una sonrisa y dijo:

—¿Así que piensas que voy a morir? ¿Y vas a ser tú mi ejecutor? ¿O será la orgullosa dama quien tenga el honor?

Amaru dio un paso adelante, levantó a Shannon de un tirón, y le cogió salvajemente de la coleta de forma que le pudiese mirar directamente a los ojos.

—Te prometo que después de unas horas en mi cama empezarás a suplicarme que te dé órdenes.

—No, Dios, no... —sollozó Shannon.

—Me encanta violar a las mujeres, me encanta oír cómo gritan y suplican...

Un brazo musculoso le rodeó la garganta y le hizo escupir sus palabras.

—Esto por todas las mujeres a las que has hecho sufrir —dijo Pitt con una macabra mirada en sus verdes ojos al tiempo que se quitaba el poncho, ensartaba su Colt 45 en la entrepierna de Amaru y abría fuego.

## 6

Por segunda vez, el reducido espacio de la sala retumbó con el ruido ensordecedor de un disparo. Giordino se abalanzó con todas sus fuerzas sobre el sorprendido guarda, le embistió con la cabeza y los hombros y le aplastó contra la pared; mientras tanto Amaru caía al suelo con el rostro demudado por la agonía y el horror. Sus ojos parecían estar a punto de salirse de las órbitas. Tenía la boca abierta de par en par, como si fuera a proferir un grito que no saldría nunca, mientras su mano dejaba caer la Heckler Koch para cubrir desesperadamente la mancha roja que se estaba formando con gran rapidez entre sus piernas. Giordino propinó un puñetazo al guarda y le arrebató el rifle automático casi de un solo movimiento. Sin que mediara un segundo, se dio la vuelta y apuntó con el arma a la entrada de la sala.

Shannon había dejado de gritar. Después de arrastrarse hasta una esquina de la estancia se había quedado quieta, como si constituyera una representación de cera de sí misma, observando la serie de manchas que la sangre de Amaru había dejado sobre sus brazos y piernas. Si antes se había sentido aterrorizada, ahora se encontraba sencillamente descompuesta. Tenía los labios tensos, la cara pálida y la melena sucia de sangre. Levantó la cabeza y se fijó en Pitt.

Rodgers también se había quedado mirando a Dirk con expresión de asombro. Esos ojos, esos movimientos felinos, le recordaban a alguien, le resultaban familiares.

—Usted es el submarinista que nos encontró en la cueva —declaró aturdido.

—El mismo.

—Le suponíamos en la poza —murmuró Shannon con voz temblorosa.

—No tengo nada que envidiar a sir Edmund Hillary —dijo Pitt con una sonrisa—. Entro y salgo de todo tipo de socavones como si fuera una mosca humana. —Empujó a un lado al aterrorizado Amaru como si se tratara de un borracho tirado en la calle y apoyó la mano en el hombro de Giordino—. Tranquilízate, Al. Los demás guardas han visto ya la luz de la virtud y la decencia.

Giordino, esbozando una sonrisa de oreja a oreja, dejó el rifle en el suelo y abrazó a Pitt.

—Dios mío, pensaba que jamás volvería a ver tu cara de momia.

—La de cosas que me haces pasar. Es una verdadera vergüenza. No te puedo dejar ni media hora sin que me metas en la crónica de sucesos del lugar.

—¿Y por qué has tardado tanto? —soltó Giordino ni corto ni perezoso—. Hacía horas que te esperábamos.

—Se me ha escapado el autobús..., lo cual me recuerda que no he visto ninguna banda de Dixieland esperándome para darme la bienvenida.

—No suelen tocar en pozas. Pero, en serio, ¿cómo leches te las has arreglado para subir las paredes y seguirnos por la selva?

—No es una historia muy divertida que digamos. Ya te lo contaré en otra ocasión con una cerveza en la mano.

—¿Y los guardas? ¿Qué ha pasado con los otros guardas?

Pitt se encogió de hombros como queriéndole restar importancia al asunto.

—Andaban un tanto despistados y han sufrido una serie de desgraciados accidentes..., conmociones y fracturas de cráneo principalmente. —Su cara se ensombreció de repente—. Me topé con uno de ellos mientras sacaba el cuerpo del doctor Miller por la entrada principal. ¿Quién se encargó de la ejecución?

Giordino señaló a Amaru con la cabeza.

—Este amigo nuestro le atravesó el corazón por las buenas. También fue el encargado de tirarte la manga de seguridad a la cabeza.

—Entonces no merece la pena sentir remordimientos —dijo Pitt fijándose en Amaru, quien se retorció agónicamente en el suelo sin atreverse a comprobar el alcance de la herida—. Hasta cierto punto no deja de agradarme la idea de que su vida sexual haya llegado ya a su fin. ¿Responde este tipo a algún nombre?

—Se hace llamar Tupac Amaru —contestó Shannon—. Es el nombre del último rey inca. Es muy probable que se lo pusiera para impresionar a la gente de las montañas.

—Los estudiantes peruanos... —les recordó Giordino—. Los llevaron a algún sitio en los sótanos del templo.

—Ya los he liberado. Son unos chavales muy valientes. Supongo que ya habrán atado y empaquetado a los guerrilleros. Ahora sólo queda esperar a las autoridades.

—Yo no les llamaría guerrilleros, ni siquiera revolucionarios. Son sólo una banda de profesionales de la rapiña que se hacen pasar por terroristas de Sendero Luminoso. Se dedican a robar antigüedades para luego venderlas en los mercados clandestinos internacionales.

—Amaru no es sino uno más en todo el tinglado —añadió Rodgers—. Los distribuidores para los que trabaja son los que se sacan la mayor parte de los beneficios.

—No tienen mal gusto —advirtió Pitt—. Por lo que he podido ver, aquí debe de haber almacenadas suficientes obras de arte como para dejar contentos a la mitad de los museos y coleccionistas privados del mundo.

Tras un momento de vacilación, Shannon dio un paso adelante, rodeó el cuello de Pitt con sus manos y le besó suavemente en los labios.

—Nos has salvado la vida. Muchas gracias.

—Y no una, sino dos veces —añadió Rodgers, dándole la mano vigorosamente mientras Shannon seguía abrazándole.

—Ha sido una cuestión de suerte —dijo Pitt manifestando una turbación poco habitual en él. A pesar de que tenía el pelo sucio, no iba maquillada y la camisa que

llevaba estaba llena de manchas y rota. Shannon le seguía pareciendo una mujer realmente sensual.

—Menos mal que llegaste en el momento justo... —dijo la arqueóloga temblando.

—Siento profundamente no haber llegado a tiempo para salvar la vida del doctor Miller.

—¿A donde le han llevado? —preguntó Rodgers.

—Detuve al desgraciado que lo estaba arrastrando cerca de la entrada del templo. El cuerpo del doctor está fuera, en el rellano superior.

Giordino inspeccionó a Pitt de pies a cabeza y observó que tenía la cara y los brazos cubiertos de un sinfín de arañazos y cortes, producto seguramente de la carrera nocturna por la selva. Parecía mentira que se pudiera mantener en pie.

—Tienes el aspecto de haber acabado un triatlón y de acto seguido haberte caído encima de un alambre de espino. En mi calidad de médico de cabecera, te recomiendo unas cuantas horas de descanso antes de emprender el viaje de vuelta al campamento.

—Tengo ánimo suficiente como para olvidarme del cansancio —explicó Pitt con alegría—. Ya habrá tiempo luego de echar una cabezada. Lo primero es lo primero. Por lo que a mí respecta, no tengo la intención de volver a hacer de Tarzán, así que voy a coger el próximo vuelo que salga de aquí.

—Qué locura —murmuró Giordino medio en broma—. Se pasa unas horas en la selva y ya empieza a desvariar.

—¿Realmente crees que podemos salir de aquí volando? —inquirió Shannon en tono de escepticismo.

—Sin lugar a dudas —respondió Pitt—. De hecho, os lo puedo asegurar.

Rodgers le miró de hito en hito.

—Sólo un helicóptero podría entrar en el valle y sacarnos de aquí.

Pitt sonrió.

—No hay otra manera. ¿Cómo si no consigue Amaru, o como se llame, transportar los objetos robados a un puerto de mar para sacarlos del país? Necesita un sistema de comunicaciones y su radio correspondiente. Con ella podemos hacer una llamada de socorro.

Giordino hizo un gesto de aprobación.

—Buena idea, pero antes hemos de encontrar la radio. Si se trata de una portátil, puede estar escondida en cualquiera de los edificios que hay por aquí. Puede costarnos días encontrarla.

Pitt miró inexpresivamente a Amaru.

—Éste sabe dónde está.

Amaru lanzó una mirada maligna a Pitt mientras trataba de combatir el dolor.

—No tenemos ninguna radio —dijo susurrando entre dientes.

—Perdóname si no me creo ni una palabra de lo que dices. ¿Dónde la tenéis?

—No os voy a decir nada —le espetó el jefe de los terroristas con una mueca.

—¿Preferirías morir entonces?

—Me harías un favor si me mataras.

Los verdes ojos de Pitt sólo expresaban frialdad.

—¿Cuántas mujeres has violado y asesinado?

Amaru le miró con desdén.

—Tantas que he perdido la cuenta.

—¿Quieres que acabe perdiendo la paciencia y te cosa a tiros? ¿Es eso lo que quieres?

—¿Por qué no me preguntas cuántos niños he matado?

—No te llesves a engaño. —Pitt cogió su Colt 45 y apoyó el cañón contra la sien del ladrón—. ¿Matarte? No sé qué saldría ganando con ello, pero un tiro en los ojos no te vendría nada mal. Seguirías viviendo, pero a tu condición actual habría que añadir la ceguera.

Amaru trató de mostrarse arrogante, pero no podía ocultar ni el temblor de sus labios ni el miedo que denotaban sus ojos.

—Estás de farol.

—Después de los ojos, pasaremos a las rodillas —dijo Pitt en tono de charla—. Luego podríamos pasar a las orejas, o tal vez sería mejor la nariz. Si estuviera en tu lugar, me retiraría de la partida lo antes posible.

Consciente de que quien le amenazaba hablaba totalmente en serio y de que ya había quemado su último cartucho, Amaru se rindió.

—Encontraréis lo que andáis buscando en un edificio que hay a cincuenta metros del templo en dirección oeste. Sobre la entrada veréis el relieve de un mono. Pitt se volvió a Giordino.

—Llévate a uno de los estudiantes peruanos para que traduzca. Ponte en contacto con las autoridades peruanas, dales nuestra posición e infórmales sobre nuestro estado. Pídeles que manden una unidad del ejército: es posible que todavía haya alguno más de estos desgraciados merodeando por los alrededores.

Giordino se quedó pensativo mirando al líder de los malhechores.

—Si lanzo un S.O.S. por una frecuencia abierta, cabe la posibilidad de que los amigos de este maníaco asesino nos localicen y manden un grupo de gorilas antes de que llegue el ejército. — Farnos del ejército puede ser peligroso —añadió Shannon—. Quizá haya algún oficial de rango metido en todo esto.

—El mundo entero —concluyó Pitt filosóficamente— gira en torno a la corrupción. Rodgers asintió.

—Shannon tiene razón. La partida de antigüedades que tenemos aquí es resultado

de un montaje a gran escala. Los beneficios que estarán sacando estos tipos es muy posible que iguallen a los de cualquier operación de narcotráfico. Sea quien sea el cerebro de este asunto, no creo que pueda llevarlo a cabo sin sobornar a los funcionarios del gobierno.

—Podríamos utilizar nuestra propia frecuencia y ponernos en contacto con Juan —sugirió Shannon.

—¿Juan?

—Juan Chaco, el coordinador del gobierno peruano de nuestro proyecto. Es el responsable de nuestro centro de aprovisionamientos más cercano.

—¿Se puede confiar en él?

—Creo que sí —contestó Shannon sin vacilar—, Juan es uno de los arqueólogos más respetados de Sudamérica y uno de los principales investigadores de las culturas andinas. Además es el perro guardián del gobierno en todo lo referente a excavaciones ilegales y el contrabando de antigüedades.

—Parece el hombre que necesitamos —dijo Pitt a Giordino—. Busca la radio, llámale y pídele un helicóptero que nos pueda llevar de una puñetera vez a nuestro barco.

—Iré contigo e informaré a Juan de la muerte del doctor —se ofreció Shannon—. Además me gustaría observar con más detenimiento las estructuras que hay alrededor del templo.

—Coged un par de armas y manteneos ojo avizor —les advirtió Pitt.

—¿Y el cuerpo del doctor? —preguntó Rodgers—. No podemos dejarlo ahí de esa manera.

—Es cierto —dijo Dirk—, hay que evitar que le dé el sol. Metedlo en el templo y envolvedlo en una manta. Trataremos de que lo vea un forense lo antes posible.

—Dejadme eso a mí —dijo Rodgers enfadado—. Es lo menos que puedo hacer por el buen hombre.

Amaru no dejaba de sonreír a pesar de la agonía que estaba sufriendo.

—Estúpidos, sois unos estúpidos... —se mofó—. Nunca saldréis vivos del Pueblo de los Muertos.

Todos miraron con asco al jefe terrorista. Tenía el aspecto de una serpiente de cascabel demasiado maltrecha para retorcerse y morder. Pitt, con todo, pensaba que seguía siendo tan peligroso como antes y no estaba dispuesto a cometer el error de subestimarle. Además, no le gustaba nada la malvada expresión de sus ojos, por lo que se arrodilló a su lado y le dijo:

—Demuestras demasiada seguridad para tu situación actual.

—Seré yo quien se ría el último. —El malhechor torció el gesto como consecuencia de una punzada de dolor—. Os habéis cruzado en el camino de gente muy poderosa y su reacción será terrible.

Pitt sonrió para indicar su indiferencia.

—No es la primera vez que me cruzo en el camino de gente poderosa.

—Habéis metido las narices en donde no os llaman y con ello habéis puesto en peligro a Solpemachaco. La gente de la que hablo hará todo lo posible por evitar que sigáis adelante, incluso si eso significa la destrucción de toda una provincia.

—No te relacionas con personas lo que se dice amables. ¿Cómo has dicho que se llaman?

Amaru decidió callarse. Había perdido mucha sangre y empezaba a sentirse débil. Con gran dificultad, levantó el brazo y señaló a Pitt.

—Maldito seas. Tus huesos descansarán en Chachapoyas por el resto de los días.

—El ladrón cerró los ojos y se desmayó.

Pitt miró fijamente a Shannon.

—¿Quiénes son los chachapoyas?

—Se les conoce como el pueblo de las nubes —explicó la arqueóloga—. Se trata de una cultura anterior a los incas que floreció en los Andes desde el 800 antes de Cristo hasta 1480, año en el que fueron dominados por los incas. Fueron ellos los constructores de esta compleja necrópolis.

Dirk se puso de pie, cogió el sombrero del guardia y lo dejó caer sobre el pecho de Amaru, a continuación se fue a la sala principal del templo para examinar la increíble partida de objetos chachapoyanos durante unos minutos. Cuando se encontraba admirando una gran vasija de arcilla, Rodgers entró precipitadamente en la sala con cara de preocupación.

—¿Dónde dijiste que estaba el cuerpo del doctor Miller? —le preguntó jadeando.

—Fuera, en el rellano superior.

—Será mejor que me lo indiques tú mismo.

Pitt siguió a Rodgers hasta el arco de la entrada. En el suelo de piedra había una gran mancha de sangre. Miró al fotógrafo y preguntó:

—¿Quién ha movido el cuerpo?

—Como no me lo digas tú... —contestó Rodgers con el mismo tono de estupefacción—. Yo, desde luego, no tengo ni idea.

—¿Has mirado alrededor de la base del templo? Es posible que se cayera...

—Les he dicho a cuatro de los estudiantes que bajen a mirar, pero no han encontrado ni rastro del doctor.

—¿No lo habrá movido alguno de los estudiantes?

—Ya les he preguntado. Están tan perplejos como nosotros.

—Los muertos no se levantan y se echan a andar —dijo Pitt tajantemente.

Rodgers miró a su alrededor y se encogió de hombros.

—Uno parece haberlo hecho.



El aire acondicionado no dejaba de zumbar en la gran camioneta equipada que servía de centro de operaciones al proyecto de arqueología de Chachapoyas. El hombre que se encontraba en su interior tumbado sobre un sofá de cuero daba la impresión de estar mucho menos fatigado que los miembros del proyecto que estaban en el Pueblo de los Muertos. Juan Chaco descansaba tranquilamente con un vaso helado de gin-tonic en la mano. De pronto, dio un respingo y se desveló. Una voz sonó con fuerza por el altavoz que había instalado en la pared situada detrás de la cabina del conductor.

—San Juan llamando a San Pedro. —La voz llegaba con toda claridad—. San Juan llamando a San Pedro. ¿Me oyes?

Chaco se levantó rápidamente y encendió la transmisión de la radio.

—Estoy aquí y te escucho.

—Pon en marcha la grabadora. No tengo tiempo ni de repetir el mensaje ni de explicarlo detalladamente.

Chaco encendió la grabadora y contestó:

—Listo para grabar.

—Amaru y sus seguidores han sido derrotados y hechos prisioneros. Ahora se encuentran bajo la vigilancia de los arqueólogos. Amaru ha recibido un impacto de bala y puede estar gravemente herido.

La expresión de Chaco se puso repentinamente grave.

—¿Cómo es posible?

—Uno de los hombres de ANS, el que respondió a tu llamada de socorro, consiguió escapar de la poza y siguió el rastro de Amaru y sus cautivos. Cuando llegó al templo, se las arregló para someter uno a uno a los incompetentes matarifes que tenemos contratados.

—¿Quién es el desgraciado que ha logrado hacer todo eso?

—Un desgraciado muy peligroso y con mucho ingenio.

—¿Estás tú a salvo?

—Por el momento.

—Entonces, nuestro plan para alejar a los arqueólogos de nuestro punto de almacenamiento ha fracasado.

—Por completo —respondió la voz que había llamado—. Cuando la doctora Kelsey vio los objetos que había preparados para el envío, dedujo todo lo que estaba pasando.

—¿Y Miller?

—No sospechan nada.

—Al menos algo ha ido bien —comentó Chaco.

—Si mandas una unidad antes de que abandonen el valle —explicó la voz—, todavía tendremos ocasión de sacar la operación adelante.

—No entraba en nuestros planes hacer daño a los estudiantes peruanos —cortó Chaco—. La repercusión que eso podría tener entre mis paisanos pondría fin a cualquier tipo de negocios entre nosotros.

—Demasiado tarde, amigo mío. Ahora que saben que quien llevaba todo el tinglado era un grupo de saqueadores y no Sendero Luminoso, no se les puede permitir que revelen lo que han visto. No nos queda más remedio que eliminarlos.

—Nada de esto habría ocurrido si hubiese impedido a la doctora Kelsey y a Miles Rodgers que se metieran en la poza sagrada.

—No había forma de pararlos, a no ser que les hubiéramos pegado un par de tiros delante de los estudiantes.

—Fue un error hacer la llamada de socorro.

—No si queríamos evitar una investigación seria de tus representantes del gobierno. Sus muertes habrían resultado sospechosas si no se hubieran tomado las medidas necesarias para organizar el rescate. No podemos arriesgarnos a que Solpemachaco pase a ser del dominio público. Además, ¿cómo íbamos a saber que la ANS aparecería de forma tan inesperada?

—Es verdad, esa posibilidad era inconcebible en ese momento.

Mientras Chaco hablaba, mantenía la mirada fija en una pequeña estatua de piedra que representaba un jaguar alado y que procedía del valle de los muertos. Antes de concluir dijo tranquilamente:

—Los mercenarios del ejército peruano que hemos contratado llegarán al Pueblo de los Muertos en un plazo de dos horas. Yo me encargo de todo.

—¿Estás seguro de que el comandante hará el trabajo como es debido?

Chaco sonrió.

—¿Si no me puedo fiar de mi propio hermano, de quién puedo hacerlo?

—Jamás he creído que un mortal normal y corriente pueda resucitar. —Pitt seguía con la mirada fija en el charco de sangre que había en el rellano superior de las escaleras de acceso al templo—. Pero supongo que esto acaba con cualquier tipo de creencia que uno pueda tener.

—Estaba muerto —dijo Rodgers tajantemente—. Cuando Amaru le disparó, yo me encontraba tan cerca de él como lo estoy ahora de ti. Había sangre por todas partes. No hay duda: Miller ha pasado a mejor vida.

—No me preocupé de examinarle cuando lo vi en el suelo.

—Bien, vale, pero ¿cómo explicas entonces el reguero de sangre que hay desde la sala hasta aquí? Debe de haber más de tres litros.

—No exageres..., no llega a medio litro —le corrigió Pitt pensativo.

—¿Cuánto tiempo calculas que habrá pasado el cuerpo aquí desde el momento

que golpeaste al guardia y liberaste a los estudiantes que le ataron más tarde? —preguntó Rodgers.

—Cuatro..., cinco minutos a lo sumo.

—Y en ese tiempo un hombre muerto de sesenta y siete años de edad baja una escalera de unos doscientos escalones de pequeño tamaño y una pendiente de setenta y cinco grados..., unos escalones que, o se bajan de uno en uno, o te caes, y luego desaparece sin verter ni una gota más de sangre. —Rodgers meneó la cabeza—. Houdini se habría muerto de envidia.

—¿Estás seguro de que era el doctor Miller? —preguntó Pitt meditabundo.

—Desde luego que era él —contestó Rodgers incrédulo—. ¿Quién podría ser si no?

—¿Cuánto tiempo hace que conoces al doctor?

—Hace al menos quince años que llevo oyendo hablar de él..., tiene una gran reputación. Pero hace sólo cinco días que me lo presentaron. —Rodgers clavó sus ojos en Pitt pensando que se había vuelto loco—. Mira, así no vamos a ninguna parte. El doctor Miller es uno de los antropólogos más importantes del mundo. Su prestigio en el ámbito de las culturas primitivas americanas equivale al de Leakey en prehistoria africana. Su cara ha aparecido en la portada de multitud de revistas, desde la *National Geographic* a la *Smithsonian*. Ha sido narrador y presentador de multitud de documentales para la televisión. Steve Miller no era un anacoreta. Le gustaba la publicidad, por lo que no resultaba difícil reconocerle.

—Era tan sólo una posibilidad —dijo Pitt pacientemente—. No hay nada como una buena trama para poner el cerebro en funcionamiento...

En ese momento aparecieron corriendo Shannon y Giordino, que daban la vuelta a la base del templo. Desde el rellano se podía ver claramente que estaban conmocionados. Pitt esperó a que Giordino llegara a mitad de la escalera para gritarle.

—No me lo digas: alguien ha llegado antes que vosotros a donde estaba la radio y la ha destrozado.

Giordino se detuvo y se apoyó en los empinados escalones.

—Te equivocas. No hemos visto ninguna radio. Alguien, un desconocido, se la ha llevado.

Cuando Giordino y Shannon llegaron al rellano, jadeaban cubiertos de sudor por el esfuerzo. Shannon se secó la cara delicadamente con el típico pañuelo de papel que la mayoría de las mujeres suelen sacar en los momentos más cruciales. Giordino se limitó a pasarse por la frente una de las mangas de su camisa, que ya estaba húmeda de antes.

—No sé a quién se le pudo ocurrir construir esto, pero podría haber instalado un ascensor.

—¿Encontrasteis la tumba que nos indicó Amaru? —preguntó Pitt.

Giordino asintió.

—Sí, no hubo ningún problema para encontrarla. No son precisamente unos tacaños estos tipos. La tumba está decorada con cosas de Abercrombie Fitch. Tienen lo mejor en equipamiento para exteriores que se pueda comprar, además de un generador portátil para un frigorífico.

—¿Vacío? —aventuró Pitt.

Giordino volvió a asentir.

—El ratero que se ha largado con la radio ha tenido el tiempo suficiente para machacar cuatro paquetes de seis botellas de cerveza Coors en perfecto estado.

—¿Coors en el Perú...? —preguntó Rodgers con cara de incredulidad.

—Las etiquetas siguen en las botellas vacías si las quieres ver. Debe de haber alguien que quiere que nos vayamos de aquí sin quitarnos la sed —se lamentó Giordino.

—Nada que temer teniendo la selva ahí delante —dijo Pitt con una sonrisa.

Giordino le miró, pero no sonrió en absoluto.

—¿Y bien? ¿Cómo llamamos a los helicópteros?

Su amigo se encogió de hombros.

—La radio de estos ladrones ha desaparecido y la nuestra está hecha añicos... — Interrumpió lo que iba a decir y se dirigió a Rodgers—, ¿cómo andamos de medios de comunicación en el campamento del cenote?

El fotógrafo meneó la cabeza.

—Uno de los hombres de Amaru la dejó igual que la vuestra.

—¿Así que vamos a tener que volver a recorrer los treinta kilómetros de selva que hay hasta el campamento del proyecto para luego andar otros noventa kilómetros hasta Chachapoyas? —dijo Shannon en tono de resignación.

—Igual Chaco empieza a preocuparse cuando se dé cuenta de que se ha interrumpido todo el contacto y manda una expedición para investigar... —dijo Rodgers esperanzado.

—Incluso si siguieran nuestro rastro hasta llegar aquí sería demasiado tarde — afirmó Pitt—. Todo lo que encontrarían sería un montón de muertos diseminados por las ruinas.

Todos le miraron con cara de perplejidad.

—Amaru ha dicho que nos hemos metido en los asuntos de gente muy poderosa —prosiguió Dirk a modo de explicación—, que no nos va a permitir salir de este valle por temor a que podamos poner al descubierto sus prácticas criminales.

—Pero si querían matarnos —dijo Shannon sin mucha seguridad—, ¿por qué nos trajeron aquí? Más les valdría habernos matado en el campamento y haber tirado nuestros cuerpos al cenote.

—Es muy posible que para que todo pareciese un atentado de Sendero Luminoso. Su plan sería tomarnos como rehenes para conseguir luego un rescate. Si el gobierno peruano, las autoridades universitarias y las familias de los estudiantes hubieran pagado el rescate, tanto mejor para ellos. Habrían tomado ese dinero como un extra que sumarían a los beneficios obtenidos con el contrabando y nos habrían matado de todos modos.

—¿Quiénes son esta gente? —preguntó la doctora secamente.

—Amaru los ha llamado Solpemachaco..., a saber qué significará eso.

—Solpemachaco... —repitió Shannon—. Se trata de un mito que combina a la medusa con el dragón y que es propio de las culturas más antiguas del lugar. La tradición que nos ha llegado con el paso de los siglos describe a Solpemachaco como una serpiente maligna de siete cabezas que vive en una cueva. Uno de los mitos dice que habita en el Pueblo de los Muertos.

Giordino no pudo evitar un bostezo de indiferencia.

—Suenan a una película de serie B con el típico monstruo que surge de las entrañas de la tierra.

—Seguramente será un juego de palabras —dijo Pitt—. Una metáfora en forma de código que esconde el nombre de una organización internacional de saqueadores con contactos en el mercado clandestino de antigüedades.

—Las siete cabezas de la serpiente podrían representar a los cerebros de la organización —sugirió Shannon.

—O a siete bases de operaciones diferentes —añadió Rodgers.

—Ahora que hemos encontrado la solución al enigma —dijo Giordino irónicamente—, ¿por qué no buscamos la manera de largarnos de una puñetera vez de aquí y nos vamos a la poza antes de que los Sioux y los Cheyennes ataquen el acceso?

—Porque nos estarían esperando cuando llegásemos —le contestó Pitt—. En mi opinión, deberíamos quedarnos aquí.

—¿Crees de veras que van a mandar a alguien para que nos mate? —le preguntó Shannon con más enfado que miedo.

Pitt asintió.

—Apostaría mi jubilación a que sí. Quienquiera que se haya largado con la radio, no habrá tardado en delatarnos. Sus amigotes aparecerán sobrevolando el valle en un plazo de, digamos... —calló un momento para consultar su reloj—, hora y media. Todo lo que se parezca, aunque sea vagamente, a un arqueólogo será blanco de sus disparos.

—No me parece una perspectiva muy halagüeña —comentó la doctora.

—Con seis rifles automáticos y la pistola de Dirk creo que podríamos hacer frente a un grupo de, por ejemplo, dos docenas de matarifes durante unos diez minutos —

murmuró Giordino quejumbrosamente.

—No nos podemos quedar aquí y enfrentarnos a una pandilla de criminales bien armados —protestó Rodgers—. Nos acribillarían.

—Y no nos olvidemos de las vidas de esos muchachos —añadió Shannon, que había empezado a empalidecer.

—Antes de que cunda el pesimismo —dijo Pitt enérgicamente, como si todo le diese igual en este mundo—, yo sugiero que reunamos a todos y que salgamos del templo.

—¿Y luego qué? —le preguntó Rodgers impacientemente.

—En primer lugar, buscaremos la pista de aterrizaje que utilizaba Amaru.

—¿Con qué propósito?

Giordino puso los ojos en blanco y dijo:

—Ya conozco esa cara. Está maquinando otro de sus planes maquiavélicos.

—No es nada complicado —dijo Pitt tranquilamente—. Lo que podemos hacer es esperar a que esos exploradores de pacotilla lleguen y se pongan a buscarnos por todos los lados. Luego les cogemos el helicóptero prestado y nos largamos hasta el hotel de cuatro estrellas más cercano para darnos un baño refrescante.

Hubo un momento de silencio. Todos miraron incrédulamente a Pitt como si fuera alguien recién salido de un platillo volante. Giordino fue quien se encargó de hablar en primer lugar.

—¿Veis? ¿No os lo había dicho yo?

La hora y media que Pitt había calculado se quedó corta por sólo diez minutos. La tranquilidad que invadía el valle se vio interrumpida súbitamente por la vibración producida por las hélices de dos helicópteros del ejército peruano. Tras sobrevolar un collado que había entre dos montañas y dar una vuelta de reconocimiento por encima de toda la zona, aterrizaron en un claro que había en medio de las ruinas a menos de cien metros de la fachada del templo cónico. Las tropas salieron rápidamente por las puertas traseras al ritmo de las trepidantes hélices y formaron una fila en posición de máxima alerta como si fueran a pasar una inspección.

No se trataba del típico grupo de soldados dedicado a preservar la paz de una nación. Era una pandilla de mercenarios inadaptados dispuestos a seguir al mejor postor. El comandante, un capitán vestido con un uniforme completo que resultaba bastante incongruente, dio orden a los dos pelotones de treinta hombres para que formaran una línea de ataque al mando de dos tenientes. Cuando comprobó que la línea estaba recta, el capitán levantó una vara por encima de su cabeza e instó a sus oficiales a que iniciasen el asalto al templo. Luego se encaramó a un pequeño muro que le pareció lo bastante seguro para dirigir la batalla.

El capitán no dejaba de animar a sus hombres, incitándoles a cargar contra las escaleras del templo. Sus órdenes retumbaban por doquier gracias a la buena acústica de las ruinas. De repente, su voz se cortó con un extraño gemido. El militar empezó a retorcerse dejando escapar una serie de gritos ahogados. Con la cara desencajada y una expresión de descreimiento absoluto, se inclinó hacia adelante y se cayó del muro. Su cabeza produjo un fuerte chasquido cuando dio contra el suelo.

Un teniente regordete y de baja estatura con un uniforme de campaña demasiado grande se acercó corriendo y se arrodilló al lado de su capitán. Alzó la vista hacia el templo funerario y puso cara de comprenderlo todo. Abrió la boca con intención de gritar una orden y acto seguido cayó fulminado sobre el cuerpo de su superior. Lo último que pudo oír antes de cerrar los ojos fue el seco estallido de un rifle tipo 56-1.

Tumbado sobre el rellano superior del templo y parapetado detrás de una pequeña barricada de piedras, Pitt seguía atentamente por la mirilla de su rifle el avance de la confusa línea de soldados. Hizo fuego nuevamente y acertó en el único oficial que quedaba en pie. El rostro de Pitt no reflejaba ni miedo ni sorpresa ante la imponente presencia de los mercenarios, sino más bien una fría determinación que hacía brillar sus ojos verdes. Al oponer esa resistencia, ganaba tiempo para salvar las vidas de trece personas inocentes. El mero hecho de disparar sobre las tropas para frenar su avance unos segundos no sería más que una pérdida de tiempo. Estos hombres habían venido para matar a todos los testigos de una operación criminal. Aunque es posible que la idea de «tu vida o la mía» sea un tópico, en ese caso no quedaba otro remedio.

Estos hombres no les darían cuartel.

Pitt no era una persona despiadada: sus ojos no reflejaban un exceso de dureza o frialdad. Matar a un extraño no le suponía ningún placer, y si algo sentía era no tener a la vista a los desconocidos responsables de todos los crímenes.

Con sumo cuidado, retiró el rifle de la abertura que había entre las piedras y echó un vistazo alrededor del templo. Los mercenarios peruanos se habían abierto en abanico por los diferentes edificios en ruinas. Varios disparos sueltos fueron a dar al templo, allí picaban la piedra para salir despedidos hacia las tumbas y la pendiente. Se trataba de un grupo de hombres disciplinados que sabían reaccionar con celeridad ante un ataque repentino. La muerte de sus comandantes les había frenado, pero no detenido. Los sargentos se habían hecho cargo de la situación y ya estaban organizando la destrucción de la inesperada resistencia que les había hecho frente.

Pitt se agachó todo lo que pudo al amparo de las piedras. Un torrente de balas había empezado a acribillar las columnas adyacentes provocando una lluvia de cascajos en todas direcciones. Pitt no se sorprendió. Los peruanos se estaban cubriendo los unos a los otros para poder avanzar de ruina en ruina y llegar a las escaleras que había en la base del templo. El submarinista se arrastró como un cangrejo en dirección al interior del palacio de la muerte, se puso de pie y corrió hasta la pared trasera. Se asomó por una ventana en forma de arco y estudió la situación.

Conscientes de que los redondos muros del templo eran demasiado lisos para un ataque y la pendiente demasiado escarpada para huir, los soldados no se habían preocupado de vigilar la parte trasera. Pitt sabía que se la estaban jugando a una única carta: la del ataque por las escaleras de delante. Lo que no había previsto, sin embargo, era que intentasen reducir a escombros buena parte del palacio de los muertos que coronaba el templo antes de lanzar el ataque definitivo.

Pitt volvió precipitadamente a la barricada y soltó una andanada que vació la recámara de su rifle chino. Se echó a un lado y cuando estaba a punto de meter un nuevo cargador de munición, oyó el zumbido de un cohete de 40 milímetros procedente de una lanzadera china tipo 69. El cohete cayó a un lado del templo, a unos ocho metros del rellano donde se había parapetado Pitt. La terrible explosión formó un socavón enorme en una de las paredes y lanzó un sinfín de esquirlas por todos lados. En cuestión de pocos segundos, el viejo templo de los dioses muertos se había llenado de cascotes y del olor producido por explosivos de gran potencia.

Pitt sólo oía ya la atronadora resonancia de las detonaciones en sus oídos y los latidos de su corazón contra su pecho. Apenas podía ver nada y no tragaba más que polvo. Se frotó los ojos frenéticamente y trató de ver lo que había sido de las ruinas en torno al templo. En ese preciso instante salió un relámpago de un mortero atravesando una nube negra de humo. Se cubrió la cabeza con las manos y oyó una ensordecedora explosión sobre las antiguas piedras del templo. El malintencionado



cohete dejó a Pitt conmocionado y medio enterrado en un montón de cascajos.

Durante unos segundos no pudo ni moverse. A duras penas consiguió ponerse de rodillas, cogió su rifle sin poder evitar la tos y se arrastró hasta el interior del palacio. Echó un último vistazo a la pila de objetos almacenados y se dirigió a donde estaba Amaru.

El ladrón de tumbas ya había vuelto en sí. Lanzó una mirada llena de odio al hombre que le había disparado y se cubrió las ingles manchadas de sangre seca. La expresión de sus ojos no era la de antes: habían dejado de expresar dolor y sólo permitían entrever un fondo frío e intensamente malvado.

—Tus amigos tienen un carácter bastante violento —le dijo Dirk en el momento que explotaba otro cohete en el exterior.

—Estás atrapado —le soltó el malhechor con voz trémula.

—Una gran representación la del asesinato del doble del doctor Miller. Desapareció con la radio y ha pedido refuerzos.

—Ha llegado la hora de tu muerte, cerdo yanqui.

—Cerdo yanqui —repitió Pitt—. Hacía tiempo que no me llamaban eso.

—Vas a sufrir todo lo que me has hecho sufrir a mí.

—Lo siento mucho, pero tengo otros planes.

Amaru trató de incorporarse para decir algo, pero Dirk no le esperó y salió de la sala.

Volvió corriendo hasta la ventana de detrás. A su lado había un colchón y dos cuchillos que había cogido de un habitáculo que Shannon y Giordino habían descubierto en una cripta. Puso el colchón en el alféizar, se sentó sobre él y sacó las piernas por la ventana. Luego dejó el rifle a un lado, cogió los dos cuchillos y estudió aprensivamente durante un segundo la distancia de veinte metros que le separaba del fondo. Recordó la ocasión en la que había hecho *puenting* en Vancouver. Cualquier variedad de caída libre iba en contra de la naturaleza humana, pensó. De pronto, un nuevo cohete vino a interrumpir todas sus vacilaciones. Apretó sus zapatillas contra la pendiente e incrustó las hojas de los cuchillos en la piedra para que le sirvieran de freno. Sin mirar atrás, Pitt se lanzó por la ventana y comenzó a deslizarse por la empinada cuesta acurrucado sobre el colchón igual que si fuese en trineo.

Giordino dio la señal a Shannon y los estudiantes para que empezaran a subir la escalera. Rodgers cerraba la marcha. Se encontraban en la cripta que habían elegido para esconderse antes de la llegada del helicóptero. Giordino se detuvo un instante y se asomó por encima de un muro caído que había a la salida. Los helicópteros se encontraban a sólo cincuenta metros de distancia, con los motores en marcha y sus dos pilotos sentados tranquilamente en las cabinas observando el desarrollo de la batalla.

Shannon se puso al lado de Giordino y miró por encima del muro en el preciso

instante que un cohete hacía añicos la entrada en arco del palacio.

—Van a destrozarse todos los objetos almacenados —dijo apesadumbrada.

—¿Y Dirk qué? ¿No te preocupa? —le preguntó Giordino mirándola de soslayo—. No hace más que arriesgar su vida por nosotros, y enfrentarse a un ejército de mercenarios para que podamos robar un helicóptero.

—A un arqueólogo siempre le duele ver la desaparición de una antigüedad.

—Prefieres unos cuantos trastos antiguos a nosotros.

—Perdóname. Deseo que se escape tanto como tú, pero me da la impresión de que es prácticamente imposible.

—Conozco a Pitt desde que éramos chavales y, de veras, aprovecha cualquier ocasión que tenga para representar el papel de Horacio en el puente —dijo Giordino con una sonrisa mientras estudiaba la situación de los dos helicópteros.

Las aeronaves estaban colocadas de una manera escalonada y Giordino pensó que lo más fácil sería llegar a la que estaba más atrás. A su lado había un pequeño barranco por el que podrían dar la vuelta al claro sin ser vistos por los pilotos.

—Di a los demás que nos vamos en el que está más atrás —dijo a Shannon en medio del fragor de la batalla.

Pitt descendió atropelladamente por la pendiente y pasó rozando entre los bustos de piedra que salían de las paredes convexas. Tenía los cuchillos fuertemente agarrados y los apretaba contra la dura piedra con toda la fuerza que le permitían sus nervudos brazos. Tanto los cuchillos de acero, que no dejaban de soltar chispas, como los talones de goma de sus zapatillas habían empezado a romperse. Así y todo, la velocidad seguía aumentando para su consternación. Corría el peligro de caer de bruces y romperse la cabeza o de chocar con algo y destrozarse las piernas. Cualquiera de las dos posibilidades pondría fin a su lucha contra los militares peruanos, quienes con toda probabilidad le darían un trato parecido al que sus oficiales habían recibido.

Sin cejar en sus esfuerzos por reducir la velocidad del descenso, Pitt se las apañó para flexionar las piernas un segundo antes de que el colchón se estrellase contra el suelo con una fuerza estremecedora. Soltó los cuchillos y cayó en la húmeda tierra donde, aprovechando el impulso, rodó sobre un hombro y dio dos volteretas tal y como lo haría un paracaidista. Se quedó unos segundos tendido sobre el barro dando las gracias por no haber caído sobre terreno rocoso y a continuación trató de levantarse para comprobar si se había hecho daño.

Las únicas lesiones que había sufrido eran una ligera torcedura de tobillo que no revestía mayor gravedad, unas cuantas rascaduras en las manos y un leve dolor en el hombro sobre el que había caído. La lluvia que empapaba la tierra había impedido que sufriera un accidente serio. El leal colchón, por su parte, estaba hecho jirones. Respiró hondo, contento de estar todavía intacto. No tenía tiempo que perder: echó a

correr tratando de mantenerse en la medida de lo posible al amparo de las ruinas para evitar que le avistasen los soldados que se encontraban a punto de subir al templo.

A Giordino no le quedaba más remedio que confiar en que su amigo hubiera logrado sobrevivir a los cohetes y hubiese bajado por la pendiente sin ser visto. Parecía algo prácticamente imposible. Además, el hecho de que a veces diera la impresión de que Pitt era una persona indestructible no significaba que la guadaña no le fuese a alcanzar a él de la misma manera que acaba alcanzando a todos los demás. Pero ésa era una idea que Giordino no podía aceptar. Le resultaba inconcebible que Pitt pudiera morir a menos que fuera en la cama y en compañía de una bella mujer o en una residencia para submarinistas retirados.

Giordino se agachó y se acercó corriendo hasta un lugar seguro en la parte trasera del helicóptero elegido mientras un grupo de soldados se abalanzaba por las escaleras del templo en dirección al arco de entrada. El resto de los soldados se quedó abajo cubriendo a sus compañeros con una lluvia de balas.

Todos los peruanos que habían llegado en los helicópteros estaban pendientes de ese momento del ataque. Giordino aprovechó entonces para colarse por las compuertas traseras con el rifle en la mano. Rápidamente se metió dentro y se quedó tendido en el suelo cuan largo era. Desde su posición, observó el gran compartimento vacío para los pasajeros y a los dos pilotos que había en la cabina. Los hombres estaban de espaldas a él y no quitaban ojo a lo que estaba sucediendo en el templo.

Con su característico sigilo, Giordino avanzó a una velocidad impropia de un hombre tan robusto como él. Los pilotos no se percataron de su presencia cuando se plantó detrás de sus asientos, lo cual le permitió golpear a uno de ellos con la culata del rifle sin ningún problema. El otro piloto se dio la vuelta más sorprendido que asustado y, antes de que pudiese pestañear, cayó fulminado como consecuencia del tremendo culatazo que Giordino le propinó en la frente.

Sin perder un segundo, los arrastró hasta la puerta y los tiró afuera. Levantó la vista y empezó como un loco a hacer señas a Shannon, Rodgers y los estudiantes, quienes seguían escondidos en el barranco.

—¡Daos prisa, por Dios! —gritó—. ¡Daos prisa!

Su voz les llegó con claridad en medio del estruendo de la batalla. No hizo falta que les insistiesen demasiado. Salieron disparados de su escondite y entraron por la puerta abierta en cuestión de segundos. Giordino ya había vuelto a la cabina y estaba estudiando la mesa de control para familiarizarse con los mandos.

—¿Estamos todos? —preguntó a Shannon cuando ésta se sentó en el asiento del copiloto.

—Todos menos Pitt.

Giordino miró por la ventana sin decir nada. Los soldados, al no encontrar resistencia, se habían envalentonado y habían irrumpido en el interior del ya derruido

palacio de los muertos. En pocos segundos se darían cuenta de lo que pasaba.

Giordino volvió a los controles. El helicóptero era una antigua aeronave de transporte de guerra Mi-8 de construcción rusa, el tipo que la OTAN había denominado HIP-C durante la guerra fría. Un helicóptero feo y bastante viejo, pensó el submarinista, con dos motores gemelos de mil quinientos caballos que podían soportar el peso de cuatro tripulantes y treinta pasajeros. Como los motores ya estaban en funcionamiento, sólo había que poner la mano sobre la palanca del gas para elevarse.

—¿Me oyes? —gritó Shannon nerviosa—. Tu amigo no ha llegado.

—Ya te he oído. —Sin mostrar ningún tipo de emoción, Giordino apretó el acelerador.

Pitt se acurrucó bajo un edificio de piedra y se asomó por una esquina al oír el creciente zumbido de los turborreactores: las cinco hélices del rotor principal habían empezado lentamente a aumentar sus revoluciones. Una hora antes le había costado lo suyo convencer a Giordino para que despegase sin él. No merecía la pena salvar la vida de un hombre si ello podía suponer la muerte de trece. Aunque sólo le separaban del helicóptero treinta metros de campo abierto —no había ni un arbusto para guarecerse— la distancia le parecía insalvable.

No tenía tiempo para pensar en riesgos. Si quería salvarse, tenía que salir ya. Se agachó y dio un rápido masaje a su tobillo, que cada vez estaba más rígido. Aunque le dolía poco, la tirantez no dejaba de aumentar. Ahora o nunca, pensó. Se agachó como si fuera un corredor de fondo y salió al claro a toda velocidad.

El helicóptero ya se encontraba suspendido a poca distancia del suelo. Giordino estaba examinando la mesa de control y vio que no se había encendido ninguna luz roja. Tampoco notó ningún ruido o vibración. Todo parecía estar en orden. Aunque el helicóptero necesitaba una revisión desde hacía meses, su respuesta hasta el momento había sido la adecuada. La aeronave inclinó el morro preparada para elevarse definitivamente.

Los estudiantes y Rodgers vieron por la ventana del compartimento a Pitt dando saltos en un intento desesperado por alcanzar las compuertas. Todos comenzaron a gritarle para darle ánimos. De pronto vieron que uno de los sargentos miraba en dirección al claro donde se encontraban. En cuanto vio a Pitt dando saltos debajo del helicóptero, el sargento soltó un grito a los soldados que todavía aguardaban bajo las escaleras para lanzarse al ataque.

La chillona voz del sargento llegó al claro mezclada con los ecos de los disparos que los soldados ya estaban realizando dentro del templo.

—¡Se escapan! ¡Disparad, por amor de Dios, disparad!

La orden, sin embargo, no fue cumplida de inmediato. Pitt estaba en el mismo ángulo de tiro del helicóptero y dispararle supondría derribar el único medio del que

disponían para salir de allí. Los soldados vacilaron, sin saber si debían seguir las órdenes de su superior. Sólo uno tuvo la determinación suficiente para apuntar y disparar.

Pitt hizo caso omiso del impacto que acababa de recibir en el muslo derecho. En ese momento tenía cosas más importantes de las que ocuparse: de un salto se colocó bajo la cola de la aeronave y a la sombra de las compuertas. Rodgers y los estudiantes se habían tumbado sobre sus estómagos y trataban de llegar a él con medio cuerpo en el aire y los brazos estirados. De repente, el helicóptero dio un tumbo y se echó ligeramente hacia atrás. Pitt extendió los brazos y dio un salto.

Giordino viró fuertemente el helicóptero arriesgándose a golpear un grupo de árboles con las hélices. De pronto, una bala acertó en su ventana lateral, dejando la cabina llena de pequeños cristales plateados y produciéndole un pequeño corte en la nariz. Un segundo disparo se incrustó en la parte trasera del asiento y estuvo a punto de atravesarle la columna vertebral. El helicóptero recibió varios disparos más antes de que lograra dar un tirón y comenzase a sobrevolar los árboles que rodeaban el claro. Finalmente, el aparato consiguió alejarse del campo de tiro de los soldados peruanos y remontó el vuelo.

Ya fuera de peligro, Giordino ascendió hacia la izquierda a fin de alcanzar la altura suficiente para superar las montañas. Se situó a cuatro mil metros donde, en vez de encontrar las desnudas y rocosas pendientes que esperaba, se sorprendió al ver unas cimas densamente arboladas. Fuera ya del valle, puso rumbo oeste y miró a Shannon.

—¿Te encuentras bien?

—Han intentado matarnos —respondió mecánicamente.

—Será que no les gustan los gringos —comentó Giordino, mientras le echaba un vistazo para asegurarse de que no había sufrido ningún daño. Cuando hubo comprobado que la doctora estaba bien, volvió a concentrarse en la mesa de control y apretó el interruptor de cierre de las compuertas. Una vez hecho esto, volvió la cabeza y dio un grito.

—¿Algún herido por ahí atrás?

—Sólo yo, cómo siempre...

Giordino y Shannon dieron un respingo al reconocer la voz. Era Pitt. Un Pitt agotado y cubierto de barro, era cierto, un Pitt con un pañuelo atado apresuradamente alrededor del muslo, por el que salía un hilillo de sangre. Pero también el infatigable Pitt de siempre, el que en ese momento se asomaba por la puerta de la cabina con una diabólica sonrisa en la cara.

Giordino sintió un tremendo alivio y esbozó una sonrisa de oreja a oreja.

—Has estado a punto de perder el autobús otra vez.

—Y tú sigues sin llamar a la banda de Dixieland para que me dé la bienvenida.

Shannon se había puesto de rodillas sobre el asiento mirando hacia atrás. Sonriendo, echó los brazos alrededor del cuello de Pitt y le dio un fuerte abrazo.

—Temía que no lo consiguieras.

—He estado a punto.

Shannon le vio la pierna y dejó de sonreír.

—Estás sangrando.

—Un disparo de despedida de los soldados justo antes de que Rodgers y los estudiantes me subieran a bordo. Benditos sean.

—Hay que llevarte a un hospital. Parece serio.

—No lo creo, a menos que sus balas estuvieran bañadas en cicuta —dijo Dirk bromeando.

—Deberías descansar. Siéntate aquí.

Pitt cogió a Shannon por los hombros y la empujó suavemente contra el asiento.

—Quédate donde estás. Yo me sentaré en tercera con el resto de los campesinos.

—Tras echar un vistazo a su alrededor, comentó—: Esto es una antigualla...

—No deja de dar tumbos —explicó Giordino—, pero al menos aguanta en el aire.

Pitt se inclinó sobre el hombro de su amigo para examinar la mesa de control y se fijó en los indicadores de combustible. Extendió el brazo y golpeó ligeramente los cristales de protección. Las agujas temblaron un segundo y se detuvieron justo bajo la señal de los tres cuartos.

—¿Hasta dónde crees que llegaremos?

—La capacidad del depósito debe andar cerca de los 350 kilómetros. Si no ha sido agujereado por una bala, deberíamos llegar a recorrer 280 kilómetros.

—Tendría que haber por aquí un mapa de la región y un compás.

Shannon encontró en el lateral de su asiento una carpeta de vuelo y se la pasó a Pitt, quien sacó de ella un mapa. Lo extendió sobre la espalda de la doctora y estudió la manera de llegar a la costa peruana. Entonces trazó un círculo con el compás, con cuidado de no atravesar el mapa y pinchar a Shannon.

—Calculo que estamos a unos trescientos kilómetros del *Deep Fathom*.

—¿El *Deep Fathom*? —preguntó la doctora.

—Nuestro barco de investigación.

—Supongo que no querrás ir hasta el mar cuando tenemos una de las ciudades más grandes del Perú mucho más cerca.

—Se refiere al aeropuerto internacional de Trujillo —explicó Giordino.

—Solpemachaco tiene demasiados amigos para mi gusto —dijo Pitt—. La clase de amigos con los contactos necesarios para enviar a cualquier parte una unidad de mercenarios en cuestión de segundos. En cuanto se corra la voz de que hemos robado el helicóptero y mandado a la tumba a la flor y nata de su ejército, nuestras vidas no valdrán un pimiento. Estaremos más seguros a bordo de un buque norteamericano y

fuera de sus aguas jurisdiccionales hasta que logremos que la embajada estadounidense entregue un informe completo a personas honestas del gobierno peruano.

—Ya entiendo —dijo Shannon—, pero no debemos olvidarnos de los estudiantes peruanos. Saben todo lo que ha pasado. Sus padres tienen gran influencia y se ocuparán de que los medios de comunicación den una versión fidedigna del secuestro de sus hijos y del desvalijamiento de su patrimonio nacional.

—Suponiendo, claro está —comentó Giordino flemáticamente—, que no se nos aparezca una patrulla peruana en cualquiera de los veinte puertos que hay de aquí al mar.

—Todo lo contrario —explicó Dirk—. Cuento con ello. ¿Te gustaría apostar a que el otro helicóptero ha empezado ya a perseguirnos?

—¿Así que vamos a tener que volar pegaditos al suelo y sortear ovejas y vacas hasta que llegemos a la costa? —adivinó Giordino.

—Exactamente. Y la compañía de las nubes no nos vendría nada mal tampoco.

—¿No te estás olvidando de algo? —les interrumpió Shannon con voz cansada, como si estuviera recordándole a un hipotético marido que sacara la basura—. Si no he calculado mal, nuestros depósitos se quedarán vacíos a veinte kilómetros del barco. Espero que no entre en tus planes que tengamos que nadar la distancia restante.

—Ese pequeño problema se puede resolver enseguida —dijo Pitt tranquilamente— llamando al barco para que salga a nuestro encuentro lo más rápidamente posible.

—Eso estaría muy bien —comentó su amigo—, pero seguiríamos muy justos.

—La supervivencia está garantizada —dijo Pitt con confianza—. Este helicóptero está equipado con dos lanchas y con chalecos salvavidas para todos los pasajeros. Está todo en el compartimento de pasajeros. —Se dio la vuelta y vio que Rodgers estaba comprobando si los estudiantes se habían puesto bien los cinturones.

—Nuestros perseguidores nos localizarán en cuanto nos pongamos en contacto con el barco —insistió Shannon tristemente—. Saben perfectamente dónde nos pueden interceptar para derribarnos.

—Eso no ocurrirá —replicó Pitt orgullosamente— si juego bien mis cartas.

Tras reclinar la silla de su despacho casi por completo, el técnico de comunicaciones Jim Stucky se sentó cómodamente y se dispuso a leer una novela de misterio de Wick Downing. Por fin había conseguido acostumbrarse a los golpes que resonaban en el casco del barco de investigación oceanográfica de la ANS, el *Deep Fathom*, cada vez que el sonar lanzaba una señal al fondo del mar peruano. El aburrimiento había empezado a hacer mella en la tripulación poco después de que el barco comenzara a navegar una y otra vez el mismo tramo para explorar la topografía existente a 2.500 brazas de profundidad. Stucky estaba leyendo un episodio de la

novela en el que se encontraba el cuerpo de una mujer en el interior de una cama de agua. De repente la voz de Pitt retumbó por los altavoces.

—ANS llamando a *Deep Fathom*. ¿Estás despierto, Stucky?

Stucky dio un respingo y apretó el botón de transmisión.

—Aquí el *Deep Fathom*. Te oigo, ANS. No cortes. —Stucky avisó a su jefe por el sistema de altavoces del barco.

El capitán Frank Stewart llegó corriendo del puente.

—¿Te he entendido bien? ¿Estás en contacto con Pitt y Giordino?

Stucky asintió.

—Pitt está esperando al otro lado del micro.

Stewart cogió el micrófono.

—Dirk, te habla Frank Stewart.

—Es un placer volver a oír tu voz, Frank. Creía que andarías por ahí bebiéndote una cerveza y te habrías olvidado de nosotros.

—¿Dónde habéis estado metidos, muchachos? El almirante lleva las últimas veinticuatro horas sin parar de despotricar esperando a que dieseis señales de vida.

—De veras, Frank, no hemos tenido un buen día.

—¿Cuál es vuestra situación actual?

—Estamos sobrevolando los Andes en un viejo helicóptero peruano.

—¿Qué le ha pasado al helicóptero de la ANS? —preguntó Stewart.

—El Barón Rojo lo ha derribado —contestó Pitt apresuradamente—. Pero eso no tiene importancia. Escúchame con atención. Nos han disparado en los depósitos de combustible y no creo que podamos aguantar en el aire más de media hora. Por favor, tratad de ir a recogernos a la plaza central de Chiclayo. Lo localizaréis en el mapa del interior de Perú. Id en el helicóptero de reserva de la ANS.

Stewart se volvió a Stucky y le miró perplejo. El capitán volvió a apretar el botón de transmisión.

—Repíte, por favor. No te oigo bien.

—Hemos de aterrizar en Chiclayo por falta de combustible. Salid a nuestro encuentro en el segundo helicóptero. Contándonos a nosotros dos, somos un total de catorce pasajeros.

Stewart estaba estupefacto.

—¿Qué puñetas está pasando? Se supone que Giordino y Pitt salieron con nuestro único helicóptero y ahora se encuentran volando en uno militar al que por lo visto han disparado... Además van acompañados por doce personas más... ¿Y luego qué tontería es ésa del segundo helicóptero? —le comentó a Stucky—. Pitt, no cortes. —El capitán cogió el teléfono y llamó al puente—. Id a buscar un mapa del Perú y traedlo a la sala de comunicaciones.

—Me parece que Pitt se ha vuelto majara —comentó Stucky.



—En absoluto —replicó Stewart—. Esta gente está en peligro y Pitt ha dado una pista falsa para confundir a algún posible fisgón. —Un tripulante trajo el mapa y el capitán lo extendió sobre la mesa—. La misión de rescate era justo al este. Chiclayo está como mínimo a setenta y cinco kilómetros al sureste de su ruta.

—Bueno, ya tenemos la pista falsa —dijo Stucky—. ¿Cuál es ahora el plan de Pitt?

—Lo sabremos ahora mismo. —Stewart cogió el micrófono y apretó el botón de transmisión—. ¿ANS, seguís ahí?

—Seguimos aquí, compañero —dijo Pitt imperturbable.

—Trataremos de llegar a Chiclayo en el helicóptero de reserva lo antes posible. ¿Me oyes bien?

—Sí. Te lo agradezco en el alma, capitán. Me encanta ver que nunca dejas nada a *medio camino*. Ya puedes ir poniendo las cervezas en el frigorífico.

—Enseguida.

—Y daos prisa, ¿vale? —dijo Pitt—, necesito un baño ya mismo. Hasta ahora. Stucky miró al capitán y se echó a reír.

—¿Dónde has aprendido tú a pilotar un helicóptero?

Stewart también se estaba riendo.

—En sueños.

—¿Te importaría decirme que está pasando?

—En un momento. —Stewart cogió de nuevo el teléfono y empezó a dar órdenes — Guardad el sensor del sonar y virad rumbo cero-nueve-cero grados. En cuanto hayáis asegurado el sonar, poned el barco a toda máquina. Y no quiero oír ni un comentario del ingeniero jefe sobre lo delicados que son los motores. Quiero ir a toda marcha. —Colgó el teléfono con expresión pensativa.

—¿Dónde andábamos?

—Ah, sí... no sabías de qué va todo este asunto.

—¿Se trata de algún acertijo? —murmuró Stucky.

—En absoluto. A mí me parece bastante claro. Pitt y Giordino no tienen el combustible suficiente para llegar hasta aquí, por lo que tenemos que salir a toda velocidad para encontrárnoslos a aproximadamente medio camino entre nuestra posición actual y la costa. Sólo espero que lleguemos a tiempo para que no se vean obligados a nadar en un mar infestado de tiburones.

Giordino trataba de mantenerse a sólo diez metros de las copas de los árboles y a una velocidad de 144 kilómetros por hora. El viejo helicóptero era capaz de ir casi al doble de velocidad, pero el submarinista prefería no acelerar para ahorrar el poco combustible que les quedaba. Sólo les separaba del mar una pequeña sierra y un valle de poca extensión. De cuando en cuando, Giordino echaba un vistazo a los indicadores de combustible. Las agujas ya habían empezado a temblar cerca de la señal roja. Volvió la vista a la vegetación sobre la que estaban volando. La selva parecía realmente densa y los pocos claros que se veían de vez en cuando estaban llenos de rocas. Decididamente, no se trataba del lugar idóneo para un aterrizaje forzoso.

Pitt volvió cojeando hasta el compartimento de los pasajeros y empezó a pasar los chalecos salvavidas. Shannon fue detrás de él, le cogió los chalecos de las manos con decisión y se los dio a Rodgers.

—Deja eso —dijo la arqueóloga firmemente empujando a Pitt en un asiento de lona que había a un lado del fuselaje. Señaló el pañuelo empapado de sangre y le dijo:

—Siéntate y estáte quieto.

Tras sacar el botiquín que había encontrado en un armario de metal, se arrodilló delante del submarinista. Sin mostrar ni pizca de nerviosismo, cortó la pernera del pantalón, limpió la herida y, con suma eficacia, le puso ocho puntos sobre el impacto de bala; a continuación le vendó el muslo cuidadosamente.

—Buen trabajo —dijo Pitt admirado—. Deberías dedicarte a ser un ángel de la guarda.

—Has tenido suerte. —Cerró el botiquín—. La bala no ha hecho más que rozarte.

—Juraría que salías en la serie *Hospital General*

Shannon sonrió.

—Crecí en una granja junto a cinco hermanos que hacían todo lo posible por hacerse daño.

—¿Por qué decidiste meterte en el mundo de la arqueología?

—En una parte del campo de trigo que teníamos había un cementerio indio y a mí me gustaba excavar para encontrar flechas. Cuando estaba en el instituto, hice un comentario de texto sobre un informe de las excavaciones realizadas en el sur de Ohio en busca de los túmulos de los indios Hopewell. Como me gustó, me interesé más en el cementerio de nuestra granja. Un día encontré varias vasijas de loza y dos esqueletos y me entusiasmé, aunque, eso sí, no se puede decir que fuera una excavación demasiado profesional. Aprendí la técnica en la universidad, donde también empecé a estudiar las culturas del centro de los Andes, que me fascinaron. Así que me decidí a escoger esta especialidad.

—¿Cuándo conociste al doctor Miller?

—Hace unos seis años, cuando estaba estudiando el doctorado. Fue en una conferencia que dio sobre la red de caminos inca que se extendía desde la frontera de Colombia y Ecuador hasta Chile a lo largo de casi cinco mil kilómetros. Fue su trabajo lo que me animó a especializarme en la cultura andina. Desde entonces vengo aquí con frecuencia.

—Entonces no lo conocías muy bien... —preguntó Pitt.

Shannon movió la cabeza negativamente.

—Como la mayoría de los arqueólogos, nos dedicábamos a nuestros temas preferidos. Nos carteábamos de vez en cuando. Hará unos seis meses, le invité a formar parte de nuestra expedición para que ayudara a los estudiantes voluntarios de la universidad peruana. Tenía unos meses de descanso antes de empezar un proyecto y aceptó. Se ofreció muy amablemente a venir aquí con cinco semanas de antelación para encargarse de los preparativos, tramitar los permisos y conseguir el equipo y los suministros..., ese tipo de cosas. Juan Chaco le sirvió de gran ayuda.

—¿Cuando tú llegaste, notaste algo diferente en él?

Shannon le miró extrañada.

—Qué pregunta más rara...

—Me refiero a su aspecto, a lo que hacía...

La doctora se puso a pensar un momento.

—Desde que nos vimos en Phoenix, había perdido unos ocho kilos y se había dejado barba. Ahora que lo pienso..., casi nunca se quitaba las gafas.

—¿Notaste algún cambio en su voz?

Se encogió de hombros.

—La tenía más grave, pero pensé que tenía un resfriado.

—¿Recuerdas si llevaba un anillo, un anillo con una pieza de ámbar engastada?

Shannon entornó los ojos.

—Una pieza de sesenta millones de años de ámbar amarillo con el fósil de una hormiga prehistórica en el centro. Miller estaba orgulloso de ese anillo. Me acuerdo que lo llevaba el día de la conferencia sobre la red de caminos inca, aunque no lo llevaba cuando estábamos en el cenote. Cuando le pregunté por qué, me dijo que le venía un poquito grande por la pérdida de peso y que lo había dejado en casa para arreglarlo. ¿Cómo es que conoces el anillo del doctor?

Pitt había llevado el anillo del muerto desde el momento en el que se lo había puesto en el cenote, pero se había ocupado de mantener la piedra escondida por el otro lado del dedo. Se lo quitó y se lo pasó a Shannon sin decir ni una palabra.

La arqueóloga lo puso a la luz de una ventana y se quedó mirando la hormiga fosilizada que había en la piedra.

—¿Dónde...?

—No sé quién suplantó al doctor, pero no hay duda de que lo mató. Aceptaste al impostor porque no había razón para no hacerlo. Ni se te pasó por la cabeza la posibilidad de que hubiese gato encerrado. El único error que cometió el asesino fue olvidarse de quitarle el anillo al cuerpo antes de tirarlo a la poza.

—¿Me estás diciendo que el doctor Miller fue asesinado antes de que yo saliera de los Estados Unidos? —dijo Shannon con cara de asombro.

—Seguramente lo mataron a los pocos días de que llegase al campamento —explicó Pitt—. A juzgar por las condiciones en las que se encontraba su cuerpo, debe de llevar más de un mes en el agua.

—Qué raro que Miles y yo no lo viésemos.

—No es tan raro. Bajasteis directamente sobre la entrada del conducto y la corriente os arrastró enseguida. Yo descendí por el otro lado y pude inspeccionar el fondo con bastante detenimiento antes de llegar a la zona de la corriente. En vez de encontrarme con los dos cuerpos que estaba buscando, me topé con los restos del doctor y los huesos de un soldado español del siglo XVI.

—Entonces es verdad: el doctor fue asesinado —declaró Shannon con una expresión de horror en la cara—. Juan Chaco *tiene* que saberlo, porque era el enlace de nuestro proyecto y ya estaba trabajando con Miller antes de que llegáramos. ¿Crees que estará metido en todo este asunto?

Pitt asintió.

—Hasta el cuello. Si estuvieras haciendo contrabando de obras de arte antiguas, ¿qué mejor fuente de información y tapadera que un experto en arqueología que es respetado en todo el mundo y que además trabaja para el gobierno?

—¿Entonces quién era el impostor?

—Algún agente de Solpemachaco. Un tipo listo con dotes de actor capaz de llevar a cabo una magnífica representación de la muerte de Miller con la ayuda de Amaru. Tal vez sea uno de los cerebros de la organización al que no le importa ensuciarse las manos. Es posible que no lo sepamos nunca.

—Si fue él el que mató a Miller, merece que le ahorquen —dijo la doctora con un brillo de ira en los ojos.

—Al menos podremos llevar a Juan Chaco hasta las puertas de un tribunal peruano... —Pitt se puso tenso de repente y se incorporó hacia adelante. El helicóptero había cambiado bruscamente de rumbo.

—¿Qué ocurre? —gritó.

—Un presentimiento —respondió Giordino—, he virado para echar un vistazo a nuestra retaguardia. Tenemos compañía.

Pitt se puso en pie, volvió a la cabina y se sentó cuidadosamente en el asiento del copiloto.

—¿Amigos o enemigos?

—Los tipos que nos atacaron en el templo no se han tragado tu inteligente argucia. —Sin quitar las manos de los controles, Giordino movió la cabeza hacia la izquierda para señalar un helicóptero que en ese instante sobrevolaba una pequeña cordillera que había al este.

—Han debido de adivinar nuestro rumbo. A la velocidad a la que volamos no me extraña que los tengamos detrás —dedujo Pitt.

—No tienen lanzaderas aire-aire —observó Giordino—, por lo que tendrán que dispararnos con los rifles...

Una llama y una nube de humo salieron de repente de uno de los laterales del helicóptero que les seguía. Acto seguido, un cohete pasó tan cerca de la cabina que Pitt y Giordino pensaron que podrían haberlo tocado con sólo sacar el brazo por la ventanilla.

—Corrijamos —aclaró Pitt—: una lanzadera de cohetes de cuarenta milímetros. Lo mismo que han utilizado para destrozar el templo.

Giordino dio un golpe al control de inclinación para provocar un ascenso brusco y echó hacia atrás la palanca del gas a fin de salirse de la línea de tiro de la lanzadera.

—Coge tu rifle y manténlos un rato ocupados hasta que llegemos a esas nubes bajas que hay al lado de la costa.

—¡Qué mala suerte! —gritó Pitt en medio del ruido ensordecedor que estaban haciendo los motores—. Lo tuve que tirar, y mi Colt está vacía. ¿Hay alguna arma a bordo?

Giordino hizo una levísima señal de asentimiento en el momento que daba otro brusco viraje.

—No sé si los demás habrán traído algo. Mi rifle está detrás de la mampara de la cabina, en una esquina.

Pitt cogió unos auriculares que había colgados en el brazo de su asiento y se los puso. Luego salió con dificultad de la parte de delante de la cabina y se agarró a las jambas de la puerta para no perder el equilibrio. Conectó el cable de los auriculares a un enchufe que había en la mampara y pegó un grito a Giordino.

—Ponte los auriculares para que podamos coordinar nuestra defensa.

Su amigo no contestó: en ese preciso instante estaba dando un fuerte apretón al pedal izquierdo para provocar un viraje en seco. Como si estuviera haciendo malabarismos, trató de controlar los mandos al tiempo que cogía los auriculares y se los ponía. De repente, se estremeció y bajó la cabeza instintivamente: un cohete había pasado a menos de un metro del fuselaje para acabar estrellándose en la pendiente de una montaña y en medio de una nube de humo naranja.

Agarrándose a lo primero que veía, Pitt logró llegar hasta la puerta lateral del compartimento de pasajeros, corrió los pestillos y la abrió de par en par. Shannon, mostrando más preocupación que miedo, se arrastró por el suelo con una cuerda para

cargar mercancías y la ató alrededor de la cintura de Pitt mientras éste cogía el rifle que Giordino había utilizado para golpear a los pilotos peruanos. Shannon ató entonces la otra punta de la cuerda a un montante longitudinal.

—Así no te caerás —le gritó.

Pitt esbozó una sonrisa y dijo:

—Eres una maravilla. —Se tumbó boca abajo y apuntó con el rifle hacia afuera—. Estoy listo, Al. Pónmelos a tiro.

Giordino trató de dar la vuelta al helicóptero para que los perseguidores no pudieran ver a su amigo. Como la puerta lateral del compartimento de pasajeros estaba en el mismo lado de las dos aeronaves, el piloto peruano se encontró con el mismo problema. Podría arriesgarse a abrir las compuertas traseras para que un francotirador tuviera el campo de tiro libre, pero eso supondría una reducción de la velocidad aérea y dificultaría la maniobrabilidad del aparato. Al igual que lo que las antiguas avionetas de hélices tenían que hacer cuando entraban en batalla, los pilotos se vieron obligados a buscar las posiciones más estratégicas mediante una serie de ejercicios acrobáticos en el aire que los diseñadores de los helicópteros difícilmente podrían haber previsto.

Su adversario sabía lo que se hacía, pensó Giordino con el debido respeto hacia otro profesional. Ante la superioridad de sus enemigos, se sentía como el ratón al que el gato está a punto de devorar. Su mirada iba de los mandos a sus perseguidores y de sus perseguidores a tierra para asegurarse de que no iban camino de estrellarse. Apretó el control de inclinación y aceleró las revoluciones de las hélices para cambiar súbitamente de ritmo. El helicóptero salió disparado hacia arriba, maniobra que el otro piloto no tardó en imitar. Sin embargo, Giordino, que había previsto el movimiento de su enemigo, volvió a virar hacia abajo y apretó el pedal del timón derecho, acelerando y ladeando el aparato por debajo de su atacante para dar a Pitt la posibilidad de disparar.

—¡Ahora! —gritó por el micrófono.

Pitt apuntó al motor del rotor y apretó el gatillo. El rifle escupió dos balas y se quedó en silencio.

—¿Qué ocurre? —preguntó Giordino—. ¿Sólo dos disparos? Te dejo el balón servido y me fallas. ¿Qué ha pasado?

—El rifle sólo tenía dos balas.

—Cuando se lo cogí al guarda de Amaru no me paré a contar el número de balas que tenía.

Frustrado, Pitt sacó el cargador con furia y comprobó que estaba vacío.

—¿Ha traído alguien un arma? —gritó a Rodgers y a los asustados estudiantes.

El fotógrafo, que se había puesto un cinturón de seguridad y tenía las piernas apoyadas contra la mampara para evitar salir despedido por uno de los bruscos virajes

de Giordino, levantó las manos en señal de impotencia.

—Nos las dejamos cuando salimos corriendo.

En ese preciso momento, un cohete irrumpió por una de las ventanillas, pasó envuelto en llamas por el interior del fuselaje y salió por el otro lado del helicóptero sin herir a nadie. Diseñado para hacer explosión al chocar con vehículos blindados o refugios fortificados, el cohete atravesó el aluminio y el plástico sin estallar. «Como alguno dé en las turbinas», pensó Pitt intranquilo, «se acabó». Miró rápidamente a su alrededor y vio que todos se habían quitado los cinturones y se habían echado al suelo para acurrucarse bajo los asientos como si la tela y los tubos de soporte pudieran servir para detener un cohete de 40 milímetros pensado para destruir un tanque. Soltó una maldición cuando el helicóptero lo tiró contra una de las paredes como consecuencia de otro violento cambio de dirección.

Shannon no dejaba de mirar a Pitt mientras éste lanzaba lleno de furia el rifle por la puerta abierta y daba vueltas de desesperación. Le miraba con una expresión de fe absoluta. Las últimas veinticuatro horas le habían bastado para conocerlo lo suficientemente bien y para saber que no se trataba de un hombre que aceptara la derrota fácilmente.

Pitt se fijó en cómo le miraba.

—¿Qué quieres que haga? —soltó—. ¿Quieres que me lance por los aires y les abra la cabeza de un leñazo? Tal vez se larguen si me pongo a tirarles piedras... — Pitt dejó de hablar cuando posó su mirada en una de las balsas de salvamento.

—Al, ¿me oyes?

—Estoy demasiado ocupado como para atender llamadas —contestó Giordino en un tono tenso.

—Pon este cacharro sobre su lado izquierdo y colócate sobre los peruanos.

—Me da igual lo que estés tramando, pero hazlo antes de que nos metan un cohete por las narices o nos quedemos sin combustible.

—Por petición del público —dijo Pitt con su habitual tono divertido—, vuelve el mago Pitt y su maravilloso truco de vida o muerte. —Desató las correas de seguridad de una de las balsas de salvamento y la dejó suelta. La balsa era naranja y fluorescente, y pesaba más de cuarenta y cinco kilos. En la etiqueta que tenía pegada ponía «unidad de flotación para veinte personas». Pitt se asomó por la puerta con los brazos y piernas bien extendidos y sujeto con la cuerda que le había atado Shannon alrededor de la cintura. Se puso la balsa sobre el hombro y aguardó.

Giordino ya empezaba a sentir cansancio. Pilotar un helicóptero requiere una concentración constante, pues las fuerzas que lo mantienen en el aire no guardan ninguna relación las unas con las otras. En la práctica, la regla habitual es que el piloto no esté a cargo del aparato durante más de una hora. Pasado ese tiempo, el copiloto suele ocupar su lugar. Giordino llevaba hora y media al frente del aparato, y

hacía 36 horas que no dormía. El esfuerzo que suponía la serie de maniobras que efectuaba en ese momento le tenía al borde del agotamiento. Durante los últimos seis minutos, una eternidad para un combate aéreo, había logrado evitar que su adversario se colocara en una buena posición a fin de que los soldados a cargo de la lanzadera pudieran disparar cómodamente.

El helicóptero enemigo logró pasar justo por delante de la frágil cabina de cristal en la que se encontraba Giordino. Durante un fugaz momento pudo ver con claridad al piloto peruano. El soldado esbozó una sonrisa y saludó.

—Ese cabrón se está riendo de mí —soltó Giordino lleno de furia.

—¿Qué has dicho? —le preguntó Pitt.

—Estos jodidos monos se creen que esto es divertido —le contestó su amigo violentamente. Sabía muy bien lo que tenía que hacer. Se había fijado en que su enemigo tenía un punto débil. Cuando viraba a la izquierda, lo hacía con plena seguridad. Sin embargo, al girar a la derecha siempre tenía un brevísimo momento de duda que hacía que se retrasara. Giordino hizo una finta hacia la izquierda e inmediatamente levantó el morro de su helicóptero hacia arriba para volverlo hacia la derecha. El otro piloto siguió la maniobra de Giordino pero reaccionó con demasiada lentitud cuando Giordino se elevó y torció en dirección contraria. Antes de que pudiese corregir el rumbo, Giordino ya se encontraba encima de él.

Pitt no tenía más que un segundo, pero no permitió que la oportunidad se le escapara de las manos. En un abrir y cerrar de ojos, levantó la balsa sobre su cabeza como si fuera un almohadón y la tiró por la puerta en el preciso momento que el piloto peruano pasaba por debajo. El bulto de color naranja cayó a gran velocidad en medio de una de las hélices a dos metros del extremo. La hoja se desintegró y un sinfín de pedacitos plateados salieron disparados impulsados por la fuerza centrífuga. Desequilibradas, las cuatro hélices restantes comenzaron a trepidar con cada vez mayor fuerza hasta que finalmente se desgajaron del eje del rotor y se hicieron añicos.

El gran helicóptero se quedó como flotando en el aire durante un brevísimo instante antes de caer en picado dando vueltas a 190 kilómetros por hora. Pitt, fascinado, se quedó asomado a la puerta mirando cómo el helicóptero se precipitaba y acababa estrellándose contra una pequeña colina a sólo pocos metros de la cima. Una multitud de brillantes fragmentos metálicos se desparramaron por las ramas de los árboles cercanos. El gran artefacto quedó tumbado sobre su parte derecha como una masa informe de metal. A los pocos segundos una enorme explosión lo envolvió en llamas y humo negro y el helicóptero se perdió de vista.

Giordino echó hacia atrás la palanca del gas e hizo una lenta vuelta de reconocimiento por encima de la columna de humo. Ni él ni Pitt vieron señales de vida.



—Seguro que es la primera vez en la historia de la aviación que un helicóptero es derribado por una balsa de salvamento —afirmó Giordino.

—Pura improvisación —dijo Pitt riendo suavemente mientras hacía una reverencia a Shannon, Rodgers y los estudiantes, que no dejaban de aplaudir y parecían de muy buen humor—. Una lección de aviación, Al —añadió— si no hubiera sido por ti, ninguno de nosotros podría contarlo ya.

—¿Verdad que sí? —dijo Giordino mientras viraba hacia el oeste y reducía la velocidad para ahorrar combustible.

Pitt cerró la puerta del compartimento de pasajeros y echó los pestillos. Luego se quitó la cuerda que le había atado Shannon y volvió a la cabina.

—¿Cómo vamos de combustible?

—¿Combustible? ¿De qué combustible me estás hablando?

Pitt se asomó por encima del hombro de su amigo y echó un vistazo a los indicadores de combustible. Los dos mostraban ya un par de mortecinas luces rojas. La cara de Giordino, por su parte, reflejaba un profundo cansancio.

—Cógete un respiro y deja que te releve un rato.

—Ya que hemos llegado hasta aquí, déjame que cubra la poca distancia que nos queda.

Pitt no quiso perder el tiempo discutiendo. La intrépida calma y la fría fortaleza de su compañero aún seguía maravillándole. Podría dar la vuelta al mundo y no encontrar un amigo como el robusto italiano.

—Muy bien, ocúpate tú de aterrizar. Por esta vez me quedaré sentado y rezaré para que nos empuje un viento de cola.

A los pocos minutos sobrevolaban ya la zona costera. Vieron a pocos metros una pequeña playa de arena blanca junto a un lugar de recreo con una piscina rodeada de hierba bien cortada. Los turistas que estaban tomando el sol levantaron la vista y saludaron al helicóptero. Sin nada mejor que hacer, Pitt devolvió el saludo.

Volvió al compartimento de pasajeros y se acercó a Rodgers.

—Tenemos que deshacernos de todo el peso que sea posible. Nos quedaremos con el equipo de salvamento, los chalecos y la otra balsa. Todo lo demás ha de desaparecer: la ropa que sobre, las herramientas, los asientos..., todo lo que no esté soldado.

Todos empezaron a moverse y a pasar cualquier objeto que pudieran encontrar a Pitt, quien se ocupaba de tirarlo por la puerta. Cuando hubieron vaciado el compartimento por completo, el helicóptero había perdido 136 kilos de peso. Antes de volver a cerrar la puerta, Dirk miró hacia atrás. Afortunadamente, no había nadie más persiguiéndolos. Estaba seguro de que el piloto peruano había comunicado por radio su situación y el ataque, echando así a perder la tapadera de Chiclayo. Aun así, no creía que Solpemachaco descubriera la pérdida de sus mercenarios y de su

helicóptero durante los próximos diez minutos. Si llegara a enterarse en el último momento y llamara a un avión de las fuerzas aéreas peruanas para que los interceptase, seguramente ya sería demasiado tarde. El ataque sobre un barco norteamericano desarmado tendría unas repercusiones diplomáticas realmente serias entre el gobierno estadounidense y el peruano, y provocaría una situación que el debilitado país sudamericano difícilmente podría permitirse afrontar. Pitt creía no equivocarse al pensar que ningún oficial militar o burócrata local se arriesgaría a hacer frente a un desastre político por mucho dinero negro que Solpemachaco pudiera pasarle bajo manga.

Pitt volvió cojeando a la cabina, se sentó en el asiento del copiloto y cogió el micrófono de la radio. Apretó el botón de transmisión sin miedo. Ya había sido bastante prudente. Al cuerno con los amigotes de Solpemachaco que controlaban las ondas por cuatro sucios duros, pensó decididamente.

—ANS llamando a *Deep Fathom*. ¿Estás ahí, Stucky?

—Te escucho, ANS. Aquí *Deep Fathom*. ¿Cuál es tu posición?

—Abuelita, abuelita, qué ojos más grandes tienes, y cómo te ha cambiado la voz.

—¿Cómo dices, ANS?

—Ni siquiera trata de disimular... —dijo Pitt riéndose—. Vaya pandilla. —Se volvió a Giordino—. Tenemos un tipo divertido en nuestra *party line*.

—Creo que sería mejor que le dieras nuestra posición —dijo su amigo sin ocultar el cinismo de su comentario.

—Tienes toda la razón —asintió Dirk—. *Deep Fathom*, aquí ANS. Estamos al sur del Castillo Mágico, entre el País de la Selva y los Piratas del Caribe.

—Por favor, repite tu posición —dijo el confuso mercenario que se había colado en la llamada de Dirk a Stucky.

—Pero ¿qué es esto? ¿Un anuncio de Disneylandia para la radio? —La voz de Stucky sonó con claridad por el micrófono.

—Bueno, bueno. Aquí tenemos lo que andábamos buscando. ¿Por qué has tardado tanto, Stucky?

—Estaba escuchando los comentarios de mi alter ego. ¿Habéis llegado ya a Chiclayo, muchachos?

—Hemos decidido desviarnos y vamos camino a casa —contestó Pitt—. ¿Anda el capitán por ahí?

—Está en el puente haciendo de capitán Bligh y animando a la tripulación para que batan el récord de velocidad. Un nudo más y se nos empezarán a saltar los remaches.

—Aún no os hemos avistado. ¿Nos tenéis en el radar?

—Afirmativo —contestó Stucky—. Cambiad vuestro curso a dos-siete-dos magnético. De esa manera os situaréis en una dirección convergente.

—Cambiando curso a dos-siete-dos —dijo Giordino.

—¿A qué distancia estamos?

—El capitán calcula que a unos sesenta kilómetros.

—Deberíamos verlos pronto —le comentó Pitt a su compañero—. ¿Tú qué opinas?

Giordino miró con aprensión a los indicadores y luego al reloj del panel. Eran las 10.47 de la mañana. No podía creerse que hubieran pasado tantas cosas en tan poco tiempo: apenas hacía nada que habían recibido la llamada de socorro del suplantador del doctor Miller. Pensó que todo lo que había ocurrido desde entonces le había quitado tres años de vida.

—Estoy intentando sacarle todo el partido posible a cada litro de combustible que queda —dijo finalmente—. Tenemos una ligera corriente de cola que nos está ayudando, pero aun así no creo que aguantemos en el aire más de quince o veinte minutos. Aunque vete tú a saber...

—Confiemos en que las agujas vayan un poco adelantadas —comentó Pitt—. Stucky, ¿estás ahí?

—Te escucho.

—Será mejor que os vayáis preparando para un rescate en el agua. Todo indica que vamos a tener que amarar.

—Voy a decírselo al capitán. Avisadme cuando descendáis.

—Serás el primero en saberlo.

—Buena suerte.

Las olas se iban sucediendo debajo del helicóptero. Pitt y Giordino se limitaban a escuchar el zumbido que producía el aparato. Tenían los oídos bien atentos a las reacciones de las turbinas, temiendo que parasen en cualquier momento. De pronto, la sirena de alarma empezó a ulular por toda la cabina: el combustible se había acabado.

—Se acabaron las reservas —dijo Pitt—, ahora volamos con el humo que hayan podido dejar...

Echó un vistazo a las profundas aguas del mar, que tenían un tono azul cobalto. Volaban a una altura de sólo diez metros. La temperatura era agradable y el mar parecía bastante tranquilo. En realidad, tenía un aspecto bastante tentador. Calculó que las olas no medirían más de un metro. Un amaraje sin motor no sería demasiado difícil; el viejo Mi-8 aguantaría flotando algo más de un minuto siempre que Giordino lograra evitar que se estrellase al caer.

Pitt llamó a Shannon, quien apareció enseguida en la cabina esbozando una leve sonrisa.

—¿Aparece ya vuestro barco?

—Tiene que estar justo detrás del horizonte, aunque no lo bastante cerca como para que lleguemos con el poco combustible que tenemos. Di a todos que se preparen

para el amaraje.

—Así que vamos a tener que nadar la distancia que nos queda... —replicó Shannon cínicamente.

—No es más que una pequeña dificultad técnica —aclaró Dirk—. Dile a Rodgers que ponga la balsa cerca de la puerta del compartimento de pasajeros y que se prepare para echarla al agua en cuanto amaremos. Y que le quede bien claro que tiene que tirar de la cuerda para inflarlo *después* de haberla sacado por la puerta. Por una vez me gustaría no mojarme ni un dedo del pie.

Giordino hizo una señal hacia adelante.

—El *Deep Fathom*.

Pitt entornó los ojos y vio un punto pequeñísimo en el horizonte. Asintió con la cabeza y apretó el botón de transmisión.

—Stucky, ya te hemos avistado.

—Venid, venid a la fiesta —respondió Stucky—. Abriremos el bar algo antes sólo por vosotros.

—Dios me guarde —bromeó Dirk, con un sarcasmo evidente—, no creo que el almirante vea eso con buenos ojos.

Su jefe, el director general de la Agencia Nacional de Submarinismo, el almirante James Sandecker, había prohibido terminantemente que se bebieran bebidas alcohólicas a bordo de los barcos de la ANS. Sandecker era un fanático del ejercicio y de la vida vegetariana, y estaba convencido de que de ese modo contribuía a alargar las vidas de sus empleados. Al igual que había sucedido en los años veinte, incluso las personas que apenas habían probado el alcohol con anterioridad, habían comenzado a meter cerveza a hurtadillas en el barco o a comprarlo en los puertos extranjeros.

—¿Preferirías un buen vaso de Ovaltine? —inquirió Stucky.

—Sólo si lo mezclas con zumo de zanahorias y un poco de alfalfa...

—Acabamos de perder un motor —dijo Giordino tranquilamente.

Pitt miró rápidamente la mesa de control. Las agujas de control de la turbina de babor habían regresado a la posición de parada. Se dio la vuelta y dijo a Shannon:

—Di a todo el mundo que el helicóptero va a caer al agua por estribor.

La arqueóloga le miró sin comprender.

—¿Por qué no amaramos en posición vertical?

—Si caemos en esa posición, las hélices entrarán en contacto con el agua y quedarán desintegradas a la misma altura que el fuselaje. Los fragmentos saldrán despedidos y es muy posible que penetren en la cabina, con lo cual nuestro intrépido piloto podría perder la cabeza. El descenso sobre uno de los laterales permite que los fragmentos de las hélices salgan despedidos en la dirección contraria a donde estamos nosotros.

—¿Y por qué por estribor?

—Mira, no tengo pizarra y tiza —saltó Pitt exasperado—. Pero para que te fueras contenta, te diré que tiene que ver con la dirección de rotación de las hélices y con el hecho de que la puerta de salida está a babor.

Shannon asintió para dar a entender que la información era suficiente.

—Comprendido.

—En cuanto se produzca el impacto —siguió Pitt—, asegúrate de que los estudiantes salgan antes de que el aparato se hunda. Ahora vuelve a tu sitio y agárrate bien. —Entonces dio una palmada a Giordino en la espalda—. Estáte al tanto mientras lo tengas todo controlado. —Dicho esto, se abrochó el cinturón de seguridad.

Giordino no se hacía nunca de rogar. Antes de perder el motor que le quedaba, echó hacia atrás el control de inclinación y la palanca del gas. A sólo tres metros del mar, el helicóptero perdió su impulso.

Fue entonces cuando Giordino decidió inclinarlo suavemente hacia estribor. Las hélices golpearon el agua y salieron desintegradas en medio de un enorme remolino de agua pulverizada, mientras que el aparato se quedaba tendido como si fuera un albatros en período de gestación.

El impacto fue parecido al choque de un coche contra una cuesta muy empinada. Giordino apagó el motor que todavía funcionaba y se encontró con la agradable sorpresa de que el viejo Mi-8 estaba flotando a merced de las olas como si ése fuese su entorno natural.

—¡Esto se acabó! —gritó Pitt—. ¡Largo de aquí todo el mundo!

El suave golpeteo de las olas contra el fuselaje sonaba sumamente agradable en comparación con el continuo traqueteo de los motores y las hélices. El fuerte olor de salitre llenó el aire cargado del interior del compartimento cuando Rodgers abrió la puerta y echó la gran balsa de salvamento al agua poniendo especial cuidado de no tirar de la cuerda demasiado pronto. Se sintió aliviado cuando oyó el silbido del aire comprimido. La balsa empezó a inflarse sin ningún problema a poca distancia del helicóptero mientras el fotógrafo sujetaba fuertemente la cuerda de amarre. En pocos segundos la embarcación ya estaba subiendo y bajando en el agua.

—Vamos, fuera... —gritó Rodgers a los jóvenes estudiantes peruanos.

Pitt se desabrochó el cinturón de seguridad y fue rápidamente hasta el compartimento de pasajeros. Shannon y Rodgers estaban organizando la evacuación sin ningún problema. Sólo faltaban tres estudiantes por saltar a la balsa. Pitt vio enseguida que el helicóptero no se mantendría mucho tiempo a flote. Las compuertas estaban cerradas, por lo que sólo entraba agua por las rendijas. De todas formas, el suelo del fuselaje ya había empezado a inclinarse hacia la parte de atrás y las olas estaban entrando por el umbral del compartimento.

—No tenemos mucho tiempo —informó Pitt mientras ayudaba a Shannon a saltar a la balsa. El siguiente en salir del helicóptero fue Rodgers. Dirk se volvió a Giordino y le dijo:

—Ahora te toca a ti, Al.

Giordino no quería ni oír hablar de ello.

—La tradición entre los marineros dice que los heridos salen primero.

Antes de que Pitt pudiera protestar, su amigo le empujó por la puerta y le siguió justo cuando el agua ya había empezado a cubrirle los talones. Cogieron los remos y se alejaron rápidamente del helicóptero mientras la cola se iba hundiendo en el agua. De pronto, una ola de gran tamaño arremetió contra el fuselaje por babor e inundó el compartimento de los pasajeros. Acto seguido, las despreocupadas aguas del mar empezaron a engullir al helicóptero, dejando escapar un ligero gorgoteo y provocando pequeñas olas. La parte del aparato que se perdió de vista en último lugar fue el rotor, cuyas truncadas hélices aún daban vueltas como consecuencia del flujo de las olas. Parecía como si el aparato descendiera a las profundidades impulsado por su propia fuerza. Por fin, el mar se cerró sobre sí mismo y volvió a su tranquilidad habitual.

Nadie dijo nada. Todos parecían haberse puesto tristes al ver desaparecer el helicóptero. Era como si se tratara de una pérdida personal. Aunque Pitt y Giordino se sentían a sus anchas en el mar, los demás, al verse de repente en medio de la gran masa de agua, tuvieron una profunda sensación de vacío e impotencia, la cual no hizo sino aumentar cuando una aleta de tiburón irrumpió súbitamente en la superficie y comenzó a dar vueltas alrededor de la balsa.

—Esto es culpa tuya —le espetó Giordino a Pitt fingiendo desesperación—. Ha olido la sangre de tu herida.

Dirk fijó la mirada en el agua y observó el elegante apéndice, la cabeza con las dos protuberancias y los ojos que parecían las luces de posición de un avión.

—Un pez martillo. No tendrá más de dos metros y medio de longitud. Bueno, no pienso hacerle ni caso.

Shannon no pudo evitar estremecerse, se acercó a Pitt y se agarró a su brazo.

—¿Y si se le ocurre tragarse un trozo de balsa y nos hundimos?

Pitt se encogió de hombros.

—A los tiburones no les suelen gustar las balsas.

—Ha invitado a sus amigos a comer... —comentó Giordino mientras señalaba un par de aletas que acababan de aparecer en la superficie.

Pitt se dio cuenta de que los estudiantes habían empezado a sentir pánico. Se tumbó tranquilamente, colocó los pies sobre uno de los flotadores y cerró los ojos.

—Nada como una siesta a la luz del sol y en medio de un mar tranquilo. Despertadme cuando llegue el barco.

Shannon le miró de hito en hito incrédula.

—Este se ha vuelto loco.

Giordino no tardó en apuntarse al plan de su amigo y se tumbó a su lado.

—Ya somos dos.

Los demás se quedaron sin saber muy bien qué hacer. Primero miraban a los plácidos submarinistas y luego se volvían hacia los tiburones que había a su alrededor. El pánico fue poco a poco disminuyendo hasta que se convirtió en mera aprensión. Los minutos, con todo, se hacían eternos y tanto los estudiantes como Shannon y Rodgers no podían evitar sentir cierta intranquilidad.

Aunque los tiburones fueron aumentando de número, los náufragos no tardaron en recuperar totalmente la esperanza cuando vieron aparecer el *Deep Fathom* surcando el mar a gran velocidad. Ninguno de los tripulantes de la vieja embarcación de la ANS se hubiera imaginado que el barco pudiese alcanzar tales velocidades. En la sala de máquinas, el ingeniero jefe, August Burley, un hombre fornido que lucía una gran barriga, se encontraba en la pasarela que había entre los dos motores diésel al tanto de las agujas de los contadores de revoluciones, las cuales no bajaban de la zona roja, y de cualquier ruido que le pudiera hacer suponer un cierto cansancio en los motores. El capitán Frank Stewart, por su parte, estaba en el puente observando por sus prismáticos el pequeño punto naranja que resaltaba en medio del azul del mar.

—Vamos a acercarnos a media marcha —le dijo al timonel.

—¿No quiere que paremos los motores y que nos dejemos llevar por la corriente, capitán? —preguntó el hombre de la coleta rubia que estaba a cargo del timón.

—Están rodeados por un banco de tiburones —contestó el capitán—. No podemos perder el tiempo con precauciones. —Se acercó al micrófono del sistema de megafonía y dijo—: Nos vamos a acercar a los náufragos por babor. Que todos los hombres disponibles se preparen para ayudarles a subir a bordo.

Fue toda una muestra de sabiduría marinera. Stewart paró el barco a dos metros de la balsa de salvamento provocando tan sólo una pequeña ola. Varios miembros de la tripulación se asomaron por la amurada y comenzaron a mover los brazos y a dar gritos saludando a los náufragos. La escalera para subir a bordo ya estaba en su sitio y un tripulante se había colocado en la plataforma inferior con un gancho de amarre en la mano. Giordino lo cogió y lo sujetó a la balsa, y en un abrir y cerrar de ojos los supervivientes se encontraban en la plataforma.

Todos se olvidaron de los tiburones y comenzaron a sonreír y a comportarse con desenfadado. Desde el momento en el que habían sido raptados, habían logrado sortear la muerte al menos en cuatro ocasiones y no habían sufrido heridas de gravedad. Shannon volvió la mirada al gran casco del barco de investigación y se fijó en lo desproporcionado de su estructura y de los mástiles de carga y descarga. Se dirigió a Pitt con una astuta expresión en los ojos.

—Nos prometiste un hotel de cuatro estrellas y un baño refrescante, no un viejo carguero oxidado.

Pitt se echó a reír.

—El descanso del guerrero y un refugio durante una noche de tormenta... compartiremos mi camarote que aunque es sencillo, resulta acogedor. Como soy un caballero, tú dormirás en la litera de abajo y yo me quedaré con la de arriba.

Shannon le miró con expresión divertida.

—Das muchas cosas por hecho, ¿no crees?

Pitt se había relajado. Observó con una mirada paternal cómo subían los demás por la escalera y se volvió nuevamente a Shannon esbozando una diabólica sonrisa.

—De acuerdo. Trataremos de no llamar mucho la atención. Tú te pondrás arriba y yo me quedaré abajo.



El mundo de Juan Chaco se había venido abajo. El desastre del valle de Viracocha había sido mucho mayor de lo que él se podía haber imaginado en un principio. Su hermano había muerto y la operación de contrabando de obras de arte se había ido al traste. Por añadidura, en cuanto la arqueóloga estadounidense Shannon Kelsey y los estudiantes universitarios contaran toda la historia a los medios de comunicación y a los miembros de seguridad del Estado, él sería expulsado del Departamento de Arqueología en medio del mayor descrédito. No sólo eso: había muchas posibilidades de que le arrestaran y de que le mandaran a juicio acusado de haber vendido el patrimonio nacional, lo cual podía equivaler a muchos años de cárcel.

Una aeronave de rotor pivotante empezó a descender a poca distancia de la camioneta del centro de operaciones de Chachapoyas. Juan, que se sentía presa de una profunda inquietud, observó atentamente cómo los motores de las alas iban cambiando de la posición de vuelo a la de aterrizaje. La aeronave, negra y sin ninguna señal de identificación, se mantuvo flotando en el aire unos segundos antes de posarse definitivamente en el suelo.

Un hombre barbudo vestido con unos pantalones cortos sucios y arrugados y una camisa de color caqui con una enorme mancha de sangre sobre el pecho salió del compartimento de pasajeros. Con una expresión grave en los ojos, se puso a andar en dirección a la camioneta mirando fijamente hacia adelante. Sin siquiera dirigirle un saludo, pasó por delante de Chaco y entró en la camioneta. Chaco le siguió como si fuera un perro apaleado.

Cyrus Sarason, el suplantador del doctor Steven Miller, se dejó caer en el asiento del despacho del coordinador del proyecto arqueológico y le miró fríamente.

—Supongo que ya lo habrás oído...

Chaco asintió sin mencionar la mancha de sangre que Sarason tenía en la camisa. Sabía que la mancha no era producto de un verdadero disparo de bala.

—Uno de los colegas de mi hermano me ha dado un informe completo.

—Entonces sabrás que la doctora Kelsey y los estudiantes universitarios se nos han escapado de las manos y han sido rescatados por un barco de investigación oceanográfica estadounidense.

—Sí, estoy al corriente de nuestro fracaso.

—Siento mucho lo de tu hermano —comentó Sarason sin mostrar una gran emoción.

—No me puedo creer que haya muerto —murmuró Chaco con una extraña indiferencia—. Resulta realmente imposible. Los arqueólogos deberían haber sido borrados del mapa sin problemas.

—Si dijese que tu gente ha hecho una verdadera chapuza, me estaría quedando

corto —dijo Sarason—. Ya te advertí que esos dos submarinistas de la ANS eran peligrosos.

—Mi hermano no esperaba encontrarse con un ejército organizado.

—Un ejército integrado por un solo hombre —le espetó Sarason ásperamente—. He estado observándolo todo desde una de las tumbas. Un francotirador situado en el templo se ha encargado de liquidar a los oficiales y ha logrado mantener a raya a dos de tus intrépidos pelotones de mercenarios. Mientras tanto, su compañero se las ha apañado para dejar sin sentido a los dos pilotos y para largarse con el helicóptero. Tu hermano ha pagado cara su estupidez y su excesiva confianza.

—¿Cómo es posible que una pareja de submarinistas y un grupo de jóvenes arqueólogos hayan sido capaces de derrotar a un cuerpo de seguridad bien entrenado? —preguntó Chaco lleno de perplejidad.

—Si supiéramos la respuesta a esa pregunta, podríamos averiguar también cómo han logrado derribar el helicóptero que los perseguía.

Chaco se le quedó mirando fijamente.

—Todavía podemos detenerlos.

—Olvídalo. No pienso redondear la faena destruyendo un barco del gobierno norteamericano. El daño ya está hecho. Según me han informado mis contactos de Lima, la doctora Kelsey ha comunicado al presidente Fujimori todo lo que ha pasado, incluido el asesinato del doctor Miller, poco después de subir al barco. Esta noche ya lo sabrá todo el país. La fase de Chachapoyas de nuestra operación ha sido un fracaso absoluto.

—Todavía podemos sacar la mercancía del valle —propuso Juan. La reciente muerte de su hermano no había disminuido su codicia.

Sarason asintió.

—Ya había pensado en eso. He mandado a un grupo de hombres para que saquen todos los objetos que hayan sobrevivido al ataque de esos idiotas dirigidos por tu hermano. Será un milagro sí todavía pueden encontrar alguna muestra de nuestros esfuerzos.

—Creo que tenemos muchas probabilidades de hallar alguna pista en el Pueblo de los Muertos que nos lleve hasta el quipo de Drake.

—El quipo de Drake —Sarason repitió las palabras con una mirada perdida en sus ojos y se encogió de hombros—. Nuestra organización ya ha empezado a seguir otra línea de trabajo para encontrar el tesoro.

—¿Y Amaru? ¿Está todavía vivo?

—Por desgracia, sí. Será un eunuco hasta el día de su muerte.

—Es una pena, porque era un colaborador leal.

Sarason esbozó una sonrisa sarcástica.

—Leal al mejor postor. Tupac Amaru es un asesino patológico de primer orden.

Cuando le ordené que apresase al bueno de Miller y que lo retuviese hasta que la operación concluyera, lo que hizo fue atravesarle el pecho con un disparo y tirarlo a la puñetera poza. Este hombre piensa como un perro rabioso.

—Aún puede sernos útil —dijo Chaco lentamente.

—¿Útil? ¿Cómo puede sernos útil?

—Por lo que le conozco, yo diría que habrá jurado vengarse de quien le dejó así. Tal vez sería una buena idea dejarle tras la pista de la doctora Kelsey y de ese submarinista, Dirk Pitt, para evitar que los servicios de investigación de fronteras puedan recurrir a ellos a fin de conseguir información.

—Sería un verdadero peligro dejar libre a un loco como ése, pero lo tendré en cuenta. Chaco prosiguió.

—¿Qué planes tiene Solpemachaco para mí? Aquí ya no tengo nada que hacer. En cuanto mis paisanos se enteren de que he abusado de su confianza en lo relativo al patrimonio nacional, me mandarán a una de sus asquerosas cárceles para el resto de mis días.

—Ésa es una consecuencia inevitable —repuso Sarason encogiéndose de hombros—. Mis contactos también me han dicho que la policía local tiene orden de detenerte. Estarán aquí en menos de una hora.

Tras mirarle durante largo rato, Chaco dijo a Sarason:

—Soy un investigador y un científico, no un criminal profesional. No sé qué podría llegar a revelar si se me hiciese un interrogatorio exhaustivo o si se me torturara.

Sarason reprimió una sonrisa al oír la velada amenaza.

—No hay quien sepa más que tú sobre las antiguas culturas andinas. Eres un miembro importante de nuestra organización y no podemos permitirnos perderte. Por tanto, hemos decidido que te encargues de nuestra colección de Panamá. Te encargarás de las operaciones de identificación, catalogación y restauración de todos los objetos que nos proporcionen los huaqueros locales o que consigamos con la excusa de algún proyecto universitario. A Chaco le brillaban los ojos.

—Me siento halagado. Acepto, cómo no..., una posición tan importante ha de tener un buen sueldo.

—Recibirás un dos por ciento del precio que obtengan los objetos en las subastas de Nueva York y Europa.

La posición que ocupaba Chaco en la jerarquía de Solpemachaco era demasiado baja como para que estuviera al corriente de los secretos de la organización, aunque ello no le impedía conocer los entresijos de la red y el tipo de cantidades que se barajaban.

—Voy a necesitar ayuda para salir del país.

—No te preocupes —dijo Sarason—. Vendrás conmigo. —Hizo un gesto con la

cabeza para señalar la siniestra aeronave de color negro que había en el exterior. Las tres hélices del rotor ya habían empezado a cortar el aire.

—Con este aparato podemos estar en Bogotá en cuatro horas.

Chaco no se podía creer la suerte que estaba teniendo. En cuestión de segundos había pasado de ser carne de presidio por fraude a tener la oportunidad de convertirse en un hombre sumamente rico. El recuerdo de su hermano se le antojaba cada vez más remoto. Al fin y al cabo, no eran más que hermanastros y nunca habían estado muy unidos. El arqueólogo cogió rápidamente unas cuantas cosas que tenía en el despacho, las metió en una maleta y acompañó a Sarason hasta la aeronave.

Juan Chaco no llegaría nunca a Bogotá. La aeronave pasó a una altura de quinientos metros por encima de un patatal cercano a un pueblo perdido del Ecuador. De repente, los agricultores que estaban trabajando en él vieron cómo el cuerpo de un hombre salía expulsado del artefacto y empezaba a caer a gran velocidad. Como si estuvieran viviendo una historia de terror, se dieron cuenta de que el hombre no estaba muerto: en un intento desesperado por detener la caída, el hombre no dejaba de dar patadas al aire y de mover los brazos frenéticamente.

Chaco fue a parar a un pequeño corral y estuvo a punto de caer sobre la esquelética vaca que había dentro. Los granjeros llegaron corriendo del campo pocos segundos más tarde y se encontraron con su cuerpo medio hundido en la suciedad. Los sencillos campesinos decidieron no enviar a nadie a la comisaría de policía más cercana, que se encontraba a 60 kilómetros del lugar en dirección oeste. En vez de eso, prefirieron levantar respetuosamente los restos del misterioso hombre que había caído del cielo para enterrarlos en un pequeño cementerio cercano a las ruinas de una antigua iglesia. El desconocido no fue objeto de duelo pero las generaciones venideras le recordarían como si prácticamente hubiera accedido a la categoría de mito.

Shannon se había envuelto una toalla alrededor de la cabeza como si fuera un turbante para secarse el pelo. Acababa de tomarse un reconfortante baño caliente en el camarote del capitán. Después de que las estudiantes peruanas pasaran primero, se había relajado en el agua humeante mientras daba buena cuenta del bocadillo de pollo y el vaso de vino que le había traído Pitt de la cocina. Ahora que el sudor y la suciedad de la selva habían desaparecido de su piel, su cuerpo brillaba y despedía un fuerte olor a lavanda. Uno de los miembros de la tripulación de menor estatura le dejó un mono: casi toda la ropa que tenía la única mujer que trabajaba en ese proyecto de la ANS, la geóloga de la expedición, había sido prestada a las estudiantes. En cuanto se puso el mono, Shannon tiró la blusa y el bañador a un contenedor, puesto que no hacían más que recordarle un episodio que quería olvidar cuanto antes.

La doctora se secó y cepilló el pelo, y se puso una gota de la loción del capitán. «¿Por qué será que los hombres nunca se ponen polvo de talco después de la ducha?», pensó. Pitt llamó a la puerta en el momento en el que se estaba haciendo una coleta. Se quedaron mirándose fijamente el uno al otro durante un segundo y se echaron a reír.

—Estás prácticamente irreconocible —dijo Shannon mientras observaba la chillona camisa hawaiana y los pantalones de color canela que llevaba Pitt. No podía decirse que fuera arrebatadoramente guapo, pensó, pero cualquier incorrección que pudiera tener su angulosa cara pasaba desapercibida ante su magnetismo, un magnetismo viril al que resultaba difícil resistirse. Estaba más bronceado que ella, y su pelo, oscuro y ondulado, contrastaba admirablemente con sus ojos verdes.

—La diferencia salta a la vista, ¿verdad? —dijo con una sonrisa encantadora—, ¿qué te parece si te enseño el barco antes de cenar?

—Perfecto. —Le dirigió una mirada apreciativa—. Creía que iba a quedarme en tu camarote, pero el capitán ha tenido la amabilidad de ofrecerme el suyo.

—Una cuestión de suerte, supongo —dijo Pitt encogiéndose de hombros.

—Eres un farsante, Dirk Pitt. Me temo que en realidad no eres el libertino que pretendes ser.

—Siempre he creído que a la intimidad se llega poco a poco.

De repente se sintió intranquila. Le dio la impresión de que Pitt podía leerle la mente. Parecía como si hubiera adivinado que había alguien más. Trató de sonreír y le puso un brazo sobre el de él.

—¿Por dónde empezamos?

—Te refieres al barco, claro está.

—¿A qué si no me iba a referir?

El *Deep Fathom* era un barco de investigación científica provisto de todos los

adelantos, algo que resultaba obvio nada más verlo. La denominación oficial que recibía era barco super-seísmico. Podía servir para multitud de actividades submarinas de todo tipo, aunque su principal función era la investigación geofísica a gran profundidad. Las enormes grúas que tenía tanto a popa como en los laterales podían adaptarse para llevar a cabo cualquier tipo de trabajo submarino: desde una excavación minera hasta el salvamento en zonas profundas, pasando por la botadura y recogida de embarcaciones sumergibles.

El casco del barco estaba pintado con el tradicional tono turquesa de la ANS; la superestructura era de color blanco y las grúas, azul celeste. Su medida de proa a popa era igual a la de un campo de fútbol americano y podía albergar a un total de 35 investigadores y 20 tripulantes. Aunque no resultaba evidente desde el exterior, sus camarotes eran tan lujosos como los de cualquier transatlántico. El almirante James Sandecker, con una perspicacia poco habitual en muchos burócratas, creía que sus empleados trabajarían con eficacia si se les trataba adecuadamente: el *Deep Fathom* era un reflejo de tal convicción. La comida estaba a cargo de un cocinero de primera categoría y el equipamiento del comedor era similar al de un restaurante de varios tenedores.

Pitt llevó a Shannon hasta el puente de mando.

—El centro neurálgico del barco —le explicó extendiendo la mano a su alrededor y mostrándole una gran habitación llena de aparatos digitales, ordenadores y monitores de vídeo, todos ellos dispuestos sobre una consola instalada de lado a lado del puente y debajo de varias ventanas de gran tamaño.

—Desde aquí se controla todo el barco, si exceptuamos el equipo para grandes profundidades. Hay un compartimento especial dotado con los aparatos electrónicos necesarios para los proyectos de ese tipo.

Shannon se quedó mirando fijamente al brillante cromado de los instrumentos, las llamativas imágenes de los monitores y la vista panorámica del mar que se abría ante sus ojos a proa. Resultaba tan impresionante y moderno como un salón de vídeo futurista.

—¿Dónde está el timón?

—La vieja rueda del timón desapareció con el *Queen Mary* —le contestó Pitt enseñándole la consola en la que estaba el control automatizado del barco, un panel con varias palancas y una unidad de control remoto que podía instalarse en los laterales del puente.

—Hoy en día, la navegación funciona mediante ordenadores. El capitán puede dar sus órdenes con sólo alzar la voz.

—Una persona dedicada a remover cascajos difícilmente puede imaginarse lo avanzada que está la técnica naval.

—Después de haberla relegado a un segundo plano durante cuarenta años, el

gobierno y la empresa privada han reconocido por fin que la ciencia y la tecnología marina tienen un gran futuro.

—Aún no has terminado de explicarme del todo qué estáis haciendo en la costa del Perú.

—Estamos sondeando el mar en busca de productos medicinales.

—¿Productos medicinales? ¿Quieres decir que nos acabarán recetando pastillas de plancton?

Pitt asintió con una sonrisa.

—Sí, entra dentro de lo posible que algún día tu médico llegue a prescribirte un producto de ese tipo.

—Así que la búsqueda de nuevos productos químicos ha llegado a las profundidades marinas.

—Es algo que resulta necesario. Ya hemos encontrado y procesado más del noventa por ciento de los organismos que hay en la superficie y hemos logrado que nos sirvan para producir medicamentos. La aspirina y la quinina vienen de la corteza de los árboles. Actualmente, se emplean todo tipo de productos químicos en la producción de fármacos, desde el veneno de ciertas serpientes hasta la secreción de las ranas, pasando por la linfa de las glándulas de los cerdos. Las criaturas y los microorganismos que habitan en las profundidades marinas siguen siendo una fuente sin explotar, y en ellos podría estar la solución para curar todo tipo de enfermedades, desde el típico resfriado hasta el cáncer o el sida.

—Pero no creo que podáis venir aquí por las buenas y cargar el barco de microbios para que luego los envíen a un laboratorio y los distribuyan a todas las farmacias.

—Eso no es tan descabellado como supones —respondió Pitt—. Cualquiera de los cientos de microorganismos que contiene una gota de agua puede ser cultivado para luego ser convertido en una medicina. Actualmente se está estudiando la utilización de medusas, briozoos, ciertas esponjas y varios tipos de corales para la producción de medicinas anticancerígenas, agentes antiinflamatorios para el dolor de la artritis y fármacos que impidan el rechazo de órganos tras un trasplante. Los resultados de las pruebas que se han realizado con un producto químico aislado procedente de un queipo son bastante esperanzadoras de cara a la lucha contra los tipos de tuberculosis que ofrecen resistencia a los fármacos.

—¿Y qué lugar habéis elegido exactamente para buscar estos maravillosos productos químicos? —preguntó la arqueóloga.

—Nuestra expedición se está concentrando en una serie de simas (de aspecto parecido al de una chimenea) por las que sale el magma caliente procedente de la corteza terrestre y entra en contacto con el agua fría del mar antes de extenderse por el fondo. Podríamos decir que es una especie de manantial caliente. En toda la zona

que rodea este conjunto de simas se crea un depósito de minerales (cobre, zinc, hierro...) cubierto por agua rica en sulfuro de hidrógeno. Resulta increíble, pero en esa oscura zona, que es de una gran toxicidad, viven y se desarrollan grandes colonias de almejas gigantes, mejillones, gusanos y bacterias que utilizan los compuestos de sulfuro para sintetizar azúcares. Estas notables especies de vida marina son las que nos interesan..., son las que estamos tratando de recoger con los sumergibles. Luego las enviamos al laboratorio para que puedan hacer pruebas.

—¿Y hay muchos científicos trabajando en este proyecto?

Pitt movió la cabeza en señal negativa.

—Habrá unos cincuenta o sesenta en todo el mundo. La investigación medicomarina no ha hecho más que comenzar.

—¿Cuánto tiempo crees que se tardará en comercializar este tipo de medicinas?

—Los obstáculos legales son abrumadores. Los médicos no empezarán a recetar este tipo de medicamentos hasta que no hayan pasado un mínimo de diez años.

Shannon se acercó a una serie de monitores que ocupaban todo el panel de una mampara.

—Esto tiene un aspecto impresionante.

—Nuestra segunda misión consiste en trazar el mapa del fondo del mar de todos los lugares por donde pasemos.

—¿Qué es lo que se ve por los monitores en este momento?

—Son los diversos aspectos del fondo del mar desde varios puntos de vista diferentes —explicó Pitt—. Nuestro sistema de sonar y escáner, que es de largo alcance y de baja resolución, puede registrar en tres dimensiones y en color una zona determinada con una amplitud de hasta cincuenta kilómetros.

Shannon se quedó mirando el increíble espectáculo que ofrecía un conjunto de gargantas y montañas a miles de kilómetros de profundidad.

—Nunca había pensado que sería posible ver el fondo del mar con tal claridad. Es como si estuviera mirando las montañas Rocosas por la ventanilla de un avión.

—El ordenador aún lo realza más si cabe.

—Los románticos siete mares... —murmuró Shannon en tono filosófico—. Te pareces a los primeros exploradores..., a los que dibujaron los mapas del nuevo mundo.

Pitt se echó a reír.

—La alta tecnología hace que este tipo de actividades carezcan de cualquier tipo de romanticismo.

Dejaron el puente y pasaron al laboratorio donde un equipo de químicos y biólogos se hallaban ocupados en el estudio de una docena de depósitos de cristal repletos de cientos de criaturas diferentes de las profundidades, comprobando los datos que señalaban los monitores y examinando varios microorganismos por



microscopio.

—Tras sacarlos del agua, este es el primer sitio al que enviamos los organismos que queremos investigar para encontrar nuevos productos químicos.

—¿Y tú qué papel desempeñas en todo este proceso?

—Al Giordino y yo nos ocupamos de todos los vehículos robotizados que sondean el fondo del mar en busca de aquellos lugares que nos puedan parecer prometedores. Cuando creemos haber encontrado un buen sitio, descendemos en un sumergible para recoger muestras.

Shannon dejó escapar un suspiro.

—El campo en el que trabajas es mucho más exótico que el mío.

Pitt lo negó con un movimiento de su cabeza.

—No estoy de acuerdo. La búsqueda de los orígenes de nuestros antepasados también puede resultar sumamente exótica. Si el pasado no reviste ningún interés, ¿cómo es posible entonces que millones de personas se desplacen cada año para rendir homenaje a lugares como Egipto, Roma o Atenas? ¿Por qué seguimos recorriendo los campos de batalla de Gettysburg o Waterloo? ¿Por qué seguimos asomándonos a los arrecifes de las playas de Normandía? Pues porque tenemos que seguir mirando hacia atrás para vernos a nosotros mismos...

Shannon se quedó en silencio. Había esperado encontrarse siempre cierta frialdad en las reacciones de este hombre, quien, por lo que ella había podido comprobar, era capaz de matar sin ningún tipo de remordimientos. Con todo, la profundidad que denotaban sus palabras y la facilidad con la que expresaba sus ideas no dejaban de sorprenderla.

Pitt siguió hablando sobre el mar y le contó varias historias relacionadas con naufragios y tesoros perdidos, Shannon, por su parte, le describió algunos de los grandes misterios arqueológicos que aún quedaban por resolver. Sin embargo, aunque los dos estaban disfrutando con la conversación, había algo indefinible que los separaba. Ninguno de los dos sentía una verdadera atracción por el otro.

Salieron paseando a la cubierta y se apoyaron sobre la barandilla. La blanca espuma que producía la proa del *Deep Fanthom* se deslizaba rápidamente por el casco y acababa fundiéndose con la estela del barco. En ese momento apareció el capitán Frank Stewart.

—Es ya oficial —dijo con su suave acento de Alabama—. Se nos ha ordenado que transportemos a los jóvenes peruanos y a la doctora Kelsey al puerto de Callao.

—¿Te has puesto en contacto con el almirante Sandecker? —preguntó Pitt.

Stewart hizo un gesto negativo.

—No, he hablado con su director de operaciones, Rudi Gunn.

—Cuando hayamos dejado a todo el mundo en tierra, supongo que volveremos a donde estábamos y reanudaremos los trabajos.

—Las órdenes dicen que la tripulación y yo volvamos a nuestro trabajo y que tú y Al regreséis a la poza sagrada y saquéis el cuerpo del doctor Miller.

Pitt miró a Stewart como si fuera un psiquiatra que estudiara a un extraño paciente.

—¿Por qué nosotros y no la policía peruana?

Stewart se encogió de hombros.

—Cuando dije que erais parte indispensable del equipo encargado de la recogida de muestras, Gunn me contestó que iba a mandar a unos sustitutos del laboratorio de investigación de la ANS de Key West. Eso es todo lo que dijo.

Pitt señaló el lugar de aterrizaje que solía ocupar el helicóptero de la agencia.

—¿Le dijiste a Rudi que Al y yo no somos lo que se dice personas populares entre la gente del lugar y que tenemos que recuperarnos de las horas de vuelo que llevamos encima?

—Le dije lo primero, pero no lo segundo. Los funcionarios de la embajada de los Estados Unidos están tramitando el alquiler de un helicóptero para vosotros.

—Esto tiene tanto sentido como pedir una hamburguesa en un restaurante francés.

—Si tienes alguna queja, te sugiero que hables personalmente con Gunn cuando nos reunamos con él en el puerto de Callao.

Pitt entornó los ojos.

—¿La mano derecha de Sandecker va a volar sesenta y cinco mil kilómetros desde Washington para encargarse de la recuperación de un cuerpo? Pero ¿qué está pasando?

—Más de lo que parece, eso está claro. —Stewart se volvió a Shannon—. Gunn también me pasó un mensaje para usted de un tal David Gaskill. Me dijo que recordaría el nombre.

La arqueóloga se quedó mirando fijamente a la cubierta con expresión pensativa.

—Sí, sí que me acuerdo, es un agente secreto del Servicio de Aduanas estadounidense especializado en el contrabando ilícito de antigüedades.

Stewart prosiguió.

—Gaskill me pidió que le dijera que cree haber encontrado una pista sobre el traje de oro de Tiapollo en Chicago. Se trata de algo relacionado con un coleccionista privado.

Shannon se emocionó visiblemente y se agarró con tanta fuerza a la barandilla que los nudillos de sus dedos se volvieron blancos.

—¿Buenas noticias? —preguntó Pitt.

La doctora abrió la boca pero no pudo emitir ningún sonido. Estaba realmente aturdida.

Pitt la cogió por la cintura para sostenerla.

—¿Te encuentras bien?

—El traje de oro de Tiapollo desapareció sin dejar rastro en 1922 como consecuencia de un robo osado al Museo Nacional de Sevilla. No hay un solo arqueólogo vivo que no renunciaría a su pensión de jubilación a cambio de estudiarlo.

—¿Qué tiene de especial?

—Debido a su significado histórico, es considerado como el objeto máspreciado que haya salido jamás de Sudamérica. —Shannon, que parecía estar en trance, hablaba como si estuviera dando una conferencia—. El revestimiento de oro del que hablamos cubría de pies a cabeza la momia de un gran general chachapoyano conocido como Naymlap. Los conquistadores españoles descubrieron la tumba de Naymlap el año 1547, en una ciudad llamada Tiapollo, en las montañas. Del acontecimiento dan fe dos documentos de la época, aunque actualmente se desconoce la situación de la ciudad. Sólo he visto el traje en unas cuantas fotografías antiguas en blanco y negro, pero salta a la vista que el complicado tratamiento del metal es algo fuera de lo común. La iconografía, la serie de imágenes tradicionales y los diseños son de una sofisticación extraordinaria y constituyen la descripción en imágenes de un acontecimiento legendario.

—¿Escritura en imágenes? ¿Algo parecido a los jeroglíficos egipcios? —preguntó Pitt.

—Sí, es algo muy parecido.

—Lo que podríamos llamar una tira cómica —añadió Giordino, que en ese momento salía a la cubierta. Shannon se echó a reír.

—Sí, el problema es que la historia nunca llegó a ser descifrada del todo. Las oscuras referencias que se hacen en los paneles parecen aludir a una larga travesía en barco hacia un lugar más allá de los confines del imperio azteca.

—¿Con qué fin? —preguntó Stewart.

—Con el fin de esconder el gran tesoro real de Huáscar, un rey inca que fue capturado en batalla y posteriormente asesinado por su hermano Atahualpa, quien fue a su vez ejecutado por el conquistador español Pizarro. Huáscar tenía en su poder una cadena de oro sagrada que medía doscientos catorce metros. Según les informaron los incas a los españoles en una ocasión, para levantarla se requería el esfuerzo de un mínimo de doscientos hombres.

—Si calculamos aproximadamente que cada hombre podría aguantar un sesenta por ciento de su peso —aventuró Giordino—, estamos hablando de más de...

—Nueve mil kilos de oro —concluyó Pitt.

La cara de concentración de Giordino desapareció repentinamente para dar paso a una expresión de asombro.

—Dios mío, esa cifra supera con creces los cien millones de dólares en el mercado del oro actual.

—Te habrás equivocado con las cuentas... —se burló Stewart.

—Hazlas tú mismo —murmuró Giordino con la misma mirada de asombro en los ojos.

Stewart se concentró un momento y se quedó tan asombrado como Giordino.

—¡Virgen Santa..., es verdad!

La doctora asintió.

—Y ése es sólo el valor del oro. Como obra de arte su precio es incalculable.

—¿Los españoles nunca llegaron a hacerse con ella? —le preguntó Pitt a Shannon.

—No, la cadena desapareció junto a gran cantidad de objetos propiedad del rey. Seguro que habréis oído la historia de cómo Atahualpa trató de comprar su libertad ofreciendo a Pizarro y a sus soldados una habitación llena de oro. La habitación tenía treinta y cinco metros cuadrados. Atahualpa se puso de puntillas y trazó una línea alrededor de toda la habitación a casi tres metros de altura: esa sería la altura a la que llegaría el oro. Además de esto, prometió que también les entregaría toda la plata que cupiese en la habitación contigua, que era más pequeña, por partida doble.

—Ése debe de ser el récord mundial de los rescates —comentó Stewart.

—Según la leyenda —prosiguió Shannon—, Atahualpa consiguió una cantidad enorme de objetos de oro en palacios, templos y edificios públicos. Como no era suficiente, pensó en hacerse con el tesoro de su hermano. Huáscar no tardó en enterarse y planeó la forma de evitar que Atahualpa y Pizarro se llevaran sus riquezas. De ese modo, tanto la cadena como las varias toneladas de objetos de oro y plata que tenía Huáscar acumuladas en su reino fueron transportadas en secreto hasta la costa por un gran número de súbditos bajo la protección de los fieles guerreros chachapoyanos y su general Naymlap. Una gran flota de balsas se acabó llevando el tesoro a un paradero desconocido.

—¿Existen hechos históricos que corroboren esta leyenda? —preguntó Pitt.

—Entre los años 1546 y 1568, un historiador y traductor jesuita, el obispo Juan de Ávila, dejó constancia de varios relatos míticos cuyo origen se encontraba en las primitivas culturas peruanas. Mientras trataba de convertir al pueblo chachapoyano a la cristiandad, oyó cuatro relatos diferentes sobre un gran tesoro que pertenecía al reino inca. Sus antepasados habían ayudado a transportarlo por mar a una isla lejos de la tierra de los aztecas, donde había sido enterrado. Se supone que existe un jaguar encargado de proteger el tesoro hasta el día en que los incas regresen y ocupen su reino en el Perú otra vez.

—Debe de haber unas cien islas costeras entre este punto y California —comentó Stewart.

Shannon siguió la mirada que Pitt había lanzado al horizonte.

—Hay, o, mejor dicho, había, otra historia relacionada con la leyenda.

—Muy bien —dijo Pitt—, cuéntanosla.

—Entre todos los relatos que los habitantes del pueblo de las nubes, que así era como se llamaban los chachapoyanos, contaron al obispo, había uno que giraba en torno a un estuche de jade cuyo contenido detallaba la crónica del viaje.

—¿La piel de algún animal cubierta con pictogramas simbólicos?

—No, un quipo —repuso Shannon dulcemente.

Stewart inclinó la cabeza con aire burlón.

—¿Un qué?

—Un quipo, el sistema que utilizaban los incas para resolver problemas matemáticos y para consignar información. En realidad, se trata de algo muy ingenioso, una suerte de ordenador primitivo que consta de varios cordeles de cáñamo coloreados anudados en varias partes a diferentes distancias. Los colores, que estaban codificados, significaban cosas distintas: azul significaba religión; rojo, rey; gris, lugares y ciudades; verde, gente, y así. Un cordel amarillo podía simbolizar oro, y uno blanco, plata. La ubicación de los nudos señalaba números, como por ejemplo el paso del tiempo. En las manos de un *quipu-mayoc*, que era lo que podríamos llamar un secretario, las posibilidades de consignar cosas tales como la relación de una determinada serie de acontecimientos o el inventario de un almacén eran infinitas. Por desgracia, la mayoría de quipos, el conjunto de testimonios estadísticos más detallados sobre la historia de un pueblo que haya llegado a existir, fueron destruidos durante la conquista y posterior dominación de los españoles.

—¿Y este instrumento de cuerda (valga el juego de palabras) fue utilizado para dejar constancia de todos los detalles del viaje, incluidos el tiempo invertido, las distancias y el lugar? —preguntó Pitt.

—Ése era su propósito —contestó la arqueóloga.

—¿Se tiene alguna pista sobre lo que pudo pasar con el estuche?

—Una de las historias afirma que los españoles encontraron el estuche con el quipo dentro, pero como no eran conscientes de su valor, lo enviaron a España. Sin embargo, durante la travesía hacia Panamá, tanto el estuche como el cargamento de objetos preciosos, oro y plata fueron capturados por el famoso lobo de mar sir Francis Drake.

Pitt se volvió hacia Shannon y la miró como si se tratara de un coche antiguo que no hubiera visto jamás.

—¿El mapa del tesoro chachapoyano acabó en Inglaterra?

La doctora se encogió de hombros en señal de impotencia.

—Drake nunca llegó a hacer mención del estuche de jade o de su contenido cuando llegó a Inglaterra una vez hubo acabado su épico viaje alrededor del mundo. Desde entonces, recibe el nombre del quipo de Drake, aunque todavía no ha sido encontrado.

—Una historia sorprendente... —murmuró Pitt. Levantó la mirada hacia el mar y

sus ojos adoptaron un aire soñador, como si tratara de imaginarse algo situado más allá del horizonte.

—De todas formas, aún queda lo mejor...

Shannon y Stewart lo miraron fijamente. Dirk había levantado la cabeza y estaba siguiendo el vuelo de una gaviota, la cual, tras dar una vuelta alrededor del barco, acabó perdiéndose en dirección a la costa. Los ojos del submarinista reflejaban la más absoluta certeza cuando los volvió a posar en las caras del capitán y la doctora. Su cara mostraba una sonrisa de oreja a oreja y sus ondulados cabellos de azabache se revolvían agitados por la brisa marina.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Shannon en tono vacilante.

—Porque pienso encontrar el estuche de jade.

—Tú te estás riendo de nosotros —bromeó Stewart.

—Ni por asomo. —La expresión distante de su angulosa cara había dado paso a una de firme determinación.

Shannon tuvo un momento de aturdimiento. Tras el escepticismo y la burla de antes, este cambio repentino resultaba sorprendente.

—Suenas como si estuvieras al borde de la locura.

Pitt echó la cabeza hacia atrás y se echó a reír.

—Eso es lo mejor de estar loco. Uno acaba viendo a los que nadie puede ver.

St Julien Perlmutter era el típico gastrónomo y *bon vivant*. Sentía una afición desmedida por la comida y la bebida de calidad, lo que le había llevado a hacerse con una increíble colección de recetas, que incluía las de los mejores chefs del mundo, y con una bodega que contenía más de cuatro mil botellas de vino añejo. Por añadidura, le encantaba la vida social y solía organizar cenas de *gourmet* en restaurantes de reconocida elegancia, razón por la cual se había ganado merecida fama de buen anfitrión. Sin embargo, el precio que tenía que pagar por todo ello era muy alto: St Julien Perlmutter pesaba aproximadamente ciento ochenta kilos, hecho que no le impedía mofarse del ejercicio físico y de los alimentos dietéticos. Su deseo más profundo era pasar a mejor vida mientras saboreara un brandy de cien años de antigüedad y tras haber disfrutado de una magnífica comida.

Aparte de la gastronomía, su otra pasión eran los barcos y los naufragios. Según los expertos, había logrado reunir la colección de libros y testimonios sobre barcos históricos más completa del mundo entero.

Había una razón que explicaba por qué Perlmutter siempre recibía en restaurantes en vez de en su espaciosa cochera de Georgetown, en las afueras de la capital del país. Una enorme cantidad de libros se amontonaban por todas partes: en el suelo, en las estanterías combadas, en el salón, en el comedor, en su dormitorio, en los armarios de la cocina..., en cualquier lugar que estuviese libre. En el cuarto de baño, los libros formaban pilas que alcanzaban la altura de una persona, mientras que en su cama, que era de gran tamaño y tenía un colchón de agua, estaban desperdigados como si fueran ropa usada. A un buen documentalista le habría costado todo un año ordenar y catalogar los miles de libros que se apretaban en esa casa. No así a Perlmutter. Él conocía el lugar exacto en que se hallaba cada libro y era capaz de encontrar uno en cuestión de segundos.

En ese momento, se encontraba arreglándose su abundante y canosa barba en frente de un espejo rescatado de uno de los camarotes del *Lusitania*. Iba vestido con su uniforme habitual: un pijama color púrpura cubierto por una bata de cachemir roja y dorada. De pronto, sonó el característico repiqueteo de su línea privada, que era igual al de la campana de un barco.

—St Julien Perlmutter al aparato. Plantee la cuestión de una manera breve y sencilla.

—Hola, viejo náufrago.

—¡Dirk! —dijo con voz atronadora al mismo tiempo. Sus ojos se pusieron a brillar en cuanto reconoció la voz de Pitt—. ¿Dónde está la receta de gambas salteadas con albaricoques que me prometiste?

—En un sobre encima de mi mesa. Se me olvidó mandártelo antes de salir del

país. Te pido disculpas.

—¿Desde dónde me estás llamando?

—Desde un barco en la costa del Perú.

—Ni me atrevo a preguntarte lo que andas haciendo por ahí...

—Es una historia bastante larga de contar.

—¿Acaso no lo son todas?

—Necesito que me hagas un favor.

Perlmutter dejó escapar un suspiro.

—¿De qué barco se trata esta vez?

—El *Golden Hind*.

—El *Golden Hind* de Francis Drake.

—El mismo.

—«*Sic Parvis Magna*» —citó Perlmutter—. «Las grandes cosas tienen comienzos humildes». Ese era el lema de Drake, ¿lo sabías?

—Se me debió de pasar por alto... —admitió Pitt—. Drake capturó un galeón español...

—El *Nuestra Señora de la Concepción* —le interrumpió Perlmutter—. Su capitán era Juan de Antón. Había salido de Callao con rumbo a Panamá con un cargamento de oro, plata y obras de arte incas. Según recuerdo, esto fue en marzo de 1578.

Pitt tardó unos segundos en reanudar la conversación.

—¿Por qué será que siempre que hablamos tengo esta sensación de ofuscamiento?

—Pensaba que no te importaría que te diese un poco de información para animarte —dijo Perlmutter riéndose—. ¿Qué quieres saber exactamente?

—Tras capturar el *Concepción*, ¿qué hizo Drake con el cargamento?

—Ese episodio está bastante bien documentado. Cargó el oro, la plata y una partida de piedras preciosas y perlas en el *Golden Hind*. Había tanto botín que el buque acabó sobrecargado, de ahí que tuviera que librarse de varias toneladas de plata arrojándolas a las aguas de la isla de Cano, cerca del Ecuador, antes de continuar su viaje alrededor del mundo.

—¿Y qué pasó con los tesoros incas?

—Se quedaron en las bodegas del *Concepción*, Drake tomó a varios cautivos como tripulación del *Concepción* y ordenó que el barco se dirigiera al estrecho de Magallanes y atravesara el Atlántico para llegar a Inglaterra.

—¿Arribó el barco a puerto?

—No —contestó Perlmutter en tono pensativo—. Desapareció, con toda la tripulación.

—Lamento oír eso —dijo Pitt decepcionado.

Esperaba que hubiese llegado a sobrevivir de alguna manera.



—Ahora que lo pienso —recordó Perlmutter—, la desaparición del *Concepción* dio lugar a una leyenda.

—¿Y qué dice en resumidas cuentas?

—Se trata de una historia fantástica, poco más que un rumor... Lo que dice es que el barco se vio envuelto en un maremoto que lo arrojó tierra adentro. La historia nunca ha sido verificada y, desde luego, tampoco está documentada.

—¿En qué se basa el rumor?

—Para verificar los detalles habrá que investigar más, pero si la memoria no me falla, el relato proviene de un inglés enloquecido que los portugueses dijeron haber encontrado en un poblado cercano al río Amazonas. Lo siento, pero esto es todo lo que puedo decirte de buenas a primeras.

—Me harías un favor si indagaras un poco más.

—Puedo darte las dimensiones y el tonelaje del *Concepción*, la arboladura que llevaba, el lugar y la fecha de construcción... Pero me temo que para hallar algo sobre un loco que se perdió por la selva amazónica tendrás que acudir a una fuente ajena a mi colección.

—Si hay alguien que pueda resolver un misterio relacionado con el mar, esa persona eres tú.

—Me falta toda la fuerza de voluntad necesaria cuando se trata de meterme en uno de tus enigmas, y más si pienso en la vez que encontramos al viejo Lincoln en un acorazado del siglo XIX en medio del desierto del Sahara.

—Lo dejo en tus manos, Julien.

—Un acorazado en el desierto, el arca de Noé en la cima de una montaña, un galeón español en la selva... ¿Por qué los barcos no se quedarán en el mar, que es donde deben estar?

—Ésa es la razón por la que tú y yo somos un par de incurables buscadores de barcos naufragados —repuso Pitt alegremente.

—¿Se puede saber qué interés tiene este? —le preguntó Perlmutter con recelo.

—Un estuche de jade con un cordel que da las pistas para encontrar un enorme tesoro inca.

Perlmutter meditó las palabras de Pitt durante varios segundos antes de responder.

—Bueno, supongo que esa razón vale tanto como cualquier otra.

Hiram Yaeger parecía como si hubiera estado empujando un carro de la compra lleno de desechos por una callejuela. Llevaba puestos unos pantalones Levi's y una chaqueta de la misma marca, tenía el pelo rubio recogido en una coleta y su cara de niño quedaba oculta bajo una desaliñada barba. El único carro de la compra que había llegado a empujar en alguna ocasión era el del supermercado. A alguien que no le conociera le habría costado lo suyo imaginárselo conduciendo un BMW de primera y viviendo en una de las más elegantes zonas residenciales de Maryland en compañía

de una encantadora esposa dedicada al mundo del arte y de dos preciosas e inteligentes hijas que estudiaban en un colegio privado.

Esa persona tampoco habría podido adivinar que Hiram era el jefe de la red de información y comunicaciones de la ANS. El almirante Sandecker se lo había birlado a la empresa de ordenadores de Silicon Valley para formar una enorme biblioteca que contuviese todos y cada uno de los libros, tesis y artículos, ya fuesen históricos o científicos, factuales o teóricos, que se hubiesen escrito en torno al mar. Yaeger era en cuanto a la oceanografía y el cada vez más importante campo de las ciencias submarinas lo mismo que St Julien Perlmutter y su biblioteca en el ámbito de los barcos.

Yaeger se encontraba en un pequeño despacho del gran complejo informático de la ANS trabajando en su terminal privado cuando sonó el teléfono. El técnico cogió el aparato sin apartar la vista de un monitor que le estaba mostrando cómo las corrientes marinas afectaban al clima de Australia.

—Saludos desde el centro de inteligencia —contestó en tono informal.

—No sabrías decir qué es la materia gris ni aunque la tuvieras delante de las narices. —Era la voz de un viejo amigo.

—Me alegra poder volver a hablar con usted, señor director de proyectos especiales. El tema de conversación del día en la oficina es que está disfrutando de unas divertidísimas vacaciones en la soleada Sudamérica.

—Compañero, creo que andas un poco desencaminado.

—¿Me llamas desde el *Deep Fathom*?

—Sí, Al y yo acabamos de volver de una pequeña excursión por la selva.

—¿En qué te puedo ayudar?

—¿Podrías consultar tu base de datos para ver si puedes encontrar algo relacionado con un maremoto ocurrido en la costa entre Lima y Panamá capital en mayo de 1578?

Yaeger no pudo evitar soltar un suspiro.

—¿Y por qué no me pides también que averigüe la temperatura y humedad del día de la creación?

—Bastará con que encuentres la zona donde ocurrió.

—Si hay algún documento relacionado con un suceso de ese tipo, tiene que estar en los informes marítimos y meteorológicos que conseguí en los archivos de Sevilla. Otra posibilidad, aunque remota, serían los habitantes indígenas, que puede que todavía conserven alguna leyenda relacionada con el acontecimiento. Los incas dejaron una gran cantidad de testimonios sobre los acontecimientos de su vida social y religiosa en telas y vasijas.

—Por ahí no llegaríamos a ninguna parte —dijo Pitt dubitativo—. El imperio inca ya había sido aplastado cuarenta años antes por los conquistadores españoles.

Cualquier testimonio que pudiera haber existido sobre lo ocurrido aquel día acabó desapareciendo.

—La mayoría de los maremotos que llegan a la costa son causados por movimientos ocurridos en el fondo del mar. Tal vez pueda llegar a alguna conclusión si reconstruyo los fenómenos geológicos de la época.

—Haz todo lo que puedas.

—¿Para cuando lo necesitas?

—A menos que el almirante te haya encargado algún proyecto urgente, deja todo lo que tengas entre manos y ponte a trabajar en esto ahora mismo.

—Muy bien —dijo Yaeger animado por el reto—. A ver qué se puede sacar...

—Gracias, Hiram, te debo una.

—No será la primera.

—Y no se lo menciones a Sandecker.

—Ya me parecía a mí que esto empezaba a sonar como uno de tus turbios asuntos. ¿Te importaría decirme de qué se trata?

—Estoy buscando un galeón español en medio de la selva.

—Sí, claro, ¿y qué más? —Yaeger hizo la pregunta con una resignación que resultaba ya rutinaria. Con el paso del tiempo, había aprendido a no dar nada por supuesto cuando hablaba con Pitt.

—Bueno, sólo espero que me des algún dato orientativo con el que pueda empezar.

—En realidad, para serte franco creo que puedo limitar bastante tu campo de operaciones.

—¿Qué puedes saber tú que yo no sepa ya?

Yaeger esbozó una sonrisa.

—Las tierras bajas entre la vertiente oeste de los Andes y la costa del Perú tienen una temperatura media de dieciocho grados centígrados y una precipitación anual que no llenaría un vaso de whisky pequeño. Estas condiciones convierten a la región en uno de los desiertos mas fríos y secos entre los de poca altitud. Resulta difícil que un barco se pueda perder en la selva en esa zona.

—¿Entonces hacia donde apuntarías tú? —le preguntó Pitt.

—El Ecuador. La región costera tiene clima tropical hasta la altura de Panamá.

—Toda una demostración de razonamiento deductivo. Eres una maravilla, Hiram, digan lo que digan tus ex esposas.

—Esto no es más que una fruslería. Te tendré algo preparado en un plazo de veinticuatro horas.

—Me mantendré en contacto.

En cuanto colgó el teléfono, Yaeger empezó a ordenar sus pensamientos. La búsqueda de un barco naufragado siempre le resultaba emocionante. Las zonas que

planeaba investigar ya se encontraban organizadas en el ordenador de su cerebro. A lo largo de los años que llevaba colaborando con la ANS, se había ido dando cuenta de que la actitud de Dirk Pitt ante la vida no era la misma que la de los demás seres humanos. El mero hecho de trabajar con él y de proporcionarle información había permitido a Yaeger vivir desde su despacho una aventura continua y llena de intriga. Además, para Yaeger suponía un motivo de orgullo haber estado a la altura de todos los encargos que le había hecho su amigo.

Mientras Pitt se ocupaba de hacer estas llamadas para preparar la búsqueda del galeón varado, Adolphus Rummel, un conocido coleccionista de antigüedades sudamericanas, salía de un ascensor y entraba en el lujoso ático de Lake Shore Drive, en Chicago. Se trataba de un hombre fibroso y de poca altura, con la cabeza rapada y un enorme bigote de morsa, que andaría por los setenta y pico años y cuyo aspecto se parecía más al del malo de una aventura de Sherlock Holmes que al del propietario de seis enormes garajes de desguace.

Como muchos de sus riquísimos amigos acostumbrados a obtener las preciosas antigüedades que se ofrecían en el mercado negro sin tener que soportar preguntas inconvenientes, Rummel era un soltero anacoreta que no permitía a nadie contemplar la colección de obras de arte precolombinas que había logrado reunir con el tiempo. Tan sólo su contable y su abogado sabían de su existencia, si bien no estaban al corriente de la envergadura de su inventario.

En la década de los cincuenta, Rummel, que era de origen alemán, había logrado pasar por la frontera mexicana un alijo de objetos ceremoniales nazis de contrabando. La partida constaba de varias dagas de regalo, cruces gamadas pertenecientes a los héroes alemanes de la Segunda Guerra Mundial y una serie de documentos históricos firmados por Adolf Hitler y la pandilla de megalómanos que le habían seguido. La venta de la partida a varios coleccionistas de parafernalia nazi a precios de excepción le supuso a Rummel unas ganancias suficientes como para montar una chatarrería que acabaría convirtiéndose en un verdadero imperio del metal y le daría unos beneficios netos de casi doscientos cincuenta millones de dólares al cabo de cuarenta años.

En 1974, un viaje de negocios al Perú despertó su interés en el arte sudamericano antiguo y le animó a comprar lo que le ofrecían los tratantes, independientemente de que éstos operaran dentro o fuera de la ley. La procedencia de las antigüedades le era indiferente, dado que la corrupción era el pan de cada día en el gremio de vendedores y compradores de obras de arte de Sudamérica y Centroamérica. Rummel no se paraba a pensar si lo que compraba en el mercado negro había salido de una excavación reglamentaria o del robo de un museo. El fin de los objetos era su disfrute personal único y exclusivo.

Pasó por el vestíbulo de mármol italiano y se acercó a un espejo de grandes proporciones cuyo grueso marco dorado estaba adornado con varios querubines agarrados a una larga parra. Rummel dio la vuelta a la cabeza de uno de ellos y corrió el pestillo que cerraba la puerta que había escondida detrás del espejo. Tras ella había una escalerilla que bajaba hasta un conjunto de ocho espaciosa habitaciones en las que se guardaban unas treinta vitrinas. Las vitrinas, que estaban colocadas encima de una serie de estanterías y mesas, se encontraban repletas de objetos precolombinos,

casi unos dos mil en total. El coleccionista comenzó a recorrer las habitaciones con actitud reverente, al igual que si estuviera andando por la nave central de una catedral en dirección al altar. Posaba la mirada aquí y allá, deleitándose en la belleza artesana de los objetos que integraban su tesoro particular. En realidad, éste era un ritual que repetía cada noche antes de irse a la cama, como si se tratara de un padre que fuera a dar el beso de buenas noches a sus hijos dormidos.

La peculiar visita de Rummel llegó a su fin cuando se paró al lado de una vitrina de gran tamaño, la cual contenía la pieza de mayor interés de su colección. El traje de oro de Tiapollo brillaba a la luz de los focos halógenos que tenía encima. Sus brazos y piernas estaban extendidos, y las cuencas de los ojos que había en la máscara estaban ocupadas por dos relucientes esmeraldas. Rummel no podía evitar emocionarse ante la magnificencia de la obra.

Cuando el traje llegó a sus manos —a cambio de un millón largo de dólares en efectivo—, el coleccionista sabía muy bien que había sido robado 76 años atrás del museo antropológico de Sevilla. Los vendedores habían sido unos hombres que, según le habían informado, mantenían contacto con la mafia. En realidad, formaban parte de una organización clandestina especializada en el robo de obras de arte de gran valor. Rummel no tenía ni idea de cómo se podían haber hecho con el traje de oro, aunque suponía que lo habían robado ellos mismos o que se lo habían comprado al coleccionista que hubiera tratado con los ladrones del museo.

Cuando hubo terminado su placentero ritual nocturno, Rummel apagó las luces, volvió al vestíbulo y cerró el espejo. Se sirvió una copita de brandy en un bar diseñado como un sarcófago romano de dos mil años de antigüedad y se retiró a su dormitorio para leer un rato antes de dormir.

Mientras el coleccionista se preparaba para dormir, en un piso de la acera contraria y a la misma altura de su ático se encontraba el agente de Aduanas de los Estados Unidos David Gaskill mirando por unos prismáticos de gran alcance instalados sobre un trípode. Tras casi una semana de vigilancia, un agente cualquiera estaría ya aburrido, pero ése no era su caso. Gaskill llevaba dieciocho años en el Servicio de Aduanas y, aun así, su aspecto más que al de un funcionario del gobierno se parecía al de un entrenador de fútbol, aspecto éste que, encima se permitía cultivar. Se trataba de un afroamericano de pelo rizado y canoso, piel tostada pero no muy oscura, y un extraño color de ojos a medio camino entre el verde y el caoba. Tenía una enorme cabeza de perro guardián que, más que sobre un cuello, parecía apoyarse sobre un tronco de árbol. La mole de su cuerpo le había permitido ser defensa del equipo de fútbol americano de la Universidad del Sur de California. Con el tiempo había conseguido perder su acento de Carolina del Sur y ahora hablaba con una dicción sumamente pulida, de ahí que de vez en cuando alguna persona supusiera que era un antiguo súbdito británico de las Bahamas.

La fascinación de Gaskill por el arte precolombino se remontaba a un viaje de estudios a la península del Yucatán. Cuando le destinaron a Washington D.C., tuvo ocasión de encargarse de docenas de investigaciones relacionadas con objetos robados de las culturas Anasazi y Hohokam, nativas de los desiertos suroccidentales de Norteamérica. Cuando estaba trabajando en un caso de contrabando de varias esculturas mayas, la policía de Chicago le había dado un soplo basado en la información facilitada por una señora de la limpieza, la cual había visto en un cajón del piso de Rummel unas fotografías de un cuerpo cubierto de oro. La señora, pensando que podría ser el cuerpo de una persona asesinada, había robado la foto y se la había entregado a la policía.

Un detective que había trabajado en casos de falsificación de obras de arte afirmó que el objeto era una antigüedad y llamó a Gaskill.

Rummel era uno de los nombres más importantes de la lista que había confeccionado el Servicio de Aduanas sobre los principales coleccionistas de arte antiguo que no tenían en consideración la procedencia de sus adquisiciones. Sin embargo, aún no se habían encontrado pruebas de ilegalidad en ninguno de sus negocios y, además, no se disponía de ninguna pista sobre el paradero de su colección. El agente, que tenía los mismos conocimientos que un erudito en antigüedades, no tardó nada en reconocer el traje de oro de Tiapollo cuando vio la fotografía que había proporcionado la señora de la limpieza.

Sin pérdida de tiempo, Gaskill organizó un dispositivo de vigilancia permanente alrededor del ático de Rummel y se aseguró de que no se le perdiera de vista cada vez que salía. Con todo, seis días de guardia ininterrumpida no habían arrojado ni un solo indicio sobre el lugar donde el coleccionista escondía sus obras de arte. El sospechoso no salía nunca de su rutina diaria. Pasaba cuatro horas en su despacho de Michigan Avenue estudiando inversiones y a continuación almorzaba en una cafetería de aspecto destartado. Su menú habitual era sopa de guisantes y ensalada. La tarde la pasaba rondando tiendas de antigüedades y galerías de arte. Cenaba en un tranquilo restaurante alemán y después se iba al cine o al teatro. Volvía a casa a eso de las once y media. Los días pasaban sin que estos hábitos variaran lo más mínimo.

—¿No se cansará nunca de beber el mismo matarratas antes de irse a la cama? —murmuró el agente especial Winfried Pottle—. Sinceramente, yo preferiría los seductores brazos de una bonita mujer vestida con algo de color negro, elegante y ligerito.

Al oír el comentario de su lugarteniente en el equipo de vigilancia, Gaskill apartó los ojos de los prismáticos y puso cara de no estar para bromas. A diferencia de Gaskill, que llevaba unos Levi's y una chaqueta del equipo de fútbol de la Universidad del Sur de California, Pottle iba con un traje de tres piezas con reloj de bolsillo y cadena incluidos. Era un hombre delgado y bien parecido, pelirrojo y de

rasgos marcados.

—A juzgar por el tipo de mujeres con las que sueles quedar, he de decir que de ilusiones también se vive...

Pottle hizo una señal en dirección del piso de Rummel.

—Reconocerá al menos que mi vida no sigue un régimen militar.

—Sólo de pensar lo que harías si tuvieses todo ese dinero, me echo a temblar.

—Si tuviese todo ese dinero invertido en obras de arte robadas, dudo mucho que se me diese tan bien esconderlo.

—Rummel ha de tenerlo oculto en alguna parte —dijo Gaskill dejando entrever una ligera decepción—. La variopinta reputación que tiene de comprador de objetos raros no es obra de una sola persona. El mercado de antigüedades se ha hecho eco de ello en demasiadas ocasiones como para que no sea verdad. No tiene ningún sentido que una persona acumule una colección inigualable de obras de arte y luego ni siquiera se acerque a ella. Aún no he oído de ningún coleccionista, sea de sellos, monedas o cromos de béisbol, que no estudie y mime sus adquisiciones en cuanto tiene la más mínima ocasión para ello. Todos sabemos que los adictos a las obras de arte de valor que pagan fortunas por Rembrandts y Van Goghs robados se pasan horas en sus habitaciones observando los cuadros en soledad. He conocido a alguno de estos tipos: suelen empezar con muy poco, pero luego se enriquecen y todo lo que acaban deseando poseer son piezas únicas. Muchos de ellos abandonan a sus familias o se divorcian sin inmutarse lo más mínimo porque su capricho se ha convertido en obsesión. Ésa es la razón por la que un adicto al arte precolombino como Rummel no puede ser indiferente a una serie de obras que en su conjunto supera probablemente el valor de cualquiera de las que hay en los mejores museos del mundo.

—¿No se ha parado nunca a pensar que nuestras fuentes de información podrían exagerar o haberse equivocado? —le preguntó Pottle en tono pesimista—. La señora de la limpieza que aseguró haber encontrado la foto del traje de oro es una verdadera alcohólica.

Gaskill movió la cabeza lentamente en señal de negación.

—Estoy convencido de que Rummel lo tiene todo amontonado en alguna parte.

Pottle se volvió hacia la habitación del coleccionista en el momento en que se apagaban las luces.

—Si usted estuviera en lo cierto y yo fuera Rummel, me lo llevaría todo a la cama.

—Estoy seguro de que lo harías... —Gaskill se paró de pronto. La ingeniosidad de Pottle le había hecho pensar en algo—. Tu mente perversa acaba de dar con una idea sensata.

—¿En serio? —murmuró confundido el agente.

—¿Qué habitaciones carecen de ventanas en el ático? ¿Las que no podemos



vigilar?

Pottle se quedó mirando al suelo con expresión pensativa.

—Según el plano de la casa, dos cuartos de baño, una despensa, el pequeño corredor que hay entre su dormitorio y el de los invitados, y los lavabos.

—Se nos está pasando algo por alto.

—¿Pero qué? Rummel ni siquiera se acuerda de correr las cortinas. Desde el momento en el que sale del ascensor, podemos seguir sus movimientos en un noventa por ciento. No es posible que pueda meter una tonelada de obras de arte en un par de bañeras y un lavabo.

—Vale, pero ¿dónde pasa entonces los treinta o cuarenta minutos que tarda en salir del vestíbulo, meterse en el ascensor y entrar en el salón? En el vestíbulo no, desde luego.

—En el retrete tal vez.

—Nadie tiene esa regularidad. —Gaskill se sentó en una mesita, extendió una serie de esbozos del piso del coleccionista que habían obtenido de la inmobiliaria y se puso a examinarlos por enésima vez—. Los objetos tienen que estar en el edificio.

—Ya hemos comprobado todos los pisos que hay desde la primera planta hasta el tejado —le comentó Pottle—, y están todos alquilados a personas que residen en el edificio.

—¿Y el que está justo debajo del de Rummel?

Pottle hojeó unas cuantas copias de ordenador.

—Sidney Kammer y su esposa, Candy. Es uno de esos prestigiosos abogados de empresa que consigue evitar que sus clientes paguen una millonada de impuestos.

Gaskill miró a Pottle fijamente.

—¿Cuándo fue la última vez que Kammer y su esposa han aparecido por el edificio?

Pottle estudió rápidamente el registro de entradas y salidas de los inquilinos que habían mantenido desde el comienzo de la vigilancia.

—No hay ninguna señal. No han aparecido para nada.

—Apostaría a que los Kammer viven en una lujosa zona residencial y que nunca se acercan por aquí.

—Podrían estar de vacaciones.

La voz de la agente Beverly Swain sonó bruscamente por la radio portátil de Gaskill.

—Una camioneta de mudanzas de gran tamaño acaba de aparcar en la trajera del sótano de la casa.

—¿Dónde estás, en la sala de control o en el sótano? —le preguntó Gaskill.

—Todavía estoy en el vestíbulo de la casa, haciendo guardia como un soldado —contestó Swain descaradamente. Beverly era una inteligente californiana de melena

rubia que antes de entrar en el Servicio de Aduanas se pasaba el tiempo en la playa. Era la mejor agente secreta que tenía Gaskill en su equipo y la única persona que se encontraba en el interior del edificio.

—Jefe, si piensa que ya me he aburrido de vigilar por los monitores tanto ascensor, pasillo y cuarto, y que estoy a punto de largarme al aeropuerto para coger un vuelo a Tahití, está casi, casi en lo cierto.

—Ahórrate el dinero —le contestó Pottle—. En Tahití no hay nada más que palmeras y playas exóticas. Para eso, mejor que te vayas a Florida.

—Pon a grabar la cinta en la entrada —le ordenó Gaskill— y vete corriendo al sótano para ver qué quieren los transportistas. Entérate de si hay alguien que se va del edificio o que viene a vivir, de qué piso se trata y por qué están trabajando a esta hora tan inverosímil.

—Allá voy —respondió Swain con un bostezo.

—Espero que no se tope con ningún monstruo —murmuró Pottle.

—¿De qué estás hablando? —le preguntó Gaskill arqueando las cejas.

—Ya sabe..., lo que suele pasar en todas esas estúpidas películas de miedo. Una mujer que se encuentra sola en casa oye un ruido extraño en el sótano. Entonces baja para ver qué pasa y, una de dos, o no enciende las luces o lleva un cuchillo en la mano.

—Típica producción de Hollywood de pésima calidad —comentó Gaskill encogiéndose de hombros—. Yo no me preocuparía por Bev. Lleva encima una Colt de nueve milímetros de combate y el sótano tiene tanta luz como Las Vegas Boulevard. Pobre del monstruo que se le acerque.

Aprovechando que el ático de Rummel estaba a oscuras, Gaskill dejó unos minutos los prismáticos para dar buena cuenta de un paquete de donuts y beberse una botella de leche. En el momento que estaba mirando con tristeza la caja de donuts vacía, la voz de Swain volvió a sonar por la radio.

—Los transportistas están descargando unos muebles para el piso de la decimonovena planta. No están muy contentos de trabajar tan tarde, pero me han dicho que les pagan bien. No saben por qué el cliente tiene tanta prisa, pero debe de ser uno de esos traslados de última hora que hacen las empresas.

—¿Alguna posibilidad de que estén metiendo objetos de contrabando en el piso de Rummel?

—Me han abierto las puertas de la camioneta y está llena de muebles *art déco*.

—Vale, échales una ojeada de vez en cuando.

Pottle garabateó algo en un cuadernillo y colgó el teléfono que había en la cocina. Cuando se acercó a Gaskill, su cara tenía una expresión taimada.

—Permítame que elogie su capacidad intuitiva. El domicilio de Sidney Kammer está en Lake Forest.

—Apostaría a que el cliente más importante de Kammer es Adolphus Rummel —aventuró Gaskill.

—Y por un apartamento en la costa, dígame a quién le está subarrendando el piso Kammer...

—Seguro que a Adolphus Rummel.

Pottle parecía sentirse orgulloso de sí mismo.

—Creo que podemos gritar eureka con toda tranquilidad.

Gaskill posó la mirada en el salón de Rummel sabedor de que había descubierto el secreto del coleccionista. Sus negros ojos se aguzaron cuando por fin habló.

—Hay una escalera secreta en el vestíbulo de Rummel —dijo con el mismo cuidado que pondría si estuviera leyendo un guión en voz alta—. Rummel sale del ascensor, abre la puerta oculta de una escalera y baja al apartamento que hay debajo de su ático, donde pasa tres cuartos de hora deleitándose en la contemplación de su colección privada. Luego regresa a su piso, se sirve un brandy y duerme con la tranquilidad de un hombre satisfecho. Es extraño, pero no puedo evitar sentir cierta envidia.

Pottle extendió el brazo para darle unas palmadas a su jefe en el hombro.

—Felicidades, jefe. Sólo hace falta conseguir una orden de registro y organizar el asalto al piso de Rummel.

Gaskill meneó la cabeza en señal de negativa.

—Una orden, sí. Un asalto con un ejército de agentes, no. Rummel tiene amigos poderosos en Chicago. No podemos correr el riesgo de organizar un gran revuelo porque nos ganaríamos un aluvión de críticas por parte de los medios de comunicación o un desagradable pleito. Y no te digo si nos equivocamos. Bastará con que Bev, tú y yo hagamos un discreto registro para conseguir las pruebas que nos lleven a la colección de Rummel.

Pottle se enfundó una gabardina —motivo de incesantes burlas por parte de sus colegas— y se dirigió hacia la puerta.

—El juez Aldrich tiene el sueño ligero. Voy a ver si le saco de la cama y traigo los papeles necesarios antes del amanecer.

—Date prisa —le dijo su jefe con una sonrisa—. Me muero de ganas por entrar.

Cuando Pottle se hubo ido, Gaskill llamó a Swain.

—Dame un informe sobre los transportistas.

Swain se encontraba en el vestíbulo del edificio mirando fijamente un dispositivo con cuatro monitores cuando se dio cuenta de que los transportistas se habían salido de la imagen. Apretó los botones de un control remoto y fue pasando de cámara a cámara, las cuales se hallaban distribuidas por todo el edificio de manera estratégica. Por fin los encontró saliendo del montacargas en el decimonoveno piso.

—Hasta el momento han sacado un sofá, dos sillas tapizadas, dos mesillas y

varias cajas que podrían contener todo tipo de cosas para la casa, cubiertos, menaje de cocina, utensilios para el baño, ropa..., ya sabe, ese tipo de cosas.

—¿Vuelven a la camioneta con alguna cosa?

—Sólo con cajas vacías.

—Creemos haber descubierto el lugar donde Rummel almacena sus adquisiciones. Pottle ha salido en busca de una orden. Entraremos en el ático en cuanto vuelva.

—Ésa sí que es una buena noticia. —Swain suspiró—. Ya casi me había olvidado de cómo es el mundo fuera de este puñetero vestíbulo.

Gaskill se echó a reír.

—No creas que ha mejorado mucho... De todas formas no vas a poder mover tu bonito trasero hasta dentro de unas cuantas horas.

—Podría tomarme ese comentario como una agresión sexual —repuso Swain remilgadamente.

—No es más que un cumplido, agente Swain... —dijo Gaskill en tono cansado—, sólo un cumplido.

La mañana despuntó fresca y espléndida y pese a la brisa que venía del lago Michigan, todo hacía prever un día precioso. El *Almanaque del agricultor* pronosticaba que la región de los grandes lagos disfrutaría de un veranillo de San Martín. Gaskill esperaba que así fuera. Un otoño más templado de lo normal equivalía a unos cuantos días más de pesca en su cabaña del lago Wisconsin, que de vez en cuando le servía de refugio. Su vida privada se había vuelto bastante solitaria desde que veinte años atrás su mujer muriera de un ataque al corazón provocado por un exceso de hierro en los tejidos. Desde entonces se había volcado en su trabajo, y había pasado su tiempo libre en su cómoda lancha fuera borda, donde planeaba sus investigaciones y analizaba los datos del caso de que se encargara en ese momento mientras esperaba a que picase un lucio o un róbalo.

Mientras subía en el ascensor de la casa de Rummel en compañía de Pottle y Swain, se puso a leer por tercera vez la orden de registro. El juez había dado su visto bueno al registro del ático de Rummel, pero no había hallado ninguna causa que justificara la entrada en el piso de Kammer. Esto suponía un inconveniente de poca importancia. En vez de entrar directamente en lo que estaba seguro que serían las habitaciones en las que Rummel almacenaba sus adquisiciones, tendrían que buscar la puerta oculta que utilizaba el coleccionista.

De repente le vino a la cabeza una extraña idea. ¿Y si al coleccionista le habían estado vendiendo falsificaciones? Rummel no sería el primer caso de un comprador que, empujado por su codicia, adquiriría cualquier tipo de partida sin asegurarse antes sobre su procedencia. Se quitó la idea de la cabeza y trató de disfrutar de su éxito. Estaba sólo a pocos minutos de culminar un trabajo que le había supuesto largas

horas de esfuerzo.

Swain marcó el código de seguridad que les permitía subir más allá de los apartamentos de los inquilinos para llegar directamente al ático de Rummel. Las puertas se abrieron y los tres agentes salieron al vestíbulo de mármol sin haber sido anunciados. Gaskill había perdido la costumbre de este tipo de acciones, por lo que se puso a acariciar la automática de nueve milímetros que llevaba a un costado. Pottle apretó el botón de un telefonillo que había sobre un tablero. Un sonoro timbre retumbó por todo el ático.

Segundos después, se oyó por el telefonillo una voz adormilada.

—¿Quién es?

—Señor Rummel —dijo Pottle por el telefonillo—. ¿Podría hacer el favor de bajar al vestíbulo?

—Será mejor que se largue, o llamaré a los de seguridad.

—No se moleste. Somos agentes federales. Haga el favor de bajar y le explicaremos el porqué de nuestra presencia.

Swain observó cómo las luces que había sobre la puerta del ascensor iban encendiéndose y apagándose consecutivamente.

—Ésta es la razón por la que nunca alquilaría un ático —dijo en un fingido tono de seriedad—. Cualquiera puede venir y empezar a mangonear con tu ascensor privado. Es más sencillo que robar un Mercedes.

Rummel apareció vestido con un pijama, zapatillas y una bata de seda pasada de moda. La tela de la bata le recordó a Gaskill el cubrecama sobre el que dormía de pequeño en la casa de su abuela.

—Me llamo David Gaskill. Soy agente especial del Servicio de Aduanas de los Estados Unidos. Tengo en mi poder una orden judicial que me autoriza a registrar la casa.

Rummel se ajustó con gesto indiferente un par de gafas sin montura y se puso a leer la orden como si se tratara del periódico de la mañana. De cerca, daba la impresión de tener diez años menos que los 76 que tenía. Aunque acababa de salir de la cama, se mostraba despabilado y meticuloso.

Gaskill, impaciente, pasó por su lado.

—Pueden registrar mis habitaciones todo el tiempo que quieran. No tengo nada que ocultar.

El rico chatarrero se estaba comportando con una gran educación. Parecía estar tomándose el registro de buen grado e incluso se mostraba dispuesto a cooperar.

Gaskill sabía que no era más que una actuación.

—Sólo nos interesa su vestíbulo.

El agente había indicado de antemano a Pottle y Swain lo que tenían que buscar, por lo que se pusieron a trabajar sin más demora. Todos los huecos y aberturas de la

estancia fueron objeto de escrutinio. A Swain, sin embargo, era el espejo lo que más le intrigaba: como mujer, se sentía instintivamente atraída hacia ese tipo de objetos. Cuando se acercó a él, se dio cuenta de que carecía de la más mínima imperfección. El vidrio estaba perfectamente biselado por los bordes y las esquinas estaban decoradas con los grabados de unas flores. La agente aventuró que sería del siglo XVIII y no pudo evitar pensar en todas las personas que se le habrían puesto delante a lo largo de los últimos tres siglos para contemplarse en él. El espejo todavía conservaba sus imágenes guardadas en su interior. Swain podía sentir las.

La agente pasó entonces a la compleja decoración del marco, cuyo principal atractivo era el grupo de querubines bañados en oro. Aguzando los ojos, observó una minúscula rendija alrededor del cuello de una de las figuras. El roce había desconchado ligeramente el baño dorado de los bordes. Swain apretó la cabeza y trató de hacerla girar en la dirección de las agujas del reloj, pero no tuvo éxito. Probó a hacerla girar en la dirección contraria, y la cabeza dio una vuelta hasta ponerse de cara a la pared. El agente oyó un ruido seco y de repente vio cómo una parte del espejo empezaba a entreabrirse y dejaba un estrecho vano al descubierto.

Swain se asomó por la abertura y se encontró con la escalerilla oculta.

—Jefe, ha acertado.

Rummel no pudo evitar palidecer cuando vio que Gaskill abría la puerta del espejo de par en par. El agente, por su parte, esbozaba ya una gran sonrisa de satisfacción. Esto era lo que le gustaba más de su trabajo: el enfrentamiento de dos inteligencias y la victoria final sobre el adversario.

—¿Haría el favor de pasar primero, señor Rummel?

—El apartamento que hay abajo pertenece a mi abogado, Sidney Kammer —dijo Rummel con una expresión de astucia en sus ojos—. Su orden sólo le autoriza a registrar mi ático.

Gaskill rebuscó en el bolsillo de su chaqueta y sacó una cajita que contenía un cebo de lucio que había comprado el día anterior. Extendió el brazo y dejó caer la cajita por las escaleras.

—Perdone mi torpeza. Supongo que al señor Kammer no le molestará que vaya a buscar algo que me pertenece.

—¡Esto es allanamiento de morada! —saltó Rummel.

No hubo respuesta. El corpulento agente de aduanas ya estaba bajando las escaleras seguido de Pottle. Tras detenerse un momento para recoger la cajita, descendió unos escalones más y se quedó boquiabierto mirando lo que había abajo.

Un sinfín de magníficas obras de arte precolombinas llenaban todas las habitaciones del apartamento. De los techos colgaban varias telas incas protegidas por sendas vitrinas. Una habitación entera estaba dedicada exclusivamente a las máscaras ceremoniales, mientras que en otra se habían colocado varios altares

religiosos y diversas urnas funerarias. Había vistosos tocados, piezas de cerámica con elaborados adornos pictóricos, esculturas exóticas... Para facilitar el acceso a las diferentes habitaciones, todas las puertas del apartamento habían sido retiradas, y de la cocina y los cuartos de baño se habían sacado todos los muebles y accesorios para dar más cabida a la inmensa colección. Gaskill y Pottle se habían quedado realmente impresionados ante el espectáculo que se abría ante sus ojos. La cantidad de objetos superaba en mucho lo que habían esperado.

Cuando logró recuperar la sangre fría, Gaskill empezó a recorrer las distintas habitaciones en busca de la obra cumbre de la colección. Todo lo que encontró fue una vitrina hecha añicos. Un profundo sentimiento de decepción le invadió.

—¡Señor Rummel! —gritó—. ¡Venga aquí!

Escortado por Swain, el coleccionista entró lentamente en la habitación con una clara expresión de derrota en la cara. De pronto, se quedó petrificado, como si una de las lanzas que había apoyadas contra la pared le hubiera atravesado el estómago.

—¡No está! —dijo con voz entrecortada—, ¡el traje de oro de Tiapollo ha desaparecido!

La mirada de Gaskill se había vuelto fría y distante. Al lado de la vitrina había dos sillas, un sofá y un par de mesillas. Se volvió a Pottle y a Swain y dijo en un tono casi inaudible:

—Los transportistas. Se han llevado el traje delante de nuestras propias narices.

—Se fueron hará ya una hora —comentó Swain con voz monocorde.

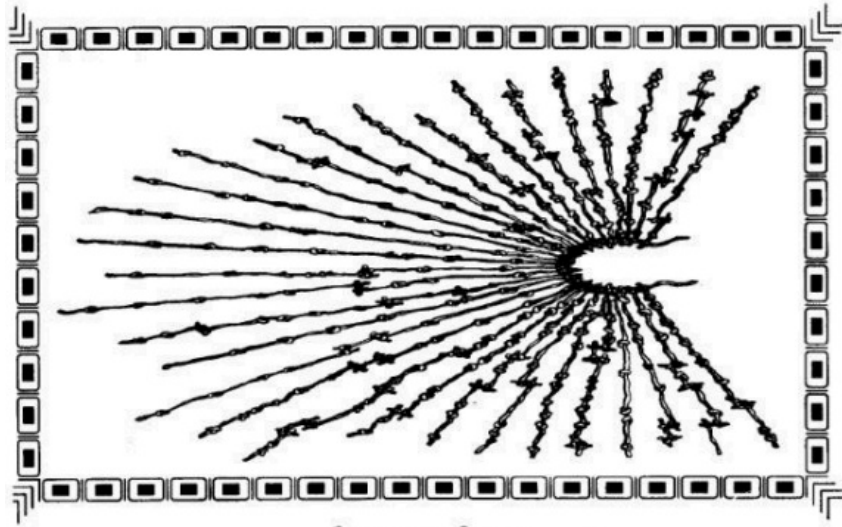
—Demasiado tarde para organizar una búsqueda —dijo Pottle—. Han tenido tiempo de sobra para esconderlo e incluso para sacarlo de país.

Gaskill se dejó caer en una de las sillas.

—Con lo cerca que hemos estado... —murmuró distraídamente—. Espero que no siga perdido otros setenta y seis años.

## II.

### EN BUSCA DEL CONCEPCIÓN.



EL QUIPO DE DRAKE



15 de Octubre de 1998, Callao, Perú.

El principal puerto de mar del Perú, Callao, fue fundado por Francisco Pizarro en 1537 y en poco tiempo se convirtió en el punto más importante para el transporte del oro y la plata que los españoles robaron al imperio inca. Como no podía ser de otro modo, sir Francis Drake se ocupó a su vez de saquear el puerto 41 años más tarde. La conquista española del Perú acabó casi en el mismo lugar donde había dado comienzo. Las fuerzas españolas se rindieron definitivamente a Simón Bolívar en Callao en 1825; a partir de entonces Perú se convirtió en un país soberano por primera vez desde la caída de los incas. Las poblaciones de Callao y de Lima, ciudad que ya estaba alcanzando las proporciones de una gran área metropolitana, sumaban entonces un total de casi seis millones y medio de habitantes.

Situadas en la vertiente occidental de los Andes, ambas ciudades tienen una precipitación anual de 41 milímetros, hecho que convierte toda la región en uno de los desiertos más fríos y secos de las latitudes bajas. La niebla invernal apenas da para mantener el mantillo y unos cuantos mezquites. La única agua que hay, aparte de la humedad excesiva, llega de los Andes a través del río Rimac y unas cuantas corrientes.

Después de dar la vuelta al cabo norte de San Lorenzo, la gran isla que protege Callao, el capitán Stewart ordenó frenar cuando vio que una lancha se acercaba al *Deep Fathom*. El capitán de puerto saltó a la escalera y subió a bordo para dirigir la entrada del barco al canal principal. Una vez hecho esto, el capitán Stewart volvió a tomar el mando y hábilmente logró que el barco se detuviera al lado del muelle para el desembarco de pasajeros. Ordenó entonces que se sujetaran las amarras a unos grandes y oxidados bolardos y llamó al ingeniero jefe para decirle que apagara los motores.

Todas las personas que habían presenciado las maniobras desde la barandilla del barco se sorprendieron al ver el muelle abarrotado por un grupo de más de mil personas. Aparte de una unidad armada de seguridad del ejército y de un numeroso contingente de la policía, había una gran cantidad de cámaras de televisión y fotógrafos que trataban de encontrar una buena posición cerca de la escalera de desembarco. Detrás de esa aglomeración, se podía ver al grupo de los padres de los estudiantes saludando alegremente.

—Otra vez me voy a quedar sin la banda de Dixieland tocando *Esperando a Robert E. Lee* —dijo Pitt en un fingido tono de decepción.

—No hay nada como el griterío de la muchedumbre para quitarte la depresión de encima —replicó Giordino con la mirada fija en el inesperado comité de bienvenida.

—No me esperaba que hubiera tanta gente —declaró Shannon un tanto asustada—. Parece mentira que la voz se haya corrido tan rápido.

Miles Rodgers levantó una de las tres cámaras que llevaba colgando del cuello y empezó a hacer fotos.

—Yo diría que incluso ha venido buena parte del gobierno peruano.

En el muelle se vivía un momento de gran emoción. Había niños ondeando banderas, peruanas y estadounidenses. De repente, la multitud lanzó un grito al unísono: los estudiantes habían aparecido en el puente y habían empezado a saludar y a hacer señales a los familiares a medida que los iban reconociendo. Stewart era el único que parecía intranquilo.

—Dios mío, espero que no tengan la intención de abordarnos.

—Son demasiados como para oponer resistencia —Giordino se encogió de hombros—. Será mejor que arríes la bandera y pidas compasión.

—Ya os avisé que mis estudiantes pertenecen a familias influyentes —recordó Shannon con alegría.

Sin llamar la atención de la muchedumbre, un hombrecillo con gafas oscuras y un maletín en la mano se escurrió entre los periodistas y logró pasar a través del cordón de seguridad formado por los guardias. Subió rápidamente por la escalera antes de que nadie pudiera decirle nada y se presentó en la cubierta con la expresión de un lateral que acaba de meter un gol. Entonces se acercó a donde estaban Pitt y Giordino.

—¿Por qué la prudencia y la discreción no forman parte de vuestras virtudes?

—Procuramos no volar en presencia de la opinión pública —declaró Pitt al tiempo que sonreía y abrazaba al hombre—. Me alegro de verte, Rudi.

—Parece que no hay forma de deshacernos de ti —dijo Giordino cálidamente.

Rudi Gunn, vicedirector de la ANS, estrechó la mano de Stewart y fue presentado a Shannon y Rodgers.

—¿Me perdonarán si hablo unos minutos con este par de rufianes antes de que comience la ceremonia de bienvenida? —preguntó cortésmente.

Sin esperar respuesta, Gunn se metió por una escotilla y empezó a bajar por un pasillo con tranquilidad absoluta. Gunn había colaborado en el diseño del *Deep Fathom* y estaba perfectamente familiarizado con la disposición de la cubierta. Se detuvo ante la puerta de la sala de reuniones, la abrió y fue directamente hacia el sillón que presidía la gran mesa central al tiempo que Pitt y Giordino se sentaban en un par de sillones de cuero.

Aunque Giordino y Gunn eran de baja estatura, su parecido acababa ahí. Gunn era liviano como una muchacha, mientras que Giordino semejava un enorme músculo en movimiento. En cuanto a capacidad intelectual, las diferencias también eran evidentes. Si Giordino tenía la astucia del pícaro, Gunn tenía el talento de un genio.

Tras conseguir la mejor nota de su promoción en la escuela naval y llegar al rango de capitán, Rudi Gunn podría haber ascendido a un puesto de responsabilidad en el ministerio si no hubiera optado por la ciencia submarina que le ofrecía la ANS antes que por la ciencia bélica. A pesar de sufrir una fuerte miopía que le obligaba a usar gruesas gafas de concha, estaba al tanto de todo de lo que pudiera ocurrir en un radio de cien metros.

Pitt fue el primero en hablar.

—¿Qué locura os ha entrado para mandarnos de nuevo a esa maldita poza en busca de un cuerpo?

—El Servicio de Aduanas de los Estados Unidos hizo una petición urgente al almirante Sandecker para que pusiera a su disposición a sus mejores hombres.

—Y eso te incluye a ti.

—Podría haberme quedado fuera aduciendo que los proyectos que están a mi cargo en este momento tendrían que suspenderse en mi ausencia. El almirante no habría vacilado en mandar a otra persona. Pero un pajarito me contó algo sobre la misión no autorizada que os traéis entre manos..., algo relacionado con la búsqueda de un galeón perdido en la selvas del Ecuador.

—Hiram Yaeger —concluyó Pitt—. Debería haberme acordado de que estáis más unidos que los hermanos James.

—No pude resistirme a la tentación de dejar la rutina de Washington durante una temporada ante la posibilidad de combinar el trabajo y la aventura. De manera que me ofrecí voluntario para este desagradable asunto y ahora formo parte de vuestro equipo en el nuevo proyecto.

—Así que le has contado a Sandecker lo que te ha dado la gana y te has largado de la capital.

—Afortunadamente para todos, no sabe nada sobre la búsqueda del galeón. Al menos, todavía.

—No es nada fácil engañarle —advirtió Giordino seriamente.

—No durante mucho tiempo —añadió Pitt—. Seguro que ya está detrás de ti.

Gunn hizo un movimiento con la mano en señal de indiferencia.

—No tenéis de qué preocuparos. Mejor que esté yo aquí que algún pobre tonto que no sepa de qué van vuestras aventurillas. Cualquiera otro burócrata de la ANS podría sobrestimar vuestras aptitudes.

Giordino hizo un gesto malhumorado.

—¿Y todavía le consideramos amigo nuestro...?

—¿Qué puede hacer la ANS que al Servicio de Aduanas le parece tan importante?

Gunn extendió sobre la mesa una serie de papeles.

—El asunto es bastante complicado, pero para ir entrando en materia, os adelantaré que tiene relación con el robo de antigüedades.

—¿No se sale eso un poquito de nuestro ámbito? Lo nuestro es la exploración e investigación submarina.

—La destrucción del medio submarino con el propósito de saquear yacimientos arqueológicos sí que está dentro de nuestro ámbito —afirmó Gunn con seriedad.

—¿Dónde encaja la recuperación del cuerpo del doctor Miller en todo esto?

—Ésa es sólo la primera etapa de nuestra colaboración con el Servicio de Aduanas. El asesinato de un antropólogo de fama mundial es fundamental en este caso. El Servicio sospecha que el asesino puede ser un pez gordo de una banda internacional de ladrones, pero necesita pruebas para la acusación. Por otro lado, confía en que el asesino se convierta en la clave que les conduzca a los cerebros que rigen las operaciones de robo y contrabando. Por lo que respecta a la poza sagrada, tanto el Servicio de Aduanas como las autoridades del Perú creen que la organización ha sacado una importante partida de obras de arte y ya la ha introducido en el mercado negro mediante los puntos de contacto que tiene por todo el mundo. Miller descubrió lo que estaba pasando y fue asesinado para que no abriera el pico. Nuestra misión, y sobre todo la vuestra, es buscar pruebas en el fondo del cenote.

—¿Y qué ocurre con el galeón que teníamos planeado buscar?

—Haced el trabajo de la poza y daré mi permiso para que la ANS financie vuestra expedición con un pequeño presupuesto. Eso es todo lo que os puedo prometer.

—¿Y si el almirante te deja fuera de juego?

Gunn se encogió de hombros.

—Es nuestro jefe... Yo no soy más que un viejo marinero y obedezco órdenes.

—Y yo un viejo aviador —replicó Pitt— y las discuto.

—Ya nos preocuparemos de eso cuando llegue el momento —intervino Giordino—. Acabemos con el registro del socavón lo antes posible.

Pitt respiró hondo y se relajó sobre la silla.

—Sí, más vale que hagamos algo útil mientras Yaeger y Perlmutter van investigando. Es muy posible que ya tengan alguna pista importante que darnos para cuando salgamos de la selva.

—El Servicio de Aduanas nos ha pedido un cosa más —puntualizó Gunn.

—¿Qué más tienen en su puñetera lista de necesidades? —preguntó Pitt bruscamente—. ¿Una bacanal submarina en busca de todo lo que hayan podido tirar los turistas asustados por los inspectores de aduanas?

—Nada que resulte tan mundano como eso —explicó Gunn con paciencia—. Han insistido en que volváis al Pueblo de los Muertos.

—Deben de pensar que las obras de arte que hay a la intemperie entran en el apartado de los objetos robados bajo el agua —comentó Giordino con sarcasmo.

—Los de Aduanas necesitan un inventario urgentemente.

—¿De los objetos del templo? —preguntó Pitt con incredulidad—. ¿Esperan que

les demos un catálogo con índice incluido? Debe de haber cerca de un millar de objetos dentro del templo..., o de lo que quede de él, porque los mercenarios no habrán dejado títere con cabeza. Lo que les hace falta no es un par de submarinistas, sino un equipo de arqueólogos que se encargue de organizarlo todo.

—El departamento de investigación de la policía peruana nos ha informado que la mayoría de los objetos desaparecieron del templo poco después de que lograrseis escapar —explicó Gunn—. Los agentes del Servicio de Aduanas necesitan descripciones que les ayuden a identificar los objetos en caso de que empiecen a aparecer en subastas, colecciones privadas, galerías y museos de los países desarrollados. En su opinión, regresar al lugar de los hechos os refrescará la memoria.

—Las cosas iban demasiado deprisa como para uno se pudiera detener a contemplar lo que tenían allí almacenado.

Gunn asintió para indicar que lo entendía.

—Pero tiene que haber algún objeto que se os haya quedado grabado en la mente, sobre todo las obras más sobresalientes. ¿Y tú, Al? ¿Puedes recordar algo?

—Estaba demasiado ocupado buscando una radio entre las ruinas —recordó Giordino—. No tuve tiempo de examinar el alijo.

Pitt se puso la cabeza entre las manos y empezó a darse un masaje en las sienes.

—Tal vez pueda recordar unos quince o veinte objetos que llamaban bastante la atención.

—¿Podrías dibujarlos?

—No valgo nada como artista, pero supongo que puedo dibujar algo que se parezca mínimamente a lo que vi. De todas formas, no hace falta que volvamos al templo. Puedo dibujar igual de bien en la tumbona de la piscina de un hotel.

—Eso me parece muy sensato —dijo Giordino con alegría.

—No —replicó Gunn—, no es nada sensato. Vuestro trabajo tiene mucha más transcendencia de la que os figuráis. Por mucho que os desagrade, pareja de golfos, os habéis convertido en los héroes nacionales del Perú. Y no sólo os requiere el Servicio de Aduanas, sino también el Ministerio de Asuntos Exteriores.

Giordino miró a Pitt de hito en hito.

—Un nuevo artículo para el conjunto de leyes de Giordino. Quienquiera que se ofrezca voluntario para una misión de rescate acabará convirtiéndose en víctima.

—¿Qué tiene que ver el Ministerio de Asuntos Exteriores con nuestra segunda visita al templo? —preguntó Pitt.

—Desde el momento en el que el Tratado de Libre Comercio entró en vigencia, se han ido privatizando varias empresas petroleras y mineras. En este momento ciertas empresas estadounidenses están a punto de cerrar varios acuerdos con el objetivo de ayudar al Perú a sacar el mayor partido de sus recursos naturales. Al país le hace falta la inversión extranjera desesperadamente, y el dinero está llamando a sus

puertas. El problema es que los sindicatos y los partidos de la oposición de esta legislatura están en contra de la intervención del capital extranjero. Al salvar la vida de los hijos e hijas de varios peces gordos, habéis influido indirectamente en la intención de voto de unas cuantas personas.

—Vale, podemos dar una conferencia en alguna sociedad benéfica y llevarnos una medalla al mérito.

—No me parece mal —dijo Gunn—, pero los expertos del ministerio y del comité del Congreso sobre asuntos sudamericanos piensan que lo que deberíais hacer es quedaros por aquí para colaborar en la protección del patrimonio nacional del Perú y así borrar la imagen del «cerdo yanqui» que puedan tener algunas personas.

—Es decir, nuestro querido gobierno quiere chupar todo lo que pueda de nuestra buena imagen, valga lo que valga —resumió Pitt fríamente.

—Algo por el estilo.

—Y Sandecker está de acuerdo.

—No hace falta ni que lo diga —aseguró Gunn—. El almirante no pierde ocasión para tocar las teclas del Congreso que sean necesarias si ello puede traer consigo más subvenciones para las futuras operaciones de la ANS.

—Si no disponemos de un tipo de protección fiable, acabaremos metiéndonos en algún lío.

—Los peruanos nos han asegurado que van a mandar una fuerza de seguridad especial para controlar el valle.

—¿Pero es de fiar? No me apetecería enfrentarme a otro ejército de mercenarios.

—A mí tampoco —afirmó Giordino con firmeza.

Gunn hizo un gesto de impotencia.

—Sólo puedo transmitirlos la información que me han pasado.

—Vamos a necesitar un equipo mejor que el del último viaje.

—Prepárame una lista y yo mismo me ocuparé de ello.

Pitt se volvió a Giordino.

—¿No tendrás tú también la impresión de que nos la han vuelto a dar?

—Si mis cálculos no me fallan —replicó el robusto italiano—, ya van unas cuatrocientas treinta y siete veces que nos ocurre lo mismo.

A Pitt no le apetecía lo más mínimo volver a zambullirse en el cenote. El lugar tenía un hálito extraño, algo maligno que llegaba hasta sus aguas más profundas. La poza se le abrió en la imaginación como si fuera la misma boca del diablo. La imagen resultaba tan irracional que no podía permitir que se le quedara grabada. Aun así, y a pesar de sus intentos, seguía aferrada a su memoria como si de una repugnante pesadilla se tratara.

Dos días más tarde, aproximadamente a las ocho de la mañana, ya estaba todo listo para la inmersión en busca del cuerpo del doctor Miller. Toda la aprensión que sentía Pitt se desvaneció cuando se acercó al borde del socavón y volvió a ver la capa de lógamo que cubría el agua. La asquerosa poza tenía el mismo aspecto conminatorio que la primera vez que la vio. Sin embargo, el submarinista era consciente de que había logrado sobrevivir a su corriente mortal y escalar sus paredes empinadas. Ahora que conocía sus secretos ocultos, las amenazas que transmitía quedaban conjuradas. La operación que le ocupaba ahora contaba con los medios más modernos. El apresurado rescate que habían improvisado la vez anterior había pasado a la historia.

Fiel a su palabra, Gunn se había agenciado dos helicópteros y todo el equipo necesario para el trabajo. Se tardó un día entero en transportar a la doctora Kelsey, Miles Rodgers, el grupo de submarinistas y su equipo al cenote y en volver a levantar el campamento destruido. Gunn no tenía ninguna fama de chapucero. Como no había fecha límite, se estaba tomando el tiempo necesario para dar todos los pasos de la manera adecuada. No quería dejar nada al azar.

Un contingente compuesto por cincuenta hombres seleccionados de la unidad especial de seguridad del Perú se encontraba ya en su sitio cuando el primero de los helicópteros de Gunn aterrizó al lado del campamento. A los estadounidenses los soldados sudamericanos se les antojaban de pequeña estatura. La expresión de sus caras parecía amable, si bien era un grupo de hombres aguerridos con una larga y dura experiencia de lucha contra Sendero Luminoso en las selvas de las montañas y los desiertos de la costa.

—Ojalá pudiera ir contigo —le dijo Shannon a Pitt por la espalda.

El submarinista se volvió y esbozó una sonrisa.

—Me gustaría saber por qué. Recuperar un cuerpo humano que lleva tiempo descomponiéndose en un calducho tropical recalentado no es exactamente lo que yo llamaría una experiencia divertida.

—Lo siento, no era mi intención parecer insensible. —Sus ojos apenas expresaban dolor—. Sentía una gran admiración por el doctor, pero no puedo evitar que la arqueóloga que llevo dentro tenga unas ganas desesperadas de explorar el fondo de la poza sagrada.

—No te hagas ilusiones. Si lo que esperas es encontrar una colección de antigüedades, te vas a llevar una decepción. Todo lo que yo alcancé a ver fue un español rodeado de medio kilómetro cuadrado de sedimentos.

—Al menos deja que Miles te acompañe y saque unas fotos.

—¿Y por qué ahora?

—Durante la operación podríais remover el fondo y cambiar los objetos de posición.

Pitt la miró incrédulamente.

—¿Consideras eso más importante que el respeto que se le debe al doctor Miller?

—El doctor está muerto —respondió Shannon sin perturbarse—. La arqueología es una disciplina muy severa que se ocupa de cosas muertas. Miller sabía eso mejor que nadie. La menor alteración puede cambiar el significado de datos de gran importancia.

Pitt pensó que estaba empezando a conocer una faceta de la personalidad de Shannon preocupada tan sólo por los asuntos más prácticos.

—Cuando Al y yo hayamos acabado la operación de rescate, tú y Miles podréis meteros en la poza y quedaros contentos. Pero tened cuidado, no os vaya a llevar la corriente otra vez.

—Con una vez ya es suficiente —replicó Shannon con una media sonrisa. De pronto, sus ojos expresaron preocupación—. Tened cuidado y no hagáis nada que pueda resultar peligroso. Le besó suavemente en la mejilla y salió corriendo en dirección a su tienda.

El descenso no supuso ningún problema gracias a la pequeña grúa y al torno motorizado que manejaba Rudi Gunn. Cuando Pitt llegó a un metro del agua, se desabrochó el fiador de seguridad que le sujetaba al cable que colgaba del torno. La superficie de agua embarrada estaba tan tibia como la otra vez, aunque Pitt no recordaba que oliese tan mal. El submarinista se puso a flotar boca arriba a la espera de que subiesen el cable y empezasen a bajar a Giordino.

Pitt llevaba una máscara que le cubría la cara completamente y que iba conectada a una manga de seguridad y comunicación. Giordino, por su parte, se iba a sumergir con lo estrictamente necesario, por lo que tendría que esperar a las instrucciones que le diese su amigo mediante gestos para moverse. En cuanto el robusto italiano tocó el agua, Pitt se sumergió y se lanzó hacia las profundidades. Los dos submarinistas se mantuvieron juntos para no perderse de vista en medio de todo el barro que había en los primeros metros. Enseguida llegaron al nivel de agua clara y no tuvieron ningún problema para ver la capa de sedimentos de color marrón que cubría el fondo. Al llegar a dos metros de éste, se detuvieron y trataron de nivelarse. Con sumo cuidado para evitar que se levantara una nube de lécamo, Pitt sacó una barra de acero inoxidable con una cuerda de nailon enrollada y la clavó en el suelo.

—¿Qué tal va todo? —La voz de Gunn sonó por los auriculares que Pitt llevaba puestos.

—Ya hemos llegado al fondo. Vamos a empezar a movernos en círculo para que no se nos escape nada —contestó Pitt mientras iba desenrollando la cuerda.

Pitt comprobó su posición con una brújula y comenzó a dar vueltas alrededor de



la barra al tiempo que iba soltando cuerda, de manera que, conforme avanzaba, se iba alejando del centro. Giordino se colocó a su lado y le fue siguiendo a pocos centímetros. Al cabo de un rato ya habían dado con los restos del doctor Miller, los cuales se encontraban en un avanzado estado de descomposición.

En los pocos días que habían pasado desde la primera vez que lo viera, el cuerpo se había transformado visiblemente. Las partes de la piel que se hallaban al descubierto estaban como carcomidas, algo que Pitt no se pudo explicar hasta que vio un pez moteado con escamas brillantes y de tamaño menor del de una trucha salir disparado hacia un ojo con intención de mordisquearlo. El submarinista ahuyentó al pez carnívoro de un manotazo y se preguntó cómo podría haber llegado a una poza perdida en medio de la selva.

Pitt hizo una señal a su compañero, quien sacó una bolsa recauchutada de un compartimento que tenía a la altura del pecho. Un cuerpo en descomposición no puede oler en el agua, o eso es al menos lo que se dice. Tal vez fuera producto de su imaginación, pero lo cierto es que los dos submarinistas tuvieron la impresión de que el lúgubre olor que despedía el cuerpo les llegaba a los reguladores de aire como si fuera el mismísimo oxígeno de las bombonas. Algo imposible, qué duda cabe, pero que se lo pregunten a los equipos de rescate, que han tenido ocasión de presenciar el horror de la descomposición en el agua.

Pitt y Giordino no se pararon a examinar el cuerpo y trataron de meterlo en la bolsa con toda la rapidez y el cuidado que exigían las circunstancias. Pero era una tarea difícil, y el agua empezó a enturbiarse hasta impedir totalmente la visibilidad. Tanteando, lograron cerrar la cremallera de la bolsa sin que quedase nada a la vista. Cuando hubieron finalizado el horrible trabajo, Pitt se puso en contacto con Gunn.

—Ya hemos metido el cuerpo en la bolsa. Comenzamos el ascenso ahora mismo.

—Recibido —contestó Gunn—. Vamos a bajar la camilla y la eslinga.

Pitt tanteó en el barro y tiró del brazo de Giordino para indicarle la superficie. El cuerpo del doctor Miller comenzó a subir en dirección a la luz del sol. Cuando llegaron a la superficie, los dos submarinistas colocaron la bolsa suavemente sobre la camilla y la sujetaron con un par de cinturones de seguridad. Pitt dio la señal a Gunn.

—Listo para subir.

Mientras la camilla iba acercándose al borde del cenote, Pitt pensó con tristeza que le habría gustado conocer al verdadero Steve Miller y no al impostor. El respetado antropólogo había sido asesinado sin saber por qué. El desgraciado que le degolló no le había dado la menor explicación. Su innecesaria muerte había sido obra de un psicópata asesino, pero él no lo sabría nunca, porque no había sido más que un mero peón en la partida que se jugaba en el mercado de antigüedades robadas, una partida cuyas apuestas eran demasiado altas como para que su figura tuviese valor alguno.

No había nada más que hacer. Ya habían cumplido con su trabajo en la operación de rescate. Ahora sólo tenían que flotar a la espera de que Gunn volviese a bajar el cable. Giordino se volvió a Pitt, se quitó el regulador de aire y sacó un tablero de comunicaciones.

«Tenemos aire de sobra», escribió. «¿Por qué no fisgoneamos un poco antes de que baje el próximo ascensor?».

A Pitt la sugerencia no le podía sonar mejor. Cogió su tablero de comunicaciones y escribió:

«Quédate cerca de mí y agárrate bien si sientes la corriente».

Hizo una señal hacia abajo y Giordino asintió con la cabeza, tras lo cual se volvieron a sumergir y empezaron a bucear en dirección al fondo de la poza.

Pitt estaba intrigadísimo por la ausencia de objetos en la capa de sedimentos. Huesos sí, de eso había de sobra. Tras más de media hora de exploración, los submarinistas seguían sin ver nada. Sólo habían encontrado la armadura y el esqueleto que Pitt vio la primera vez y el equipo que abandonó antes de subir las paredes del socavón. Una vez finalizado el registro, volvieron rápidamente a donde estaban los restos del soldado, cuya mano seguía alzada señalando el lugar al que Miller había ido a parar.

Pitt dio una vuelta en torno al esqueleto y lo examinó con detalle. De vez en cuando levantaba la vista y se fijaba en los extremos más oscuros de la poza para asegurarse de que el agua seguía clara. No quería que la misteriosa corriente les cogiera por sorpresa. Tenía la sensación de que las cuencas de los ojos del esqueleto seguían todos y cada uno de sus movimientos. Parecía como si los largos dientes de la calavera esbozaran una sonrisa burlona, como queriendo insultarle y morderle a un mismo tiempo. La luz del sol se filtraba débilmente por la capa de lécimo de la superficie y teñía los huesos de un fantasmal tono verdusco.

Giordino se mantenía a la expectativa mientras observaba a Pitt con cierta curiosidad. No entendía el atractivo que los restos del soldado podían tener para su amigo. El montón de huesos del soldado español no le parecía un espectáculo precisamente fascinante. En lo único que le hacía pensar era en la reacción que posiblemente tendría la doctora Kelsey cuando se enterara de que habían estado curioseando alrededor del objeto de sus investigaciones.

Pitt pensaba en algo muy diferente. Había empezado a sospechar que el esqueleto no estaba en el lugar que le correspondía. Frotó la armadura con un dedo y levantó una fina capa de óxido. Debajo de ella había una placa de metal perfectamente lisa y limpia. Las correas de cuero que la sujetaban al esqueleto se hallaban en un estado de conservación increíblemente bueno. Lo mismo pasaba con los cierres. Tenían el mismo aspecto que las hebillas de un par de zapatos abandonados en un trastero.

El submarinista se alejó unos metros y sacó un hueso de la capa de sedimentos

que bien podría ser una tibia. Volvió al lado del esqueleto y la comparó con uno de sus brazos. El hueso que acababa de coger parecía mucho más rugoso y sucio que el esqueleto. Los dientes del soldado también estaban en un estado sorprendente. Dos de ellos tenían empastes de plata. Pitt no era ningún experto en odontología del siglo XVI, pero sabía que todavía a finales del siglo XVIII los europeos no estaban sino empezando a estudiar esta manera de resolver el problema de las caries.

—¿Rudi?

—Te escucho —respondió Gunn.

—Por favor, mándame una cuerda. Quiero subir una cosa.

—Te mando una cuerda con un pequeño lastre.

—Intenta echarla donde veas nuestras burbujas.

—Vale. —Al cabo de unos segundos Pitt volvió a oír la voz de Gunn que esta vez tenía un ligero tonillo—. La doctora está armando la gorda. Dice que no debéis tocar nada de lo que hay ahí abajo.

—Tú haz como si estuviera perdida por Illinois y lánzanos la cuerda.

Gunn respondió con nerviosismo.

—No te puedes imaginar la escena que nos está dando aquí arriba.

—Una de dos, o nos tiras la cuerda o la tiras a ella —replicó Pitt con obstinación.

—Espera un momento.

A los pocos segundos, aparecía a través de la masa verde de la superficie un pequeño gancho de acero atado a una cuerda de nailon. Giordino saltó hacia arriba y se hizo rápidamente con ella. Con la habilidad de un carterista, Pitt ató la cuerda a una de las correas de sujeción de la armadura y la aseguró con el gancho. Se volvió hacia su amigo y levantó el pulgar de su mano derecha para indicarle que ya había acabado. Giordino asintió, pero se quedó sorprendido cuando vio que Pitt dejaba la cuerda y se lanzaba hacia arriba.

Giordino fue el primero en salir. Cuando le tocó el turno a Pitt, juró que no volvería jamás a zambullirse en ese repugnante socavón. Gunn estaba esperándole en el borde para ayudarle a saltar a tierra firme y a quitarse la máscara.

—Menos mal que ya estáis aquí —dijo—. Esa loca ha estado a punto de volarme los testículos.

Giordino se echó a reír.

—Eso lo ha aprendido de Pitt. Yo que tú me sentiría agradecido por no llamarme Amaru.

—¿Qué? ¿A qué te refieres?

—Ya te lo contaré otro día —repuso Pitt mientras se llenaba los pulmones del húmedo aire de las montañas con toda la satisfacción del mundo.

Cuando estaba tratando de quitarse el traje de submarinismo apareció Shannon delante de él con cara de pocos amigos.

—¿No habíamos quedado en que no se podían tocar los objetos del fondo? —preguntó con voz firme.

Pitt la observó durante unos segundos. Sus verdes ojos tenían una mirada extraña, entre cálida y comprensiva.

—No hay mucho que tocar ahí abajo —respondió por fin—. Alguien se te ha adelantado. Si el mes pasado había algún objeto en la poza, ahora ya no está. En el fondo sólo quedan los huesos de unos cuantos animales y los de las víctimas de los sacrificios.

La arqueóloga lo miró con sus ojos castaños bien abiertos llenos de incredulidad.

—¿Estás seguro? —preguntó.

—¿Quieres una prueba?

—Tenemos nuestro propio equipo. Voy a bajar y comprobarlo yo misma.

—No es necesario —aclaró Pitt.

La doctora se dio la vuelta y le dijo a Rodgers que se acercara.

—Vamos a vestirnos.

—Si bajas a la poza y te pones a husmear, no vivirás para contarlo —le avisó Pitt con toda la emoción de un profesor de física dando clase.

Tal vez Shannon no estaba dispuesta a escucharle, pero Rodgers sí.

—Creo que sería mejor que le prestásemos atención.

—No quiero resultar maleducada, pero no creo que Pitt tenga la preparación necesaria para decir nada concluyente sobre este asunto.

—¿Y si tiene razón? —preguntó Rodgers inocentemente.

—Llevo mucho tiempo esperando el momento de investigar a fondo esta poza. Tú y yo estuvimos a punto de perder la vida intentando desentrañar los misterios que guarda. No me puedo creer que ni siquiera quede el recuerdo de una antigüedad ahí abajo.

Pitt cogió la cuerda que descendía hasta el agua y la mantuvo un momento en alto.

—Ésta es la prueba. Tira de esta cuerda y te aseguro que cambiarás de opinión.

—¿Has atado el otro extremo, verdad? —preguntó Shannon desafiante—. ¿A qué, si se puede saber?

—A un esqueleto disfrazado de conquistador español.

—Esto es inaudito —dijo en tono de impotencia.

Hacía tiempo que una mujer no le miraba de esa manera.

—¿Realmente piensas que estoy mal de la cabeza? ¿Pero tú te crees que esto me divierte? Maldita la gracia que me hace a mí pasar el rato salvándote el pellejo... Pues vale, si quieres volar en mil pedazos, adelante, que lo disfrutes...

Shannon empezó a vacilar.

—Estás desvariando...

—Tal vez convendría que hiciese una pequeña demostración. —Pitt empezó a recoger suavemente la cuerda hasta dejarla tensa. Entonces tiró de ella bruscamente.

Un segundo de silencio y, de repente, se oyó un estruendo procedente del fondo de la poza que empezó a aumentar rápidamente al tiempo que las paredes se echaban a temblar. La explosión fue de una violencia estremecedora. Un tremendo estampido salió de las profundidades formando una gigantesca columna de espuma de color blanco verdoso que acabó salpicando a todo lo que había a veinte metros alrededor del borde del cenote para luego volver a caer en él. El ruido ensordecedor de la descarga retumbó por toda la selva mientras el campamento quedaba cubierto de una densa niebla que se iría elevando hasta llegar a ocultar el sol por un instante.

Shannon se quedó mirando a su querido cenote como si tuviera que decidir si quería vomitar o no. Todas las personas del campamento se habían quedado petrificadas, como si fueran una colección de estatuas empapadas. El único que no se había inmutado era Pitt.

La doctora fue cambiando poco a poco de expresión: había comenzado a comprender lo sucedido.

—¿Cómo es posible que supieras...?

—¿Que había una bomba oculta? —concluyó Pitt—. No había mucho que adivinar. No sé quién sería la persona encargada de colocar los cuarenta y cinco kilos de explosivos bajo el esqueleto, pero quien lo hizo cometió dos errores flagrantes. Primero, limpió el cenote de todas las antigüedades excepto de la más evidente. Segundo, los huesos no podían tener más de cincuenta años, y la armadura no tenía acumulado el óxido que se forma tras estar cuatro siglos bajo el agua.

—¿Quién ha podido hacer algo así? —preguntó Rodgers aturdido.

—La misma persona que asesinó al doctor Miller —respondió Pitt.

—¿El impostor?

—Lo más probable es que haya sido Amaru. El hombre que suplantó a Miller no quería correr el riesgo de una investigación por parte de las autoridades peruanas, al menos no antes de desalojar el Pueblo de los Muertos. Solpemachaco sacó los objetos que pudiera haber en el cenote mucho antes de que llegara. De ahí que el impostor hiciera una llamada de socorro cuando tú y Shannon desaparecisteis en la poza. Todo formaba parte de un plan organizado para hacer que vuestras muertes parecieran un accidente. Aunque tenía la casi completa seguridad de que os arrastraría la corriente y os quedaríais atrapados en la caverna antes de que pudieseis acabar de examinar el fondo y os dieseis cuenta de que los objetos ya no estaban allí, trató de ir a lo seguro y puso una pista falsa, es decir, el falso conquistador, para que saltaseis por los aires en caso de que la corriente no os arrastrase.

Shannon puso cara de estar triste y desilusionada.

—Así que todas las antigüedades del cenote han desaparecido.

—Creo que es un consuelo saber que aunque se las han llevado, al menos no han sido destruidas.

—Acabarán apareciendo —dijo Giordino—. No es posible que un rico coleccionista se las quede para siempre.

—Creo que no os dais cuenta de la disciplina que exige la arqueología. Ningún investigador puede llevar a cabo el estudio y la clasificación de un objeto sin conocer su lugar exacto de procedencia. Ahora es imposible averiguar nada sobre la gente que vivió aquí y construyó la ciudad. Es una enorme fuente de datos, una verdadera

cápsula del tiempo lo que se ha acabado perdiendo.

—Siento que todos tus esfuerzos y tus esperanzas se hayan malogrado de esta manera.

Shannon daba ahora la impresión de sentirse totalmente derrotada.

—Ha sido una verdadera tragedia.

Rudi Gunn volvió del helicóptero que iba a transportar los restos del doctor Miller al depósito de cadáveres de Lima.

—Siento interrumpir —dijo a Pitt—. Nuestro trabajo aquí ya se ha acabado. Sugiero que nos metamos en el helicóptero, levantemos el vuelo y nos reunamos con el doctor Ortiz en el Pueblo de los Muertos.

Pitt asintió y se volvió a Shannon.

—Bueno, ¿qué te parece si vamos a ver el otro destrozo que nos han dejado nuestros encantadores ladrones de antigüedades?

El doctor Ortiz estaba esperando al helicóptero en la pista de aterrizaje. Se trataba de un hombre de unos setenta años de edad y de complexión delgada pero fuerte. El largo bigote blanco que lucía le hacía parecerse a un bandido mexicano. Si su carácter tenía algún rasgo de inconsistencia, en esta ocasión saltaba a la vista: aparte de la camisa blanca de dril y los pantalones del mismo tipo que llevaba, lucía un par de sandalias de diseño y un panamá de ala ancha y vistosa cinta. El cuadro lo completaba la gran bebida helada que tenía en la mano izquierda. Un director de reparto de Hollywood en busca del típico holgazán para una aventura en los mares del sur no habría dudado en darle el papel al señor Ortiz. Decididamente, la ANS no se había imaginado que un hombre de este tipo podría ser el experto en culturas antiguas de mayor reputación del Perú.

Cuando bajaron del helicóptero, Ortiz les salió a recibir con una sonrisa y con la mano derecha extendida para darles un buen apretón.

—Llegan pronto —dijo cálidamente en un inglés casi perfecto—. No esperaba que llegasen hasta dentro de un par de días.

—El proyecto de la doctora Kelsey tuvo que ser interrumpido inesperadamente —aclaró Pitt apretando una mano fuerte y callosa.

—¿Ha venido con ustedes? —preguntó Ortiz mientras se asomaba por encima del hombro de Pitt.

—Estará aquí a primera hora de la mañana. Nos ha dicho que quería pasar la tarde sacando unas fotos de unos relieves que hay en un altar de piedra cerca del cenote. —Pitt se dio la vuelta y empezó las presentaciones—. Yo me llamo Dirk Pitt. Le presento a Rudi Gunn y Al Giordino. Pertenece a la Agencia Nacional de Submarinismo de Estados Unidos.

—Es un verdadero placer conocerlos, caballeros. Permítanme que aproveche esta oportunidad para darles las gracias personalmente por haber salvado la vida de

nuestros jóvenes.

—Estamos muy contentos de volver por aquí —dijo Giordino alzando la vista hacia el devastado templo.

Ortiz se rió ante la evidente falta de entusiasmo.

—Supongo que no disfrutarían de su última visita.

—El público no nos lanzó flores precisamente, de eso no cabe duda.

—¿Dónde preferiría que pusiéramos nuestras tiendas, doctor? —preguntó Gunn.

—Olvídense de eso —dijo Ortiz dejando entrever una sonrisa bajo el bigote—. Mis hombres han limpiado la tumba de un rico comerciante. Tiene espacio de sobra y no entra la lluvia. No es un hotel de cinco estrellas, claro está, pero no creo que les resulte incómodo.

—Espero que su antiguo dueño no siga viviendo allí —dijo Pitt con fingida aprensión.

—No, no, en absoluto —repuso el doctor Ortiz tomándole en serio—. Los ladrones se llevaron hasta los huesos en su frenética búsqueda de antigüedades.

—Podríamos alojarnos en la estructura que utilizaban los ladrones como centro de operaciones —sugirió Giordino tratando de hacerse con un alojamiento más lujoso.

—Siento decírselo, pero mi equipo y yo estamos utilizando ese lugar como base. Giordino miró a Gunn con acritud.

—Te dije que llamaras con antelación para hacer las reservas.

—Adelante, señores —dijo Ortiz alegremente—. Mientras nos vamos acercando a nuestra base, les iré enseñando el Pueblo de los Muertos.

—A los habitantes del lugar debió de gustarles la tradición de los elefantes.

Ortiz se echó a reír.

—No, no, los chachapoyanos no venían aquí a morir. Según sus creencias, este lugar era un cementerio sagrado que servía de primera etapa en su viaje hacia la siguiente vida.

—¿Aquí no vivía nadie? —preguntó Gunn.

—Sólo los sacerdotes y los trabajadores que construían los túmulos. A los demás la entrada al cementerio les estaba vedada.

—Les debía de ir bien el negocio —comentó Pitt mientras observaba el laberinto de criptas que había diseminadas por el valle y el sinfín de tumbas que se veía en los riscos.

—La cultura de los chachapoyas estaba muy jerarquizada, pero no tenía una élite de tipo monárquico como la inca —explicó Ortiz—. La confederación de ciudades estaba gobernada por los jefes militares y por un grupo de sabios ancianos. Tanto ellos como los comerciantes más pudientes podían permitirse la construcción de grandes mausoleos en los que habitaban durante los períodos que pasaban entre vidas. Los pobres tenían que conformarse con estatuas de adobe de forma humana.



Gunn miró al arqueólogo con curiosidad.

—¿A los muertos se les metía en estatuas?

—Sí, se colocaba el cuerpo del finado en posición fetal, con las piernas debajo de la barbilla, y lo rodeaban con unos palos en forma de cono, como si fuera una jaula protectora. Luego venía el adobe fresco, que se ponía encima de los palos a modo de revestimiento. El último paso era la escultura de la cabeza, que se colocaba encima y solía guardar cierto parecido con el muerto. Cuando el receptáculo funerario estaba ya seco, se metía en un nicho que se había excavado con anterioridad o en la abertura de un risco.

—El enterrador del lugar debía de ser un tipo popular —comentó Giordino.

—Hasta que no estudie el pueblo con mayor detenimiento —les informó Ortiz—, sólo puedo decir que el cementerio siguió creciendo durante el período comprendido entre los años 1200 y 1500 después de Cristo, tras lo cual fue abandonado. Esto sería probablemente poco después de la conquista española.

—Después de dominar a los chachapoyanos, ¿empezaron los incas a enterrar a sus muertos en este lugar? —preguntó Gunn.

—No de manera habitual. Tan sólo he encontrado unas pocas tumbas que tengan decoración y estructura inca.

Tras pasar por una gran avenida de piedra erosionada, Ortiz les indicó que entraran a un gran monumento funerario con aspecto de botella construido con piedras planas y decorado con varias hileras de dibujos con forma de diamante mezclados con diseños en zigzag. El trabajo era de una gran precisión, y denotaba una gran atención al detalle. El trazado arquitectónico, por su parte, era excelente. El monumento estaba coronado por una estrecha cúpula circular de diez metros de altura. La entrada también tenía la forma de una botella y por ella sólo podía pasar una persona cada vez. La escalera de acceso ascendía hasta llegar a la entrada para luego descender hasta el piso de dentro. La cámara funeraria tenía un ambiente húmedo y cargado y despedía un intenso olor acre. Pitt sintió que el lugar tenía una grandiosidad obsesiva. En ella se percibía la fantasmagórica presencia de las personas que habían llevado a cabo la ceremonia final y habían cerrado la cripta para lo que ellos creían que sería el resto de los días, sin imaginarse que se convertiría cinco siglos más tarde en el refugio de un grupo de seres vivos.

El piso de piedra y las tumbas que había en él estaban vacíos. No había ningún objeto funerario y todo aparecía limpio. Los sonrientes rostros esculpidos en la piedra, del tamaño de una gran bandeja, parecían observar a los visitantes con curiosidad desde las ménsulas sobre las que adornaban las paredes. Los hombres de Ortiz habían colgado una serie de hamacas de las varias esculturas con forma de cabeza de serpiente que había en la parte inferior de los muros. Las cabezas tenían tanto los ojos como las bocas abiertas de par en par. Aparte, habían dispuesto varios

colchones de paja por todo el piso y se habían preocupado de meter un clavo en una grieta y de colgar un pequeño espejo de él.

—Yo diría que fue construido en 1380 —les informó Ortiz—. Es una buena muestra de la arquitectura chachapoyana. Tiene todas las comodidades de una casa moderna si exceptuamos el cuarto de baño. De todas formas, hay un arroyo a unos cincuenta metros al sur. Así que por lo que respecta a sus necesidades personales, creo que entre una cosa y otra se las podrán arreglar.

—Muchas gracias, doctor Ortiz —dijo Gunn—. Muy considerado de su parte.

—Por favor, llámeme Alberto —repuso levantando una de sus pobladas cejas blancas—. La cena es a las seis en el lugar donde yo me alojo. —Les lanzó una mirada benevolente—. No tendrán ningún problema para orientarse en el pueblo, ¿no es así?

—Yo ya he hecho la visita de rigor —dijo Giordino.

Los hombres de la ANS ya estaban listos. Tras tomar un estimulante baño en las heladas aguas del arroyo para limpiarse el sudor acumulado durante el día, afeitarse y ponerse ropa de invierno a fin de protegerse de las frías noches andinas, se encaminaron hacia el puesto de mando que ocupaba la autoridad cultural peruana. Ortiz salió a la entrada para recibirles y les presentó a sus cuatro ayudantes, pertenecientes al Instituto Nacional de Cultura de Chiclayo. Ninguno de ellos sabía hablar inglés.

—¿Un trago antes de cenar, caballeros? Tengo ginebra, vodka, whisky escocés y pisco, un tipo de brandy del lugar.

—Ha venido bien preparado —observó Gunn.

Ortiz se echó a reír.

—Sólo porque estemos trabajando en las regiones más difíciles del país no vamos a privarnos de unas cuantas comodidades.

—Yo probaré el brandy que ha mencionado —dijo Pitt.

Giordino y Gunn no fueron tan osados como Pitt y se conformaron con un escocés con hielo. Tras hacer los honores, Ortiz les hizo una señal para que se sentaran en las antiguas sillas de lona que había en la habitación.

—¿Qué daño sufrieron los objetos durante el ataque de los mercenarios? —preguntó Pitt para empezar la conversación.

—Los pocos objetos que los ladrones dejaron aquí fueron aplastados por las piedras. Me temo que a excepción de unos pocos, el resto no va a haber manera de restaurarlo.

—¿No ha encontrado nada que merezca la pena guardar?

—Hicieron un trabajo exhaustivo —dijo Ortiz moviendo la cabeza negativamente—. Resulta sorprendente cómo en tan poco tiempo pudieron registrar las ruinas del templo, sacar todas las antigüedades que merecieran la pena e irse con más de cuatro

toneladas de objetos antes de que pudiéramos llegar y les pilláramos con las manos en la masa. Los puñeteros huaqueros se han ocupado de buscar y vender todo lo que los conquistadores españoles y el grupo de misioneros mojigatos que venía con ellos no pudieron robar a los incas para mandarlo a Sevilla. Roban antigüedades con la misma rapidez que un ejército de hormigas limpia un bosque.

—¿Huaqueros? —preguntó Gunn.

—El término que se utiliza aquí para denominar a los ladrones de tumbas —explicó Giordino.

Pitt le miró con curiosidad.

—¿Cómo has aprendido tú eso?

—Si te pasas una temporada entre arqueólogos, no es difícil que acabes aprendiendo alguna palabrilla.

—No creo que se les pueda echar toda la culpa a los huaqueros —dijo Ortiz—. Los pobres granjeros son víctimas del terrorismo, la inflación y la corrupción, problemas que les dejan sin lo poco que pueden sacarle a la tierra. Con lo que consiguen de la venta al por mayor de todo lo que han robado de los yacimientos arqueológicos compran alguna cosilla que les permite aliviar su horrible pobreza.

—Entonces aquí se junta lo bueno con lo malo... —observó Gunn.

—Por desgracia, todo lo que nos queda a los investigadores como yo son unos cuantos huesos y piezas rotas de cerámica. Destripan edificios enteros para sacarles todos los adornos arquitectónicos, y así tanto templos como palacios acaban hechos un montón de piedras. Las esculturas son vendidas a precios de risa. Arramblan con todo, y así destruyen irreparablemente gran parte de la belleza de estos lugares.

—Supongo que serán operaciones familiares —dijo Pitt.

—Sí, la búsqueda de tumbas subterráneas es una práctica que lleva siglos pasando de generación en generación. Se ha convertido en una costumbre, en una tradición. Trabajan juntos padres, hermanos, tíos y primos y hay comunidades enteras que se organizan para hacer excavaciones.

—Las tumbas son su primer objetivo —aventuró Gunn.

—La mayor parte de los tesoros está escondida en las tumbas porque, claro, cuando desaparecían los gobernantes y las clases pudientes, las riquezas de los antiguos imperios desaparecían con ellos.

—Los que creen firmemente en una persona pueden llegar a acabar con ella —afirmó Giordino.

—Tanto los hombres del Neanderthal como los egipcios y los incas —continuó Ortiz— creían en la vida en el más allá. No estamos hablando de la reencarnación, que quede claro..., sino de la vida tal y como la vivían en la tierra. De ahí que para ellos tuviera sentido llevarse las posesiones más valiosas a la tumba. Muchos reyes y emperadores llegaron a llevarse, aparte de sus riquezas, a sus esposas favoritas, a sus

ministros, soldados, sirvientes y animales. El saqueo de tumbas es tan antiguo como la prostitución.

—Es una lástima que los gobernantes de Estados Unidos no sigan su ejemplo —dijo Giordino sarcásticamente—. ¿Os imagináis que un presidente se muriera y ordenase que le enterraran con todo el congreso y la mitad del funcionariado?

Pitt se echó a reír.

—Un ritual que la mayoría de los norteamericanos aplaudirían.

—Gran parte de mis paisanos piensa lo mismo del gobierno —añadió Ortiz.

—¿Cómo localizan las tumbas? —preguntó Gunn.

—Los huaqueros más pobres utilizan picos, palas y barras de metal. Sin embargo, las bandas de ladrones y contrabandistas que tienen una buena financiación emplean detectores de metal y radares de bajo nivel caros y bastante modernos.

—¿Se ha topado con Solpemachaco alguna otra vez?

—En cuatro yacimientos más. —Ortiz escupió en el suelo—. Siempre he llegado tarde. Son como un hedor que no se sabe de dónde sale: la organización existe, de eso no hay duda..., ya hemos visto los trágicos resultados de sus operaciones. Aun así, nunca queda rastro de los cabrones que pagan a los huaqueros y luego pasan las partidas de contrabando al mercado clandestino internacional.

—¿No hay forma de que la policía y las fuerzas de seguridad del país detengan el tráfico de objetos robados? —preguntó Gunn.

—Tratar de detener a los huaqueros es como intentar que el mercurio no se te escurra de las manos —contestó Ortiz—. Los beneficios son enormes y ellos son demasiados. Como ustedes mismos han podido comprobar, se puede comprar a muchos de los jefes de gobierno y del ejército.

—Tiene una tarea difícil, Alberto —afirmó Pitt comprensivamente—. No me gustaría estar en su lugar.

—Resulta muy ingrata además... —declaró Ortiz con solemnidad—. La pobre gente de las montañas me tiene por su enemigo. Y las familias ricas huyen de mí como si fuera una plaga porque se dedican a coleccionar obras de arte.

—Es una situación imposible la suya.

—Cierto. Tanto mis colegas de las otras universidades como los que trabajan en los museos están siempre buscando nuevos yacimientos, y con todo, no hay manera de adelantarse a los huaqueros.

—¿Y no reciben ayuda del gobierno? —preguntó Giordino.

—Conseguir subvenciones del gobierno o patrocinio privado es algo muy difícil. Una lástima, pero nadie parece estar interesado en invertir en la historia.

Cuando uno de los ayudantes del doctor Ortiz anunció que la cena ya estaba lista, la conversación empezó a derivar hacia otros temas. El primer plato consistió en un guisado de vaca picante acompañado de maíz y guisantes secos del lugar. El toque

más refinado lo puso el excelente vino peruano y la macedonia de frutas. Para postre hubo mangos en almíbar.

Tras la cena, se sentaron todos alrededor de una hoguera y Pitt volvió a hacerle una pregunta al doctor.

—¿Cree que Tupac Amaru y sus hombres han saqueado totalmente el Pueblo de los Muertos o es posible que todavía queden tumbas y edificios sin descubrir?

Los ojos de Ortiz empezaron a brillar repentinamente.

—Los jefes de los huaqueros y de Solpemachaco sólo estuvieron aquí el tiempo suficiente para hacerse con lo que había más a mano. Una excavación arqueológica en toda regla del Pueblo de los Muertos podría costar años. No me cabe la menor duda de que la mayor parte de los tesoros está todavía escondida.

Viendo que Ortiz estaba animado como consecuencia de las varias copas de brandy con las que había ido calentando su estómago, Pitt decidió lanzar un ataque definitivo por el lateral izquierdo.

—Dígame, Alberto, ¿es usted un experto en las leyendas relacionadas con los tesoros incas que se perdieron tras la llegada de los españoles?

Ortiz encendió un puro largo y estrecho y fue chupándolo hasta que el extremo se volvió rojo y empezó a formar volutas de humo en medio de la fría y húmeda noche.

—Conozco sólo unas pocas. Ya sería difícil encontrar relatos sobre los tesoros incas perdidos si las culturas ancestrales de las que me ocupó hubieran documentado detalladamente su vida diaria. Sin embargo, a diferencia de los mayas y los aztecas, las culturas que hubo en lo que es Perú hoy en día no nos dejaron una gran cantidad de símbolos jeroglíficos. Lo cierto es que no llegaron a crear un alfabeto o un sistema ideográfico de comunicación. Si exceptuamos los pocos dibujos que se han encontrado en edificios, telas y vasijas de cerámica, los testimonios sobre sus vidas y leyendas son más bien escasos.

—Me refería al tesoro perdido de Huáscar —añadió Pitt.

—¿Conoce esa leyenda?

—La doctora Kelsey nos la contó. Nos habló de una inmensa cadena de oro, algo que sonaba un poco descabellado.

Ortiz asintió.

—Da la casualidad de que esa parte de la leyenda es verdad. El gran rey inca, Huayna Capac, decretó que se hiciera una gran cadena de oro para conmemorar el nacimiento de su hijo, Huáscar. Cuando éste sucedió a su padre años después, dio orden de que se sacase el tesoro real de la capital de Cuzco para esconderlo y mantenerlo fuera del alcance de su hermano Atahualpa, quien acabaría usurpando el trono tras una larga guerra civil. Aparte de la cadena de oro, el gran tesoro constaba de estatuas de tamaño natural, tronos, discos solares y esculturas de todos los insectos y animales conocidos por los incas, todo ello en oro y plata y adornado con piedras

preciosas.

—Nunca había oído hablar de un tesoro tan grandioso —murmuró Gunn.

—Los incas tenían tanto oro en su poder que no podían entender por qué los españoles se volvían locos por este metal. La obsesión por el oro acabó por crear la leyenda de El Dorado. En su búsqueda murieron miles de españoles. Los alemanes y los ingleses, entre ellos sir Walter Raleigh, recorrieron todas las montañas y selvas con la misma intención, pero nadie fue capaz de encontrarlo.

—Según tengo entendido —explicó Pitt—, los incas acabaron llevando la cadena y otras obras de arte a algún lugar más allá de la región azteca. Ortiz asintió.

—Eso dice la historia. No se ha podido comprobar si llegó a existir una flota de barcos que se ocupara de llevar el tesoro al norte. Sin embargo, sí hay pruebas suficientes para pensar que el tesoro fue protegido por los soldados chachapoyanos que formaron parte de la guardia real de los reyes incas después de que Huayna Capac conquistase su confederación en 1480.

—¿Cuál es la historia de los chachapoyas? —preguntó Gunn.

—Chachapoyas significa el pueblo de las nubes —informó el doctor—. Su historia aún no ha sido escrita; como han podido comprobar, sus ciudades se hallan ocultas en medio de las selvas más impenetrables del mundo. A esto hay que añadir que los arqueólogos no disponen ni del dinero ni de los medios para organizar una excavación e investigación serias de las ruinas de esta civilización.

—Así que siguen siendo un enigma —concluyó Pitt.

—En varios aspectos. Los chachapoyas, según los testimonios incas, eran de piel blanca y tenían los ojos azules y verdes. Por lo visto las mujeres eran de una gran belleza y tanto los incas como los españoles las admiraban mucho. Además eran bastante altos. Un explorador italiano encontró en una tumba chachapoyana un esqueleto que medía más de dos metros.

Pitt se quedó sorprendido.

—¿Más de dos metros?

—Efectivamente —aseguró Ortiz.

—¿Hay alguna posibilidad de que fueran descendientes de los antiguos exploradores del continente? Tal vez de los vikingos, que podrían haber atravesado el Atlántico y haber subido por el Amazonas para acabar estableciéndose en los Andes...

—Siempre ha habido una gran cantidad de teorías sobre la migración transoceánica por el Pacífico y el Atlántico —contestó Ortiz—. El curioso término que se utiliza para designar los viajes precolombinos entre continentes es «difusionismo». Se trata de un concepto interesante, que no está muy aceptado pero que tampoco se rechaza del todo.

—¿Existen pruebas que lo confirmen?

—En su mayoría son circunstanciales. Por ejemplo, hay antiguas muestras de cerámica en Ecuador cuyos adornos son iguales a los de la cultura Ainu del norte del Japón. Los españoles, Colón incluido, dijeron que habían visto hombres blancos en unas embarcaciones de gran tamaño en la costa de Venezuela. Los portugueses, por su parte, se encontraron con una tribu en Bolivia cuyos varones tenían una barba más poblada que la de los europeos, hecho que sorprende si tenemos en cuenta que la mayoría de los indígenas son barbilampiños. Por otro lado, con frecuencia se oye que algún submarinista o pescador ha encontrado un ánfora romana o griega en las aguas del Brasil.

—Los bustos gigantes de la cultura Olmec muestran rasgos propios de los negros africanos —afirmó Pitt—. Y hay otros pertenecientes a las culturas mesoamericanas que tienen características orientales.

Ortiz asintió para dar a entender que estaba de acuerdo.

—Las cabezas de serpiente que adornan muchas de las pirámides y los templos mayas son idénticas a las cabezas de dragón que hay en Japón y China.

—¿Pero existe alguna prueba definitiva? —preguntó Gunn.

—Bien, no se ha encontrado ningún objeto que pueda decirse de manera concluyente que fue hecho en Europa.

—Los escépticos tienen a su favor la ausencia de tornos de cerámica y vehículos de rueda —añadió Gunn.

—Cierto —asintió Ortiz—. Los mayas adoptaron la rueda para hacer juguetes, pero no le dieron un uso práctico, hecho que no resulta sorprendente si tenemos en cuenta que no supieron lo que era un animal de carga hasta que los españoles trajeron el caballo y el buey.

—Aun así, podría ser que descubriesen algún uso para la rueda, por ejemplo, acarrear materiales para la construcción —insistió Gunn.

—La historia nos dice que los chinos descubrieron la carretilla seiscientos años antes de que se empezase a utilizar en Europa —informó Ortiz.

Pitt acabó su brandy.

—No parece posible que se llegase a dar una civilización desarrollada en una región tan remota sin la ayuda del exterior.

—La gente que vive en la montaña hoy en día, los descendientes de los chachapoyas (muchos de quienes, a todo esto, tienen la piel clara y los ojos azules y verdes), suelen decir que hace muchos siglos un hombre divino llegó del mar del este y se puso a vivir con sus antepasados. Les enseñó los rudimentos de la construcción, la ciencia de las estrellas y varios principios religiosos.

—Por lo visto, se olvidó de enseñarles a escribir —bromeó Giordino.

—Eso no hace sino complicar el problema de los contactos precolombinos.

—El hombre santo del que hablan era canoso y tenía una larga barba —continuó

Ortiz—. Era sumamente alto, llevaba una túnica blanca y predicaba la bondad y la caridad para todos. El resto de la leyenda se parece demasiado a la de Jesucristo como para tomársela literalmente. Los indígenas debieron de introducir varios episodios de la vida de Jesús en el antiguo relato cuando fueron convertidos al cristianismo. Recorrió los campos curando a los enfermos, devolviendo la vista a los ciegos y haciendo todo tipo de milagros. Incluso llegó a caminar sobre el agua. Se erigieron templos en su honor y se esculpió su imagen en piedra y madera. He de añadir que no se ha encontrado ninguna de esas imágenes. Este mismo mito nos ha llegado casi literalmente procedente de las culturas mexicanas primitivas y encarnado en Quetzacoatl, el antiguo dios del viejo México.

—¿Cree usted en alguna parte de esa leyenda?

Ortiz movió la cabeza negativamente.

—No me creeré nada hasta que no encuentre algo en una de mis excavaciones que pueda dar por auténtico. Es posible, sin embargo, que podamos hallar algunas respuestas bastante pronto. Una universidad estadounidense está haciendo actualmente pruebas del ADN de los despojos hallados en varias tumbas chachapoyanas. Si tienen éxito, los investigadores podrán confirmarnos si los chachapoyas procedían de Europa o si por el contrario evolucionaron de manera independiente.

—¿Y el tesoro de Huáscar? —dijo Pitt volviendo al tema principal de la conversación.

—Eso supondría un descubrimiento asombroso para el mundo entero —respondió Ortiz—. ¿Se imaginan que el tesoro esté todavía en una cueva perdida de México? —Exhaló una nube de humo y posó la mirada en las estrellas del cielo—. La cadena supondría un descubrimiento fabuloso, aunque para un arqueólogo, los grandes hallazgos serían el disco solar de oro macizo y las momias doradas de los reyes que desaparecieron junto a la cadena.

—¿Momias doradas? —repitió Gunn—. ¿Los incas conservaban a sus muertos como los egipcios?

—El proceso no era tan complejo como el de los egipcios —explicó el doctor—. De todas formas, los restos mortales de los principales gobernantes, los llamados Sapa Incas, eran revestidos de oro y se convertían en objetos de culto en las prácticas religiosas. Las momias de los reyes muertos vivían en sus propios palacios, se les renovaba frecuentemente el vestuario, se les organizaban fiestas de gran lujo y tenían a su disposición verdaderos harenes repletos de mujeres bellísimas, las cuales, he de decir, eran elegidas en calidad de sirvientas, no para que se diesen a la necrofilia.

Giordino tenía la mirada perdida en las sombras que cubrían el pueblo.

—Esto me parece un despilfarro del dinero de los contribuyentes...

—Un grupo constituido por numerosos sacerdotes controlaba los gastos de



mantenimiento —prosiguió Ortiz—. Todos ellos tenían un interés lucrativo por ocuparse de que los reyes muertos fueran felices. Con frecuencia, las momias eran llevadas por todo el país en medio de un gran esplendor, como si todavía fueran jefes de Estado. No hace falta decir que esta absurda relación amorosa con los muertos supuso una gran merma para los recursos económicos de los incas y que contribuyó definitivamente a la caída del imperio durante la invasión española.

Pitt se subió la cremallera de su chaqueta de cuero para protegerse del frío.

—Cuando estábamos todavía en el barco, la doctora Kelsey recibió un mensaje relacionado con un traje de oro robado que, según las investigaciones, podría hallarse en poder de un coleccionista de Chicago.

Ortiz se quedó pensativo un instante y luego asintió.

—Sí, el traje de oro de Tiapollo. Era el revestimiento de un gran general llamado Naymlap, el consejero y mano derecha de uno de los primeros reyes incas. Antes de salir de Lima, oí que los agentes del Servicio de Aduanas lo habían localizado, pero que habían vuelto a perderle la pista.

—¿Cómo? —Por alguna razón, Pitt no parecía demasiado sorprendido.

—Poco antes de coger un avión a Estados Unidos para reclamar la momia y el traje, el director de la secretaría para el patrimonio nacional del Ministerio de Cultura recibió la noticia de que sus agentes habían llegado demasiado tarde. Unos ladrones se escaparon con él mientras los agentes vigilaban al propietario. —La doctora Kelsey nos dijo que los grabados que tiene el traje representan la travesía que realizó la flota encargada de llevar el tesoro a México.

—Sólo se han logrado descifrar unas cuantas imágenes. Los investigadores no tuvieron ocasión de llevar a cabo un estudio serio del traje antes de que fuera robado del museo de Sevilla.

—Cabe pensar en la posibilidad de que, sea quien sea la persona que haya robado el traje, esta vez lo que se pretende es encontrar la cadena de oro —sugirió Pitt.

—Es una conclusión verosímil —asintió Ortiz.

—Entonces los ladrones tienen una pista secreta que les puede llevar hasta el tesoro —intervino Giordino.

—A menos que alguien descubra el quipo de Drake y llegue antes que ellos —declaró Pitt lentamente.

—Ah, sí, el maldito estuche de jade... —murmuró Ortiz con escepticismo—, una historia fantástica que no acaba de pasar al olvido. ¿Así que también están al tanto de la leyenda de la cuerda que lleva hasta la cadena de oro?

—No parece que le convenza demasiado —dijo Pitt.

—No existe ninguna prueba concluyente. Todos los testimonios que hay son demasiado vagos como para tomarlos en serio.

—Se podría escribir un libro muy grueso sobre todas las supersticiones y

leyendas que han acabado siendo verdaderas.

—Soy un científico pragmático —declaró Ortiz—. Hasta que no tenga ese quipo en mis manos, no creeré en su existencia, y aun entonces no estaré del todo convencido sobre su autenticidad.

—¿Me tomaría por un loco si le dijera que tengo intención de buscarlo? —preguntó Pitt.

—No estaría mucho más loco que los millares de personas que a lo largo de la historia han llegado a límites insospechados impulsados por un sueño nebuloso. —Ortiz hizo una pausa, dio un ligero golpe al puro para que cayera la ceniza y clavó sus sombríos ojos en Pitt—. Pero le prevengo. La persona que lo encuentre, si es que el objeto existe realmente, obtendrá la recompensa del éxito, pero también estará condenada al fracaso.

Pitt le miró fijamente.

—¿Por qué estará condenado al fracaso?

—Ni un *amanta*, un inca culto que entendiera el texto, ni un *quipumayoc*, un escribano capacitado para consignar algo en el quipo, podrán ayudarle.

—¿Qué me está diciendo?

—Muy sencillo, señor Pitt. Las últimas personas que podían leer y traducir el quipo de Drake murieron hace más de cuatrocientos años.

En una remota y árida parte del desierto del suroeste, a pocos kilómetros al este de Douglas, Arizona, y sólo a 75 metros de la frontera con México, se alzaba la hacienda La Princesa. Su aspecto era similar al de un castillo morisco situado al lado de un oasis. Su primer dueño, don Antonio Díaz, le había puesto ese nombre en honor a su mujer Sofía Magdalena, quien había muerto como consecuencia de un parto y había sido enterrada en una cripta de vistosos adornos barrocos en medio de un jardín cerrado. Díaz, que empezó como peón para acabar siendo minero, había tenido un gran golpe de suerte al encontrar una inmensa cantidad de plata cerca de las montañas de Huachuca.

La enorme finca estaba formada por las tierras que el general Antonio López de Santa Ana, quien más tarde se convertiría en presidente de México, había entregado a Díaz por haberle ayudado en la financiación de sus campañas para dominar Texas y luchar contra los Estados Unidos. El general logró salvarse del desastre gracias a la venta del valle de Mesilla, en el sur de Arizona, a los Estados Unidos, una transacción conocida como la compra de Gadsden. El ajuste de fronteras dejó la hacienda de Díaz en un nuevo país y a un tiro de piedra del antiguo.

La hacienda fue pasando de generación en generación hasta que en 1978 la última superviviente de la familia, María Estala, decidió venderla a un rico financiero poco antes de morir en 1994. El nuevo propietario, Joseph Zolar, no ocultó en ningún momento que el motivo que le había impulsado a comprar la finca era el de convertirla en un lugar donde pudiera agasajar con liberalidad a celebridades, funcionarios de importancia y empresarios pudientes. La hacienda de Zolar no tardó en ser conocida como la San Simeón de Arizona. Los invitados de alto copete que acudían a sus fiestas llegaban de todas partes a la finca en avión o en autobús y tanto las columnas de sociedad como las revistas de moda de todo el país no dejaban nunca de hacer los correspondientes reportajes sobre acontecimientos tan singulares.

Zolar tenía una enorme afición por las antigüedades y se había convertido en un fanático coleccionista de obras de arte. Había logrado reunir una importante colección de piezas, que podían ser de mejor o de peor calidad, pero que siempre estaban provistas de sus correspondientes certificados firmados por expertos y agentes del gobierno que garantizaban que la obra en cuestión había sido vendida por el país de origen de forma legal e importada con los papeles en regla. El coleccionista pagaba sus impuestos, sus prácticas empresariales eran honradas y no permitía a sus invitados que trajeran drogas a casa. Ni un solo escándalo había manchado nunca la reputación de Joseph Zolar.

El coleccionista estaba en la terraza de su hacienda rodeado por una verdadera selva de plantas y observando el aterrizaje de un jet privado en la pista que había en

el desierto. El avión era dorado y tenía pintada una raya de color púrpura a todo lo largo del fuselaje. En ella se podía leer en letras amarillas «Zolar Internacional». Un hombre vestido con una camisa sport floreada y unos pantalones cortos de color caqui salió del avión y se acomodó en un coche de golf que le estaba esperando.

Zolar seguía observando con los ojos entornados; el brillo que éstos despedían era gris como el de un par de perlas. Su cara consumida tenía el color arrebolado habitual, el cual combinaba con su escaso pelo, de un rojo apagado, que el coleccionista solía peinarse hacia atrás. Andaría cerca de los sesenta y rara vez había salido de su despacho o de una sala de juntas. La expresión de su cara seguía siendo insondable, producto de la dureza impuesta por las decisiones difíciles y de la frialdad con que había firmado inevitables sentencias de muerte. Tenía el pequeño cuerpo encorvado, como un buitre a punto de alzar el vuelo. Vestido con un mono negro de seda, daba la impresión de ser un oficial nazi vigilando un campo de concentración a quien la muerte le resultara tan interesante como la lluvia.

Zolar esperó en lo alto de las escaleras a que su invitado llegara a la terraza. Se saludaron efusivamente y se abrazaron.

—Me alegra verte entero, Cyrus.

Sarason sonrió.

—No te imaginas lo poco que te ha faltado para perder a tu hermano.

—Vamos. Te estaba esperando para almorzar. —Zolar acompañó a Sarason por el laberinto de plantas hasta una mesa situada a la sombra de un emparrado de palmas. La mesa llamaba la atención por su suntuosidad.

—He seleccionado un *chardonnay* excelente y además le he encargado al cocinero que nos prepare unas deliciosas chuletas de cerdo a la brasa.

—Algún día me lo voy a llevar —bromeó Sarason.

—No creo que lo consigas —le contestó Zolar riéndose—. Le tengo mal acostumbrado. Las ventajas de las que disfruta son demasiadas para que quiera abandonar el barco.

—Me da envidia tu forma de vida.

—Y a mí la tuya. Nunca has llegado a perder tu espíritu aventurero. Siempre andas por alguna selva o algún desierto perdido sorteando a la policía o incluso a la muerte cuando podrías dirigir todo el negocio desde un lujoso despacho y delegar el trabajo sucio a los demás.

—El horario de oficina nunca me ha sentado bien —explicó Sarason—. Me resulta mucho más emocionante meterme en asuntos turbios. Deberías acompañarme en alguna ocasión.

—No, gracias. Prefiero la comodidad de la civilización.

Sarason se fijó en algo que había encima de una mesa. Eran como cuatro ramas de árbol desojadas y de aproximadamente un metro de longitud. Intrigado, se

aproximó a la mesa y las examinó con detenimiento. Eran raíces de un álamo de Virginia. Tenían un aspecto bastante mustio. Habían crecido de manera natural hasta acabar adoptando una grotesca forma humana. Lo tenían todo, desde el torso a la cabeza, pasando por las piernas y los brazos. Las cabezas presentaban rostros tallados y pintados con rasgos infantiles.

—¿Nuevas adquisiciones? —preguntó.

—Se trata de ídolos muy raros. Pertenecen a una oscura tribu de indios.

—¿Cómo te has hecho con ellos?

—Un par de buscadores de obras de arte ilegales los encontraron en una primitiva vivienda de piedra que descubrieron bajo un risco.

—¿Son auténticos?

—Sí, claro. —Zolar cogió una de las figuras y la puso de pie—. Para los montólos, que viven en el desierto de Sonora, cerca del río Colorado, los ídolos representan a los dioses del sol, la luna, la tierra y el agua que da vida. Fueron esculpidos hace siglos y se emplearon en unas ceremonias especiales que tenían como propósito señalar el paso a la madurez de los muchachos y muchachas de la tribu. El rito estaba impregnado de un gran misticismo y duraba dos años. Toda la religión de los montólos se centra en estos ídolos.

—¿Cuánto dirías que valen?

—Posiblemente doscientos mil dólares si se venden al coleccionista adecuado.

—¿Tanto?

Zolar asintió.

—Siempre que el comprador no conozca el maleficio que persigue a todo aquel que los posee...

Sarason se echó a reír.

—Siempre hay algún maleficio.

Su hermano se encogió de hombros.

—¿Qué quieres que te diga? Sé de buena tinta que los dos ladrones que los robaron han tenido una racha de verdadera mala suerte. Uno ha muerto en un accidente de tráfico y el otro ha contraído cierto tipo de enfermedad incurable.

—¿Y tú te crees esa tontería?

—Yo sólo me creo las mejores cosas de esta vida —dijo Zolar mientras cogía a su hermano por el brazo—. Vamos. El almuerzo se va a enfriar.

Una sirvienta les sirvió vino y los dos hermanos brindaron. Zolar le hizo un gesto a Sarason con la cabeza.

—Y bien, hermano mío, cuéntame lo de Perú.

A Sarason siempre le había divertido el hecho de que su padre hubiera insistido en que sus hijos e hijas adoptasen y se registrasen con apellidos diferentes. Zolar, al ser el primogénito, había mantenido el apellido del padre. El gran imperio comercial

que su padre había erigido por todo el mundo, había sido dividido tras su muerte en partes iguales entre los cinco hijos y las dos hijas. Cada uno de ellos se había convertido en el gerente de una galería de arte, una casa de subastas o una empresa de importación y exportación. Las operaciones de los miembros de la familia, a primera vista independientes, eran en realidad los movimientos de una sola entidad, una sociedad conocida secretamente como Solpemachaco. La sociedad funcionaba de forma encubierta y no estaba acreditada ni por la bolsa ni por las agencias financieras del gobierno de ningún país. Su director general era Joseph Zolar debido a su condición de primogénito de la familia.

—Fue un verdadero milagro que lograra salvar la mayoría de los objetos y pudiera sacarlos del país después de todas las chapuzas que hizo esa chusma ignorante que trabaja para nosotros, por no hablar de la intromisión de dos miembros de nuestro propio gobierno.

—¿Del Servicio de Aduanas o agentes contra el narcotráfico? —preguntó Zolar.

—Ni una cosa ni otra. Dos ingenieros de la Agencia Nacional de Submarinismo. Aparecieron como caídos del cielo cuando Juan Chaco hizo la llamada de socorro después de que la doctora Kelsey y el fotógrafo se quedaran atrapados en el cenote sagrado.

—¿Cómo es posible que causaran tantos problemas?

Sarason le contó toda la historia, desde el asesinato del verdadero doctor Miller a manos de Amaru hasta la huida de Pitt y los suyos del valle de Viracocha, pasando por la muerte de Juan Chaco, Terminó haciéndole una somera enumeración de los objetos que había logrado recuperar del valle y explicándole cómo se las había arreglado para transportar la partida hasta Callao a fin de luego sacarla del país en el compartimento secreto de un petrolero perteneciente a una empresa subsidiaria de Zolar International. Se trataba de uno de los dos barcos encargados de importar y exportar las partidas de obras de arte robadas al tiempo que transportaban pequeños cargamentos de crudo de un país a otro.

Zolar tenía la vista perdida en el desierto.

—El *Aztec Star*. Su llegada a San Francisco está prevista para dentro de cuatro días.

—Eso está dentro del radio de acción de nuestro hermano Charles.

—Sí, Charles ya ha hecho los trámites necesarios para que el cargamento sea transportado hasta nuestro centro de distribución de Galveston, donde él mismo supervisará la restauración de los objetos. —Zolar levantó su vaso para que la sirvienta se lo volviera a llenar—. ¿Qué te parece el vino?

—Una maravilla —opinó Sarason—, aunque un poco seco para mi gusto.

—Tal vez preferirías un *sauvignon blanc* de Touraine. Tiene un agradable sabor afrutado y aroma a hierbas.

—Nunca he tenido tu gusto por el buen vino. Me conformo con una buena cerveza.

No hacía falta que Zolar le dijera nada a su sirvienta. En pocos minutos Sarason tenía ante sí un vaso helado y una botella de cerveza Coors.

—Es una pena lo de Chaco —dijo el coleccionista—. Era un socio leal.

—No me quedó más remedio. Le empezó a entrar miedo después del fiasco del valle de Viracocha y le dio por amenazarme veladamente con la posibilidad de sacar a la luz todo lo de Solpemachaco. No habría sido muy inteligente dejarle caer en las manos de la policía peruana.

—Ya sabes que siempre me he fiado de tus decisiones. De todas formas aún queda Tupac Amaru. ¿En qué situación se encuentra?

—Le faltó poco para morir —explicó Sarason—. Sin embargo, cuando volví al templo después del ataque de esos mercenarios de gatillo fácil, todavía respiraba, a pesar de que me lo encontré sepultado bajo un montón de escombros. Primero me ocupé de sacar todos los objetos y de cargarlos en tres nuevos helicópteros. A todo esto, me vi obligado a sobornar a la tripulación, lo cual me costó un verdadero dineral. Luego pagué a los huaqueros para que se llevaran a Amaru a su pueblo y cuidasen de él. Estará repuesto dentro de pocos días.

—Igual hubiera sido una buena idea deshacernos de él también.

—Ya lo pensé, pero no sabe nada que pueda poner a los investigadores tras nuestra pista.

—¿Quieres otra ración de cerdo?

—Sí, por favor.

—De todas formas, no me gusta que haya un perro rabioso suelto por la casa.

—No te preocupes. Curiosamente, fue Chaco quien me dio la idea de mantener a Amaru en la nómina.

—¿Para qué? ¿Para que asesine a una ancianita cada vez que le venga en gana?

—No, para nada tan ridículo. —Sarason esbozó una sonrisa—. Amaru puede sernos muy útil.

—Como asesino a sueldo, querrás decir.

—Preferiría considerarlo como alguien que nos va quitando obstáculos de en medio. Digamos las cosas claras, hermano. La familia debería sentirse afortunada de contar con un miembro capaz de matar cuando es necesario, pero no puedo seguir eliminando a nuestros enemigos por mi cuenta sin correr el riesgo de que me acaben descubriendo y me arresten. Amaru es el verdugo perfecto. Disfruta siéndolo.

—Entonces asegúrate de que lo tienes bien atado cuando lo saques de la jaula.

—No te preocupes —concluyó Sarason con firmeza antes de cambiar de tema—. ¿Has pensado en alguien a quien le pueda interesar comprar la partida de Chachapoyas?

—Un narcotraficante llamado Pedro Vincente —contestó el coleccionista—. Le encanta cualquier cosa relacionada con lo precolombino. Está dispuesto a pagar una buena cantidad en metálico, ya que le sirve para blanquear los beneficios que saca de las drogas.

—Y tú aceptas el dinero y lo utilizas para financiar nuestras operaciones clandestinas.

—Un acuerdo equitativo para todas las partes interesadas.

—¿Cuánto tardarás en vender la partida?

—Concertaré una cita con Vincente en cuanto Marta tenga todo dispuesto para enseñárselo como es debido. Tendrás tu parte de los beneficios en un plazo de diez días.

Sarason asintió y posó la mirada en las burbujas de su cerveza.

—Ya lo has adivinado, ¿verdad? Estoy pensando seriamente en la posibilidad de retirarme del negocio familiar ahora que todavía tengo buena salud.

Zolar le sonrió con una mirada astuta en los ojos.

—Eso supone rechazar unas ganancias de doscientos millones de dólares.

—¿De qué me estás hablando?

—Tu parte del tesoro.

Sarason se quedó quieto con el tenedor a medio camino entre el plato y la boca.

—¿Qué tesoro?

—Eres el último miembro de la familia que se entera del gran triunfo que tenemos a nuestro alcance.

—No te entiendo.

—El objeto que nos llevará hasta el tesoro de Huáscar. —Zolar le miró maliciosamente durante un instante y entonces sonrió—. Nos hemos hecho con el traje de oro de Tiapollo.

Sarason dejó caer el tenedor sobre el plato y se puso a mirar a su hermano con la más absoluta incredulidad.

—¿Has encontrado la momia de Naymlap y su traje de oro? ¿De veras que está en nuestro poder?

—En nuestro poder, hermanito. Una noche me puse a mirar los viejos archivos de nuestro padre y me encontré con un libro en el que detallaba todas sus operaciones clandestinas. Fue él quien organizó el robo de la momia del museo de Sevilla.

—Viejo zorro, no dijo ni una palabra al respecto.

—Aunque lo consideraba la culminación de su carrera de pillajes, era un tema de demasiada envergadura como para compartirlo con su familia.

—¿Cómo lo localizaste?

—Nuestro padre consiguió venderlo a un rico mafioso siciliano. Mandé a Charles para que investigara sin demasiadas esperanzas, ya que la venta tuvo lugar hace



setenta años. Charles encontró la villa del mafioso y habló con su hijo, quien le dijo que su padre había mantenido la momia y el traje escondidos hasta 1984, fecha en que murió. El hombre tenía la friolera de noventa y siete años. El hijo vendió la momia en el mercado negro a través de unos familiares que tiene en Nueva York. El comprador fue un rico chatarrero de Chicago llamado Rummel.

—Me sorprende que el hijo hablara con Charles. Las familias de la mafia no suelen hablar mucho sobre sus negocios en el mercado de objetos robados.

—No sólo habló con él —prosiguió Zolar—, sino que le trató como a un miembro de la familia al que no hubiera visto desde hacía mucho tiempo. Colaboró con él en todo y le dio el nombre del comprador de Chicago.

—He subestimado a Charles —comentó Sarason antes de engullir el último trozo de cerdo a la brasa. Nunca habría pensado que tuviera tanta facilidad para conseguir información.

—El pago de tres millones de dólares en efectivo le fue sumamente útil.

Sarason frunció el ceño.

—Un poquito generoso por nuestra parte, ¿no te parece? Un coleccionista que ha de mantener el traje escondido no pagaría ni la mitad de esa cantidad por él.

—En absoluto. No será más que una inversión de poca monta si los grabados nos llevan a la cadena de oro de Huáscar.

—El gran triunfo... —Sarason repitió las palabras de su hermano—. Ninguno de los tesoros de la historia se le puede comparar.

—¿Postre? —preguntó Zolar—. ¿Un trozo de tarta de chocolate y albaricoques?

—Un trozo muy pequeño y un café bien fuerte —respondió Sarason—. ¿Cuánto ha pedido el chatarrero por el traje?

Zolar hizo una señal y la sirvienta salió silenciosamente en busca de los postres.

—Ni un centavo: lo robamos. Tuvimos suerte, puesto que nuestro hermano Samuel le había vendido a Rummel la mayor parte de su colección de obras de arte precolombinas. Samuel conocía el lugar donde el chatarrero escondía el traje. Fueron él y Charles los que se ocuparon del robo.

—Me parece mentira que ya sea nuestro.

—A punto estuvimos de perderlo. Charles y Samuel lo lograron sacar de la casa de Rummel en el momento justo en el que unos agentes de Aduanas irrumpían en la galería.

—¿Crees que alguien dio un soplo?

El coleccionista movió la cabeza negativamente.

—De haber ocurrido así, no habría sido ninguno de los nuestros. Nuestros hermanos se fueron sin ningún problema.

—¿A donde se lo llevaron? —preguntó Sarason.

Zolar sonrió, aunque su mirada permaneció inexpresiva.

—A ninguna parte. La momia está todavía en el edificio. Charles y Samuel han alquilado un apartamento seis plantas más abajo y lo han escondido allí. Así podremos llevarlo tranquilamente a Galveston para examinarlo como es debido. Tanto Rummel como los agentes creen que se llevaron el traje en una camioneta de transportes.

—Buena idea. De todas formas, ¿qué va a pasar ahora? Tenemos que descifrar las imágenes que hay grabadas en el traje y eso no es cosa fácil.

—He contratado a las autoridades más competentes en arte inca para que interpreten los símbolos. Son marido y mujer; él es antropólogo y ella, una arqueóloga especialista en decodificación por ordenador.

—Era de esperar que te ocuparías de todos los detalles —dijo Sarason mientras revolvía su café—. Con todo, esperemos que su versión del texto sea la correcta o, de lo contrario, vamos a acabar desperdiciando mucho tiempo y dinero buscando fantasmas por todo México.

—El tiempo está de nuestro lado —le aseguró Zolar en tono confidencial—. Aparte de nosotros, ¿quién puede tener la más mínima pista sobre el lugar donde está escondido el tesoro?

Julien Perlmutter estaba sentado en la gran sala de lectura de la biblioteca del Congreso. Tras una infructuosa visita a los archivos de la biblioteca con la esperanza de encontrar alguna prueba documental sobre el *Concepción*, el coleccionista se puso a consultar el diario que sir Francis Drake había escrito para que la reina Isabel tuviese constancia de su épica travesía. En paradero desconocido durante siglos, el diario había sido por fin encontrado en los archivos reales de Inglaterra hacía muy poco tiempo.

Perlmutter cerró el libro, reclinó su corpachón sobre la silla y dejó escapar un suspiro. El diario no añadía gran cosa a lo que él ya sabía. Drake había enviado el *Concepción* a Inglaterra al mando del piloto del *Golden Hind*, Thomas Cuttill. Nadie había vuelto a ver el galeón, por lo que se pensó que habría desaparecido en alta mar con toda la tripulación.

Aparte de eso, la única mención a la suerte del *Concepción* que Perlmutter conocía no había sido probada. Se trataba de un libro sobre el Amazonas que el coleccionista recordaba haber leído. Fue publicado en 1939 por un tal Nicholas Bender, un periodista y explorador interesado en seguir las rutas de los primeros exploradores que se lanzaron a la búsqueda de El Dorado. Perlmutter pidió el libro a un encargado y volvió a examinarlo. En la sección de notas había una pequeña referencia a una expedición de reconocimiento realizada por los portugueses en el año 1594. Los expedicionarios se habían encontrado con un hombre inglés que vivía con una tribu de indígenas al lado de un río. El hombre afirmaba que había servido a las órdenes del lobo de mar sir Francis Drake y que éste le había entregado el mando de un galeón español, el cual acabó siendo arrastrado hasta el interior de la selva por un terrible maremoto. Los portugueses pensaron que el hombre estaba loco y continuaron su misión, dejándole en el poblado donde le habían encontrado.

Perlmutter apuntó los datos de la editorial y devolvió los libros de Drake y Bender al encargado de la biblioteca. Cogió un taxi y dio la dirección de su casa. Se sentía desanimado, si bien tampoco era la primera vez que no lograba seguir la pista de un enigma histórico, por mucho que tuviera a su disposición veinticinco millones de libros y cuarenta millones de manuscritos de la biblioteca. La clave que le permitiría resolver el misterio del *Concepción*, si es que había una, debía de estar oculta en otra parte.

El coleccionista se puso a mirar por la ventanilla sin fijarse en los coches y edificios que se iban sucediendo. La experiencia le decía que cada proyecto de investigación llevaba su propio ritmo. En algunos casos, las soluciones aparecían de repente, como un castillo de fuegos artificiales. En otros, las claves se iban enmarañando hasta que formaban un verdadero laberinto lleno de callejones sin

salida. El enigma del *Concepción* era diferente. Parecía más bien una sombra que no dejaba de eludirle. ¿Se había basado Nicholas Bender en una fuente fidedigna para escribir esa nota, o se había dedicado a adornar un mito como tantos otros escritores de libros de ficción histórica?

La pregunta seguía reconcomiéndole cuando entró en su desordenado despacho. Sobre una repisa, un reloj de barco marcaba las cuatro menos veinticinco. Tenía tiempo de sobra para hacer unas cuantas llamadas antes de que cerrasen los negocios. Se acomodó en una bonita silla giratoria de cuero y llamó a información de la ciudad de Nueva York. La operadora le facilitó el número de la editorial de Bender sin que le diera prácticamente tiempo de acabar de formular su pregunta. Perlmutter se sirvió un trago de brandy mientras esperaba a que contestasen.

«Otro intento inútil, no me cabe duda», pensó. Bender estaría seguramente muerto, al igual que su editor.

—Falkner y Massey —respondió una voz femenina con fuerte acento neoyorkino.

—Me gustaría hablar con el editor de Nicholas Bender, por favor.

—¿Nicholas Bender?

—Es uno de los autores de la editorial.

—Lo siento, señor, pero no conozco ese nombre.

—El señor Bender escribía libros históricos de aventuras hace ya mucho tiempo. Tal vez alguna persona que lleve años trabajando en la editorial pueda ayudarme.

—Le pasaré con el señor Adams, nuestro director. Es la persona que más tiempo lleva en la editorial que yo conozca.

—Muchas gracias.

Tras más de medio minuto de espera, Perlmutter oyó la voz de un hombre.

—Frank Adams al aparato.

—Señor Adams, me llamó St Julien Perlmutter.

—Mucho gusto, señor Perlmutter. He oído hablar de usted. Me llama desde Washington, si no me equivoco.

—Sí, vivo en la capital.

—Acuérdese de nosotros si decide publicar un libro sobre historia marítima.

—Todavía tengo que acabar todos los que he comenzado —se rió Perlmutter—. Nos haremos viejos esperando a que yo termine un manuscrito.

—A los setenta y siete años de edad, yo ya puedo considerarme un viejo —comentó Adams en buen tono.

—Esa es precisamente la razón por la que le he llamado —dijo Perlmutter—. ¿Se acuerda usted de Nicholas Bender?

—Desde luego que sí. De joven era una especie de aventurero. Le publicamos unos cuantos libros en los que describía sus viajes antes de que la clase media descubriese el concepto del trotamundos.

—Estoy intentando comprobar la fuente de una referencia que he encontrado en un libro suyo titulado *Tras la pista de El Dorado*.

—Ese libro ya tiene unos años. Yo diría que lo publicamos a principios de los años cuarenta.

—En 1939, para ser exactos.

—¿En qué le puedo ayudar entonces?

—Pensaba que tal vez Bender podría haber donado sus notas y sus manuscritos a la biblioteca de alguna universidad. Me gustaría estudiarlos.

—Realmente no sé qué habrá ocurrido con sus papeles —comentó Adams—. Tendré que preguntárselo.

—¿Está vivo? —preguntó Perlmutter sorprendido.

—Oh, sí, claro que sí. No hará ni tres meses que cené con él.

—Debe de andar por los noventa.

—Nicholas tiene ochenta y cuatro años. Creo que sólo tenía veinticinco años cuando escribió *Tras la pista de El Dorado*. Era el segundo libro que le publicamos de un total de veintiséis. El último fue en 1978, y trataba de sus excursiones por el Yukon.

—¿Mantiene el señor Bender sus facultades mentales?

—Sí, desde luego. Nicholas sigue siendo tan agudo como un lince a pesar de su mala salud.

—¿Le importaría darme su número para que pueda hablar con él?

—Dudo que coja llamadas de extraños. Desde que murió su mujer, Nicholas se ha ido convirtiendo en un ermitaño. Ahora vive en una pequeña granja en Vermont a la espera de que le llegue su hora.

—No piense que soy una persona insensible —dijo Perlmutter—, pero es urgente que hable con él.

—Dado que usted es un conocido gastrónomo y una respetada autoridad en todo lo relacionado con el mar, estoy convencido de que a Nicholas no le molestará en absoluto hablar con usted. Sin embargo, déjeme que prepare yo el camino para que no haya ningún problema. ¿Me podría dar su número por si desea llamarle directamente?

Perlmutter dio a Adams el número de la línea que utilizaba sólo con los amigos.

—Gracias, señor Adams. Si algún día me decido a escribir un libro sobre naufragios, usted será el primer editor que lo lea. El coleccionista colgó el teléfono y se fue tranquilamente a la cocina. Sacó una docena de ostras del frigorífico, las desbulló hábilmente y tras condimentarlas con un poco de Tabasco y vinagre de jerez, se las comió con una botella de cerveza Anchor Steam por todo acompañamiento. Acabó en el momento justo. En cuanto hubo dado cuenta de la última ostra y tirado la botella de cerveza al cubo de la basura, empezó a sonar el teléfono.

—Julien Perlmutter al aparato.

—Hola —dijo una voz extraordinariamente profunda—. Soy Nicholas Bender. Frank Adams me ha dicho que deseaba hablar conmigo.

—Sí, señor Bender, muchas gracias. No esperaba que me llamase tan rápido.

—Es siempre un placer hablar con alguien que ha leído mis libros —declaró el escritor alegremente—. Ya no quedan muchos como usted.

—El libro que me ha llamado la atención es *Tras la pista de El Dorado*.

—Sí, sí. Estuve a punto de morir en diez ocasiones durante ese viaje por el infierno.

—En el libro menciona usted una misión de reconocimiento portuguesa que fue a dar con un miembro de la tripulación de sir Francis Drake que vivía con unos indígenas cerca del Amazonas.

—Thomas Cuttill —dijo Bender sin dudar ni un instante—. Tiene usted razón, recuerdo haber incluido ese episodio en el libro.

—Me preguntaba si me podría informar sobre la fuente de la que extrajo dicho episodio —preguntó Perlmutter animado por la facilidad con la que el escritor había recordado la nota.

—Si me permite, señor Perlmutter, ¿podría preguntarle qué es exactamente lo que está buscando?

—Estoy investigando la historia de un galeón español capturado por Drake. La mayoría de los documentos indican que el barco se perdió en el mar cuando se dirigía a Inglaterra. Sin embargo, por lo que da a entender su referencia a Thomas Cuttill, el barco fue arrastrado al interior de la selva por la ola de un maremoto.

—Es cierto —comentó Bender—. Yo mismo lo habría buscado si hubiese existido la más mínima posibilidad de encontrarlo, pero la selva en la que desapareció es tan espesa que uno tendría que tropezarse literalmente con el barco para poder verlo.

—¿Está usted seguro de que el testimonio portugués sobre Cuttill no es una invención o un mito?

—Es un dato histórico. No cabe ninguna duda al respecto.

—¿Cómo puede estar usted tan seguro?

—Tengo la fuente en mi poder.

Perlmutter se quedó confuso durante un momento.

—Perdóneme, señor Bender. No he entendido lo que me ha dicho.

—Lo que le he dicho, señor Perlmutter, es que tengo en mi poder el diario de Thomas Cuttill.

—¿Pero qué dice? —soltó el coleccionista.

—Efectivamente —respondió Bender triunfalmente—. Cuttill se lo dio al jefe de la misión de reconocimiento portuguesa y le pidió que lo enviase a Londres. Los portugueses, sin embargo, se lo entregaron al virrey de Macapa, quien lo mandó a

Lisboa con una serie de despachos. El diario pasó por varias manos hasta que fue a parar a una librería de viejo, que fue donde yo lo encontré. Lo compré por el equivalente a treinta y seis dólares, que en 1937 eran mucho dinero, al menos para un muchacho de veintitrés años que andaba por el mundo con cuatro cuartos.

—El diario debe de valer bastante más actualmente.

—Estoy seguro de ello. En una ocasión un tratante me ofreció diez mil dólares por él.

—¿Y lo rechazó?

—Nunca vendo los recuerdos de mis viajes a ninguna persona que pueda sacar un beneficio con ellos.

—¿Podría ir a Vermont y leer el diario? —preguntó Perlmutter con cautela.

—Me temo que no.

Perlmutter calló un instante para pensar en la manera de la que podría persuadir a Bender para que le dejase examinar el diario.

—¿Podría preguntarle por qué?

—Soy un hombre viejo y enfermo —replicó Bender— cuyo corazón se niega a detenerse.

—Oyéndole hablar resulta difícil pensar que está enfermo.

—Debería verme. Las enfermedades que contraí durante mis viajes han vivido para destrozar lo que queda de mi cuerpo. No resulta agradable verme, por lo que no suelo recibir prácticamente a nadie. Pero le diré lo que puedo hacer, señor Perlmutter: le puedo enviar el libro. Se lo regalo.

—Dios mío, señor Bender, no tiene por qué...

—No, no insista. Frank Adams me ha hablado sobre su magnífica biblioteca naval. Prefiero que sea una persona como usted, que sabrá valorar el diario, la que se quede con ese libro y no un coleccionista que lo ponga en la estantería para impresionar a sus amigos.

—Es usted muy amable —dijo Perlmutter con franqueza—. Le agradezco sinceramente su generosidad.

—Acéptelo y disfrute de él —insistió Bender afablemente—. Supongo que querrá estudiar el diario lo antes posible.

—No querría causarle inconvenientes.

—En absoluto. Lo mandaré por correo urgente para que lo tenga en sus manos mañana por la mañana.

—Muchas gracias, señor Bender. Muchísimas gracias. Trataré el diario con todo el respeto que se merece.

—Bien. Espero que encuentre lo que está buscando.

—Yo también —repuso Perlmutter, que se sentía cada vez más confiado—. Créame, yo también.

A las diez y cuarto de la mañana siguiente, Perlmutter abrió la puerta al cartero antes de que éste tuviera tiempo de llamar a la puerta.

—Creo que estaba esperando este paquete, señor Perlmutter —comentó el muchacho negro con una sonrisa en la boca.

—Como un niño espera a los Reyes Magos —replicó Perlmutter riéndose mientras firmaba el acuse de recibo.

El coleccionista quitó el envoltorio mientras corría hacia su estudio. Se sentó detrás de su escritorio, se puso las gafas y observó el diario de Thomas Cuttill como si se tratara del Santo Grial. La cubierta estaba hecha con la piel de un animal difícil de identificar. Las hojas, por su parte, eran de un pergamino amarillento que se encontraba en excelente estado de conservación. La tinta era de color marrón. Cuttill la habría extraído seguramente de la raíz de algún árbol. No tenía más de veinte páginas. La letra parecía muy elaborada y sólo mostraba unas cuantas faltas de ortografía, lo cual indicaba que Cuttill era un hombre bastante culto para la época. El texto estaba escrito en la singular prosa de la época isabelina. La primera anotación databa de marzo de 1578, pero había sido escrita mucho más tarde:

«La extraña historia de lo que me ha pasado durante los últimos dieciséis años, por Thomas Cuttill, antiguamente de Devonshire».

Se trataba del relato de un naufrago, quien, después de sobrevivir a la violenta furia del mar, había tenido que hacer frente a enormes dificultades en una tierra salvaje tratando infructuosamente de volver a casa. A medida que iba leyendo las anotaciones, empezando por la primera, que describía la salida de Inglaterra con Drake, Perlmutter se fue dando cuenta de que el diario había sido escrito de una manera mucho más honesta que las narraciones que dejarían los siglos venideros, repletas de sermones, tópicos y exageraciones de corte romántico. La perseverancia de Cuttill, su afán por sobrevivir y su ingenio a la hora de afrontar los terribles obstáculos que se había ido encontrando sin que en ningún momento se le ocurriera pedir ayuda a Dios, causaron una profunda impresión en Perlmutter. Cuttill era un hombre al que le hubiera gustado conocer.

Al comprobar que era el único tripulante del galeón que había sobrevivido al maremoto, Cuttill prefirió enfrentarse al horror de una selva y unas montañas desconocidas que a la prisión y tortura a manos de los vengativos españoles, quienes estarían realmente enfurecidos por la audaz captura que el odiado inglés, Drake, había hecho de su galeón. Todo lo que Cuttill sabía era que el océano Atlántico quedaba en algún lugar rumbo este, aunque no tenía ni la más remota idea sobre la distancia que le separaba de la costa. Llegar hasta el mar y arreglárselas para encontrar un barco amigo que le pudiera llevar hasta Inglaterra parecía poco menos que un milagro. Así y todo, era la única alternativa que le quedaba.

En la vertiente occidental de los Andes, los españoles ya habían logrado organizar



varias colonias de grandes haciendas. Eran, sin embargo, los otrora orgullosos incas los que se ocupaban de hacer todo el trabajo, esclavizados y mermados en número a consecuencia del trato inhumano que recibían y del azote del sarampión y la viruela. Cuttill atravesó las haciendas al abrigo de la oscuridad, robando comida en cada oportunidad que se le ofrecía. El piloto pasó dos meses caminando unos pocos kilómetros cada noche y tratando de eludir a los españoles y a los indios que le pudieran delatar. A continuación atravesó varios valles apartados y logró franquear la gran divisoria continental de los Andes. Había llegado al infierno verde de la cuenca del río Amazonas.

A partir de ese momento, la vida de Cuttill se convirtió en una verdadera pesadilla. Avanzó penosamente por pantanos que le cubrían hasta la cintura y que no parecían acabarse nunca; cruzó selvas tan espesas que a cada paso tenía que recurrir a su cuchillo para abrirse camino. Los ejércitos de insectos y cocodrilos que le acechaban por todos lados suponían un peligro continuo; las serpientes le atacaban sin mediar aviso. A pesar de la disentería y la fiebre, que no le abandonaban, siguió avanzando como buenamente pudo, cubriendo sólo cien metros durante el día. Al cabo de unos meses, fue a parar a un poblado de indígenas hostiles, quienes le capturaron y ataron sólo verlo. Cuttill pasó cinco años como prisionero y esclavo.

El piloto logró escapar una noche de cuarto menguante tras robar una canoa. Cuando bajaba por el Amazonas, contrajo malaria y estuvo a punto de fallecer. Sin embargo, una tribu de mujeres de larga cabellera lo encontraron cuando se encontraba a la deriva y le cuidaron hasta que se restableció. Se trataba de la misma tribu de mujeres que el explorador español Francisco de Orellana había descubierto durante su infructuosa búsqueda de El Dorado. Fue él quien llamó al río el Amazonas en honor a las mujeres guerreras de la leyenda griega, capaces de tomar las armas contra cualquier hombre.

Cuttill enseñó una serie de técnicas de trabajo a las mujeres y a los pocos hombres que vivían con ellas. Fabricó una rueda de alfarero y les explicó cómo hacer diferentes tipos de vasijas para el agua y elaborados cuencos de gran capacidad. Construyó carretillas y norias para irrigación e instruyó a sus salvadores en el empleo de poleas para levantar grandes pesos. Al poco tiempo, Cuttill empezó a ser considerado como un dios y su vida en el seno de la tribu se hizo muy apacible. Eligió a tres de las mujeres más bellas como esposas y no tardó mucho en tener hijos.

Su deseo por volver a casa fue desapareciendo poco a poco. Todavía era soltero cuando salió de Inglaterra, y estaba convencido de que si volvía, ya no quedaría ningún familiar o viejo compañero para darle la bienvenida. Además, cabía la posibilidad de que Drake, un hombre estricto en cuestiones de disciplina, exigiese que se le castigase por la pérdida del *Concepción*.

Cuttill ya no creía tener las condiciones físicas necesarias para afrontar una larga

travesía, por lo que decidió, aunque de mala gana, que pasaría los años que le quedaban de vida en la ribera del Amazonas. Cuando los expedicionarios portugueses pasaron por el poblado, les entregó su diario y les rogó que buscaran la manera de que llegara a las manos de sir Francis Drake. Cuando terminó de leer el diario, Perlmutter se recostó sobre la silla giratoria y se quitó las gafas para frotarse los ojos. Cualquier duda que pudiera haber abrigado sobre la autenticidad del diario se había evaporado en un momento. Los vigorosos trazos que mostraba el pergamino eran obra de un hombre audaz y decidido, no la de un loco moribundo. Las descripciones de Cuttill no parecían ser fruto de la imaginación ni habían sido adornadas de ninguna manera. Perlmutter estaba convencido de que las experiencias y los infortunios narrados por el piloto de Drake habían ocurrido de veras, y que el relato había sido escrito con sinceridad por alguien que había vivido realmente lo que contaba.

Perlmutter se concentró en el objeto de su búsqueda, la somera mención que hacía el naufrago a los tesoros que Drake había dejado a bordo del *Concepción*. Se puso nuevamente las gafas sobre su imponente nariz roja y abrió el diario por la última página.

«Mi mente tiene la misma determinación que un sólido barco ante el viento del norte. Nunca más volveré a mi patria.

Temo que el capitán Drake se habrá enfadado porque no he podido llevar a Inglaterra los tesoros y el estuche de jade con la cuerda anudada y porque su majestad la reina Isabel no ha recibido sus regalos. Todo se encuentra en el barco perdido. Moriré en este lugar rodeado por las personas que han acabado convirtiéndose en mi familia.

»Escrito por Thomas Cuttill, piloto del *Golden Hind* este día de fecha desconocida del año 1594.»

Perlmutter levantó lentamente la vista y la posó sobre el cuadro español del siglo XVII que tenía colgado en la pared de enfrente. La pintura mostraba una flota de galeones españoles surcando los mares a la luz dorada de un sol crepuscular. Lo había encontrado en un bazar de Sevilla y lo había comprado por una décima parte de su precio real. El coleccionista cerró suavemente el frágil diario y se puso a pasear por la habitación con las manos detrás de la espalda.

No cabía duda: uno de los marineros de Francis Drake había vivido y muerto en algún lugar de la ribera del río Amazonas. Un galeón español había sido *realmente* arrastrado por un gran maremoto hasta el interior de una selva costera. Además, era *verdad* que existía un estuche de jade que contenía una cuerda anudada. ¿Estaría todavía oculto en medio de una espesa selva tropical entre los putrefactos maderos del galeón? Las brumas del tiempo habían decidido levantarse para revelar una tentadora pista sobre un enigma que durante cuatrocientos años había resultado

impenetrable. Perlmutter estaba satisfecho por su labor investigadora, pero era consciente de que la confirmación de un hecho que hasta ese momento no había sido más que un mito suponía sólo el primer paso en la búsqueda del tesoro.

El siguiente paso, y el más complicado, era tratar de fijar el área que había que explorar a las dimensiones más reducidas que fuese posible.

Hiram Yaeger quería a su superordenador tanto como a su esposa e hijas, o quizá más. Sólo haciendo un gran esfuerzo lograba separarse de las imágenes que proyectaba el gran monitor para irse a casa con su familia. Desde el día que vio por primera vez un programa hecho por él reflejado en la pantalla, los ordenadores se habían convertido en algo esencial en su vida. La relación amorosa no se había enfriado todavía. De hecho, se podría decir que con los años se iba volviendo más apasionada, sobre todo si se tiene en cuenta lo que le supuso la posibilidad de instalar una unidad gigante de diseño propio para la base de datos sobre océanos de la ANS. El increíble poder para acumular información a su disposición no dejaba de fascinarle. Acariciaba el teclado con los dedos como si se tratara de un ser vivo y cuando unos cuantos datos dispares empezaban a cobrar sentido y le daban la solución a un problema determinado, la emoción que sentía resultaba impresionante.

El ordenador de Yaeger estaba conectado a una gran red de alta velocidad que le permitía acceder a una enorme cantidad de datos procedentes de bibliotecas, hemerotecas, laboratorios de investigación, universidades y archivos históricos de todo el mundo. La «superautopista de la información», como se la llamaba, era capaz de transmitir miles de millones de datos con sólo dar una orden a un cursor. Sirviéndose de ella, Yaeger podía obtener y ordenar toda la información necesaria para organizar una red de búsqueda que tuviera un sesenta por ciento de probabilidades de incluir el galeón del siglo XVI que estaba buscando.

El técnico se encontraba tan concentrado en la investigación sobre el *Nuestra Señora de la Concepción* que no se dio cuenta de que el almirante Sandecker había entrado en su santasantórum y se había sentado a su lado.

El fundador y director general de la ANS era un hombre de baja estatura, pero contaba con la suficiente testosterona como para liderar un ataque de los Dallas Cowboys. Tenía cincuenta y ocho años bien llevados y era un fanático del ejercicio físico. Corría todas las mañanas los cinco kilómetros que separaban su apartamento del imponente edificio de cristal de la ANS, un complejo en el que trabajaban cinco mil personas entre ingenieros, científicos y otros empleados y que era equiparable a la NASA en el ámbito de las ciencias submarinas. El almirante tenía el pelo liso y de un color rojo vivo que había empezado a encanecer cerca de las sienes. Además, lucía una magnífica perilla acabada en punta. A pesar de su obsesión por la salud y la nutrición, era difícil no verle fumando un enorme puro que el dueño de una plantación de Jamaica se encargaba personalmente de liar para él con el mejor de sus tabacos.

Bajo su dirección, la ANS había conseguido que el campo de la oceanografía adquiriese tanta popularidad como las ciencias del espacio. Sus solicitudes de

mayores subvenciones al Congreso habían dado fruto gracias a su poder de convicción y al respaldo de veinte importantes universidades dedicadas al estudio de esta especialidad y de varias empresas con inversiones en proyectos submarinos. Esto había permitido a la ANS dar un paso de gigante en geología y minería a grandes profundidades, arqueología subacuática, estudios biológicos de vida marina e investigaciones sobre el efecto de los océanos en el clima de la tierra. Una de las grandes contribuciones del director había sido apoyar el proyecto de la enorme base de datos de Hiram Yaeger, el archivo de ciencias oceanográficas de mayor tamaño y eficiencia del mundo.

Aunque Sandecker no era precisamente la persona más admirada en los círculos burocráticos de Washington, su gran honestidad, dedicación y empuje le habían valido el respeto de muchos políticos, y su relación con la persona que ocupaba el despacho oval de la Casa Blanca era más que cordial.

—¿Haces progresos? —preguntó a Yaeger.

—Perdone, almirante. —El técnico respondió sin volverse. No le había visto entrar. Estaba concentrado recopilando datos sobre las corrientes del litoral ecuatoriano.

—No me vengas con esas, Hiram —replicó Sandecker con ojos de lince—. Ya sé lo que te traes entre manos.

—¿Perdón?

—Estás tratando de localizar el tramo de costa que quedó devastado por un maremoto en el año 1578.

—¿Un maremoto?

—Sí, ya sabes a lo que me refiero, una inmensa masa de agua que arremetió contra un galeón español y lo arrastró hasta el interior de la selva. —El almirante soltó una bocanada de humo nocivo del puro y siguió hablando—. No sabía que hubiera dado mi autorización para dedicar el tiempo y el presupuesto de la ANS a la búsqueda de un tesoro.

Yaeger dejó lo que estaba haciendo y se dio la vuelta.

—¿Entonces ya lo sabe?

—La palabra correcta es «sabía». Desde el principio.

—¿Y sabe también, almirante, lo que usted es en realidad?

—Un puñetero zorro al que no se le escapa ni una —dijo con cierta satisfacción.

—¿Qué más le ha dicho su tablero Ouija? ¿No le habrá dicho que todo lo del maremoto y el galeón no es más que un mito?

—Si alguien es capaz de saber si hay gato encerrado en un determinado asunto, es nuestro amigo Dirk Pitt —declaró Sandecker con firmeza—. Bueno, dime, ¿qué has descubierto?

Yaeger sonrió tímidamente.

—He comenzado consultando varios sistemas de información geográfica para determinar en qué punto de las selvas entre Lima y Panamá puede haber permanecido oculto un barco durante cuatro siglos. Gracias a los satélites de posición, podemos examinar ciertas zonas de Sudamérica y Centroamérica que no se muestran en los mapas de forma pormenorizada. En segundo lugar, he estudiado los mapas de las selvas tropicales que hay a lo largo del litoral. Enseguida he desechado Perú, puesto que en sus regiones costeras sólo hay desiertos con una vegetación escasísima, si es que tienen alguna. Eso me ha dejado con más de mil kilómetros de costa selvática, es decir el norte del Ecuador y la práctica totalidad de la costa colombiana. Sin embargo, he podido eliminar los tramos de litoral que tienen una geología demasiado escarpada o adversa como para permitir que pase una ola con una fuerza capaz de levantar y arrastrar tierra adentro un buque de quinientas setenta toneladas de peso. De ese modo me he quedado con el sesenta por ciento de lo que tenía antes. El siguiente paso ha sido eliminar todas las zonas de prado abierto que no tengan el arbolado suficiente como para ocultar los restos de un barco, es decir un veinte por ciento menos.

—Eso significa que Pitt todavía tendrá que explorar una franja de unos cuatrocientos kilómetros.

—En quinientos años, la naturaleza puede alterar el medio ambiente de manera drástica —informó Yaeger—. De ahí que haya examinado los antiguos mapas obra de los españoles y los documentos que indican los cambios producidos en la geología y el paisaje de la zona. De ese modo he logrado reducir ciento cincuenta kilómetros más de la zona de exploración.

—¿Cómo te las has arreglado para comparar el terreno actual con el antiguo?

—Con superposiciones tridimensionales —explicó Yaeger—. Dependiendo de cada caso, he reducido o aumentado la escala de los antiguos mapas para hacer que coincidieran con los de los satélites. Luego los he superpuesto y he podido ver sin ningún problema cualquier variación que hayan podido sufrir las selvas litorales desde entonces. Gran parte de las selvas han ido desapareciendo con el paso de los siglos y se han convertido en terreno cultivable.

—No es suficiente —dijo Sandecker irritado—, no es ni mucho menos suficiente. Tienes que reducir la zona de búsqueda a como mucho veinte kilómetros si quieres que Pitt tenga la más mínima oportunidad de dar con el barco.

—Tenga paciencia, almirante. El siguiente paso ha sido investigar toda la documentación histórica que pueda hacer referencia a los maremotos que se produjeron en el litoral del Pacífico en el siglo XVI. Por suerte, los españoles se ocuparon de constatar claramente este tipo de fenómenos. He encontrado cuatro maremotos. Dos en Chile, en 1562 y 1575, y dos en Perú, uno en 1570 y otro en 1578, el año que Drake capturó el galeón.

—¿Dónde se produjo el de 1578? —preguntó Sandecker.

—La única referencia existente es la de un buque de abastecimiento español que iba rumbo a Callao. El buque atravesó un «mar loco» cuyas corrientes se dirigían hacia la bahía de Caráquez, Ecuador. «Mar loco» es una buena manera de describir la convulsión que sufren las aguas de la superficie del mar cuando se produce un terremoto en el fondo. No cabe duda de que se trata de un movimiento sísmico generado por la falla que corre de forma paralela al continente sudamericano. Durante el viaje de vuelta, el capitán del barco consignó en el diario de a bordo que el poblado que había en la desembocadura del río que daba a la bahía había desaparecido.

—¿No hay ninguna duda sobre la fecha?

—Coincide perfectamente. Por añadidura, la selva que hay al este del lugar parece impenetrable.

—De acuerdo, ya tenemos un lugar aproximado. Siguiendo pregunta, ¿de qué tamaño era la ola que se llevó el barco?

—Se trataba de una tsunami, que puede llegar a tener dos o más kilómetros de largo —contestó Yaeger.

Sandecker se quedó pensativo durante un instante.

—¿Qué anchura tiene la bahía de Caráquez?

Yaeger obtuvo rápidamente un mapa de la zona en el monitor.

—La entrada es estrecha, no tendrá más de cuatro o cinco kilómetros.

—Y dices que el capitán del buque de abastecimiento apuntó en el diario de a bordo que un poblado que había en la desembocadura de un río había desaparecido.

—Exacto, almirante.

—¿De qué manera ha cambiado el contorno de la bahía desde entonces?

—La bahía exterior ha cambiado muy poco —informó Yaeger tras consultar un archivo en el ordenador que le permitía ver el mapa del satélite superpuesto con un color diferente sobre las viejas cartas de navegación españolas—. La bahía interior ha ganado un kilómetro al mar como consecuencia de la acumulación de sedimentos procedentes de río Chone.

Tras mirar a la pantalla durante un buen rato, Sandecker preguntó:

—¿Podría tu ordenador indicar el recorrido que hizo la ola mientras arrastraba el barco?

Yaeger asintió.

—Sí, pero antes tenemos que considerar una serie de factores.

—¿Cómo por ejemplo...?

—La altura de la ola y la velocidad que llevaba.

—Debía de tener al menos treinta metros de altura y una velocidad mínima de ciento cincuenta kilómetros por hora para poder trasladar un barco de quinientas setenta toneladas de peso hasta un punto en la selva en el que no se haya reparado todavía.

—Bueno, entonces veamos qué se puede hacer con este artilugio digital.

Yaeger tecleó una serie de órdenes y se reclinó sobre su silla para observar cómodamente las imágenes que iban formándose en la pantalla. Luego utilizó una función especial del programa que le permitía definir la imagen de tal forma que la representación de la ola en el momento de cruzar el imaginario litoral resultase lo más realista y dramática posible.

—Ahí la tenemos —anunció finalmente—. Una configuración en realidad virtual.

—Ahora añadamos el barco.

Yaeger no era un experto en la construcción de galeones del siglo XVI, pero logró crear una imagen bastante pasable de uno balanceándose suavemente sobre las olas. La reproducción no tenía nada que envidiar a las de un proyector de sesenta fotogramas por segundo. Resultaba tan viva que cualquiera que hubiera entrado en la habitación habría pensado que se trataba de una película.

—¿Qué le parece, almirante?

—Parece mentira que una máquina pueda crear algo tan natural. —Sandecker estaba claramente impresionado.

—Debería ver las últimas películas que se han hecho por ordenador. Han mezclado a las estrellas del pasado con las de hoy en día. He visto el vídeo de *Atardecer en Arizona* al menos una docena de veces.

—¿Quiénes son los protagonistas?

—Humphrey Bogart, Lionel Barrymore, Marilyn Monroe, Julia Roberts y Tom Cruise. Resulta tan real que uno juraría que todos han trabajado en la película al mismo tiempo.

Sandecker puso la mano en el hombro del técnico.

—Veamos si ahora puedes crear un documental que resulte mínimamente fiel.

Yaeger volvió a hacer uno de sus trucos de magia en el ordenador. De repente en la pantalla surgió un mar tan azul y claro que parecía prácticamente de verdad. Poco a poco, el agua comenzó a convulsionarse y formó una ola de gran tamaño que fue retirándose de la costa hasta dejar al galeón encallado en el fondo del mar. La pantalla cambió de imagen y mostró nuevamente a la ola aumentando de tamaño al tiempo que se acercaba a la costa y sepultaba al galeón bajo una enorme masa de espuma, arena y agua. De pronto, el barco salió disparado de entre las aguas en dirección al interior de la selva hasta que la ola perdió fuerza y el galeón se detuvo.

—Cinco kilómetros —murmuró Yaeger—. Yo diría que se ha quedado a unos cinco kilómetros de la costa.

—No es de extrañar que fuera dado por perdido —comentó Sandecker—. Te sugeriría que llamas a Pitt y le dieses las coordenadas de la zona que hemos delimitado.

Yaeger miró a su jefe con extrañeza.



—¿Entonces da su autorización para que prosigamos con la búsqueda, almirante?

Sandecker se levantó y le miró aparentando sorpresa. Se dirigió hacia la puerta y antes de salir se volvió y dijo con una sonrisa:

—Realmente no sé si debo dar mi autorización a un proyecto que puede acabar convirtiéndose en una aventura disparatada.

—¿Eso es lo que cree que tenemos entre manos, una aventura disparatada?

Sandecker se encogió de hombros.

—Tú ya has aportado tu toque mágico. Si el barco está realmente en la selva y no en el fondo del mar, les corresponde a Pitt y a Giordino adentrarse en ese infierno y tratar de encontrarlo.

Giordino se quedó mirando la mancha roja que había en el suelo de piedra del templo.

—Ni rastro de Amaru entre los cascotes —declaró sin mostrar la más mínima emoción.

—Me pregunto hasta dónde fue capaz de llegar. —Miles Rodgers no había hecho la pregunta a nadie en concreto. Él y Shannon habían llegado procedentes del cenote hacía una hora en un helicóptero pilotado por Giordino.

—Seguro que sus amigos mercenarios lo sacaron de aquí —comentó Pitt.

—La mera posibilidad de que un sádico como Amaru pueda estar todavía vivo —intervino Rodgers—, es razón suficiente para tener pesadillas.

Giordino se encogió de hombros mecánicamente.

—Si sobrevivió al ataque, moriría desangrándose.

Pitt se volvió y miró a Shannon, rodeada de un equipo de arqueólogos y unos cuantos trabajadores. Estaban numerando los bloques de piedra que habían caído del templo para poder empezar la restauración. Al parecer la mujer había encontrado algo entre los escombros y se había agachado para mirarlo de cerca.

—Un hombre como Amaru no muere tan fácilmente. Creo que volveremos a tener noticias tuyas.

—Una perspectiva muy poco halagüeña —comentó Rodgers—, y más aún después de las últimas noticias que nos han llegado de Lima.

Pitt arqueó las cejas.

—No sabía que la CNN llegara hasta este punto de los Andes.

—Ahora sí. El helicóptero que ha llegado hace poco pertenecía a la agencia de periodismo peruana. Venía con un equipo de televisión cargado de cámaras.

—¿Y qué les ha traído por aquí?

—El ejército y la policía han admitido su fracaso en la captura de los mercenarios renegados que vinieron aquí para cortarnos el cuello y llevarse las antigüedades. Los servicios de investigación, por su parte, no han sido capaces de encontrar a los ladrones de tumbas dirigidos por Amaru.

Pitt sonrió a Rodgers.

—No es precisamente el tipo de dato que queda bien en un currículum.

—El gobierno ha tratado de salvar las apariencias diciendo que los ladrones dejaron las antigüedades por las montañas y acabaron refugiándose en las selvas amazónicas de Brasil.

—Imposible —replicó Pitt—. Si no, ¿por qué el servicio de aduanas ha insistido tanto en que hagamos un inventario de las antigüedades? El asunto va por otro lado. La partida no está diseminada por la cima de una montaña. Si no me equivoco, los

cerebros de Solpemachaco no pertenecen al tipo de delincuentes a los que les entra el pánico y salen huyendo. Sus contactos en el ejército les avisaron de todo, desde el momento en el que se llamó a la fuerza de ataque para capturarlos hasta el plan de vuelo de los helicópteros. De ese modo pudieron planear una ruta diferente que les permitiera evitar a los soldados. Tras cargar las antigüedades, fueron hasta un punto de encuentro que habían establecido con anterioridad, un aeropuerto privado o un puerto de mar, donde las antigüedades fueron transferidas a un avión o a un carguero. Dudo mucho que se vuelvan a ver esas obras de arte por este país.

—Un plan sin fisuras —dijo Rodgers en tono pensativo—, pero te olvidas de que les dejamos con un solo helicóptero.

—Y además logramos que acabara estrellándose contra una montaña —añadió Giordino.

—En mi opinión, lo que pasó en realidad fue que tras el grupo de matones que mandó el suplantador del profesor Miller vinieron un par de helicópteros de transporte, probablemente del viejo modelo Boeing Chinook que antes se vendía por todo el mundo. Esos aparatos pueden levantar un cargamento de casi veinte toneladas. Los mercenarios que se quedaron en tierra se bastaban para cargar las antigüedades. De esa manera lograron escapar: tuvieron tiempo de sobra desde que abandonamos el valle hasta que llamamos a las autoridades peruanas, las cuales, además, tardaron lo suyo en organizar la fuerza de ataque.

Rodgers se quedó mirando a Pitt lleno de admiración. Giordino era el único que no estaba impresionado. Todos esos años compartiendo experiencias le habían enseñado que Pitt pertenecía a ese extraño grupo de personas capaces de distanciarse lo suficiente de una situación para poder analizarla detalladamente en el mismo momento en que está ocurriendo. Se trata de un don con el que pocas personas nacen. De la misma manera que los mejores matemáticos y físicos pueden realizar los cálculos más complicados a un nivel que resulta incomprensible para las personas con poca facilidad para los números, Pitt no tenía ningún problema para pensar deductivamente en un plano que resultaba igualmente incomprensible para todo el mundo con la excepción de los mejores criminalistas del mundo. A Giordino le sacaba de sus casillas que en algunas ocasiones en que trataba de explicarle algo a su amigo, éste posara su mirada en algún objeto perdido en la distancia. Entonces sabía que Pitt se estaba concentrando.

Mientras Rodgers meditaba la reconstrucción de los hechos efectuada por Dirk para comprobar si contenía algún error, el gran submarinista de la ANS volvió a prestar atención a Shannon.

La arqueóloga estaba arrodillada sobre el suelo del templo con un cepillo de cerdas suaves en la mano. Había encontrado una túnica funeraria y le estaba quitando el polvo. Se trataba de una prenda de lana adornada con un encaje de colores que

representaba la figura de un mono. El animal tenía una horrible sonrisa en la cara y serpientes en vez de brazos y piernas.

—¿Eso es lo que llevaba la gente elegante de Chachapoyas? —preguntó Pitt.

—No, es una prenda inca. —Shannon ni siquiera se volvió y siguió absorta en su trabajo.

—Es una túnica preciosa —comentó Pitt.

—Los incas y sus antepasados eran los tintoreros y tejedores del mundo en su época. Las técnicas que utilizaban para tejer son demasiado complicadas como para imitarlas en la actualidad. Su manera de entretejer para hacer tapices aún no ha sido superada. Los mejores tapiceros de la Europa renacentista empleaban treinta y tres hebras por centímetro. Los incas llegaron a emplear ciento noventa y seis. No es ninguna sorpresa que los españoles se equivocaran al pensar que las mejores telas incas eran de seda.

—Tal vez no sea ésta la mejor ocasión para hablar de arte, pero he creído que te gustaría saber que Al y yo ya hemos acabado de dibujar los bocetos de las antigüedades que recordamos.

—Dáselos al profesor Ortiz. A él le interesan más los objetos robados.

La profesora siguió con su trabajo sin inmutarse.

Una hora más tarde, Gunn encontró a Pitt con Ortiz. El profesor estaba explicando a un grupo de trabajadores cómo tenían que arrancar la vegetación que se había adherido a una gran escultura que tenía la forma de un jaguar alado con cabeza de serpiente. La amenazadora boca estaba abierta de par en par, dejando a la vista unos estremecedores colmillos curvos. Las enormes alas extendidas y el cuerpo hacían las veces de puerta, la cual daba paso a una enorme cripta. La única entrada que tenía ésta era la boca, que era lo suficientemente grande como para que una persona se pudiera arrastrar por ella. Contando desde las patas a las puntas de las alas, la escultura superaba los seis metros de altura.

—No es precisamente el tipo de cosa que le gustaría a uno encontrarse en una callejuela oscura por la noche —comentó Gunn.

El profesor Ortiz se dio la vuelta y saludó.

—La escultura chachapoyana más grande que se ha encontrado hasta el momento. Yo diría que data entre el 1200 y el 1300.

—¿Tiene algún nombre? —preguntó Pitt.

—El demonio de los muertos —respondió Ortiz—, un dios chachapoyano en torno al cual se celebraba un rito de protección relacionado con el culto al mundo de los abismos. El animal, parte jaguar, parte cóndor y parte serpiente, clavaba sus colmillos a cualquiera que se atreviese a perturbar el sueño de los muertos y lo arrastraba a los negros abismos de la tierra.

—No era lo que se dice un animal de gran belleza —dijo Gunn.

—Un demonio no tenía por qué serlo. Las efigies podían ser tan grandes como ésta y tan pequeñas como la mano de una persona, dependiendo del rango y de la posición económica del finado. Creo que vamos a encontrarnos este tipo de esculturas en la mayoría de las tumbas del valle.

—¿El dios de los antiguos mexicanos no era una especie de serpiente? —preguntó Gunn.

—Sí, Quetzalcoatl, la serpiente con plumas y la deidad más importante de Mesoamérica desde los olmecas, en el 900 antes de Cristo, hasta los aztecas, durante la conquista española. Los incas también tenían esculturas de serpientes, aunque aún no se ha encontrado ninguna relación directa entre las dos figuras.

Ortiz se dio la vuelta para atender a un trabajador que había encontrado una figurilla cerca de la gran escultura del demonio. Gunn aprovechó la ocasión para llevarse a Pitt hasta un muro de pequeño tamaño. Se sentaron y se pusieron a charlar.

—Un mensajero de la embajada norteamericana ha llegado en el último helicóptero de abastecimiento procedente de Lima —dijo mientras sacaba una carpeta de su maletín— y nos ha traído un sobre con unos cuantos faxes de Washington.

—¿De Yaeger? —preguntó Pitt con impaciencia.

—De Yaeger y de tu amigo Perlmutter.

—¿Han encontrado algo interesante?

—Léelo tú mismo —propuso Gunn—. Julien Perlmutter ha encontrado el testimonio del superviviente de un galeón que fue arrastrado hasta el interior de la selva por un maremoto.

—Por ahora, eso suena bien.

—Espera y verás. En dicho testimonio se hace mención a un estuche de jade que contiene unas cuerdas anudadas. Según parece, el estuche se encuentra todavía entre los restos del galeón.

Los ojos de Pitt empezaron a brillar.

—El quipo de Drake.

—Por lo visto, el mito tiene fundamento —concluyó Gunn con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Y Yaeger? —preguntó el submarinista mientras empezaba a revolver entre los papeles.

—Su ordenador ha analizado los datos existentes y ha sacado una serie de coordenadas que ubican al galeón dentro de una zona de diez kilómetros cuadrados.

—Mucho más pequeña de lo que esperaba.

—En mi opinión, las probabilidades que tenemos de encontrar el galeón y el estuche de jade han aumentado en más de un cincuenta por ciento.

—Pongamos un treinta por ciento —repuso Pitt mientras leía una de las hojas que había enviado Perlmutter en la que se indicaban los datos conocidos sobre la

construcción, piezas accesorias y cargamento del *Nuestra Señora de la Concepción* —. Si exceptuamos las cuatro anclas, que probablemente desaparecieron con el impacto de la ola, la señal que daría cualquier pedazo de hierro que hubiera a bordo será demasiado débil como para que un magnetómetro pueda detectarla a una distancia de más de un tiro de piedra.

—Un EGG Geometrics G-813G puede detectar un pedazo de hierro de poco tamaño a una distancia bastante considerable.

—Me acabas de leer el pensamiento. Frank Stewart tiene uno a bordo del *Deep Fathom*.

—Vamos a necesitar un helicóptero para dar una batida con el sensor por la selva —advirtió Gunn.

—Eso te corresponde a ti. ¿A quién conoces en Ecuador?

Gunn se puso a meditar. De pronto, esbozó una sonrisa.

—Da la casualidad de que el director general de la Corporación Estatal Petrolera Ecuatoriana le debe un favor a la ANS. Fuimos nosotros quienes le indicamos dónde podía encontrar unos depósitos de gas natural bastante importantes en el golfo de Guayaquil.

—Lo que nos deben entonces es un favor enorme, lo suficientemente grande como para que podamos pedirles un helicóptero.

—Sí, creo que podríamos hacerlo sin ningún reparo.

—¿Cuánto tiempo crees que te costará conseguirlo?

Gunn echó un vistazo a su fiel Timex.

—Puedo llamar al director de la Corporación y llegar a un acuerdo con él en unos veinte minutos. Luego le informaré a Stewart de todo e iremos a recoger el magnetómetro. Una vez hecho esto, me pondré en contacto con Yaeger y le pediré que me confirme los datos que nos ha enviado.

Pitt se le quedó mirando sin acabar de comprenderle.

—Acuérdate de que no estamos en Washington. ¿Cómo vas a hablar con ellos? ¿Con señales de humo o con espejos?

Gunn metió una mano en uno de sus bolsillos y sacó un pequeño aparato de aspecto parecido al de un teléfono portátil.

—El Iridio, construido por Motorola. Un teléfono portátil y digital con el que puedes llamar a cualquier parte del mundo.

—Ya conozco el sistema: funciona mediante una red de satélites de refuerzo, ¿no es así? ¿Dónde lo has robado?

Gunn miró furtivamente a su alrededor.

—No se lo digas a nadie, ¿vale? Se lo he cogido prestado al equipo de televisión peruano para una temporada.

Pitt miró cariñosamente a su amigo con una mezcla de admiración y sorpresa. Se

podían contar con los dedos las ocasiones en las que el tímido de Gunn salía de su caparazón académico y se atrevía a hacer algo a hurtadillas.

—No te preocupes, Rudi. Me da igual lo que las columnas de sociedad puedan decir sobre ti.

Los ladrones sólo habían llegado a ver una mínima parte del conjunto de antigüedades y objetos de valor del Pueblo de los Muertos. Habían empezado por las tumbas reales más cercanas al templo, pero gracias a la intromisión de Pitt, no habían tenido el tiempo suficiente para examinar las que había en los alrededores. Ortiz y su equipo hallaron en muchas de ellas los restos de varios altos dignatarios de la confederación de Chachapoyas. Aparte encontraron las criptas al parecer intactas de ocho miembros de la nobleza. Ortiz no pudo contener su alegría cuando vio que los ataúdes reales se encontraban en perfecto estado y que nunca habían sido abiertos.

—Nos va a costar diez años, incluso veinte, llevar a cabo una investigación completa del valle —dijo Ortiz durante la habitual conversación de sobremesa que mantenían después de la cena—. No hay ningún otro yacimiento en todo el continente americano que pueda compararse con este valle en la cantidad de objetos descubiertos. Hemos de ir despacio. No se puede pasar por alto ni la cuenta de un collar, ni siquiera una flor. Debemos estudiarlo absolutamente todo, porque la oportunidad que tenemos aquí para conocer más a fondo la cultura de Chachapoyas no tiene precedentes.

—Ya tiene la mitad del trabajo hecho —apuntó Pitt—. Ahora sólo queda esperar que no roben nada cuando lleven los hallazgos al Museo Nacional.

—No es una de mis mayores preocupaciones que haya alguna pérdida de aquí a Lima —replicó Ortiz—. Se roban casi tantos objetos en los museos como en los lugares de origen.

—¿No tienen organizado un buen dispositivo de seguridad para proteger el patrimonio nacional? —preguntó Rodgers.

—Claro que sí, pero los ladrones profesionales de antigüedades son muy astutos. Con frecuencia cambian los originales por falsificaciones realmente buenas y pueden pasar meses e incluso años antes de que se descubra el robo.

—Hace sólo tres semanas —comentó Shannon—, el Museo Nacional de Guatemala denunció el robo de varias obras de arte mayas por un valor total de ocho millones de dólares. Los ladrones se habían vestido de guardias y se habían llevado los objetos durante horas de visita como si los estuvieran trasladando de una de las alas del museo a otra. Así de sencillo. A nadie se le ocurrió preguntarles qué estaban haciendo.

—Mi robo favorito —dijo Ortiz sin sonreír— es el de cuarenta y cinco vasijas de la dinastía Chang, del siglo XII, del museo de Pekín. Los ladrones desmontaron cuidadosamente las vitrinas y dispusieron las piezas que iban a dejar de tal forma que

no se notara la ausencia de las que se llevaban. El director se dio cuenta de que habían sido robadas tres meses después de lo ocurrido.

Gunn levantó su vaso para comprobar si tenía alguna mancha.

—No sabía que el robo de obras de arte fuese una práctica tan generalizada.

Ortiz asintió.

—En el Perú, las colecciones más importantes de arte y antigüedades sufren robos con la misma frecuencia que los bancos. Lo realmente trágico, sin embargo, es que los ladrones se están envalentonando. Ni siquiera vacilan en secuestrar a un coleccionista para cobrar un rescate. El rescate consiste, obviamente, en las obras de arte de su colección. En muchos casos, se conforman con asesinar al coleccionista antes de desvalijar su casa.

—Ha sido una suerte que los ladrones sólo se llevasen una pequeña parte de los objetos de valor del Pueblo de los Muertos antes de que se pudiera poner fin a la operación.

—Sí, ha sido una verdadera suerte. De todas formas, sigue siendo una tragedia que las piezas más sobresalientes hayan ido a parar fuera del país.

—Es sorprendente que los huaqueros no hubiesen descubierto el valle mucho antes —dijo Shannon evitando deliberadamente que su mirada se cruzase con la de Pitt.

—El Pueblo de los Muertos se encuentra realmente aislado: el valle está a noventa kilómetros del pueblo más cercano —explicó Ortiz—. Llegar hasta aquí es una verdadera odisea, sobre todo si se hace a pie. Los indígenas no tienen ninguna razón que les impulse a acometer una caminata de siete u ocho días por la selva en busca de algo que sólo conocen gracias a antiguas y oscuras leyendas. La cima de la montaña sobre la que Hiram Bingham descubrió las ruinas de Machu Pichu era un lugar desconocido para los lugareños. Por añadidura, los descendientes de los chachapoyas todavía creen que todas las ruinas que hay en las selvas de las montañas del este están protegidas por un dios demoníaco como el que hemos encontrado esta tarde. Si bien es verdad que esa creencia no ha detenido a los huaqueros más atrevidos, a los indígenas les aterroriza acercarse a las montañas.

Shannon asintió en señal de conformidad.

—Muchos de ellos juran que cualquiera que entre en el Pueblo de los Muertos se convertirá en una estatua de piedra.

—Ah, sí —murmuró Giordino—, la cantinela de siempre: «Maldito sea el que perturbe mis huesos».

—Como ya veo que a ninguno de nosotros se nos han empezado a entumecer las articulaciones —declaró Ortiz alegremente—, doy por sentado que los espíritus malignos que frecuentan las ruinas han perdido su poder.

—Es una pena que no lo ejercieran sobre Amaru y sus secuaces —repuso Pitt.



Rodgers se había colocado detrás de Shannon y había apoyado una mano sobre uno de sus hombros con actitud posesiva.

—Según tengo entendido se despiden de nosotros mañana.

Shannon, sin hacer ademán de quitarse la mano de Rodgers de encima, puso cara de sorprendida.

—¿Es eso cierto? —preguntó mirando a Pitt—. ¿Os vais?

Gunn se adelantó al submarinista.

—Sí, tenemos que pasar por nuestro barco antes de salir para Ecuador.

—¿No estaréis pensando buscar en el Ecuador el galeón del que hablamos en el *Deep Fathom*?

—¿Se te ocurre un sitio mejor?

—¿Por qué vais al Ecuador?

—A Al le gusta el clima. —Pitt le dio una palmada en la espalda a su amigo. Giordino asintió.

—Me han dicho que las chicas, aparte de ser bonitas, son muy ardientes. Shannon se quedó mirando a Pitt fijamente con una expresión de interés.

—¿Y tú por qué vas?

—¿Yo? —murmuró Pitt inocentemente—. Yo voy por la pesca.

—Elige tú —dijo Francis Ragsdale, el jefe del Departamento Interestatal para el Tráfico de Obras de Arte del FBI, al tiempo que leía las canciones que había en el *jukebox* Wurlitzer que tenía a su lado—. Stan Kenton. Charlie Barnett, Stan Getz... ¿Quién conoce a estos tipos?

—Sólo aquellas personas que aprecian la buena música —contestó agriamente David Gaskill mientras se sentaba al lado de su compañero en un banco de vinilo de un restaurante estilo años cincuenta. Su gran corpachón ocupaba buena parte del asiento.

Ragsdale se encogió de hombros.

—Un poco viejos para mí. —El agente federal tenía treinta y cuatro años y todos los grandes músicos que no pertenecían a su generación no pasaban de ser meros nombres que si le sonaban era porque sus padres los habrían mencionado en alguna ocasión.

—¿Vienes aquí con frecuencia?

Gaskill asintió.

—La comida que sirven tiene cuerpo.

—Una afirmación de carácter epicúreo, diría yo.

—Ragsdale, de pelo negro y ondulado, solía ir bien afeitado y estaba en buena forma física. De cara agraciada y bonitos ojos grises, se parecía al típico actor de culebrón que recita su parte del diálogo de manera automática e inexpressiva. Era un buen investigador y se tomaba su trabajo con seriedad. Además, contribuía a la buena imagen del FBI gracias al elegante traje negro que llevaba y que le hacía parecer un pudiente corredor de bolsa de Wall Street. Con la minuciosidad propia de un profesional, se puso a examinar el suelo de linóleo, los taburetes de la barra y los servilleteros, saleros y pimenteros *art decó* que había al lado de los botes de *ketchup* Heinz y las jarritas de mostaza francesa sobre cada una de las mesas del comedor. La expresión de su cara dejó entrever un educado disgusto. Sin lugar a dudas, hubiera preferido un restaurante más moderno del centro de Chicago.

—Curioso lugar..., típico de un barrio tan poco definido como éste y, por lo tanto, difícil de encontrar en otra parte.

—El ambiente es lo que cuenta —dijo Gaskill con resignación.

—¿Por qué será que cuando yo pago comemos en un restaurante con clase y que cuando te toca a ti siempre acabamos en un antro de mala muerte.

—Porque así sé que me van a dar una buena mesa.

—¿Y la comida?

Gaskill sonrió.

—Aquí hacen el mejor pollo que conozco.

Ragsdale le miró como si estuviera a punto de vomitar y pasó por alto el menú, unas cuantas hojas mimeografiadas protegidas por un plástico.

—Me olvidaré por una vez de toda prevención y me arriesgaré a contraer botulismo con un plato de sopa y una taza de café.

—Enhorabuena. Ya me han dicho que has resuelto el robo del museo Fairchild de Scarsdale y que has recuperado veinte esculturas de jade de la dinastía Sung.

—Veintidós. He de admitir que dejé de lado a los que parecían inocentes hasta que me di cuenta que con los sospechosos no iba a llegar a ninguna parte. Se trataba del jefe de seguridad, que tiene setenta y dos años. ¿Quién se habría parado a pensar en él? Llevaba cerca de treinta y dos años trabajando en el museo. Su expediente estaba más limpio que las manos de un cirujano antes de una operación. El director del museo se negaba a creérselo, pero el viejo acabó derrumbándose y lo confesó todo. Había ido sacando las figurillas una por una durante los últimos cuatro años. Volvía al museo después de cerrar, desconectaba el sistema de alarmas, forzaba los cerrojos de las vitrinas y escondía las figuras entre los matorrales que hay detrás del edificio dejándolas caer por la ventana de uno de los aseos. Luego sustituía las figuras con unas esculturas de menor valor que había almacenadas en los sótanos del museo. Además, cambiaba los datos de las etiquetas y volvía a colocar los pies de las esculturas en su sitio sin dejar ningún tipo de marca en las vitrinas. Los encargados del museo se quedaron impresionados ante semejante minuciosidad.

La camarera era el arquetipo que se encuentra en las barras de los restaurantes de poca monta y las áreas de servicio para camioneros: el lápiz sujeto en un pliegue de la cofia, los dientes masticando con furia un trozo de chicle y las medias blancas de quirófano ocultando unas piernas varicosas. Cuando se acercó a la mesa ya tenía la punta del lápiz apretada sobre un pequeño cuaderno de notas de color verde.

—¿Podría decirme cuál es la sopa del día? —preguntó Ragsdale altaneramente.

—Lentejas con curry, jamón y manzana.

Ragsdale lo intentó por segunda vez.

—No sé si le he oído bien.

—¿Quieres que te lo repita?

—No, no, está bien, tráigame la sopa.

La camarera se volvió a Gaskill y sacudió el lápiz.

—Ya sé lo que quieres tú. —La camarera se dio la vuelta y lanzó un par de gritos para pedir los platos con una voz que sonaba a una mezcla de cristal triturado y gravilla.

Gaskill reanudó la conversación.

—Tras treinta y dos años de trabajo irreprochable, ¿qué le impulsó al jefe de seguridad a llevar a cabo un robo tan complicado?

—Su pasión por el arte exótico —respondió Ragsdale—, al viejo le encantaba

tocar y acariciar las figuras cuando no había nadie cerca. Por otro lado, el nuevo director del museo le había bajado el sueldo como medida de austeridad precisamente cuando él esperaba un aumento. Esto le enfureció y le hizo pensar en la posibilidad de hacerse con las estatuas de jade. En un primer momento todo hacía pensar que sólo un equipo de profesionales o alguien de fuera habría sido capaz de organizar el robo, pero después de descartar a todos los sospechosos sólo me quedó el jefe de seguridad. Pedí una orden de registro y entré en su casa. Tenía todas las figuras expuestas sobre la repisa de la chimenea, como si se tratara de trofeos que hubiera ganado jugando a los bolos.

—¿Estás trabajando ahora en algún caso nuevo? —preguntó Gaskill.

—Me acaban de encargar uno.

—¿Otro robo a un museo?

Ragsdale movió la cabeza en señal de negativa.

—Se trata de una colección privada. El dueño se fue a Europa para nueve meses. Cuando volvió, se habían llevado todo lo que tenía en las paredes: ocho acuarelas de Diego Rivera, el pintor y muralista mexicano.

—He visto sus murales del Instituto de Arte de Detroit.

—Los encargados de la liquidación de la compañía de seguros están que trinan. Por lo visto, las acuarelas estaban aseguradas en cuarenta millones de dólares.

—Igual tenemos que intercambiarnos algo de información en este caso.

Ragsdale se le quedó mirando fijamente.

—¿Crees que el Servicio de Aduanas puede estar interesado en esto?

—Creo que hay alguna posibilidad de que se trate del mismo caso.

—A uno siempre le viene bien que le echen una mano.

—He visto unas fotos de las acuarelas que andas buscando en una vieja caja con varios números del boletín de tráfico de obras de arte. Mi hermana la ha encontrado al limpiar la casa que se acaba de comprar. Te lo confirmaré cuando las compare con tu lista. Si se trata del mismo caso, te puedo adelantar que existe una denuncia de desaparición de cuatro de tus acuarelas: fueron robadas en 1923 de la Universidad de México. Si las metieron de contrabando en Estados Unidos, entonces se trata de un caso para el Servicio de Aduanas.

—Eso pertenece al pasado.

—No si hablamos de obras de arte robadas —repuso Gaskill—. Ocho meses más tarde, seis Renoirs y cuatro Gauguins desaparecieron de una exposición en el Louvre.

—Si no me equivoco, estás hablando del viejo maestro del robo de obras de arte. ¿Cómo se llamaba?

—El Espectro —respondió Gaskill.

—Nuestros ilustres predecesores del Ministerio de Justicia no lograron detenerle, ¿verdad?

—Ni siquiera llegaron a identificarlo.

—¿Crees que colaboró en el robo de los Riveras de la Universidad de México?

—¿Por qué no? El Espectro era en el robo de obras de arte lo mismo que Raffles en el de diamantes. E igual de melodramático. Al menos diez de los golpes más importantes de la historia son obra suya. Era un tipo vanidoso, por lo que siempre dejaba su sello en el lugar del robo.

—Creo recordar que dejaba un guante blanco —comentó Ragsdale.

—Ese era el sello de Raffles. El Espectro dejaba un pequeño calendario en el que marcaba la fecha de su próximo golpe.

—Hay que reconocerle su mérito; es un cabrón engreído.

La camarera le sirvió a Gaskill un plato de forma oval en el que había algo parecido a un trozo de pollo sobre un montón de arroz. A su lado puso un plato más pequeño de ensalada. Ragsdale examinó con gesto sombrío el contenido de su tazón y se volvió a la camarera.

—Supongo que no tendrán nada más aparte de latas de cerveza.

La irascible camarera miró con fijeza al agente y le sonrió como si fuera una vieja prostituta.

—Encanto, tenemos botellas de cerveza y vino, ¿qué prefieres?

—Una botella del mejor Borgoña que tengan.

—Voy a preguntar al encargado del vino —dijo al tiempo que guiñaba un ojo con un dedo de maquillaje y se daba la vuelta para volver a la cocina.

—Se me había olvidado comentarte que el servicio de este restaurante es conocido por su amabilidad —dijo Gaskill con una sonrisa en los labios.

Ragsdale metió aprensivamente la cuchara en la sopa. Con gesto suspicaz, mantuvo la cucharada de sopa en la boca durante unos segundos como si estuviera catando un vino. De repente, levantó la cabeza y se volvió a la cocina.

—Cielo santo. Jerez, cebollas frescas, ajo, romero y tres variedades de champiñones. Esto es delicioso. —El agente se fijó entonces en el plato de Gaskill—. ¿Tú qué has pedido? ¿Pollo?

Gaskill inclinó su plato para que Ragsdale pudiera verlo mejor.

—Caliente, caliente. He pedido la especialidad de la casa. Codorniz escabechada a la parrilla con una guarnición de arroz con pasas, cebolletas, puré de zanahorias asadas y puerros con jengibre.

Ragsdale tenía la misma cara que habría puesto si su mujer le hubiera dicho que iban a tener trillizos.

—Me has engañado al traerme aquí.

Gaskill reaccionó como si se hubiera ofendido por el comentario.

—Pensaba que querías que te trajera a un buen sitio para comer.

—Pero si este sitio es fantástico. Lo que no entiendo es dónde está la gente.

Deberían estar haciendo cola en la puerta.

—El dueño, que además es el cocinero y solía trabajar en el Ritz de Londres, cierra la cocina los lunes.

—¿Entonces por qué nos ha abierto a nosotros? —preguntó Ragsdale asombrado.

—Fui yo quien recuperó su colección de utensilios medievales de cocina. Se los robaron en Inglaterra y los introdujeron de contrabando en los Estados Unidos por Miami.

En ese momento volvió la camarera y puso una botella delante de los ojos de Ragsdale para que pudiera leer la etiqueta claramente.

—Aquí tienes, encanto, un Chateau Chantilly de 1878. Ya se ve que tienes gusto, ¿pero eres lo bastante hombre como para pagar los ocho mil pavos que cuesta la botella?

Ragsdale se quedó pasmado mirando la polvorienta botella y durante un segundo no pudo articular ni palabra. Al cabo, dijo de forma entrecortada:

—No, no, un cabernet de California será suficiente.

—Déjame que te aconseje, encanto. ¿Qué te parece un buen burdeos de 1988? Te sale por, digamos, treinta pavos.

Ragsdale asintió mecánicamente.

—No salgo de mi asombro.

—Creo que lo que realmente me gusta de este sitio —comentó Gaskill haciendo una pausa para saborear un pedazo de codorniz— es su incongruencia. ¿Quién podría esperarse que en un restaurante como éste se puedan pedir unos platos y unos vinos de primera calidad?

—Es algo realmente fuera de lo común.

—Pero volvamos a lo que íbamos —dijo el agente del Servicio de Aduanas mientras apartaba un hueso con sus manazas—. He estado a punto de conseguir otro de los objetos robados por el Espectro.

—Sí, ya me lo han comentado. Al final todo tu trabajo no ha acabado valiéndote para nada —murmuró Ragsdale haciendo un esfuerzo por volver al tema de conversación—. Se trataba de una momia peruana cubierta de oro, ¿no es así?

—El traje de oro de Tiapollo.

—¿Cómo es que se te escapó de las manos?

—Llegué tarde, así de sencillo. Mientras vigilábamos la casa del dueño, un grupo de ladrones disfrazados de transportistas se coló en el apartamento en el que estaba escondida la momia junto a una enorme partida de antigüedades, todas ellas con un historial bastante turbio, y se la llevaron.

—Esta sopa es una maravilla —comentó Ragsdale tratando de llamar la atención de la camarera—. Creo que voy a echar una ojeada al menú para pedir un segundo plato. ¿Has hecho ya un catálogo de lo que encontraste?

—Lo haremos antes del fin de semana. Creo que en la partida de mi sospechoso puede haber entre veinte o treinta objetos incluidos en la lista del FBI de obras de arte buscadas.

La camarera volvió con el vino y Ragsdale le pidió salmón a la brasa con maíz tierno, champiñones y espinacas.

—Has elegido un buen plato, encanto —dijo arrastrando las palabras mientras descorchaba la botella.

Ragsdale movió la cabeza con un gesto de admiración y se volvió nuevamente a su compañero de mesa.

—¿Cómo se llama el coleccionista al que descubristeis la partida?

—Adolphus Rummel, un rico chatarrero de Chicago. ¿Te suena de algo?

—No, pero también es verdad que no conozco a ningún coleccionista clandestino de envergadura que tenga jornadas de puertas abiertas. ¿Hay alguna posibilidad de que Rummel hable?

—De ninguna manera —negó Gaskill con pesar—. Ha contratado a Jacob Morgenthaler y va a ir a juicio para recuperar todos los objetos que le hemos confiscado.

—Jake, el amañajucios —exclamó Ragsdale con desagrado—. El amigo y paladín de los traficantes y coleccionistas de obras de arte.

—Con el historial que tiene de absoluciones, deberíamos estar contentos de que no se haya puesto todavía a defender a asesinos y traficantes de drogas.

—¿Tienes alguna idea de quién se ha podido llevar el traje de oro?

—No, fue un trabajo limpio. Si fuera a lo fácil, diría que fue el mismo Espectro.

—Entonces supongo que tendría que volver de la tumba. Si está vivo, debe de tener más de noventa años.

Gaskill levantó su vaso para que el agente del FBI le sirviera más vino.

—Pongamos que tenga un hijo o que organizase una banda antes de morir que continuara la tradición familiar.

—Es una posibilidad. El problema es que durante los últimos cincuenta años no se ha encontrado ningún calendario con una fecha marcada en cualquiera de los sitios donde ha habido un robo de obras de arte.

—Cabe la posibilidad de que la banda se haya concentrado en el contrabando y la falsificación y haya decidido dejar tanta patochada. Los profesionales de hoy en día saben muy bien que con la tecnología de que disponemos actualmente no tardaríamos en encontrar en esos estúpidos calendarios alguna pista que acabaría llevándonos hasta ellos.

—Tal vez. —Ragsdale se calló cuando la camarera apareció con su salmón. Bajó la cabeza para olerlo y sonrió encantado ante la presentación del plato.

—Espero que esté tan bueno como parece.

—No te quepa la menor duda, encanto —le aseguró la camarera alegremente—. Si no te gusta, te devolvemos tu dinero.

Ragsdale apuró el vino que le quedaba y se sirvió otro vaso.

—Salta a la vista que algo te está dando vueltas en la cabeza. ¿Qué andas tramando?

—Quienquiera que sea el ladrón, no se ha llevado la momia para vendérsela a otro coleccionista en el mercado negro —le explicó Gaskill—. He estado investigando un poco sobre el traje de oro de la momia. Según se dice, tiene grabados una serie de jeroglíficos que narran la larga travesía que hizo una flota de barcos incas para transportar un gran tesoro y una enorme cadena de oro. En mi opinión, los ladrones se han llevado el traje con el fin de dar con el paradero del tesoro.

—¿En el traje se indica lo que pasó con el tesoro?

—La leyenda dice que fue enterrado en una isla de un mar interior. ¿Qué tal está tu salmón?

—Es el mejor que he comido nunca —dijo Ragsdale con cara de satisfacción—. Y créeme, eso constituye todo un cumplido... Bueno, ¿qué tienes pensado hacer ahora?

—Los grabados deben ser traducidos. Los incas no tenían un sistema de representación escrita como el de los mayas. Lo que sí tenían, y así lo muestran las fotografías que se hicieron del traje antes de que fuera robado por primera vez, era una especie de sistema ideográfico de tipo pictórico. Los ladrones van a necesitar por tanto la ayuda de un experto para desentrañar el significado de los grabados, y la interpretación de pictogramas antiguos no es precisamente un campo en el que trabaje mucha gente.

—Así que lo que vas a hacer es buscar a las personas que puedan realizar ese trabajo.

—No creas que es muy complicado. Sólo hay cinco especialistas de importancia. Dos de ellos están casados, los Moore. Se les considera los mejores en este campo.

—Ya veo que has hecho tus deberes.

Gaskill se encogió de hombros.

—La única pista que tengo es la codicia de los ladrones.

—Si necesitas que el buró te eche una mano, solo tienes que llamarme —sugirió Ragsdale.

—Te lo agradezco, Francis.

—Una cosa más.

—Dime.

—¿Podrías presentarme al cocinero? Me gustaría reservar una buena mesa para cenar el sábado.



Tras hacer una corta escala en el aeropuerto de Lima para recoger el magnetómetro que había traído del *Deep Fanthom* un helicóptero de la embajada de Estados Unidos, Pitt, Giordino y Gunn salieron para Quito en un vuelo comercial. Pasadas las dos de la mañana aterrizaban en la capital de Ecuador en medio de una tormenta. Un representante de la compañía estatal de petróleo les salió al encuentro en cuanto abandonaron el avión. El representante les recibió en nombre del director general de la compañía, con el que previamente Gunn había llegado a un acuerdo para que les dejase utilizar uno de sus helicópteros. Una limusina, seguida de una camioneta que llevaba el equipaje de los tres miembros de la ANS y el material técnico, les llevó al otro extremo de la pista. Los dos vehículos se pararon junto a un helicóptero McDonnell Douglas Explorer totalmente equipado. Cuando salieron de la limusina, Rudi Gunn se volvió para expresar su agradecimiento al representante de la compañía de petróleo, pero éste ya había subido la ventanilla y había ordenado al chófer que arrancase.

—Le entran a uno ganas de empezar a vivir de forma decente —murmuró Giordino al verse atendido de una forma tan sumamente eficaz.

—El favor que nos debían era mucho más grande de lo que yo pensaba —Pitt estaba bajo la lluvia observando con deleite el gran helicóptero que tenía delante. La aeronave era de color rojo, tenía dos motores y no contaba con rotor de cola.

—¿Es un buen aparato? —preguntó Gunn ingenuamente.

—Ni más ni menos que el mejor helicóptero que se pueda encontrar en la actualidad —contestó Pitt—. Sólido, fiable y suave como aceite en agua. Cuesta alrededor de doscientos setenta y cinco millones de dólares. No podrían habernos dejado un aparato mejor para llevar a cabo una batida como la nuestra.

—¿A cuánto estamos de la bahía de Caráquez?

—A unos doscientos diez kilómetros. Con un aparato como éste podemos estar ahí en menos de una hora.

—Supongo que no querrás volar sobre una zona que no conocemos a oscuras y en medio de una tormenta tropical —preguntó Gunn intranquilo mientras se ponía un periódico sobre la cabeza para protegerse de la lluvia.

Pitt movió la cabeza negativamente.

—No, esperaremos a que amanezca.

Giordino hizo un gesto en dirección al helicóptero.

—Si hay algo que no me gusta es ducharme con la ropa puesta. Sugiero que metamos todo en el helicóptero y que durmamos unas horas antes de que amanezca.

—Esa es la mejor idea que he oído en todo el día —exclamó Pitt con viveza.

Una vez hubieron subido todo el equipo al helicóptero, Giordino y Gunn

reclinaron sus respectivos asientos y se quedaron dormidos en pocos segundos. Pitt permaneció en la cabina del piloto estudiando a la luz de una pequeña lámpara los datos que le habían mandado Yaeger y Perlmutter. Faltaba poco para empezar la expedición y estaba demasiado emocionado como para sentir cansancio. La mayoría de las personas sufren un profundo cambio cuando se ponen a pensar en la búsqueda de un tesoro. Sin embargo, lo que impulsaba a Pitt no era la codicia, sino el desafío que para él suponía adentrarse en lo desconocido para seguir el rastro que habían dejado tras de sí personas con un carácter tan aventurero como el suyo. Estos hombres habían pasado meses a solas, sufriendo las consecuencias de una mala alimentación y de enfermedades como el escorbuto. Muchos murieron, y buena parte de los barcos que habían emprendido aventuras de este tipo llegaron a su destino con sólo unos pocos oficiales a bordo, quienes lograron sobrevivir gracias al privilegio de una alimentación más completa que la de sus subordinados. De los 88 marineros que integraban la tripulación del *Golden Hind* cuando Drake se lanzó a dar la vuelta al estrecho de Magallanes, sólo 56 llegaron con vida al puerto de Plymouth.

Pitt se concentró en los datos sobre el *Nuestra Señora de la Concepción*. Perlmutter había incluido en sus papeles varias ilustraciones y diversos planos parciales del tipo de galeón español que surcó los mares durante los siglos XVI y XVII. Lo que más le interesaba al submarinista era enterarse de la cantidad de hierro que esa clase de embarcación llevaba a bordo. De esa forma sabría si el magnetómetro podría detectarlo. Partiendo de documentos de la época, Perlmutter estaba seguro de que los dos cañones que llevaba eran de bronce, por lo que habría que descartarlos.

El galeón tenía cuatro anclas. Los pernos, racamentos y cierres eran de hierro. Los grilletes, en cambio, estaban hechos de madera y se sujetaban con cuerdas de cáñamo en vez de con cadenas. Si el galeón estaba sujeto con dos anclas, las cuerdas se habrían roto como consecuencia del fuerte impacto del maremoto, lo cual hacía suponer que en el lugar donde hubiera ido a parar finalmente el barco habría como mucho dos anclas.

Pitt sumó la cantidad de hierro que podría haber a bordo de la nave. Accesorios y herrajes varios, los ejes y los cojinetes del timón, los apoyos de las vergas y los palos, cualquier tipo de anilla o agarradera de hierro. La olla del cocinero, las herramientas del carpintero, tal vez un barrilete lleno de clavos, pequeñas armas de fuego, sables y picas. Los proyectiles para los cañones...

Sabía que no estaba sino tanteando en la oscuridad. Pitt no era ningún experto en galeones y sólo podía fiarse del cálculo aproximado que había hecho Perlmutter. La cifra más probable rondaba entre una y tres toneladas. Tenía que ser suficiente, pensó Pitt, para que el magnetómetro detectara el barco desde una altura de entre 50 y 75 metros.

Si la cantidad total de hierro fuera menor, las probabilidades de localizar el lugar

del naufragio serían las mismas que de encontrar una botella con un mensaje flotando en medio del Pacífico Sur.

A las cinco de la mañana, cuando el pálido azul del cielo empezaba a adquirir un tono anaranjado sobre las montañas del este, el McDonnell Douglas Explorer comenzó a perder altura sobre las aguas de la bahía de Caráquez. Las barcas pesqueras abandonaban ya la bahía para salir a la mar y comenzar la faena diaria. Los pescadores dejaron un momento las redes y levantaron la vista para mirar el aparato y mover los brazos. Pitt les devolvió el saludo en el momento en el que el helicóptero proyectaba su sombra sobre las barcas y enfilaba hacia la costa. A pocos metros de la playa, el color del agua cambiaba de un resplandeciente azul oscuro a un tono verde turquesa que acababa desvaneciéndose en el blanco de las olas.

El largo semicírculo que daba forma a la bahía quedaba interrumpido por la desembocadura del río Chone. Giordino, que se encontraba en el asiento del copiloto, señaló un pequeño pueblo de calles estrechas que había a la derecha. El poblado daba a una playa llena de barcas de vistosos colores y estaba rodeada por varias granjas que no tendrían más de tres o cuatro acres y en las que se distinguían unas pocas casas encaladas y unos corrales con cabras y vacas. Pitt voló río arriba. Al cabo de dos kilómetros empezó a sobrevolar unos rápidos y de pronto se vio cubierto por una espesa cortina de agua. La tormenta tropical parecía prolongarse indefinidamente en dirección este. Con la excepción del río, la selva no mostraba ningún claro.

—Nos estamos acercando a la parte inferior de la zona que hemos delimitado. — Pitt se volvió hacia Gunn, quien ya se estaba concentrando en el magnetómetro de protones.

—Da unas cuantas vueltas hasta que tenga el sistema preparado —pidió Gunn—. Al, ¿podrías bajar el sensor?

—Enseguida. —Giordino se levantó y pasó a la parte trasera de la cabina.

—Me dirijo hacia el punto de partida. Avisadme cuando estéis listos.

El sensor tenía la misma forma que un misil aire-aire. Giordino lo cogió y empezó a bajarlo por la escotilla inferior del helicóptero sosteniéndolo por el cable de control.

—Sensor suspendido a treinta metros —comunicó.

—El helicóptero hace interferencias —le informó Gunn—. Bájalo veinte metros más.

—¿Qué tal así?

—Bien. Manténlo así hasta que conecte el indicador digital y el analógico.

—¿Y la cámara y el dispositivo de recogida de datos?

—Ahora voy.

—No hay prisa. Aún no he terminado de introducir las coordenadas de la zona de búsqueda en el programa satélite de navegación.

—¿Es la primera vez que utilizas un Geometrics G-813G? —preguntó Giordino.

Gunn asintió.

—He utilizado en alguna ocasión el modelo G-801, que es para exploración marina, pero ésta es la primera vez que tengo la unidad aérea en las manos.

—Dirk y yo utilizamos una vez el G-813G para localizar un avión chino que se había estrellado cerca de Japón. Funcionaba como una mujer honrada: sensible, fiable, equilibrado... Ni siquiera había que hacerle ajustes de calibración. Como verás, mi pareja ideal.

Gunn le miró extrañado.

—Tienes un gusto muy peculiar con las mujeres.

—Lo que pasa es que le gustan los robots —bromeó Pitt.

—¿Por qué no dejamos el tema? —cortó Giordino con presunción.

—Según tengo entendido, este modelo es ideal para detectar con exactitud las variaciones pequeñas de frecuencia —dijo Gunn en tono serio—. Si este aparato no nos lleva hasta el *Concepción*, será mejor que cambiemos de planes.

Giordino volvió al asiento del copiloto y fijó la mirada en la interminable alfombra verde que se extendía doscientos metros más abajo. No se veía ni un solo claro por ninguna parte.

—Creo que no me gustaría pasar unas vacaciones en este lugar.

—No hay mucha gente que lo haga —comentó Pitt—. Julien Perlmutter ha comparado los documentos históricos sobre la región y, según dice su informe, los granjeros de las inmediaciones no se acercan nunca a esta zona. Cuttill cuenta en su diario que el maremoto dejó al descubierto varias tumbas incas y diseminó las momias que las ocupaban por toda la selva. Los indígenas son muy supersticiosos y creen que los espíritus de sus antepasados siguen vagando por toda la región en busca de sus tumbas.

—Todos los dispositivos están conectados. Ya puedes empezar con la primera banda —comunicó Gunn. La zona de búsqueda había sido dividida en bandas de 75 kilómetros de ancho.

—¿A qué distancia de la costa empezaremos a cortar el césped? —preguntó Giordino.

—Vamos a empezar por la marca de los tres kilómetros —respondió Pitt—. Volaremos de forma paralela al litoral y en dirección norte-sur.

—¿De cuántos kilómetros vamos a hacer las bandas? —Gunn estaba observando los movimientos de la aguja sobre el gráfico y el parpadeo de los números que mostraba el lector del indicador digital.

—Dos a una velocidad de veinte nudos.

—Podemos ir mucho más rápido —informó Gunn—. El sistema del magnetómetro tiene sensibilidad para altas velocidades. Puede detectar una variación de frecuencia a cien nudos.

—Bueno, aun así nos lo tomaremos con tranquilidad —dijo Pitt con firmeza—. Si no volamos justo por encima del objetivo, el campo magnético que estamos buscando se le pasará desapercibido al lector gamma.

—Bueno, si no logramos captar ninguna variación, podemos aumentar la extensión de la zona de búsqueda.

—Exacto. Vamos a dar todos los pasos tal y como mandan los cánones. No es la primera batida que hacemos... —Pitt se volvió a Giordino—. Al, estáte al tanto de la altitud mientras yo miro las coordenadas de cada banda.

Giordino hizo una señal de conformidad.

—Voy a mantener el sensor lo más bajo posible pero sin que toque los árboles.

El sol ya estaba bastante alto y en el cielo sólo quedaban unas cuantas nubes pequeñas. Pitt echó una última ojeada a los instrumentos y puso cara de satisfacción.

—Muy bien, chicos, vamos a por ese galeón.

El helicóptero fue pasando una y otra vez por encima de la espesura de la selva. Aunque el tiempo era cálido y húmedo, el aire acondicionado mantenía el ambiente en el interior del aparato muy agradable. Las horas pasaban y a medio día aún no habían encontrado nada. El magnetómetro había vibrado en alguna ocasión, pero de manera prácticamente imperceptible. Alguien que estuviese buscando un objeto oculto por primera vez no habría tardado mucho en desanimarse. Sin embargo, Pitt y Giordino no cejaban. Habían participado en varias expediciones de ese tipo y en algunas de ellas tuvieron que esperar hasta seis semanas para encontrar algo.

Pitt hacía especial hincapié en la necesidad de seguir punto por punto el plan establecido en un principio. El submarinista era consciente de que mostrarse impaciente y desatender las directrices que señalaba el ordenador no les iba a llevar a ninguna parte. En vez de comenzar por el centro e ir cubriendo de dentro a afuera la cuadrícula señalada por las coordenadas, prefería explorar las bandas exteriores en primer lugar para ir poco a poco reduciendo la zona de búsqueda. En ocasiones el sistema detectaba algo significativo en lugares donde no era posible que se hallase su objetivo. Pitt reaccionaba siempre con prudencia y optaba por eliminar todos los claros para no perder tiempo innecesariamente.

—¿Cuánto llevamos visto? —preguntó Gunn por primera vez desde el comienzo de la batida.

—Nos hemos metido dos kilómetros en la zona de búsqueda —contestó Pitt—, nos estamos acercando a uno de los principales objetivos señalados por Yaeger.

—Vamos a empezar a trazar líneas paralelas a cinco kilómetros de la costa que había en 1578.

—Sí, según el ordenador de Hiram, el maremoto arrastró al barco hasta ese punto.

—Nos queda combustible para tres horas más —indicó Giordino tras golpear levemente los indicadores de la mesa de control. El submarinista no mostraba señal

alguna de cansancio o aburrimiento. Al contrario, parecía estar divirtiéndose.

Pitt sacó de uno de los compartimientos de su asiento un mapa sujeto a un pequeño tablero y lo examinó durante unos segundos.

—La ciudad de Manta no está muy lejos de aquí. Tiene un aeropuerto bastante grande donde podemos repostar.

—A propósito —dijo Gunn—, estoy muriéndome de hambre. —Como el subdirector de la ANS era el único que tenía las manos libres, cogió los bocadillos y el café que con mucha amabilidad les había proporcionado el representante de la compañía de petróleo y se los pasó a sus compañeros.

—Este queso sabe raro —murmuró Giordino mientras examinaba lo que había dentro de los bocadillos con un gesto de aprensión.

Gunn esbozó una sonrisa.

—A caballo regalado...

Dos horas y cuarto más tarde ya habían inspeccionado las 26 bandas que cubrían el quinto y el sexto kilómetro. La situación había cambiado, puesto que habían rebasado el principal objetivo señalado por Yaeger. Nadie podía creerse que una ola producida por un maremoto hubiera arrastrado un galeón de 570 toneladas más allá de cinco kilómetros hacia el interior de la selva, sobre todo si la ola tenía menos de treinta metros de altura. A medida que se alejaban de la zona señalada sus esperanzas se iban mermando más y más.

—Comenzamos la primera banda del kilómetro siete —anunció Pitt a sus compañeros.

—Estamos muy lejos, demasiado lejos —murmuró Giordino.

—Es verdad —intervino Gunn—. Una de dos, o nos lo hemos pasado, o está en las franjas sur y norte de la zona indicada por el ordenador. No merece la pena que sigamos insistiendo por aquí.

—Acabemos con el kilómetro siete —insistió Pitt mientras miraba fijamente al indicador de navegación que señalaba las coordenadas.

Gunn y Giordino sabían muy bien que era inútil discutir: cuando Dirk mostraba esa resolución no había manera de hacerle cambiar de postura. Pitt creía que tenían muchas probabilidades de dar con el galeón perdido a pesar de la espesura y de los cuatro siglos que habían pasado desde el naufragio. Giordino seguía manteniendo el sensor suspendido a poca distancia de los árboles, mientras que Gunn continuaba ocupándose de los gráficos y las lecturas digitales. Los tres sabían que la suerte no estaba de su parte y que debían prepararse para una exploración larga y difícil. Afortunadamente, el tiempo les estaba siendo favorable. Sólo veían una nube de vez en cuando, y el viento que soplaba del oeste se mantenía estable a una velocidad de cinco nudos. Las condiciones resultaban por tanto tan monótonas como la búsqueda. La selva parecía un interminable mar de algas. No se veía ninguna señal de vida. Los

días pasarían sombríos uno tras otro acompañados por una humedad y una temperatura constantes. Las flores, las hojas y los frutos de los árboles seguirían sus ciclos sin interrupción bajo un sol que a duras penas llegaría a iluminar alguna parte del suelo.

—¡Atención! —saltó Gunn de repente.

Pitt no tardó ni un segundo en copiar las coordenadas del lugar que acababan de sobrevolar.

—¿Has detectado un posible objetivo?

—He captado una pequeña alteración. No ha sido muy fuerte, pero no cabe duda de que ha sido una variación de frecuencia.

—¿Volvemos? —preguntó Giordino.

Pitt movió la cabeza negativamente.

—Acabemos antes con esta parte de la banda. Luego daremos la vuelta para cubrir la segunda parte y comprobar la lectura.

Cubrieron la banda en el más absoluto silencio. Luego viraron en redondo apartándose 75 metros en dirección este del recorrido de ida. Pese a saber que no había manera de ver nada a través de la espesura, Pitt y Giordino no podían evitar la tentación de echar de vez en cuando una ojeada a la selva con la esperanza de detectar alguna señal del naufragio. El monótono espectáculo que se abría ante sus ojos era tan bello como salvaje.

—Nos acercamos al punto indicado —avisó Pitt a sus compañeros—. Estamos encima...

El sensor seguía suspendido a poca distancia de las copas de los árboles, siempre rezagado con respecto al helicóptero y dibujando un arco con el cable de control.

—¡Ya está, ya está! —exclamó Gunn emocionado—. ¡Los números están subiendo...! Vamos, encanto, dale a tu papaíto la lectura que quiere...

Pitt y Giordino se asomaron por las ventanas que tenían al lado de sus asientos y miraron hacia abajo. Todo lo que vieron fue una gran alfombra de árboles apretujados. No había que pensar mucho para darse cuenta de que la selva era un lugar tan imponente como peligroso. Su aparente sosiego no era precisamente sinónimo de seguridad. Las sombras que entretejían las copas de los árboles tenían un aspecto decididamente conminatorio.

—Tenemos un objetivo bastante claro —comunicó Gunn—. No es un punto de intensidad, sino una serie de señales dispersas, las cuales podrían corresponder a las variaciones de frecuencia producidas por las distintas piezas del galeón.

Pitt dio un ligero puñetazo en el brazo a Giordino y dijo con una sonrisa:

—Estaba seguro.

Giordino también sonreía.

—La ola tuvo que ser de órdago para llevarse al barco a siete kilómetros de

distancia.

—Debía de tener una altura de unos treinta metros —calculó Pitt.

—¿Podrías virar y tomar curso este-oeste para que consigamos una bisectriz en las coordenadas? —preguntó Gunn.

—Como mandes. —Pitt tiró bruscamente del timón provocándole un vuelco a Giordino en el estómago. El helicóptero se ladeó rumbo oeste y siguió en esa dirección aproximadamente medio kilómetro. Pitt viró nuevamente y programó las coordenadas del punto señalado. En esta ocasión, el magnetómetro indicó las variaciones de frecuencia durante más tiempo.

—Creo que esta vez hemos pasado de proa a popa —comentó Gunn—. Seguro que éste es el lugar.

—Seguro que éste es el lugar —repitió Giordino alegremente.

Pitt mantuvo el helicóptero suspendido mientras Gunn le iba indicando las variaciones más altas que señalaba el magnetómetro. De ese modo el Explorer se podría colocar justo encima del lugar del barco naufragado.

—Vira veinte metros a estribor. Ahora treinta a popa. Demasiado lejos. Avanza diez metros. Para. Eso es. Si ahora tiráramos una piedra, caería justo sobre la cubierta.

Giordino tiró de la anilla de un pequeño bote y lo dejó caer tranquilamente por la ventana; tras abrirse paso entre las hojas, desapareció. Al cabo de unos segundos, una nube de color naranja empezó a extenderse por encima de las copas de los árboles.

—El lugar está marcado con una X —dijo el submarinista alegremente—, aunque he de decir que no tengo muchas ganas de venir paseando hasta aquí.

Pitt se le quedó mirando.

—¿Quién ha dicho nada de andar siete kilómetros por esta pesadilla de la botánica?

Giordino puso cara de no entender nada.

—¿Cómo quieres entonces que llegemos hasta el galeón?

—Esta maravilla de la aeronáutica tiene una grúa. Me podéis bajar desde aquí mismo.

Giordino volvió la vista a la espesa vegetación de la selva.

—Te quedarías enganchado entre los árboles. Nos resultaría imposible subirte.

—No os preocupéis. He estado husmeando en el comportamiento de las herramientas esta mañana. Han sido tan amables que hasta nos han dejado un machete. Con un arnés de seguridad, puedo bajar y abrirme camino sin ningún problema tanto durante el descenso como durante el ascenso.

—No funcionará —dijo Giordino con un ligero tono de preocupación—. No nos queda suficiente combustible para esperarte mientras te das una vuelta por la selva y luego llegar al aeropuerto de Manta.



—No tenéis que esperarme. Cuando llegue al suelo, salís para Manta, repostáis y volvéis aquí para recogerme.

—¿Y sino caes exactamente donde está el galeón y tienes que dar una vuelta por los alrededores para encontrarlo? Nos resultaría imposible localizarte desde el aire. ¿Dónde habría que bajar el arnés en ese caso?

—Bajaré con un par de botes de humo y los abriré cuando os oiga volver.

Giordino no parecía muy entusiasmado.

—Me temo que no va a haber manera de quitarte de la cabeza esta locura.

—Efectivamente, no la hay.

Al cabo de diez minutos, Pitt ya tenía puesto el arnés de seguridad. La cuerda estaba sujeta al cabestrante que había en el techo del helicóptero. Giordino acercó el aparato a las copas de los árboles, mientras Gunn se encargaba de los controles del cabestrante.

—No os olvidéis de traer una botella de champán para celebrarlo —exclamó Pitt. Dicho esto, salió por la puerta lateral y se quedó suspendido en el aire debajo de los patines de aterrizaje.

—Volveremos dentro de un par de horas —gritó Gunn en medio del fragor producido por las hélices y el motor. Apretó el botón de descenso y Pitt empezó a bajar. A los pocos segundos, había desaparecido en la espesura como si un gran océano verde se lo hubiera tragado.

Colgado con el machete en una mano y una radio portátil en la otra, Pitt tenía la sensación de que de nuevo estaba a punto de ser engullido por el verde lógamo de la poza sacrificial. No sabía muy bien cuánto le faltaba para tocar tierra, pero calculaba que desde las copas de los árboles más altos hasta el suelo habría unos cincuenta metros.

Desde arriba, la selva parecía una masa caótica de plantas en lucha por abrirse camino. Los troncos de los árboles más grandes estaban cubiertos de gruesas capas formadas por infinidad de pequeñas plantas, cada cual pugnando por alcanzar su parte correspondiente de luz solar. Las ramas y las hojas más próximas al sol se balanceaban movidas por el viento causado por las hélices y producían el efecto de olas encrespadas.

Nada más entrar en contacto con las primeras hojas, Pitt se puso un brazo sobre los ojos. Empezó a descender junto a una gran caoba y fue rozando las pequeñas flores blancas que colgaban de sus ramas. Fue apoyándose con los pies en las ramas más gruesas en dirección al claro más cercano. Pitt notó mayor humedad a medida que iba adentrándose en la espesura. Tras haber disfrutado del aire acondicionado del helicóptero durante varias horas, no le extrañó que en poco tiempo se quedara bañado en sudor. Siguió descendiendo; de repente aparecieron a su lado dos monos araña, a los que tuvo que ahuyentar al tiempo que esquivaba a duras penas una rama que salía al encuentro de su entrepierna.

—¿Has dicho algo? —preguntó Gunn por la radio.

—Acabo de despertar a un par de monos que estaban durmiendo la siesta.

—¿Quieres que te baje más despacio?

—No, así voy bien. Ya estoy debajo de los árboles más altos. Creo que lo que ahora tengo delante son laureles.

—Avísame si quieres que te mueva hacia algún otro lado —dijo Giordino por la radio de la cabina del piloto.

—Manten la posición —indicó Pitt—. Si me mueves, es posible que enganches la cuerda en alguna rama y que me quede colgado de un árbol hasta el final de mis días.

Pitt se adentró en una espesa masa de ramas y consiguió hacer una especie de túnel con el machete sin necesidad de decirle a Gunn que redujese la velocidad de descenso. Estaba metiéndose en un mundo virgen, un mundo tan lleno de belleza como de peligro. Enormes plantas trepadoras, desesperadas por recibir la luz del sol, se abrazaban a los troncos de los árboles más altos. Unas se agarraban a sus anfitriones con zarcillos y ganchos, mientras que otras subían hacia la luz dando vueltas alrededor de las ramas como si fueran roscas. El musgo formaba grandes capas que cubrían la mayoría de los árboles. Pitt pensó que se parecían a las telarañas

que hay en las criptas de las películas de terror. Pero no todo producía ese efecto. Largas guirnaldas de bellísimas orquídeas se abrían paso en dirección al cielo como si fueran luces de Navidad.

—¿Puedes ver el suelo? — preguntó Gunn.

—Todavía no. Tengo delante un pequeño árbol que parece una palmera. Sus frutos son como melocotones salvajes. Y debajo de sus ramas veo algo así como una maraña de parras colgantes.

—Serán lianas.

—La botánica nunca fue una de mis asignaturas preferidas.

—Coge una y lánzate en plan Tarzán —propuso Gunn para quitarle hierro a una situación que podía entrañar peligro.

—Si viese a Jane...

Gunn se puso tenso ante el súbito silencio de Pitt.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

Cuando la voz de Pitt sonó por fin por la radio, Gunn tuvo que esforzarse para oírla.

—Iba a agarrarme a una liana y de repente me he dado cuenta de que se trataba de una serpiente del tamaño de una tubería y la cabeza de un cocodrilo.

—¿De qué color era?

—Negra con puntos de un color marrón amarillento.

—Era una boa constrictor —explicó Gunn—. Puede que te dé un fuerte abrazo, pero tranquilo, porque no es venenosa. Acariciále la cabeza de mi parte.

—¡Lo tienes claro! —soltó Pitt—. Como se le ocurra mirarme aunque sólo sea de reojo, se va a encontrar con Madame LaFarge.

—¿Con quién dices?

—Con mi machete.

—¿Qué más ves por ahí?

—Unas mariposas esplendorosas, varios insectos que parecen venidos de otro planeta y un loro que es demasiado tímido para pedirme una galleta. No te puedes ni imaginar el tamaño que tienen las flores que crecen de los huecos de los árboles. Hay violetas grandes como mi cabeza.

La conversación se cortó cuando Pitt empezó a talar un árbol pequeño pero muy frondoso. Estaba tan empapado como un boxeador en el último *round* de un combate. El sudor y la humedad del ambiente le habían dejado la ropa chorreando. Al ir a dar un machetazo, una rama cubierta de espinas le dejó la camisa hecha jirones y le raspó el brazo con la misma limpieza con la que le hubiera arañado un gato. Por suerte, las heridas no eran profundas y pudo seguir adelante sin problemas.

—Para la grúa —dijo en cuanto notó que pisaba suelo firme—. Ya he llegado abajo.

—¿Algún rastro del galeón? —preguntó Gunn con impaciencia.

Pitt no le contestó de inmediato. Se puso el machete bajo el brazo y dio una vuelta sobre sí mismo mientras se quitaba el arnés de seguridad. Parecía como si estuviera en el fondo de un mar lleno de vegetación. La poca claridad que había resultaba tan extraña como la que podría tener un submarinista en el mar a sesenta metros de profundidad. A excepción del verde y el azul, la densidad de la maleza parecía haber conseguido eliminar toda la gama de colores del espectro.

Pitt pudo comprobar con satisfacción que la selva no era impenetrable al nivel del suelo. Descontando la capa putrefacta de hojas y ramas que cubría la tierra, las plantas eran relativamente escasas y no había ninguna masa de vegetación que le impidiera el paso como había supuesto. Ahora que se encontraba en medio de una oscuridad casi total, le resultaba perfectamente comprensible que la flora de poca altura fuera en ese lugar casi inexistente.

—No veo nada que parezca el casco de un barco —dijo por fin— ni cuadernas, ni baos, ni quilla...

—Vaya pifia. —Gunn estaba decepcionado—. El magnetómetro debe de haber detectado un depósito natural de hierro.

—No —replicó Pitt tratando de mantener la calma—. No lo creo.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que los hongos, insectos y bacterias que habitan aquí han acabado devorando toda materia orgánica que había en el barco, lo cual no es nada sorprendente si pensamos que han tenido cuatrocientos años para hacerlo.

Gunn se quedó en silencio sin acabar de comprender lo que le había dicho Pitt.

—¡Dios mío! —exclamó de pronto—. Lo hemos encontrado. Te encuentras justo en el lugar adonde fue a parar.

—Ni más ni menos.

—¿Y dices que no queda ni rastro del casco? —interrumpió Giordino.

—Todo lo que queda está cubierto de moho y humus, aunque aún se distingue alguna vasija de cerámica, unas cuantas balas, un ancla, varias piedras de lastre. Esto se parece a un viejo campamento invadido por la vegetación.

—¿Quieres que te esperemos? —preguntó Giordino.

—No, id a repostar a Manta. Yo me quedo a curiosear, a ver si encuentro el estuche de jade.

—¿Quieres que te bajemos alguna cosa?

—Creo que, aparte del machete, no voy a necesitar nada más.

—¿Tienes todavía los botes de humo? —preguntó Giordino.

—Tengo dos sujetos al cinturón.

—Abre uno en cuanto nos oigas llegar.

—No os preocupéis —dijo Pitt despreocupadamente—. No tengo pensado salir de

aquí andando.

—Estaremos de vuelta dentro de un par de horas —informó Gunn animadamente a modo de despedida.

—No os retraséis.

En unas circunstancias diferentes, es muy posible que Pitt se hubiese sentido bastante deprimido al oír cómo el helicóptero empezaba a alejarse dejándole inmerso en la atmósfera asfixiante de la selva. Sin embargo, el hecho de saber que a muy poca distancia de donde él se encontraba se hallaba, escondida bajo un montón de viejos despojos, la llave que le abriría las puertas de un gran tesoro le llenaba de entusiasmo. Aún así, en vez de lanzarse a escarbar alocadamente a su alrededor, empezó a caminar lentamente entre los restos para estudiar la posición en la que el *Concepción* había terminado cayendo. Casi podía imaginarse su forma a partir de la configuración del conjunto de objetos que había.

La barra y uno de los anzuelos del ancla, que sobresalía del humus, indicaba dónde había estado la proa. Pitt pensó que Thomas Cuttill no habría guardado el estuche en la bodega de carga. Del hecho de que Drake se lo quisiera regalar a la reina Isabel se deducía que el piloto no se separaría mucho de él, es decir, lo pondría a buen recaudo en el gran camarote de popa que solían ocupar los capitanes en los galeones.

En su recorrido por entre los restos del naufragio, Pitt fue encontrando algunos objetos pertenecientes a los miembros de la tripulación —aquellos que la ola no había arrastrado fuera de la embarcación—, aunque no vio ningún hueso. Descubrió un putrefacto par de zapatos de cuero, varios cuchillos cubiertos de herrumbre, tazones de cerámica y una olla de hierro todavía negra. Había muy pocas cosas, por lo que empezó a temerse lo peor. Tal vez alguien había llegado antes que él y se había llevado todos los objetos de valor. Extrajo una bolsa de plástico del interior de su camisa y sacó de ella las ilustraciones y los planos parciales del galeón arquetípico que Perlmutter le había enviado por fax. Siguiendo las indicaciones de los planos, trató de calcular con sus pasos el lugar donde podría hallarse el camarote del capitán.

El submarinista se arrodilló y empezó a retirar una capa de humus de unos diez centímetros de profundidad. Quitó unas cuantas hojas medio putrefactas y se topó con una serie de bustos de piedra y varias representaciones de cuerpo entero de animales de diferentes tamaños, todos ellos de preciosa factura. Tras observarlas durante un momento y llegar a la conclusión de que se trataba de imágenes religiosas, dejó escapar un suspiro: los restos del galeón estaban intactos.

Pitt siguió escarbando, esta vez bajo una gran liana en estado de descomposición, y encontró doce esculturas más, tres de ellas de tamaño natural. La fantasmal luz verde de la selva y la capa de musgo que cubría las figuras les daban el aspecto de cuerpos recién sacados de sus tumbas. A su lado había un montón de trozos de

cerámica, pertenecientes a varias vasijas que no habían corrido tanta suerte como las esculturas tras cuatro siglos de constante humedad. Las pocas que se mantenían más o menos intactas se le hicieron añicos nada más tocarlas. Todas las telas del tesoro habían quedado reducidas a meras briznas de color negro.

Pitt continuó excavando con ahínco, indiferente a sus uñas rotas y a la suciedad de su ropa. De pronto, encontró una caja bellamente decorada con mosaicos y grabados de complicada factura. Los mosaicos estaban hechos con un sinfín de piedras preciosas: jades, turquesas, perlas... Pitt se detuvo un momento para secarse el sudor de la cara. Este hallazgo acabaría por ser una caja de Pandora, pensó. Podía imaginarse perfectamente las intrigas diplomáticas y las batallas legales que se darían entre los representantes del gobierno y los arqueólogos ecuatorianos por un lado, y sus homólogos peruanos por otro. Los unos reclamarían el tesoro alegando sus derechos de propiedad y los otros aducirían que el origen de los objetos los convertía en patrimonio peruano. Fuera cual fuera el resultado, lo cierto era que ninguna de las obras de arte inca acabarían en las estanterías de la casa de Pitt.

Echó un vistazo a su reloj. Hacía más de una hora que el helicóptero le había dejado en tierra. Dejó el conjunto de antigüedades y continuó su marcha hacia donde pensaba que estarían los restos del camarote del capitán. Se puso a remover con el machete una capa de hojas y ramas putrefactas que cubría un grupo de despojos cuando de repente golpeó un objeto metálico. Apartó rápidamente las hojas con los pies y se encontró con los dos cañones del barco. Los cilindros de bronce aparecían cubiertos de una gruesa pátina verde y las bocas estaban obturadas con limo. Pitt ya no sabía si estaba sudando o si era la humedad la que le empapaba la ropa. Tenía la impresión de estar trabajando en un baño turco, con la diferencia de que estaba rodeado de bichos que no dejaban de zumbar alrededor. Había lianas caídas por todos los lados y en un par de ocasiones acabó de rodillas en el suelo como consecuencia de un traspies. La tierra suelta y las hojas en descomposición no hacían más que pegársele al cuerpo, por lo que poco a poco iba adquiriendo el aspecto de un monstruo de los pantanos. El ambiente había empezado a mermarle fuerzas. Había llegado el momento en el que tenía que hacer un enorme esfuerzo por no caer en la tentación de tumbarse en el suelo y echarse una siesta, aunque la visión de una enorme serpiente deslizándose por entre los lastres del barco le quitó la idea de la cabeza.

Obtuvo la confirmación de que estaba en la zona adecuada cuando vio los grandes cojinetes y los ejes herrumbrosos que en su día habrían formado parte del timón. Su pie fue a dar de repente con algo que estaba medio enterrado en el suelo, una especie de tira de hierro grabado que no alcanzó a identificar en un primer momento. Cuando se agachó para examinarlo con más detenimiento, vio que a su alrededor había pequeños fragmentos de cristal. Consultó las ilustraciones que le había mandado

Perlmutter y se dio cuenta de que todo ello pertenecía a la antigua luz de posición de popa. Los restos del timón y de la luz le indicaban que se encontraba encima de lo que fuera el camarote del capitán.

Tras pasarse cuarenta minutos a gatas, Pitt sólo había acumulado un tintero, dos copas y algunos trozos de lámparas de aceite. Siguió escarbando sin descanso y, al apartar una serie de hojas que tenía a su lado, se encontró de pronto con un ojo enterrado en el oscuro humus que le miraba fijamente. Se pasó las manos por los pantalones, cogió un pañuelo del bolsillo y se puso a quitar cuidadosamente la tierra que había alrededor del ojo. En pocos segundos tenía ante sí una cara humana: un enorme jade labrado con una pericia exquisita. Pitt contuvo la respiración.

Tratando de contener su entusiasmo, excavó con gran esfuerzo cuatro pequeñas zanjas en torno a la cara hasta que se dio cuenta de que la figura era en realidad la tapa de una caja que tendría el tamaño de una batería de coche de doce voltios. Cuando por fin logró hacer un agujero alrededor de toda la caja, la sacó de la húmeda tierra en la que había estado oculta desde 1578 y se la puso entre las piernas.

Pitt se quedó mirando al estuche lleno de asombro durante casi diez minutos. Tenía miedo de que al abrir la tapa no encontrase nada más que restos putrefactos en su interior. Hecho un manojo de nervios, sacó su cuchillo suizo de uno de sus bolsillos, abrió la hoja más delgada y empezó a hacer palanca. El estuche estaba cerrado herméticamente, por lo que tuvo que ir dando vueltas alrededor de la ranura para tratar de abrir cada lado milímetro a milímetro, antes de pasar al siguiente y realizar la misma operación. Finalmente, tras pararse en un par de ocasiones para enjugarse el sudor que le caía por los ojos, la tapa dejó escapar un ruido sordo y quedó abierta. Pitt agarró la nariz de la cara irreverentemente y tiró de ella.

El interior de la caja estaba revestido de tablillas de cedro y contenía una gran maraña de cuerdas anudadas de multitud de colores. Algunos cabos estaban un poco desteñidos, aunque aún se podía distinguir el color de cada uno. Pitt no se podía creer lo bien conservadas que estaban todas las cuerdas hasta que las miró con más detenimiento y advirtió que no eran simples cuerdas de algodón o lana, sino ramales de metal.

—¡Por fin! —gritó asustando a un grupo de guacamayos que había en un árbol y que desaparecieron en las profundidades de la selva en medio de un tremendo alboroto—. El quipo de Drake.

Pitt agarró el estuche con la codicia que mostraría un Scrooge al negarse a hacer una donación a una sociedad benéfica, y se acercó a un tronco caído para sentarse. Miró fijamente al rostro de jade y se preguntó si sería posible desentrañar el misterio del quipo. El profesor Ortiz le había asegurado que la última persona capaz de leer los cabos anudados habría muerto hacía cuatrocientos años. Pitt tenía la esperanza de que el moderno ordenador de Hiram fuese capaz de viajar en el tiempo y de resolver

el enigma.

Todavía seguía en la misma posición, rodeado de los fantasmas de los marineros españoles e ingleses y ajeno al sinfín de insectos que le picaban, el dolor del brazo herido y la pegajosa humedad, cuando oyó en la lejanía el rumor del helicóptero.



Una furgoneta con el nombre de una conocida empresa de correo urgente escrito sobre las puertas subió la rampa y se detuvo delante de un gran edificio de hormigón de un solo piso. El edificio ocupaba toda una manzana en el enorme complejo de almacenes que había cerca de Galveston, Texas. No se veía ningún indicativo de la empresa a excepción de la pequeña placa de bronce que había al lado de la puerta y en la que se leía «Empresa de Almacenamiento Logan». Acababan de dar las seis de la tarde, por lo que ya era demasiado tarde para que hubiera algún empleado trabajando, aunque no tanto como para que de haberlo los guardias de seguridad pudieran sospechar.

Sin salir de la camioneta, el conductor marcó un código en un control remoto, desactivó el sistema de alarma y abrió el portalón. No parecía haber nadie en el interior del almacén: sólo se veían las vigas de sujeción del techo y unas interminables filas de anaqueles llenos de muebles y artículos domésticos. Seguro de que todos los empleados se habían ido a casa, el conductor metió la camioneta en el almacén y esperó a que se cerrase la puerta. Avanzó hasta una plataforma de tamaño suficiente para cargar con un camión de dieciocho ruedas y salió del vehículo.

Se acercó a un panel de mandos que había a un lateral y marcó una tecla que decía «Ajustar peso». La plataforma se puso a vibrar y al cabo de un segundo empezó a descender. En realidad se trataba de un montacargas de gran potencia. Al llegar al sótano, el conductor volvió a arrancar la camioneta y salió en dirección a un túnel mientras el montacargas iniciaba automáticamente el camino de vuelta al primer piso.

El túnel, que tenía más de un kilómetro de largo, comunicaba con la sala principal de otro almacén de grandes proporciones. La familia Zolar dirigía sus operaciones delictivas desde este vasto complejo subterráneo, y utilizaba el piso superior para mantener en funcionamiento un negocio legal.

Los empleados que trabajaban en el piso superior entraban a la empresa por una puerta de cristal que daba directamente a los despachos de la administración, los cuales ocupaban toda una pared del edificio. El resto de la planta estaba dedicado al almacenamiento de miles de valiosos cuadros, esculturas y antigüedades de todo tipo. Todos los objetos eran auténticos y habían sido adquiridos dentro de la más absoluta legalidad en los círculos autorizados de compra y venta. En la parte de atrás se encontraba el departamento de conservación, en el que un reducido equipo de artistas se encargaba de restaurar las obras dañadas hasta darles su esplendor primigenio. Ninguno de los empleados de Zolar International o de la Empresa de Almacenamiento Logan, ni siquiera aquellos que llevaban veinte años de servicio o más, tenía la más mínima sospecha sobre las operaciones clandestinas que se llevaban a cabo bajo sus pies.

La camioneta salió del túnel y entró en el amplio sótano secreto, cuyo tamaño era bastante mayor al de veinte metros más arriba. Unas dos terceras partes del sótano estaban dedicadas al almacenamiento y venta de obras de arte robadas. La parte restante estaba destinada al proceso de falsificación, uno de los negocios más boyantes de la familia Zolar. De hecho, sólo los miembros de la familia y unos pocos socios leales conocían la existencia de esta zona, aparte, lógicamente, del equipo que la había construido, el cual había venido de Rusia con ese único propósito. Una vez acabado su trabajo, volvieron inmediatamente a su país para que nadie se enterara del porqué de su visita. El conductor salió de la camioneta, abrió la puerta de atrás del vehículo y sacó un largo cilindro de metal sujeto a una carretilla, cuyas ruedas se abrieron automáticamente como si fueran las de una camilla de ambulancia. El conductor empezó a empujar la carretilla en dirección a una habitación cerrada.

Mientras avanzaba, se fijó en el reflejo de su cuerpo sobre el pulido metal del cilindro. El conductor tenía una altura media y una tripa de tamaño considerable, aunque el mono blanco que llevaba le hacía parecer más gordo de lo que en realidad era. Se cortaba el pelo de color castaño al estilo militar. Saltaba a la vista que se preocupaba de llevar un afeitado apurado. El hombre sonrió cuando se dio cuenta de que sus ojos verdes adquirirían un tono plateado al reflejarse en el aluminio del contenedor; si bien ahora tenían un aire soñador, podían lanzar una mirada tremendamente dura cuando se enfadaba o se ponía tenso. Un detective capaz de hacer descripciones precisas habría dicho que el aspecto de Charles Zolar, cuyo nombre legal era Charles Oxley, no respondía al del timador que en realidad era.

Sus hermanos, Joseph Zolar y Cyrus Sarason, le abrieron la puerta y salieron de la habitación para darle un cariñoso abrazo.

—Enhorabuena —dijo Sarason—, toda una demostración del arte del subterfugio. Zolar movió la cabeza afirmativamente.

—Ni nuestro padre habría sido capaz de planear un robo más limpio. Eres el orgullo de la familia.

—Eso sí que son elogios... —comentó Oxley esbozando una sonrisa—. No sabéis lo feliz que me hace traer la momia por fin a un lugar seguro.

—¿Estás convencido de que nadie te ha visto sacarla del edificio en el que vive Rummel? ¿No te ha seguido nadie hasta aquí? —preguntó Sarason.

Oxley le miró fijamente.

—Me estás insultando, hermano. He tomado todas las precauciones necesarias: he ido por carreteras secundarias y he entrado en Galveston en horas comerciales. Además, me he cuidado de no infringir las normas de tráfico. Si te digo que no me ha seguido nadie, por favor, créeme.

—No le hagas caso —cortó Zolar con una sonrisa en los labios—. Se vuelve paranoico cada vez que tenemos que borrar nuestras huellas.

—Ahora que hemos llegado tan lejos no podemos permitirnos el lujo de cometer un error —murmuró Sarason.

Oxley se asomó ligeramente por entre las cabezas de sus hermanos.

—¿Han llegado ya los expertos en jeroglíficos?

Sarason asintió.

—Henry y Micki Moore. Él es profesor de antropología en Harvard y ha dedicado su vida al estudio de la simbología ideográfica precolombina. Su mujer se ocupa de los programas de descodificación por ordenador con los que trabajan.

—¿Saben dónde se encuentran?

Zolar hizo un gesto negativo.

—Desde que les fuimos a recoger a su apartamento de Boston en la limusina han estado vendados y escuchando cintas con auriculares en los oídos. Les hemos traído aquí en avión, y antes de aterrizar en Galveston, el piloto ha estado dando vueltas durante un par de horas para desorientarlos. Del aeropuerto aquí han venido en un camión a prueba de ruidos. Así que es bastante seguro que no hayan oído ni visto nada.

—Entonces ellos piensan que están en un laboratorio de investigación de California u Oregón.

—Ese era nuestro propósito —le informó Sarason.

—¿No han hecho ninguna pregunta?

—Al principio —respondió Zolar—. Pero cuando nuestros agentes les han dicho que van a recibir doscientos cincuenta mil dólares en efectivo por descifrar el traje, los Moore han prometido colaborar en todo y mantener la boca cerrada.

—¿Así pues son de fiar? —preguntó Oxley con gesto de duda.

Sarason sonrió malévolamente.

—Desde luego que no.

Oxley no tenía que hacer ningún esfuerzo para imaginarse que Henry y Micki Moore pronto serían meros nombres en una lápida.

—No perdamos más el tiempo, hermanos. ¿Dónde ponemos la momia del general Naymlap?

Sarason le indicó una zona del almacén.

—Hemos preparado una habitación especial dividiendo esa de ahí con un tabique. Déjame que te la enseñe mientras Joseph va a buscar a los expertos. —Sarason vaciló un momento, sacó tres pasamontañas del bolsillo de su chaqueta y le dio uno a Oxley.

—Ponte esto, será mejor que no nos vean las caras.

—¿Para qué? No van a vivir para contarlo.

—Para intimidarlos.

—Un poco exagerado, aunque supongo que tienes razón.

Mientras Zolar llevaba a los Moore a la habitación oculta, Oxley y Sarason

sacaron cuidadosamente la momia dorada del cilindro y la pusieron sobre una mesa cubierta con un mantel acolchado de terciopelo. La habitación estaba equipada con una pequeña cocina, unas camas y un cuarto de baño. También había un gran escritorio sobre el que se veían varios cuadernos, una serie de lupas de diferentes graduaciones y una terminal de ordenador con los programas pertinentes y una impresora láser. Sobre la mesa se habían instalado varias lámparas giratorias con el propósito de iluminar los grabados desde todos los ángulos que fueran necesarios.

Cuando los Moore entraron en la habitación, Zolar les quitó las vendas y los auriculares.

—Espero que no les resultaran muy incómodos —les dijo el coleccionista amablemente.

Los dos investigadores parpadearon y se frotaron los ojos durante unos segundos. Henry Moore tenía el aspecto del típico profesor de una prestigiosa universidad de Nueva Inglaterra. Los años le daban un aire elegante; era canoso y delgado, y su piel parecía la de un adolescente. Llevaba una chaqueta de lana con coderas de cuero, una camisa de algodón verde oscuro y corbata. En la solapa tenía un pequeño clavel blanco.

Micki Moore tendría unos quince años menos que su marido. Al igual que él, su cuerpo era delgado y conservaba la esbeltez de cuando era modelo en los años setenta. La tez morena y sus angulosos pómulos sugerían su ascendencia india. Era una mujer atractiva y elegante, y su distinguida presencia la convertía en el foco de atención de todas las fiestas universitarias. Sus ojos grises examinaron rápidamente la habitación, fijándose primero en los tres hermanos enmascarados y posándose finalmente en el traje de oro de Tiapollo.

—Una obra de arte verdaderamente maravillosa —comentó suavemente—. De todas formas aún no nos han dicho qué es lo que tenemos que descifrar mi marido y yo.

—Les rogamos que nos disculpen por lo melodramático de las precauciones que hemos tomado —declaró Zolar con sinceridad—, pero como podrán ver, esta antigüedad inca tiene un valor incalculable y hasta que unos expertos como ustedes no la examinen por completo, no podemos arriesgarnos a que ciertas personas se enteren de su existencia y traten de robarla.

Henry Moore se abalanzó sobre la mesa sin prestar atención a los hermanos. Se puso un par de gafas que tenía guardadas en el bolsillo del pecho y empezó a estudiar con sumo detenimiento los símbolos que había grabados en uno de los brazos del traje.

—Qué riqueza de detalles —exclamó admirado—. Dejando aparte ciertos tejidos y un reducido número de vasijas, ésta es la mayor muestra iconográfica que haya visto jamás en un objeto de la era del Ultimo Horizonte.

—¿Cree que tendrá algún problema para descifrar las imágenes?

—Va a ser un trabajo muy grato —contestó Moore sin apartar la vista del traje—. Aunque, claro, Roma no se construyó en un día, y el proceso será arduo.

Sarason empezó a dar muestras de impaciencia.

—Necesitamos resultados lo antes posible.

—No nos pueden meter prisa si lo que quieren es que les demos una traducción fiel de lo que dicen las imágenes —respondió Moore con indignación.

—Tiene razón —dijo Oxley—. No podemos permitirnos ningún tipo de error.

—Se les está pagando precisamente para eso —insistió Sarason—. Si cometen algún error, no recibirán el dinero acordado.

Moore ya había empezado a enfadarse y soltó:

—Errores, errores... Tienen suerte de que mi mujer y yo hayamos aceptado su propuesta. Basta mirar lo que hay encima de la mesa para darse cuenta del juego de niños que se traen entre manos. Y esos pasamontañas con los que se cubren las caras como si fueran a robar un banco... Esto es una verdadera estupidez.

—¿A qué se refiere?

—Cualquier historiador con unos conocimientos mínimos sabe que el traje de oro de Tiapollo fue robado en España en los años veinte y que desde entonces ha estado en paradero desconocido.

—¿Y cómo sabe que no se trata de un traje distinto descubierto recientemente?

Moore señaló la primera imagen de un panel que iba del hombro izquierdo hasta la mano.

—El símbolo de un gran guerrero, el general chachapoyano Naymlap, que sirvió a las órdenes de un importante soberano inca, Huáscar. La leyenda dice que era tan popular como cualquier estrella del baloncesto actual y que tenía pelo rubio, ojos azules y piel clara. A juzgar por el tamaño del traje y los conocimientos que tengo de su historia, no me cabe la menor duda de que se trata de la momia de Naymlap.

Sarason se acercó al antropólogo.

—Usted y su mujer van a hacer el trabajo sin cometer errores y sin darnos más conferencias.

Zolar se apresuró a interponerse entre los dos hombres para evitar lo que ya empezaba a ser un enfrentamiento desagradable.

—Por favor, perdone a mi socio, profesor Moore. Le ruego disculpe su comportamiento, pero supongo que comprenderá lo exaltados que estamos todos como consecuencia del descubrimiento del traje. Tiene usted razón. Se trata de la momia de Naymlap.

—¿Cómo ha llegado a sus manos? —preguntó Moore.

—No se lo puedo decir, pero le prometo que será enviada de vuelta a España en cuanto usted y su esposa hayan realizado un estudio completo de ella.

El profesor sonrió y lanzó una mirada llena de astucia.

—Es usted muy inteligente, sea cual sea su nombre. Va a devolver el traje a sus legítimos propietarios, pero sólo una vez que tenga en su poder las instrucciones que llevan al tesoro de Huáscar.

Oxley murmuró algo ininteligible y Sarason dio un paso en dirección a Moore, pero Zolar se volvió a interponer entre ellos.

—Acaba de descubrir el propósito de nuestra farsa.

—Efectivamente.

—¿He de suponer entonces que desea discutir nuestra propuesta, profesor Moore?

Moore miró a su mujer, quien tenía una extraña expresión de reserva en los ojos, y volvió a dirigirse a Zolar.

—Creo que si nuestra interpretación de las imágenes les lleva hasta el lugar del tesoro, un veinte por ciento del total no sería una cantidad descabellada.

Los hermanos se miraron los unos a los otros durante unos minutos. Zolar y Oxley no podían ver la cara de Sarason bajo el pasamontañas, pero resultaba evidente que la mirada de sus ojos expresaba furia.

Zolar asintió por fin.

—Teniendo en cuenta que lo más probable es que el valor del tesoro sea muy elevado, realmente creo que el profesor Moore está siendo muy generoso.

—Estoy de acuerdo —añadió Oxley—. Bien mirado, la cantidad que pide el profesor no es ni mucho menos excesiva—. El traficante de antigüedades extendió su mano—. Trato hecho, señor y señora Moore. Si encontramos el tesoro, el veinte por ciento será suyo.

Moore le dio la mano a Oxley y se volvió a su mujer con una sonrisa en los labios sin darse cuenta de que acababa de firmar su propia sentencia de muerte.

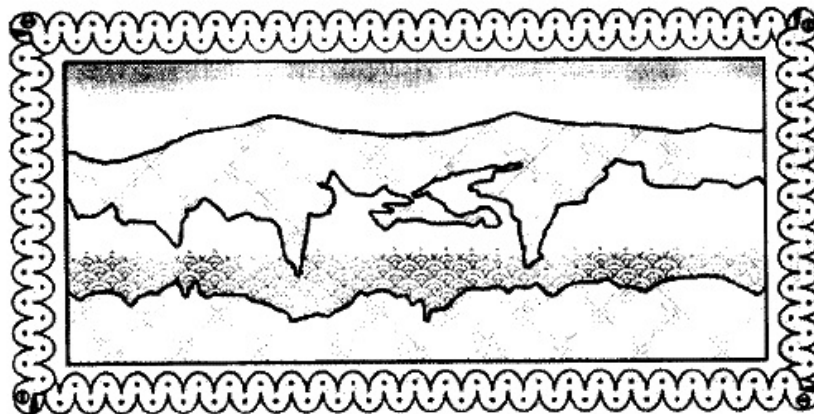
—Bien, querida, ¿nos ponemos a trabajar?

### III.

## EL DEMONIO DE LOS MUERTOS.



CERRO EL CAPIROTE



CORTE TRANSVERSAL DEL RÍO SUBTERRÁNEO

*22 de Octubre de 1998, Washington, distrito de Columbia.*

Loren Smith estaba esperando dentro de un coche cerca de la salida de la terminal del aeropuerto de Dulles. Su melena de color canela brillaba a la luz natural. Se quitó las gafas de sol y se asomó por la ventanilla del coche para posar sus maravillosos ojos violetas en la figura de Pitt, que en ese momento salía de recoger su equipaje. Al reconocerle, empezó a mover las manos, enfundadas en un buen par de guantes de piel para conducir, a fin de llamar la atención del recién llegado.

La diputada Loren Smith era una mujer alta con un cuerpo de proporciones tan exquisitas como el de Sharon Stone. Esa mañana de otoño llevaba un jersey de cuello vuelto negro, unos pantalones de cuero rojo y una chaqueta del mismo tipo. Todas las personas que se encontraban en ese momento en un espacio de diez metros a la redonda, fueran hombres o mujeres, no pudieron evitar mirarla durante unos segundos al verla apoyada sobre la capota de su deportivo rojo Allard J2X de 1953. Tanto el coche como la conductora eran dos muestras clásicas de la máxima elegancia y no resultaba sorprendente verlos juntos.

Loren lanzó una seductora mirada a Pitt y dijo:

—Eh, marinero, ¿quieres que te lleve a alguna parte?

El submarinista dejó su bolsa y la maleta blindada que contenía el estuche de jade sobre la acera, se apoyó sobre la capota del Allard y besó fuertemente a Loren en la boca.

—Me has birlado uno de mis coches.

—¿Así es como me agradeces que haya faltado a una reunión para venir a buscarte al aeropuerto?

Pitt observó un instante el sobrio vehículo que había ganado ocho de las nueve carreras en las que había participado cuarenta y cinco años atrás. En los asientos no había suficiente sitio para ellos dos y el equipaje, y el coche no tenía maletero.

—¿Dónde se supone que voy a poner mis cosas?

Loren metió la mano por el lado del copiloto y le pasó un par de cuerdas elásticas.

—He venido preparada. Puedes ponerlas en la baca.

Pitt movió la cabeza en señal de admiración. Loren era sumamente inteligente y perceptiva. Era diputada en Colorado y sus compañeros le tenían un gran respeto por su determinación para enfrentarse con problemas difíciles y su facilidad para resolverlos. Aunque en los pasillos del Congreso se comportaba como una mujer vivaz y abierta, era muy celosa de su vida privada y rara vez aparecía en las cenas o fiestas de políticos. Prefería quedarse en su casa de campo de Alexandria estudiando las recomendaciones de sus consejeros sobre los proyectos de ley en preparación y



contestando las cartas que le mandaban sus electores. Su único interés de tipo social fuera del ámbito de su trabajo era la irregular relación que mantenía con Pitt.

—¿Dónde están Al y Rudi? —preguntó con cierta ternura al ver a Pitt ojeroso y sin afeitarse.

—Vienen en el próximo vuelo. Tenían que solucionar un asunto y devolver cierto material que nos habían prestado.

Tras asegurar las bolsas sobre la parrilla de cromo que tenía el Allard en la parte trasera, Pitt abrió la puerta del copiloto, metió sus largas piernas por debajo de la guantera y se estiró sobre el asiento.

—¿Te importaría llevarme a casa?

Loren esbozó una picara sonrisa, hizo un saludo amable al policía que le estaba indicando que moviera el coche y se metió en el coche. Puso primera y apretó el acelerador con violencia. El gran motor Cadillac de ocho cilindros respondió con un sonoro rugido y el coche se lanzó hacia adelante derrapando con espectacularidad. Pitt se encogió de hombros en señal de impotencia cuando pasaron por delante del policía y se puso rápidamente a buscar el cinturón de seguridad.

—Este comportamiento no es el que corresponde a un representante del pueblo —exclamó en medio del estruendo que producía el tubo de escape.

—¿Y quién se va a enterar? —contestó ella riéndose—. El coche está a tu nombre.

Durante la loca carrera por la autopista de Dulles a la ciudad, Loren consiguió que la aguja del tacómetro entrara en la zona roja en varias ocasiones. Pitt consideró la situación con cierto fatalismo y pensó que la demente que estaba detrás del volante iba a conseguir adelantar la hora de su muerte. Decidió que, dadas las circunstancias, lo único que podía hacer era disfrutar del viaje. En realidad, tenía plena confianza en su habilidad como conductora. Los dos habían pilotado el Allard en varias carreras de coches antiguos, él en las masculinas y ella en las femeninas. Así que se relajó, se abrochó bien la cazadora y abrió las ventanillas panorámicas para poder respirar el aire fresco del otoño.

Loren fue sorteando el tráfico con la facilidad que una gota de mercurio muestra al avanzar por un laberinto. Al poco rato aparcaba delante del viejo hangar de metal que había en las afueras del aeropuerto internacional de Washington y donde vivía Pitt.

La estructura metálica fue construida a finales de los años treinta y utilizada como taller para los primeros aviones comerciales. En 1980, se consideró que estaba en un estado ruinoso y fue entonces cuando Pitt se apiadó del viejo hangar abandonado y lo compró; habló con el comité local para la conservación del patrimonio y les persuadió para que lo incluyeran en el Registro Nacional de Monumentos Históricos. Hecho esto, restauró toda la estructura y le devolvió su aspecto primigenio, a

excepción de los viejos despachos que había en la parte de arriba, que transformó en un apartamento.

Hasta entonces Pitt nunca había sentido la necesidad de invertir sus ahorros y la herencia de su abuelo en acciones, bonos o bienes inmuebles. En lugar de eso, compraba coches antiguos y recuerdos de sitios donde corría sus aventuras como director de operaciones especiales de la ANS.

La planta baja del viejo hangar estaba llena de coches de unos treinta años de antigüedad: desde un Stutz de 1932 hasta un sedán French Avions Voisin, pasando por un enorme Daimler de 1951 descapotable, el coche más moderno de la colección. En una de las esquinas había un antiguo aeroplano trimotor de la marca Ford. Debajo de una de sus alas parecía esconderse un Messerschmitt ME 262 de la Segunda Guerra Mundial. Al lado del muro del fondo había unas vías de ferrocarril sobre las que descansaba un vagón Pullman con las palabras «Manhattan Limited» escritas en uno de los laterales. Sin embargo, el objeto más extraño de todo era seguramente una bañera victoriana con patas en forma de garra y un motor fuera borda en la parte trasera. La bañera, como el resto de los objetos que integraban la colección, tenía su propia historia.

Loren se paró delante de un pequeño telefonillo que había sobre un poste. Pitt silbó los primeros acordes de *Yankee Doodle* y un sistema de reconocimiento de sonidos desconectó automáticamente el sistema de seguridad y abrió la gran puerta de la entrada. Loren franqueó la puerta, aparcó y paró el motor.

—Ya estás en casa —le dijo a Pitt con orgullo—, y entero además.

—Y habiendo alcanzado un nuevo récord de velocidad entre Dulles y Washington que va a permanecer imbatido durante varias décadas —replicó el submarinista secamente.

—No seas tan refunfuñón, agradece por lo menos que te haya ido a buscar.

—¿Por qué te portas tan bien conmigo? —preguntó él cariñosamente.

—Teniendo en cuenta cómo me maltratas, realmente no lo sé.

—¿Cómo que te maltrato? Muéstrame los moratones...

—Ya que me lo pides... —Loren se bajó los pantalones de cuero y dejó al descubierto un moratón en uno de sus muslos.

—A mí no me mires... —dijo Pitt, que sabía perfectamente que él no era el culpable.

—Es culpa tuya.

—Déjame que te diga que no he dado una paliza a una chica desde el día en el que Gretchen Snodgrass puso pegamento en mi silla, y eso fue en el jardín de infancia.

—Me lo he hecho dándome un golpe con el parachoques de una de tus reliquias.

Pitt se puso a reír.

—Deberías tener más cuidado.

—Vamos arriba —dijo Loren mientras se volvía a subir los pantalones—. Para celebrar tu regreso, he preparado un almuerzo digno de gastrónomo.

Pitt desató las cuerdas del equipaje y siguió a Loren al apartamento disfrutando del suave y firme contoneo de los pantalones de la mujer al andar. La mesa del comedor estaba puesta y tenía un aspecto maravilloso, a la altura de las expectativas que había creado la diputada. Estaba muriéndose de hambre, por lo que al percibir el olor que llegaba de la cocina le entraron unas ganas irresistibles de sentarse a la mesa.

—¿En cuánto estará?

—Tienes el tiempo justo para quitarte los sucios trapos que llevas y ducharte.

No hizo falta que se lo repitieran. Se quitó rápidamente la ropa y se metió en la ducha; puso el agua caliente y se tumbó en el suelo apoyando los pies contra la pared. Estuvo a punto de quedarse dormido. Al cabo de diez minutos se levantó y se enjabonó a fondo. Tras afeitarse y secarse el pelo, se puso una bata de seda y cachemir que Loren le había regalado por Navidad y se dirigió hacia la cocina.

Loren se acercó a él y le dio un beso.

—Ummm, qué bien hueles. Y te has afeitado.

Pitt se fijó en que la maleta blindada estaba abierta.

—Y tú has estado curioseando.

—En mi calidad de diputada, tengo una serie de derechos inalienables —replicó ella al tiempo que le alargaba una copa de champán—. Una obra de arte preciosa. ¿De qué se trata?

—Se trata de un estuche precolombino. En su interior se encuentran las pistas necesarias para hallar un enorme tesoro. Tú y tus amigos del Congreso tardaríais dos días enteros en gastar lo que vale.

Lo miró con suspicacia.

—Anda, no bromees. Eso equivale a más de mil millones de dólares.

—Nunca bromeo cuando hablo de tesoros.

La diputada se dio la vuelta, sacó del horno dos platos de huevos rancheros con chorizo y alubias fritas en su salsa y los puso sobre la mesa.

—Cuéntamelo mientras comemos.

Entre bocado y bocado, Pitt fue detallando a Loren todo lo que había ocurrido desde su llegada al cenote hasta la búsqueda del estuche de jade. Luego le dio todos los datos relacionados con lo ocurrido, inclusive las leyendas y la historia del equipo, y acabó explicándole teorías al respecto.

Loren le escuchó hasta el final sin interrumpirle y entonces dijo:

—¿Crees que está en el norte de México?

—Es sólo una conjetura. Hay que esperar a descifrar el quipo.

—¿Cómo si, si es verdad lo que dices, no hay nadie que sepa hacerlo?

—Cuento con que el ordenador de Hiram Yaeger descubra la clave.

—Un poco difícil, ¿no? —Se acercó el vaso de champán a los labios.

—Es la única opción que tenemos, pero no me cabe la menor duda de que saldrá bien. —Pitt se levantó, abrió las cortinas de la ventana para ver cómo despegaba un avión del aeropuerto y se volvió a sentar.

—El verdadero problema es el tiempo. Los ladrones que robaron el traje de oro de Tiapollo antes de que los agentes del Servicio de Aduanas pudieran recuperarlo nos llevan la delantera.

—¿No andarán también ellos mal de tiempo?

—¿Te refieres a que tienen que descifrar las imágenes del traje? Un experto en los símbolos y los ideogramas de las telas y vasijas incas no creo que tenga demasiados problemas para interpretar las imágenes del traje.

Loren dio la vuelta a la mesa y se sentó en el regazo de Pitt.

—¿Así que la búsqueda del tesoro se va a convertir en una verdadera carrera?

Pitt le rodeó la cadera con los brazos y la atrajo fuertemente hacia sí.

—Tú ten cuidado... —le aconsejó ella al tiempo que deslizaba las manos por debajo de su bata—. Me da la impresión de que tus adversarios no son personas muy agradables.

A la mañana siguiente, poco antes de que empezasen las aglomeraciones de la hora punta, Pitt dejó a Loren en su casa de Alexandria y se acercó al edificio central de la ANS. Para no poner el Allard al alcance de los locos del volante de la capital, el submarinista había cogido un Jeep Grand Wagoneer de 1984 que, pese a su aspecto algo decrepito, estaba en perfecto estado. Pitt le había instalado un motor Rodeck de ocho cilindros y quinientos caballos perteneciente a un coche trucado inservible. Si el conductor de un Ferrari o un Lamborghini se hubiese parado a su lado en un semáforo en rojo, difícilmente habría llegado a imaginarse que Pitt podía poner el Jeep a 150 kilómetros por hora antes de que el otro coche pudiera reaccionar.

Dejó el Jeep en su aparcamiento particular de la parte trasera del edificio de cristal de la ANS y se encaminó hacia el ascensor. Llevaba la maleta que contenía el estuche de jade fuertemente agarrada en la mano derecha. Subió hasta la planta en la que estaba instalada la central de ordenadores de Yaeger y entró en una sala de reuniones. El almirante Sandecker, Hiram Yaeger, Giordino y Gunn le estaban esperando. Dejó la maleta en el suelo y le estrechó la mano a su jefe.

—Siento llegar tarde.

—No, no has llegado tarde. —La voz del almirante Sandecker.

Sonaba sorprendentemente áspera.

—Lo que pasa es que nosotros hemos llegado demasiado pronto porque no podíamos esperar más... Se trata de un mapa o algo así, ¿verdad?

—Un quipo —dijo Pitt con paciencia—. Es un sistema ideado por los incas para consignar información.

—Según tengo entendido, contiene la clave para llegar a un tesoro de gran valor, ¿no es así?

—No sabía que tuviese tanto interés en este asunto —comentó Pitt reprimiendo una sonrisa.

—El hecho de que te embarques en un asunto por cuenta propia en horas de trabajo, utilizando el dinero de la agencia, y además a mis espaldas me obliga a plantearme muy seriamente la posibilidad de poner un anuncio en el periódico para buscar un nuevo director de operaciones.

—No ha sido más que un lapsus, señor —contestó Pitt esforzándose por hablar en tono serio—. Tenía la intención de mandarle un informe completo.

—Si me creyese lo que estás diciendo —saltó Sandecker—, debería ir pensando en cambiar de negocio.

En ese momento se oyó un golpe en la puerta y entró en la sala un hombre calvo y de aspecto cadavérico. Lucía un bigote despeinado de grandes dimensiones y llevaba una bata de laboratorio blanca y bien planchada. Sandecker le hizo un gesto con la

cabeza y se volvió nuevamente a los otros.

—Creo que ya conocen al profesor Bill Straight.

Pitt extendió su mano.

—Claro, Bill es el jefe del departamento de conservación de antigüedades. Hemos trabajado juntos en un par de proyectos.

—Mi equipo sigue ocupado con el sinfín de objetos que tú y Al sacasteis hace unos años de un barco bizantino que había varado en Groenlandia.

—Todo lo que recuerdo de ese proyecto es que no logré entrar en calor hasta pasados tres meses de haberlo concluido —comentó Giordino.

—¿Por qué no nos enseñas lo que has traído? —preguntó Sandecker, que ya no podía esperar más.

—Sí, venga —añadió Yaeger mientras se limpiaba las gafas—, vamos a echarle un vistazo.

Pitt abrió la maleta, sacó suavemente el estuche y lo puso sobre la mesa de reuniones. Giordino y Gunn ya lo habían visto durante el viaje de regreso a Quito, por lo que se quedaron en sus respectivos sitios mientras Sandecker, Yaeger y Straight se incorporaban para observarlo desde más cerca.

—Es una obra magistral —comentó Sandecker al ver la cara que cubría la tapa del estuche.

—La serenidad en la expresión y la dulzura de la mirada son típicamente asiáticas —indicó Straight— El estilo es casi idéntico al del arte estatuario de la dinastía Cahola del sur de la India.

—Ahora que lo dices —dijo Yaeger—, la cara guarda un parecido asombroso con la mayoría de los bustos de Buda.

—¿A qué se debe que dos culturas que no tienen ninguna relación entre sí esculpan con un estilo tan parecido y utilicen el mismo material?

—¿Al contacto precolombino y los viajes por el pacífico? —aventuró Pitt.

Straight meneó la cabeza.

—Hasta que no se demuestre que un objeto descubierto en este hemisferio proviene de Asia o Europa, todos los parecidos han de considerarse como pura coincidencia y nada más que eso.

—De la misma manera, aún no se ha descubierto ninguna muestra de las culturas inca o maya en los yacimientos del Mediterráneo o del Lejano Oriente —añadió Gunn.

Straight acarició la cara de jade con sus dedos.

—De todas formas, esta cara supone un enigma. A diferencia de los mayas o de los antiguos chinos, los incas no valoraban el jade. Preferían adornar a sus reyes y dioses, estuviesen vivos o muertos, con oro, porque creían que representaba al sol, que daba calor a todos los seres vivos y hacía que la tierra fuera fértil.

—Abrámosla y veamos que contiene —ordenó Sandecker.

Straight le hizo a Pitt un gesto con la cabeza.

—A ti te corresponde el honor.

Sin decir una palabra, Pitt introdujo con sumo cuidado una fina placa de metal por debajo de la tapa y abrió el estuche.

Ahí estaba. El quipo, en la misma caja de cedro en la que había permanecido durante siglos. Todos se quedaron mirándolo durante casi un minuto, preguntándose si el misterio que encerraba podría ser resuelto.

Straight abrió una pequeña cartera de cuero con un juego de herramientas: pinzas de diferentes tamaños, un pequeño calibrador y una serie de cinceles parecidos a los que utilizan los dentistas. Se puso un par de guantes blancos, cogió unas pinzas y uno de los cinceles y empezó a inspeccionar el quipo para averiguar si los cabos podían ser separados sin romperlos.

Como si se tratara de un cirujano dando clase a un grupo de internos con un cadáver, el profesor empezó a explicar a los demás lo que estaba haciendo.

—No parecen tan quebradizos como creía. Son fundamentalmente de cobre, aunque también tienen plata y oro. Los cables están hechos a mano, son de diferentes grosores y colores y tienen varios ramales. Parecen todavía bastante fuertes y resultan sorprendentemente flexibles. Hay un total de treinta y un cables de diferentes longitudes, y todos ellos están anudados con intervalos irregulares. Están pintados por separado, aunque hay varios del mismo color. Los cables más largos están unidos a los pequeños como en un diagrama sintáctico: las oraciones principales acompañadas de oraciones subordinadas. No cabe duda de que se trata de un mensaje que está pidiendo a gritos que alguien lo descifre.

—Amén —murmuró Giordino.

Straight se detuvo un momento y se volvió a el almirante.

—Con su permiso, voy a sacar el quipo del estuche.

—Lo que quiere decir que tu serás el responsable si rompes el puñetero cacharro —le espetó Sandecker.

—Bueno...

—Venga, adelante. No puedo pasarme el día entero contemplando una maloliente reliquia.

—No hay nada como el olor de la tierra en estado de putrefacción para ponerle a uno de los nervios —se burló Dirk.

Sandecker le miró con cara de pocos amigos.

—Podríamos dejar los chistes para otro día.

—Cuanto antes desenredemos el quipo, antes podré hacer un programa para descifrarlo —dijo Yaeger con impaciencia.

Straight movió los dedos como si fuera un pianista a punto de interpretar la

rapsodia húngara número dos de Franz Lizst. Respiró profundamente y comenzó a sacar el quipo con una sonda. Todos se mantuvieron en silencio y contuvieron la respiración mientras el profesor ponía el conjunto de cables coloreados sobre una placa de cristal. Straight volvió a coger un pequeño cincel y empezó a separar los cables uno por uno hasta que consiguió extenderlos en forma de abanico.

—Ahí lo tienen, caballeros —El profesor dejó escapar un suspiro de alivio—. Ahora lo llevaremos al laboratorio donde lo meteremos en una solución química muy suave para quitarle las manchas de corrosión y comenzaremos el proceso de conservación.

—¿Cuándo podrá Yaeger disponer de él para la investigación?

Straight se encogió de hombros.

—Dentro de seis meses. Tal vez un año.

—Tiene dos horas —dijo Sandecker sin pestañear.

—Eso es imposible. Los ramales de metal han aguantado tanto porque el quipo estaba guardado en una caja de metal hermética. Ahora que han entrado en contacto con el aire, no tardarán en desintegrarse.

—Los que son de oro seguro que no se desintegran —indicó Pitt.

—Cierto, el oro es prácticamente indestructible, pero no conocemos el contenido mineral exacto de los otros ramales. El cobre, por ejemplo, puede sufrir una aleación que acabe desintegrándose por el efecto del óxido. Si no seguimos el proceso de conservación con el cuidado necesario, los cables pueden empezar a deteriorarse y a perder el color hasta el extremo que no se podrán leer.

—Los colores son determinantes de cara a descifrar el quipo —añadió Gunn.

El ambiente que se respiraba en la habitación se había vuelto tenso de repente. Sólo Yaeger parecía mantener la calma. Tenía una expresión de sagacidad en los ojos y no dejaba de sonreír al profesor.

—Déme treinta minutos para que registre con mi escáner la configuración del quipo y las distancias entre los nudos y luego se lo podrá quedar todo el tiempo que quiera.

—¿Sólo te hace falta media hora? —preguntó Sandecker con incredulidad.

—Los programas que tengo pueden crear una imagen tridimensional del quipo y realizarla de tal forma que los cables aparezcan en pantalla con el mismo aspecto que tenían hace cuatrocientos años.

—Ah, ¿verdad que el mundo moderno acaba por tranquilizar a las fieras? —concluyó Giordino en tono poético.

El escáner de Hiram Yaeger tardó aproximadamente hora y media en registrar el quipo, pero al final la imagen que daba el ordenador tenía incluso mejor aspecto que el original. Cuatro horas más tarde, el trabajo del técnico empezaba a dar resultado.

—Parece mentira que algo tan sencillo resulte tan complicado —comentó



mientras contemplaba el despliegue de colores que mostraba el monitor del ordenador.

—Se parece a un ábaco —dijo Giordino, que se había sentado en una silla a horcajadas y tenía los brazos apoyados sobre el respaldo. Sólo se habían quedado él y Pitt, puesto que Straight se había llevado el quipo al laboratorio y Sandecker y Gunn se habían tenido que ir al Senado para asistir a una reunión en torno a un nuevo proyecto sobre minas submarinas.

—Es mucho más complicado. —Pitt estaba inclinado sobre Yaeger observando asimismo la imagen de la pantalla—. El ábaco es fundamentalmente un instrumento matemático, mientras que el quipo es algo mucho más sutil. Cada elemento tiene un significado: los colores, el grosor de los ramales, el tipo de nudo, los extremos de los cables... Por suerte, el sistema numérico inca era decimal, como el nuestro.

—Sobresaliente —dijo Yaeger—. Por añadidura, este quipo no sólo consigna cantidades y distancias, sino que describe una circunstancia histórica. Bueno, aún ando bastante despistado, pero... —Yaeger dejó de hablar y empezó a teclear una serie de órdenes. Tres ramales se separaron del conjunto y aumentaron de tamaño.

—Tras un análisis he llegado a la conclusión de que los ramales de color marrón, azul y amarillo indican el paso del tiempo en el espacio. Los nudos naranjas de menor tamaño, que están separados a la misma distancia en los tres ramales, simbolizan al sol o la duración de un día.

—¿Cómo has llegado a esa conclusión?

—La clave me la han dado los grandes nudos blancos, que se intercalan de vez en cuando.

—¿Entre los nudos naranjas?

—Exacto. Gracias al ordenador he podido averiguar que coinciden perfectamente con las fases de la luna. En cuanto consiga calcular los ciclos lunares del siglo XVI, podré identificar las fechas con cierta precisión.

—Bien hecho —exclamó Pitt con optimismo—. Vas por buen camino.

—El siguiente paso es determinar el significado de cada cable por separado. Por lo que se ve, los incas eran unos maestros en el arte de la sencillez. Según el análisis del ordenador, el ramal verde representa a la tierra y el azul, al mar. El amarillo es todavía una incógnita.

—¿Cuál es tu interpretación entonces?

Yaeger apretó dos teclas y se recostó sobre el sillón.

—Veinticuatro días de viaje por tierra; ochenta y seis por mar; doce por lo que signifique el amarillo.

—El tiempo que pasaron en el lugar de destino —aventuró Pitt.

Yaeger movió la cabeza en señal de asentimiento.

—Si, podría ser. El ramal podría simbolizar una región árida.

—O un desierto —intervino Giordino.

—O un desierto —repitió Pitt—. Algo muy posible si pensamos en la costa norte de México.

—El otro lado del quipo tiene los mismos ramales de color azul y verde, pero el número de nudos es diferente. La interpretación del ordenador es que la expedición tardó más tiempo en hacer el viaje de vuelta que el de ida. A juzgar por los nudos añadidos y por la presencia de espacios más cortos, me atrevería a decir que fue una travesía muy accidentada.

—Cualquiera diría que andas despistado... —comentó Dirk—. Yo creo que lo estás haciendo muy bien.

Yaeger esbozó una sonrisa.

—Los cumplidos son siempre bien recibidos. Sólo espero que la intuición no me haga caer en la trampa de inventarme demasiadas cosas.

La posibilidad no le hizo mucha gracia a Pitt.

—Nada de invenciones, Hiram. Sigue como hasta ahora.

—Ya entiendo. Lo que quieres es un niño sano, con todos sus deditos y demás.

—A ser posible uno que tenga un letrero en las manos que diga «Excavad aquí».

—El submarinista respondió con tanta frialdad que estuvo a punto de ponerle a Yaeger los pelos de punta—. De lo contrario lo que acabaremos encontrándonos será un agujero vacío.

En medio de un desierto de arena se eleva, solitaria, una montaña que recuerda a un enorme túmulo. Su cima, que tiene forma de embudo, está coronada por un inmenso demonio de piedra.

El demonio no se ha movido de su sitio desde tiempos prehistóricos. Aunque sus patas parecen estar preparadas para saltar, las garras están clavadas en la roca de basalto que se utilizó en su día para esculpir la figura. En el desierto que se extiende a su alrededor habitan los fantasmas del pasado y los del presente en compañía de buitres, liebres y lagartos.

Desde su pedestal, el demonio domina con sus ojos de serpiente un paisaje caracterizado por dunas, cerros rocosos y montañas. El río Colorado brilla trémulamente mientras atraviesa el desierto y antes de dividirse en los diferentes arroyos que forman su delta y desembocan en el mar de Cortés.

Expuestos a la intemperie en la cima de la según dicen mágica montaña, gran parte de los detalles de la escultura han acabado totalmente erosionados. El cuerpo guarda semejanza con el de un jaguar o un gato alado, y la cabeza es la de una serpiente. Una de las alas aún se aguanta en un costado, pero la otra hace ya tiempo que se cayó sobre la dura base de basalto y se hizo añicos. El vandalismo también ha dejado su huella en la escultura: algunos de los que se han acercado a ella le han arrancado los dientes y han grabado sus nombres o iniciales en los costados del pecho.

El jaguar alado, con sus varias toneladas de peso y las proporciones de un elefante, es una de las cuatro figuras conocidas pertenecientes a culturas desconocidas anteriores a la llegada de los misioneros españoles al continente a principios del siglo xv. Las tres esculturas restantes se encuentran en un parque nacional de México y representan a sendos leones agazapados. Su hechura es mucho más primitiva que la del jaguar.

Los arqueólogos que con el paso de los años han logrado llegar hasta la cima se han mostrado siempre perplejos con respecto a sus orígenes. Han sido incapaces de averiguar la fecha en la que fue esculpida o la identidad de su artífice. El estilo se les ha antojado sumamente diferente al de cualquier otra obra de arte perteneciente a las culturas prehistóricas del suroeste americano. Aunque desde el principio se especuló con teorías de todo tipo, el enigma en torno a su significado ha permanecido envuelto en las tinieblas del pasado.

Se comentaba que los antiguos habitantes del lugar temían a la imponente criatura de piedra porque creían que se trataba del guardián del mundo de los abismos. Sin embargo, los descendientes actuales de las tribus Cahuilla, Quechan y Montólo que viven en la zona no recuerdan la existencia de ninguna costumbre religiosa de

importancia ni de ningún conjunto de rituales que guarden relación con la figura; tampoco les ha llegado tradición oral alguna. Aparentemente, el mito surgió sobre las cenizas de un pasado olvidado. Se inventó un monstruo sobrenatural ante cuya presencia tenía que pasar todo el mundo durante su viaje hacia el más allá. Si sus vidas no habían sido dignas, el monstruo cobraba vida, les apresaba con la boca, los masticaba y los escupía para que vagasen durante el resto de la eternidad como fantasmas desfigurados. Sólo a aquellos que habían tenido buen corazón y espíritu se les dejaba seguir adelante en su camino hacia el más allá.

Muchos emprendían el ascenso a los escarpados muros de la montaña con el propósito de hacer ofrendas al jaguar. Llevaban muñecas de arcilla hechas a mano y antiguas conchas con dibujos de animales. Otros, los familiares de los muertos, se reunían al pie de la montaña para rogarle al jaguar que permitiese que el difunto tuviera una travesía segura. También solían enviar un emisario a la cima.

Sentado en su camioneta a la sombra de la montaña mágica, Billy Yuma no parecía tener mucho miedo del jaguar. Mientras lo observaba, pensaba que sus padres y amigos habrían pasado sin ningún problema ante el guardián de los muertos. Habían sido buenas personas y no habían hecho daño a nadie. Era por su hermano, sin embargo, por quien temía. Tras haberse pasado la vida maltratando a su esposa e hijos, había muerto alcoholizado. Había sido la oveja negra de la familia y podría convertirse en un fantasma maligno.

Al igual que muchos indígenas americanos, Billy vivía en un mundo habitado por multitud de espíritus deformes que vagaban sin rumbo y hacían maldades. Sabía que su hermano podría hacer acto de presencia en cualquier momento para cubrirlo de inmundicias, arrancarle la ropa o incluso llenar sus sueños de las horribles visiones de los muertos que no hallan descanso. Así y todo, lo que más le preocupaba a Billy era que su hermano pudiera ser causa de enfermedad y dolor para su esposa e hijos.

Había visto a su hermano en tres ocasiones. La primera en forma de un torbellino que había dejado tras de sí una asfixiante nube de polvo; la segunda, como una trémula luz que daba vueltas alrededor de un mezquite; finalmente había sentido su presencia en un rayo que había golpeado su camioneta. Estas manifestaciones no podían augurar nada bueno, por lo que Billy se había sentado junto al fuego con su curandero y había discutido con él la manera de ahuyentar al fantasma. Si no se le detenía, la aparición podía convertirse en una amenaza continua tanto para Billy y su familia como para sus descendientes.

Billy probó todo tipo de soluciones, pero ninguna dio resultado. El viejo chamán de la tribu le recomendó como medida de protección que pasara diez días en el desierto alimentándose únicamente de yemas de cactus y hierbas. La recomendación no valió absolutamente para nada. La inanición llevó a Billy a ver la aparición de su hermano de forma regular y a oír unos misteriosos lamentos durante las noches más

solitarias. Billy pasó entonces a rituales más poderosos, como ciertos cánticos ceremoniales, pero todo fue infructuoso. Nada parecía tranquilizar al malvado espíritu de su hermano y sus manifestaciones comenzaron a ser más violentas.

Billy no era el único miembro de la tribu que tenía problemas de ese tipo. Desde el día en el que los objetos religiosos más sagrados de la tribu habían desaparecido del lugar en el que solían ocultar las ruinas del poblado en el que habían vivido unos antepasados, poblaciones enteras habían comenzado a sufrir una fortuna aciaga. El clima pasó a ser excesivamente seco y cálido, las cosechas empezaron a ser malas y los niños contrajeron diversas enfermedades contagiosas. Los hombres de la tribu no tardaron en darse a la bebida y a enzarzarse en peleas que acabaron provocando varios muertos. Sin embargo, la peor desgracia fue que el número de personas que se creían perseguidas por fantasmas aumentó de repente. Personas que nunca habían visto un espíritu maligno empezaron a recibir extrañas visitas. Los fantasmas de los antiguos montólos se le aparecían repentinamente en sus sueños y hasta se manifestaban a luz del día. Prácticamente todos los miembros de la tribu, incluso los niños pequeños, aseguraban haber sido testigos de algún fenómeno sobrenatural.

El robo de los ídolos de madera —símbolos del sol, la luna, la tierra y el agua— devastó a la sociedad de los montólos. Su ausencia durante los ritos iniciáticos de entrada en la madurez dejó marcados para siempre a los muchachos y muchachas de la tribu, y los más jóvenes se quedaron en una especie de limbo adolescente. Los rituales más antiguos no podían celebrarse de esa manera y las ceremonias de culto entraron en declive. El sentimiento era el mismo que tendrían los cristianos, judíos y musulmanes de todo el mundo si un día la ciudad de Jerusalén desapareciera de la faz de la tierra. Lo que para una persona que no perteneciera a la tribu sería un simple caso de robo, para los montólos era una blasfemia atroz.

Sentados alrededor del fuego en los templos subterráneos que los montólos destinaban al culto, los sacerdotes discutían entre susurros cómo sería posible oír los lamentos de los ídolos que flotaban en los vientos de la noche y hacían rogativas para que volvieran a la seguridad del lugar en el que habían permanecido siempre ocultos.

Billy Yuma, por su parte, estaba exasperado. El curandero había consultado las ascuas de una hoguera y le había transmitido los requisitos que tenía que cumplir para mandar a su hermano de vuelta a los abismos y evitar que su familia siguiera sufriendo. Billy tenía que encontrar los ídolos perdidos para devolverlos al lugar que les correspondía, es decir entre las ruinas de sus antepasados. En un intento desesperado por poner fin al maleficio, había decidido combatir el fuego con el fuego: escalaría la montaña, haría frente al demonio y le pediría ayuda para recobrar los ídolos.

Aunque ya no era ningún muchacho y el ascenso podría ser peligroso si no utilizaba el equipo adecuado, Billy estaba totalmente dispuesto a cumplir el encargo.

No se iba a echar atrás. Había demasiadas personas pendientes de él.

Empezó a subir por la ladera sur. Cuando llevaba escalada una tercera parte, empezó a sentir punzadas en los pulmones como consecuencia del esfuerzo. Decidió seguir adelante sin tomarse un respiro. Quería llegar a la cima lo antes posible. La única ocasión en la que volvió la mirada fue para comprobar si su camioneta seguía en su sitio. Desde donde estaba, parecía sólo un juguete. Siguió subiendo. El sol estaba ya acercándose a la sierra de Juárez y la ladera de la montaña había empezado a perder su color ambarino para adquirir un tono rojo teja.

Billy pensó que lo mejor habría sido comenzar la escalada antes, pero había estado ocupado todo el día y cuando había llegado al pie de la montaña la tarde ya estaba avanzada. De todas formas le estaba resultando mucho más complicada de lo que había esperado. Alzó la cabeza, se puso una mano sobre los ojos y trató de calcular cuánto le quedaba por subir. La cima estaba todavía a una distancia de unos ochenta y cinco metros y en media hora sería noche cerrada. La idea de pasar la noche en compañía de la gran bestia de piedra le llenó de malos presentimientos, pero emprender el descenso en la oscuridad sería suicida.

Aunque Billy tenía cincuenta y cinco años y era bajo de estatura, su vida de ranchero le había convertido en un hombre fuerte y duro como una vieja sartén de hierro. Tal vez sus articulaciones no tuvieran la misma flexibilidad de cuando participaba en los rodeos de Tucson, ni su cuerpo la agilidad que le había permitido ser el muchacho más rápido de la tribu. Así y todo, seguía teniendo la fuerza de una cabra montesa entrada en años.

Nunca se había preocupado de llevar gafas de sol, por lo que sus ojos mostraban los efectos producidos por la exposición continua a la luz del desierto: la esclerótica se le había teñido de amarillo y tenía los lagrimales rojos. Su cara era ovalada y de mandíbula poderosa. Tenía cejas canosas e hirsutas y abundante pelo negro. En definitiva, una cara que si bien en un primer momento podría parecer inexpresiva, era en realidad el reflejo de un carácter fuerte. Esa cara dejaba adivinar unos conocimientos sobre la naturaleza que una persona ajena a sus tradiciones difícilmente podría llegar a entender.

Una sombra pasó de repente por encima de él acompañada por una brisa fresca. Billy se estremeció. ¿Sería un espíritu? ¿De dónde vendría?, se preguntó. ¿Acaso su hermano estaba intentando que se cayese? Tal vez el demonio que había en la cima había percibido que se estaba acercando y le había hecho una advertencia. Atemorizado por los malos presentimientos, Billy apretó los dientes y siguió subiendo con la mirada fija en la roca que tenía delante de sí.

Por suerte, las personas que a lo largo de los años habían subido a la montaña habían ido haciendo agujeros en la parte más empinada de la pared que facilitaban la escalada. Resultaba evidente que eran bastante antiguos, puesto que los bordes

estaban muy erosionados. A unos cincuenta metros de la cima, se encontró con una especie de tajo que le hizo los últimos metros un poco más fáciles.

Cuando ya pensaba que los músculos se le empezaban a agarrotar, se dio cuenta de que la pendiente se suavizaba. Se arrastró un par de metros más y vio por fin la cima de la montaña mágica. Se puso de pie en el momento en el que el último rayo de sol desaparecía por el horizonte. Respiró hondo y sintió en sus pulmones el aire puro del desierto. Tras sacudirse el polvo de los pantalones, alzó la vista y vio el contorno del demonio en la creciente oscuridad. Aunque sabía que la figura había sido esculpida en la piedra de la montaña, Billy habría jurado que resplandecía. Estaba cansado y dolorido, pero la efigie erosionada no le inspiraba el más mínimo temor. Todas las historias sobre los espíritus a los que no se les permitía pasar a la otra vida y que se veían obligados a vagar por la montaña no parecían impresionarle en ese momento.

Miró rápidamente a su alrededor y no vio a ninguna criatura de aspecto terrible que le estuviera acechando. En la cima de la montaña sólo estaban él y el jaguar con cabeza de serpiente.

—Ya he llegado —dijo Billy.

No obtuvo respuesta. Los únicos sonidos que oyó fueron el silbido del viento y el aleteo de un halcón, pero en ningún caso percibió los lamentos de las almas torturadas de los abismos.

—He subido a la montaña encantada para hacerte una petición —continuó.

Tampoco esta vez oyó ningún tipo de respuesta, pero no pudo evitar sentir un escalofrío por la espalda. De pronto oyó una serie de voces. Alguien estaba hablando en un extraño idioma. A los pocos segundos vio unas sombras que se movían.

Las figuras, que tenían el aspecto de seres humanos, eran transparentes, y aun así podían ser vistas. No parecían haberse percatado de la presencia de Billy, si bien caminaban a su alrededor e incluso a través de él como si fuera él quien no existiera. Sus ropas eran extrañas, y en nada se parecían a los taparrabos de algodón o a los vestidos de cuero de sus antepasados. En realidad iban vestidos como dioses. Las túnicas que llevaban y los mantos con los que las cubrían estaban adornados con dibujos de una gran complejidad y belleza. Unos llevaban unos yelmos de oro adornados con vistosas plumas de colores que cubrían sus cabezas casi por completo, mientras que los demás lucían peinados de curiosa elaboración.

A los pocos minutos las extrañas presencias desaparecieron y sus voces dejaron de oírse. Billy se quedó quieto y callado como una roca. ¿Quiénes eran estas personas desconocidas que acababan de desfilarse delante de sus ojos? ¿Le habían abierto acaso las puertas al reino de los espíritus?

Se acercó por fin al monstruo alado y con mano temblorosa tocó uno de sus costados. Se quedó sorprendido. La piedra le resultó mucho más caliente de lo que

habría cabido esperar tras un día como el que acababa de concluir. Entonces ocurrió algo increíble: uno de los ojos de la serpiente se abrió, un ojo que despedía una luz sobrenatural.

Billy empezó a sentir un miedo espantoso, pero no estaba dispuesto a flaquear ahora. Más tarde, cuando lo contase, sería acusado de sufrir hiperactividad mental, pero nunca dejaría de jurar, ni siquiera en su lecho de muerte, que el demonio le había mirado con un ojo luminoso. Hizo acopio de todo el valor que le fue posible, se puso de rodillas y, tras extender las manos, comenzó a rezar. Así estuvo durante la mayor parte de la noche hasta que finalmente cayó en una especie de trance y se durmió.

A la mañana siguiente, cuando el sol hubo teñido las nubes con una pincelada de oro, Billy Yuma se despertó y miró a su alrededor. Se encontró tumbado en el asiento delantero de su camioneta a pocos metros de la montaña mágica. La silenciosa bestia alada seguía dominando la gran extensión del desierto con su mirada de piedra.



Henry y Micki Moore seguían trabajando con el ordenador y la impresora bajo la atenta mirada de Joseph Zolar. Tras cuatro días de dedicación exclusiva, habían logrado reducir los símbolos de las imágenes a simples palabras y frases de carácter descriptivo.

El coleccionista, que se había colocado cerca de la cabeza de la momia para no molestar a los investigadores, estaba fascinado viendo cómo los dos profesores examinaban con emoción las hojas que iban saliendo de la impresora mientras sus vidas se apresuraban inexorablemente hacia su final. Seguían con sus asuntos como si el hombre del pasamontañas que los vigilaba no existiera.

Henry trabajaba con una dedicación absoluta. Su mundo se reducía al limitado ámbito académico. Como la mayor parte de los profesores universitarios de antropología y arqueología, lo que realmente le importaba era el prestigio, ya que el enriquecimiento personal estaba fuera de su alcance. Había dedicado su vida a recomponer unos cuantos cacharros y a escribir un sinfín de libros que rara gente había leído y menos aún comprado. Todos sus trabajos habían salido a la luz en ediciones reducidísimas, y la mayoría de las copias habían acabado acumulando polvo en las estanterías de las bibliotecas universitarias. Irónicamente, para él valía más el honor que, según creía, le supondría ser reconocido como el intérprete, y tal vez descubridor, del tesoro de Huáscar, que la compensación económica que obtendría por ello.

Al principio, los hermanos Zolar se habían sentido atraídos por Micki Moore, pero la indiferencia que había mostrado hacia ellos no había tardado en irritarles. Resultaba evidente que amaba a su marido y que sentía poco o ningún interés por cualquier otra persona. Ambos vivían y trabajaban en un mundo que se habían hecho a su medida.

Joseph Zolar no iba a sentir muchos remordimientos cuando murieran. Con el paso de los años, había tenido tratos con traficantes, coleccionistas y criminales verdaderamente despreciables, pero ninguno de ellos le había resultado tan enigmático como la pareja de profesores. Ahora ya ni siquiera le interesaba conocer el método que utilizarían sus hermanos para matarlos. Lo único que quería saber era cuándo iba a recibir consignas claras y concisas que le sirvieran para llegar hasta la cadena de oro de Huáscar.

Pese a que los pasamontañas habían acabado por no valer para nada, los tres hermanos seguían llevándolos siempre que estaban delante de los Moore. Estaba claro que no era fácil intimidarles.

Zolar miró a Henry Moore y trató de esbozar una sonrisa, pero no obtuvo la respuesta esperada.

—¿Ha acabado ya de descifrar los símbolos? —preguntó con cierto optimismo.

Moore hizo un guiño de complicidad a su esposa y le sonrió satisfecho.

—Sí, ya hemos terminado. La historia que describe el traje es de un gran dramatismo. Nuestra traducción de las imágenes, sinceramente, creemos que acertada, amplía notablemente el conocimiento que se tiene en la actualidad sobre la cultura de Chachapoyas. Por otro lado, obligará a reescribir todos los textos sobre los incas que se han editado hasta el momento.

—Modestia aparte... —comentó Zolar con sarcasmo.

—¿Han averiguado el lugar exacto en el que se encuentra el tesoro? —preguntó Charles Oxley.

Henry Moore se encogió de hombros.

—No lo podemos decir con precisión.

Sarason dio un paso adelante indignado.

—Me gustaría saber si nuestros ilustres profesores tienen la menor idea de lo que están haciendo.

—¿Y qué quieren? —respondió Moore fríamente—. ¿Una flecha y una frase que diga «el sitio está señalado con una X»?

—¡Sí, maldita sea, eso es exactamente lo que queremos!

Zolar sonrió con condescendencia.

—Vayamos al grano, profesor Moore, ¿qué es exactamente lo que nos puede decir?

—Les gustará saber —dijo Micki Moore tomándole la palabra a su marido— que, aunque resulte difícil de creer, la cadena de oro es sólo una pequeña parte del tesoro. El inventario que mi marido y yo hemos hecho a partir de la información que da el traje incluye al menos cuarenta toneladas de artículos y recipientes para fines ceremoniales, tocados, petos, collares y objetos de plata y oro puro. Además, el tesoro consta de enormes fardos de túnicas sagradas, un mínimo de veinte momias con sus correspondientes trajes de oro y más de cincuenta vasijas de cerámica llenas de piedras preciosas. Si nos dan más tiempo, podemos hacer un inventario detallado.

Zolar, Sarason y Oxley se quedaron mirando a Micki fijamente. Gracias a los pasamontañas, la expresión de profunda codicia que reflejaban sus caras permaneció oculta. Durante varios segundos, los únicos sonidos que se oyeron en la habitación fueron el de su respiración y el producido por la impresora. Incluso para unos hombres tan acostumbrados a manejar cantidades millonarias como ellos, el valor que parecía tener el tesoro de Huáscar resultaba inconcebible.

—El cuadro que nos pintan es realmente asombroso —declaró Zolar por fin—, pero seguimos sin saber el lugar en el que está enterrado.

—El tesoro no está enterrado en el sentido literal de la palabra —dijo Henry Moore. El profesor guardó silencio a la espera de que Zolar reaccionase, pero éste

permaneció impasible.

—A juzgar por la historia que consigna el traje —continuó Moore—, el tesoro fue escondido en una caverna sobre un río.

Sarason hizo un instintivo gesto de decepción.

—Dudo que todavía quede por descubrir alguna caverna cerca de un río conocido. Si es cierto lo que dice, el tesoro habría sido encontrado hace tiempo.

Oxley meneó la cabeza en señal de negativa.

—Veo difícil que una cadena tan grande como la que estamos buscando haya podido desaparecer en dos ocasiones.

—Y lo mismo diría yo con respecto a todos los objetos que han enumerado los Moore —añadió Zolar—. Como especialista en obras de arte inca, no se me habría pasado por alto la presencia en el mercado de objetos pertenecientes a Huáscar. Sería imposible mantener en secreto el descubrimiento de un tesoro de esas dimensiones.

—Entonces es posible que hayamos puesto demasiada confianza en los conocimientos de la pareja de profesores —sugirió Sarason—, ¿quién nos dice que no nos están dando una pista falsa?

—¿Y quién es usted para hablar de confianza? —preguntó Moore sin alterarse—. ¿Llevamos cuatro días encerrados en una cueva de hormigón sin ventanas y todavía no se fían de nosotros? Ustedes deben de ser muy aficionados a los juegos infantiles...

—No tiene razones para quejarse con todo el dinero que usted y su mujer van a ganar —dijo Oxley.

Moore permaneció sin inmutarse.

—Como iba diciendo, cuando los incas y sus guardias chachapoyanos hubieron acabado de almacenar el tesoro de Huáscar, cerraron la entrada del pasaje que llevaba hasta la caverna con rocas y tierra y plantaron a su alrededor varias plantas autóctonas para asegurarse de que nadie pudiera encontrar la entrada jamás.

—¿Hay alguna descripción en el traje del terreno que rodea la entrada de la caverna? —preguntó Zolar.

—Sólo se indica que está en la cima erosionada de una montaña. La montaña es en realidad una isla situada en un mar interior.

—Espere un momento —saltó Oxley—. Usted ha dicho hace un momento que la caverna está cerca de un río.

Moore meneó la cabeza.

—Si me hubiese prestado atención, habría entendido que la caverna está *sobre* un río.

Sarason lanzó una mirada de furia al profesor.

—Pero ¿qué ridiculez de mito nos quiere vender? ¿Una caverna sobre un río en la cima de una isla situada en un mar interior? ¿No será que la traducción se le ha ido de

las manos, eh, profesor?

—No hemos cometido ningún error —repuso Moore tajantemente—. Nuestro análisis es correcto.

—La utilización de la palabra «río» podría ser puramente simbólica —aventuró Micki Moore.

—Y la isla también —añadió Sarason.

—Tal vez se hagan una idea más clara si les damos una explicación completa —propuso el profesor.

—Ahórrense los detalles —advirtió Zolar—. Ya sabemos cómo consiguió Huáscar escaparse con todas las riquezas de su reino ante las mismísimas narices de Atahualpa y Pizarro. Lo único que nos interesa saber es el rumbo que tomó Naymlap con su flota y el lugar en el que escondió el tesoro.

Los Moore se cruzaron una mirada. Micki hizo un gesto afirmativo a su marido y éste se volvió a Zolar.

—Muy bien, puesto que somos socios... —Se calló un instante para examinar una hoja de la impresora—. Los pictogramas del traje dicen que el tesoro fue transportado a un puerto costero para ser cargado en una flota de barcos. La travesía, que fue rumbo norte, duró un total de ochenta y seis días. Durante los últimos doce días, la flota atravesó un mar interior y acabó fondeando en una pequeña isla formada por paredes escarpadas que salían directamente del agua y que le daban el mismo aspecto que un gran templo de piedra. Los incas descargaron el tesoro y lo llevaron hasta una caverna que había en el interior de la isla. Al llegar a este punto, y sea cual sea la interpretación que se haga de las imágenes, el traje indica que el tesoro fue guardado en la orilla de un río en la montaña.

Oxley sacó un mapa del hemisferio occidental y dibujó la ruta marítima que va del Perú hasta California pasando por Centroamérica y la costa de México.

—El mar interior debe de ser el golfo de California.

—Más conocido como el mar de Cortés —añadió Moore.

Sarason se puso asimismo a observar el mapa.

—Estoy de acuerdo. Desde el cabo de San Lucas hasta el Perú sólo hay mar abierto.

—¿Y las islas?

—Habrán unas dos docenas como mínimo —dijo Oxley.

—Tardaríamos años en recorrerlas todas.

Sarason cogió la traducción de los Moore y, tras leer la última página, lanzó una mirada inquisitiva al profesor.

—Se está guardando algo, amigo mío. Las imágenes del traje tienen que indicar con detalle la forma de llegar hasta el tesoro. Ningún mapa que valga la pena deja en el aire los últimos pasos de la búsqueda.

Zolar se quedó mirando fijamente la cara que ponía Moore.

—¿Es eso verdad, profesor? ¿Están usted y su esposa ocultándonos parte de las instrucciones?

—Micki y yo hemos descifrado todo lo que hay que descifrar. Eso es todo.

—Está mintiendo —afirmó Zolar en el mismo tono de voz.

—Claro que está mintiendo —saltó Sarason—. Cualquier idiota se daría cuenta de que están ocultando las pistas más importantes.

—Ésa no es la forma de hacer las cosas, profesor. Usted y su esposa harían bien en atenerse a las condiciones de nuestro acuerdo.

Moore se encogió de hombros.

—No soy tan tonto como piensan. El hecho de que aún no se hayan identificado me hace pensar que no tienen ninguna intención de cumplir su parte del acuerdo. ¿Qué garantías tenemos nosotros de lo que van a hacer? Nadie, ni siquiera nuestros amigos y familiares, sabe dónde estamos. La forma de traernos y de mantenernos aquí incomunicados equivale nada menos que a un secuestro. ¿Qué pensaban hacer cuando les diésemos todas las pistas para llegar hasta el tesoro? ¿Volvemos a vendar y llevarnos de vuelta a casa? Creo que no. Me atrevería a decir que Micki y yo seríamos discretamente borrados del mapa y nos convertiríamos en una carpeta más del archivo de personas desaparecidas. Corríjanme si me equivoco.

Moore era un hombre sumamente inteligente. Si no hubiera sido así, Zolar se habría echado a reír. Pero lo cierto era que el antropólogo había descubierto su plan y sabía cuáles eran sus intenciones.

—Muy bien, profesor, ¿cuánto quiere por las pistas?

—El cincuenta por ciento del total cuando lo encontremos.

A Sarason eso ya le parecía demasiado.

—El muy cabrón quiere echarlo todo a perder... —Se acercó a Moore, le agarró fuertemente y le empujó contra la pared—. Se acabaron las exigencias —gritó—. Ya estamos hartos de tanta tontería. Díganos lo que le hemos pedido o se lo sacaré de una paliza. Y créame, no me importaría nada verle sangrar un poco.

Micki Moore siguió en su sitio sin inmutarse lo más mínimo. La perturbadora frialdad que mostraba no tenía ningún sentido, pensó Zolar. Cualquier otra esposa se habría mostrado cuando menos atemorizada ante una amenaza tan violenta como la que su marido acababa de recibir.

Sorprendentemente, Moore esbozó una sonrisa.

—¡Adelante! Rómpame las piernas, máteme... Pero le aseguro que no encontrará el tesoro de Huáscar en lo que le queda de vida.

—Tiene razón —comentó Zolar mientras observaba con calma a Micki.

—Cuando acabe con él, no valdrá ni como comida para perros —exclamó Sarason al tiempo que levantaba el puño a la altura del hombro.

—¡Ya basta! —gritó Oxley—. Aunque sea por una cuestión de eficacia, será mejor que te desahogues con la señora Moore. Ningún hombre disfruta viendo cómo violan a su mujer.

Sarason dejó al profesor y empezó a acercarse lentamente a Micki Moore con la mirada de un perro hambriento.

—Será un verdadero placer persuadir a la señora Moore para que colabore.

—Están perdiendo el tiempo —dijo el profesor—. No le he permitido a mi mujer trabajar en la última parte de la traducción, por lo que no sabe nada sobre la localización del tesoro.

—¿Pero qué leches está diciendo?

—Está diciendo la verdad —intervino Micki serenamente—. Henry no me ha dejado ver sus conclusiones.

—Eso no cambia nada —repuso Sarason fríamente.

—Claro —dijo Oxley—. Ocúpate de la señora Moore tal y como ibas a hacerlo hasta que el profesor decida colaborar.

—Sea como sea, vamos a conseguir las respuestas que queremos.

Zolar miró fijamente a Henry Moore.

—Bien, profesor, ahora le toca a usted.

El antropólogo observó a los hermanos con gesto pensativo.

—Hagan con ella lo que quieran. Eso no va a cambiar nada.

Por un momento todos callaron. Sarason, el más decidido de los tres hermanos, se había quedado atónito. ¿Cómo era posible que un hombre fuese capaz de lanzar a su mujer a los leones sin mostrar un ápice de temor o vergüenza?

—¿Se va a quedar mirando sin decir ni una palabra mientras a su mujer le dan una paliza, la violan y la asesinan? —preguntó Zolar, atento a la reacción del profesor.

Moore seguía imperturbable.

—La estupidez y la barbarie no les va a llevar a ninguna parte.

—Es un farol. —Al profesor le habría ido bien un baño de ácido tras la mirada que le había lanzado Sarason—. Se vendrá abajo en cuanto empiece a oír los primeros gritos.

Zolar meneó la cabeza.

—Creo que no.

—Es verdad —añadió Oxley—. Hemos subestimado su profunda avaricia. El profesor no desea otra cosa que convertirse en toda una celebridad del mundo académico. ¿No es así, profesor?

Moore no se alteró al oír el insulto.

—El cincuenta por ciento de algo siempre es más que el cien por cien de nada, caballeros.

Zolar consultó a sus hermanos con la mirada. Oxley asintió de manera casi imperceptible. Sarason, por su parte, apretaba los puños con tal fuerza que los nudillos se le estaban poniendo marfileños. Se dio la vuelta y trató de contener las ganas que tenía de partirle la cara al profesor.

—Creo que podríamos dejar de lado las amenazas y zanjar este asunto de la forma adecuada —declaró Zolar—. Antes de aceptar su petición, hemos de tener la más absoluta seguridad de que nos va a llevar hasta el lugar del tesoro.

—He descifrado la descripción de la señal que indica la entrada de la caverna —les informó el antropólogo con voz clara y pausada—. No hay posibilidad de error. Sé las dimensiones y la forma: podría reconocerlo desde el aire.

La vehemencia de sus palabras no obtuvo respuesta en un principio. Zolar empezó a dar vueltas alrededor de la momia y a observar las imágenes que tenía grabadas en el oro.

—Treinta por ciento. Tendrá que conformarse con esa cantidad.

—Cuarenta o nada —respondió Moore con decisión.

—¿Quiere que se lo pongamos por escrito?

—¿Tendría validez ante un tribunal?

—Lo más probable es que no.

—Entonces tendremos que fiarnos de la palabra de cada parte. —Moore se volvió a su mujer—. Lo siento, querida, espero que no te haya molestado mucho, pero has de comprender que hay cosas más importantes que las promesas conyugales.

Qué mujer más extraña, pensó Zolar. En vez de parecer humillada, se había quedado tan tranquila: ni siquiera se había asustado.

—De acuerdo, entonces —concluyó—. Ya que somos socios, no veo la razón por la que tenemos que seguir ocultando nuestras caras. —Se quitó el pasamontañas y se arregló el pelo con una mano—. Tratad de descansar bien esta noche, porque mañana a primera hora saldréis rumbo a Heroica Guaymas en el avión de nuestra compañía.

—¿Por qué rumbo a Heroica Guaymas? —preguntó Micki Moore.

—Por dos razones. Se encuentra en el centro del golfo y un buen amigo y cliente mío me ha invitado a su hacienda, que está al norte de la ciudad. La hacienda tiene un aeropuerto privado, por lo que el sitio resulta perfecto como base de operaciones para la búsqueda.

—¿Y tú no vienes?

—Yo iré dentro de dos días. Tengo una reunión de negocios en Wichita.

Zolar se volvió a Sarason por si acaso éste se abalanzaba nuevamente contra Moore, pero no tenía nada que temer. Su hermano estaba sonriendo, si bien nadie podía saber lo que estaba pensando. Por su cabeza rondaba lo que Tupac Amara haría con el profesor Moore una vez hubieran encontrado el tesoro.

—Brunilda ha hecho ya todo lo que podía hacer —explicó Yaeger aludiendo a su querido ordenador—. Después de un intenso trabajo, creo que juntos hemos logrado averiguar el significado de aproximadamente un noventa por ciento de los ramales, aunque todavía nos quedan unas cuantas permutaciones por descifrar...

—¿Permutaciones? —preguntó Pitt entre dientes.

—Los diferentes órdenes y combinaciones de color de los ramales del quipo.

Pitt se encogió de hombros y miró a su alrededor. Se encontraba nuevamente en la sala de reuniones de la ANS en compañía del almirante Sandecker, Al Giordino, Rudi Gunn y Hiram Yaeger. La atención de todos estaba dirigida hacia este último. El técnico tenía el mismo aspecto que un coyote que hubiera estado aullando toda una noche de luna llena.

—Mi léxico deja un poco que desear —murmuró Pitt. Se acomodó en su sillón y se quedó mirando al genio de los ordenadores que tenía enfrente. Yaeger se encontraba delante de una pantalla explicando las conclusiones a las que había llegado en torno al quipo.

—Como iba diciendo, ciertos nudos y ramales son indescifrables. A pesar de que he utilizado las técnicas de análisis de datos más sofisticadas y modernas que se conocen, todo lo que he conseguido ha sido una versión aproximada de lo que describe el quipo.

—¿Un cerebro como tú? —se burló Gunn con una sonrisa.

—Einstein se habría encontrado en la misma situación. Si hubiese tenido que descifrar una piedra inca tan complicada como la roseta o un libro de instrucciones del siglo XVI para hacer quipos, habría tenido a su disposición las mismas referencias que he tenido yo, es decir ninguna.

—Si vas a decirnos ahora que no hay traca final, me voy a comer —replicó Giordino.

—El quipo de Drake es una complicada representación de datos numéricos —continuó Yaeger sin hacer caso al comentario sarcástico del submarinista—, pero no es el medio adecuado para relatar acontecimientos de manera dramática. No se puede narrar una acción con la viveza necesaria con sólo una serie de ramales coloreados y unos cuantos nudos ordenados de manera estratégica. Las personas que hacían quipos los utilizaban para lo que en realidad valían, es decir, para consignar datos poco detallados sobre sus vidas.

—Muy bien, entendido —intervino Sandecker moviendo de lado a lado uno de sus grandes puros—. ¿Por qué no nos dices ahora qué es lo que has sacado en claro?

Yaeger asintió con la cabeza y apagó las luces de la sala de reuniones. Puso en funcionamiento un proyector de diapositivas y, acto seguido, sobre la pantalla se vio



un antiguo mapa español de las costas de Norteamérica y Sudamérica.

—Sin entrar en demasiados detalles, diré que después de que Huáscar, el legítimo heredero del trono inca, fuera derrotado y depuesto por su hermanastro Atahualpa, quien además era hijo bastardo, en el año 1533, ordenó que las riquezas de su reino fueran escondidas en los Andes. Una sabia decisión, como más tarde se demostraría. Durante el tiempo que permaneció apresado, Huáscar sufrió todo tipo de humillaciones y desgracias. Todos sus amigos y familiares fueron ejecutados, y sus esposas e hijos murieron en la horca. Por si eso no fuera motivo suficiente de dolor, los españoles empezaron entonces la invasión del imperio inca. Francisco Pizarro se encontró con una situación parecida a la de Cortés en México: no podía haber elegido mejor momento. La guerra civil había mermado y dividido al ejército inca y el desorden era absoluto. Los pocos hombres que tenía Pizarro se bastaron para asesinar a varios miles de partidarios y burócratas de Atahualpa en la antigua ciudad de Cajamarca, por lo que el conquistador español logró dominar el imperio inca gracias a lo que podríamos llamar un error técnico.

—Es extraño que los incas no acabaran derrotando a los españoles —comentó Gunn—. ¿La proporción no era de cien incas por cada soldado español?

—Mil incas por cada soldado sería más exacto —le corrigió Yaeger—. El problema fue que la historia se repitió una vez más. Al igual que les había ocurrido a los aztecas con Cortés, los incas se encontraron con unos fieros hombres barbudos vestidos con unas ropas de hierro resistentes al impacto de flechas y piedras; el medio de transporte que utilizaban el caballo, les era desconocido; además iban armados con unos artilugios terroríficos: espadas, mosquetes y cañones. La situación les desbordó: se desmoralizaron rápidamente y los generales de Atahualpa se sintieron incapaces de organizar un ataque decidido en masa.

—¿Y qué pasó con el ejército de Huáscar? —preguntó Pitt—. Todavía estaban en disposición de entrar en combate.

—Sí, pero no había nadie que lo pudiera dirigir —repuso Yaeger—. La historia sólo puede formular al pasado preguntas condicionales: ¿qué habría pasado si los dos reyes incas hubiesen hecho las paces para hacer un frente común contra los temibles invasores? Es una pregunta interesante. Si los españoles hubieran sido derrotados, quién sabe dónde estarían actualmente las fronteras sudamericanas.

—No hablarían español, de eso no cabe duda —comentó Giordino.

—¿Dónde se encontraba Huáscar durante el enfrentamiento entre Atahualpa y Pizarro? —preguntó Sandecker, que por fin había decidido encender el puro.

—Apresado en Cuzco, la capital del imperio, que estaba a ciento veinte kilómetros de Cajamarca.

Sin apartar la mirada de los apuntes que estaba tomando en un cuaderno, Pitt preguntó:

—¿Y qué pasó entonces?

—Para comprar su libertad, Atahualpa acordó con Pizarro que llenaría una habitación de oro hasta la altura a la que él pudiera llegar —le respondió Yaeger—. Una habitación algo más grande que ésta.

—¿Cumplió su parte del acuerdo?

—Sí, pero como temía que Huáscar le ofreciese a Pizarro más oro, plata y piedras preciosas que él, mandó que lo ahogaran. Sin embargo, Huáscar tuvo tiempo suficiente para ordenar que escondiesen sus riquezas.

Sandecker miró al técnico a través de una nube de humo.

—Cuando murió el rey, ¿quién se encargó de llevar a cabo la orden?

—Un general llamado Naymlap. —El técnico cogió un puntero y señaló una línea roja en el mapa que iba desde los Andes hasta la costa—. El general no tenía sangre real inca. En realidad era un guerrero chachapoyano que había subido en el escalafón para acabar convirtiéndose en el consejero de mayor confianza de Huáscar. Fue él quien lo organizó todo: el transporte del tesoro de las montañas a la costa y el cargamento en una flota de cincuenta y cinco barcos que él mismo se había encargado de reunir previamente. Según la información que da el quipo, tardaron veinticuatro días en llegar hasta la costa y dieciocho más en cargar los barcos.

—No tenía ni idea de que los incas fueran un pueblo marineró —comentó Gunn.

—También lo eran los mayas. Al igual que los fenicios, griegos y romanos antes que ellos, los incas navegaban sólo por la costa. No es que les asustara salir a alta mar, pero tenían la prudente costumbre de amarrar sus barcos todas las noches sin luna y cada vez que había tormenta. Se guiaban por el sol y las estrellas y aprovechaban los principales vientos y las corrientes del litoral. Comerciabán con los habitantes de Panamá, y es posible que incluso se aventurasen más al norte. Una leyenda inca dice que uno de los primeros reyes oyó una historia sobre una isla habitada por gente muy inteligente y que tenía mucho oro. Esta isla debía de encontrarse en el confín de los mares. Pensando que podría hacerse con enormes riquezas y un gran número de esclavos, el rey construyó una enorme flota y salió con los soldados en busca de, según se dice, las Galápagos. Volvió al cabo de nueve meses con decenas de prisioneros negros y una gran cantidad de oro.

—¿Las Galápagos? —Pitt se mostró sorprendido.

—Es una hipótesis como otra cualquiera.

—¿Tenemos algún testimonio sobre su forma de construir barcos? —preguntó Sandecker.

—Según Bartolomé Ruiz, el piloto de Pizarro, tenían unas almadías de gran tamaño con mástiles y velas de algodón. Hay testimonios de otros marineros españoles en los que se describen grandes embarcaciones con cascos de madera de balsa, bambú y juncos, que podían transportar sesenta tripulantes y cuarenta o más

arcones de mercancías. Las balsas podían navegar también con grupos de remeros. Los dibujos que se han encontrado en las vasijas de arcilla precolombinas muestran embarcaciones de dos pisos con palos de popa y proa adornados con cabezas de serpiente de un estilo parecido a los dragones de los barcos vikingos.

—Por tanto no existe ninguna duda al respecto: tenían los medios para realizar una larga travesía por el océano con un cargamento de varias toneladas de oro y plata...

—Efectivamente, almirante. —Yaeger dio un golpe con el puntero sobre la pantalla y señaló la línea que indicaba la ruta que Naymlap había seguido para esconder el tesoro—. Salieron en dirección norte y tardaron ochenta y seis días en llegar a su destino. Un viaje muy largo para la época.

—¿Hay alguna posibilidad de que fueran rumbo sur? —preguntó Giordino.

Yaeger meneó la cabeza de forma negativa.

—El ordenador ha señalado que uno de los ramales representa a los cuatro puntos cardinales. El nudo superior es el norte y el inferior el sur. Para indicar el este y el oeste hay un par de ramales secundarios.

—¿Sabemos dónde arribaron? —preguntó Pitt.

—Ésa es la parte más complicada. Como resulta imposible saber el recorrido que puede hacer una balsa en millas marinas, para averiguar la velocidad de la flota sólo he podido hacer conjeturas. No voy a entrar en esto ahora, pero lo podéis leer en el informe. He de decir, de todas formas, que de cara a calcular la duración del viaje, Brunilda ha hecho un trabajo magistral, puesto que ha logrado recomponer las corrientes y los vientos del año 1533.

Pitt se puso las manos en la nuca y apoyó la silla sobre las patas traseras.

—A ver, déjame que adivine. Atracaron en algún lugar de la parte alta del mar de Cortés, también llamado golfo de California, que es un entrante de agua de enormes proporciones que separa la Baja California del resto de México.

—En una isla, como ya hemos comentado tú y yo con anterioridad —añadió Yaeger—. Los marineros tardaron doce días en almacenar el tesoro en una cueva que, a juzgar por lo que indica el quipo, debía de ser de gran tamaño. Hay una apertura, que yo he traducido como un túnel, que lleva desde el punto más alto de la isla hasta la cueva del tesoro.

—¿Y has averiguado todo esto a partir de una serie de nudos? —preguntó Sandecker con cara de incredulidad. Yaeger asintió.

—Y mucho más. Hay un ramal de color carmesí para Huáscar y un nudo negro para el día de su muerte. Atado a este hay otro ramal de color púrpura, el cual representa a Atahualpa, que, como sabemos, fue quien ordenó la ejecución. El general Naymlap está representado por un tono turquesa oscuro. Brunilda y yo también hemos descifrado el contenido del tesoro y, de veras, su valor supera con

creces todo lo que se ha encontrado durante los últimos cien años en galeones hundidos. Sandecker no parecía muy convencido. —Supongo que habrás pensado en el *Atocha*, el *Edimburgh* y el *Central América* al hacer esa afirmación.

—Y en muchos otros más. —Yaeger sonrió confiado.

—¿Y dices que se trata de una isla del mar de Cortés? —preguntó Gunn algo confuso.

Giordino no podía esperar más y fue directamente al grano.

—¿Dónde está escondido el tesoro exactamente?

—Ahora que sabemos que se encuentra en una caverna en una isla del mar de Cortés... —resumió Sandecker.

—Nos lo puedes cantar si lo prefieres —bromeó Pitt.

—Lo que yo me pregunto es qué vamos a hacer con tantas islas. El golfo está lleno de ellas —comentó Giordino dejando escapar un suspiro.

—No son tantas si nos olvidamos de las que hay por debajo del paralelo veintiocho. —Yaeger indicó un círculo en el mapa—. Estoy de acuerdo con Dirk en que Naymlap llegó hasta la parte alta del golfo.

—Todavía no nos has dicho dónde tenemos que excavar —insistió Giordino, fiel a su carácter pragmático.

—En una isla con acantilados y en forma de pináculo. Según la traducción del quipo que ha hecho Brunilda, se parece al Templo del Sol de Cuzco. —Yaeger mostró una diapositiva del golfo de California—. Este dato reduce considerablemente la zona de búsqueda.

Pitt se incorporó para estudiar el mapa con mayor facilidad.

—Las dos islas más grandes, Ángel de la Guarda y Tiburón, tienen entre cuarenta y sesenta kilómetros de largo y en las dos hay varias cimas con forma de pináculo. Tienes que reducir aún más la zona de búsqueda.

—¿Es posible que Brunilda se haya saltado algo? —preguntó Gunn.

—¿O se equivocase en la interpretación de algún nudo? —añadió Giordino al tiempo que se sacaba del bolsillo de la camisa un puro del tipo exacto de los que fumaba Sandecker y lo encendía.

El almirante le miró con cara de pocos amigos, pero no dijo nada. Hacía tiempo que no se molestaba en investigar cómo se hacía Giordino con los puros, aunque estaba claro que no se los cogía a él, puesto que se mantenía siempre la cuenta de los que le quedaban en la tabaquera.

—Reconozco que puede haber alguna laguna —respondió Yaeger—. Como he dicho antes, sólo hemos logrado descifrar un noventa por ciento de los ramales y nudos del quipo. El otro diez por ciento no está nada claro. Hay dos ramales bastante confusos. Brunilda da una interpretación muy vaga de uno de ellos: se trata de algo relacionado con un demonio de piedra. El otro no tiene ningún sentido desde un

punto de vista geológico: tiene que ver con un río que atraviesa la cueva del tesoro.

Gunn empezó a dar golpecitos con el bolígrafo sobre la mesa.

—¿Un río que corre por debajo de una isla? Es la primera vez que oigo algo así.

—A mí también me resulta extraño. Por eso no estaba muy seguro de si debía mencionarlo.

—Será alguna filtración procedente del mar —aventuró Dirk.

Gunn asintió.

—Es la única respuesta posible.

Pitt se volvió a Yaeger.

—¿No has encontrado ninguna referencia a posibles señales en el terreno?

—Creo que no ha habido suerte. Al principio tenía la esperanza de que encontraría en el demonio la clave para llegar hasta la cueva —explicó el técnico—. Parece que los nudos de ese ramal indican una distancia. Yo diría incluso que indican la distancia en pasos de túnel que va desde el demonio hasta la cueva. El problema, sin embargo, es que el cobre está en muy malas condiciones, por lo que Brunilda se ha visto incapaz de descifrar el significado del ramal.

—¿De qué tipo de demonio se trata? —preguntó Sandecker.

—No tengo ni la menor idea.

—¿No será una señal que indique el lugar del tesoro? —aventuró Gunn.

—¿O una siniestra deidad que sirva para asustar a los ladrones? —sugirió Pitt.

Sandecker dejó caer la ceniza de su puro en un vaso de cristal.

—La hipótesis podría valer, aunque hay que tener en cuenta la posibilidad de que después de los últimos cuatrocientos años la figura haya acabado reducida a una simple roca como consecuencia de la acción conjunta de los gamberros y los elementos.

—En resumidas cuentas —intervino Pitt—, estamos buscando una elevación escarpada en el terreno..., un pináculo, en una isla del mar de Cortés en cuya cima hay una escultura de piedra con la forma de un demonio.

—Sí, eso resume en líneas generales lo que he podido sacar en claro del quipo —concluyó Yaeger sentándose al lado de la mesa.

Gunn se quitó las gafas para ver si estaban sucias.

—¿Hay alguna esperanza de que Bill Straight pueda arreglar los ramales deteriorados?

—Le diré que se ocupe de ello —respondió Yaeger.

—Estará trabajando en ello con la mayor diligencia posible dentro de una hora —le aseguró Sandecker.

—Si Straight y sus expertos logran reconstruir los ramales y Brunilda puede analizarlos, creo que tendré la información suficiente como para localizar el túnel.

—Más te vale —le advirtió Pitt—, porque no quiero pasarme la vida cavando

agujeros por México. Tengo otros planes para el futuro.

Gunn se volvió a Sandecker.

—Bueno, almirante, ¿qué opina? ¿Cree que merece la pena intentarlo?

El puntilloso jefe de la ANS fijó la mirada en el mapa que había reflejado sobre la pantalla. Al cabo de unos segundos, soltó un suspiro y murmuró:

—Mañana a primera hora quiero ver en mi despacho un informe completo que incluya el presupuesto y todos los detalles de la búsqueda. Las próximas tres semanas las podéis considerar como unas vacaciones pagadas, pero no quiero que salga de esta habitación ni una palabra de lo que hemos hablado. Si los medios de información se enteran de que la ANS anda metida en la búsqueda de un tesoro, me van a poner verde en el congreso.

—¿Y si encontramos el tesoro de Huáscar? —preguntó Pitt.

—Entonces nos convertiremos en unos pobres héroes.

Yaeger no había comprendido.

—¿Unos pobres héroes?

—El almirante quiere decir que las personas que lo encuentren no serán las que se lo queden —le explicó Pitt.

Sandecker asintió con la cabeza.

—Podéis patalear cuanto queráis, pero si encontráis el tesoro, lo más probable es que hasta el último gramo de oro acabe en poder del gobierno peruano.

Pitt y Giordino se miraron el uno al otro sonriendo. Los dos sabían lo que tenía el otro en la cabeza.

—Estoy empezando a pensar que hay algo muy importante en este asunto que deberíamos tener en cuenta.

Sandecker le miró intranquilo.

—¿Se puede saber de qué se trata?

Giordino miró detenidamente su puro y dijo:

—Probablemente, lo mejor será que dejemos el tesoro en su sitio.

Gaskill estaba tumbado sobre la cama. Sobre la mesilla tenía un sandwich a medio terminar y una taza de café frío. La sábana que le tapaba estaba cubierta de hojas mecanografiadas. Cogió la taza y, tras beber un poco de café, siguió leyendo el manuscrito que tenía entre manos. Se titulaba *El ladrón al que nunca capturaron* y tenía el grosor de un libro. Se trataba de la historia de la búsqueda del Espectro, escrita por un inspector retirado de Scotland Yard llamado Nathan Pembroke. El inspector se había pasado casi cinco décadas buscando en los archivos de la policía de varios países toda la información sobre el delincuente y se había preocupado de comprobar todas las pistas, tanto si parecían verosímiles como si no.

A Pembroke le habían hablado del interés de Gaskill por el escurridizo ladrón de obras de arte, por lo que había decidido mandarle el manoseado manuscrito, el cual, si bien representaba años de arduo trabajo, ya había sido rechazado por más de treinta editores. Gaskill, en cambio, no podía parar de leerlo. Estaba totalmente absorto en el magistral trabajo de investigación que había realizado el inspector. Pembroke iba ya para los noventa años de edad y había sido el encargado de investigar el último robo conocido del Espectro, que había tenido lugar en Londres en 1939. El ladrón se había llevado un Joshua Reynolds, un par de Constables y tres Turners. Como había ocurrido con los demás grandes golpes del Espectro, el caso no fue resuelto y no se pudo recuperar ninguno de los cuadros. Pembroke estaba convencido de que no existía el crimen perfecto, por lo que se puso a buscar la identidad del Espectro de una manera que acabaría siendo obsesiva.

Medio siglo más tarde el inspector seguía tercamente ocupado con la búsqueda. Pocos meses antes de que su salud empezara a fallarle y se viese forzado a ingresar en una residencia, consiguió por fin dar un empujón definitivo a su manuscrito y poner un punto final a una obra excepcional.

Una lástima, pensó Gaskill, que ningún editor lo hubiera considerado lo suficientemente bueno para publicarlo. De haberle preguntado, el agente habría podido mencionar al menos diez casos de robos de obras de arte que podrían haber sido resueltos si *El ladrón al que nunca capturaron* hubiera estado en las librerías.

Gaskill acabó de leer la última página una hora antes del amanecer. Se recostó sobre el almohadón y se puso a mirar al techo. Las piezas empezaban a encajar. De repente, cuando los rayos del sol se asomaban ya por la ventana de su casa de Cicero, en las afueras de Chicago, Gaskill tuvo la sensación de que le habían quitado un peso de encima.

El agente se sentía como si acabara de ganar la lotería. Descolgó el teléfono con una sonrisa en los labios y tras marcar un número que se sabía de memoria, arregló el almohadón y se sentó cómodamente.

Una voz adormilada respondió al cabo de unos segundos.

—Francis Ragsdale al aparato.

—Soy Gaskill.

—Dios mío, Dave, ¿por qué me llamas a estas horas?

—¿Quién es? —murmuró casi imperceptiblemente la esposa de Ragsdale.

—Dave Gaskill.

—¿No sabe que hoy es domingo?

—Siento haberos despertado —dijo Gaskill—, pero es que tengo una noticia que no puede esperar.

—Muy bien —contestó Ragsdale entre bostezos—. Tú dirás.

—Sé el nombre del Espectro.

—¿De quién?

—De nuestro ladrón de obras de arte favorito.

Ragsdale se espabiló del todo.

—¿El Espectro? ¿Lo has logrado identificar?

—Yo no. Lo ha identificado un inspector retirado de Scotland Yard.

—¿Un inglesito?

—Ha dedicado su vida entera a escribir un libro sobre el Espectro. Aunque parte de sus afirmaciones no pasan de ser conjeturas, hay otras que resultan convincentes.

—¿Por ejemplo?

Gaskill se aclaró la garganta.

—El ladrón de obras de arte más importante de la historia se llamaba Mansfield Zolar.

—¿Puedes repetirlo?

—Mansfield Zolar. ¿Te suena de algo?

—Me estás tomando el pelo...

—Te lo juro por mi insignia.

—No me atrevo ni a preguntarte si...

—No te molestes —le interrumpió Gaskill—, ya sé en qué estás pensando. Era el padre.

—Dios mío, Zolar International. La última pieza de un puzzle que parecía imposible de completar... Los Zolar o como puñetas se llamen. Ahora todo empieza a encajar.

—A las maravillas.

—Tenías razón el otro día cuando fuimos a comer. El Espectro fue el padre de toda una generación de manzanas podridas que ahora pretende continuar la tradición.

—Por lo que puedo recordar, ya hemos tenido a Zolar International bajo vigilancia al menos en cuatro ocasiones, aunque en ninguna hemos logrado encontrar nada. De todas formas, nunca se me habría ocurrido relacionarlos con el legendario



Espectro.

—Al buró le ha pasado lo mismo —explicó Ragsdale—. Siempre hemos sospechado que tenían algo que ver con los robos de obras de arte de envergadura, pero no hemos conseguido jamás encontrar pruebas concluyentes que nos permitieran procesarlos.

—Te comprendo perfectamente. Si no existen pruebas de que los objetos han sido robados, no hay orden de registro o de arresto que valga.

—Resulta sorprendente que un negocio clandestino tan grande como el de los Zolar pueda funcionar a tal escala y no deje nunca ni rastro.

—No cometen errores —replicó Gaskill.

—¿Has intentado alguna vez introducir un agente secreto en la organización? —preguntó el agente del FBI.

—En dos ocasiones. Se enteraron casi al instante. Si no supiera con certeza que mi gente es de fiar, juraría que fueron chivatazos.

—Nosotros tampoco lo hemos conseguido. Para colmo, los coleccionistas de obras de arte robadas son tan cautos y herméticos como la organización.

—Con todo, sabemos que los Zolar blanquean las obras de arte de la misma manera que los narcotraficantes blanquean sus beneficios.

—Creo que ya va siendo hora de que dejemos de reunirnos para intercambiar datos y de que empecemos a trabajar de forma regular —dijo finalmente.

—Me gusta tu estilo —reconoció Gaskill—, así que en cuanto llegue al despacho voy a entregarle una solicitud a mi jefe para que me permita formar un equipo mixto.

—Yo voy a hacer lo mismo.

—¿Por qué no nos reunimos con nuestros equipos, digamos, el jueves por la mañana?

—Perfecto —contestó Ragsdale.

—De esa manera podemos decidir una línea de trabajo y ganar algo de tiempo.

—Hablando del Espectro, ¿has encontrado algo sobre los Riveras? El otro día me dijiste que podrías tener alguna pista.

—Todavía no he acabado —explicó Gaskill—, pero todo parece indicar que han acabado en manos de un coleccionista privado del Japón.

—¿Qué apuestas a que fueron los Zolar los que organizaron la transacción?

—Si es así, no habrá ninguna pista. Para llevar a cabo ese tipo de operaciones, utilizan un gran número de intermediarios y tapaderas. Ten en cuenta que estamos hablando de criminales de primera. Desde que el viejo Mansfield Zolar dio su primer golpe, ni tú, ni yo, ni ningún cuerpo de investigación del mundo ha sido capaz de molestar a un solo miembro de la familia. Aún no han ido a juicio ni una sola vez. Son tan perfectos que dan asco.

—Esta vez les pillaremos —dijo Ragsdale en tono animado.

—No son de los que cometen errores. Y si los cometen, no creo que nos sirvan de nada.

—Es posible, no lo niego, pero aun así siempre he tenido la sensación que alguien ajeno a todo esto, alguien que no tiene nada que ver ni con nosotros ni con los Zolar, puede acabar dando al traste con su organización.

—Quienquiera que sea, espero que aparezca pronto. No me gustaría nada ver cómo los Zolar se largan a Brasil antes de que nosotros podamos cortarles el vuelo.

—Ahora que sabemos quién fundó la organización y cuál era su método, al menos no iremos a ciegas... —comentó Ragsdale—. Antes de colgar, dime una cosa, ¿has dado con algún especialista que pueda descifrar el traje de oro que se te escapó de las manos?

Gaskill hizo una mueca. No quería que le recordaran ese asunto.

—Tenemos controlados a todos los especialistas conocidos excepto dos. Son una pareja de antropólogos de Harvard, el profesor Henry Moore y su esposa. Se han evaporado. Ni sus colegas ni sus vecinos saben dónde están.

Ragsdale se echó a reír.

—Estaría bien que les pillásemos haciendo manitas con alguno de los Zolar.

—Estoy trabajando en ello.

—Buena suerte.

—Hasta pronto —se despidió Gaskill.

—Te llamo a última hora de la mañana.

—Mejor por la tarde. Tengo un interrogatorio a las nueve.

—Entonces llámame tú en cuanto tengas algo para la reunión.

—Vale.

Gaskill colgó con una sonrisa en los labios. No tenía ninguna intención de ir al despacho esa mañana. A Ragsdale le resultaría más difícil que a él conseguir el permiso para formar el equipo mixto. Después de pasarse toda la noche leyendo, lo mejor que podía hacer era quedarse tan ricamente en la cama y echarse un sueñecito.

Era una sensación realmente agradable ver cómo un caso que parecía estar a punto de cerrarse por falta de pruebas volvía a recuperar de repente toda su vigencia. Ahora tenía las cosas más claras. Le encantaba saberse controlando la situación de igual forma que le gustaba sentirse motivado por un incentivo cualquiera.

Se preguntó dónde había oído esa frase. ¿En una clase de Dale Carnegie? ¿O era algo que había comentado uno de los consejeros de organización del Servicio de Aduanas? Se quedó dormido antes de que pudiera hallar la respuesta.

El DC-3 de Pedro Vincente aterrizó en el aeropuerto de Harlingen, Texas, y viró hacia el hangar del Servicio de Aduanas. Aunque se trataba de un modelo de cincuenta y cinco años de antigüedad, Vincente le había puesto dos motores Pratt Whitney de 1200 caballos y lo había restaurado por completo, razón por la cual ahora parecía un aparato recién estrenado.

Dos agentes uniformados salieron a su encuentro en cuanto abrió la puerta de pasajeros y comenzó a bajar la escalera. El más alto de los dos, un pelirrojo con la cara cubierta de pecas, se había puesto un portafolios delante de los ojos para protegerse del brillante sol de Texas; el otro tenía a su lado un perro sabueso sujeto con una correa.

—¿El señor Vincente? —preguntó el pelirrojo educadamente—, ¿Pedro Vincente?

—Sí, soy yo.

—Le agradecemos que nos haya avisado de su visita a los Estados Unidos.

—Estoy encantado de poder cooperar con su gobierno —contestó Vincente mientras le entregaba una copia de su plan de vuelo. Les habría estrechado la mano a los agentes, pero sabía por anteriores ocasiones que solían evitar el contacto físico.

El agente extendió la hoja sobre el portafolios y leyó detenidamente los datos que se indicaban en ella mientras su compañero y el perro registraban el avión en busca de drogas.

—Ha salido de Nicoya, Costa Rica, ¿no es así?

—Efectivamente.

—¿Y su destino es Wichita, Kansas?

—Mi ex mujer y mis hijos viven allí.

—¿Cuál es el objeto de su visita?

Vincente se encogió de hombros.

—Hago este viaje una vez al mes para visitar a mis hijos. Volveré a casa pasado mañana.

—¿Su profesión es «agricultor»?

—Sí, tengo una plantación de café.

—Espero que ése sea el único tipo de plantación que posee. El agente mantenía una inexpresiva sonrisa en los labios.

—El café me da el dinero suficiente para vivir cómodamente —replicó Vincente en tono de indignación.

—¿Sería tan amable de enseñarme su pasaporte?

Era la misma rutina de siempre. Aunque a menudo eran los mismos agentes los que salían a su encuentro, su forma de actuar no variaba y siempre le trataban como

un turista que estuviera visitando los Estados Unidos por primera vez. El agente miró la foto detenidamente y comprobó si correspondía con la persona que tenía delante. El visitante tenía el pelo negro y peinado hacia atrás, ojos castaños, tez aceitunada y nariz puntiaguda. Era un hombre de poca altura y algo enjuto, y contaba cuarenta y cuatro años de edad.

Vincente era muy escrupuloso con la ropa. Todo lo que llevaba parecía haber sido comprado en tiendas especializadas: camisa a medida, pantalones amplios, una chaqueta deportiva verde de alpaca y pañuelo de seda alrededor del cuello. El agente de aduanas pensó que tenía el mismo aspecto que un bailarín de mambo.

El agente dio por terminado el control y esbozó la sonrisa de rigor.

—¿Le importaría esperar en nuestra oficina mientras registramos su avión, señor Vincente? Supongo que ya conoce el trámite.

—Claro que sí —respondió al tiempo que le mostraba un par de periódicos en español—. Siempre vengo preparado para esperar un rato.

El agente lanzó una mirada llena de admiración al DC-3.

—Da gusto registrar un aparato tan maravilloso como el suyo. Estoy seguro de que volando es tan bueno como parece parado.

—Antes de la guerra pertenecía a la TWA, que lo utilizaba como avión comercial. La compañía minera de Guatemala que me lo vendió lo empleaba como avión de carga. Lo compré en cuanto lo vi, y me costó un dineral restaurarlo.

Cuando estaba a medio camino de la oficina, se volvió y gritó:

—¿Podría hacer una llamada al camión cisterna? No tengo suficiente combustible para llegar hasta Wichita.

—Sí, claro, pregúntele al agente que está en el despacho.

Una hora más tarde, Vincente sobrevolaba Texas en dirección a Wichita. A su lado tenía cuatro maletas con más de seis millones de dólares en su interior. Uno de los dos conductores del camión cisterna las había dejado encima del asiento del copiloto poco antes del despegue.

Tras haber realizado un minucioso registro del avión y haberse asegurado de que no llevaba ningún cargamento ilegal de drogas o artículos de contrabando, los agentes de aduanas habían permitido a Vincente que continuara su viaje. Años atrás le habían abierto una investigación, y sólo habían podido comprobar que efectivamente era un rico hombre de negocios costarricense que había amasado una gran fortuna plantando café. Era verdad: se trataba del propietario de la segunda plantación más grande de su país. Sin embargo, también era verdad que este negocio sólo le proporcionaba una décima parte de sus beneficios, y que él era el cerebro de una gran organización de narcotraficantes llamada Julio Juan Carlos.

Al igual que los Zolar, Vincente no se ocupaba personalmente de las operaciones de la organización que dirigía. Las actividades cotidianas estaban a cargo de

lugartenientes que desconocían la identidad real de su jefe.

El rico comerciante costarricense tenía, tal y como había declarado a los agentes de aduanas, una ex esposa y cuatro hijos que vivían en una granja de las afueras de Wichita. La granja se la había regalado a su mujer después de que ella le pidiera el divorcio. Había mandado construir la pista de aterrizaje tanto para facilitar las visitas a sus hijos como para la compra de las obras de arte y antigüedades robadas que le ofrecían los Zolar. Al fin y al cabo, los agentes de aduanas y narcotráfico solían preocuparse más de lo que entraba en el país que de lo que salía. Ya estaba atardeciendo cuando Vincente descendió sobre los maizales que rodeaban la pista de aterrizaje. Un avión de color dorado con una raya púrpura pintada a lo largo de los laterales estaba estacionado en uno de sus extremos al lado de una gran tienda azul con un toldo en la parte delantera. Debajo del toldo se podía ver a un hombre vestido con un traje de lino blanco sentado detrás de una mesa preparada para el almuerzo. Vincente hizo una señal desde la cabina del piloto y salió del DC-3 con tres de las cuatro maletas que había dejado el conductor del camión cisterna.

El hombre del traje de lino se levantó de la mesa y salió al encuentro de Vincente para darle un abrazo de bienvenida.

—Pedro, me alegro de volver a verte.

—Joseph, viejo amigo, no sabes con que ilusión espero siempre nuestros breves encuentros.

—Permíteme que te diga con toda sinceridad que prefiero tratar con un persona honrada como tú que con todos mis otros clientes.

Vincente sonrió.

—¿Engordando al cordero con cumplidos antes de llevarlo al matadero?

Zolar se echó a reír despreocupadamente.

—No, no, o por lo menos no antes de que hayamos brindado con unas cuantas copas de champán.

Vincente se sentó a la mesa junto a Joseph Zolar mientras una sirvienta latinoamericana servía el champán y les ofrecía unos aperitivos.

—¿Me has traído una partida interesante?

—Brindemos por una transacción que beneficia a dos buenos amigos. —Zolar golpeó levemente la copa de Vincente con la suya. Te he seleccionado personalmente un lote de rarísimas obras pertenecientes a los incas del Perú. Te he traído además una serie de objetos religiosos de una tribu india del suroeste norteamericano. Tienen un valor incalculable. Te puedo garantizar que si aceptas los objetos que me acaban de llegar de los Andes, las colecciones de arte precolombino de cualquiera de los museos del mundo van a parecer una fruslería al lado de la tuya.

—Me encantaría verlos.

—He ordenado que los expongan en el interior de la tienda para que te resulte

más cómodo.

Las personas que se aficianan a coleccionar objetos poco corrientes no tardan en convertirse en adictos: la necesidad que sienten por adquirir cosas que nadie más posee acaba por esclavizarlos. Pedro Vincente pertenecía a este tipo de personas. Su gran obsesión era ampliar su colección de obras de arte, que por otra parte muy pocas personas conocían. El coleccionista tenía la ventaja de disponer de fondos ocultos y libres de impuestos que podía blanquear siempre que quisiera para satisfacer su sed adquisitiva.

Vincente había comprado a Joseph Zolar el setenta por ciento de los objetos que integraban su colección. Durante los veinte años que llevaban haciendo negocios, jamás se había preocupado lo más mínimo por tener que pagar hasta cinco o diez veces más del valor real de una obra de arte ni de que ésta hubiera sido robada. La relación había sido ventajosa para las dos partes. Vincente blanqueaba el dinero que obtenía del tráfico de drogas y Zolar utilizaba los beneficios para aumentar su creciente lista de obras de arte robadas.

—¿Por qué son los objetos incas tan valiosos? —preguntó Vincente cuando terminó su segunda copa de champán.

—Son chachapoyanos.

—Nunca he visto una obra de arte chachapoyana.

—Pocas personas lo han hecho —explicó Zolar—. Lo que vas a tener ocasión de ver ahora ha sido extraído recientemente del perdido Pueblo de los Muertos.

—Espero que no sean las típicas vasijas y urnas funerarias —le advirtió el coleccionista costarricense, que últimamente había empezado a desconfiar—. Aún no se ha visto ni un solo objeto chachapoyano en el mercado.

Zolar abrió la puerta de la tienda con un movimiento lleno de dramatismo.

—Delítate con la mayor colección de arte chachapoyano que se haya visto jamás.

Emocionado como estaba, Vincente no acertó a ver una vitrina que había sobre unos caballetes en una esquina de la tienda. Lo primero que hizo fue acercarse a tres largas mesas dispuestas en forma de herradura y cubiertas de terciopelo negro. Sobre las dos mesas de los laterales había varias telas y unas vasijas de cerámica. La mesa central parecía el escaparate de una joyería de la Quinta Avenida. El esplendor del gran conjunto de manufacturas que había sobre ella dejó a Vincente pasmado. Jamás había visto antigüedades precolombinas de tal rareza y belleza reunidas en un mismo sitio.

—¡Esto es increíble! —exclamó—. Esta vez sí que te has superado.

—Ningún vendedor ha tenido jamás en su poder una colección semejante de obras maestras.

Vincente iba de un lado para otro, tocando y examinando los objetos con ojo

crítico. El mero hecho de sentir con los dedos tal conjunto de telas bordadas, adornos de oro y piedras preciosas le dejaba extasiado. Le parecía una verdadera incongruencia encontrarse con un tesoro de estas características en medio de un maizal de Kansas.

—Y así es el arte de Chachapoyas... —murmuró finalmente asombrado.

—Todas las piezas son originales y tienen garantía de autenticidad.

—¿Y todos estos objetos proceden de tumbas?

—Sí, de las tumbas de miembros de la realeza y de personas acaudaladas.

—Magnífico.

—¿Has visto alguna cosa en concreto que te guste? —preguntó Zolar bromeando.

—¿Tienes algo más que enseñarme? —Vincente había empezado a pensar en las condiciones de la compra.

—Lo que ves es todo lo que tengo de arte chachapoyano.

—¿No me estarás ocultando ninguna obra importante?

—En absoluto —contestó Zolar indignado— Eres el primero que ve el lote y no pienso venderlo por partes. No hace falta que te diga, amigo mío, que tengo cinco coleccionistas más a la espera de que les ofrezca una oportunidad como ésta.

—Te doy cuatro millones por todo.

—Te agradezco la generosidad de tu primera oferta. Sin embargo ya sabes que nunca regateo. El lote tiene un único precio.

—Tú dirás.

—Seis millones.

Vincente apartó varios objetos de una mesa y puso sobre ella las tres maletas que había traído consigo. El dinero estaba en fajos de billetes grandes.

—Sólo he traído cinco millones.

Zolar no se dejó engañar.

—Es una lástima que no los pueda aceptar. No se me ocurre ninguna otra persona a la que hubiera preferido vender el lote.

—Pero si soy tu mejor cliente —se quejó Vincente.

—Eso no lo puedo negar —admitió Zolar—. Somos como hermanos. Nadie aparte de mí está al corriente de tus operaciones secretas, y tú eres la única persona fuera de mi familia que conoce las mías. ¿Por qué me haces pasar por este trago cada vez que nos reunimos? Ya deberías saber cómo funciona este asunto.

De repente, Vincente se echó a reír y se encogió de hombros al estilo latino más característico.

—No sé ni para qué discutimos. Tengo más dinero del que puedo gastar y quedarme con estos objetos me va a hacer un hombre feliz. Perdóname. Tengo la mala costumbre de regatear. Mi familia nunca ha hecho negocios al por menor.

—El dinero de reserva lo tienes guardado en el avión, claro...

Sin decir ni una palabra, Vincente salió de la tienda y al cabo de unos segundos ya estaba de vuelta con la cuarta maleta. La puso al lado de las demás y la abrió:

—Seis millones y medio. Decías que tenías unos objetos religiosos de gran rareza. ¿Están incluidos en el lote?

—Te los puedes quedar a cambio del medio millón —respondió Zolar—. Los encontrarás en la vitrina que hay en la esquina.

El traficante se acercó hasta la vitrina, retiró la tela que la protegía del polvo y vio las retorcidas figuras. Resultaba evidente que no eran unos ídolos normales. Aunque parecían la obra de un niño, Vincente sabía muy bien cuál era su significado gracias a los conocimientos que tenía como coleccionista de objetos del suroeste norteamericano.

—¿Hopi?

—No, Montólo. Son muy antiguos, y muy importantes en sus ceremonias religiosas.

Vincente cogió una de las figuras para examinarla con más detenimiento. De pronto, sintió un profundo escalofrío y su corazón se saltó tres latidos. La textura de lo que estaba tocando no era la de la raíz seca de un viejo álamo: el coleccionista creyó que lo que en realidad tenía en sus manos era el suave brazo de una mujer. Habría jurado que en el momento de sacarlo de la urna el ídolo había dejado escapar un gemido.

—¿Has oído eso? —exclamó al tiempo que soltaba la figura con el mismo gesto que si se hubiese quemado.

Zolar se le quedó mirando con cara de extrañeza.

—No he oído nada.

Vincente parecía como si estuviera viviendo una pesadilla.

—Por favor, amigo mío, cerremos el trato de una vez. Luego tendrás que irte. No quiero que estas figuras permanezcan más tiempo dentro de mi propiedad.

—¿Eso significa que no quieres comprarlas? —preguntó Zolar sorprendido.

—Tú lo has dicho. Hay espíritus vivos en esos ídolos. Puedo sentir su presencia.

—Eso son tonterías de gente supersticiosa.

Vincente cogió a Zolar por los hombros y le lanzó una mirada suplicante.

—Destruyelos, te lo ruego. Destruyelos o acabarán destruyéndote a ti.



Doscientas muestras de la mejor ingeniería automovilística brillaban al sol de un veranillo de San Martín sobre la verde hierba del parque del Potomac Este.

El Capital Concours de Baux Moteurcar está dirigido tanto a aquellas personas que aprecian la belleza imperecedera y la perfección artesana de los coches como para las que sienten verdadera pasión por los automóviles antiguos. Primordialmente se trata de un acto benéfico que pretende recaudar dinero para los centros asistenciales para niños maltratados del área metropolitana de Washington. A lo largo del fin de semana que dura la exposición, cincuenta mil aficionados a los coches antiguos se apiñan en el parque para admirar los Duesenbergs, Auburns, Cords, Bugattis y Packards, todos ellos obra de constructores fallecidos hace mucho tiempo.

El ambiente suele estar cargado de nostalgia. Las personas que pasean por la exhibición para admirar el immaculado diseño y los impecables acabados de los automóviles no pueden sino tratar de imaginarse la época en la que las clases más pudientes pedían el chasis y el motor a una fábrica y luego encargaban la construcción de la carrocería a su gusto. Los visitantes más jóvenes sueñan con la posibilidad de ser algún día propietarios de un coche extranjero, mientras que los mayores de sesenta y cinco años recuerdan con cariño aquellas ocasiones de su juventud en las que los vieron circular por las calles de la ciudad.

Los coches están ordenados por año, tipo de carrocería y país de origen. Hay trofeos para los ganadores de cada clase y placas para los finalistas. «El mejor de la exposición» es el premio más codiciado de todos. Alguno de los propietarios más ricos se llega a gastar cientos de miles de dólares en la restauración de la niña de sus ojos. El nivel de perfección que se alcanza de esta manera es muy superior al que pudo tener el original el día que salió de fábrica.

A diferencia de los otros propietarios, vestidos en un estilo más conservador, Pitt llevaba una camisa hawaiana, pantalones cortos de color blanco y sandalias. Detrás de donde estaba sentado, había una resplandeciente *berlina* Pierce Arrow (un sedán de ventana dividida) de 1936 de color azul marino enganchado a una caravana Pierce Arrow Travelodge del mismo año y pintada a juego. Cuando no tenía que contestar las preguntas de los visitantes, trataba de concentrarse en la gruesa guía para navegantes del mar de Cortés. De vez en cuando apuntaba algún dato en un cuaderno amarillo con rayas azules. Ninguna de las islas de las que la guía ofrecía una fotografía se ajustaba a la descripción que Yaeger había sacado del quipo. Sólo unas cuantas tenían paredes escarpadas. Las pocas que surgían directamente del agua acababan en una meseta, en vez de adoptar la forma de un sombrero mexicano o un gorro chino. Giordino, que llevaba unos pantalones cortos de color caqui que le llegaban hasta debajo de las rodillas y una camiseta con un anuncio de tequila Alkali

Sam, atravesó la multitud en dirección a donde se encontraba su amigo acompañado por Loren, quien tenía un aspecto estupendo con un mono de color turquesa. La diputada llevaba una cesta de picnic en la mano, mientras que el submarinista cargaba con una nevera al hombro.

—Supongo que tendrás hambre —dijo ella alegremente cuando vio a Pitt—. Nos hemos quedado con la mitad de la tienda de ultramarinos.

—Lo que quiere decir —explicó Giordino mientras dejaba la nevera sobre la hierba— es que hemos comprado la suficiente comida como para alimentar a un regimiento.

Pitt se levantó de la tumbona y empezó a leer algo que había escrito en la camiseta de Giordino.

—¿Qué es eso que dice ahí del tequila Alkali Sam?

—«Si todavía tienes los ojos abiertos —recitó Giordino—, no es Alkali Sam lo que estás bebiendo».

Dirk se echó a reír e hizo una señal en dirección a la caravana.

—¿Por qué no entramos en mi palacio móvil y nos ponemos a la sombra?

Giordino cogió nuevamente la nevera y la llevó hasta la encimera de la cocina mientras Loren colocaba sus compras sobre una mesa-cama.

—Si uno piensa que fue construida durante la Depresión, resulta sorprendente el aspecto tan moderno que tiene —comentó mientras echaba una ojeada a las paredes de madera y las ventanas emplomadas de los estantes.

—Pierce Arrow era una marca innovadora —explicó Pitt—. Se metieron en el negocio de las caravanas para compensar las pérdidas que estaban teniendo con la venta de coches. Al cabo de dos años se vieron obligados a dejarlo: la Depresión acabó con ellos. Fabricaron dos modelos aparte de éste: uno más grande y otro más pequeño. Yo me he limitado a instalar el frigorífico y la cocina y hacer las reformas necesarias para devolverle al coche su aspecto original.

—He traído Corona, Coors y Cheurlin —anunció Giordino—, vosotros diréis qué veneno preferís.

—¿Qué tipo de cerveza es Cheurlin? —preguntó Loren.

—El Domaine Cheurlin seco es una marca de espumoso.

—¿Champán? ¿De dónde es?

—Nuevo México —contestó Pitt—. Se trata de un vino espumoso de excelente calidad. Al y yo visitamos el lagar durante un viaje en canoa por Río Grande.

—Muy bien —dijo Loren con una sonrisa mientras alzaba una copa alargada—. Ponme un poco.

Pitt sonrió y señaló la copa.

—Eso es trampa. Has venido preparada.

—Ya llevo suficiente tiempo contigo como para conocer tu gran secreto, —cogió

otra copa y se la pasó a Pitt— por una razón que no pienso revelar al mundo, el esforzado y temerario héroe de los abismos prefiere el champán a la cerveza.

—Bebo las dos cosas —protestó Pitt.

—Como se lo diga a los chicos en el salón —dijo Giordino con seriedad—, te vas a convertir en el hazmerreír del lugar.

—¿Cuánto me va a costar resolver este asunto? —preguntó Pitt con una fingida actitud sumisa.

Loren le lanzó una mirada tremendamente seductora.

—Eso lo podemos negociar con más tranquilidad esta noche.

Giordino señaló la guía del mar de Cortés.

—¿Has encontrado algo interesante?

—De las casi cien islas que hay en el golfo o en sus alrededores que superan los cincuenta metros de altura, he seleccionado dos «probables» y cuatro «posibles». Las demás no coinciden con la descripción geológica.

—¿Están todas al norte?

Pitt asintió.

—No he tenido en cuenta las que hay por debajo del paralelo veintiocho.

—¿Me enseñáis la zona que vais a explorar? —preguntó Loren mientras iba poniendo en varios platos queso, fiambres, pescado ahumado, una barra de pan de masa fermentada, una ensalada de col y otra de patatas.

Pitt sacó un rollo de papel de un armario y lo extendió sobre la encimera de la cocina.

—Una fotografía ampliada del golfo obtenida gracias a un satélite orbital. He señalado con un círculo las islas que más se ajustan a la descripción del quipo.

Loren y Giordino dejaron sus copas para inclinarse sobre la encimera y ver con mayor claridad la fotografía, que mostraba de forma extraordinariamente pormenorizada el norte del mar de Cortés.

—Es increíble la nitidez que tiene —comentó Loren mientras observaba las islas con una lupa que le había pasado Pitt.

—¿Ves alguna cosa que se parezca a una roca pero que no tenga aspecto natural? —preguntó Giordino.

—La ampliación es buena, pero no tanto.

Loren examinó durante unos segundos las islas que Dirk había señalado y se volvió a él.

—Supongo que tu plan ahora es hacer un vuelo de reconocimiento por las islas que has mencionado.

—Ése es el siguiente paso en el proceso de eliminación.

—¿En avión?

—En helicóptero.

—Me da la impresión de que es un área demasiado extensa como para recorrerla en helicóptero —comentó Loren—. ¿Dónde vais a tener la base de operaciones?

—En un viejo transbordador.

—¿En un transbordador?

—Sí, se trata de un transbordador de pasajeros y coches que en el pasado hacía la travesía de la bahía de San Francisco. En 1957 lo compraron los mexicanos y lo utilizaron para comunicar el golfo entre Heroica Guaymas y Santa Rosalía. En 1962 quedó fuera de servicio. Rudi Gunn lo ha alquilado por cuatro cuartos.

—Esto hay que agradecerse al almirante —gruñó Giordino—. Su generosidad no conoce límites.

—¿En 1962? —exclamó Loren—. De eso hace treinta y seis años. Si aún no se ha ido a pique es porque lo tienen en un museo.

—Por lo que nos ha dicho Rudi, se utiliza todavía como barco de trabajo. Al parecer la cubierta superior es lo suficientemente grande como para que quepa un helicóptero —explicó Pitt—. Rudi me ha asegurado que nos servirá perfectamente como pista para los vuelos de reconocimiento.

—Cuando no podamos hacer más batidas por falta de luz —continuó Giordino—, iremos con el transbordador hasta el siguiente grupo de islas que Pitt haya seleccionado. De ese modo evitaremos estar demasiadas horas en el aire.

Loren le pasó a Pitt un plato y unos cubiertos.

—Ya veo que lo tenéis todo bien organizado. ¿Habéis planeado algo para cuando encontréis un lugar que parezca prometedor?

—Organizaremos la excavación cuando hayamos estudiado la geología de la isla —contestó Pitt.

—Bueno, ya podemos empezar el banquete —anunció Loren. Giordino no se anduvo con cumplidos y comenzó a prepararse un bocadillo de tamaño monumental.

—Señora mía, ha preparado usted un bufet estupendo.

—Así me ahorro el suplicio de la cocina —dijo Loren entre risas—. ¿Y los permisos? No podéis andar excavando por México sin una autorización del gobierno.

Pitt se puso un buen número de lonchas de mortadela sobre una rodaja de pan.

—El almirante Sandecker ha decidido que lo mejor será que esperemos. No es conveniente dar publicidad a este asunto. Si se corriera la voz de que estamos detrás de uno de los mayores tesoros de la historia, tendríamos una plaga de buscadores a nuestro alrededor en un abrir y cerrar de ojos. Además, las autoridades mexicanas no tardarían en echarnos del país. Así se quedarían ellos con el tesoro. Para colmo, el Congreso le montaría una buena a la ANS por haber estado gastando el dinero de los contribuyentes en una búsqueda de este tipo en el extranjero. Por lo tanto, cuanto más calladnos estemos, mejor.

—No podemos permitir que nos dejen fuera de juego cuando por fin tenemos la

oportunidad de llegar a nuestro objetivo —concluyó Giordino con una seriedad poco habitual en él.

Loren se quedó en silencio mientras se servía un poco de ensalada de patatas. Finalmente, preguntó:

—¿Por qué no incluís a alguien en vuestro equipo que os pueda respaldar en caso de que las autoridades mexicanas empiecen a sospechar y a hacer preguntas? Pitt la miró fijamente.

—¿Te refieres a un experto en relaciones públicas?

—No, me refiero a un miembro de hecho del Congreso de los Estados Unidos que vaya con identificación.

El submarinista posó su mirada en los sensuales ojos violetas de Loren.

—¿Tú?

—¿Por qué no? El presidente del Congreso ha suspendido las sesiones de la semana que viene y mis consejeros pueden ocuparse del trabajo pendiente. Además me encantaría dejar unos días Washington para visitar México.

—Sinceramente, a mí me parece una idea estupenda —dijo Giordino. Miró a la diputada y le guiñó un ojo—. Dirk siempre se muestra mucho más simpático cuando estás tú.

Pitt abrazó a Loren.

—Si algo saliese mal..., si este asunto nos estallase en las manos fuera del país y tú estuvieses con nosotros, el escándalo que se produciría echaría a perder tu carrera política.

Ella le miró con cinismo.

—Y entonces los electores me obligarían a echarme a la calle y no me quedaría mas remedio que casarme *contigo*.

—Un futuro bastante más desagradable que el de aguantar los discursos presidenciales —comentó Giordino—, aunque no deja de ser mala idea.

—No sé por qué, pero no nos imagino avanzando por la nave principal de la catedral de Washington y ocupándonos de las tareas domésticas en una típica casa de ladrillo de Georgetown —comentó Pitt en tono pensativo.

Loren esperaba otro tipo de respuesta, pero sabía que Pitt no era un hombre corriente. Recordó la primera vez que se habían visto, diez años atrás, en una fiesta organizada por un antiguo secretario de Estado del Medio Ambiente cuyo nombre había olvidado. El magnetismo que él despedía la había atraído de inmediato. No era un hombre guapo al estilo de una estrella de cine, pero su masculinidad, esa sensación que transmitía de que no se andaba con tonterías, despertaron en ella un deseo que no había sentido en presencia de ningún otro hombre. También era verdad que era alto y delgado, lo cual había que agradecer. Como diputada había conocido muchos hombres poderosos y con fortuna, y algunos de ellos condenadamente

guapos. Pitt en cambio llevaba su reputación de aventurero sin ningún problema y no se preocupaba lo más mínimo por el poder y la fama. No había que darle vueltas: era un tipo a carta cabal.

Habían mantenido una relación irregular y sin compromisos. El había conocido a otras mujeres y ella había conocido a otros hombres, y aun así el vínculo entre ellos se había mantenido. La cuestión de casarse siempre se les había antojado fuera de lugar: los dos estaban casados con su trabajo. Sin embargo, la relación había ido madurando con el paso de los años y, además, Loren sabía muy bien que no le quedaba mucho tiempo si todavía quería tener hijos.

—No tiene por qué ser de esa manera —declaró por fin.

Pitt sabía muy bien lo que le quería decir.

—Es cierto —afirmó cariñosamente— podemos mejorar varias cosas de forma sustancial.

Ella le miró con curiosidad.

—¿Es esto una declaración?

Sus verdes ojos la miraron con una mezcla de calma e intensidad.

—Digamos que estaba sugiriendo algo de cara al futuro.

—¿Podrías acercarte a la cumbre más alta? —preguntó Sarason a su hermano Charles Oxley—. La cima de la más baja es demasiado escarpada para lo que estamos buscando.

—¿Ves algo?

Sarason se asomó por la ventana del hidroavión y volvió a mirar por los prismáticos.

—Podría ser esta la isla. Te lo diría con seguridad si supiera qué tipo de señal estamos buscando.

Oxley ladeó el bimotor Baffin CZ-410 para que su hermano pudiera ver mejor la cima. Se trataba de la isla Danzante, una formación rocosa de laderas con pendientes muy pronunciadas, un área de cinco kilómetros cuadrados y una altura de cuatrocientos metros, situada al sur de la turística ciudad de Loreto.

—Responde a la descripción —comentó mientras fijaba la mirada al frente—. Tiene un par de playas de pequeño tamaño en las que pueden atracar los barcos y hay muchísimas cuevas en las faldas de la montaña. ¿Qué opinas, hermano?

Sarason se dio la vuelta y miró al hombre que estaba sentado en la parte trasera de la cabina.

—Yo diría que el respetado profesor Moore sigue ocultándonos algo.

—Les avisaré cuando vea el lugar apropiado —replicó Moore secamente.

—¿Por qué no tiramos al muy cabrón por la ventanilla a ver si se echa a volar? —saltó Sarason.

Moore se cruzó de brazos sin inmutarse.

—Adelante, pero de esa manera no encontrarán el tesoro jamás.

—Estoy empezando a hartarme de oírle decir eso... —Bueno, ¿qué me dice de la isla Danzante? ¿Coincide con la descripción o no? —preguntó Oxley.

Moore le arrebató los prismáticos a Sarason y examinó el accidentado paisaje de la isla. Al cabo de unos segundos, se los devolvió y se fue tranquilamente a su sitio para seguir disfrutando de su martini con hielo.

—No es la que estamos buscando —anunció pomposamente.

Sarason empezó a retorcerse las manos para no estrangular al profesor. Cuando por fin recobró la calma, volvió a la guía del navegante para reanudar la búsqueda. Se trataba de la misma guía que estaba utilizando Pitt.

—El siguiente objetivo es la isla del Carmen. Área: ciento cincuenta kilómetros cuadrados. Longitud: treinta kilómetros. Varias cimas por encima de los trescientos metros.

—Ésa no vale —advirtió Moore—. Es demasiado grande.

—Agradecemos su presta respuesta —comentó Sarason con sarcasmo—. El

siguiente objetivo es isla Cholla, un islote en el que sólo hay un faro y unas cuantas cabañas para pescadores.

—Ésa tampoco vale.

—Entonces pasamos a la isla de San Ildefonso, a seis kilómetros al este de San Sebastián.

—¿Tamaño?

—Dos kilómetros y medio aproximadamente. No tiene playa.

—La isla ha de tener playa. —Moore se acercó el martini a los labios. Se sirvió las últimas gotas que quedaban en la coctelera y puso gesto de disgusto—. Es imposible que los incas atracaran y descargaran el tesoro en una isla sin playa.

—Tras San Ildefonso pasamos a la bahía Coyote —leyó Sarason—. Tiene seis islotes que no serán más grandes que una roca.

Oxley ascendió hasta alcanzar una altitud de setecientos metros y viró rumbo norte. Media hora más tarde sobrevolaban la bahía y la gran península que la protegía del golfo. Oxley comenzó a descender en círculo justo encima de los seis islotes que había en la entrada de la bahía.

—Aquí tenemos dos posibilidades: la isla Guapa y la isla Bargo —comentó Sarason—. Las dos tienen acantilados y tienen unas cimas pequeñas pero despejadas.

Moore se estiró y miró por la ventana.

—No tienen un aspecto muy prometedor... —De repente se calló y agarró nuevamente los prismáticos de Sarason—. Esa isla de ahí abajo.

—¿Cuál? —preguntó Sarason con irritación—. Hay seis islas...

—La que se parece a un pato al revés.

—Isla Bargo. Coincide con la descripción. Tres laderas muy escarpadas y cumbre redondeada. Además tiene una pequeña playa.

—Ésa es. —Moore parecía muy emocionado—. Tiene que ser ésa.

Oxley le lanzó una mirada de escepticismo.

—¿Cómo puede estar tan seguro?

Durante un instante, la cara de Moore adquirió una curiosa expresión.

—Un presentimiento, sólo es eso.

Sarason le quitó los prismáticos de las manos y examinó la isla.

—Ahí, sí, en la cumbre hay algo esculpido en la roca.

—No se fije en eso. No significa absolutamente nada —le espetó Moore mientras se enjugaba una gota de sudor que le caía por la frente.

Sarason no era ningún tonto. Pensó que podría ser una señal que habían dejado los incas para indicar el pasadizo que llevaba hasta el tesoro.

Moore se sentó nuevamente y se quedó callado.

—Voy a bajar y acercarme a la playa —dijo Oxley—. Al menos desde aquí no parece muy difícil subir hasta la cumbre.



Sarason asintió.

—Sí, baja.

Oxley dio dos vueltas cerca de la playa para asegurarse de que no había ningún arrecife en el tramo donde pensaba amarar. Entonces perdió altura, entró suavemente en contacto con el agua y enseguida alcanzó a las olas que se dirigían hacia la playa.

Las hélices brillaban bajo el sol y lanzaban enormes cantidades de espuma sobre las alas.

Oxley tiró de la palanca del gas y el avión empezó a perder velocidad, manteniendo la justa para subir a la playa. Cuando sólo faltaban cuarenta y seis metros, se abrió el tren de aterrizaje. Las ruedas no tardaron en entrar en contacto con la arena y empezaron a subir hacia la superficie. El hidroavión salió del agua con la parsimonia de un pato.

Dos pescadores aparecieron por el umbral de la pequeña cabaña de madera y se quedaron boquiabiertos delante del aparato mientras Oxley apagaba los motores y las hélices empezaban a perder fuerza. Sarason fue el primero en saltar a la arena, seguido de Moore y del propio Oxley, quien se ocupó de cerrar con llave la puerta de pasajeros y la del compartimiento de carga. Para extremar las medidas de seguridad, Sarason pagó a los pescadores para que vigilaran el aparato. Entonces emprendieron la marcha en dirección a la cumbre por un sendero medio borrado. Aunque la caminata resultó ser bastante sencilla en un principio, al cabo de un rato los tres hombres empezaron a notar cómo el camino se iba empinando poco a poco. Las gaviotas volaban majestuosamente sobre sus cabezas, lanzando graznidos y observándolos con indiferencia. Una de ellas, más curiosa que las otras, se lanzó con las alas extendidas sobre el sudoroso profesor y le salpicó la camisa.

El antropólogo, que ya empezaba a sufrir los efectos del alcohol y el esfuerzo se quedó mirando la camisa con expresión ausente. Sarason saludó a la gaviota con una sonrisa en los labios y se encaramó sobre una roca que bloqueaba el camino. El mar se abrió ante sus ojos. Desde ahí se podía ver la playa del Coyote y detrás la sierra del Cardenal.

Moore se había detenido. Sudaba copiosamente y tenía dificultades para recuperar el aliento. Parecía estar a punto de desmayarse. Oxley le sujetó y le ayudó a subir hasta la cumbre.

—¿Nadie le ha dicho nunca que el alcohol y el montañismo no son una buena combinación?

Moore no le hizo caso. De repente, dio un respingo: el cansancio desapareció de su cara y se enderezó. Entornó los ojos con la mirada de concentración de un borracho y tras empujar a Oxley a un lado, se echó a andar dando traspiés en dirección a una roca del tamaño de un coche y en la que se había tallado toscamente la figura de un animal. Como si hubiese sufrido una alucinación, se tambaleó hasta la

escultura y empezó a palparla.

—Un perro —murmuró a duras penas—, tan sólo es un estúpido perro.

—Se equivoca, es un coyote —le corrigió Sarason—. El animal que da nombre a la bahía. Los pescadores más supersticiosos lo esculpieron para que les protegiera cuando salieran al mar.

—¿Qué interés puede tener para ti una vieja escultura de piedra como esta? —preguntó Oxley.

—Desde un punto de vista antropológico las esculturas pueden constituir una gran fuente de conocimientos.

Sarason estaba observando a Moore. Por primera vez, su mirada no expresaba desprecio. Estaba completamente seguro de que el profesor acababa de revelar la pista clave que indicaba el lugar del tesoro.

Ahora podría matar a Moore, pensó Sarason fríamente. Podría tirar al hombrecillo por el acantilado oeste de la isla. Se estrellaría contra las rocas. ¿A quién le importaría? El cuerpo se alejaría a la deriva y acabaría siendo pasto de los tiburones, con lo que habría muy pocas probabilidades de que la policía mexicana abriese una investigación.

—¿Te has dado cuenta de que ya no nos hacen falta tus servicios, Henry? —Era la primera vez que Sarason tuteaba al profesor y la familiaridad resultaba desagradable.

Moore meneó la cabeza y habló con una compostura glacial, impropia para las circunstancias.

—No lo conseguirán sin mí.

—No farolee, porque resulta ridículo —se mofó Sarason. Ahora sabemos que debemos buscar una isla con una escultura, una escultura antigua, supongo. ¿De qué manera puedes contribuir ahora a la búsqueda?

La borrachera del profesor parecía haber desaparecido. Ahora hablaba con la sobriedad de un juez.

—La escultura de piedra es sólo el primer punto de referencia de los varios que pusieron los incas. Todos ellos tienen que ser interpretados.

Sarason esbozó una malévola sonrisa.

—¿No me irás a mentir ahora, verdad, Henry? No pensarás decirnos a mí y a mi hermano que la isla de Bargo no es la isla del tesoro para que luego puedas volver solo y llevártelo todo. De veras espero que no se te esté pasando por la cabeza esa triquiñuela.

La mirada que le lanzó Moore no fue de miedo sino de desprecio.

—Reviente la cumbre —le replicó encogiéndose de hombros—, a ver qué consigue. Incluso puede allanar la isla y seguirá sin encontrar ni rastro del tesoro. Nunca llegará a encontrar nada a menos que alguien le ayude a descifrar las señales.

—Puede que tenga razón —intervino Oxley con calma—. Si está mintiendo, siempre podemos volver y excavar por nuestra cuenta. Salimos ganando de cualquiera de las maneras.

Sarason siguió sonriendo. Sabía lo que el profesor se traía entre manos. El antropólogo estaba intentando ganar tiempo. No hacía más que intrigar y esperar el momento adecuado para llevarse todo el tesoro. Sin embargo, Sarason, también era un intrigante y tenía en cuenta todas las alternativas. En ese momento no creía que Moore tuviera ninguna posibilidad de escaparse con el tesoro, a menos que hubiese ideado un plan realmente extraordinario.

Tolerancia y paciencia, ésas eran las contraseñas por el momento, decidió Sarason. Se acercó a Moore y le dio una palmada en el hombro.

—Le ruego que me perdone y que comprenda mi frustración, profesor. Volvamos al avión para acabar la jornada como es debido. A todos nos vendría bien un baño frío, un margarita y una buena cena.

—Amén —concluyó Oxley—. Mañana reanudaremos la búsqueda en el punto en el que la hemos dejado hoy.

—Sabía que verían la luz —comentó Moore—, yo les enseñaré el camino. Todo lo que tienen que hacer, muchachos, es tener fe.

Sarason fue el primero en entrar en el avión. Dejándose llevar por una corazonada, cogió la coctelera y probó las gotas que quedaban. Era agua, no ginebra.

Sarason maldijo para sus adentros. No se hacía la idea de lo peligroso que Moore podía llegar a ser. ¿Por qué habría fingido que estaba borracho si no era para dar a entender que era una persona inofensiva? Poco a poco empezó a caer en la cuenta que el profesor no era en absoluto lo que aparentaba. Henry Moore era algo más que el famoso y respetado antropólogo que parecía a primera vista.

Siendo como era un hombre capaz de cometer un asesinato sin el menor remordimiento, Sarason habría debido reconocer a un asesino nada más verlo.

Micki Moore salió de la piscina de la hacienda y se echó sobre una tumbona. Llevaba puesto un bikini rojo que apenas ocultaba su esbelto cuerpo. Como hacía buena temperatura, decidió secarse al sol. Alzó la vista hacia la casa y pidió a un sirviente que le trajera otro ron. Actuaba como si fuera la dueña del lugar y hacía caso omiso de los guardias armados que andaban por los jardines. Su comportamiento no correspondía en absoluto al de un rehén.

La casa había sido construida en torno a la piscina y los jardines de vegetación tropical. Las habitaciones principales tenían balcones con espectaculares vistas al mar y a la ciudad de Heroica Guaymas. Micki estaba encantada de poder disfrutar a sus anchas de la piscina y su habitación con patio y jacuzzi privado mientras los demás recorrían el golfo en busca del tesoro.

Cogió su reloj de una pequeña mesa y consultó la hora. Eran las cinco en punto.

Los hermanos y su marido no tardarían mucho en regresar. Dejó escapar un suspiro de placer: pronto estarían sentados a la mesa con una maravillosa cena de productos típicos del lugar.

Micki se bebió de un trago el ron que había pedido y se recostó para echar una siesta. Antes de dormirse, creyó oír el ruido de un coche cerca de la entrada principal de la finca.

Cuando se despertó minutos después, sintió un poco de frío. Seguramente el sol ya se habría puesto. Al abrir los ojos, sin embargo, descubrió que la figura de un hombre que estaba delante de ella le producía sombra.

Los ojos del hombre eran tan negros como dos profundos estanques. Al igual que la expresión de su cara, no reflejaban vida alguna. El extraño estaba demacrado, como si llevara mucho tiempo enfermo. Micki no pudo evitar sentir un escalofrío. Resultaba extraño que en vez de fijarse en su cuerpo medio desnudo, clavara la mirada en sus ojos. Le daba la impresión de que estaba mirando en su interior.

—¿Quién es usted? —preguntó—. ¿Trabaja para el señor Zolar?

El extraño tardó varios segundos en contestar. Cuando por fin lo hizo, su voz sonó extraña, sin entonación.

—Me llamo Tupac Amaru.

Entonces se dio la vuelta y se alejó.

El almirante Sandecker dio un paso adelante y alargó la mano para saludar a Gaskill y Ragsdale cuando entraron en su despacho. Esbozó una sonrisa llena de cordialidad y dijo:

—Caballeros, por favor, siéntense y pónganse cómodos.

Gaskill miró fijamente al hombrecillo que tenía delante.

—Muchas gracias por atender a nuestra visita.

—No es la primera vez que la ANS trabaja con el Servicio de Aduanas y el FBI. Nuestras relaciones siempre se han basado en una amistosa cooperación.

—Confío en que no le inquietara el hecho de que quisiéramos concertar una reunión con usted —declaró Ragsdale.

—Sentí curiosidad más que otra cosa. ¿Les apetece una taza de café?

Gaskill hizo un gesto afirmativo.

—Solo, por favor.

—Yo lo tomaré con cualquier edulcorante artificial que tenga a mano, por favor.

Tras hablar por el interfono, Sandecker levantó la mirada y dijo:

—¿Y bien, caballeros, qué puedo hacer por ustedes?

Ragsdale fue directo al grano.

—Nos preguntábamos si la ANS nos podría prestar su ayuda para resolver un asunto bastante espinoso relacionado con el tráfico de obras de arte.

—La verdad es que se sale un poco de nuestro ámbito —dijo Sandecker—. Nosotros nos dedicamos a la ciencia y la ingeniería oceanográfica.

Gaskill asintió.

—Lo comprendemos, pero ha llegado a nosotros la noticia de que una persona que trabaja en su agencia ha introducido en el país un valioso objeto de contrabando.

—Esa persona soy yo —contestó Sandecker sin inmutarse.

Gaskill y Ragsdale se miraron el uno al otro y se movieron inquietos en sus sillas. Ésa no era la respuesta que esperaban.

—¿Sabe usted, almirante, que la legislación de los Estados Unidos prohíbe la importación de objetos robados de acuerdo con el convenio de las Naciones Unidas que protege las antigüedades de todo el mundo?

—Sí, lo sé.

—¿Y sabe también que la embajada ecuatoriana ha presentado una protesta al respecto?

—El caso es que fui yo quien insistió en que se presentase.

Gaskill soltó un suspiro y se relajó en su silla.

—Estaba convencido de que este asunto iba más allá de un simple delito de contrabando.

—Creo que el señor Gaskill y yo agradeceríamos que nos diese una explicación sobre todo lo ocurrido.

Sandecker esperó mientras su secretaria particular, Julie Wolff, dejaba la bandeja con las tazas de café sobre el escritorio.

—Perdóneme, almirante, pero Rudi Gunn acaba de llamar desde San Felipe para informarle que él y Al Giordino han llegado sin ningún problema y están haciendo los últimos preparativos antes de dar comienzo a la operación.

—¿Dónde se encuentra Dirk?

—Está viajando en coche. En este momento debe de estar atravesando Texas.

Sandecker se volvió a los agentes del gobierno mientras Julie salía del despacho y cerraba la puerta.

—Disculpen la interrupción. ¿Por dónde íbamos?

—Nos iba a explicar la razón por la que ha introducido de contrabando en los Estados Unidos un objeto robado —le recordó Ragsdale en un tono serio.

El almirante abrió una caja de puros despreocupadamente y se la alargó a los agentes, quienes hicieron un gesto negativo. Se recostó entonces sobre su sillón, encendió uno de los puros y tras soltar una bocanada de humo en dirección a la ventana, comenzó a relatar la historia del quipo de Drake, empezando por la guerra entre los príncipes incas y acabando por la traducción que había realizado Hiram Yaegerde los ramales coloreados y los nudos.

—Pero, almirante, ¿no nos irá a decir ahora que la ANS tiene la intención de meterse en el negocio de la búsqueda de tesoros?

—Claro que no —contestó Sandecker con una sonrisa en los labios.

—¿Podría explicarnos por qué se cursó la protesta? —preguntó Gaskill.

—Como medida de seguridad. El Ecuador se encuentra metido en un desagradable conflicto con un ejército de campesinos rebeldes de las montañas. Como las autoridades gubernamentales no nos iban a permitir que nos lleváramos el quipo a los Estados Unidos para descifrarlo, puesto que entonces el pueblo pensaría que su gobierno había vendido a un país extranjero un valiosísimo tesoro perteneciente a su patrimonio nacional, dijimos que se trataba de un robo, y de esa manera les quitamos el problema de encima. El asunto ha quedado de la siguiente manera: el gobierno ecuatoriano ha dejado el quipo en préstamo a la ANS durante un año. Cuando se lo devolvamos terminado el plazo con toda la ceremonia de rigor, el país lo considerará todo un triunfo y el gobierno se llevará todos los parabienes.

—¿Y por qué la ANS y no el Smithsonian o el National Geographic?

—Porque no tenemos ningún interés patrimonial. Además, estamos en mejor posición para mantener la búsqueda y el descubrimiento fuera del alcance de los medios de comunicación.

—De todas formas, legalmente no están autorizados para quedarse con nada.

—Desde luego. Si lo encontramos en el mar de Cortés, que es donde creemos que está, México dirá que el tesoro les pertenece por una simple cuestión geográfica y el Perú protestará invocando sus derechos como propietario original. En definitiva: tendrán que buscar la manera que les permita llevarse el tesoro a sus respectivos museos.

—Y mientras, nuestro Ministerio del Interior obtendrá el reconocimiento que supone el llevar a cabo un buen trabajo de relaciones públicas con nuestros queridos vecinos de sur —añadió Ragsdale.

—Usted lo ha dicho, caballero, no yo.

—¿Por qué no notificó todo lo que estaba pasando al Servicio de Aduanas y al FBI? —preguntó Gaskill.

—Lo que hice fue informar al presidente —replicó Sandecker con suma tranquilidad—. Si la presidencia no les puso al corriente, tendrán que echarle la culpa a la Casa Blanca.

Ragsdale acabó su café y dejó la taza sobre la bandeja.

—Almirante, ha logrado resolver un problema que nos concernía a todos. Créame si le digo que es un gran alivio para nosotros no tener que molestarle con una investigación. Para bien o para mal, depende de cómo usted lo mire, lo que ha conseguido con esto es poner al descubierto un problema diferente.

Gaskill se volvió a Ragsdale.

—La coincidencia es poco menos que asombrosa.

—¿La coincidencia? —preguntó Sandecker con curiosidad.

—Después de casi quinientos años de silencio, en cuestión de sólo cinco días han aparecido dos pistas de procedencia diferente que son esenciales para resolver el misterio del tesoro de Huáscar.

Sandecker se encogió de hombros.

—Me temo que no les acabo de entender.

Gaskill pasó a contarle al almirante la historia del traje de oro de Tiapollo y a ponerle al corriente de la investigación en torno a Zolar International.

—¿Me está diciendo entonces que en este momento hay otro grupo de personas buscando el tesoro de Huáscar? —preguntó Sandecker con gesto de incredulidad.

Ragsdale asintió.

—Se trata de una banda internacional que se dedica al contrabando y falsificación de obras de arte. Sus operaciones le reportan al año millones y millones de dólares libres de impuestos.

—No tenía ni idea.

—Por desgracia, nuestro gobierno y los medios de comunicación no han sabido ver lo conveniente que sería informar al gran público sobre la actividad criminal que más dinero mueve a excepción del narcotráfico.

—Se calcula —explicó Gaskill— que el valor de las obras robadas del museo Gardner de Boston en abril de 1990 llegaba a los doscientos millones de dólares. Y estamos hablando de un solo robo.

—Si consideramos el conjunto de las operaciones que la industria del robo, contrabando y falsificación de obras de arte lleva a cabo en prácticamente todos los países del mundo —continuó Ragsdale—, las cifras que empezamos a barajar rondan los miles de millones.

—El número de obras de arte y antigüedades robadas durante el último siglo iguala al de los nombres de la guía de teléfonos de Nueva York —añadió Gaskill.

—¿Y quién compra tal cantidad de objetos? —preguntó Sandecker.

—La demanda excede en gran medida a la oferta —respondió Gaskill—. Esta situación se debe, aunque sea indirectamente, a los coleccionistas más ricos, porque son ellos los que, al elevar tanto la demanda, mantienen el mercado en funcionamiento. Se puede decir que hacen cola en el mercado negro para comprar objetos robados de gran importancia histórica. La lista de clientes está llena de celebridades: jefes de Estado, políticos destacados, estrellas de cine, empresarios influyentes e incluso directores de museos importantes que hacen la vista gorda cuando les ofrecen obras de arte procedentes del mercado negro. A poco dinero que tengan, las compran.

—Los narcotraficantes también compran enormes cantidades de objetos robados. Es una forma rápida y sencilla de blanquear dinero y además, una buena inversión.

—Entiendo que los objetos no registrados se pierdan con facilidad en un mercado tan amplio —dijo Sandecker—. Sin embargo, estoy convencido de que las esculturas y las pinturas más conocidas tienen que acabar apareciendo.

Ragsdale meneó la cabeza.

—Es una cuestión de suerte que nos den un soplo y consigamos descubrir un buen lote de objetos robados. De vez en cuando nos llama el director de un museo o un tratante honesto que ha reconocido una obra que han procurado venderle, pero es algo excepcional. La gran mayoría de las obras permanecen en paradero desconocido por falta de pistas.

—Un número incalculable de antigüedades robadas por ladrones de tumbas son vendidas antes de que cualquier arqueólogo pueda estudiarlas —añadió Gaskill—. Por ejemplo, durante la Guerra del Golfo, las fuerzas contrarias a Hussein y los rebeldes chiítas y kurdos desvalijaron los museos iraquíes y se llevaron miles de objetos de todo tipo: joyas, telas, vidrieras, vasijas de cerámica, sellos cilíndricos, lápidas sin traducir o monedas de plata y oro. Muchos de estos objetos pasaron por los traficantes y las casas de subastas antes de que pudieran ser catalogadas y se diesen por perdidas o robadas.

—Parece mentira que un coleccionista pague grandes cantidades de dinero por



algo que sabe que pertenece a otra persona —comentó Sandecker—. Evidentemente no puede hacer alarde de ello a menos que se quiera arriesgar a que se corra la voz y que le arresten. ¿Qué hace con lo que compra entonces?

—Digamos que es una especie de enfermedad mental —contestó Ragsdale—. Gaskill y yo podríamos hacerle una lista todo lo larga que quisiera de coleccionistas que almacenan sus adquisiciones en un lugar secreto que visitan una vez al día o incluso una vez cada diez años. Da igual que los objetos no estén expuestos al público: lo que les entusiasma es poseer algo que sólo tienen ellos.

Gaskill asintió.

—La adicción al coleccionismo puede llevar a ciertas personas a tramar cosas realmente macabras. Ya es bastante desagradable la profanación que supone vaciar una tumba india de calaveras y momias de mujeres y niños para luego venderlas, pero es que hay coleccionistas de recuerdos de la Guerra de Secesión norteamericana que han llegado a tal punto que son capaces de excavar un cementerio con el único propósito de conseguir las hebillas de los cinturones de uno y otro bando.

—Una triste muestra de a lo que puede llevar la avaricia —apostilló Sandecker.

—Las historias sobre robos de tumbas son infinitas —continuó Ragsdale—. Los restos de los antepasados de todas las culturas, empezando por los de los hombres del Neanderthal, han acabado despedazadas y diseminadas por el mundo. El respeto por los muertos significa bien poco si hay algún beneficio por medio.

—Dado su incontenible afán por conseguir antigüedades —añadió el agente del Servicio de Aduanas—, muchos coleccionistas se convierten en los candidatos perfectos para los timos. Su compulsiva forma de comprar fomenta la lucrativa industria de las falsificaciones.

—Al no ser objeto de un estudio arqueológico como es debido, las copias no son descubiertas. Muchos museos de prestigio cuentan con obras falsas en sus colecciones y nadie se da cuenta. Los directores de los museos y los coleccionistas están poco dispuestos a creer que un falsificador les ha timado y pocos expertos tienen las suficientes agallas como para poner en entredicho si una determinada obra es original o no —explicó Ragsdale.

—Las obras de arte más famosas tampoco son respetadas —añadió Gaskill—. El agente Ragsdale y yo hemos trabajado en casos en los que una obra maestra ha sido robada y copiada por expertos. Luego se ha devuelto la imitación y la persona que la ha «encontrado» se ha ganado sus honorarios sin ningún problema. Los responsables del museo han colgado tan tranquilamente la copia en el lugar del original sin darse cuenta que les han engañado.

—¿Cómo se distribuyen y venden los objetos robados? —preguntó el almirante.

—Los ladrones venden las partidas a través de una red de tratantes, quienes lo único que hacen es poner el dinero y supervisar las operaciones. Las ventas las

realizan sus agentes, de ese modo aquellos no tienen que revelar su identidad.

—¿No se les puede descubrir investigando la red de ventas?

Gaskill negó con un movimiento de cabeza.

—Los proveedores y sus distribuidores realizan su trabajo de manera clandestina y en el más absoluto anonimato. Resulta prácticamente imposible penetrar en la red con alguna probabilidad de desvelar la identidad de los traficantes más importantes.

—Es algo muy diferente a la operación de seguir a un drogadicto hasta su camello y luego investigar la cadena de proveedores para descubrir a los grandes narcotraficantes. Estos suelen ser personas incultas que a veces ni siquiera se preocupan de ocultar su identidad y que con frecuencia también están enganchadas. En el caso de los traficantes de obras de arte, nos enfrentamos a gente muy culta que suele tener contactos en las altas esferas del mundo empresarial y político. Son personas astutas y con recursos. Excepto en casos aislados, nunca tratan con sus clientes personalmente. Cuando logramos descubrirlos, se encierran en su cascarón y dificultan nuestras investigaciones contratando un ejército de caros abogados.

—¿No han tenido suerte hasta el momento? —preguntó Sandecker.

—Hemos capturado a unos cuantos traficantes de poca monta que trabajan por su cuenta —contestó Ragsdale—. Tanto el FBI como el Servicio de Aduanas han logrado recuperar un considerable número de obras. Normalmente se intercepta un envío o se captura al comprador, quien de todas formas suele eludir la cárcel con la excusa de que no sabía que se trataba de una partida de objetos robados. Lo que hemos logrado recuperar no es más que una insignificancia. Mientras no consigamos pruebas sólidas, nos será imposible detener a los traficantes más importantes.

—Me da la impresión de que están claramente en inferioridad de condiciones.

—Somos los primeros en admitirlo —reconoció Ragsdale.

El almirante se quedó en silencio moviéndose lentamente de un lado a otro en su silla giratoria. Tras reflexionar unos segundos sobre todo lo que le habían contado los agentes, preguntó:

—¿Cómo podría ayudarles la ANS?

Gaskill se echó ligeramente hacia adelante.

—En nuestra opinión, las cosas se ponen mucho más fáciles por el hecho de que, sin saberlo, usted ha comenzado la búsqueda del tesoro de Huáscar al mismo tiempo que el traficante de obras de arte más importante del mundo.

—Zolar International.

—Efectivamente. Una familia cuyos tentáculos llegan hasta los rincones más escondidos del negocio.

—Ni el FBI y ni el Servicio de Aduanas se han topado jamás con un grupo de falsificadores, ladrones y contrabandistas como éste. No hay organización que haya logrado mantenerse operativa tal cantidad de años y que además disponga de un

número tan elevado de contactos en el extranjero y de compradores de importancia. Han ganado miles de millones con este negocio.

—Pues ustedes dirán —propuso Sandecker.

—Ésta es nuestra gran oportunidad para atraparles —anunció Gaskill—. Ante la posibilidad de hacerse con una verdadera fortuna, los Zolar han acabado olvidándose de toda precaución y se han lanzado sin más a la búsqueda del tesoro. Si logran encontrarlo, tendremos una oportunidad de oro para estudiar su método y para seguirlos hasta su almacén oculto.

—Donde podrán echarles el guante cuando estén con las manos en la masa... —concluyó Sandecker.

Ragsdale sonrió.

—Bueno, ya no utilizamos ese tipo de expresiones, almirante, pero sí, de eso se trata.

Sandecker estaba intrigado.

—¿Entonces lo que quieren es que suspenda nuestra operación de búsqueda?

Gaskill y Ragsdale se miraron el uno al otro y asintieron.

—Sí —afirmó Gaskill—, eso es lo que queremos.

—Con su aprobación, claro está —añadió Ragsdale rápidamente.

—¿Han consultado esto con sus superiores?

Ragsdale movió la cabeza afirmativamente con gesto solemne.

—El director Moran del FBI y el director Thomas del Servicio de Aduanas han dado su aprobación.

—¿Les importaría si llamase para confirmarlo?

—En absoluto —dijo Gaskill—. Le ruego disculpe que el agente Ragsdale y yo no nos hayamos ocupado de solicitar a nuestros superiores que hablen con usted directamente, pero hemos creído que lo mejor sería que le explicásemos la situación nosotros mismos, puesto que tenemos conocimiento de primera mano sobre el caso.

—Se lo agradezco —repuso Sandecker generosamente.

—¿Entonces está dispuesto a colaborar con nosotros? —preguntó Ragsdale—. ¿Va a cancelar la operación de búsqueda?

Sandecker se quedó mirando durante unos segundos las volutas de humo que salían de su puro.

—La ANS está dispuesta a cooperar con el Servicio de Aduanas y el buró en lo que sea. Sin embargo, no pienso cancelar el proyecto.

Gaskill miró fijamente al director de la ANS sin estar muy seguro de si estaba bromeando o no.

—Creo que no le comprendo, almirante.

—¿Han tratado en alguna ocasión de buscar algo que lleve perdido casi cinco siglos?

Ragsdale miró a su compañero y se encogió de hombros.

—Por lo que respecta al buró, diré que nuestras operaciones de búsqueda se suelen restringir a personas desaparecidas, fugitivos y cadáveres. Los tesoros perdidos se salen de nuestro ámbito.

—No creo que sea necesario que tenga que describir el tipo de cosas que busca el Servicio de Aduanas —dijo Gaskill.

—Estoy al corriente del propósito de sus respectivos trabajos —replicó Sandecker en un tono relajado—. Son actividades muy diferentes a lo que supone la búsqueda de un tesoro. Las probabilidades de éxito en nuestro caso son prácticamente nulas. No podemos interrogar a personas que murieron hace quinientos años. Del quipo y el traje de oro sólo hemos conseguido obtener alguna vaga referencia a una misteriosa isla en el mar de Cortés. Las pistas que tenemos indican que la aguja que buscamos se encuentra en alguna parte de un pajar de ciento sesenta mil metros cuadrados. Imagino que los Zolar no serán más que unos aficionados en este tipo de operaciones, así que las probabilidades que tienen de encontrar la cueva en la que está escondido el tesoro de Huáscar son más bien escasas.

—¿Piensa que su equipo tiene más probabilidades? —preguntó Gaskill.

—El director de operaciones especiales de la ANS y los hombres que trabajan con él forman el mejor equipo que hay en este campo. Si no me creen, pueden comprobarlo en nuestros archivos.

—¿Entonces de qué manera piensa cooperar con nosotros? —preguntó Ragsdale con escepticismo.

Sandecker hizo su propuesta.

—Aunque nuestra operación y la de los Zolar van a coincidir, nosotros vamos a mantenernos al margen. Ellos no tienen por qué sospechar que estamos metidos en el mismo asunto, así que, si nos ven, lo más probable es que se imaginen que estamos trabajando en uno de nuestros proyectos oceanográficos. Si los Zolar logran encontrar el tesoro, mi equipo se evaporará y regresará a Washington.

—Pongamos que no lo logran... —preguntó Ragsdale.

—...y la ANS tampoco, entonces es que el tesoro prefiere permanecer oculto.

—¿Y si la ANS consigue encontrarlo? —insistió Ragsdale.

—Dejaremos miguitas de pan para que los Zolar lleguen hasta él. Cuando lo encuentren, se creerán que todo el mérito ha sido suyo. —Sandecker se calló un instante y miró fijamente a los dos agentes—. A partir de ese momento, caballeros, el espectáculo corre de su cuenta.

—¿Te imaginas que aparezca Rodolfo Valentino encima de una duna y me lleve a su tienda? —preguntó Loren con voz adormilada. Estaba sentada en el asiento de copiloto del Pierce Arrow con las piernas recogidas y la mirada fija en el mar de dunas que dominaba el paisaje.

—Sigue mirando —ordenó Pitt—. Un poco más al norte se encuentran las dunas de Coachella, que es donde Hollywood solía hacer muchas de sus películas del desierto.

Habían entrado en California por el río Colorado, cerca de Yuma, y ahora, tras recorrer cincuenta kilómetros de la autopista interestatal número ocho, se disponían a torcer en dirección a las ciudades fronterizas de Calexico y Mexicali. Los conductores y los pasajeros de los coches que iban pasando no podían evitar lanzar una mirada de asombro al antiguo automóvil y a la caravana que llevaba a remolque.

Loren había logrado persuadir a Pitt para que hicieran el viaje hasta México en el viejo coche para luego enlazar con una gira por el sur de Arizona que organizaba el Club de Coches Antiguos de Estados Unidos y que iba a comenzar al cabo de dos semanas. Pitt no creía que serían capaces de encontrar el tesoro en tan poco tiempo, pero había accedido porque le gustaba conducir coches antiguos en ocasiones como ésa.

—¿Cuánto falta para llegar a la frontera? —preguntó Loren.

—Faltan cuarenta y dos kilómetros para México —respondió Pitt—. A esto hay que añadir otros ciento sesenta y cinco, que son los que hay desde la frontera hasta San Felipe. Llegaremos al muelle en el que Al y Rudi han amarrado el transbordador a la hora de cenar.

—Hablando de comida —continuó ella perezosamente—, el frigorífico está vacío y los armarios también. Ayer en Sedona acabamos con todas las provisiones excepto el café y los cereales del desayuno de hoy.

Pitt apretó la rodilla de la diputada y sonrió.

—Así que la mejor forma de mantener contentos a los pasajeros es llenándoles el estómago...

—¿Qué te parece si hacemos un alto en la parada de camiones que hay dentro de poco? —propuso ella al tiempo que se incorporaba y le indicaba una señal que estaba a punto de caerse sobre la arena.

La señal estaba tan vieja y descolorida por el sol que resultaba difícil leer el rótulo.

«Tenemos cerveza helada y una comida que le gustaría a la más exigente de las madres. Se encuentra usted a sólo dos minutos del restaurante El Vagón».

Dirk soltó una carcajada.

—Lo de la cerveza helada no suena nada mal, pero no sé si fiarme de lo de la comida. Cuando era pequeño, mi madre me preparaba unos platos que eran como para salir huyendo.

—Debería darte vergüenza. Tu madre es muy buena cocinera.

—Ahora sí, pero hace veinticinco años ni un vagabundo muerto de hambre se habría atrevido a acercarse a nuestra casa.

—No sé como puedes decir esas cosas. —Loren encendió la vieja radio del coche y trató de sintonizar una emisora de Mexicali. Al poco rato encontró una que programaba música mexicana y que sonaba con gran claridad—. Me da igual hasta que el cocinero tenga la peste: me estoy muriendo de hambre.

«Deja que te acompañe una mujer durante un viaje largo» pensó Pitt, «y no hará más que decirte que tiene hambre y que quiere ir al servicio».

—Además, se te está acabando la gasolina —remató Loren.

Pitt miró el nivel de gasolina. La aguja indicaba un cuarto de depósito.

—Sí, supongo que no nos vendría mal llenarlo antes de cruzar la frontera.

—De todas formas, no me parece que hayamos hecho demasiados kilómetros desde la última gasolinera.

—Es difícil que un coche grande construido hace sesenta años con un motor de doce cilindros y una caravana pueda ganar un premio al ahorro de gasolina.

Por fin aparecieron ante sus ojos el restaurante y la gasolinera. Todo lo que se veía era un par de vagones desvencijados que en su día habrían pertenecido a un tren de mercancías. Delante de ellos había dos surtidores de gasolina. Un tubo de neón que decía comida parpadeaba a la sombra del restaurante. En la parte de atrás se veían unas cuantas caravanas destartadas con todo el aspecto de estar vacías y abandonadas. En el aparcamiento de grava que separaba el restaurante de la carretera había unos veinte motociclistas apiñados en torno a un grupo de Harley-Davidsons bebiendo cerveza y disfrutando de la brisa que soplaba del golfo.

—Chico, qué manera de beber...

—Tal vez sería mejor que siguiéramos adelante —murmuró Loren, que parecía habérselo pensado mejor.

—¿Te asustan los motociclistas? Lo más probable es que sean unos viajeros cansados como tú y como yo.

—De lo que no cabe duda es que no visten como nosotros —comentó sin quitarles ojo de encima. El grupo estaba dividido en hombres y mujeres a partes iguales. Tanto ellos como ellas llevaban trajes de motociclista de color negro adornados con insignias, parches y distintivos de todo tipo que ensalzaban la moto más famosa de los Estados Unidos. Pitt dio un golpe de volante y el Pierce giró en dirección a los surtidores. El motor V-12 era tan silencioso que resultaba difícil decir si se apagaba al dar la vuelta a la llave de contacto. Abrió la puerta delantera y de un

salto se plantó fuera.

—Hola —dijo a la motorista que había más cerca, una rubia teñida que tenía el pelo recogido en una coleta y llevaba pantalones y chaqueta de cuero negro—, ¿qué tal es la comida en este sitio?

—No llega a la altura de la Spago y Chasen —informó amablemente—, pero si lo que quieres es un matahambre, no está nada mal.

Entre los dos surtidores había un cartel de metal cosido a balazos que decía «autoservicio», por lo que Dirk cogió la manguera y empezó a llenar el depósito de gasolina del Pierce Arrow. Al remozarlo, el taller había cambiado las válvulas del motor para que pudiese quemar gasolina sin plomo sin ningún problema.

Loren se recostó sobre el asiento con gesto receloso al ver que los motociclistas habían empezado a acercarse para admirar el viejo automóvil y la caravana. Tras contestar a un verdadero aluvión de preguntas y enseñarles el motor, Pitt abrió la puerta del copiloto y sacó a Loren del coche.

—He pensado que te gustaría conocer a estas personas tan agradables. Son miembros de un club de motociclismo de Hollywood Oeste.

Loren creía que Dirk estaba bromeando, y se sintió profundamente azorada cuando hizo las presentaciones. Su sorpresa fue enorme cuando se enteró de que los motociclistas eran en realidad un grupo de abogados que habían decidido pasar el fin de semana por el sur de California en compañía de sus mujeres. Cuando Pitt dijo el nombre de ella, ellos comentaron que les sonaba, por lo que no pudo evitar sentirse halagada.

Tras una agradable charla, los abogados y sus esposas se despidieron, se montaron en sus motazas y desaparecieron en dirección al valle Imperial en medio del ruido atronador de los tubos de escape. Pitt y Loren se volvieron y se encaminaron a los vagones.

Los raíles sobre los que se apoyaban los herrumbrosos coches de tren estaban hundidos en la arena. Las desconchadas paredes de madera aún dejaban adivinar el color ocre del que habían estado pintadas antaño. Encima de la larga hilera de ventanas toscamente instaladas que tenían los vagones había un rótulo que decía Southern Pacific Lines. Gracias a la sequedad del aire, el armazón de los coches había sobrevivido a los embates de la intemperie y parecía estar en unas condiciones relativamente buenas.

Pitt tenía en su poder un capítulo de la historia del ferrocarril, un coche Pullman que formaba parte de la colección que guardaba en su hangar de Washington. El otrora lujoso coche había salido de Nueva York a remolque del afamado Manhattan Limited en los años previos a la Primera Guerra Mundial. Pitt calculó que estos vagones de mercancías habrían sido construidos en torno al año 1915.

Subieron una improvisada escalera y entraron por una puerta situada al fondo de

uno de los coches. El interior tenía aspecto vetusto, pero estaba limpio y ordenado. No había mesas, sino una barra de roble que atravesaba los dos vagones con una hilera de taburetes dispuestos frente a ella. La cocina se encontraba detrás de la barra y era de madera. Las tablas con la que estaba hecha daban la impresión de haber estado expuestas al sol durante siglos. De las paredes colgaban varias fotografías de antiguas locomotoras escupiendo humo por sus chimeneas y transportando pasajeros y mercancías por el desierto. Había además un *jukebox* Wurlitzer que combinaba varios éxitos de las décadas cuarenta y cincuenta con los sonidos de las locomotoras de vapor. Se podía elegir dos selecciones por 25 centavos.

Pitt echó un cuarto de dólar y eligió *Sweet Lorraine* de Frankie Carie y el sonido producido por una locomotora de vapor Norfolk Western de expansión única en el momento de salir de la estación y empezar a coger velocidad.

Un hombre alto de sesenta y pocos años, pelo canoso y barba blanca estaba limpiando la barra. Alzó la vista y sonrió: sus ojos, de un color verde azulado tenían una expresión cálida y cordial.

—Hola, amigos. Bienvenidos al restaurante El Vagón. ¿Van muy lejos?

—No mucho —contestó Pitt mientras lanzaba a Loren una sonrisa de crápula—. Salimos de Sedona más tarde de lo que teníamos planeado.

—A mí no me mires —replicó ella orgullosamente—. Fuiste tú el que se despertó ardiendo en pasiones carnales.

—¿Qué les puedo servir? —preguntó el hombre de la barra.

Llevaba botas de vaquero, pantalones tejanos y una camisa de tartán descolorida por el uso.

—La cerveza helada del anuncio no estaría nada mal —comentó Loren mientras abría un menú.

—¿Mexicana o del país?

—¿Corona?

—Enseguida se la pongo. ¿Y usted caballero?

—¿Qué tiene de barril? —preguntó Pitt.

—Olympia, Coors y Budweiser.

—Una Olympia, por favor.

—¿Algo para comer?

—Una hamburguesa mezquite con chile y una ensalada de col —dijo Loren.

—Yo no tengo mucha hambre —dijo Pitt—, tomaré sólo una ensalada de col. ¿Es usted el dueño del local?

—Se lo compré al primer dueño cuando dejé la prospección. —Les sirvió las cervezas y se volvió a la cocina.

—Los vagones son verdaderas reliquias de la historia del ferrocarril. ¿Los trajeron aquí o había antiguamente una línea en esta zona?



—Estamos justo sobre el apartadero de la antigua vía principal —respondió el dueño del bar—. Antes había un servicio desde Yuma hasta El Centro, pero desapareció en 1947 porque se empleaba muy poco. El auge de los camiones acabó con él. Estos vagones los compró un tipo que trabajaba para la Southern Pacific. Él y su mujer los utilizaron para construir el restaurante y la gasolinera, aunque con la carretera interestatal al norte ahora ya no pasan muchos coches por aquí.

El dueño del establecimiento daba la impresión de haber formado parte del desierto desde antes incluso de que se hubiesen puesto las vías. Tenía el aspecto cansado de alguien que ha visto más cosas de las debidas. Seguramente su memoria registraba miles de historias en varios apartados: drama, humor y terror. Aun así, el hombre tenía cierto estilo, cierta sofisticación que daba a entender que ese bar perdido en una carretera poco transitada del desierto no era su sitio.

Pitt tuvo la fugaz impresión de que el viejo cocinero le resultaba vagamente familiar. Cuando se puso a pensarlo, se imaginó que sería sólo alguien que guardaba cierto parecido con una persona que no lograba recordar.

—Estoy seguro de que podría contarnos alguna historia interesante sobre las dunas que nos rodean —dijo por fin en tono de charla.

—Son las tumbas de muchos pioneros y mineros que intentaron cruzar durante el verano los cuatrocientos kilómetros de desierto que separan Yuma de Boriego Springs.

—No encontraron nada de agua después del río Colorado, ¿verdad? —preguntó Loren.

—Fue antes de que trataran de traer agua al desierto: no había ni una gota hasta Boriego. Cuando ya estaban muertos, se supo que la habían tenido a menos de cinco metros de donde se encontraban. Fue tan traumático que sus fantasmas han vuelto y merodean por el desierto.

Loren estaba perpleja.

—Creo que hay algo que no entiendo.

—En la superficie del valle no hay nada de agua —explicó el anciano—, pero por debajo hay verdaderos ríos, algunos tan grandes como el Colorado.

Pitt puso cara de curiosidad.

—No sabía que existiesen ríos subterráneos en el desierto.

—Hay dos como mínimo. Uno es enorme. Baja desde el suroeste de Nevada hasta el desierto de Mojave, tuerce hacia el oeste y acaba desembocando en el Pacífico por debajo de Los Ángeles. El otro pasa por el oeste por debajo del valle Imperial de California y tuerce hacia el sur para morir en el mar de Cortés.

—¿Cómo se sabe que estos ríos existen en realidad? —preguntó Loren—. ¿Hay alguien que los haya visto?

—Se cree que la corriente subterránea que desemboca en el Pacífico fue

descubierta por un ingeniero que buscaba petróleo —respondió el cocinero mientras preparaba una hamburguesa—. Según explicó después, detectó el río con sus instrumentos geofísicos y lo siguió por Mojave y Laguna Beach al océano. Hasta el momento nadie ha probado o refutado su descubrimiento. Lo del río del mar de Cortés forma parte de una vieja historia. Por lo visto un prospector descubrió una cueva, se metió en ella y llegó hasta una caverna en la que había un río.

Pitt dio un leve respingo. La traducción que Yaeger había hecho del quipo le había venido de repente a la cabeza.

—¿Y cómo fue la descripción que el prospector hizo del río subterráneo?

El dueño del restaurante siguió hablando cara a la cocina.

—Se llamaba Leigh Hunt y lo más seguro es que fuera un mentiroso con mucha imaginación. De todas formas juró y perjuró que en 1942 había descubierto una cueva en las montañas de Castle Dome, que están al noreste, no muy lejos de aquí. Se metió y estuvo andando cerca de dos kilómetros hasta que vio un enorme cañón subterráneo por el que corría un río. Según dijo, la arena era muy rica en oro.

—Creo que ya he visto esa película —intervino Loren con cara de incredulidad.

El cocinero se dio la vuelta y gesticuló con la espátula que estaba utilizando para cocinar.

—Los técnicos a los que consultó Hunt le dijeron que la arena valía tres mil dólares la tonelada, lo cual no está nada mal si pensamos que en aquella época el oro estaba a veinte dólares y sesenta y cinco centavos la onza.

—¿Volvió Hunt al cañón? —preguntó Pitt.

—Lo intentó, pero toda una manada de buitres, locos por llegar al «río de oro», que es como se le acabó llamando al lugar, le siguió hasta la montaña, Hunt no pudo soportarlo e hizo explotar dinamita a unos cien metros de la entrada de la cueva. La mitad de la montaña se vino abajo. Ni el propio Hunt ni los que le seguían lograron abrirse paso entre las rocas o encontrar otra cueva que les llevase hasta el cañón subterráneo.

—Con la tecnología minera actual —sugirió Pitt—, no sería muy complicado volver a abrir la cueva.

—Sí claro, si uno estuviese dispuesto a gastarse dos millones de dólares —replicó el cocinero—. Nunca he oído hablar de nadie que se quiera jugar tanto dinero por algo que probablemente no sea más que un cuento. —Tras servirles los platos y ponerse una jarra de cerveza, dio la vuelta a la barra y se sentó al lado de Pitt.

—Se dice que el viejo Hunt logró entrar nuevamente en la montaña, pero no volvió a salir. Desapareció poco después de que hubiese volado la montaña y no se le volvió a ver. Se llegó a decir que había muerto en el interior. Aún hay quien cree en la existencia del río y el cañón, aunque la mayoría de la gente piensa que no es más que una de las típicas historias que se cuentan sobre el desierto.

—Ese tipo de cosas existen —afirmó Pitt—. Hace unos años formé parte de una expedición y encontramos una corriente subterránea.

—¿En algún punto del desierto del suroeste? —preguntó el anciano.

—No, en el Sahara. Pasaba por debajo de una planta de reciclado de basuras y se llenaba de residuos tóxicos. Como desembocaba en el Atlántico, el litoral estaba siempre contaminado.

—El río Mojave, que está hacia al norte, se pierde bajo tierra después de correr varios kilómetros por la superficie. Nadie sabe exactamente dónde acaba.

—Parece bastante convencido de que el río de Hunt desemboca en el mar de Cortés. ¿Cómo sabe que no muere en el Pacífico, en la costa de California? —preguntó Loren entre bocado y bocado.

—Por la mochila y la cantimplora de Hunt. Las perdió en la cueva y al cabo de seis meses las encontraron en una de las playas del golfo.

—¿No cree que es bastante improbable que eso ocurra? La mochila y la cantimplora podrían haber sido de cualquier otra persona. ¿Por qué habría de creerse nadie que eran suyas? —Loren miró al cocinero con la misma cara que habría puesto en una comisión de investigación del Congreso.

—Pues porque tenía su nombre impreso.

Loren esquivó el inesperado obstáculo sin inmutarse.

—Se podrían encontrar un montón de buenas razones para explicar el hecho de que sus cosas acabaran en el golfo. Alguien que se las hubiera robado a Hunt podría haberlas dejado allí, o lo que es más probable: Hunt no murió en la cueva y perdió sus cosas en el mar.

—Es posible —admitió el cocinero—, pero entonces ¿cómo se explica la presencia de los otros cuerpos?

Pitt miró al anciano fijamente.

—¿De qué cuerpos está hablando?

—Los del pescador que desapareció en el lago Cocopah —contestó el dueño del local en voz baja, como si temiera que le oyera alguien— y los de los dos buceadores de la poza del Diablo. Sus restos fueron hallados flotando en el golfo.

—Y el chismógrafo del desierto difunde otro par de cuentos por toda la región... —comentó Loren secamente.

El cocinero levantó su mano derecha.

—Es la pura verdad. Consulte los archivos que hay en la oficina del sheriff si quiere comprobarlo.

—¿Dónde está la poza y el lago? —preguntó Pitt.

—El lago Cocopah, donde se perdió el pescador, está al sureste de Yuma. La poza del Diablo está en México, en la vertiente norte de la sierra Mayor. Se puede trazar una línea desde la montaña de Hunt hasta el mar de Cortés que pasa directamente por

el lago Cocopah y la poza del Diablo.

Loren continuó con el interrogatorio.

—¿Y no cabe la posibilidad de que se ahogaran en el golfo?

—El pescador y su mujer llevaban casi todo el día en el lago. Ella quería volver a la camioneta para cenar. El pescador la llevó hasta la orilla y luego se volvió para seguir pescando. Una hora más tarde, cuando ella salió a buscarlo, todo lo que encontró fue la barca vuelta del revés. Tres semanas más tarde, un persona que estaba haciendo esquí acuático en el golfo halló el cuerpo a ciento cincuenta kilómetros del lago.

—Yo en cambio diría que su mujer acabó con él, tiró el cuerpo al mar y utilizó la corriente subterránea como coartada.

—¿Y los buceadores? —preguntó Pitt.

—No hay mucho que contar. Se metieron en la poza del Diablo, que es en realidad una falla llena de agua, y no volvieron a salir. Un mes más tarde aparecieron en el golfo en un estado lamentable.

Pitt jugueteaba con el tenedor en el plato de ensalada: la cabeza le iba a cien por hora y ya no tenía nada de hambre.

—¿No sabrá exactamente dónde aparecieron las cosas de Hunt?

—No me he parado a pensar detenidamente en las circunstancias que rodearon los casos —contestó el dueño del restaurante con la mirada perdida en el suelo de madera—, pero por lo que puedo recordar tanto el equipo de Hunt como los cuerpos aparecieron en los alrededores de la punta del Macharro.

—¿Qué parte del golfo es ésa?

—La de la costa oeste. Está a pocos kilómetros al norte de San Felipe.

Loren se volvió a Pitt.

—Ése es el lugar adonde nos dirigimos.

Pitt esbozó una sonrisa amarga.

—Recuérdame que esté atento. Tal vez descubramos algún cuerpo flotando.

El dueño del restaurante se acabó la cerveza.

—¿Qué, amigos, van a San Felipe a pescar un poco?

Pitt hizo un gesto afirmativo.

—Sí, creo que se le podría llamar pesca a lo que vamos a hacer.

—El paisaje pierde bastante encanto en cuanto se pasa Mexicali. La mayoría de la gente piensa que el desierto resulta triste y desolado, lo cual no deja de ser una contradicción, puesto que tiene más fantasmas, esqueletos y leyendas por kilómetro cuadrado que cualquiera de las selvas o montañas de la tierra. Tengan esto en cuenta y seguro que ven algo cuando pasen por la zona.

—Lo tendremos en cuenta cuando pasemos por encima del río de oro de Hunt —repuso Loren con una sonrisa.

—Oh, sí, claro que pasarán por ahí —concluyó el cocinero—. Lo triste es que no se enterarán cuando lo hagan.

Pitt pagó la gasolina y la comida y se fue a comprobar el aceite y el agua del Pierce Arrow. El dueño del restaurante acompañó a Loren a uno de los balconcillos del vagón. Tenía en las manos una fuente llena de zanahorias y lechuga.

—Que tengan buen viaje —se despidió animadamente.

—Muchas gracias. —Loren señaló la fuente—. ¿Va a dar de comer a los conejos?

—No, esto es para mi burro Vinca. Ya tiene bastantes años y hay que echarle una mano a la hora de comer.

Loren le alargó la mano y dijo:

—Ha sido muy entretenido escuchar sus historias, señor...

—Cussler, Clive Cussler. Ha sido un placer conocerles, señora.

El Pierce Arrow avanzaba de nuevo suavemente camino de la frontera cuando Pitt se volvió a Loren.

—Ha habido un momento en el que he pensado que lo que nos estaba contando el viejete podría ser una pista para encontrar el tesoro.

—¿Te refieres a esa parte tan rara de la traducción de Hiram que decía algo sobre un río situado debajo de una isla?

—Sigue sin tener sentido desde el punto de vista geológico.

Loren enderezó el espejo retrovisor para retocarse los labios.

—Si el río fuese muy profundo, podría llegar a pasar por debajo del golfo.

—Tal vez, pero sería imposible saberlo con certeza a menos que excavásemos un agujero en la roca de varios kilómetros de longitud.

—Calla, que quizá tengas que excavar alguno para encontrar el tesoro.

Pitt sonrió sin apartar los ojos de la carretera.

—A ese tipo se le da bien contar historias, ¿verdad?

—¿Al viejo cocinero? Sí, no cabe duda de que tiene mucha imaginación.

—Siento no haberle preguntado cómo se llamaba.

Loren se recostó en el asiento y se puso a mirar el paisaje de dunas, mezquites y cactus.

—Pues me lo ha dicho...

—¿Y?

—Era un nombre raro.

—Se quedó callada un instante tratando de acordarse. Al cabo de unos segundos se encogió de hombros y se dio por vencida—. Qué curioso..., se me ha olvidado.

Cuando llegaron a San Felipe era Loren quien conducía. Pitt, que se había tumbado en el asiento trasero, roncaba. Loren no quiso molestarlo. Dio la vuelta a la glorieta del centro del pueblo con cuidado de que la polvorienta caravana no se subiera a la acera y giró hacia el sur en dirección al puerto. No había esperado encontrarse con tal cantidad de hoteles y restaurantes. El otrora tranquilo pueblo pesquero estaba viviendo un gran auge turístico y había edificios en construcción a lo largo de todas las playas.

A cinco kilómetros al sur del pueblo giró a la izquierda en dirección a la orilla del golfo. A Loren le pareció extraño que se hubiera construido un puerto artificial en un tramo de costa tan poco protegido. Habría resultado más práctico hacerlo unos kilómetros más abajo al abrigo de la punta del Macharro. Bueno, pensó, ¿qué sabían los gringos de la política en Baja California?

Loren aparcó el Pierce al lado de un viejo transbordador. La embarcación parecía un fantasma salido de un depósito de chatarras. La marea baja no hacía sino recalcar esa impresión, ya que el casco del barco se había quedado inclinado y la quilla estaba hundida en los sedimentos del fondo del puerto.

—Es hora de despertarse, muchacho —dijo mientras sacudía a Pitt con una mano. Dirk parpadeó y se asomó con curiosidad por la ventana.

—Una de dos: o nos hemos metido en el túnel del tiempo o hemos ido a parar a las profundidades marinas...

—Ni una cosa ni otra. Estamos en el puerto de San Felipe y lo que tienes delante es el lugar en el que vas a vivir durante las próximas dos semanas.

—Dios mío —murmuró Pitt asombrado—, un barco de vapor con ruedas de paletas y balancín.

—Parece recién salido de un libro de Mark Twain.

—Apostaría a que fue éste el que llevó a las tropas de Grant hasta Vicksburg por el Mississippi.

Gunn y Giordino se asomaron por la borda y les empezaron a hacer señales. Bajaron hasta el muelle por una plancha y se reunieron con Pitt y Loren, que acababan de salir del coche para observar el barco.

—¿Habéis tenido buen viaje?

—Maravilloso, si nos olvidamos de los ronquidos de Pitt —puntualizó Loren. Pitt la miró con indignación.

—Yo no ronco.

La diputada alzó la vista al cielo.

—Tengo calambres en el codo de todos los golpes que te he tenido que dar para que lo dejaras.

—¿Qué os parece nuestro centro de operaciones? —preguntó Giordino señalando el transbordador y gesticulando ostensiblemente—. Es de 1923: uno de los últimos barcos de vapor con balancín que se construyó.

Pitt se quitó las gafas que llevaba puestas y empezó a examinar el viejo barco con detenimiento.

De lejos, la mayoría de los barcos parecen mucho más pequeños de lo que son en realidad. Sólo de cerca dan la impresión de ser enormes. Esta afirmación se ajusta a la verdad en el caso de los transbordadores de mercancías y pasajeros de la primera mitad de siglo. En sus buenos tiempos, estos barcos de setenta metros de eslora podían llevar hasta quinientos pasajeros y sesenta automóviles. Sus grandes cascos de color negro aguantaban una superestructura de dos pisos cuya cubierta superior daba cabida a una gran chimenea y dos timoneras, una en cada extremo. Al igual que la mayoría de los transbordadores de automóviles, podían tomar carga tanto por proa como por popa, dependiendo del rumbo que llevasen en ese momento. No es que fueran barcos especialmente atractivos, ni siquiera antes de ser botados, pero en su época prestaron un servicio importantísimo a millones de pasajeros.

En el centro de la superestructura en la que se encontraban las ruedas de paletas, se podía leer el nombre del barco: el *Alhambra*.

—¿De dónde has robado este derrelicto? —preguntó Pitt—. ¿De un museo marítimo?

—Conocerlo es amarlo... —dijo Giordino fríamente.

—De todos los barcos que he visto en el poco tiempo que he tenido es el único en el que puede aterrizar un helicóptero —explicó Gunn—. Además, me ha salido muy barato, por lo que Sandecker está contento.

Loren sonrió.

—No creo que puedas meter este cacharro junto al resto de las piezas de tu colección.

Pitt se quedó mirando el balancín. Un extremo estaba conectado al cilindro de vapor y el otro a la manivela de las ruedas de las paletas.

—¿No me diréis que las calderas siguen funcionando con carbón?

—Las cambiaron a petróleo hace cincuenta años —informó Gunn—, las máquinas están todavía en buen estado y la velocidad de crucero es de veinte millas por hora.

—Dirás nudos o kilómetros... —le corrigió Loren.

—La velocidad de los transbordadores se mide en millas —afirmó Gunn con conocimiento de causa.

—No parece que vaya a ir a ninguna parte —comento Pitt—, a menos que le saquemos la quilla del barro.

—Estará a flote a media noche sin ningún problema —aseguró el vicedirector de

la ANS—. La marea sube cuatro o cinco metros en esta parte del golfo.

Aunque aparentaba estar muy poco satisfecho con la adquisición, en realidad Pitt ya le había cogido cariño al viejo transbordador. De hecho había sido un flechazo. Pitt sentía verdadera fascinación por cualquier mecanismo antiguo. Podía ser un coche, un avión, un barco..., daba igual con tal de que perteneciera al pasado. Había nacido con retraso, solía quejarse, con ochenta años de retraso.

—¿Y la tripulación?

—El maquinista, su ayudante y dos marineros de cubierta. —Gunn esbozó de repente una sonrisa de oreja a oreja—. Yo me ocuparé del timón mientras tú y Al hacéis cabriolas por el golfo en vuestro aparato volador...

—Ya que mencionas el helicóptero, ¿dónde lo tienes escondido?

—Dentro de la cubierta para coches —contestó Gunn—. Es más cómodo hacerle las revisiones ahí sin tener que preocuparse por el tiempo. Lo sacaremos a la cubierta de carga cuando tenga que volar.

Pitt se volvió a Giordino.

—¿Has preparado el programa de búsqueda?

El fornido italiano meneó la cabeza en señal negativa.

—He calculado las salidas que podemos hacer a tenor de la autonomía de vuelo del helicóptero.

—¿Con qué plazo podemos contar?

—Deberíamos cubrir todo el área en tres días.

—Antes de que se me olvide —empezó Gunn—, el almirante quiere que le llames a primera hora de la mañana. Hay un teléfono portátil en la timonera de delante.

—¿Y porqué no se le puede llamar ahora?

Gunn miró su reloj.

—Tenemos tres horas de retraso con respecto a la costa este. En este preciso momento se encuentra en el centro Kennedy viendo una obra de teatro.

—Perdón —interrumpió Loren—. ¿Podría haceros una serie de preguntas?

Los tres hombres se volvieron a ella y la miraron fijamente. Entonces Pitt hizo una reverencia y dijo:

—Tiene la palabra, diputada.

—La primera es dónde tenéis pensado aparcar el Pierce Arrow. No me parece seguro dejar una antigüedad que vale cien mil dólares en un muelle sin vigilancia.

Gunn se sorprendió al oír la pregunta.

—¿No te lo ha dicho Dirk? El Pierce y la caravana vienen con nosotros en el transbordador. Hay espacio de sobra.

—¿El barco tiene baño y ducha?

—Ya que lo preguntas, te diré que hay cuatro servicios de señoras en la cubierta de pasajeros superior y una ducha en las habitaciones de la tripulación.



—Qué bien, no vamos a tener que hacer cola para orinar.

Pitt se echó a reír.

—Ni siquiera vas a tener que sacar las maletas.

—Es como si te fueras de crucero —bromeó Giordino.

—¿Algo más? —preguntó Gunn.

—Me muero de hambre —declaró Loren rotundamente—. ¿Cuándo comemos?

Durante el otoño, el sol de Baja California brilla con una luz extraña sobre un fondo de color azul pálido. La región, una de las más áridas del mundo, protege al mar de Cortés del fuerte oleaje que llega desde los oscuros confines del Pacífico. Las tormentas tropicales y los vientos huracanados son habituales en los meses de verano, si bien a finales de octubre los vientos predominantes cambian de este a oeste y en el golfo desaparecen las olas altas y picadas.

El día de la partida, no se veía ni una nube en todo el cielo. El *Pierce Arrow* y la caravana ya estaban al abrigo de la cubierta para coches, Gunn se encontraba en la timonera a cargo del *governalle* y Loren se había puesto un bikini y estaba echada sobre una tumbona. El transbordador salió lentamente del puerto y viró hacia el sur. La gran nube de humo negro que salía de la chimenea y los golpes de las paletas producían un efecto impresionante. El balancín subía y bajaba, transmitiendo la fuerza que salía del motor por un enorme émbolo a la manivela que movía las ruedas. El viejo barco avanzaba con un ritmo acompasado que a poco que se siguiera podía llegar a resultar hipnótico.

Mientras Giordino revisaba el helicóptero por última vez y llenaba el depósito de combustible, Pitt hablaba con Sandecker por el teléfono portátil y se ponía al día sobre lo que había ocurrido en Washington en su ausencia. Al cabo de una hora, cuando el transbordador pasaba punta Estrella, Dirk colgó el teléfono y bajó a la pista de aterrizaje que habían improvisado en la cubierta de proa para el helicóptero de la ANS. En cuanto se hubo sentado y puesto el cinturón de seguridad, Giordino alzó el vuelo y salió con rumbo paralelo a la costa.

—¿Qué cuenta el bueno del almirante? ¿Ha encontrado Yaeger alguna nueva pista para que empecemos la búsqueda con buen pie? —preguntó Giordino al tiempo que alcanzaba una altitud de ochocientos metros.

Pitt estaba a su lado en el asiento del copiloto.

—Yaeger no ha descubierto nada inesperado. Lo único que cabe añadir a lo que ya tenemos es que, en su opinión, la estatua del demonio está justo encima de la entrada del pasadizo que lleva hasta la cueva del tesoro.

—¿Y el río misterioso?

—Sigue sin tenerlo nada claro.

—¿Y Sandecker qué cuenta?

—La última noticia es que no estamos solos. El Servicio de Aduanas y el FBI han

aparecido sin venir a cuento y le han dicho al almirante que hay una banda de ladrones de obras de arte que también anda detrás del tesoro de Huáscar. Sandecker me ha advertido que tenemos que ir con mucho ojo.

—Así que tenemos competencia...

—Se trata de una especie de imperio familiar que trafica con falsificaciones y obras de arte robadas por todo el mundo.

—¿Cómo se llama? —preguntó Giordino.

—Zolar International.

Giordino se quedó mirando al vacío durante un segundo y de repente se echó a reír a carcajadas.

—¿Qué es lo que te resulta tan divertido? — Zolar —empezó Giordino cuando por fin dejó de reír—. Me acuerdo que en mi clase había un niño que solía hacer un truco de magia muy malo en las fiestas de la escuela. Se llamaba a sí mismo el «Gran Zolar».

—Pues por lo que me ha dicho Sandecker, el tipo que está al frente de la organización no es nada tonto. Los agentes del gobierno calculan que los beneficios que obtiene ilegalmente superan los ochenta millones de dólares al año. Una bonita suma, si tenemos en cuenta que hacienda no ve ni un centavo.

—Bueno, entonces no es el niño tonto que conocí en la escuela. ¿Y los federales qué opinan? ¿Está Zolar muy cerca del tesoro?

—Piensan que las pistas que tiene son mejores que las nuestras.

—Apostaría el pavo del día de Acción de Gracias a que nosotros lo encontramos antes.

—Perderías de cualquiera de las maneras.

Giordino se volvió y le miró fijamente.

—¿Te importaría poner al corriente a tu viejo amigo Al?

—Si ganamos el premio gordo antes que ellos, hemos de evaporarnos y dejar que se lo lleven.

—¿Tenemos que renunciar a él? —preguntó Giordino en tono de incredulidad.

—Ésas son las órdenes —declaró Pitt con una mirada llena de resentimiento.

—¿Pero por qué? —insistió Giordino—. ¿Qué saca nuestro generoso gobierno haciendo ricos a los criminales?

—De esa manera el Servicio de Aduanas y el FBI pueden seguirles la pista y acabar procesándolos por delitos sumamente graves.

—He de decir que no me acaba de convencer esta manera de hacer justicia. ¿Se va a informar a los contribuyentes del golpe de suerte?

—Seguramente no. Es lo mismo que ocurrió en Nuevo México en los años treinta cuando el ejército se llevó todo el oro español que había encontrado un grupo de paisanos.

—Vivimos en un mundo sórdido y despiadado —comentó Giordino en tono poético.

Pitt hizo una señal hacia el sol de la mañana.

—Pon rumbo uno-uno-cero grados.

Giordino giró en dirección este.

—¿Quieres hacer la primera batida por la otra costa del golfo?

—Aunque sólo hay cuatro islas que se ajustan a la descripción que nos interesa, ya sabes que me gusta trabajar de fuera a dentro, desde el exterior de la zona de búsqueda hacia los objetivos más prometedores.

Giordino sonrió.,.

—Cualquier persona en su sano juicio empezaría por el centro.

—¿Pero aún no te has enterado? —le replicó Pitt—. El tonto del pueblo es siempre el que mejor se lo pasa.

Llevaban ya cuatro largos días de búsqueda. Mientras que Oxley se mostraba desanimado y Moore perplejo, Sarason estaba extrañamente satisfecho. Habían pasado por encima de todas las islas del mar de Cortés que respondía a la descripción geológica que buscaban. En alguna ocasión habían creído ver una cima con la forma de algo que pudiera haber sido obra de seres humanos, y se habían lanzado a escalar las escarpadas faldas de la montaña o se habían arriesgado a un vuelo rasante para examinar la figura de cerca. Sin embargo, en todas las ocasiones se habían encontrado con que las esculturas con forma de animal estaban sólo en su imaginación.

Moore había dejado de ser el arrogante profesor universitario de antaño. Ahora estaba sencillamente desconcertado. La escultura de piedra tenía que estar en una isla de un mar interior. Los pictogramas de la momia de oro resultaban evidentes y las instrucciones que había traducido dejaban bien claro cómo se podía llegar hasta ella. Al ser un hombre tan seguro de sí mismo, el fracaso le sacaba de sus casillas.

Por añadidura, Moore no acababa de entender el repentino cambio de actitud de Sarason. El muy cabrón, pensaba el profesor, había dejado de comportarse con el resentimiento de antes. Ahora sus extraños ojos parecían estar siempre vigilantes y no dejaban de mirarle con una gran intensidad.

Cada vez que se cruzaba con ellos, Moore era consciente de que estaba en compañía de un hombre al que la muerte no le resultaba desconocida.

El profesor se sentía cada vez más intranquilo. El equilibrio de poder ya no existía. La parte que a él le correspondía había perdido fuerza desde el momento en que Sarason descubrió que había algo detrás de la fachada de insolente profesor universitario que ofrecía. Si él no había tardado en ver que Sarason tenía impulsos asesinos, era lógico pensar que éste también los hubiera descubierto en él.

Así y todo, el profesor todavía sentía cierta satisfacción. Sarason no era ningún adivino, y ni él ni ninguna otra persona podía saber, a excepción quizá del presidente de los Estados Unidos, que tanto él, el respetado antropólogo Henry Moore, como su mujer, la respetada arqueóloga, eran unos expertos asesinos de líderes terroristas extranjeros. Gracias a sus credenciales como universitarios, podían viajar tranquilamente por todo el mundo en calidad de asesores de proyectos arqueológicos. Lo más interesante era que la CÍA no estaba en absoluto al corriente de sus actividades. Sus operaciones eran coordinadas por un misterioso organismo que se hacía llamar Consejo de Actividades en el Extranjero y cuya base se encontraba en una pequeña habitación de los sótanos de la Casa Blanca.

Moore se movió intranquilo en su asiento y tras examinar nuevamente el mapa del golfo, dijo por fin:

—Aquí hay algo que está rematadamente mal. Oxley miró a su reloj.

—Ya son las cinco. Es mejor que aterricemos con luz de día. Dejémoslo por hoy.

Los inexpresivos ojos de Sarason estaban perdidos en el horizonte. Se estaba comportando de una manera sumamente tranquila, algo poco habitual en él. Al oír a su hermano, no hizo ningún comentario.

—Tiene que estar aquí. —Moore seguía mirando las islas que había tachado como si se tratara de un examen que hubiese suspendido.

—No sé por qué me temo que nos la hemos saltado —opinó Oxley.

Ahora que había descubierto cuál era el verdadero carácter de Moore, Sarason le guardaba el respeto que se tienen los contrincantes entre sí. Además sabía que pese a su delgadez, el profesor era un hombre ágil y fuerte. Los esfuerzos que hacía para subir las montañas no eran más que parte de una actuación, al igual que lo habían sido la borrachera y el agotamiento que había sufrido en la bahía Coyote. En un par de ocasiones el profesor había saltado por encima de una garganta con la soltura de una cabra montesa, y en otra había apartado una roca que obstruía el camino y que pesaría lo mismo que él.

—Tal vez la escultura inca que estamos buscando haya sido destruida —aventuró Sarason.

Moore meneó la cabeza.

—No, de ser así habría reconocido los restos.

—¿Y si se la hubiesen llevado? No sería la primera vez que una antigüedad de este tipo es trasladada a un museo.

—Si un arqueólogo mexicano se hubiese hecho con una talla de piedra del tamaño de la que estamos buscando, yo me habría enterado —insistió el profesor.

—¿Entonces cómo se explica que no esté en el lugar que le corresponde?

—No sé —admitió Moore—. En cuanto volvamos a la hacienda voy a revisar mis apuntes. Seguro que hay una pista aparentemente insignificante que se me ha pasado por alto durante la traducción.

—Espero que la encuentre antes de mañana por la mañana —dijo Sarason secamente.

Oxley trataba de evitar quedarse dormido. Llevaba pilotando el avión desde las nueve de la mañana y le dolía el cuello. Sujetó la palanca de mando entre las rodillas y se sirvió una taza de café de un termo. Bebió un poco e hizo una mueca de disgusto. Además de frío estaba cargadísimo. De repente percibió un resplandor verde debajo de una nube.

—Es el primer helicóptero que veo en esta parte del golfo —comentó despreocupadamente mientras le hacía una señal a su hermano.

Sarason no se molestó en mirar.

—Debe de ser alguna patrulla de la marina mexicana.

—Seguro que están buscando a algún pescador borracho al que se le ha estropeado el motor del barco —comentó Moore.

Oxley hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No recuerdo haber visto nunca un helicóptero militar de color turquesa.

Sarason dio un respingo y alzó la vista.

—¿Turquesa? ¿Puedes ver si tiene alguna divisa?

Oxley cogió los prismáticos y miró por la ventana.

—Es de los Estados Unidos.

—Probablemente será una patrulla del Departamento contra el Narcotráfico que estará colaborando con las autoridades mexicanas.

—No, pertenece a la Agencia Nacional de Submarinismo. Me pregunto qué estarán haciendo en el golfo.

—Hacen investigaciones oceanográficas por todo el mundo —informó Moore restándole importancia al asunto.

Sarason se puso repentinamente tenso, como si acabara de recibir un impacto de bala.

—Dos malnacidos de la ANS echaron a perder nuestra operación en el Perú.

—No creo que tengan nada que ver con estos.

—¿Qué operación echó a perder la ANS en el Perú? —preguntó Moore aguzando el oído.

—Se metieron en algo que no era de su competencia —respondió Sarason vagamente.

—Me gustaría saber algo más al respecto.

—No es un asunto de su incumbencia —contestó Sarason tratando de evitar el tema—. ¿Cuánta gente lleva?

—Parece un modelo con capacidad para cuatro personas, aunque sólo veo al piloto y a un pasajero.

—¿Se están acercando o alejando?

—Acaban de virar en una dirección convergente. Van a pasar a unos doscientos metros por encima de nosotros.

—¿Podrías ascender y salirles al encuentro? —preguntó Sarason—. Quiero verles de cerca.

—Como no me pueden retirar el permiso que no tengo —respondió Oxley con una sonrisa en los labios—, te voy a dejar en los mismísimos brazos del piloto.

—¿No es peligroso hacer eso? —preguntó Moore.

—Depende del otro piloto —replicó el ladrón de obras de arte sin dejar de sonreír.

—¿Qué opinas? —preguntó Giordino—. ¿Crees que serán ellos?

—Podría ser. —Pitt estaba observando con unos prismáticos el hidroavión que volaba por debajo de ellos en diagonal—. Ya llevan quince minutos dando vueltas

alrededor de la cima de la isla Estanque. Creo que ya va siendo hora de que nos reunamos con nuestros contrincantes.

—Según Sandecker, llevan dos días de búsqueda —comentó Giordino—. Si aún siguen sobrevolando las islas, hemos de suponer que todavía no han tenido suerte.

Pitt sonrió.

—Es como para animarse, ¿no te parece?

—Si no logran encontrarlo y nosotros tampoco, entonces está claro que los incas nos han tomado el pelo a todos.

—No estoy de acuerdo. Fíjate: hay dos operaciones de búsqueda en la misma zona, pero según la información que tenemos, las pistas que posee cada grupo respectivamente proceden de fuentes diferentes. Nosotros tenemos el quipo inca y ellos los grabados del traje de oro. En el peor de los casos, las diferentes pistas que tenemos nos habrían llevado a lugares igualmente diferentes. No, los incas no nos han engañado: el tesoro existe. Lo que pasa es que no hemos buscado bien.

Giordino siempre se maravillaba ante la capacidad que tenía Pitt de quedarse sentado durante horas analizando mapas, examinando instrumental y memorizando los tipos de barcos, las características geológicas de las costas y las variaciones más insignificantes en los vientos, todo ello sin mostrar el más mínimo cansancio y sin perder la concentración. Seguro que le dolían los músculos, se le entumecían las articulaciones y sufría tensión nerviosa como le ocurría a Giordino. Con todo, nunca daba la impresión de encontrarse mal. La verdad era que aunque podía, llegado el caso, sufrir todo tipo de achaques, Pitt era capaz de olvidarse y seguir adelante con el mismo ánimo que cuando se levantaba de la cama por la mañana.

—Si tenemos en cuenta la zona que han cubierto ellos y la que hemos cubierto nosotros —comentó Giordino—, debemos de haber agotado ya todas las islas que responden a la descripción.

—Es cierto —admitió Dirk pensativo—, pero sigo pensando que estamos en el sitio adecuado.

—¿Entonces dónde narices está? ¿Dónde está ese jodido demonio?

Pitt hizo un gesto en dirección al mar.

—En algún lugar de ahí abajo, en el mismo lugar en el que ha estado durante los últimos quinientos años, haciéndonos un palmo de narices...

Giordino señaló el hidroavión.

—Nuestros compañeros de búsqueda se están acercando. Querrán echarnos una ojeada. ¿Quieres que los deje colgados?

—Sería inútil. Su velocidad de vuelo es ochenta kilómetros superior a la nuestra. Mantén el rumbo hacia el transbordador y hazte el inocente.

—Es un hidroavión Baffin bien hermoso —comentó Giordino—. Sólo se ven en la zona de los lagos del noroeste de Canadá.

—Se está acercando demasiado para ser un encuentro casual, ¿no te parece?

—Una de dos: o vienen simplemente a saludarnos o lo que quieren es vernos el carnet de identidad.

Pitt enfocó con los prismáticos la cabina del piloto del hidroavión, el cual se encontraba a unos cincuenta metros de distancia y a la misma altura del helicóptero de la ANS.

—¿Ves algo? —preguntó Giordino, que estaba atento a los controles.

—Un tipo que nos está mirando con unos prismáticos —contestó Pitt con una sonrisa en los labios.

—Tal vez deberíamos llamarlos e invitarles a una jarra de cerveza...

La persona que iba en el asiento del copiloto del hidroavión se quitó los gemelos un momento para frotarse los ojos. Mientras, Pitt apretó los codos contra el cuerpo para hacer más estable la visión. Cuando por fin apartó los prismáticos, la sonrisa de sus labios había dado paso a una mueca de sorpresa.

—Un viejo amigo del Perú —declaró fríamente.

Giordino se volvió a Pitt y le miró con curiosidad.

—¿Un viejo amigo?

—El suplantador del profesor Miller ha vuelto para atormentarnos.

Pitt volvió a sonreír, aunque esta vez de forma diabólica, y empezó a saludar con la mano.

Si a Pitt le había sorprendido el encuentro, a Sarason le había dejado atónito.

—¡Es él! —exclamó.

Ver al sujeto que tanto daño le había causado hizo que la cabeza empezara a darle vueltas. Temiendo que la memoria le estuviera jugando una mala pasada, volvió a mirar por los prismáticos y vio cómo una especie de demonio le sonreía y saludaba lentamente como si fuera alguien asomado a una tumba que se estuviera despidiendo de un muerto. Sarason movió levemente los gemelos y de repente se quedó pálido: había reconocido a Giordino.

—Los dos hombres que van en ese helicóptero —anunció con voz pastosa—, son los que reventaron nuestra operación del Perú.

Oxley le miró poco convencido.

—Piensa en lo que hay en juego, hermano. ¿Estás seguro?

—Son ellos, no pueden ser otros. Tengo sus caras grabadas en la memoria. Por su culpa, perdimos millones de dólares en antigüedades. Al final se las acabaron llevando los arqueólogos del gobierno peruano.

Moore estaba escuchando con gran atención.

—¿Qué están haciendo aquí?

—Lo mismo que nosotros. Ha debido de haber alguna filtración sobre nuestra búsqueda. —Se dio media vuelta y miró fijamente al antropólogo...



—¿No tendrá el profesor amigos en la ANS?

—El único contacto que tengo con el gobierno es el 15 de abril, cuando hago la declaración de la renta —contestó Moore malhumoradamente—. Quienesquiera que sean, no son amigos míos.

Oxley no estaba tan seguro como su hermano.

—Moore tiene razón. Es imposible que haya podido ponerse en contacto con el exterior. Nuestro sistema de seguridad es demasiado sólido como para que haya tenido ocasión de hacerlo. Lo que dices tendría más sentido si se tratara de agentes del Servicio de Aduanas, no de científicos o ingenieros de una agencia de investigación oceanográfica.

—No. Te juro que éstos son los dos hombres que aparecieron de la nada y rescataron a la arqueóloga y al fotógrafo de la poza sagrada. Se llaman Dirk Pitt y Al Giordino. Pitt es el más peligroso. Él es quien mató a mis hombres y castró a Tupac Amaru. Tenemos que seguirlos para averiguar dónde tienen su base de operaciones.

—Nos queda el combustible justo para volver a Heroica Guaymas —advirtió Oxley—. No tenemos otro remedio que dejarles que se vayan.

—Provoca un accidente, haz que se estrellen... —exigió Sarason.

Oxley hizo un gesto negativo.

—Si son tan peligrosos como dices, es muy posible que vayan armados. Nosotros en cambio no llevamos nada, así que será mejor que te tranquilices. Relájate, hermano, nos los volveremos a encontrar.

—Son unos buitres..., están utilizando el equipo de la ANS como tapadera para adelantarse a nosotros y llevarse el tesoro.

—Debería pensar mejor lo que dice —interrumpió Moore—. Es completamente imposible que sepan dónde tienen que buscar. Las únicas personas que han descifrado el traje de oro somos mi mujer y yo. O bien se trata de una coincidencia o ha sufrido una alucinación.

—Como mi hermano corroborará, no soy el tipo de persona que tiene alucinaciones —replicó Sarason fríamente.

—Un par de chalados del submarinismo de la ANS que vagan por el mundo desfaciendo entuertos...—musitó Moore acerbamente—. Más le valdría dejar el mezcal.

Sarason había dejado de escuchar al profesor. La referencia a Amaru le había dado una idea. Poco a poco empezó a recuperar el control y su rostro adquirió un aire de malevolencia. Estaba deseando que llegara el momento de dejar suelto al perro de los Andes.

—Esta vez —murmuró vilmente— serán ellos los que paguen.

Joseph Zolar había llegado al fin en su jet y se encontraba en el comedor de la hacienda en compañía de Micki Moore esperando a que llegasen los expedicionarios.

Cuando al fin éstos entraron en la sala, lo primero que hicieron fue buscar una silla para descansar.

—Creo que no hace falta preguntaros si habéis tenido éxito. Vuestras caras lo dicen todo.

—Acabaremos por encontrarlo —dijo Oxley ahogando un bostezo—. El demonio tiene que estar en alguna parte.

—Yo no estaría tan seguro —replicó Moore al tiempo que alargaba el brazo para servirse un chardonnay fresco—. Ya casi no nos quedan islas por mirar.

Sarason se acercó a Zolar y le cogió fraternalmente por los hombros.

—Llevamos esperándote desde hace tres días.

—No he podido venir antes. He estado ocupado con una transacción que nos ha acabado reportando un millón doscientos mil francos suizos limpios.

—¿Un tratante?

—Un coleccionista. Un jeque árabe.

—¿Qué tal ha ido todo con Vincente?

—Le he vendido el lote entero con la excepción de los ídolos ceremoniales de marras. No sé por qué, pero cuando se los enseñé, casi se me muere del susto.

—Tal vez fuera una maldición.

Zolar se encogió de hombros en señal de indiferencia.

—Si es verdad que tienen una maldición, el próximo comprador va a tener que pagar una fortuna por ellos.

—¿Los has traído aquí? —preguntó Oxley—. Me gustaría echarles un vistazo.

—Están en una caja de embalaje en el compartimiento de carga del avión. —Zolar posó una mirada llena de admiración a la quesadilla que le acababan de servir—. Esperaba que me dieseis la bienvenida con alguna buena noticia.

—Al menos lo hemos intentado —replicó Moore—. Hemos examinado todas las rocas que sobresalen del agua del río Colorado hasta el cabo San Lucas y no hemos visto nada que se parezca ni remotamente a un demonio alado con cabeza de serpiente.

—Siento tener que darte otra mala noticia —replicó Sarason—, pero nos hemos encontrado con los amigos que nos fastidiaron lo de Perú.

Zolar le miró fijamente con cara de asombro.

—¿No estarás hablando de los dos desgraciados de la ANS?

—De esos mismos. Por increíble que parezca, creo que también andan buscando el tesoro de Huáscar.

—Tengo que darte la razón aunque me pese —intervino Oxley—. Si no, ¿cómo es que han aparecido en la misma zona?

—Es imposible que sepan algo que nosotros desconozcamos —afirmó Zolar.

—Tal vez les hayan estado siguiendo —aventuró Micki mientras levantaba la

copa para que su marido le sirviera vino.

Oxley hizo un gesto negativo.

—No, nuestro hidroavión tiene el doble de autonomía de vuelo que su helicóptero.

Moore se volvió a Zolar.

—Mi mujer puede tener razón: las posibilidades de que haya sido un encuentro fortuito son ínfimas...

—¿Qué hacemos entonces? —preguntó Sarason sin mirar a nadie.

Zolar sonrió.

—Creo que la señora Moore ya nos ha dado la respuesta a esa pregunta.

—¿Yo? —preguntó Micki sorprendida—. Si sólo he dicho que...

—Es posible que nos hayan estado siguiendo.

—¿Y?

Zolar le lanzó una mirada de astucia.

—Lo primero que haremos será pedirles a los amigos que tenemos en la policía local que empiecen a ganarse el dinero que les pagamos: que investiguen dónde tienen nuestros contrincantes su base de operaciones. Cuando la encuentren, nosotros empezaremos a seguirles a ellos.

Faltaba sólo media hora para que se pusiera el sol cuando aterrizó el helicóptero limpiamente dentro del círculo blanco que habían pintado en la cubierta de carga del *Alhambra*. Los dos marineros, que respondían sencillamente a los nombres de Jesús y Gato, ya estaban listos para meter el aparato en el interior de la tétrica cubierta en la que lo guardaban durante la noche.

Loren y Gunn se encontraban a varios metros de distancia, fuera de la corriente de aire que producían las hélices. Cuando Giordino paró los motores, avanzaron hacia el aparato. Un hombre y una mujer salieron de la sombra que producía la superestructura del barco y les siguieron.

—¿Ha habido suerte? —gritó Gunn a Giordino en medio del fragor que todavía producían las hélices.

Giordino, que se había asomado a la ventana de la cabina, hizo un gesto negativo con el pulgar.

Pitt salió por la puerta de pasajeros y arqueó sus negras cejas en señal de sorpresa.

—No esperaba volveros a ver, y menos aquí.

La profesora Kelsey esbozó una sonrisa, pero se mantuvo algo distante. Miles Rodgers, en cambio, le estrechó fuertemente la mano y se mostró verdaderamente cordial.

—Espero que no os importe que hayamos aparecido de este modo —replicó.

—En absoluto. Me alegro mucho de veros. Supongo que ya os habréis presentado.

—Sí, aunque ni Shanon ni yo esperábamos que nos dieran la bienvenida una diputada del congreso y el subdirector de la ANS.

—La profesora Kelsey me ha estado contando sus aventuras por el Perú —dijo Loren con voz gutural—. Le han pasado cosas muy entretenidas.

Giordino salió del helicóptero y miró a los recién llegados con interés.

—Mira, mira, la pandilla al completo —soltó a modo de saludo—. ¿Qué es esto? ¿Una reunión o una convención de buscadores de momias?

—Sí, ¿qué os trae a este humilde transbordador perdido en el mar de Cortés?

—Unos agentes del gobierno nos han dicho que dejemos todo lo que tengamos entre manos en el Perú y que vengamos para ayudaros en la búsqueda —respondió Shanon.

Pitt se volvió a Gunn.

—¿Agentes del gobierno?

Gunn se encogió de hombros para dar a entender que no sabía nada y le tendió un papel.

—El fax que nos informaba que venían ha llegado una hora más tarde que ellos.

Han querido esperar a que volviésemos para contarnos el propósito de su visita.

—Han sido agentes del Servicio de Aduanas —le informó Miles a Pitt—. Han aparecido en el Pueblo de los Muertos junto a un alto cargo del Ministerio de Interior con la intención de aprovecharse de nuestro patriotismo.

—Nos han pedido que identifiquemos y fotografiemos el tesoro de Huáscar cuando lo encontréis —explicó Shanon—. Han acudido a nosotros por mis conocimientos sobre cultura y arte de los Andes y por la reputación de Miles como fotógrafo, pero sobre todo por las relaciones que hemos mantenido últimamente con la ANS.

—Y os habéis ofrecido como voluntarios... —aventuró Pitt.

—En cuanto nos han informado de que la banda de contrabandistas con la que nos encontramos en los Andes tiene relación con la familia de traficantes de obras de arte que está buscando el tesoro, nos hemos puesto a hacer el equipaje —contestó Rodgers.

—¿Los Zolar?

Rodgers asintió.

—El hecho de que podamos servir de ayuda para atrapar al asesino del profesor Miller ha sido decisivo a la hora de decidírnos.

—Un momento —dijo Giordino—. ¿Los Zolar tienen relación con Amaru y Solpemachaco?

Rodgers volvió a asentir.

—¿No os lo han dicho? ¿Nadie os ha dicho que Solpemachaco y la familia Zolar son exactamente lo mismo?

—Supongo que a alguien se le habrá olvidado ponernos al corriente de todo —contestó Giordino caústicamente. Se volvió a Pitt, y cruzaron una mirada. Ahora lo entendían. Sin abrir la boca, acordaron no mencionarle a nadie su inesperado encuentro con el suplantador del profesor Miller.

—¿Te han informado sobre las pistas que hemos obtenido descifrando el quipo? —preguntó Dirk a Shanon.

Shanon hizo un gesto afirmativo.

—Me han dado una traducción completa.

—¿Quién?

—El mensajero que me la entregó en propia mano era un agente del FBI.

Pitt se volvió a Gunn y a Giordino con una engañosa apariencia de tranquilidad.

—La trama se complica. Me sorprende que Washington no haya convocado todavía una rueda de prensa con motivo de la búsqueda ni haya vendido los derechos de la película a Hollywood.

—Como el asunto trascienda —comentó Giordino—, todos los buscadores de tesoros que hay entre los dos polos vendrán aquí como si fueran pulgas detrás de un

San Bernardo hemofílico.

Pitt se sintió repentinamente agotado. Se notaba entumecido y le dolía la espalda. El cuerpo le pedía a gritos una cama. Además, tenía todo el derecho a sentirse cansado y desanimado. «Qué leches» pensó, «¿por qué he de tragarme yo toda la desesperación? No hay ninguna razón por la que tenga que cargar con esto a solas».

—Siento tener que decirlo —anunció lentamente mirando a Shanon—, pero me da la impresión de que tú y Miles habéis hecho un viaje inútil.

Shanon lo miró sorprendida.

—¿No habéis encontrado el lugar del tesoro?

—¿Acaso os ha dicho alguien que sí?

—Nos han dado a entender que teníais el sitio localizado —declaró Shanon.

—Qué más quisiéramos —comentó Pitt—. No hemos visto ni rastro de la estatua de piedra. ¿Sabes cuál es el punto de referencia que describe el quipo?

—Sí —respondió ella sin vacilar—. El demonio de los muertos.

Pitt soltó un suspiro.

—Claro, nos habló de él el profesor Ortiz. Me voy a la última fila de la clase por no haber sido capaz de relacionarlo.

—Ya me acuerdo —exclamó Gunn—. El profesor Ortiz descubrió una enorme escultura de piedra de aspecto grotesco. Dijo que era el dios chachapoyano de los abismos.

Pitt repitió las palabras del profesor Ortiz.

—El animal, parte jaguar, parte cóndor, parte serpiente, clavaba sus colmillos a cualquiera que se atreviese a perturbar el sueño de los muertos.

—El cuerpo y las alas tienen las escamas de un lagarto —añadió Shanon.

—Ahora que sabéis lo que tenéis que buscar exactamente —dijo Loren con nuevos ánimos—, la búsqueda debería ser más fácil.

—Vale, sabemos el aspecto de lo que estamos buscando. ¿Y qué? Dirk y yo hemos examinado todas las islas que se ajustan a la descripción y hemos vuelto con las manos vacías. Hemos batido toda la zona de búsqueda, y todo lo que se nos haya podido pasar también se les habrá pasado a nuestros contrincantes.

—Al tiene razón —admitió Pitt—. No nos queda ningún sitio donde buscar.

—¿Estáis completamente seguros de que no habéis visto ni rastro del demonio? —preguntó Rodgers.

Giordino hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Ni siquiera una escama o un colmillo.

Shanon puso cara de darse por vencida.

—Entonces el mito no es más que eso: un mito.

—El tesoro que nunca existió —murmuró Gunn. El subdirector de la ANS se dejó caer sobre un viejo banco de madera para pasajeros que había en la cubierta—. Se

acabó. Llamaré al almirante y le diré que damos carpetazo a la operación.

—Supongo que nuestros contrincantes también recogerán los bártulos y se largarán.

—Para reorganizarse y volver —dijo Pitt—. No es el tipo de gente que desaprovecharía por las buenas una oportunidad como ésta.

Gunn le miró sorprendido.

—¿Los has visto?

—Los saludamos cuando pasamos cerca de ellos —contestó Pitt sin entrar en detalles.

—Es decepcionante que no podamos capturar al asesino del profesor —comentó Rodgers tristemente—. Además, tenía la esperanza de ser el primero en fotografiar la cadena de oro de Huáscar.

—Ha sido todo un fracaso —murmuró Gunn—, un puñetero fracaso...

Shannon hizo un gesto a Rodgers.

—Será mejor que nos preparemos para volver a Perú.

Loren se sentó al lado de Gunn.

—Es una pena después del esfuerzo que ha supuesto para todos.

De repente, Pitt recobró el ánimo. El cansancio había desaparecido de su cara para dar paso a su habitual expresión de alegría.

—No sé qué haréis vosotros, pandilla de almas en pena, pero yo me voy a tomar un baño. Luego me prepararé un tequila con lima, me comeré un buen filete y me meteré en la cama, porque mañana hay que madrugar para encontrar ese bichejo de marras que custodia el tesoro.

Todos le miraron como si acabara de sufrir una crisis nerviosa, es decir, todos excepto Giordino. No tenía que ser adivino para saber que su amigo andaba detrás de algo.

—Se te ha quedado cara de alucinado. ¿A qué viene este cambio?

—¿Te acuerdas de cuando un equipo de búsqueda de la ANS encontró un barco de vapor de ciento cincuenta años de antigüedad que pertenecía a la armada de la república de Texas?

—Fue en 1987, ¿no es así? El barco se llamaba el *Zavala*.

—El mismo. ¿Y recuerdas también *dónde* lo encontraron?

—Debajo de un aparcamiento en Galveston.

—¿Lo comprendes ahora?

—Yo no, desde luego —dijo Shannon bruscamente—. ¿A donde quieres ir a parar?

—¿A quién le toca hacer la cena? —preguntó Dirk sin hacerle caso.

Gunn levantó la mano.

—Esta noche me toca a mí pasarla en galeras. ¿Por qué?

—Porque hasta que no hayamos disfrutado de una buena comida y un par de copas, no pienso contaros el plan que tengo en mente.

—¿Qué isla has elegido? —preguntó Shannon cínicamente—. ¿Bali o la Atlántida?

—No existe tal isla —respondió Pitt misteriosamente—. En absoluto. El tesoro que nunca existió, pero que de hecho existe, se encuentra en tierra firme.

Hora y media más tarde, Giordino cogía el timón y ponía rumbo norte en dirección a San Felipe. Mientras Gunn preparaba la cena con ayuda de Rodgers, Loren encontró a Pitt en la sala de máquinas sentado en una silla plegable y charlando con el maquinista. Estaba empapándose bien de todos los entresijos y recovecos del funcionamiento del *Alhambra* y su cara no ocultaba su satisfacción. Loren entró en la sala con una botella de tequila en una mano y un vaso lleno de hielos en la otra y se aproximó a Pitt por la espalda.

Gordo Padilla estaba chupando la colilla de un puro al tiempo que limpiaba un par de manómetros de bronce. Llevaba gastadas botas de vaquero, una camiseta estampada de pájaros tropicales y unos pantalones cortados a la altura de la rodilla. Tenía la cara ovalada, los ojos marrones y una abundante y bien peinada mata de pelo. Parecía no perder de vista las máquinas en ningún momento, como si lo que tuviera delante fuera en realidad el cuerpo escultural de una mujer en biquini.

La imagen tópica del maquinista es la de un hombre exuberante de pelo en pecho y gruesos antebrazos cubiertos de tatuajes. Padilla no era peludo y odiaba los tatuajes. En realidad, su pequeño tamaño le habría permitido participar en cualquier tipo de carrera de caballos; cuando se encontraba al cuidado de las máquinas daba la impresión de ser una hormiga perdida en la jungla.

—Rosa, mi mujer —comentó después de dar un sorbo a una cerveza Tecate—, piensa que me gustan más estas máquinas que ella y yo le digo que es mejor que tenga estas máquinas y no una amante. Me sale más barato y no tengo que ir a escondidas a ninguna callejuela para verlas.

—Las mujeres nunca han entendido el cariño que un hombre puede tenerle a una máquina.

—Una mujer no puede sentir pasión por un montón de engranajes y pistones grasientos —declaró Loren mientras escurría una mano por el pecho de Pitt—, porque éstos no pueden corresponder ese amor.

—Ah, bella señora —exclamó Padilla—, pero usted no puede imaginarse la satisfacción que sentimos cuando logramos que una máquina funcione bien.

Loren se echó a reír.

—No, ni quiero. —La diputada alzó la vista y miró la enorme estructura sobre la que se apoyaba el balancín, el conjunto de cilindros, los condensadores de vapor y las calderas—, aunque he de reconocer que se trata de un aparato impresionante.



—¿Aparato? —Pitt la abrazó fuertemente por la cadera—. Es verdad que, comparados con las modernas turbinas diesel, los motores de balancín parecen anticuados. Sin embargo, si recordamos las técnicas de fabricación e ingeniería más vanguardistas de la época, en realidad son todo un monumento al genio de nuestros antepasados.

Loren le pasó la botella de tequila y el vaso con los hielos.

—Ya basta de tanta tontería machista sobre máquinas grasientas. Ve bebiéndote esto, que la cena estará lista dentro de diez minutos.

—No tienes ningún respeto por las cosas más hermosas de la vida.

—Elige: o las máquinas o yo.

Pitt puso la vista en un émbolo que no dejaba de subir y bajar.

—No puedo negar que me encantan los movimientos de las máquinas —Pitt sonrió con cara de lince—, pero confieso que también hay mucho que decir en favor de los movimientos de algo suave y dulce...

—Un comentario muy consolador para todas las mujeres del mundo.

Jesús bajó de la cubierta para coches por una escalerilla y le dijo algo en español a Padilla. Este asintió y se volvió a Pitt.

—Jesús me ha dicho que hay un avión que lleva media hora dando vueltas alrededor del transbordador.

Pitt se quedó mirando durante unos segundos la enorme manivela que hacía girar las ruedas de las paletas. Entonces dio un abrazo a Loren y dijo:

—Buena señal.

—¿Buena señal de qué? —preguntó con curiosidad.

—Son nuestros contrincantes —contestó animadamente—. No han encontrado nada y ahora esperan que nosotros les llevemos hasta el tesoro. Eso supone una ventaja para nuestro equipo.

Tras disfrutar de una abundante comida en la amplia cubierta de pasajeros del transbordador y limpiar la mesa, todos se dispusieron a escuchar a Pitt. Con la ayuda de una carta de navegación y dos mapas topográficos, el submarinista les describió su plan con absoluta precisión, explicando cada una de sus ideas con una minuciosidad y una claridad tales que todos tuvieron la impresión de que se les podían haber ocurrido a ellos.

—El paisaje no es el mismo. Durante los últimos quinientos años se han producido todo tipo de cambios. —Pitt hizo una pausa para juntar los tres mapas y mostrarles un plano general de la extensión comprendida entre la costa norte del golfo y el valle Coachella de California.

—Hace miles de años, el mar de Cortés llegaba hasta el actual desierto de Colorado y cubría la zona del valle Imperial que hoy conocemos como el mar de Saltón. Con el transcurso de los años, el río Colorado fue inundando los terrenos

adyacentes y empezó a llevar enormes cantidades de sedimentos hasta el mar. El delta que acabó formando hizo la función de dique y separó una enorme masa de agua de la parte norte del golfo. Así se formó lo que más tarde se llamaría lago Cahuilla, que era, según creo, el nombre que tenían los indios que vivían en su orilla. Si uno se pasea por las colinas que rodean la cuenca, puede encontrar conchas marinas y ver hasta dónde llegaba el agua por aquel entonces.

—¿Cuándo se secó? —preguntó Shannon.

—Entre los siglos XII y XI antes de Cristo.

—¿Entonces cómo se formó el mar de Saltón?

—Con el propósito de llevar agua al desierto, se construyó un canal para hacer un trasvase desde el río Colorado. En 1905, el caudal del río aumentó como consecuencia de varias lluvias torrenciales y la acumulación de sedimentos. El canal reventó y la parte más baja de la cuenca del desierto se inundó. Cuando por fin se logró contener la inundación, el agua que se había vertido ya había formado el mar de Saltón. Su superficie está a ochenta metros por debajo del nivel del mar. Es un lago de gran tamaño que acabará por cubrir al antiguo lago Cahuilla, a pesar de que el drenaje ha regulado su capacidad actual.

Gunn sacó una botella de brandy mexicano.

—Un pequeño descanso para dejar que el alcohol nos reactive la circulación de la sangre. —Como no tenían las copas correspondientes, Gunn sirvió el brandy en vasos de plástico.

—Brindemos por el éxito.

—Eso, eso... —murmuró Giordino—. Resulta asombroso cómo una buena comida y un poquito de brandy le cambian a uno el ánimo.

—Todos confiamos en que Dirk haya encontrado por fin la solución.

—Hay que ver primero si todo lo que dice encaja. —Shannon hizo un gesto de impaciencia—. Aún no nos ha dicho adonde conduce todo lo que nos está contando.

Pitt se inclinó sobre los mapas sin decir ni una palabra y trazó un semicírculo por el desierto con un bolígrafo rojo.

—Ésta es aproximadamente la zona por la que se extendía el golfo a finales del siglo XV.

—A menos de un kilómetro de la frontera actual entre los Estados Unidos y México —comentó Rodgers.

—Se trata de una región cubierta en su mayor parte de marismas. Se llama laguna Salada.

—¿Qué relación hay entre este pantano y lo que andamos buscando?

Los ojos de Pitt se iluminaron como si fuera un alto cargo de una gran empresa a punto de anunciar a los inversores la obtención de magníficos dividendos.

—La isla en la que los incas y los chachapoyas escondieron el tesoro ya no es una

isla.

Se sentó y bebió un trago de su brandy a la espera de que la revelación que acababa de pronunciar hiciese su efecto en los demás.

Todos reaccionaron como si hubieran recibido la orden de un sargento. Se abalanzaron sobre los mapas y miraron detenidamente las marcas que Pitt había hecho. Shannon señaló una pequeña serpiente que Dirk había dibujado sobre una montaña a medio camino entre el pantano y las montañas llamadas Las Tinajas.

—¿Qué significa la serpiente?

—Es algo así como la X que señala el tesoro —respondió Pitt.

Gunn estaba examinando el mapa topográfico.

—Según las curvas de nivel, la montaña que has señalado tiene una altura ligeramente inferior a los quinientos metros.

—¿Cómo se llama? —preguntó Loren.

—Cerro el Capirote —respondió Pitt—. El capirote es un gorro puntiagudo que se utiliza en ocasiones solemnes. También es el cucurucho del que proviene la expresión «tonto de capirote».

—¿Piensas que este monte perdido en el desierto es el lugar del tesoro? —preguntó Rodgers.

—Si examináis los mapas con detenimiento, veréis que en esa zona hay varias elevaciones con cimas puntiagudas que corresponden a la descripción. Por mi parte apuesto por el cerro el Capirote.

—¿Y podrías decirnos por qué estás tan seguro? —preguntó Shannon.

—Me he puesto en el lugar de los incas y he elegido el mejor sitio para esconder lo que en aquella época era el mayor tesoro del mundo. Si yo fuera el general Naymlap, buscaría en los confines del mar una isla de aspecto imponente que estuviese lo más lejos posible de los odiados españoles. El cerro el Capirote es el lugar más lejano al que podrían llegar a principios del siglo xv. Además su altura la convierte en la isla más imponente de todas.

El ambiente que se respiraba en la cubierta de pasajeros del transbordador era inmejorable. Todos los presentes, que minutos atrás habían estado a punto de considerar la operación un estrepitoso fracaso, acababan de recibir una verdadera inyección de moral. La inquebrantable confianza de Pitt en sí mismo se había vuelto contagiosa. Incluso Shannon había empezado a sonreír y a dar buena cuenta del brandy. Parecía como si de repente no cupieran más dudas y todos diesen por sentado que el demonio estaría en la cima del cerro el Capirote.

Si hubieran tenido la menor sospecha de que Pitt no las tenía todas consigo, la fiesta habría llegado a su fin en menos que canta un gallo. Dirk estaba seguro de sus conclusiones, pero era lo suficientemente práctico como para permitirse abrigar alguna que otra duda.

Además no había que olvidarse del lado más oscuro del asunto. Ni él ni Giordino habían comentado a nadie el encuentro con el asesino del profesor Miller. Los dos habían comprendido que la familia Zolar o Solpemachaco, o cualquiera que fuera su nombre en esa parte del mundo, ignoraba que el tesoro de Huáscar estuviera ya en el punto de mira del submarinista.

El recuerdo le devolvió a Dirk la imagen de Tupac Amaru, la frialdad en sus ojos, su crueldad... Entonces pensó que la búsqueda no iba a tardar en volverse realmente desagradable.

El *Alhambra* se acercó a la costa al llegar al extremo norte de la punta de San Felipe y se puso al paio en cuanto sus paletas empezaron a formar una estela de barro rojo. Pocos kilómetros más arriba, la desembocadura del río Colorado, ancha y de poca profundidad, se abría sobre el horizonte. A cada lado de las oscuras y salinas aguas de la corriente se extendían interminables marismas totalmente desprovistas de vegetación. Pocos planetas en el universo podrían tener un aspecto tan tétrico.

Pitt observó el sombrío paisaje por la ventana del helicóptero mientras se abrochaba el cinturón de seguridad. Shannon se había puesto a su lado en el asiento del copiloto y Giordino y Rodgers estaban sentados atrás en los asientos destinados a los pasajeros. Dirk movió la mano en señal de despedida. Gunn le hizo la «v» de la victoria con los dedos y Loren le lanzó un beso con la mano.

Pitt accionó los mandos. Las hélices empezaron a ganar velocidad y enseguida se pudo notar la característica trepidación del fuselaje. El helicóptero alzó el vuelo, y como si de una hoja llevada por el viento se tratara, se lanzó hacia un lado para distanciarse del *Alhambra*. Pitt empujó la palanca de inclinación y el aparato comenzó a ascender en línea diagonal rumbo norte. Cuando alcanzó los quinientos metros de altitud, Pitt ajustó los mandos y enderezó el rumbo para ponerse en vuelo horizontal.

Durante los primeros diez minutos, el helicóptero sobrevoló las tristes aguas del norte del golfo para luego pasar a las marismas de laguna Salada. Había zonas totalmente anegadas por las recientes lluvias y las ramas de los mezquites que se elevaban por encima del agua parecían esqueléticos brazos de alguien a punto de ahogarse.

Los expedicionarios no tardaron en dejar atrás el enorme cenagal. Ante sus ojos aparecieron las dunas del desierto que había entre la laguna y las montañas. El paisaje adquirió el aspecto de una luna descolorida. El terreno, rocoso y desigual, poseía una belleza marchita y terrible. El horroroso calor estival, realmente mortífero, posiblemente desvirtuaría cualquier atractivo que pudiera tener la región como espectáculo.

—Una carretera asfaltada —dijo Shannon.

—Es la autopista número cinco ~le informó Pitt—. Va de San Felipe a Mexicali.

—¿Es esto parte del desierto de Colorado? —preguntó Rodgers.

—El desierto que hay al norte de la frontera se llama así por el río, pero todo forma parte del desierto de Sonora.

—No es lo que se dice un lugar hospitalario. No me gustaría tener que atravesarlo a pie.

—Las personas que se muestran intolerantes con el desierto mueren en él —

comentó Pitt pensativamente—. Las que lo respetan suelen acabar pensando que es un buen lugar para vivir.

—¿Realmente hay gente que vive ahí abajo? —preguntó Shannon sorprendida.

—La mayoría son indios —contestó Pitt—. El desierto de Sonora es posiblemente el más bello del mundo, aunque los habitantes del centro de México lo consideran un lugar remoto y carente de interés.

Giordino se asomó por una de las ventanas laterales, miró hacia el horizonte con los prismáticos y dio una palmada a Pitt en el hombro.

—Objetivo a la vista por babor.

Pitt asintió, cambió ligeramente de rumbo y clavó la vista en la solitaria montaña que se erguía en el desierto justo delante de ellos. El Capirote era el mejor nombre que le podían haber puesto. Aunque no tenía una forma perfectamente cónica, recordaba a un cucurucho con la punta aplastada.

—Creo distinguir una figura con forma de animal en la cima —declaró Giordino.

—Voy a descender para sobrevolarla —respondió Pitt.

Dirk frenó y comenzó a descender. Se fue acercando a la montaña con suma precaución para no ser arrastrado por ninguna corriente y empezó a rodear la cima. Entonces viró y trató de mantener el helicóptero suspendido en el aire. Estaban justo enfrente. La efigie de piedra, que tenía la boca abierta, parecía mirarles con la expresión de un perro callejero hambriento.

—Pasen, señoras y caballeros —exclamó Pitt como si estuviera anunciando un espectáculo de carnaval—, pasen y vean el asombroso demonio de los abismos, capaz de barajar las cartas con la nariz y repartirlas con los dedos del pie.

—Existe —murmuró Shannon emocionada como los demás—. Realmente existe.

—Se parece a una gárgola erosionada —comentó Giordino cuando pudo controlar sus sentimientos.

—Debes aterrizar —exigió Rodgers—. Tenemos que verla de más cerca.

—Hay demasiadas rocas alrededor de la escultura —advirtió Pitt—. Necesitamos un espacio abierto para bajar.

—Hay un claro a unos cuarenta metros detrás de la figura —indicó Giordino.

Pitt asintió y rodeó la elevación rocosa de tal forma que pudiera aprovechar la corriente de aire que soplaba del oeste. Tras reducir la velocidad, el helicóptero descendió, flotó durante unos segundos en el aire y se posó finalmente en el único espacio abierto que había en la cima de la montaña.

Giordino bajó en primer lugar para sujetar el helicóptero a las rocas con unas cuerdas. Cuando hubo acabado, se puso delante de la cabina y se pasó la mano extendida por la garganta. Pitt apagó el motor y las hélices comenzaron a perder velocidad.

Rodgers saltó por la puerta y le alargó el brazo a Shannon para ayudarla a bajar.

Nada más tocar el suelo, la arqueóloga se lanzó a la carrera en dirección a la estatua. Pitt saltó a continuación, pero en vez de seguir a los demás, alzó los prismáticos y se puso a observar el cielo en busca del origen del levísimo ruido de motor que le llegaba a los oídos. El avión no era más que un punto plateado perdido en el inmenso azul de la bóveda celeste. El piloto había mantenido una latitud de dos mil metros al objeto de permanecer fuera de la vista, pero no había conseguido engañar a Pitt, quien había intuido que les seguían desde el mismo momento en el que abandonaron el transbordador. Ver al enemigo no hacía más que confirmar sus sospechas.

Antes de reunirse con los demás, que ya estaban examinando la efigie, se acercó al borde de la cima. Cuando miró hacia abajo, se sintió instantáneamente aliviado por no tener que descender por la accidentada falda de la montaña. El espectáculo que ofrecía el desierto desde ese punto despejado era impresionante. El sol de octubre teñía las rocas y la arena de unos colores intensos y llamativos que el caluroso verano solía transformar en tonos apagados y monótonos. Las aguas del golfo brillaban al sur y las cordilleras que flanqueaban las marismas de laguna Salada se elevaban con majestuosidad entre leves jirones de niebla.

Pitt empezó a sentir una gran satisfacción en su interior. Había acertado. Efectivamente, los antiguos habían elegido un lugar imponente para esconder el tesoro.

Cuando por fin se acercó a la estatua de piedra, Shannon estaba tomándole las medidas y Rodgers no paraba de sacar fotos. Giordino, por su parte, estaba absorto buscando alguna señal que indicara la entrada del pasadizo.

—¿Habéis encontrado ya la garantía de autenticidad? —preguntó.

—No cabe ninguna duda de que tiene influencias chachapoyanas —le informó Shannon con la cara encendida por el entusiasmo—. Es una muestra extraordinaria de su arte. —Dio un paso atrás como si estuviera observando un cuadro en un museo—. Fíjate: los motivos de las escamas están duplicados con la más absoluta fidelidad. Son del mismo tipo que los de las figuras del Pueblo de los Muertos.

—¿Es la misma técnica?

—Es prácticamente idéntica.

—Entonces tal vez fuera el mismo escultor el que se encargara de tallar esta figura.

—Es posible. —Shannon estiró el brazo todo lo que pudo y tocó la parte inferior del cuello de la serpiente—. No era nada fuera de lo común que los incas utilizaran escultores de Chachapoyas.

—Los antiguos debían de tener un sentido del humor un tanto retorcido para crear un dios como éste; sólo de verle se le revuelven a uno las tripas.

—La leyenda no está del todo clara pero dice que un jaguar se comió un huevo de cóndor y luego lo vomitó. Del huevo salió una serpiente que se arrastró hasta el mar,

donde le salieron escamas. La criatura era tan fea que el resto de los dioses, que habían crecido fuertes a la luz del sol, la rechazaron, por lo que se escondió en los abismos y se convirtió en el guardián de los muertos.

—El cuento del patito feo en su versión original.

—La criatura es horrible —declaró Shannon solemnemente—, y aun así no puedo evitar que me produzca una profunda tristeza. No sé cómo explicarlo, pero tengo la sensación de que la escultura tiene vida propia.

—Te entiendo. Parece como si fuera algo más que una fría roca. —Pitt se fijó en los trozos del ala que se habían caído al suelo—. Pobre bicho, me temo que su mejor época ya ha pasado.

Shannon asintió tristemente mientras observaba las pintadas y los agujeros de bala que cubrían la figura.

—Es una verdadera lástima que los arqueólogos de la región no hayan llegado a apreciar nunca lo que la figura es en realidad: una gran obra de arte perteneciente a dos culturas que florecieron a miles de kilómetros de distancia...

Pitt le interrumpió de repente levantando una mano en señal de silencio.

—¿No oyes algo, como si alguien estuviera llorando?

Shanon prestó atención y meneó la cabeza negativamente.

—Todo lo que oigo es el disparador y el rebobinado automático de la cámara de Miles.

El misterioso sonido que Pitt había creído oír había desaparecido.

—Habrà sido el viento —conjeturó con una sonrisa.

—O los muertos a los que protege el demonio.

—Tenía entendido que su presencia les aseguraba la paz eterna.

Shannon sonrió.

—No sabemos mucho sobre los ritos religiosos de los incas y los chachapoyas. Puede que nuestro amigo de piedra no fuera tan benévolo como creemos.

Pitt dejó que Shannon y Rodgers siguieran con su trabajo y se acercó a donde se encontraba Giordino. El robusto italiano estaba dando golpecitos sobre el pedestal de la escultura con una piqueta de minero.

—¿Alguna señal del pasadizo?

—No, a menos que los incas tuvieran un método para fundir piedra. Esta gran gárgola ha sido tallada directamente en la roca de granito sólido que constituye la montaña. No he logrado ver ni una sola grieta alrededor de la base de la estatua que indique nada significativo. Si hay un pasadizo, tiene que estar en otra parte de la montaña.

Pitt ladeó la cabeza a la escucha. —Ahí está de nuevo.

—¿Te refieres a ese gemido de bruja?

—¿Tú también lo has oído? —preguntó Pitt sorprendido.



—Creía que era el silbido del viento al deslizarse entre las rocas.

—No sopla nada de viento.

Giordino puso cara de extrañeza y se chupó un dedo para comprobarlo.

—Tienes razón. No se mueve nada de aire.

—Y además no suena de forma regular —añadió Pitt—. Sólo se oye de vez en cuando.

—Yo también me he dado cuenta. Llega como un suspiro, suena durante unos diez segundos y tarda casi un minuto en reaparecer.

Pitt asintió animado.

—Tal vez hayamos descubierto una abertura en el pasadizo. — Veamos si podemos encontrarla —sugirió Giordino ilusionado.

—Será mejor que esperemos a que vuelva. —Pitt vio una piedra que parecía moldeada para su trasero y se sentó. Parsimoniosamente, limpió los cristales de sus gafas de sol, se pasó un pañuelo por la frente y tras aguzar el oído, empezó a mover la cabeza de un lado a otro como si fuera una antena de radar.

El gemido iba y venía con la regularidad de un reloj. Pitt esperó a que sonara tres veces y entonces hizo una señal a Giordino para que le acompañara a la parte norte de la cima. No les hacía falta decirse nada. Eran amigos desde niños y habían mantenido la relación durante los años que estuvieron alistados en las fuerzas aéreas. Cuando doce años atrás Pitt aceptó la oferta de trabajo procedente del almirante Sandecker, Giordino entró en la ANS con él. Con el paso del tiempo habían aprendido a comunicarse prescindiendo de las palabras.

Giordino descendió unos veinte metros por una cuesta, se detuvo y prestó atención mientras esperaba la siguiente señal de su amigo. Había oído el gemido con más claridad que Pitt. Sabía sin embargo que las rocas producían un gran eco y que el sonido llegaba distorsionado. Dirk le hizo un gesto para que se alejara del lugar donde mejor se oía y le indicó un punto en el que la cima se cortaba abruptamente y formaba una garganta de unos diez metros de profundidad.

Giordino se tumbó boca abajo y se puso a buscar la manera de bajar por la garganta. Pitt no tardó en llegar, se agachó a su lado y extendió la mano.

Cuando el gemido volvió a oírse, Pitt asintió y esbozó una sonrisa.

—Siento una corriente de aire. Sale por una abertura desde el interior de la montaña.

—Voy al helicóptero a coger una cuerda y una linterna —propuso Giordino. Se puso de pie y echó a correr. Al cabo de un par de minutos, ya estaba de vuelta en compañía de Shannon y Rodgers.

La mirada de la arqueóloga sólo expresaba ilusión.

—Al dice que habéis encontrado la forma de entrar a la montaña.

Pitt asintió.

—Lo sabremos enseguida.

Giordino ya había atado a una peña el extremo de la cuerda de nailon.

—¿Quién tiene el honor?

—A cara o cruz —dijo Pitt.

—Cara.

Pitt lanzó una moneda al aire, que acabó cayendo entre dos pedruscos.

—Cruz: has perdido.

Giordino se encogió de hombros sin quejarse, hizo un lazo con el otro cabo de la cuerda y, tras pasarlo alrededor de la cabeza y los brazos de su amigo, se lo colocó por debajo de los sobacos y lo ajustó.

—No empieces ahora con piruetas de alpinista, ¿vale? Te bajo, te subo y punto.

Pitt sabía muy bien que su amigo era más fuerte que él. Giordino no era muy alto, pero sus hombros eran tan anchos como los de cualquiera y sus brazos tenían los músculos de un luchador profesional. Cualquiera que hubiera intentado derribar a Giordino, incluso los cinturones negros de kárate, había tenido la sensación de estar atrapado en una especie de máquina indestructible.

—Cuida de que no se te quemen las manos —le previno Pitt.

—Cuida de que no se te rompa una pierna. Si no te las tendrás que ver con la gárgola. —Giordino le pasó la linterna y empezó a soltar cuerda.

Pitt no tardó en tocar el fondo.

—Vale, ya he llegado.

—¿Qué ves?

—Una grieta en la pared lo suficientemente ancha como para que pueda arrastrarse una persona. Voy a meterme.

—No te quites la cuerda. Podría haber un socavón nada más entrar.

La grieta tenía tres metros de largo. Luego se abrió y daba paso a una abertura lo bastante alta como para que una persona se pusiera de pie. Pitt encendió la linterna e iluminó la cueva. Se trataba del comienzo de un pasadizo que parecía conducir hasta las entrañas de la montaña. El suelo era liso y alguien había hecho unos peldaños en la roca.

Una fuerte corriente de aire húmedo y enrarecido salió en ese momento del interior como si se tratara del aliento de un gigante. Pitt apoyó los dedos sobre las paredes. Estaban húmedas. Avanzó impulsado por la curiosidad hasta que la cuerda se tensó y tuvo que detenerse. Alzó entonces la linterna y el haz de luz disolvió las tinieblas en las que se encontraba. De repente le sobrevino el pánico: un par de ojos le estaban observando.

Delante de él, encorvado sobre un pedestal de roca negra y con la mirada fija en la entrada del pasadizo, había otro demonio de los muertos. Tallado aparentemente por la misma mano que el de la cima, la figura era sin embargo de menor tamaño y

tenía incrustaciones de turquesa, dientes de cuarzo y gemas rojas en los ojos.

Pitt estuvo a punto de quitarse la cuerda y seguir explorando, pero pensó que sería injusto con los demás. En el momento en que se descubriese el tesoro tenían que estar todos presentes. A su pesar, volvió a la grieta y se escurrió al exterior.

Shannon y Rodgers le miraron llenos de expectación cuando por fin apareció por el borde de la garganta y se puso de pie con la ayuda de Giordino.

—¿Qué has visto? —exclamó Shannon, incapaz de contenerse—. ¡Dinos qué has encontrado!

Pitt la miró inexpresivamente durante medio segundo y entonces esbozó una sonrisa de satisfacción.

—El pasadizo que lleva al tesoro está vigilado por otro demonio. Aparte de eso, el camino parece estar libre.

Todos empezaron a gritar de alegría. Shannon y Rodgers se abrazaron y besaron, y Giordino dio a su amigo una palmada tan fuerte en el hombro que estuvo a punto de descoyuntarle. Muertos de curiosidad, se asomaron a la garganta para ver la grieta que conducía al interior del cerro. Ninguno de ellos se fijó en el túnel negro: clavaron la mirada en la pared y, como si fuera transparente, vieron el tesoro en las profundidades de la montaña.

Al menos eso fue lo que creyeron ver. Pitt, en cambio, tenía los ojos puestos en el cielo. Previsor, intuitivo, acaso simplemente supersticioso, acababa de imaginarse al avión que les había seguido atacando el *Alhambra*. Durante un instante pudo verlo con la misma claridad que si estuviera mirando la televisión. La imagen no era nada bonita.

Shannon se dio cuenta de que Pitt se mantenía callado y pensativo.

—¿Qué pasa? Parece como si acabaras de perder a tu chica favorita.

—Es posible —replicó misteriosamente—. Es muy posible.

Giordino se fue nuevamente al helicóptero y volvió con otra cuerda de nailon, otra linterna y una lámpara de gas. Se echó la cuerda sobre el hombro y pasó la linterna a Shannon. A Rodgers le dio la lámpara junto a una caja de cerillas.

—La bombona está llena, así que tendremos luz para un mínimo de tres horas.

Shannon cogió la linterna con confianza.

—Creo que lo mejor será que yo vaya delante.

Giordino se encogió de hombros.

—Por mí, estupendo. Prefiero no ser yo quien haga saltar todas las trampas que habrá en esa cueva de la muerte.

A Shannon se le torció el gesto.

—Muy optimista de tu parte...

Pitt se echó a reír.

—Se da verdaderos atracones de películas de Indiana Jones.

—Tú sigue metiéndote conmigo —replicó Giordino melancólicamente—. Algún día te arrepentirás.

—Espero que no tenga que ser muy pronto.

—¿Cómo es la grieta de ancha? —preguntó Rodgers.

—Tal vez la profesora Kelsey pueda pasar a gatas, pero nosotros tendremos que arrastrarnos.

Shannon volvió a asomarse al borde de la garganta.

—Es imposible que los chachapoyas y los incas escalaran la falda de la montaña con todo el tesoro y luego bajaran por esta ratonera. Seguro que utilizaron un pasadizo mucho más grande que estaría cerca del pie de la montaña y por encima del nivel del agua de entonces.

—Podrías pasarte años buscándolo —repuso Rodgers—. Seguro que los desprendimientos de tierra y la erosión de los cinco siglos transcurridos han acabado sepultándolo.

—Yo diría que el desprendimiento lo provocaron ellos mismos —aventuró Pitt.

Shannon no estaba dispuesta a que los hombres fueran en primer lugar. Su especialidad era precisamente abrirse paso entre las rocas y escurrirse por los huecos más recónditos de las montañas. Sin pensárselo dos veces, se deslizó ágilmente por la garganta y desapareció por la grieta. La siguieron Rodgers y Giordino. Pitt cerraba la marcha.

Giordino se volvió a Dirk y dijo:

—Me sacarás si me quedo atrapado a un desprendimiento, ¿verdad?

—Antes tendré que llamar a los bomberos.

Entre tanto, Shannon y Rodgers ya habían bajado por los peldaños y se habían

puesto a observar el demonio de los muertos. La arqueóloga estaba estudiando los motivos tallados en las escamas cuando aparecieron los dos submarinistas.

—Las imágenes de esta escultura están mejor conservadas que las de la otra.

—¿Puedes traducirlas?

—Necesitaría algo más de tiempo. Yo diría que fueron talladas de manera apresurada.

Rodgers se fijó en los colmillos que sobresalían de la boca de la serpiente.

—No me extraña que los antiguos tuvieran miedo de los abismos. Este bicho es tan feo que sólo de verlo te entran retortijones. Parece como si te siguiera a todas partes con la mirada.

—Se te quita la alegría de encima en cuanto lo ves —añadió Giordino.

Shannon le quitó el polvo que tenía alrededor de los ojos.

—Topacios rojos burdeos. Lo más probable es que los extrajeran de la vertiente este de los Andes, del Amazonas.

Rodgers puso la lámpara de gas en el suelo y la encendió. La luz iluminó diez metros de pasadizo en ambas direcciones. El fotógrafo volvió a coger la cámara y la acercó a la figura.

—¿Y por qué pondrían otro demonio aquí? —Rodgers estaba fascinado. La efigie estaba tan bien conservada que daba la impresión de que acabaran de darle el último toque.

Pitt dio una palmada a la serpiente en la cabeza.

—Por si acaso alguien lograba superar la primera.

Shannon mojó una punta de su pañuelo y limpió el polvo que tenían los topacios.

—Lo más asombroso es que antiguamente existieran tantos pueblos distantes entre sí y con culturas diferentes y que pese a todo tuvieran los mismos mitos. En las leyendas hindúes, por ejemplo, las cobras eran consideradas como los guardianes semidivinos de un reino subterráneo en el que había una gran cantidad de tesoros.

—No sé por qué eso resulta tan asombroso —comentó Giordino—. El noventa y nueve por ciento de las personas tienen miedo a las serpientes.

Cuando hubieron acabado de examinar la escultura, reanudaron la marcha. El aire que subía del interior de la montaña era tan sumamente húmedo que pronto empezaron a sudar copiosamente. Aún así, siguieron avanzando con precaución, pues la humedad no evitaba que se levantasen verdaderas nubes de polvo a poco que se arrastraran los pies.

—Debieron de tardar años en excavar ese túnel —comentó Rodgers.

Pitt levantó un brazo y pasó los dedos por la piedra caliza.

—No creo que lo excavasen todo ellos. Seguramente lo que hicieron fue ampliar un pasaje natural. De todas formas, fueran quienes fueran, no eran personas de baja estatura.

—¿Cómo lo sabes?

—Por la altura del pasadizo. No nos tenemos que inclinar: nos sobra casi medio metro.

Rodgers señaló un plato que había en un hueco de la pared haciendo ángulo.

—Es el tercero que veo hasta el momento. ¿Para qué servirán?

Shannon limpió el polvo que se había acumulado sobre el plato durante los cinco siglos que llevaba en el hueco de la pared. — Son reflectores de plata pulida — explicó—. Es el mismo sistema que utilizaban los antiguos egipcios para iluminar galerías interiores. El sol iluminaba un plato en la entrada y el reflejo llegaba a todas las cuevas sin provocar el humo y el hollín de las lámparas de aceite.

—Me pregunto si sabían que estaban siendo los precursores de la tecnología ecológica —murmuró Pitt tranquilamente.

Siguieron avanzando. Sus pasos resonaban en ambas direcciones, como si fueran las ondas producidas por la brisa en el agua de un estanque. Era una sensación extraña, claustrofobia, adentrarse en el corazón de la montaña. El ambiente se iba enrareciendo por momentos y la humedad no dejaba de aumentar. Cuando hubieron andado cincuenta metros más, entraron en una caverna de pequeño tamaño en la que había una larga galería.

La cámara no era otra cosa que una catacumba, cuyas paredes alojaban las criptas de varias momias. Eran veinte en total y todas estaban cubiertas por sendas telas decoradas con bordados de una gran belleza. Se trataba de los restos mortales de los guardianes encargados de custodiar el tesoro. Estaban en sus puestos, cumpliendo fielmente con un deber que trascendía a la muerte y esperando a que volvieran sus compatriotas desde un imperio que ya no existía.

—Esta gente era enorme —exclamó Pitt—. Medían más de dos metros.

—Es una pena, podrían jugar en la NBA —comentó Giordino.

Shannon se detuvo a mirar los dibujos de las mantas.

—Las leyendas dicen que los chachapoyas eran tan altos como los árboles.

Pitt dio una vuelta por la cámara observando las criptas.

—Falta uno.

—¿Cuál? —preguntó Rodgers.

—El último, el que se ocuparía de enterrar a los demás.

Tras la catacumba había otra sala de mayores dimensiones. Shannon la identificó como el lugar donde se alojaban los guardianes. En el centro, una gran mesa circular de piedra con un banco a su alrededor que evidentemente había sido utilizada para comer. Sobre ella estaban dispuestos varios vasos de cerámica y una bandeja de plata con los huesos de un ave de gran tamaño. Unos huecos horadados en las paredes habrían hecho las veces de camas. En algunos todavía se podían ver mantas de lana cuidadosamente dobladas. Rodgers encontró en el suelo un objeto brillante. Lo cogió

y lo puso a la luz de la lámpara de gas.

—¿Qué es? —preguntó Shanon.

—Un enorme anillo de oro sin adornos ni grabados.

—Un hallazgo alentador —murmuró Pitt—. Debemos de estar cerca de la cámara principal.

El entusiasmo de Shannon crecía por momentos. Se lanzó apresuradamente hacia una abertura que había al fondo de la sala y que daba a un pequeño túnel de techo abovedado por el que sólo se podía pasar de uno en uno. Su forma guardaba parecido con la de un aljibe. El pasadizo parecía alargarse interminablemente hacia las profundidades de la montaña.

—¿Cuánto hemos andado? —preguntó Giordino.

—A juzgar por mis pies, yo diría que unos diez kilómetros —respondió Shannon, que de repente empezaba a sentirse cansada.

Pitt había calculado la distancia en pasos que habían recorrido desde la catacumba.

—El cerro el Capiroate está sólo a quinientos metros por encima del nivel del mar. Yo diría que estamos a veinte o treinta metros por debajo de la superficie del desierto.

—¡Maldita sea! —exclamó Shannon—. Un pájaro acaba de darme en la cara.

—A mí también me ha tocado —dijo Giordino asqueado—. Creo que un murciélago me acaba de vomitar encima.

—Alégrate de que no fuera un vampiro —bromeó Pitt.

Continuaron la marcha por el túnel durante unos diez minutos más. De repente Shannon se paró y levantó la mano.

—Alto. He oído algo.

Pasaron unos segundos.

—Parece como si alguien se hubiese dejado un grifo abierto —puntualizó Giordino finalmente.

—Un arroyo o un río —dijo Pitt con voz queda, acordándose de las palabras del cocinero.

Conforme iban avanzando, el murmullo fue haciéndose más claro y empezó a resonar por el túnel. Había refrescado, y el aire se notaba mucho más puro. El ambiente resultaba más agradable. Los expedicionarios se lanzaron hacia adelante con la esperanza de que la siguiente curva fuera la última. De pronto, la oscuridad pareció inundarlo todo. Enseguida se dieron cuenta de que habían llegado al final del túnel y habían entrado en una cueva del tamaño de una catedral. La montaña estaba por tanto en su mayor parte hueca.

Shanon soltó un tremendo alarido que resonó por toda la cueva como si hubiese salido de unos amplificadores. La arqueóloga se agarró a la persona que tenía más cerca, que en este caso era Pitt.

Giordino, que no se solía asustar con facilidad, puso cara de haber visto un fantasma; Rodgers se había quedado de piedra, con el brazo extendido y la lámpara de gas colgada de la mano como si fuera una farola.

—Dios mío... —musitó finalmente, hipnotizado por la fantasmal aparición que resplandecía delante de ellos. ¿Qué es esto?

Aunque el corazón bombeaba en ese momento más de cinco litros de adrenalina por todo su cuerpo, Pitt no perdió la calma y se puso a examinar con detenimiento la imponente figura que se erguía sobre ellos como un monstruo salido de una película de ciencia ficción.

Tenía un aspecto realmente espeluznante. Su boca se abría formando una mueca horrible y mostrando unos dientes amenazadores, todos sus rasgos se marcaban de forma atroz, y las cuencas de sus ojos estaban terriblemente hundidas. Pitt calculó que sería una cabeza más alto que él. En la huesuda mano que tenía en alto sujetaba un garrote de batalla cubierto de adornos y con la punta dentada. Parecía como si estuviera a punto de abrirle la cabeza a alguien. La figura refulgía como si estuviese revestida de ámbar o de resina de fibra de vidrio. Pitt no tardó en averiguar de qué se trataba.

El último guardián del tesoro de Huáscar había pasado a mejor vida convertido en una estalagmita.

—¿Cómo es posible que haya acabado así? —preguntó Rodgers sobrecogido.

Pitt señaló el techo de la cueva.

—El agua que cae del techo calizo ha ido liberando dióxido de carbono que, con el tiempo, gota a gota, ha acabado cubriendo al guardián con una capa de cristales de calcita. Ahora parece un escorpión metido en el típico pisapapeles de resina acrílica que encontrarías en una tienda de souvenirs.

—Pero ¿cómo es posible que muriera y permaneciese de pie? —preguntó Shannon, que ya empezaba a recuperarse del susto.

Pitt pasó la mano por la capa cristalizada.

—No lo sabremos nunca, a menos que lo saquemos del sudario transparente en el que está envuelto. Parece increíble, pero puede que al saber que se estaba muriendo, se construyera un soporte que le mantuviera en posición erecta y con el brazo en alto, y luego se suicidara, seguramente con veneno.

—Esta gente se tomaba el trabajo muy en serio —murmuró Giordino.

Como si se sintiera atraída por una misteriosa fuerza, Shannon se acercó a la pavorosa figura y se fijó en su cara desencajada.

—Por la altura y el pelo rubio resulta evidente que pertenece a los chachapoyas, el pueblo de las nubes.

—Pues está muy lejos de casa —comentó Pitt al tiempo que consultaba su reloj—. Queda gas para dos horas y media. Será mejor que continuemos.



Las paredes de la enorme gruta eran tan increíblemente altas que las luces apenas podían iluminar su techo abovedado; todas las proporciones eran mucho mayores a cualesquiera que pudiera haber construido o concebido un ser humano. Algunas parejas de estalagmitas y estalactitas de gran tamaño habían acabado formando columnas realmente colosales. Aquí y allá se veían concreciones calizas de extrañas formas, como si fueran bestias perdidas de un mundo remoto. Los cristales brillaban en las paredes como colmillos incrustados. La resplandeciente belleza, la abrumadora grandiosidad del lugar produjo la misma impresión en los expedicionarios que un fantástico espectáculo de rayos láser.

Siguieron avanzando y de repente dejaron de ver las brillantes formaciones calcáreas. Ante sus ojos se extendía un río de aguas oscuras con unos treinta metros de anchura. Cuando se acercaron con la luz de gas, la corriente perdió su aspecto conminatorio y adquirió un tono verde esmeralda. Pitt calculó que tendría una velocidad de unos nueve nudos. Enseguida comprendieron cuál era el origen del murmullo que habían oído antes: se trataba del eco que producía el río al golpear contra la rocosa orilla de una isla de forma chata y alargada situada en el mismo centro del cauce.

Sin embargo, no fue el extraordinario descubrimiento del río que corría por debajo de las mismísimas arenas del desierto lo que dejó maravillados a los expedicionarios, sino el prodigioso espectáculo que se reflejaba sobre sus aguas. Allí mismo, sobre lo alto de la isla, se elevaba una verdadera montaña de objetos de oro. Ahí estaba la cadena de oro de Huáscar, enrollada en una larga espiral que alcanzaba los diez metros de altura; ahí estaba también el gran disco de oro del Templo del Sol, cubierto de incrustaciones de piedras preciosas. Plantas, nenúfares y mazorcas doradas; esculturas de oro macizo de reyes, dioses, mujeres, llamas...; docenas y docenas de objetos ceremoniales, de bellísima factura y adornados con enormes esmeraldas engastadas. A su lado, dispuestas como si estuvieran en el interior de un camión de mudanzas, había estatuas, sillas, mesas, camas, todas ellas decoradas con grabados de finísima elaboración. El objeto que más llamaba la atención en esta pila era un fabuloso trono de oro macizo con incrustaciones de flores plateadas.

Y aquí no acababa todo. Muy cerca, las momias de doce generaciones de los soberanos incas estaban ordenadas en filas, como si fueran un ejército de fantasmas. Todas estaban cubiertas con trajes de oro y tenían a su lado sus correspondientes armaduras, atavíos y tocados.

—Ni en sueños me hubiera imaginado que pudiese existir tal colección de maravillas —musitó Shannon lentamente.

Giordino y Rodgers se habían quedado de piedra. Eran incapaces de articular palabra de tan asombrados como estaban.

—Resulta increíble que pudieran hacer un viaje de miles de kilómetros en unas

simples balsas con un tesoro tan grande como éste —comentó Pitt admirado.

Shannon sacudió la cabeza: la expresión de su mirada había pasado del asombro a la tristeza.

—¿Os podéis imaginar lo que significa esto? Lo que estamos viendo no es más que una pequeña parte del total de las riquezas acumuladas por la última gran civilización precolombina. Es prácticamente imposible calcular la cantidad de objetos de oro que los españoles fundieron.

Giordino esbozó una sonrisa de oreja a oreja.

—Es reconfortante saber que los glotones de los españoles se perdieron lo mejor del pastel...

—¿Hay alguna manera de que podamos llegar hasta la isla? —preguntó Shannon—. Me gustaría hacer un estudio preliminar.

—Yo tengo que sacar primeros planos de los objetos —añadió Rodgers.

—Como no te echas al agua y trates de atravesar los treinta metros de rápidos que nos separan del tesoro...

Pitt echó un vistazo a su alrededor con la linterna.

—Por lo visto, los chachapoyas y los incas se llevaron el puente cuando acabaron. Tendréis que hacerlo todo desde aquí.

—Habrá que confiar en que las fotos salgan bien con el teleobjetivo y el flash —comentó Rodgers.

—¿Cuánto calculáis que puede valer todo esto?

—Habría que pesar todas las piezas —dijo Pitt— y consultar los precios actuales del mercado del oro. Luego habría que triplicar la cifra para averiguar su valor como antigüedades.

—Estoy segura de que el valor es tres veces mayor que el que han calculado los expertos —afirmó Shannon.

Giordino la miró fijamente.

—Eso significaría unos trescientos millones de dólares.

—Más incluso.

—No valdrá absolutamente nada hasta que no lo saquemos a la superficie. No creo que resulte nada fácil acarrear las piezas más grandes hasta la orilla y luego subir con ellas por el pasadizo hasta la cima de la montaña. Sólo para llevarse la cadena hará falta un potente helicóptero de transportes.

—Eso supone organizar una operación en toda regla —replicó Rodgers.

Pitt iluminó la gran cadena de oro con su linterna.

—Nadie ha dicho en ningún momento que fuera a ser fácil. De todas formas, no es nuestro problema.

Shannon le miró con curiosidad.

—¿Ah, no? ¿Entonces de quién es? Pitt se volvió hacia ella.

—¿No te acuerdas? Se supone que tenemos que quedarnos al margen y dejarlo todo en manos de nuestros amigos de Solpemachaco.

La tremenda emoción que había sentido al descubrir el tesoro había hecho que Shannon se olvidase por completo de ese pequeño y repugnante detalle de la operación.

—Esto es un escándalo, un verdadero escándalo —gritó enfurecida. Se sentía herida en su amor propio—. Me encuentro ante el hallazgo arqueológico del siglo y no puedo dirigir el proyecto de extracción.

—¿Por qué no presentas una queja? —sugirió Pitt.

Shannon le miró de hito en hito con cara de perplejidad.

—¿De qué me estás hablando?

—Diles a tus contrincantes cómo te sientes.

—¿Cómo?

—Déjales un mensaje.

—Tú estás loco.

—Ese comentario lo he oído bastantes veces últimamente —dijo Giordino.

Pitt cogió la cuerda que Giordino llevaba sobre el hombro e hizo un lazo. Calculó la distancia y lo lanzó en dirección a la isla, donde se enganchó en la cabeza de un pequeño mono de oro que había sobre un pedestal.

—¡Aja! —exclamó con una triunfal sonrisa en los labios—. No tengo nada que envidiar al mejor de los vaqueros.

Los temores de Pitt se vieron confirmados cuando el helicóptero empezó a descender sobre el *Alhambra*. No había nadie esperando sobre la cubierta para darle la bienvenida. Tanto la cubierta para coches como la timonera parecían vacías. Además, el barco no estaba ni anclado ni a la deriva: el casco flotaba tranquilamente sobre el agua a poco más de dos metros del fondo. Ni siquiera se balanceaba. Todo daba a entender que el transbordador estaba desierto.

El mar estaba en calma. Pitt aterrizó sobre la cubierta sin ningún problema y apagó los motores en cuanto las ruedas hicieron contacto con el suelo. Se quedó sentado hasta que las turbinas y las hélices dejaron de hacer ruido. El silencio era sobrecogedor. Esperó un minuto más, pero no apareció nadie. Entonces abrió la puerta del piloto, saltó sobre la pista y permaneció quieto y expectante.

Segundos más tarde apareció un hombre de debajo de una de las escaleras de cubierta y comenzó a andar en dirección al helicóptero. Cinco metros antes de llegar se detuvo. Pese a la falta de peluca y barba postiza, Pitt no tuvo dificultad para identificar al hombre que había suplantado al profesor Miller en el Perú. En sus labios tenía dibujada una enorme sonrisa de satisfacción.

—Creo que se ha equivocado de barco —señaló Pitt sin inmutarse.

—Definitivamente, señor Pitt, parece que ha decidido ser la causa de mi perdición.

—No sabe usted bien lo que me agrada esa idea. ¿Por qué nombre se le conoce hoy?

—No creo que le sirva de mucho, pero me llamo Cyrus Sarason.

—No puedo decir que sea precisamente un gusto volverle a ver.

Sarason se acercó un poco más para poder ver el interior del helicóptero. La sonrisa desapareció de sus labios para dar paso a una mueca de preocupación.

—¿Está solo? ¿Dónde están los demás?

—¿Los demás? —preguntó Pitt inocentemente.

—La profesora Kelsey, Miles Rodgers y su amigo, Al Giordino.

—Ya que se ha aprendido tan bien la lista de pasajeros, dígamelo usted.

—Por favor, señor Pitt, no juegue conmigo —le advirtió Sarason.

—Tenían hambre, así que les he dejado en un restaurante de San Felipe.

—Miente.

Pitt siguió mirando fijamente a Sarason. No le hacía falta verlos para saber que había varios hombres en la cubierta apuntándolo con armas de fuego. Se mantuvo firme, cara a cara con el asesino del profesor Miller, como si no tuviera nada que perder.

—Entonces lléveme a juicio. —Dirk se echó a reír.

—No creo que sea éste el mejor momento para mostrar una actitud displicente —comentó Sarason fríamente—. Tal vez no se haya dado cuenta todavía de la gravedad de su situación.

—Creo que sí —Pitt todavía sonreía—. Usted quiere el tesoro de Huáscar, y estaría dispuesto a matar a la mitad de los buenos ciudadanos de este país para conseguirlo.

—Por suerte, eso no será necesario. He de admitir, sin embargo, que la cifra de setecientos mil millones de dólares sería todo un incentivo.

—¿No le interesaría saber por qué estábamos buscando el tesoro en el mismo momento que ustedes y cómo lo estábamos haciendo?

Ahora fue Sarason quien se echó a reír.

—No nos ha costado mucho persuadir al señor Gunn y a la diputada Smith para que cooperaran y nos contaran todo lo relacionado con el quipo de Drake.

—No creo que sea una idea muy inteligente torturar a un miembro del Congreso de los Estados Unidos y al subdirector de un organismo científico subvencionado por el gobierno.

—Es posible, pero resulta muy eficaz.

—¿Dónde están mis amigos y la tripulación del transbordador?

—Me preguntaba cuándo haría esa pregunta.

—¿Quiere que hagamos un trato? —A Pitt no se le pasó por alto la mirada de depredador que Sarason le estaba clavando con ánimo intimidatorio. Sin inmutarse, Dirk sostuvo la mirada—. ¿O acaso prefiere que empiece la música y que nos pongamos todos a bailar?

Sarason hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No veo por qué habría de regatear. No tiene nada que ofrecerme. Evidentemente usted no es una persona en la que se pueda confiar y yo tengo todas las cartas en la mano. En definitiva, señor Pitt, ha perdido antes de que empezara la partida.

—Entonces muestre la generosidad de un buen ganador y dígame dónde están mis amigos.

Sarason se quedó pensativo, se encogió de hombros e hizo una señal con la mano.

—Es lo menos que puedo hacer antes de ponerle unos lastres y tirarle por la borda.

Cuatro hombres corpulentos y de piel oscura con aspecto de matones de bar sacaron a los cautivos de una galería a golpe de culata y les obligaron a formar una fila detrás de Sarason.

Gordo Padilla fue el primero en salir, seguido de Jesús, Gato y el ayudante cuyo nombre Pitt no recordaba haber oído. A pesar de los moratones y la sangre seca, no parecía que hubiesen sufrido heridas de gravedad. Gunn, por lo visto, no había tenido

tanta suerte, ya que hubo de ser literalmente arrastrado hasta la cubierta. Resultaba evidente que había recibido una soberana paliza: tenía la camisa manchada de sangre y las manos vendadas con trapos. Loren estaba a su lado, despeinada y con la cara demudada. Tenía los brazos y las piernas cubiertos de moratones y los labios y pómulos inflamados como si un enjambre de abejas se los hubiese acribillado. Con todo, mantenía la cabeza en alto orgullosamente y trataba de zafarse de los guardas cada vez que la empujaban. La mirada desafiante con la que había salido de la galería desapareció en cuanto vio a Pitt. Su rostro se nubló, presa del desaliento, y dejó escapar un gemido.

—Oh, no, Dirk —exclamó—, también te han cogido a ti...

A duras penas, Gunn logró levantar la cabeza y abrió sus labios ensangrentados.

—He intentado avisarte, pero... —El resto de la frase resultó ininteligible.

Sarason sonrió indiferente.

—Creo que lo que el señor Gunn trata de decir es lo siguiente: mis hombres se han acercado al transbordador en un barco pesquero y han subido con la excusa de que necesitaban una radio. Entonces han aprovechado la ocasión para apresarle a él y a la tripulación y apoderarse del barco.

Pitt estaba tan furioso que faltó poco para que se lanzase encima de los que habían torturado a sus amigos. Respiró hondo y trató de no perder los nervios. Juró para sus adentros que el hombre que estaba delante de él acabaría pagando tarde o temprano por todo lo que había ocurrido. Mientras tanto Pitt sólo tenía que evitar hacer cualquier tontería.

Con aire despreocupado, Dirk volvió la cabeza y se fijó en la barandilla más cercana. Tras calcular la distancia que le separaba de ella y la altura a la que estaba, se volvió a Sarason y dijo:

—No me gusta nada la idea de que un grupo de hombres fuertes se dedique a pegar a una mujer indefensa —comentó en todo de charla—. Además, ¿con qué fin? Usted ya conoce el lugar en el que se encuentra el tesoro.

—Entonces, es verdad —exclamó Sarason complacido—. Han encontrado la figura que vigila el tesoro en la cima del cerro el Capirote.

—La podría haber visto usted mismo si no hubiese perdido el tiempo jugando al escondite entre las nubes.

—Así que sabían que les estábamos siguiendo —afirmó Sarason.

—Era evidente que iban a seguirnos después del encuentro fortuito que tuvimos ayer. Supongo que ayer noche fueron a todos los lugares del golfo donde podíamos haber aterrizado hasta que alguien en San Felipe les habló de nuestro transbordador.

—Es usted muy astuto.

—No tanto. He cometido el error de confiar en la competitividad del equipo contrario. No pensaba que actuarían como unos imprudentes aficionados y que

acabarían estropeando la competición. Lo que han hecho no tiene ninguna justificación.

Sarason le miró perplejo.

—¿Qué está pasando aquí, Pitt? —El tono había cambiado.

—Todo forma parte del plan —respondió en un tono casi jovial—. Os he llevado hasta el tesoro adrede.

—No mientas tan descaradamente, Pitt.

—Amigo, te has tragado el anzuelo. A ver si te enteras de una vez. ¿Por qué te crees que no he vuelto al transbordador con la profesora Kelsey, Rodgers y Giordino? Para que no caigan en tus sucias manos, por eso.

Sarason habló lentamente.

—Es imposible que supieras antes de volver que íbamos a capturar el barco.

—No lo sabía con absoluta certeza. Digamos simplemente que mi intuición ha estado funcionando al doble de velocidad. Además, nadie ha contestado a mis llamadas.

Sarason puso cara de lince.

—No lo haces nada mal, Pitt, serías un buen escritor de cuentos para niños.

—¿No me crees? —preguntó Pitt como si le sorprendiera el comentario.

—Ni una palabra.

—¿Qué vas a hacer con nosotros?

Sarason puso una despreciable cara de alegría.

—Eres mucho más ingenuo de lo que me esperaba. Sabes perfectamente lo que os va a pasar.

—Estás yendo demasiado lejos, ¿no te parece, Sarason? Si asesinas a la diputada Loren Smith, las autoridades americanas no tardarán en echársete encima.

—Nadie se va a enterar del asesinato —replicó sin inmutarse—. El transbordador se va a ir a pique con todos dentro. Pensarán que ha sido un desafortunado accidente y serán incapaces de averiguar las causas.

—¿Y qué me dices de Kelsey, Giordino y Rodgers? Están sanos y salvos en California y dispuestos a contar toda la historia al Servicio de Aduanas y al FBI en cualquier momento.

—Esto no es Estados Unidos, sino México, una nación soberana. Las autoridades abrirán una investigación en toda regla, pero no encontrarán pruebas de ningún delito por muchas acusaciones que hagan tus amigos.

—Habiendo casi mil millones de dólares en juego, debería haberme imaginado que te mostrarías muy generoso a la hora de buscar la cooperación de las autoridades.

—No dudaron ni un momento en unirse a nosotros cuando les prometimos su parte del tesoro.

—Si tenemos en cuenta la cantidad que hay en juego —continuó Pitt—, supongo

que te puedes permitir el lujo de hacer de Santa Claus.

Sarason se fijó en que el sol ya se estaba poniendo.

—Empieza a hacerse tarde. Ya hemos hablado bastante —Sarason se dio la vuelta y llamó a alguien. Pitt se quedó helado al oír el nombre—. Tupac. Ven a saludar al hombre que te dejó impotente.

Tupac Amaru salió de detrás de uno de los guardas y se quedó enfrente de Pitt sonriendo como la calavera de una bandera pirata. La expresión de sus ojos combinaba el regocijo y la concentración que tiene un carnicero en la mirada antes de cortar un trozo de carne de primera calidad.

—Te dije que acabarías sufriendo todo lo que me habías hecho sufrir a mí.

Pitt observó la mirada de depravación de Amaru con una extraña intensidad: no le hacía falta que ningún entrenador de fútbol le dibujase un diagrama de lo que le tenía guardado. Empezó a moverse para que, llegado el momento, pudiese llevar a cabo el plan que había pensado nada más salir del helicóptero. Se puso a andar hacia donde estaba Loren. Sin que se le notase, comenzó a respirar profundamente y a buen ritmo.

—Si eres tú el que ha hecho daño a la diputada Loren Smith, te aseguro que vas a morir. No te quepa la menor duda, estúpido.

Sarason se echó a reír.

—No, no, Pitt, tú no vas a matar a nadie.

—Tú tampoco. Incluso en México te pueden colgar si hay un testigo de tus asesinatos.

—No lo niego. —Sarason le miró interrogativamente—. De todas formas, ¿de qué testigo estás hablando? —El asesino hizo un gesto con el brazo para indicar que en el mar no había nadie—. Como puedes ver, la tierra más cercana es un desierto que está a veinte kilómetros de distancia y el único barco que hay a la vista es el pesquero en el que hemos llegado hasta aquí.

Pitt levantó la mirada y se fijó en la timonera.

—¿Y qué me dices del timonel del transbordador?

Todos se volvieron al mismo tiempo, a excepción de Gunn, quien le hizo un gesto afirmativo a Pitt y levantó la mano para señalar la timonera vacía.

—¡Corre, Pedro! —gritó con todas sus fuerzas—. ¡Corre y escóndete!

Tres segundos era todo el tiempo que a Pitt le hacía falta. Tres segundos para correr diez metros y lanzarse al mar.

Dos de los guardas advirtieron la corrida frenética, se dieron rápidamente la vuelta y, de un movimiento reflejo, dispararon una ráfaga con sus rifles automáticos. Los disparos, sin embargo, salieron desviados y demasiado tarde. Pitt había caído al agua y desaparecido en las lóbregas profundidades del mar.



Pitt se sumergió dando brazadas y pataleando como un demonio. Un jurado olímpico se habría quedado impresionado: seguramente había batido el récord mundial de profundidad de inmersión. El agua tenía una temperatura agradable; sin embargo, la visibilidad no llegaba a un metro debido al barro producido por los sedimentos del río Colorado. La densidad del agua hizo que los disparos produjeran un eco mucho más fuerte de lo habitual y resonaron en los oídos de Pitt como una verdadera descarga de artillería.

Las balas sonaron en el momento de penetrar en las profundidades como una cremallera al cerrarse. Pitt ascendió después de tocar con las manos el fondo y levantar una nube de arena. Recordó algo que había aprendido en las fuerzas aéreas: las balas pierden velocidad al introducirse metro y medio en el agua. Más allá de esa profundidad, resultan inofensivas.

Cuando notó que la superficie se oscurecía, supo que estaba pasando por debajo del *Alhambra*. Tenía suerte. La marea estaba subiendo y el transbordador se encontraba a dos metros del fondo. Siguió nadando, lento pero seguro, expulsando sólo de vez en cuando una pequeña cantidad de aire y moviéndose hacia popa con la esperanza de que acabaría saliendo a estribor en algún punto cercano a las paletas. Entonces, cuando empezaba a notar que apenas le quedaba aire y se le estaba nublando la vista, la sombra del barco llegó a su fin y pudo ver nuevamente los destellos del sol sobre la superficie.

Sacó la cabeza para respirar dos metros más atrás de las paletas de popa. El riesgo que corría de que le vieran era enorme, de eso no cabía ninguna duda, pero la otra opción era ahogarse. El problema ahora consistía en que los matones de Sarason hubieran adivinado su plan y estuviesen esperándole a ese lado del barco. Oyó entonces varios disparos a babor y se tranquilizó. No le habían descubierto. Al menos, todavía no.

Pitt aspiró apresuradamente varias bocanadas de aire puro mientras trataba de orientarse, se volvió a sumergir y buscó la protección de las enormes ruedas del transbordador. Calculó la distancia, levantó una mano sobre la cabeza y se lanzó de nuevo hacia arriba. Logró agarrarse a una viga y sacó nuevamente la cabeza del agua. La impresión que tuvo entonces fue que había entrado en un enorme granero lleno de vigas y pilares.

Alzó la vista y se fijó en el sistema de engranajes que impulsaba al transbordador por el agua. Era de tipo radial, parecido en diseño y funcionamiento al de las pintorescas norias que se utilizaban antiguamente para accionar los molinos de harina y los aserraderos. Los poderosos ejes de hierro que había montados sobre el árbol motor tenían unos manguitos de los que salían varios travesaños de madera. La rueda

que formaban tendría un diámetro de unos diez metros. Los extremos de los travesaños estaban unidos a varios tablones —los flotadores—, cuya función era lanzarse hacia atrás y entrar en el agua una y otra vez para impulsar el barco hacia adelante. La estructura completa, al igual que la que había en el lado contrario, estaba protegida por un enorme cobertor alojado dentro del casco del transbordador.

Pitt se agarró a uno de los flotadores y esperó a que un banco de peces pasara alrededor de sus piernas. Aún no tenía muy claro si podría salir. Vio la puerta de acceso que se utilizaba para las reparaciones de la rueda y las paletas y decidió quedarse en el agua. Cualquier persona en su sano juicio habría estado de acuerdo en que sería un gran error tratar de llegar a dicha puerta subiendo por los travesaños. Algún indeseable de gatillo fácil podría abrirla en cualquier momento y la situación resultaría sumamente comprometida. Lo mejor era mantenerse en una posición que le permitiese sumergirse al menor ruido.

Pitt oyó con claridad varios pasos apresurados por la cubierta para coches y algún que otro disparo. No podía ver nada, pero no le hacía falta que le dijeran qué se traían entre manos los hombres de Sarason. Estaban recorriendo las cubiertas y disparando a cualquier cosa que vieran en el agua y que guardase un mínimo parecido con un cuerpo humano. Seguramente ningún pez de gran tamaño lograría sobrevivir al bombardeo en un radio de cincuenta metros.

Como había previsto, la puerta de acceso no tardó en abrirse. Sólo tenía media cabeza fuera del agua y además estaba protegido por uno de los grandes flotadores. Era prácticamente imposible que nadie le viera desde arriba.

Aunque Pitt no pudo ver la cara sin afeitarse que se asomó por la puerta para echar un vistazo al interior del cobertor, oyó claramente la voz de la persona que tenía éste a su espalda. Era una voz que había acabado por conocer demasiado bien. Los pelos de la nuca se le pusieron de punta cuando llegaron a su oído las palabras de Amaru.

—¿Ni rastro de él?

—Aquí no hay nada más que peces —gruñó el tipo que se había asomado a la puerta de acceso al ver el banco de peces.

—No puede haberse alejado del transbordador, porque le habríamos visto. Si no está muerto, tiene que estar escondido debajo del barco.

—Aquí no hay nadie escondido. Es una pérdida de tiempo seguir buscando: con todo el plomo que debe de tener en el cuerpo podría servirnos de ancla.

—No me daré por satisfecho hasta que vea el cuerpo —replicó Amaru tajantemente.

—Si lo que quieres es su cuerpo, vas a tener que pasar un gancho por el fondo, en otro caso no creo que lo vuelvas a ver —advirtió el matón.

—Volvamos a la rampa de embarque de proa. El barco ha vuelto —ordenó Amaru.

Pitt oyó el golpeteo de unas hélices y el ronroneo típico de un motor diesel. El barco pesquero de los Zolar se había parado al lado del transbordador. «Seguramente habrá venido para llevarse a Sarason y sus mercenarios de mierda», pensó el submarinista. Qué estarían pensando sus amigos de él, se preguntó entonces: había salido huyendo y les había dejado abandonados, a pesar de que se trataba de una decisión que había tomado precisamente para salvarlos a ellos.

Nada estaba saliendo como él había planeado. Sarason le estaba cogiendo ventaja. Para empezar, había permitido que los traficantes de obras de arte torturasen a Loren y Gunn y se había quedado de brazos cruzados como un estúpido mientras apresaban a la tripulación y se apoderaban del transbordador. Para colmo de males, había revelado el secreto del tesoro de Huáscar. Como siguiera llevando el asunto de esa manera, no le sorprendería si Sarason y sus secuaces le eligieran presidente de la junta directiva de Solpemachaco.

Tras casi una hora de espera, oyó por fin cómo el barco pesquero se perdía en la lejanía y, poco después, el ruido del rotor de un helicóptero. Los ladrones se estaban llevando el aparato de la ANS. Pitt empezó a soltar maldiciones: otro regalo más que les hacía.

Ya había caído la noche y sobre la superficie del agua no se reflejaba ni una sola luz. Pitt se preguntó por qué habrían tardado tanto en evacuar las cubiertas. Estaba convencido de que un par de hombres se habrían quedado en el barco para ocuparse de él en caso de que decidiera resucitar. Sarason y Amaru no podían deshacerse de sus amigos sin tener la absoluta certeza de que él estaba muerto. De ese modo no contaría ningún cuento a las autoridades o, lo que era más importante, a los medios de comunicación.

Pitt tenía una insoportable sensación de agobio. La situación en la que se encontraba era realmente poco halagüeña. Si realmente se habían llevado a Loren y Gunn del barco, tenía que conseguir llegar hasta la costa para informar a Giordino y a los agentes del Servicio de Aduanas de Calexico de lo que estaba ocurriendo. ¿Pero cómo? Lo más sensato era asegurarse de que Amaru y sus amigos se habían ido del transbordador. Estaba claro que si alguien se había quedado vigilando, no se movería hasta que se enterara de qué había sido de Pitt. Los ladrones tenían todo el tiempo del mundo. Él no tenía prácticamente nada.

Se alejó del flotador, se sumergió y empezó a nadar por debajo del casco. El fondo parecía estar mucho más cerca que la última vez que se había zambullido. Eso no tenía sentido. Pasó bajo el pantoque y sintió el tirón provocado por una tubería que estaba succionando agua a gran velocidad. Entonces lo comprendió todo: las válvulas de entrada de agua del transbordador estaban abiertas. Amaru había decidido hundir el barco.

Se dio la vuelta y se puso a nadar lentamente en dirección a la parte del barco en

la que había aterrizado. Al pasar por debajo del saliente de cubierta decidió arriesgarse a sacar nuevamente la cabeza para respirar. Ya llevaba hora y media dentro del mar: tenía la sensación de que le salía agua por las orejas y su piel empezaba a parecerse a la de un viejo de noventa y cinco años. Aunque aún no estaba exhausto, notaba que le empezaban a flaquear las fuerzas. Volvió a sumergirse por debajo del casco y se dirigió hacia los timones que el transbordador tenía a popa. Cuando los vio, Pitt alargó los brazos, agarró uno y suavemente sacó la cabeza del agua.

Allí no había nadie: ni Amaru mirándole con una mueca burlona ni un guarda apuntándole con un rifle. Permaneció unos segundos agarrado al timón para recuperar fuerzas y aguzó el oído, pero no oyó nada en absoluto.

Finalmente, se alzó todo lo que pudo y alcanzó a ver la parte del barco que desde su posición quedaba por encima de la rampa de salida. El *Alhambra* se hallaba sumido en la más absoluta oscuridad: ni las luces de dentro ni las de fuera estaban encendidas. Las cubiertas se encontraban totalmente vacías. Como había supuesto, se habían llevado el helicóptero de la ANS. La tranquilidad era excesiva. El transbordador parecía un fuerte del lejano Oeste justo antes de un ataque de los apaches. Pitt empezó a sentir miedo: la incertidumbre de la situación resultaba sobrecogedora.

Estaba pasando uno de los peores días de su vida, pensó. Sus amigos habían sido apresados y podrían incluso estar muertos, aunque ésa era una posibilidad que se negaba a contemplar. El helicóptero de la ANS había sido robado precisamente por los criminales que tenía que capturar. Y ya era el segundo que perdía. Por añadidura, el transbordador se estaba hundiendo delante de sus narices y no le cabía la menor duda de que todavía había alguien a bordo esperándole para vengarse. En resumidas cuentas, habría preferido encontrarse en San Luis.

No sabía cuánto tiempo llevaba colgado del timón. Cinco minutos, tal vez quince. Sus ojos ya se habían hecho a la oscuridad y aun así todo lo que alcanzaba a ver en la cubierta era el reflejo de la rejilla del radiador y el parachoques de cromo de su Pierce Arrow. Aguantó un poco más a la espera de que alguien se moviera o hiciera un ruido. La cubierta para coches que se extendía delante de sí ofrecía un aspecto amenazador. Así y todo, si quería hacerse con un arma, no le quedaba más remedio que subir, pensó con nerviosismo. Tenía que defenderse con algo si no quería que le hiciesen picadillo.

A menos que Amaru y sus secuaces hubieran hecho un concienzudo registro de su vieja caravana, la automática de su padre, la infalible Colt 45 seguiría en su sitio de siempre: el compartimiento de las verduras del frigorífico.

Se agarró al saliente de la cubierta, cogió impulso y subió a bordo. En cinco segundos, Pitt atravesó la cubierta, se dirigió a la caravana y se metió dentro. Sin

titubear ni un instante, abrió la puerta del frigorífico y sacó el compartimiento de las verduras. Ahí estaba: la Colt 45 se encontraba en el lugar donde la había dejado. La cogió fuertemente con una mano y sintió un profundo alivio.

La alegría no duró mucho. La automática le resultaba ligera, excesivamente ligera. Sacó rápidamente el cargador y vio que estaba tan vacío como la recámara. Desesperado, miró en un cajón junto al horno en el que solía guardar los cuchillos de cocina. No había ni uno. La única arma que había en la caravana era la Colt y estaba descargada.

El gato y el ratón.

Estaban ahí e iban a por él, de eso no cabía ninguna duda. Ahora sabía que Amaru pensaba tomárselo con calma. Había decidido jugar con su presa antes de descuartizarla y tirarla por la borda. Pitt se paró un momento para hacerse una composición de lugar. Se sentó tranquilamente en la cama de la caravana y empezó a planear los pasos que daría a continuación.

Si uno de los asesinos estaba vigilando la cubierta para coches, podría haberle disparado, apuñalado o incluso golpeado con una tranca cuando había corrido hasta la caravana. De hecho, cabía la posibilidad de que el asesino entrara en ese mismo momento y acabase con él definitivamente. Amaru era un hombre astuto, pensó Pitt a su pesar. El sudamericano había intuido que estaba todavía vivo y que en cuanto tuviera una oportunidad saldría a buscar un arma. El hecho de que hubiera registrado la caravana y hubiese dado con la pistola era una muestra de inteligencia, pero el quedarse con las balas para luego dejar el arma en el mismo sitio en el que la había encontrado era algo decididamente sádico. En realidad, se trataba de un juego basado en la tortura y la crueldad y ése no habría sido más que el primer movimiento. El golpe mortal vendría más tarde. Amaru quería convertir a Pitt en un pelele antes de matarlo.

Había que empezar por el principio, pensó. Ahí fuera le estaban esperando varios matones, unos matones que querían asesinarle y que pensaban que se encontraba tan indefenso como un niño, solo en un barco que se hundía y sin ningún sitio adonde ir. Sí, eso era lo que pensaban y eso era precisamente lo que querían que él pensara a su vez.

Bueno, si Amaru no tenía prisa, él tampoco.

Pitt se quitó tranquilamente la ropa, se secó con una toalla y se puso unos pantalones grises, un jersey negro de algodón y un par de zapatillas de deporte. Luego se preparó un sandwich de manteca de cacahuete, se lo comió y se bebió un par de vasos de agua mineral. Reanimado, abrió un cajón que había debajo de la cama y sacó una pequeña cartuchera de cuero. Se habían llevado el cargador de repuesto, tal y como se había imaginado, pero no su pequeña linterna. En una esquina del cajón había un envase de plástico con una etiqueta de complementos vitamínicos. La

sacudió y al comprobar que estaba llena, esbozó una sonrisa de oreja a oreja.

Dentro del frasco había ocho balas de calibre 45. La situación empezaba a mejorar, pensó. Amaru, pese a toda su sagacidad, había cometido un error. Pitt puso siete balas en el cargador y una en la recámara. Ahora podría enfrentarse a ellos. Además, el *Alhambra* no se iba a hundir más allá del saliente de cubierta: la quilla no tardaría mucho en posarse sobre el barro del fondo.

Un artículo más de la ley de Pitt, pensó: «El plan del malo de la peli siempre tiene un defecto».

Echó un vistazo a su reloj. Llevaba veinte minutos dentro de la caravana. Rebuscó en un cajón y fue a dar con un pasamontañas azul marino. Se lo puso y siguió mirando. En uno de los bolsillos de un pantalón que había tirado sobre una silla encontró una navaja suiza de gran tamaño.

Luego tiró de una argolla que había en el suelo y abrió una trampilla. Se trataba de una caja que había instalado él mismo para utilizarla como portaequipajes adicional. Levantó la caja, la puso a un lado y se escurrió por el agujero. Se quedó debajo de la caravana y aguzó el oído. Ni un ruido. Sus perseguidores eran gente paciente.

Con determinación, sin titubear ni un segundo, Pitt se arrastró y salió de debajo de la caravana. Estaba decidido. Parecía como si conociera de antemano el resultado de sus actos. Su conducta parecía dirigida por una mente fría y calculadora con un propósito claro. Se metió sigilosamente por una escotilla y bajó a la sala de máquinas.

Avanzó lentamente, procurando no tropezar y no hacer ruido.

Amaru no le iba a permitir ningún descuido.

Las calderas que producían el vapor con el que se ponía en movimiento el balancín se habían enfriado hasta tal punto que Pitt podía tocarlas con la palma de la mano sin quemarse. Apuntó con la automática hacia adelante y extendió el brazo izquierdo, en cuya mano llevaba la linterna, todo lo que pudo. Si una persona va a disparar a otra que le está cegando con una linterna, apunta indefectiblemente hacia donde supone que está el cuerpo, es decir, detrás de la luz.

La sala de máquinas parecía desierta. De repente, Pitt dio un respingo. Había oído como un murmullo. No muy lejos, alguien amordazado trataba de hablar. Pitt levantó la linterna e iluminó la gran estructura que sostenía al balancín. Arriba había cuatro personas.

Gordo Padilla, su ayudante, cuyo nombre no recordaba, y los dos marineros, Jesús y Gato, estaban colgados cabeza abajo, atados y amordazados con cinta aislante. Todos le miraban con una expresión suplicante en la cara. Pitt abrió la hoja más grande de la navaja suiza, los bajó rápidamente y les desató para que ellos mismos se quitaran las mordazas.

—Muchas gracias, amigo —dijo Padilla tras quitarse la cinta y arrancarse varios

pelos del bigote—. Virgen Santa, menos mal que has venido en este preciso momento: tenían pensado cortarnos el gaznate a todos.

—¿Cuándo ha sido la última vez que los habéis visto? —preguntó Pitt con voz queda.

—No hará ni diez minutos. Pueden volver en cualquier momento.

—Tenéis que salir del transbordador.

—No creo que podamos utilizar las barcas —repuso Padilla con un gesto de indiferencia típicamente sudamericano—. Los pescantes y los motores deben de estar totalmente oxidados y la madera podrida.

—¿Sabéis nadar? —preguntó Pitt desesperadamente.

Padilla hizo un gesto negativo.

—No muy bien. Jesús no sabe ni mantenerse a flote. A los marineros no nos gusta meternos en el agua. —De pronto se le iluminó la cara—. Hay un pequeño bote para seis personas atado a la barandilla cercana a la cocina.

—Esperemos que flote. —Pitt dio a Padilla su cuchillo—. Toma esto, lo vas a necesitar para cortar las cuerdas.

—¿Y tú qué? ¿No vienes con nosotros?

—Esperad diez minutos mientras doy una vuelta por el barco. Voy a intentar encontrar a los demás. Si para entonces no he dado con ellos, os vais. Yo os cubriré.

Padilla dio un abrazo a Pitt.

—Que tengas suerte.

No podían entretenerse más tiempo.

Antes de volver a cubierta, Pitt cerró las válvulas para evitar que siguiera entrando agua en los pantoques. Decidió no subir por la escalerilla. No sabía muy bien por qué, pero tenía la sensación de que Amaru le estaba siguiendo todo el rato. Subió por las calderas, se encaramó al cilindro del vapor y empezó a trepar por una escalera de gato. Llegó a la estructura que sostenía el balancín y salió a la cubierta superior del transbordador por la parte de popa de las chimeneas.

Pitt no temía a Amaru. El primer asalto que habían disputado, en el Perú, lo había ganado él debido a un error de su contrincante: al tirar la manga de seguridad al cenote y darle por muerto, el asesino sudamericano había demostrado que no era infalible. Cegado como estaba por el odio y los deseos de venganza, no tardaría en cometer su segundo error.

Pitt registró las dos timoneras y el gran compartimento donde estaban los asientos de los pasajeros. Ni rastro de Gunn y Loren. Luego fue a la cocina y a las habitaciones de la tripulación. Tampoco encontró nada. La búsqueda le estaba llevando menos tiempo del esperado.

Al no saber qué podía encontrarse en la oscuridad, Pitt avanzaba prácticamente a gatas, se deslizaba de rincón a rincón como un cangrejo y se metía bajo cualquier

cosa que le pudiera servir de escondite. El barco parecía un cementerio, y aun así, Pitt se negaba a creer que los asesinos lo hubieran abandonado.

Las reglas no habían cambiado. Sarason se había llevado a Loren y Rudi porque tenía el presentimiento de que Pitt estaba todavía vivo. Sin embargo, había cometido el error de dejar el encargo de matarlo a un hombre cegado por su afán de venganza. Amaru sentía demasiado odio como para acabar con Pitt por las buenas. Lo que él deseaba era disfrutar con el espectáculo de su muerte: quería ver al hombre que le había arrebatado su hombría retorciéndose de dolor. La espada de Damocles que Loren y Rudi tenían sobre sus cabezas no se convertiría en un verdadero peligro hasta que Pitt hubiese sido exterminado de una vez por todas.

Ya habían pasado los diez minutos acordados. Todo lo que quedaba por hacer era causar un poco de barullo a fin de que Padilla y su tripulación pudieran empezar a remar para perderse en la oscuridad. En cuanto tuviera la certeza de que estaban a salvo, él trataría de llegar a la costa a nado.

De pronto, Pitt oyó los pasos de una persona que andaba descalza por la cubierta. En un movimiento reflejo, se tiró al suelo de bruces. Se salvó por los pelos. En realidad, lo que acababa de reproducir era un antiguo salto de sus tiempos de jugador de fútbol. Si se hubiese dado la vuelta y, acto seguido, hubiera encendido la linterna y disparado a la figura que había salido de las tinieblas de la noche, un machete le habría cortado las manos y la cabeza.

El extraño no pudo detener el impulso que llevaba; tropezó con el cuerpo de Pitt y salió despedido de forma incontrolada para acabar cayendo pesadamente sobre la cubierta. El machete se había quedado bailando en el suelo. Pitt se dio la vuelta, encendió la linterna y accionó el gatillo de su Colt. El estruendo fue ensordecedor. El asesino recibió el disparo en el pecho, justo debajo de la axila. Un impacto mortal de necesidad. El desconocido ahogó un grito, se encogió y se quedó inerte.

—Un trabajo bien hecho, gringo. —La voz de Amaru resonó por un altavoz—. Manuel era uno de mis mejores hombres.

Pitt no se molestó en contestar. Comprendía perfectamente lo que había sucedido: Amaru había estado siguiéndole desde el momento en el que había subido a la cubierta. El sigilo ya no era necesario. Sabían dónde estaba, pero no podían verle. El juego se había acabado. Todo lo que podía hacer ahora era esperar que Padilla y sus hombres estuviesen alejándose del barco sin ser vistos.

Disparó tres veces más hacia el lugar de donde venía la voz de Amaru para distraerle.

—Has fallado —comentó Amaru riéndose—. Ni siquiera han pasado cerca.

Para ganar tiempo, Pitt empezó a disparar en intervalos de pocos segundos, pero el cargador no tardó nada en vaciarse. Se le habían acabado las tácticas moratorias. No podía hacer nada más. La situación se volvió entonces verdaderamente



desesperada: Amaru encendió las luces de posición y de cubierta y le dejó tan desprotegido como un actor iluminado por un foco en un escenario vacío. Pitt se puso de espaldas contra la amurada y volvió la vista a la barandilla más cercana a la cocina. El bote ya no estaba: sólo se veían las cuerdas cortadas. Padilla y los suyos habían logrado huir antes de que se encendieran las luces.

—Te voy a ofrecer un trato que no te mereces —anunció Amaru en tono cordial—. Ríndete ahora y tendrás una muerte rápida. Si resistes, en cambio, te aseguro que tendrás una agonía larga.

Pitt no necesitaba ningún mediador que le explicase el significado de las palabras de Amaru. Sus opciones eran bastante limitadas. El tono empleado por el asesino le recordó al del malhechor que en *El tesoro de Sierra Madre* trata de convencer a Walter Huston, Humphrey Bogart y Tim Holt para que salgan de las minas de oro.

—No nos hagas perder el tiempo. Decídete de una vez. Tenemos otras...

Ya no tenía ganas de oír más. Estaba convencido de que Amaru trataba de distraerle para que alguno de sus secuaces pudiera acercarse hasta él y clavarle un cuchillo donde más le doliera. Pitt, sin embargo, no estaba dispuesto a permitir que esa pandilla de sádicos se burlara de él. Dio un salto y, por segunda vez esa noche, atravesó la cubierta a todo correr y se lanzó al agua.

Un ganador de la medalla de oro en salto de trampolín podría haberse entretenido en hacer toda una serie de mortales, tirabuzones y carpas en el aire antes de sumergirse limpiamente en el agua que había quince metros más abajo y acabar rompiéndose el cuello y varias vértebras al chocar contra el fondo, que ahora estaba sólo a dos metros de la superficie. Pitt no tenía el menor interés en formar parte del equipo de saltadores de trampolín de su país. Se tiró de pie, encogió las piernas y cayó al agua hecho una bola.

Amaru y los dos hombres que le quedaban llegaron corriendo a la barandilla de la cubierta superior.

—¿Le podéis ver? —preguntó con los ojos clavados en las oscuras aguas del golfo.

—No, Tupac, seguro que se ha metido debajo del casco.

—El agua se está enturbiando —declaró el segundo hombre—. Tiene que haberse hundido en el barro.

—Esta vez no vamos a darle ni una oportunidad. Juan, vete a por la caja de granadas que hemos traído de Heroica Guaymas y lánzalas a unos cinco metros del casco, sobre todo cerca de las ruedas. Vamos a hacerle picadillo.

Al caer, Pitt había producido un verdadero cráter en el fondo del mar. El golpe, de todas formas, no había sido tan fuerte como para causarle ninguna lesión, pero había levantado una enorme nube de barro. El submarinista se estiró y se alejó rápidamente del *Alhambra* sin que pudieran verle desde arriba.

Temía que los asesinos pudieran verlo en cuanto se aclarara el agua. Por suerte, esto no iba a ocurrir. Una fuerte brisa del sur había empezado a picar el mar y la refracción impedía que la luz del transbordador atravesara la superficie.

Siguió buceando hasta que no pudo más y entonces sacó la cabeza del agua muy lentamente. Como todavía llevaba puesto el pasamontañas, apenas se le distinguía en la oscuridad de la noche. Se había alejado unos cien metros, los suficientes para que no le alcanzaran las luces del transbordador. Casi no podía distinguir las figuras que se movían en la cubierta superior. Le parecía extraño que no dispararan. Oyó un ruido sordo y de repente vio que un montón de espuma se elevaba por los aires. Tuvo la sensación de que se quedaba sin respiración.

¡Cargas de profundidad! Tenían pensado matarle con la onda expansiva de las bombas. Sintió cuatro sacudidas más. Afortunadamente, las estaban lanzando alrededor del barco, cerca de las ruedas. Al alejarse por uno de los extremos del barco, Pitt se había puesto fuera del alcance de las ondas expansivas.

Dobló las rodillas sobre el pecho para amortiguar las sacudidas. Si hubiera nadado treinta metros menos, ya habría perdido el conocimiento. Si hubiesen sido sesenta, le habrían pulverizado. Pitt siguió alejándose del barco hasta que el efecto de las bombas empezó a parecerle el sensual abrazo de una vigorosa mujer.

Alzó la vista y buscó la estrella polar para orientarse. La costa oeste del golfo era la tierra que quedaba más cerca y estaba a catorce kilómetros de distancia. Se quitó el pasamontañas y se dio la vuelta. Con los ojos puestos en el cielo estrellado, empezó a nadar cómodamente de espaldas hacia el oeste.

Pitt tampoco estaba preparado para formar parte del equipo de natación norteamericano. Al cabo de dos horas, cada vez que daba una brazada tenía la impresión de que su brazo levantaba una pesa de diez kilos. Seis horas más tarde, los músculos le molestaban de un modo insoportable. Finalmente, sin embargo, empezó a sentir cierto alivio: el cansancio le calmaba el dolor. Entonces recordó el viejo truco de los boy scouts: se quitó el pantalón, hizo un nudo en los dos extremos de las perneras y se lo echó por encima de la cabeza para que se hinchara con el aire y lo pudiera utilizar como flotador cada vez que se parase para descansar.

En ningún momento se le pasó por la cabeza la posibilidad de abandonarse a la deriva con la esperanza de que un barco pesquero le rescatase por la mañana. El hecho de que Loren y Rudi estuvieran a merced de Sarason era un acicate lo bastante poderoso como para seguir adelante.

Las estrellas habían empezado a desaparecer en el este cuando por fin tocó fondo y salió a tumbos fuera del agua. Se desplomó sobre la arena y se quedó dormido inmediatamente.

En la fachada del pequeño almacén había una señal que decía «Se alquila». Ragsdale, que tenía un chaleco antibalas oculto bajo el mono de trabajo que llevaba puesto, se acercó despreocupadamente hasta la puerta lateral, dejó en el suelo una caja de herramientas, y abrió la puerta con una llave que había sacado de uno de los bolsillos del mono.

Dentro del almacén había un equipo de investigadores compuesto por veinte agentes del FBI y ocho del Servicio de Aduanas. En ese momento estaban discutiendo los últimos detalles del registro que se disponían a realizar en el edificio de Zolar International, justo en la acera de enfrente. Un equipo avanzado de agentes se había ocupado ya de avisar a las autoridades locales y hacer una batida por todo el complejo industrial.

Tanto las cuatro mujeres como la mayoría de los hombres que integraban el equipo iban ataviados con uniformes de asalto y llevaban armas automáticas; el resto eran especialistas en distintos campos relacionados con el arte y las antigüedades y estaban vestidos con ropa de calle. Sus maletas estaban repletas de catálogos y fotografías de todas las obras de arte desaparecidas que habían previsto incautar ese día.

Según el plan, los agentes tenían que dividirse en tres grupos nada más entrar en el edificio: el primero tenía que hacerse con el almacén y rodear a los empleados; el segundo debía confiscar todos los objetos robados que encontrasen; y el tercero había de entrar en los despachos de la administración para requisar todos los documentos que pudiesen ser prueba de robos u operaciones ilegales de compraventa. Por otra parte, una empresa comercial especializada en el transporte de obras de arte se iba a ocupar de embalar y almacenar todos los objetos confiscados. El Ministerio de Justicia había insistido en que la operación tenía que llevarse a cabo de una forma impecable, y que los objetos incautados fueran tratados como oro en paño.

El agente Gaskill se encontraba de pie al lado de un tablero de operaciones que había en el centro del puesto de mando. Cuando vio a Ragsdale, se volvió y esbozó una sonrisa:

—¿Todo tranquilo?

El agente del FBI se sentó en una silla de lona.

—Sí, si exceptuamos el jardinero que está podando el seto que rodea el edificio. Por lo demás, todo está más tranquilo que un cementerio.

—Una idea estupenda la que han tenido los Zolar al poner al jardinero de guardia de seguridad. Tal vez ni nos habríamos dado cuenta si no hubiese cortado la hierba del jardín cuatro veces esta semana —comentó Gaskill.

—Y si no hubiésemos descubierto que su Walkman es en realidad un transmisor

de radio —añadió Ragsdale.

—Es una buena señal. Si no tienen nada que ocultar, ¿por qué se andan con tretas?

—Yo no sería tan optimista. Es posible que las operaciones que llevan a cabo los Zolar en el almacén resulten sospechosas, pero lo cierto es que cuando lo registramos hace un par de años, el único objeto robado que encontramos fue un bolígrafo.

—A nosotros nos pasó lo mismo cuando pedimos a Hacienda que revisara sus declaraciones de renta. No encontraron ni una sola irregularidad.

Ragsdale movió la cabeza en señal de agradecimiento a un agente que acababa de dejarle una taza de café encima de la mesa.

—Lo único que tenemos a nuestro favor en esta ocasión es el factor sorpresa. La última operación que organizamos acabó siendo un fracaso porque un policía de la localidad le dio el soplo a Zolar. Luego descubrimos que lo sobornaba.

—No nos podemos quejar. Por lo menos no tenemos que hacer el registro en una fortaleza armada y protegida con un sistema de alta seguridad.

—¿Te ha dicho algo tu agente secreto? —preguntó Gaskill.

Ragsdale hizo un gesto negativo.

—Ya empieza a pensar que nos hemos equivocado de operación. No ha encontrado ni un solo indicio de actividades ilegales.

—En el edificio sólo entran empleados del almacén y durante los últimos cuatro días no se han recibido ni enviado mercancías ilegales. Empiezo a creer que vamos a tener que esperar hasta el día del juicio final.

—Yo también.

Gaskill miró fijamente al agente del FBI.

—¿Quieres que demos marcha atrás y suspendamos el registro?

—Los Zolar no son perfectos. Su sistema ha de tener algún defecto y me juego mi carrera a que lo podemos encontrar en ese edificio.

Gaskill se echó a reír.

—Estoy de acuerdo contigo, compañero, incluso si esto nos cuesta una jubilación anticipada.

Ragsdale levantó el pulgar con gesto optimista.

—Entonces la función comienza dentro de ocho minutos tal y como habíamos planeado.

—No veo por qué habríamos de suspenderla.

—Zolar y sus dos hermanos están recorriendo Baja California en busca de un tesoro, y el resto de la familia está en Europa. Nunca tendremos una ocasión mejor para registrar el edificio. Si esperamos, su ejército de abogados no tardará en enterarse de lo que está pasando, se echará sobre nosotros y nos cortará el paso.

Una camioneta del Departamento de Sanidad de Galveston se paró en la acera de

enfrente del edificio de los Zolar. En ella iban dos agentes federales. El que estaba en el asiento del copiloto bajó la ventanilla y se dirigió al jardinero, que en ese momento estaba plantando un arriate a pocos metros del almacén.

—Perdone.

El jardinero se volvió y se quedó mirando interrogativamente a la camioneta.

El agente sonrió amistosamente.

—¿Podría decirme si las alcantarillas de la calle se obstruyeron la última vez que llovió?

El jardinero salió del jardín y se acercó a la camioneta picado por la curiosidad.

—No, no recuerdo que se obstruyeran —contestó.

El agente sacó un mapa de la ciudad por la ventana.

—¿Sabe si alguna de las calles de los alrededores tiene algún problema de alcantarillado?

Cuando el jardinero se inclinó para mirar el mapa, el agente le quitó rápidamente el transmisor de la cabeza y arrancó el cable del micrófono y los auriculares.

—Agentes federales. No se mueva.

—Adelante. El camino está libre —dijo el agente que estaba detrás del volante por una radio portátil.

El registro no respondía a las características de la clásica operación relámpago para capturar narcotraficantes o de los ataques masivos como el que había causado el desastre de Waco hacía unos años. El objetivo no era una fortaleza armada y protegida con un sistema de alta seguridad. Mientras un equipo rodeaba silenciosamente las salidas, otro más grande entraba con suma tranquilidad por la puerta principal.

Los empleados de las oficinas no mostraron ningún tipo de temor o preocupación. Su reacción fue más bien de perplejidad. Educadamente, los agentes los llevaron a la sala principal del almacén donde ya estaban los empleados de los departamentos de almacenaje y envíos y los especialistas del departamento de conservación. Les hicieron subir a un par de autobuses que les estaban esperando dentro del mismo almacén y los llevaron a las oficinas del FBI en Houston para ser interrogados. La primera parte de la operación había llegado a su fin en sólo cuatro minutos. El equipo encargado de la documentación, que estaba dirigido por Ragsdale e integrado fundamentalmente por agentes federales especialistas en temas fiscales, se puso a trabajar inmediatamente. Todo tipo de expedientes, carpetas y ficheros fueron objeto de escrutinio. Al mismo tiempo, Gaskill, sus compañeros del Servicio de Aduanas y los especialistas en antigüedades comenzaron a catalogar y fotografiar los miles de objetos que había almacenados en el edificio. El trabajo era lento y aburrido. Lo peor, sin embargo, era que no daba los resultados esperados.

Poco después de la una del mediodía, Gaskill y Ragsdale se sentaron en el lujoso

despacho de Joseph Zolar para cambiar impresiones. El agente del FBI no parecía estar muy contento.

—Como no haya alguna sorpresa, la operación va a acabar siendo un verdadero desastre. Los medios de comunicación nos van a poner verdes y la demanda judicial va a ser de órdago —dijo Ragsdale apesadumbrado.

—¿No habéis encontrado nada en las oficinas? —preguntó Gaskill.

—No hay nada que llame la atención. Para saber algo con seguridad tendríamos que esperar un mes entero a que un auditor revisara todos los papeles. ¿Vosotros tampoco habéis encontrado nada?

—Por el momento todo lo que hemos examinado está limpio. No hay ni un solo objeto robado.

—Entonces hemos vuelto a meter la pata.

Gaskill dejó escapar un suspiro.

—No me hace ninguna gracia reconocerlo, pero he de confesar que, por lo visto, los Zolar son muchísimo más listos que el mejor equipo mixto de investigación que el gobierno de los Estados Unidos pueda formar.

Pocos segundos más tarde, Beverly Swain y Winfried Pottle, los dos agentes del Servicio de Aduanas que habían colaborado con Gaskill en el registro de la casa de Rummel, entraron en el despacho. Aunque su aspecto era serio y formal como lo requerían las circunstancias del trabajo, no podían ocultar la leve sonrisa que se dibujaba en sus labios. Como Ragsdale y Gaskill estaban inmersos en la conversación, no pudieron advertir que los dos jóvenes agentes no habían entrado por la misma puerta que ellos, sino por el lavabo particular que tenía Zolar en su despacho.

—¿Tiene un minuto, jefe? —preguntó Beverly Swain a Gaskill.

—¿Qué ocurre?

—Creo que nuestro aparato ha descubierto una especie de hueco que lleva a la parte de abajo del edificio —informó Winfried Pottle.

—¿Cómo has dicho? —preguntó Gaskill bruscamente.

Ragsdale alzó la vista.

—¿Aparato?

—El radar que nos han prestado en el Instituto de Minería de Colorado —explicó Pottle—. Ha detectado un estrecho hueco de forma vertical debajo del suelo del almacén.

Gaskill y Ragsdale cruzaron una mirada de esperanza y se pusieron de pie.

—¿Por qué habéis mirado precisamente allí? —preguntó Ragsdale.

Pottle y Swain no pudieron evitar esbozar una sonrisa triunfal. La agente hizo un gesto a Pottle y éste contestó:

—Pensamos que de haber un pasadizo que llevase hasta un lugar secreto, tendría

que empezar o acabar en el despacho de Zolar para que él lo pudiera utilizar cuando quisiera sin ser visto.

—Su lavabo particular —comentó Gaskill asombrado.

—Un lugar muy a mano —añadió Swain.

Ragsdale respiró hondo.

—Enseñádnoslo.

El enorme aseo de Zolar tenía el suelo de mármol y las paredes de madera de teca, que el coleccionista había sacado de un viejo yate. El lavabo, el retrete y los accesorios constituían antigüedades. La bañera, provista de jacuzzi, era totalmente moderna, por lo que rompía con el resto de la decoración.

—El hueco está debajo de la bañera —informó Swain.

—¿Estáis completamente seguros de que es aquí? —preguntó Ragsdale con escepticismo—. La ducha me parece un lugar mucho más conveniente para instalar un ascensor.

—Eso es lo que hemos pensado en un principio, pero el radar sólo ha detectado hormigón y tierra debajo de la ducha.

El radar consistía en un ordenador compacto con una impresora incorporada. Del ordenador salía un cable que iba conectado a una larga sonda de forma tubular. Pottle conectó el aparato y empezó a mover la sonda por el fondo de la bañera. Una serie de luces parpadearon en el ordenador y al cabo de unos segundos una hoja de papel empezó a salir de la impresora. Cuando hubo terminado la impresión, Pottle cogió la hoja y se la enseñó a todos.

Sobre el fondo blanco del papel se veía la figura de una larga columna de color negro.

—No cabe duda —dijo Pottle—. Es un hueco de las mismas dimensiones que la bañera y que va hacia la parte de abajo del edificio.

—¿Estáis seguros de que este aparato es exacto? —preguntó Ragsdale.

—Gracias a un aparato igual que éste se encontraron el año pasado varios pasadizos ocultos en las pirámides de Giza.

Gaskill se metió en la bañera sin decir nada. Examinó la roseta, pero sólo servía para ajustar el pulverizador y la dirección del agua. Luego se sentó en el banco, que era lo bastante grande como para que cupieran cuatro personas, y abrió los dos grifos dorados. No salió nada de agua.

—Creo que estamos empezando a progresar —dijo con una sonrisa en los labios.

El agente probó suerte con la palanca con la que se subía y bajaba el tapón. No pasó nada.

—Intente darle la vuelta al grifo —sugirió Swain.

Gaskill cogió el grifo dorado con una de sus enormes manos y trató de darle la vuelta. Sorprendentemente, el grifo se movió y, acto seguido, la bañera empezó a

hundirse en el suelo. Gaskill dio otra vuelta al grifo y la bañera volvió a su sitio. Lo sabía, lo *sabía*. Un simple grifo y una estúpida bañera iban a ser la clave de la caída y definitiva desaparición de todo el imperio Zolar. El agente hizo una señal a los demás y dijo alegremente:

—¿Bajamos?

El extraño ascensor tardó casi treinta segundos en pararse en otro cuarto de baño. Pottle calculó que habrían descendido unos veinte metros. Salieron del baño y aparecieron en un despacho que era casi una réplica del de arriba. Aunque las luces estaban encendidas, el lugar estaba vacío. Con Ragsdale a la cabeza, el grupo de agentes franqueó la puerta y se encontró ante un inmenso almacén repleto de antigüedades y obras de arte robadas. El tamaño del recinto y la cantidad de objetos eran asombrosos. Gaskill aventuró de buenas a primeras que allí habría unos diez mil artículos almacenados. Ragsdale se adelantó sigilosamente e hizo un rápido reconocimiento. Al cabo de cinco minutos ya había vuelto.

—En la cuarta nave hay cuatro personas trabajando con una carretilla elevadora. Están metiendo una estatua de bronce de un legionario romano en una caja de madera. En el otro lado, he visto a seis hombres y cuatro mujeres en lo que parece un laboratorio para falsificaciones. Se trata de un área cerrada. Luego hay un túnel que lleva hasta el muro sur. Supongo que comunicará al almacén con el edificio de al lado, que será la tapadera por donde entrarán todas las mercancías robadas.

—Seguro que también es el lugar que utilizan los empleados secretos para entrar y salir —sugirió Pottle.

—Dios mío —murmuró Gaskill—. Hemos dado en el blanco. Desde aquí puedo ver cuatro obras de arte que sé que han sido robadas.

—Será mejor que no hagamos nada hasta que nos puedan mandar refuerzos de arriba —aconsejó Ragsdale con voz queda.

—Me ofrezco para conducir la bañera —dijo Swain con una sonrisa pícaro en los labios—. ¿Qué mujer podría negarse a utilizar una elegante bañera que sube y baja de una planta a otra?

En cuanto la agente se hubo ido, Pottle se apostó en la puerta del área de almacenamiento y Gaskill y Ragsdale empezaron a registrar el despacho subterráneo de Zolar. En el escritorio no había gran cosa, así que se pusieron a buscar algo que guardase parecido con un cuarto trastero. No tardaron en encontrarlo detrás de una gran estantería que giraba sobre unas ruedecillas. Al apartarlo de la pared, el mueble daba a una habitación larga y estrecha llena de armarios de madera antiguos que cubrían las paredes desde el suelo hasta el techo y en los que se guardaba una enorme cantidad de carpetas clasificadoras. En ellas estaban documentadas y ordenadas alfabéticamente todas las operaciones de compra y venta que la familia Zolar había realizado desde el año 1929.



—Aquí está —musitó Gaskill asombrado—. Aquí está todo. —El agente se acercó a un armario y empezó a sacar carpetas.

—Es increíble —añadió Ragsdale, mientras examinaba las carpetas de un armario que estaba en el centro de la habitación—. Han ido documentando todas y cada una de las operaciones de robo, contrabando y falsificación que han realizado durante los últimos sesenta y nueve años. Incluso se han preocupado de consignar los datos económicos y personales de los compradores.

—Dios mío, échale un vistazo a esto —exclamó Gaskill.

Ragsdale cogió la carpeta y leyó rápidamente las dos primeras hojas. Cuando alzó la vista, sus ojos expresaban la más pura incredulidad.

—Si lo que esto dice es verdad, la estatua de Miguel Ángel del rey Salomón que hay en el Museo Einsenstein de Arte Renacentista de Boston es una falsificación.

—Una falsificación jodidamente buena, a juzgar por el número de expertos que han afirmado que es auténtica.

—Pero el anterior director lo sabía.

—Claro —dijo Gaskill—. Los Zolar le hicieron una oferta que no pudo rechazar. Según lo que dice este informe, se llevaron el original a cambio de la falsificación y de diez esculturas etruscas rarísimas que habían sido extraídas de su yacimiento de forma ilegal e introducidas en los Estados Unidos de contrabando. Como la falsificación era realmente buena, el director aceptó y se convirtió en todo un héroe a los ojos del patronato del museo. Según la versión oficial, consiguió persuadir a un anónimo ricachón para que donase los objetos y de ese modo aumentó la colección del museo.

—Me pregunto cuántos casos más de fraude en museos nos vamos a encontrar —comentó Ragsdale pensativo.

—Me temo que esto no es más que la punta del iceberg. Estas carpetas representan miles y miles de operaciones ilegales con compradores que hicieron la vista gorda ante la procedencia de los objetos.

Ragsdale sonrió.

—Me gustaría ver por un agujero la reacción del Ministerio de Justicia cuando se entere de que acabamos de conseguirle trabajo para diez años.

—No conoces bien a los fiscales federales —comentó Gaskill—. Cuando se les da pruebas de que varios políticos, empresarios y personalidades del mundo del espectáculo y de los deportes han estado comprando obras de arte robadas, se quedan encantados.

—Tal vez deberíamos replantearnos cómo vamos a desenmascararlos —repuso Ragsdale.

—¿En qué estás pensando?

—Sabemos que Joseph Zolar y sus hermanos, Charles Oxley y Cyrus Sarason,

están en México, donde para arrestarlos tendríamos que resolver un montón de problemas burocráticos, ¿cierto?

—Sí, continúa.

—Lo que deberíamos hacer es mantener esta parte del registro en secreto —explicó Ragsdale—. Según parece, los empleados de la parte de arriba no saben nada de lo que pasa en el sótano. Que vuelvan mañana a trabajar como si no hubiéramos encontrado nada. Ya sabes: aquí no ha pasado nada y el negocio sigue como de costumbre. De lo contrario, si los Zolar se enteran de que lo hemos descubierto todo y que los fiscales federales van a abrirles un sumario de aquí te espero, se esconderán en algún país y no habrá forma de cogerlos.

Gaskill se frotó la barbilla con aire pensativo.

—No será fácil evitar que se enteren. Como cualquier empresario que viaja, reciben información sobre las operaciones todos los días.

—Bueno, habrá que recurrir a todos los trucos a los que podamos echar mano —comentó Ragsdale riéndose—. Los operadores pueden decirles que las líneas de fibra óptica se han roto por culpa de unas obras. Además podemos utilizar su fax y mandarles informes falsos. Obviamente, a los empleados que hemos detenido habrá que mantenerlos al margen de todo. El objetivo es que durante cuarenta y ocho horas los Zolar no se enteren de nada, que es el tiempo que necesitamos para ponerles una trampa que les obligue a pasar la frontera. Gaskill se quedó mirando a Ragsdale. —Te gustan las jugadas arriesgadas, ¿verdad, compañero? —Me juego cualquier cosa a que podemos acabar de una vez por todas con esta escoria.

—Me encantan tus apuestas —dijo Gaskill con una sonrisa en los labios—. Que empiecen los ruegos artificiales.

Buena parte de los 176 habitantes del pueblo de Billy Yuma sobrevivían gracias al cultivo de calabacines, maíz y alubias. Otros cortaban enebros y gayubas que luego vendían como leña y madera para hacer cercas. La tercera fuente de ingresos era algo bastante reciente y tenía que ver con el renovado interés por el viejo arte de la cerámica. Muchas mujeres de los Montólo todavía dominaban las técnicas tradicionales de la tribu y hacían piezas de una gran elegancia, las cuales habían empezado a tener una gran demanda gracias a la atención que los coleccionistas prestaban últimamente al arte indígena.

Tras haber trabajado quince años como vaquero para un importante rancho, Yuma había conseguido ahorrar el dinero suficiente para tener un pequeño terreno de su propiedad. Él y su mujer, Polly, vivían bastante bien en comparación con el resto de los indígenas del norte de Baja California, ella cocinando sus vasijas y él cuidando de sus reses.

Como hacía todos los días una vez acabada la comida, Yuma ensilló su yegua y se dirigió hacia donde solía dejar la manada para ver si había alguna res herida o enferma. Las afiladas rocas, los abundantes cactus y los escarpados márgenes de los arroyos hacían del terreno un lugar duro e inhóspito en el que un novillo desprevenido podía lastimarse con facilidad.

Billy estaba buscando un ternero que se había extraviado cuando de pronto vio que un extraño se acercaba por el estrecho camino que llevaba hasta su pueblo.

Viéndole caminar por el desierto, el hombre daba la impresión de encontrarse en el sitio equivocado. A diferencia de los excursionistas o los cazadores, su único equipaje era la ropa que llevaba puesta: no tenía ni cantimplora, ni mochila. Ni siquiera llevaba un sombrero para protegerse del sol. Así y todo, el hombre caminaba con decisión, dando largas zancadas como si tuviera prisa por llegar a alguna parte. Picado por la curiosidad, Billy dejó por un momento la búsqueda del ternero y bajó por un riachuelo hasta el camino.

Pitt llevaba catorce kilómetros de caminata por el desierto, aunque en ese momento todavía estaría profundamente dormido si no hubiera tenido una extraña sensación. Al abrir los ojos, se había encontrado con un pequeño lagarto encogido sobre su brazo que le miraba fijamente. Tras quitarse al intruso de encima, había consultado su reloj de submarinismo Doxa y se había quedado consternado: había perdido más de media mañana.

Aunque el sol ya estaba bien alto a la hora en que se había despertado, la temperatura no llegaba más que a treinta grados centígrados, lo cual resultaba bastante soportable. El sudor se le secaba con rapidez sobre la piel y no tardó en tener sed. Se chupó los labios: estaban salados a causa de la larga noche que había pasado

en el mar. Sin embargo, el calor no le molestaba: estaba demasiado enfadado consigo mismo por las cuatro horas que había perdido como para notarlos. Pensó que ese tiempo era una eternidad para sus amigos, que estarían sufriendo cualquier tipo de vejación a manos de Sarason y su pandilla de sádicos. El único objetivo en su vida en ese momento era salvarlos.

Tras darse un chapuzón en el agua para refrescarse, Pitt se dirigió hacia el oeste a la autopista número cinco, que estaría a unos veinte o treinta kilómetros de distancia. En cuanto llegara a la carretera, tenía que conseguir que alguien le llevara a Mexicali, desde donde podría pasar a Calexico y cruzar la frontera. Eso era lo que pensaba hacer, a menos que la compañía telefónica de Baja California hubiese tenido la consideración de poner una cabina a la sombra de un mezquite.

Antes de seguir adelante, miró hacia el mar de Cortés y vio el *Alhambra* en la lejanía. El viejo transbordador estaba ligeramente escorado y parecía haberse quedado varado en el fondo. El agua le llegaba al saliente de la cubierta. Aparte de eso, daba la impresión de estar en buen estado.

Tenía aspecto de estar vacío. No se veía ningún helicóptero o patrullera por los alrededores. Tampoco importaba mucho. Cualquier equipo de reconocimiento que Giordino o el Servicio de Aduanas pudiese haber organizado no se habría desviado hacia la costa para buscar a nadie. Se dio la vuelta y empezó a andar.

Mantecía un ritmo constante de unos siete kilómetros por hora. El desolado paraje le recordó la caminata que había hecho con Giordino a través del Sahara y el norte de Mali dos años atrás. Habían estado a punto de morir por la falta de agua y las infernales temperaturas, pero en el último momento habían encontrado los restos de un misterioso avión y se las habían arreglado para construir una especie de velero de tierra con el que conseguirían finalmente salvarse. Comparado con esa experiencia, el de ahora parecía un paseo por el parque.

Tras dos horas de caminata, encontró un polvoriento camino y decidió seguirlo; al cabo de treinta minutos vio a un hombre a caballo. Pitt se acercó a él con una mano levantada en señal de saludo. El jinete le miró fijamente: sus ojos parecían estar deteriorados por el efecto del sol y su severo rostro tenía el aspecto de una piedra erosionada del desierto.

El extraño iba vestido con una camisa de algodón de manga larga, un pantalón tejano gastado, un viejo par de botas de vaquero y un sombrero de paja de ala ancha. Su pelo era negro y no parecía que fuera a encanecer. Era un hombre pequeño y delgado, y podría tener entre cincuenta y setenta años. Tenía la piel bronceada y llena de arrugas. Sus manos, curtidas, reflejaban años de duro trabajo. «Una alma recia», pensó Pitt, «que ha sido capaz de sobrevivir en esta tierra cruel gracias a su gran tenacidad».

—Buenas tardes —saludó Pitt cordialmente.

Como la mayoría de la gente de su tribu, Billy era bilingüe: hablaba montólo con sus amigos y su familia y español con los extraños. El poco inglés que sabía lo había aprendido durante los frecuentes viajes que había hecho al otro lado de la frontera para vender ganado.

—¿Sabe usted que ha entrado ilegalmente en tierra india? Esto es propiedad privada —replicó con sequedad.

—No, lo siento. He naufragado y he ido a parar a una playa del golfo. Estoy intentando llegar a la autopista para llamar por teléfono.

—¿Ha perdido usted su barco?

—Sí —reconoció Pitt—, se podría decir que lo he perdido.

—Nosotros tenemos un teléfono en nuestra casa de reuniones. Será un placer llevarle.

—Se lo agradecería. Billy extendió el brazo.

—Mi pueblo no está muy lejos. Puede sentarse detrás de mí.

Pitt tuvo un momento de vacilación. Sus preferencias estaban con los medios de transporte mecánicos. Desde su punto de vista, cuatro herraduras nunca podrían superar a cuatro ruedas. La única utilidad que tenían los caballos era como complemento en las películas de vaqueros. Pero, claro, a ese caballo en concreto no le podía mirar el diente. Pitt se agarró a la mano de Billy, y el nervudo indio le subió al caballo. Pitt se quedó sorprendido: había levantado sus ochenta y dos kilos de peso sin esforzarse.

—A todo esto, me llamo Dirk Pitt.

—Billy Yuma —respondió el jinete sin ofrecerle la mano. Cabalgaron en silencio durante media hora hasta que llegaron a la cima de un promontorio cubierto de yucas. Luego bajaron a un pequeño valle por el que corría un arroyo de poca profundidad y pasaron cerca de las ruinas de una misión española que había sido destruida por los indios tres siglos atrás. Todo lo que quedaba eran unas tapias de adobe medio desmoronadas y un pequeño cementerio. Encima de un montículo había varias tumbas españolas de gran antigüedad, pero hacía tiempo que habían desaparecido bajo la vegetación y la gente ya se había olvidado de ellas. Más abajo, sin embargo, las tumbas eran recientes y pertenecían a la gente del lugar. A Pitt le llamó la atención una de ellas. Se bajó del caballo por la grupa y se acercó.

Las palabras que había grabadas en la vieja lápida estaban bien marcadas y se podían leer sin ningún problema.

*«Patty Lou Cutting 11 de febrero de 1924 - 3 de febrero de 1934.*

*Que el sol con su calor te acoja.*

*Que tras la noche más oscura veas la aurora.*

*Que en la mañana más gris nunca estés sola.*

*Y que cuando llegue el atardecer, la mano de Dios te recoja».*

—¿Quién es? —preguntó Pitt.

Billy Yuma hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Los ancianos no lo saben. Dicen que unos extraños la enterraron durante la noche.

Pitt alzó la vista. Ante sus ojos se extendía el desierto de Sonora. Una suave brisa le acarició la nuca. Entonces vio un halcón de cola roja que surcaba el cielo lentamente, como si estuviera contemplando sus dominios. La tierra de las montañas, los cañones, la arena, las liebres y los coyotes podía ser causa tanto de temor como de inspiración. «Éste es un lugar al que se viene a morir y ser enterrado», pensó. Se dio la vuelta y le hizo una señal a Yuma para que continuara solo.

—Voy a ir tirando el resto del camino.

Yuma asintió y reanudó la marcha.

Pitt bajó del montículo y siguió a Yuma en dirección a un modesto pueblo que por su aspecto parecía habitado por granjeros y ganaderos. Continuaron a lo largo de un riachuelo en el que había tres muchachas lavando ropa a la sombra de un álamo. Las muchachas dejaron un momento la ropa y le miraron con curiosidad adolescente. Dirk les saludó con la mano, pero ellas no le hicieron caso y afectando casi solemnidad, pensó él, volvieron a su tarea.

El corazón del poblado montólo estaba formado por un grupo de casas. Algunas habían sido construidas con ramas de mezquite y barro y otras con madera, aunque la mayoría eran de ladrillo. La presencia de la vida moderna se reducía a los viejos postes de electricidad y del teléfono, unas cuantas camionetas que parecían haber sido sacadas de un desguace y una antena parabólica.

Yuma ató su caballo delante de un pequeño edificio.

—Nuestra casa de reuniones —dijo—. Hay un teléfono dentro. Tiene que pagar.

Pitt sonrió, miró en su cartera, que todavía estaba mojada, y sacó una tarjeta de la compañía telefónica ATT.

—Problema resuelto.

Yuma hizo un gesto afirmativo con la cabeza y le llevó hasta un pequeño despacho en el que había una mesa y cuatro sillas plegables. El teléfono estaba en el suelo encima de un delgadísimo listín.

Tras marcar diecisiete números, se oyó la voz de una operadora.

—¿Sí, dígame?

—Me gustaría hacer una llamada con tarjeta de crédito.

—Sí, señor. ¿Puede decirme el número de su tarjeta y el número al que quiere llamar?

—Parece que el día no va a acabar siendo tan horroroso como creía —comentó

Dirk al oír por fin una voz comprensiva.

La operadora mexicana le puso en contacto con una operadora estadounidense, quien a su vez le pasó información para que pidiera el número del Servicio de Aduanas de Calexico. Pitt consiguió el número y la operadora le puso la llamada. Le contestó una voz masculina.

—Servicio de Aduanas, ¿qué desea?

—¿Podría hablar con Albert Giordino de la Agencia Nacional de Submarinismo?

—Un momento, se encuentra en el despacho del agente Starger.

Pitt oyó primero dos señales y luego una voz muy profunda.

—Starger al aparato.

—Soy Dirk Pitt. ¿Está Al Giordino por ahí?

—Pitt, ¿es usted realmente? —exclamó Curtis Starger incrédulo—. ¿Dónde andaba? Nos ha costado Dios y ayuda conseguir que la marina mexicana saliera a buscarle.

—Lo más seguro es que los Zolar hayan sobornado al comandante de la región.

—Espere un segundo. Giordino está aquí mismo. Voy a ponerle un supletorio.

—Al —saludó Pitt—, ¿estás ahí?

—Es una alegría volver a oír tu voz, compañero. Supongo que algo ha ido mal.

—En resumidas cuentas te diré que nuestros amigos de Perú se han llevado a Loren y a Rudi. La tripulación ha huido en una balsa y yo he conseguido llegar a la costa a nado. Llamo desde un pueblo indio al norte de San Felipe. Está en el desierto, a unos treinta kilómetros al oeste del *Alhambra*, que está medio hundido en el barro.

—Voy a mandar uno de nuestros helicópteros —dijo Starger—. Necesito que me diga el nombre del pueblo.

Pitt se volvió a Yuma.

—¿Cómo se llama su pueblo?

—Cañón Ometepe.

Pitt repitió el nombre a Starger, dio más detalles sobre lo que había ocurrido durante las pasadas dieciocho horas y colgó.

—Mis amigos van a venir a buscarme —le informó a Yuma.

—¿En coche?

—No, en helicóptero.

—¿Es usted un hombre importante?

Pitt se echó a reír.

—No más que el alcalde de su pueblo.

—No tenemos alcalde. Nuestros ancianos se reúnen y hablan sobre los asuntos de la tribu.

Dos hombres pasaron por delante de la casa tirando de un burro cargado de ramitas de gayuba y cruzaron una mirada con Yuma. Ni se saludaron ni se sonrieron.

—Tiene aspecto de estar cansado. —Yuma miró a Pitt y continuó—: Venga a mi casa. Mi mujer le cocinará algo mientras espera a sus amigos.

Era el mejor ofrecimiento que le habían hecho en todo el día, así que Pitt aceptó agradecido.

La esposa de Billy Yuma, Polly, era una mujer de gran tamaño que llevaba su peso mejor que cualquier hombre. Tenía la cara ovalada y llena de arrugas, y los ojos de color castaño. A pesar de su edad avanzada, tenía el pelo negro como el carbón. Para cocinar, utilizaba un horno de madera que había al lado de la casa bajo un emparrado. Los indios de los desiertos del suroeste prefieren disponer la cocina y el comedor en un espacio abierto y a la sombra como un emparrado en vez de hacerlo en el interior de la casa, que resulta más limitado y no tiene ventilación. Pitt se fijó en que el emparrado tenía el techo de sahuaro y se sostenía sobre unos postes de mezquite, alrededor de los cuales habían construido un entramado de ramas de ocotillo.

Pitt se bebió cinco vasos de agua fresca de una vasija de barro y luego se comió lo que le había preparado Polly: un plato de carne de cerdo troceada con yemas fritas de cholla y fríjoles y unas tortas hechas de harina de mezquite, todo ello acompañado de un vino hecho de fruta de sahuaro fermentada.

Pitt no recordaba haber comido jamás algo tan delicioso.

Polly apenas hablaba, y cuando lo hacía, se dirigía a Billy en español. Pitt creyó ver en su mirada cierto aire divertido, si bien en ningún momento dejó de comportarse de manera seria y distante.

—La comunidad no parece muy feliz —comentó Pitt para empezar una conversación.

Yuma meneó la cabeza con tristeza.

—Una gran pena aflige a nuestro pueblo y los otros pueblos pertenecientes a nuestra tribu. Nuestros ídolos religiosos más sagrados fueron robados hace ya tiempo. Sin ellos, nuestros hijos e hijas no pueden hacer los ritos de iniciación. Desde que desaparecieron hemos sufrido muchas desgracias.

—Dios mío —exclamó Pitt—, no serán los Zolar.

—¿Qué dice, señor?

—Me refiero a una familia de ladrones que es responsable del robo de la mitad de todas las antigüedades que se han descubierto en el mundo.

—La policía mexicana nos dijo que nuestros ídolos han sido robados por unos rateros que se dedican a recorrer los cementerios indios y a vender todo lo que encuentran.

—Es muy posible —afirmó Pitt—. ¿Qué aspecto tienen sus ídolos?

Yuma alargó su mano a un metro del suelo aproximadamente.

—Son así de altos. Las caras son de raíz de álamo y fueron talladas hace varios



siglos por nuestros antepasados.

—Lo más probable es que los Zolar comprasen los ídolos a esos rateros por cuatro chavos para luego vendérselos a un rico coleccionista por un dineral.

—¿Esta gente se llama Zolar?

—Ese es el nombre de la familia, pero el nombre de la organización es Solpemachaco.

—No conozco esa palabra —reconoció Yuma—. ¿Qué significa?

—Es una serpiente de la mitología inca que tiene varias cabezas y vive en una gruta.

—Nunca he oído hablar de ella.

—Creo que tiene que ver con otro monstruo legendario que los peruanos llaman el demonio de los muertos y que es el guardián de los abismos.

Yuma se quedó mirando sus curtidas manos con aire pensativo.

—Nosotros también tenemos un demonio legendario encargado de vigilar la entrada de los abismos. Él se ocupa de que los muertos no se escapen y de que los vivos no entren. También juzga a los muertos: permite entrar a los buenos y devora a los malos.

—Un demonio del día del Juicio —resumió Pitt.

Yuma asintió solemnemente.

—Vive en una montaña no muy lejos de aquí.

—El cerro el Capirote.

—¿Cómo es posible que un extraño sepa todo esto? —le preguntó Yuma mirándole intensamente a los ojos.

—He estado en la cima y he visto el jaguar alado con la cabeza de serpiente y le puedo asegurar que no lo pusieron allí para vigilar los abismos o juzgar a los muertos.

—Usted parece saber mucho sobre esta tierra.

—No, en realidad sé muy poco, pero me encantaría saber más leyendas sobre ese demonio.

—Hay una más —reconoció Yuma—. Enrique Juárez, la persona más anciana de la tribu, es uno de los pocos montólos que todavía recuerda las viejas historias y costumbres tradicionales.

Suele hablar de dioses dorados que vinieron del sur sobre enormes pájaros de alas blancas que flotaban en el agua. Estuvieron en una isla durante mucho tiempo. Al irse, los dioses dejaron un demonio de piedra. Varios de nuestros antepasados se acercaron valientemente hasta la isla empujados por la curiosidad. Los ancianos se asustaron, porque creían que la isla era sagrada y que todos los intrusos serían devorados por el demonio. —Yuma hizo una pausa y miró hacia el desierto—. Esta historia ha sido transmitida de generación a generación desde entonces. Nuestros hijos, que están siendo educados de forma moderna, piensan que sólo es un cuento de

hadas que explican los viejos.

—Un cuento de hadas basado en hechos históricos —aseguró Pitt—. ¿Me creará si le digo que dentro del cerro el Capirote hay un gran tesoro de oro? No lo escondieron unos dioses del sur, sino los incas del Perú, que se aprovecharon del respeto de sus antepasados por lo sobrenatural y esculpieron un gran demonio de piedra con objeto de meterles miedo y evitar que se acercaran a la isla. Por si acaso, dejaron además a un grupo de guardianes para que mataran a todos los curiosos hasta el día en que los españoles fueran expulsados de su país y pudieran volver para recoger el tesoro y dárselo al nuevo rey. No hace falta decir que el devenir de la historia fue diferente. Los españoles se quedaron en sus tierras y nadie volvió a la isla.

Billy Yuma no era un hombre que se emocionase con facilidad y no se alteró al oír el relato de Pitt. Lo único que hizo fue abrir un poco más sus ojos cansados.

—¿Hay un gran tesoro escondido en el cerro el Capirote?

Pitt asintió.

—Pronto vendrán hombres con malas intenciones que querrán entrar en la montaña para llevarse el tesoro inca.

—No pueden hacer eso —protestó Yuma—. El cerro el Capirote es mágico. Está en nuestra tierra, en la tierra de los montólos. Los muertos que no han pasado el juicio viven en los alrededores.

—Eso no va a detener a estos hombres, créame —aseguró Pitt seriamente.

—Mi gente irá a protestar a la policía local.

—Si los Zolar no han cambiado su forma de hacer las cosas, ya habrán sobornado a las autoridades.

—Los hombres malvados de los que habla usted, ¿son los que nos robaron los ídolos sagrados?

—Como ya le he dicho, es muy posible.

Billy Yuma le miró de hito en hito durante unos segundos.

—Entonces no hemos de preocuparnos si violan nuestra tierra sagrada.

Pitt no comprendía.

—¿Podría preguntarle por qué?

A Yuma se le demudó el rostro.

—Porque las personas que roban los ídolos del sol, la luna, la tierra y el agua están malditas y van a sufrir una muerte terrible —murmuró como en sueños.

—Usted cree eso de veras, ¿no es cierto?

—Sí, lo creo —respondió Yuma sombríamente—. En mis sueños veo que los ladrones se ahogan.

—¿Se ahogan?

—Sí, en el agua que convertirá al desierto en el jardín en donde vivían mis

antepasados.

Pitt pensó en discutirle sus palabras. Él no era el tipo de persona al que le gustara perder el tiempo en supersticiones baratas. Se consideraba un verdadero escéptico en todo lo relacionado con lo metafísico. Sin embargo, la inalterable expresión que Yuma tenía en los ojos y el inquebrantable tono de su voz habían conseguido impresionarle.

Dirk empezó a alegrarse por no estar emparentado con los Zolar.

Amaru bajó al salón de la hacienda. En una de las paredes de la gran habitación había una enorme chimenea perteneciente a una antigua misión jesuita. El alto techo estaba decorado con un complejo artesonado de yeso precolado.

—Lamento haberos hecho esperar.

—No pasa nada —le tranquilizó Zolar—. Ahora que gracias a los idiotas de la ANS sabemos dónde está el tesoro de Huáscar, hemos aprovechado para discutir la manera de sacarlo.

Amaru asintió y miró a su alrededor. Había cuatro personas más en la habitación aparte de él. Sentados en sendos butacones alrededor del fuego, estaban Zolar, Oxley, Sarason y Moore. A pesar de la inexpresividad de sus rostros, en la habitación se respiraba un ambiente triunfal.

—¿Alguna noticia sobre la profesora Kelsey, el fotógrafo Rodgers y Albert Giordino? —preguntó Sarason.

—Mis contactos al otro lado de la frontera creen que Pitt no te mintió al decirte que los había dejado en el Servicio de Aduanas de Calexico —respondió Amaru.

—Probablemente se olió la trampa —comentó Moore.

—Eso quedó claro al verle volver solo al transbordador. —Sarason fijó su mirada en Amaru—. Lo tenías en tus manos y le dejaste escapar.

—Y no olvidemos la tripulación —añadió Oxley.

—Lo prometo: Pitt no escapó. Le matamos con las granadas de expansión que lanzamos al agua. Y por lo que respecta a la tripulación del transbordador, los agentes de la policía mexicana a los que habéis sobornado guardarán el secreto todo el tiempo que sea necesario.

—No es suficiente —dijo Oxley—. Si Pitt, Gunn y la diputada no aparecen pronto, todos los agentes federales que hay entre San Diego y Denver no tardarán a venir aquí para ponerse a husmear.

Zolar meneó la cabeza.

—Aquí no tienen autoridad legal y nuestros amigos en el gobierno no les permitirán entrar.

Sarason miró a Amaru indignado.

—Si Pitt está muerto, ¿dónde está el cuerpo?

Amaru le miró aviesamente.

—Pitt es ahora pasto de los peces, te lo aseguro.

—Me perdonarás si te digo que no te creo.

—Es imposible que lograra sobrevivir a las bombas.

—Ese hombre ha salido con vida de situaciones mucho más peligrosas. —Sarason se levantó y se acercó al bar para servirse una bebida—. No estaré tranquilo

hasta que vea el cuerpo.

—El hundimiento del transbordador también ha sido una chapuza —se quejó Oxley a Amaru—. Deberías haberlo llevado a aguas más profundas antes de abrir las válvulas.

—O, mejor aún, deberías haberlo incendiado con la diputada y el subdirector de la ANS dentro —comentó Zolar al tiempo que encendía un puro.

—El comisario Cortina abrirá una investigación y dirá que el transbordador ha desaparecido con la diputada y Rudi Gunn a bordo como consecuencia de un desafortunado accidente —dijo Sarason.

Zolar le miró con rabia.

—Eso no resolverá el problema de las autoridades estadounidenses. El Ministerio de Justicia no se conformará con una simple investigación de la comisaría local si Pitt sobrevive y cuenta las chapuzas que ha hecho este amigo tuyo.

—Olvídate de Pitt —replicó Amaru tajantemente—. Nadie tiene más razones que yo para desear su muerte.

Oxley se volvió a Zolar.

—Nos la estamos jugando con tanta conjetura. Cortina no puede impedir de ninguna manera que los gobiernos de los Estados Unidos y México abran una investigación conjunta de aquí a unos días.

Sarason se encogió de hombros.

—Hay tiempo de sobras para sacar el tesoro y largarnos.

—Incluso si Pitt sale del fondo del mar para contar la verdad —empezó Henry Moore—, es su palabra contra la de la familia. No tiene pruebas para demostrar quién es el responsable de la tortura y desaparición de Rudi Gunn y la diputada Smith. ¿Quién va a creer que una familia de respetados tratantes en obras de arte puede estar involucrada en algo semejante? Incluso se le podría decir a Cortina que acusase a Pitt de haberlo montado todo con el propósito de llevarse el tesoro él mismo.

—Estoy de acuerdo con lo que ha dicho el profesor —comentó Zolar—. No sería muy difícil convencer a los influyentes amigos que tenemos en la policía y el ejército de que arresten a Pitt si aparece por México.

—Hasta ahí yo también estoy de acuerdo —afirmó Sarason—. ¿Pero qué pasa entonces con los prisioneros? ¿Cuándo vamos a liquidarlos?

—¿Por qué no los tiramos al río que pasa por la cueva del tesoro? —sugirió Amaru—. Lo que quede de sus cuerpos irá a parar al golfo y después de que los peces se hayan encargado de ellos, los forenses sólo podrán decir que se han ahogado.

Zolar miró a sus hermanos y a Moore, que parecía algo intranquilo.

—Un buen plan. Sencillo, pero bueno al fin y al cabo. ¿Alguna objeción?

No había ninguna.

—Me pondré en contacto con el comandante Cortina y le diré lo que tiene que

hacer —se ofreció Sarason.

Zolar esbozó una sonrisa y movió el puro para indicar que el asunto quedaba zanjado.

—Entonces ya está decidido. Mientras Cyrus y Cortina se encargan de despistar a los investigadores estadounidenses, nosotros hacemos el equipaje y a primera hora de la mañana nos vamos al cerro el Capirote para sacar el tesoro.

Uno de los sirvientes entró en el salón con un teléfono portátil para Zolar. El ladrón de obras de arte atendió la llamada sin decir ni una palabra y al cabo de unos segundos colgó y se echó a reír.

—¿Buenas noticias, hermano? —preguntó Oxley.

—Los federales han vuelto a hacer un registro en nuestro almacén.

—¿Y eso es divertido? —preguntó Moore con cara de perplejidad.

—Es algo habitual —explicó Zolar—, como lo es que no hayan encontrado nada y se hayan quedado con un palmo de narices sin saber que hacer.

Sarason apuró su bebida.

—Entonces no hay cambio de planes: la extracción del tesoro sigue adelante como estaba previsto.

El salón se quedó en silencio mientras los hombres trataban de imaginarse el increíble tesoro que les aguardaba en el interior del cerro el Capirote. Sarason, en cambio, tenía la cabeza en otro sitio. Se había puesto a pensar en la conversación que había mantenido con Pitt en el transbordador. Sabía que era una estupidez, pero no podía dejar de pensar en que Pitt había dicho que les había llevado hasta el tesoro a propósito. ¿Y qué había querido decir con eso de que se había tragado el anzuelo?

¿Constituía todo un montón de mentiras, había intentado decirle algo o se trataba simplemente de una bravuconada de alguien que se veía cerca de la muerte? Sarason decidió que no tenía tiempo para hallar las respuestas. Tenía cosas más importantes que hacer y no podía perder más tiempo pensando en Pitt.

Sarason hizo caso omiso de la voz de alarma que había oído en su subconsciente. No podría haber cometido un error más grave.

Micki Moore bajó cuidadosamente la empinada escalera que llevaba al sótano de la hacienda con una bandeja en las manos y se acercó a uno de los matones de Amaru, que vigilaba el pequeño cuarto trastero en el que estaban encerrados los prisioneros.

—Abre la puerta —ordenó.

—No puede entrar nadie —murmuró el guardia con rudeza.

—Apártate, cretino, o te corto los huevos —amenazó Micki.

El guardia se quedó sorprendido: no esperaba un comentario tan grosero de una mujer elegante como Micki. Dio un paso atrás.

—Recibo órdenes de Tupac Amaru.

—Todo lo que llevo es comida, idiota. Como no me dejes pasar, me pondré a gritar y le diré a Joseph Zolar que nos has violado a mí y a la mujer que hay dentro.

El guarda echó un vistazo a la bandeja y se dio por vencido.

—No le digas nada de esto a Tupac —dijo al tiempo que abría la puerta y se echaba a un lado.

—No te preocupes —contestó mientras entraba. Cuando se hubo acostumbrado a la oscuridad del cubículo, pudo ver que Gunn estaba tendido en el suelo y trataba de sentarse. Loren se mantenía delante de él como para protegerle.

—Bueno, ahora nos mandan a una mujer para hacer el trabajo sucio —murmuró Loren en tono cortante.

Micki le plantó la bandeja en las manos.

—Aquí tienen algo de comida. Fruta, bocadillos y cuatro botellas de cerveza. ¡Venga, cójalo! —La arqueóloga se dio la vuelta y dio al guarda con la puerta en las narices. Cuando se volvió nuevamente hacia Loren, se quedó asustada de su aspecto. Tenía varios moratones en los labios y los ojos y la poca ropa que todavía llevaba estaba hecha jirones; se la había anudado de tal forma que le cubriera el torso. Micki se fijó además en que tenía magulladuras en la parte superior de los senos y varias contusiones en los brazos y en las piernas.

—Los muy cabrones —exclamó—, los sádicos de mierda. Lo siento, si hubiera sabido que les habían pegado, habría traído algo con que curarles.

Loren se puso de rodillas y dejó la bandeja en el suelo. Le alcanzó una de las botellas a Gunn, pero éste tenía las manos demasiado maltrechas como para desenroscar el tapón, por lo que tuvo que hacerlo ella misma.

—¿Quién es nuestra hermanita de la caridad? —preguntó Gunn.

—Me llamo Micki Moore. Mi marido es antropólogo y yo soy arqueóloga. Hemos sido contratados por los Zolar.

—Para ayudarles a encontrar el tesoro de Huáscar, ¿verdad? —adivinó Gunn.

—Sí, hemos descifrado las imágenes...

—Del traje de oro de Tiapollo —le interrumpió el subdirector de la ANS—. Ya estamos al corriente de todo eso.

Loren guardó silencio mientras devoraba un bocadillo y se bebía una cerveza. Al acabar, se sintió como si hubiera resucitado y se quedó mirando a Micki llena de curiosidad.

—¿Por qué hace esto? ¿Para reanimarnos antes de que vuelvan de nuevo a darnos otra paliza?

—Nosotros no somos responsables de lo que les está pasando —respondió la arqueóloga con sinceridad—. Lo cierto es que Zolar y sus hermanos tienen planeado matarnos a mí y a mi marido en cuanto consigan el tesoro.

—¿Cómo es posible que se haya enterado de eso?

—No es la primera vez que nos relacionamos con gente de este tipo y es fácil intuir lo que está pasando.

—¿Qué piensan hacer con nosotros? —preguntó Gunn.

—Los Zolar tienen varios contactos en la policía y el ejército mexicanos a los que suelen sobornar. Por lo visto han llegado a un acuerdo con ellos para que se crea que su transbordador se ha hundido y ustedes se han ahogado al tratar de salir de él. Su plan es echarlos al río subterráneo que corre por la caverna en la que se encuentra el tesoro. Cuando aparezcan sus cuerpos, no habrá manera de probar que murieron de otro modo.

—No se puede negar que el plan resulta bastante verosímil —murmuró Loren indignada.

—Dios mío —exclamó Gunn—, no pueden asesinar a un representante del Congreso de los Estados Unidos así, a sangre fría...

—Créanme —aseguró Micki—, esta gente no tiene escrúpulos, y menos aún conciencia.

—¿Por qué no nos han matado todavía? —preguntó Loren.

—Hasta el momento tenían miedo de que su amigo Pitt pudiera contárselo todo a la policía. Ahora ya no les importa.

Creen que la farsa que han organizado es lo bastante convincente como para que la acusación de un solo hombre no pueda hacerles daño.

—¿Y la tripulación del transbordador? Ellos también fueron testigos del secuestro —dijo Loren.

—La policía local se ocupará de mantenerlos en silencio. —Micki titubeó un momento—. Siento decirles esto, pero Tupac Amaru jura que después de que les trajeran a ustedes a la hacienda, él y sus hombres acabaron con Pitt lanzando granadas de expansión al agua.

A Loren se le mudó la expresión de la cara. Hasta ahora había abrigado la esperanza de que Dirk hubiera conseguido escapar. Sintió que se le rompía el corazón. Se dejó caer sobre una pared del cuarto y se cubrió la cara con las manos.

Con un gran esfuerzo, Gunn logró ponerse de pie. Su mirada no expresaba dolor, sino el más absoluto convencimiento.

—¿Que Dirk ha muerto? Un desgraciado como Amaru jamás podría llegar a matar a un hombre como Dirk Pitt.

Micki se quedó asombrada de que alguien pudiese mostrar tal apasionamiento estando tan malherido.

—Sólo sé lo que me ha dicho mi marido —dijo como si se disculpara—. De todas formas, Amaru ha admitido que no han hallado el cuerpo de su amigo, aunque no parece tener prácticamente ninguna duda sobre su muerte.

—¿Y dice que usted y su marido están también en la lista de víctimas de los



Zolar? —preguntó Loren.

—Sí, a nosotros también nos quieren cerrar la boca para siempre.

—Perdone que me exprese de esta manera —replicó Gunn—, pero parece como si le importase un comino.

—Mi marido también tiene planes.

—¿Para escapar?

—No, Henry y yo podemos escaparnos cuando queramos, pero queremos llevarnos una parte del tesoro.

Gunn miró a Micki con incredulidad.

—Su marido debe de ser un antropólogo de lo más correoso —afirmó cínicamente.

—Tal vez lo entenderá mejor si les digo que nos conocimos y enamoramos trabajando en una misión para el Consejo de Actividades en el Extranjero.

—Jamás he oído hablar de él.

Loren miró a Micki con cara de perplejidad.

—Yo sí. Según se dice, el CAE es una oscura organización que trabaja en la Casa Blanca entre bastidores. Ningún miembro del Congreso ha sido capaz de probar jamás su existencia o su financiación.

—¿Cuál es su función? —preguntó Gunn.

—Se ocupa de llevar a cabo operaciones secretas bajo la supervisión directa del presidente. Estas operaciones están fuera del ámbito de los otros servicios de inteligencia del país y se realizan sin su conocimiento.

—¿De qué tipo de operaciones se trata?

—Trabajos sucios en los países que se consideran hostiles a los intereses de los Estados Unidos —contestó Loren mientras observaba a Micki. Quería ver si sus palabras tenían algún efecto en ella. La arqueóloga, sin embargo mantenía una actitud distante—. Como diputada, no estoy al corriente de esas operaciones, por lo que sólo puedo hacer conjeturas. Sospecho, de todas formas, que la tarea más importante que tienen es la de cometer asesinatos.

La mirada de Micki se volvió fría y dura.

—He de admitir que durante los doce años que trabajamos para el Consejo antes de que nos retiráramos para dedicarnos exclusivamente a la arqueología, Henry y yo no tuvimos muchos compañeros.

—No me extraña —comentó Loren sarcásticamente—. En su calidad de científicos, difícilmente podría sospechar nadie que eran los asesinos a sueldo del presidente...

—Para su información, diputada Smith, le diré que nuestros títulos académicos no son falsos. Henry obtuvo su doctorado en la Universidad de Pennsylvania y yo obtuve el mío en Stanford. No nos arrepentimos en absoluto de haber realizado

cualquiera de las tareas que nos encargaron los tres presidentes para los que trabajamos. Eliminando a ciertos jefes de Estado, Henry y yo salvamos muchas más vidas de ciudadanos estadounidenses que las que ustedes se puedan imaginar.

—¿Para quién trabajan ahora?

—Para nosotros mismos. Como he dicho antes, estamos jubilados. Nuestro trabajo para el gobierno pertenece al pasado. Después de todos esos años, creímos que ya era hora de sacar partido de nuestros conocimientos. Aunque se nos pagaba bien por nuestros servicios, no cotizábamos para una pensión.

—La gente no cambia tan fácilmente —declaró Gunn con sorna—. Nunca podrán alcanzar su objetivo si no matan a Amaru y a los Zolar.

Micki esbozó una leve sonrisa.

—Es muy posible que tengamos que acabar con ellos antes de que ellos acaben con nosotros. De todas formas, eso no ocurrirá antes de que tengamos a nuestro alcance la parte del tesoro que podamos llevarnos.

—Así que el camino va a terminar lleno de cadáveres...

Micki se pasó la mano por la cara con gesto de cansancio.

—El hecho de que ustedes también estuviesen buscando el tesoro ha supuesto una verdadera sorpresa para todos. Los Zolar han reaccionado de una manera estúpida y exagerada al enterarse de que había más gente detrás de él. Se han puesto histéricos y, llevados por la avaricia, han empezado a asesinar y a raptar a todo el que han considerado un obstáculo. Han tenido suerte de que no les mataran en el transbordador como a su amigo Pitt. Mantener a alguien con vida es típico de aficionados.

—Usted y su marido nos habrían... —murmuró Loren amargamente.

—¿Matado de un tiro para luego pegar fuego a sus cuerpos y hacer que desaparecieran con el barco? —Micki meneó la cabeza—. Ése no es nuestro estilo. Henry y yo sólo hemos acabado con personas que habían asesinado a mujeres y niños a sangre fría y de forma indiscriminada. Nunca hemos hecho daño a un compatriota y no es nuestra intención empezar a hacerlo ahora. A pesar de que su presencia a echado a perder nuestra operación, haremos todo lo que esté en nuestras manos por ayudarles a escapar de aquí ilesos.

—Los Zolar son estadounidenses.

Micki se encogió de hombros.

—Eso no es más que un problema técnico. Esta familia es seguramente la organización de traficantes y contrabandistas de obras de arte más grande de la historia. Son unos rateros que trabajan a escala mundial. Pero ¿para qué les voy a contar? Ustedes mismos han sido víctimas de su brutalidad. Si dejamos que se pudran en el desierto de Sonora, Henry y yo estaremos ahorrándoles a los contribuyentes norteamericanos millones de dólares que, de lo contrario, serían dedicados en la larga

y complicada investigación de sus delitos. Además hay que tener en cuenta el dinero que supondría llevarlos a juicio y meterlos en prisión si se les detuviera y declarase culpables.

—¿Y qué harán cuando consigan su parte del tesoro? —preguntó Gunn.

Micki sonrió pícaramente.

—Les enviaremos una postal desde la parte del mundo en la que nos encontremos en ese momento para contarles cómo nos lo estamos gastando.

La extracción del tesoro se estaba llevando a cabo desde el aire: un pequeño ejército de soldados había cercado el desierto en un radio de tres kilómetros alrededor del cerro el Capirote y la cima del monte se había convertido en punto de escala de la operación.

El helicóptero de la ANS, pintado ahora con los colores de Zolar International, se elevó en el aire y viró rumbo a la hacienda. Pocos minutos más tarde, apareció un helicóptero de transporte del ejército mexicano y se posó sobre la cima. Un destacamento de ingenieros militares vestidos con monos de trabajo saltaron del aparato, abrieron la puerta del compartimiento de carga y empezaron a sacar una pequeña carretilla elevadora, varios rollos de cable y un gran torno.

Las autoridades del estado de Sonora sobornadas por los Zolar habían aprobado todas las solicitudes de licencias y permisos necesarios en menos de veinticuatro horas, algo que normalmente habría tardado en conseguirse en meses o incluso años. El dinero en efectivo había acelerado los trámites burocráticos y eliminado el interminable papeleo que esto conlleva normalmente; los Zolar, por su parte, habían prometido construir un hospital, varias escuelas y carreteras. En su ignorancia, el gobierno mexicano, llevado a engaño por una pandilla de burócratas corruptos, se había ofrecido a cooperar en todo lo necesario y no había tardado en aprobar la solicitud de Joseph Zolar para que le mandasen un contingente de ingenieros de la base militar de la península de Baja California. Según los términos del contrato que habían firmado con el Ministerio de Hacienda, los Zolar tenían derecho a un 25 por ciento del tesoro. El resto se lo quedaría el estado mexicano.

El único problema que había con el acuerdo era que los Zolar no estaban dispuestos a cumplir su parte. No tenían la menor intención de repartir el tesoro con nadie.

En cuanto la cadena de oro y el resto del tesoro fueran extraídos a la cima de la montaña, se iniciaría una operación secreta que aprovecharía la oscuridad de la noche para transportar todos los objetos hasta un lejano aeropuerto militar cerca de las grandes dunas del desierto de Altar, al sur de la frontera con Arizona. Un avión de transporte comercial pintado con los colores de una conocida compañía de aviación se encargaría entonces de llevarlo hasta uno de los puntos secretos de distribución de los Zolar: la pequeña ciudad de Nador, situada en la costa norte de Marruecos.

Todos habían recogido sus efectos personales y se habían trasladado de la hacienda a la cima de la montaña antes del amanecer. Lo único que quedaba de la hacienda era el avión de Zolar, que estaba en la pista de despegue listo para salir en cualquier momento.

Esa misma mañana habían sacado a Loren y Rudi del cubículo en el que les

tenían confinados y les habían llevado hasta el cerro. Haciendo caso omiso de las órdenes de Sarason, Micki Moore se había preocupado de curarles las heridas y de que comieran decentemente. Como no había muchas posibilidades de que pudieran huir bajando por las escarpadas laderas de la montaña, se les había quitado la vigilancia y permitido que deambulasen por la cima a su aire.

Oxley no había tardado en hallar la pequeña abertura que llevaba al interior de la montaña y había encargado a varios soldados que la agrandasen. Luego se había quedado en la cima para supervisar la instalación de todo el equipo mientras Zolar, Sarason y los Moore se adentraban en el pasadizo seguidos de un grupo de ingenieros equipados con luces fluorescentes.

Al igual que ocurriera con Shannon Kelsey, Micki Moore se quedó asombrada al ver el segundo demonio y lo primero que hizo fue acercarse a él y acariciarle los ojos.

—Qué maravilla —suspiró.

—Se ha conservado estupendamente —confirmó Henry Moore.

—Vamos a tener que destruirlo —cortó Sarason con indiferencia.

—¿Pero qué está diciendo? —exclamó el profesor.

—No se puede mover. El bicho ocupa casi todo el túnel. Es imposible sacar la cadena de Huáscar por aquí. No hay sitio ni entre las piernas, ni pasa por encima, ni alrededor.

Micki se puso tensa. Estaba consternada.

—No pueden destruir una obra de arte como ésta.

—No sólo podemos hacerlo, sino que de hecho lo vamos a hacer —declaró Zolar de acuerdo con su hermano—. Sí, ya sé que es una lástima, pero no nos queda tiempo para fanatismos arqueológicos. Vamos a tener que deshacernos de la escultura.

La expresión apenada del profesor se volvió dura de repente.

—No queda más remedio que hacer algún sacrificio.

Micki comprendió. Si querían llevarse una parte del tesoro lo suficientemente grande como para vivir lujosamente el resto de sus vidas, tenían que permitir la destrucción de la efigie.

Siguieron adelante mientras Sarason ordenaba a los ingenieros que pusieran una carga de explosivos bajo el demonio.

—Tened cuidado —dijo en español—. Poned una carga pequeña, no vaya a ser que causemos un derrumbamiento.

Los Moore empezaron a dar muestras de verdadero entusiasmo en el momento en que entraron en la cripta de los guardianes del tesoro. Zolar estaba asombrado. No dejaban de ir de aquí para allá, y si se les hubiera dejado, se habrían pasado una semana entera examinando las momias y los ornamentos funerarios olvidándose de la cámara del tesoro.

—Sigamos adelante —Zolar estaba impaciente—. Podrán seguir husmeando entre

los muertos más tarde.

De mala gana, los Moore pasaron a los aposentos de los guardianes y esperaron un par de minutos a que apareciera Sarason. Sin más dilación, siguieron adelante.

La repentina visión del guardia cubierto de calcita les dejó tan conmocionados como a Pitt y a sus amigos. Cuando se hubo recuperado, Henry Moore se puso a examinar cuidadosamente la figura envuelta en el sarcófago de cristales translúcidos. — Un antiguo chachapoya —musitó como si estuviera delante de un crucifijo—. Es un descubrimiento increíble: se ha conservado igual que el día de su muerte.

—Lo más probable es que fuera un guerrero de alto rango perteneciente a la nobleza —dijo Micki llena de admiración.

—Una conclusión lógica, querida. El encargado de vigilar el tesoro real no podía ser un cualquiera. Tenía que ser un hombre muy poderoso.

—¿Cuánto piensan que valdrá? —preguntó Sarason. Moore le lanzó una mirada ceñuda.

—No se puede poner precio a un objeto tan extraordinario como éste. Esta escultura es una ventana abierta al pasado y, por tanto, su valor es incalculable.

—Conozco un coleccionista que daría cinco millones de dólares por ella —comentó Zolar como si estuviera contemplando un jarrón de la dinastía Ming.

—Este guerrero chachapoyano pertenece a la ciencia —exclamó Moore airado—. Es un vínculo directo con el pasado y el sitio que le corresponde es un museo, no el cuarto de estar de un coleccionista sin principios que se dedica a acumular objetos robados.

Zolar le lanzó una mirada insidiosa.

—Muy bien, profesor, se puede quedar con la escultura si renuncia a su parte del oro.

Los ojos de Moore se llenaron de angustia. En su interior se estaba librando una encarnizada batalla entre su codicia y su condición de científico. Se sentía avergonzado. Ahora comprendía que el tesoro de Huáscar era en realidad un legado del pasado que transcendía cualquier consideración de tipo económico. Se hallaba metido en un juego sucio: estaba tratando con una pandilla de indeseables sin escrúpulos y los remordimientos empezaban a abrumarle. Cogió de la mano a su esposa, consciente de que ella albergaba los mismos sentimientos.

—Si eso es lo que cuesta, trato hecho.

Zolar se echó a reír.

—Conforme. ¿Podemos entonces seguir con lo que habíamos venido a hacer?

Pocos minutos más tarde, los Moore y los dos hermanos se encontraban en la orilla del río subterráneo contemplando hipnotizados la montaña de oro. La impresionante colección de objetos refulgía a la luz de los fluorescentes que llevaban los ingenieros. Eran incapaces de ver otra cosa. En comparación, el espectáculo que

suponía el río subterráneo era algo insignificante.

—Extraordinario —susurró Zolar—. No me puedo creer que esté viendo tanto oro junto.

—Los tesoros de la tumba del Tutankamón se quedan pequeños al lado de éste —comentó Moore.

—Qué maravilla —exclamó Micki agarrándose al brazo de su marido—. Debe de ser el mayor tesoro que hay en todo el continente americano.

El asombro de Sarason no duró mucho.

—Qué listos, los muy cabrones—. Lo amontonaron todo en una isla rodeada de fuertes corrientes y ahora sacarlo va a ser el doble de difícil.

—Sí, pero nosotros estamos bien equipados —repuso Moore—. Tenemos un torno y unos cables. Ellos sólo disponían de sus músculos y de cuerdas de cáñamo.

Micki se fijó en una escultura de oro que representaba a un mono y que estaba sobre un pedestal.

—Qué extraño.

Zolar se volvió a ella.

—¿Qué es extraño?

Micki se acercó hasta la escultura, que estaba tirada de costado en el suelo.

—¿Qué hace esta escultura en esta orilla de río?

—Sí, es extraño que no esté con el resto del tesoro —comentó Moore—. Parece como si la hubieran tirado aquí.

Sarason señaló unos cristales de calcio que había dejado al lado justo del agua y unas marcas en la arena.

—Yo diría que alguien la ha arrastrado desde la isla.

—Tiene algo escrito —comentó Moore.

—¿Puede descifrarlo? —preguntó Zolar.

—No hay que descifrarlo. Está en inglés.

Sarason y Zolar le miraron fijamente. La cara que habían puesto era la misma con la que reaccionarían un par de banqueros de Wall Street a la demanda de cincuenta mil dólares por parte de un mendigo.

—Nada de bromas, profesor —advirtió Zolar.

—Hablo completamente en serio. Alguien ha grabado un mensaje en la fina capa de oro que cubre la base del pedestal. Por lo que parece, se trata de algo reciente.

—¿Qué dice?

Moore hizo una señal a un ingeniero para que iluminara la base del pedestal con un fluorescente, se puso las gafas y empezó a leer en voz alta.

*Bienvenidos, miembros de Solpemachaco,  
a la convención anual de ladrones y desvalijadores.*

*Si tenéis alguna ambición en la vida  
aparte de la adquisición de objetos robados,  
habéis venido al sitio adecuado.  
Disfrutad de la visita,  
y coged sólo los objetos que os vayan a venir bien.  
Vuestros amables patrocinadores,  
profesora Shannon Kelsey, Miles Rodgers,  
Al Giordino y Dirk Pitt».*

No resultaba difícil entender lo que había pasado. Al cabo de unos segundos de silencio, Zolar se volvió a su hermano.

—¿Qué leches está pasando? Ya me explicarás qué broma de mal gusto es ésta... —gritó.

Sarason tenía los labios apretados y una mueca de amargura en la cara.

—Pitt admitió habernos llevado hasta el tesoro —contestó de mala gana—, pero en ningún momento comentó que hubieran entrado en la montaña y lo hubiesen visto.

—Se mostró muy generoso, ¿no te parece? ¿Por qué no me lo dijiste?

Sarason se encogió de hombros.

—Pitt está muerto. No pensaba que fuera importante.

Micki se volvió a su marido.

—Conozco a la profesora Kelsey. Me la presentaron en una conferencia sobre Arqueología en San Antonio. Tiene una gran reputación como especialista en culturas andinas.

Moore asintió.

—Sí, he leído su trabajo. —El profesor se volvió a Sarason—. Nos han hecho creer que en la búsqueda del tesoro sólo estaban metidos los hombres de la ANS y la diputada Smith. En ningún momento han mencionado la participación de arqueólogos profesionales.

—¿Y eso qué importa?

—Algo se escapa de nuestro control —advirtió Moore. Daba la impresión de disfrutar con la perplejidad de los Zolar—. Si me encontrara en su posición, sacaría el oro de aquí lo antes posible.

El eco amortiguado de una explosión proveniente del pasadizo puso punto final a las palabras del profesor.

—No tenemos nada que temer si Pitt está muerto. Esto lo escribí antes de que Amaru acabara con él —insistió Sarason. Sin embargo, el asesino estaba empapado en sudor y las burlonas palabras de Pitt no dejaban de sonar en sus oídos: «Te has tragado el anzuelo».

El rostro de Zolar fue cambiando de expresión poco a poco. Apretó los labios, se



le endurecieron las facciones y sus ojos cobraron mayor profundidad.

—Nadie deja un mensaje y se marcha tan tranquilo tras encontrar un tesoro de tales proporciones. Esta gente, en su locura, tiene un método, y ¿sabes?, a mí me gustaría conocerlo.

—Cualquier persona que se interponga en nuestro camino antes de que saquemos el tesoro de la montaña no vivirá para contarlo —le gritó Sarason a su hermano—. Te lo prometo.

Sus palabras estaban marcadas por la crispación y la amenaza tenía un tono casi suicida. Todos le creyeron. Todos excepto Micki.

Ella era la única que había estado lo suficientemente cerca como para percatarse del temblor de sus labios.

«Todos los burócratas del mundo tienen la misma pinta», pensó Pitt. Siempre la misma mirada de superioridad, una mirada que no hacía más que recalcar lo fingido y vacío de la sonrisa. Seguro que todos iban a la misma universidad, donde se tragaban la misma ración de frases hechas y aprendían a salirse por la tangente cada vez que se les preguntaba algo. El que tenía delante era un tipo calvo con gafas de concha y un bigote negro perfectamente recortado.

Se trataba de un hombre alto que parecía estar satisfecho de sí mismo; su arrogancia les hacía pensar en un conquistador español a los estadounidenses que había sentados a su alrededor en la sala de reuniones. Fernando Matos era la viva imagen del burócrata condescendiente y esquivo.

Se encontraban en el edificio del Servicio de Aduanas, a menos de cien metros de la frontera. El almirante James Sandecker, que había llegado procedente de Washington poco después de que aparecieran Gaskill y Ragsdale, venidos en avión desde Galveston, lo miraba fijamente sin decir nada. Shannon, Rodgers y Giordino habían sido relegados a la parte de atrás de la sala y estaban sentados al lado de la pared. Pitt, por su parte, estaba sentado a la derecha del almirante, si bien era el jefe del Servicio de Aduanas de la región, Curtis Starger, quien llevaba la voz cantante.

Starger era todo un veterano. Llevaba dieciséis años en el servicio y se podía decir que ya lo había visto todo. Era un hombre con buena planta, bien parecido, de rasgos marcados y pelo rubio: se parecía más a un vigilante de la playa de San Diego entrado en años que al aguerrido agente que era en realidad.

Una vez hechas las presentaciones, Starger dirigió una mirada feroz a Fernando Matos y abrió el fuego:

—Me dejaré de nimiedades e iré al grano, señor Matos. Cuando he de ocuparme de cuestiones de este calibre, tengo la costumbre de hablar directamente con la élite de las fuerzas de seguridad, en concreto con el inspector Granados y con el comandante de la División Norte de Investigaciones de su país, el señor Rojas. Le agradecería que me explicase, señor Matos, por qué han enviado para encargarse de este asunto a un funcionario de categoría media que trabaja en un oscuro puesto del Ministerio de Interior. Me da la impresión de que sus superiores en México D. C. están tan desinformados como nosotros.

Matos hizo un gesto de impotencia con las manos. En ningún momento había dejado de sonreír y sus ojos permanecían fijos en sus interlocutores, sin apenas pestañear. Si se había sentido insultado al oír las palabras de Starger, no lo demostraba en absoluto.

—El inspector Granados está trabajando en un caso en Hermosillo y el señor Rojas se encuentra enfermo.

—Lo siento mucho —mintió Starger.

—Si no fuera por causas de fuerza mayor, como las obligaciones profesionales o los problemas de salud, estoy convencido de que estos caballeros estarían encantados de estar aquí para hablar con ustedes. Comprendo que se sientan frustrados, pero les aseguro que mi gobierno hará todo lo que esté en su mano para ayudarles.

—El Ministerio de Justicia de Estados Unidos tiene razones para creer que tres hombres llamados Joseph Zolar, Charles Oxley y Cyrus Sarason, todos ellos hermanos, son los responsables de una gigantesca operación de robo, contrabando y falsificación de obras de arte y antigüedades a nivel internacional.

También tenemos razones para creer que han raptado a un respetado miembro del Congreso de Estados Unidos y a un alto cargo de la agencia oceanográfica más prestigiosa del país.

Matos sonrió afablemente amparado por el escudo de la burocracia.

—Eso es totalmente ridículo. Ustedes saben perfectamente, caballeros, que tras el infructuoso registro de su almacén de Texas, la reputación de los hermanos Zolar continúa siendo intachable.

Gaskill sonrió irónicamente a Ragsdale.

—Las noticias vuelan.

—Las personas a las que insisten en perseguir no han violado ninguna ley en México. No existe causa legal que nos impulse a abrirles una investigación.

—¿Qué medidas han tomado para liberar a la diputada Loren Smith y el subdirector de la ANS, Rudi Gunn?

—Nuestros mejores investigadores se están ocupando del caso —aseguró Matos—. Mis superiores ya han llegado a un acuerdo para pagar el rescate exigido, y le puedo garantizar que en un plazo de pocas horas los responsables de esta fechoría habrán sido capturados y las dos personas a las que buscan estarán en libertad.

—Nuestras fuentes nos han asegurado que los criminales responsables del rapto son los mismos hermanos Zolar.

Matos meneó la cabeza.

—No, no, las pruebas indican que el secuestro es obra de una banda de ladrones.

Pitt entró en el toma y daca.

—Ya que hablamos de secuestros, ¿qué nos puede decir sobre los tripulantes del transbordador? ¿A donde han ido a parar?

Matos miró a Pitt con desdén.

—Eso es irrelevante para lo que nos ocupa. De todas formas, según consta en el informe, los oficiales encargados del caso tienen en su poder cuatro declaraciones firmadas que le acusan a usted de haber maquinado todo este asunto.

La noticia llenó a Pitt de indignación. Dando muestras de gran inteligencia, los Zolar habían previsto cualquier tipo de eventualidad, pero o bien desconocían que los

tripulantes del *Alhambra* habían logrado sobrevivir o bien Amaru había metido la pata y les había mentado. Seguramente, la policía había obligado a Padilla y sus hombres a guardar silencio nada más llegar a tierra.

—¿Han tenido sus investigadores la gentileza de informarle sobre el móvil de mi complot? —preguntó Pitt.

—Los móviles no me interesan, señor Pitt. Me baso en las pruebas. De todas formas, ya que lo pregunta, le diré que los tripulantes afirman que fue usted quien mató a la diputada Loren Smith y al señor Rudi Gunn en su lucha por llegar al lugar del tesoro.

—Sus agentes deben de sufrir la enfermedad de Alzheimer si son capaces de tragarse eso —soltó Giordino.

—Las pruebas son las pruebas —afirmó Matos tranquilamente—. Como representante del gobierno, debo moverme dentro de la más estricta legalidad.

Pitt decidió obviar la acusación e inició un ataque por la banda.

—Dígame, señor Matos, ¿qué porcentaje del tesoro le corresponde?

—Un cinco... —Matos se dio cuenta demasiado tarde.

—¿Iba a decir un cinco por ciento, señor Matos? —preguntó Starger con afabilidad.

El funcionario ladeó la cabeza y se encogió de hombros.

—No iba a decir nada de eso.

—Me da la impresión de que sus superiores han hecho la vista gorda a una conspiración de gran envergadura —declaró Sandecker.

—No existe tal conspiración, almirante. Podría prestar juramento sobre ello si fuera necesario.

—Lo que está quedando claro —declaró Gaskill apoyándose sobre la mesa— es que las autoridades del gobierno de Sonora han llegado a un acuerdo con los Zolar para quedarse con el tesoro peruano.

Matos levantó la mano.

—Los peruanos no tienen ningún derecho legal. Todos los objetos que se encuentren en suelo mexicano pertenecen a los ciudadanos de nuestro...

—Pertenecen a los ciudadanos del Perú —le interrumpió Shannon, roja de ira—. Si su gobierno tuviera un mínimo de decencia, ofrecerían al Perú una parte del tesoro.

—Los países no resuelven este tipo de asuntos de esa manera, profesora Kelsey —repuso Matos.

—¿Cómo se sentiría si el tesoro perdido de Moctezuma apareciera en los Andes?

—No estoy en condiciones de juzgar acontecimientos tan descabellados —respondió él sin alterarse—. Además, todo lo que se dice sobre el tesoro suele ser exagerado. Su verdadero valor no tiene mucha importancia.

Shannon se quedó atónita.

—¿Pero qué está diciendo? He visto el tesoro de Huáscar con mis propios ojos. Su tamaño es mucho mayor de lo que se haya podido imaginar jamás. En mi opinión, el precio que puede llegar a alcanzar no supera los mil millones de dólares por muy poco.

—La gran reputación que los Zolar tienen en todo el mundo como tratantes se debe a su exactitud en la valoración de obras de arte y antigüedades. Ellos han tasado el tesoro en no más de treinta millones.

—Señor mío —soltó Shannon con furia contenida—, estoy dispuesta a confrontar mi capacidad para valorar objetos pertenecientes a las antiguas culturas peruanas con la suya en cualquier momento. Se lo diré lisa y llanamente: los Zolar son unos embusteros de mierda.

—Es su palabra contra la de los Zolar —comentó Matos con calma.

—Siendo, como dicen, un tesoro de poca monta —dijo Ragsdale—, la operación que han organizado para extraerlo resulta realmente grande.

—Habrá entre cinco y diez trabajadores sacando el oro de la caverna, no más.

—¿Le gustaría ver unas cuantas fotos de un satélite de reconocimiento que muestran que el cerro el Capirote se ha convertido en un verdadero hormiguero por el que no dejan de pasar soldados y helicópteros?

Matos se quedó en silencio, como si no hubiera oído ni una palabra.

—¿Y qué me dice de los beneficios de los Zolar? ¿Se les va a permitir que saquen fuera del país objetos pertenecientes al tesoro?

—Los Zolar van a recibir una compensación por el esfuerzo que están realizando por el bien de los habitantes de Sonora.

La turbiedad del asunto era evidente. Ninguno de los presentes se tragaba la historia.

El almirante Sandecker era la autoridad estadounidense de más alto rango en la habitación. Miró fijamente a Matos y esbozó una sonrisa conciliadora.

—Mañana por la mañana tengo una reunión con el presidente de Estados Unidos. Voy a ponerle al corriente de los alarmantes acontecimientos que están teniendo lugar en nuestro país vecino e informarle sobre la parsimonia con la que sus autoridades están dirigiendo la investigación que se ha abierto al respecto, ocultando así con una cortina de humo el secuestro de dos importantes representantes de nuestro país. No he de recordarle, señor Matos, que el Acuerdo de Libre Comercio será pronto sometido a revisión en el Congreso de Estados Unidos. Cuando se les informe a nuestros representantes sobre el cruel trato que está recibiendo uno de sus colegas y sobre su colaboración con una banda criminal involucrada en el tráfico de obras de arte robadas, es posible que les resulte difícil seguir dando su apoyo a las relaciones comerciales que mantienen los dos países. En resumidas cuentas, señor Matos, el presidente de su país se verá afectado por un escándalo de gran envergadura.

La mirada de Matos expresó de repente alarma.

—No creo que una desavenencia de orden menor entre los dos países sea merecedora de una respuesta tan enérgica.

Pitt se fijó en que el burócrata mexicano tenía unas pequeñas gotas de sudor en la frente. Se volvió a su jefe y comentó:

—No soy ni mucho menos un experto en política de alto nivel, almirante, pero ¿se apostaría algo a que el presidente de México y su consejo de ministros no han sido informados sobre lo que está pasando realmente?

—Me temo que ganarías —declaró Sandecker—. Eso explicaría por qué no estamos hablando con un responsable de mayor importancia.

Matos se había puesto pálido. En realidad, tenía toda la pinta de estar enfermo.

—Creo que no me han entendido, mi país está totalmente dispuesto a colaborar con ustedes en lo que sea posible.

—Dícales a sus superiores en el Ministerio del Interior o a las personas para quienes trabaje que no son tan listos como se creen —le cortó Pitt.

—Damos la reunión por terminada —concluyó Starger—. Estudiaremos las opciones que tenemos y mañana a esta misma hora informaremos a nuestro gobierno sobre lo que hayamos decidido.

Matos trató de salvar algo de su dignidad. Les lanzó una mirada conminatoria y al hablar utilizó un tono más calmado.

—He de advertirles que si planean enviar sus fuerzas armadas a México...

Sandecker le cortó inmediatamente.

—Quiero que en un plazo de veinticuatro horas la diputada Smith y mi subdirector, Rudi Gunn, se encuentren en la frontera entre Mexicali y Calexico. Si llegan un minuto tarde, mucha gente resultará herida.

—Usted no tiene autoridad suficiente para esta clase de amenazas.

—¿Quiere que le diga cómo reaccionará el presidente si le informo de que sus fuerzas de seguridad están torturando a Loren Smith y Rudi Gunn para que revelen secretos de Estado?

Matos se quedó aterrorizado.

—Pero eso no es más que una mentira, una invención absurda.

Sandecker esbozó una sonrisa glacial.

—Ya ve, yo también sé inventarme cosas.

—Le doy mi palabra...

—Eso es todo, señor Matos —cortó Starger—. Por favor, si hay alguna novedad, llámeme a mi despacho.

En el momento de salir de la habitación, el funcionario mexicano tenía el aspecto de alguien que acabara de ver cómo la camioneta del lechero atropellaba a su perro y su mujer se iba con el fontanero.

En cuanto se hubo ido, Ragsdale, que no se había perdido ni una palabra de la discusión, se volvió a Gaskill.

—Bueno, por lo menos no se han enterado de que hemos descubierto su almacén secreto.

—Confiemos en que sigan sin enterarse durante dos días más.

—¿Han hecho ya un inventario de los objetos robados? —preguntó Pitt.

—La cantidad de objetos es enorme. Tardaremos semanas en hacer una lista detallada de todos ellos.

—¿Recuerda haber visto unos ídolos religiosos de los indios del suroeste hechos con madera de álamo?

Gaskill hizo un gesto negativo.

—No, no he visto nada que se parezca a eso.

—Por favor, si los encuentra, hágamelo saber. Tengo un amigo indio al que le gustaría recuperarlos.

Ragsdale se volvió a Sandecker.

—¿Cómo ve la situación, almirante?

—Los Zolar han prometido la luna a todo el mundo. Me temo que si se les arresta, la mitad de los habitantes de Sonora se sublevará y los sacará de la cárcel.

—No van a permitir que Loren y Rudi queden en libertad para que puedan contarlo todo —comentó Pitt.

—Detesto tener que decirlo —murmuró Ragsdale—, pero es posible que ya estén muertos.

Pitt meneó la cabeza.

—Eso es algo que no puedo aceptar.

Sandecker se levantó y empezó a andar de un lado a otro para desahogarse.

—Incluso si el presidente da su aprobación para entrar clandestinamente, nuestro equipo de urgencia no tiene los datos necesarios para llegar hasta el lugar donde estén encerrados Loren y Rudi.

—A mí me da la impresión de que los tienen en el cerro —aventuró Giordino. Starger asintió.

—Puede que tenga razón. La hacienda que han utilizado como base de operaciones para la búsqueda del tesoro parece estar desierta.

Ragsdale dejó escapar un suspiro.

—Si Smith y Gunn están *todavía* vivos, me temo que les queda poco tiempo.

—Todo lo que podemos hacer es quedarnos detrás de la valla y esperar inútilmente —exclamó Starger en tono de frustración.

Ragsdale miró por la ventana y se fijó en el otro lado de la frontera.

—El FBI no puede hacer una batida en suelo mexicano.

—El Servicio de Aduanas tampoco —comentó Gaskill.

Pitt observó durante unos segundos a los agentes federales y luego se volvió a Sandecker.

—El FBI y el Servicio de Aduanas no pueden, pero la ANS sí.

Todos le miraron sin comprenderle.

—¿Que nosotros podemos qué? —preguntó Sandecker.

—Entrar en México y rescatar a Loren y Rudi sin provocar un conflicto internacional.

—Claro que pueden —afirmó Gaskill riéndose—. Pasar la frontera es muy fácil; el problema es que los Zolar tienen a la policía y el ejército de Sonora de su parte. Las fotos del satélite muestran que el cerro el Capirote está protegido con medidas de alta seguridad. No se puede pasar de una distancia de diez kilómetros a la redonda sin recibir un disparo.

—No tenía pensado ir andando o en coche —replicó Pitt.

Starger esbozó una sonrisa.

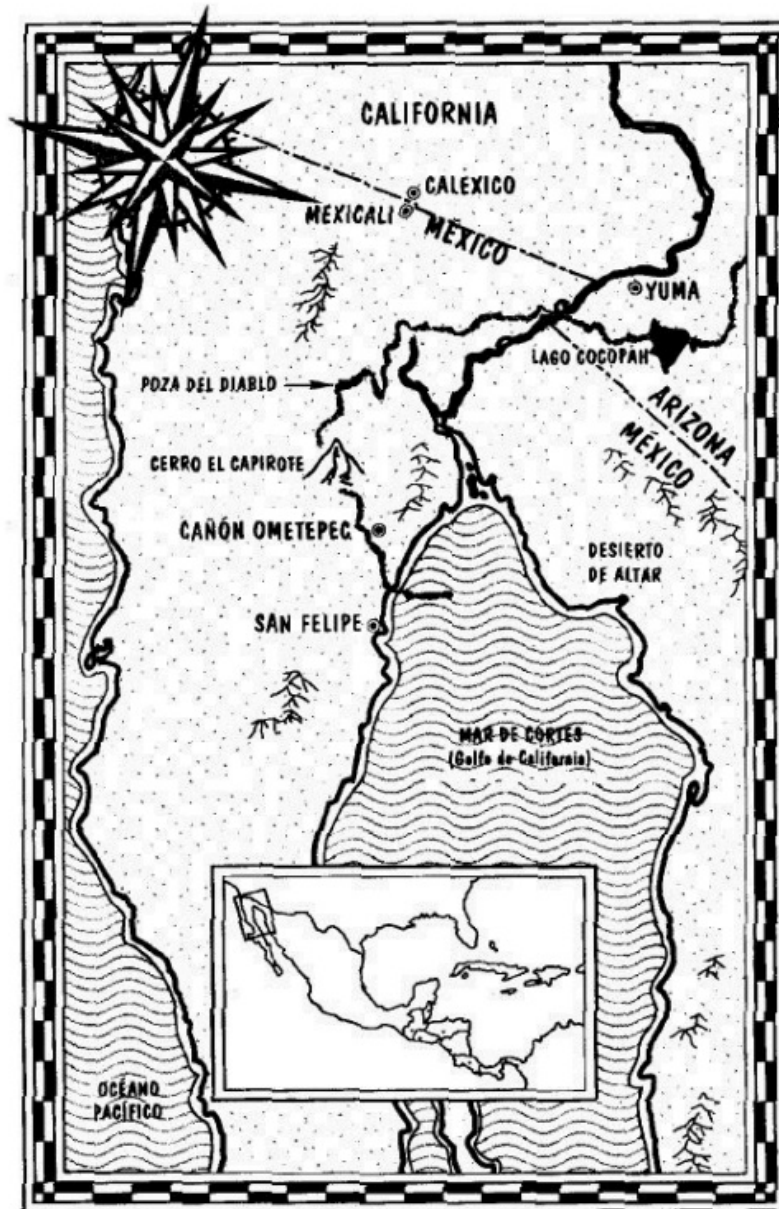
—¿Qué puede hacer la Agencia Nacional de Submarinismo que el Servicio de Aduanas o el FBI no puedan? ¿Nadar por encima del desierto?

—Por *encima* del desierto no —repuso Pitt con absoluta seriedad—: por *debajo*.



# IV.

## EL PASADIZO DEL TERROR.



*31 de Octubre de 1998, poza del diablo, baja California, México.*

En la pared de uno de los riscos de la desértica vertiente norte de la Sierra Mayor, a casi cincuenta kilómetros al sur de Mexicali, hay una galería, un túnel de origen natural. El corredor, abierto hace millones de años a causa de la turbulenta acción de un mar ya desaparecido, se curva hacia abajo y va a dar al fondo de una pequeña caverna de piedra volcánica formada por la acción del agua en el período del plioceno y, más recientemente, por la de la arena que se lleva el viento. Allí, en el fondo de la caverna y debajo del desierto, hay una balsa de agua que, pese a su levísimo tono azul cobalto, es de una claridad que parece invisible y, vista desde arriba, se diría que no tiene fondo.

La poza del Diablo no tenía nada que ver con el cenote sacrificial del Perú, pensó Pitt con la mirada perdida en las profundidades del hoyo. Estaba sentado en una roca, muy cerca de la superficie, y su mirada reflejaba una sombra de preocupación. Llevaba en las manos una cuerda de nailon de color amarillo que salía de una gran bobina y se perdía en las limpias aguas de la poza.

Fuera, a unos ochenta metros del borde del socavón, estaba el almirante Sandecker sentado en una silla plegable al lado de una vieja y oxidada camioneta Chevrolet del 58 de media tonelada y una caravana que hacía años que debería haber sido reciclada. Más atrás había otro automóvil aparcado, una deslucida furgoneta Plymouth Belvedere del 68. Los dos vehículos tenían matrícula de Baja California.

La ropa que llevaba Sandecker combinaba con el aspecto de su camioneta, pues podría habersele confundido con cualquiera de los cientos de vagabundos que viajan y acampan por la península de Baja California por cuatro chavos.

En ese momento sujetaba una lata de cerveza Coors en una mano, en la otra llevaba unos prismáticos con los que examinaba los alrededores. Estaba sorprendido: pese a la escasez de agua y del severo clima de la región, que sufre noches muy frías en invierno y días de calor infernal durante el verano, en el desierto de Sonora había una gran cantidad de flores. Siguió mirando y, un poco más lejos, vio unos cuantos caballos pastando en un pequeño prado.

El almirante, satisfecho de comprobar que los únicos seres vivos de los alrededores eran una serpiente de cascabel tomando el sol sobre una roca y una liebre que se había acercado a él para, acto seguido, salir huyendo, se levantó y bajó la cuesta que llevaba hasta la orilla del hoyo.

—¿Ha visto a alguien, almirante? —preguntó Pitt cuando le vio acercarse.

—Aquí no hay más que serpientes y liebres —respondió él con un gruñido—. ¿Cuánto llevan dentro? —preguntó mientras hacía un gesto en dirección al agua.

Pitt consultó su reloj.

—Treinta y ocho minutos.

—Me sentiría mucho más tranquilo si estuvieran utilizando un equipo de submarinismo profesional y no esas antiguallas que nos han prestado los agentes del Servicio de Aduanas.

—No podemos perder ni un minuto si queremos salvar a Loren y Rudi. Para saber si mi plan tiene alguna probabilidad de éxito tenemos que llevar a cabo una exploración preliminar. Si la hacemos ahora ganamos seis horas, que es lo que tardará en llegar a Calxico el equipo nuevo que hemos encargado a Washington.

—Es una verdadera locura. La operación es muy peligrosa. —Sandecker tenía la voz cansada.

—¿Hay otra alternativa?

—A mí no se me ocurre ninguna.

—Entonces debemos intentarlo —replicó Pitt firmemente.

—Ni siquiera sabes si existe la más mínima probabilidad de...

—Han hecho una señal. —Dirk acababa de notar un tirón en la cuerda—. Están subiendo.

Juntos, Pitt tirando de la cuerda y Sandecker con la bobina entre las piernas y dando vueltas a la manivela, empezaron a subir a los dos submarinistas. Quince minutos más tarde, cuando los dos hombres empezaban a resoplar, apareció ante sus ojos la marca roja que indicaba los ciento cincuenta metros. La cuerda tenía una longitud total de doscientos.

—Sólo faltan cincuenta metros —dijo Sandecker entre jadeos. Aparte de dar vueltas a la manivela, el almirante estaba tirando de la bobina para facilitarle la tarea a Pitt, que era quien soportaba más peso. El almirante era un fanático de la salud: corría varios kilómetros al día y de vez en cuando hacía ejercicio en el gimnasio de la ANS. Sin embargo, alzar un peso muerto durante todo ese tiempo sin descansar le suponía un esfuerzo tal que sentía cómo las pulsaciones se le aceleraban de forma peligrosa.

—Ya los veo —murmuró entre jadeos.

Pitt soltó la cuerda con elegancia y se dejó caer al suelo para recuperar el aliento.

—A partir de esa profundidad pueden subir por su cuenta.

Giordino fue el primero en aparecer. Tras quitarse las dos bombonas de oxígeno y pasárselas a Sandecker, alzó el brazo para que Pitt le sacara del agua. El otro submarinista era el profesor Peter Duncan, un hidrólogo del Departamento de Investigación Geológica de los Estados Unidos, que había llegado a Calxico en vuelo directo desde San Diego una hora después de que Sandecker hablara con él. Al principio, cuando el almirante le mencionó la existencia de un río subterráneo, pensó que estaba bromeando, pero al final la curiosidad había resultado ser más poderosa

que el escepticismo y había decidido dejarlo todo para unirse a la exploración. Duncan se quitó la boquilla del regulador de aire y alzó la vista.

—Jamás me hubiera imaginado que un manantial de estas características pudiera ser tan grande.

—Así que habéis encontrado un acceso al río. —Pitt no había hecho una pregunta sino una afirmación.

—A una profundidad de sesenta metros de la poza hay una especie de canal que comunica con el río —explicó Giordino.

—¿Se puede pasar por ahí con el equipo de flotación? —preguntó Pitt.

—Hay tramos muy estrechos, pero creo que podremos meternos.

—¿Y la temperatura del agua?

—Fresca: unos veinte grados centígrados.

Duncan se quitó el capuchón del traje de submarinista y dejó al descubierto su abundante barba roja. En lugar de subir a la superficie, se apoyó en la orilla y siguió hablando con entusiasmo.

—Cuando me dijo por teléfono que debajo del desierto de Sonora había un gran río que se movía a una velocidad de nueve nudos, no me lo creí. Ahora que lo he visto con mis propios ojos, sigo sin creérmelo. La cantidad de agua que debe de pasar por ahí abajo al cabo del año tiene que ser enorme.

—¿Cree que es de la misma corriente que pasa por debajo del cerro el Capirote? —preguntó Sandecker.

—No me cabe la menor duda —respondió Duncan—. Ahora que sé que el río existe, estaría dispuesto a apostar cualquier cosa a que se trata de la misma corriente que según Leigh Hunt pasaba por debajo de las montañas de Castle Dome.

—Así que es posible que el oro exista —concluyó Pitt con una sonrisa.

—¿Conoce la leyenda?

—Ya no es una leyenda.

Duncan puso cara de satisfacción.

—Sí, creo que tiene razón. Es una alegría poder decirlo.

—Menos mal que íbamos atados a la cuerda —comentó Giordino.

—Es cierto. Sin ella, el río nos habría arrastrado al salir del canal que lo comunica con la poza.

—Y habríais acabado como los dos submarinistas que aparecieron en el golfo.

—Me pregunto dónde estará el nacimiento del río —dijo Sandecker con aire pensativo.

Giordino se pasó una mano por su maraña de rizos.

—Con la ayuda de un detector geofísico moderno, no creo que haya ningún problema para descubrirlo.

—Es difícil prever lo que un descubrimiento de tal importancia puede suponer

para una región azotada por la sequía como es el suroeste —comentó Duncan, que seguía exaltado por lo que acababa de ver—, pero cabe pensar en la creación de numerosos puestos de trabajo y la explotación agrícola y ganadera de miles de hectáreas. El desierto podría convertirse en un verdadero jardín del Edén.

—Los ladrones se ahogarán en el agua que convertirá el desierto en un jardín... —murmuró Pitt mientras miraba fijamente el agua cristalina del socavón y pensaba en lo que le había dicho Billy Yuma.

—¿Qué has dicho? —preguntó Giordino, picado por la curiosidad.

Dirk meneó la cabeza y sonrió.

—Un viejo proverbio indio.

Giordino y Duncan se quitaron los trajes mientras Sandecker se encargaba de meter el equipo de submarinismo en la furgoneta Plymouth y Pitt aparcaba la camioneta a su lado.

—Nos vemos aquí mismo dentro de dos horas —dijo a Sandecker.

—¿Te importaría decirnos adonde vas?

—Tengo que hablar con una persona sobre la posibilidad de formar un ejército.

—¿Alguien que yo conozca?

—No, pero si las cosas salen la mitad de bien de como espero, antes de que acabe el día estará estrechándoles la mano y poniéndoles una medalla.

El avión de la ANS aterrizó en el pequeño aeropuerto al este de Calexico en el lado estadounidense de la frontera. Gaskill y Ragsdale ya llevaban un rato esperando en un camión del Servicio de Aduanas. El avión se detuvo a su lado y empezaron a sacar el equipo de supervivencia submarina por el portalón de carga. En ese momento aparecieron Sandecker y Giordino conduciendo la furgoneta Plymouth.

El piloto se acercó enseguida y se dieron la mano.

—Nos ha costado lo nuestro reunir todo lo que había en su lista de la compra, almirante, pero nos las hemos arreglado para traerlo todo.

—¿Han conseguido nuestros ingenieros bajarle la altura al hovercraft que ha pedido Pitt? —preguntó Giordino.

—Para tratarse de un trabajo urgente, lo que han hecho es un verdadero milagro —replicó el piloto sonriendo—. Los magos de la mecánica que tiene el almirante en su equipo me han dicho que han logrado dejar la altura del *Quebrantaolas flotante* en sesenta y un centímetros.

—Daré las gracias a todos en persona cuando vuelva a Washington —declaró Sandecker cálidamente.

—¿Quiere que vuelva o que espere aquí?

—Quédate por si te necesitamos.

En el preciso momento en el que los agentes terminaban de trasladar el equipo y cerraban las puertas del camión, Curtis Starger cruzó rápidamente la pista en un

vehículo del Servicio de Aduanas. Paró bruscamente y saltó del asiento como un resorte.

—Tenemos problemas —anunció.

—¿Qué tipo de problemas? —preguntó Gaskill.

—Las autoridades mexicanas acaban de cerrar la frontera a todo vehículo americano que quiera pasar a México.

—¿Y los vehículos de tipo comercial?

—También. Por si eso fuera poco, han ordenado a una patrulla de helicópteros militares que cierre el paso a cualquier aeronave o vehículo que parezca sospechoso.

Ragsdale se volvió a Sandecker.

—Habrán descubierto lo de la poza.

—No creo. Nadie nos ha visto entrar o salir del agua.

Starger se echó a reír.

—Me apostaría cualquier cosa a que el señor Matos ha ido corriendo a informar a los Zolar sobre nuestra amenaza. Éstos se habrán puesto nerviosos y habrán obligado a sus amigos del gobierno a que suban el puente levadizo.

—Estoy de acuerdo —afirmó Gaskill—. Tendrán miedo de que podamos entrar a la carga como si fuéramos la brigada ligera.

Gaskill miró a su alrededor.

—¿Dónde está Pitt?

—Sano y salvo al otro lado de la frontera —contestó Giordino.

Sandecker dio un puñetazo al avión.

—Con lo cerca que estábamos... —exclamó enfadado—. Qué fracaso, qué jodido fracaso.

—Tiene que haber alguna manera de llegar hasta la poza del Diablo —comentó Ragsdale a los otros dos agentes federales.

Starger y Gaskill se sonrieron el uno al otro con aire de complicidad.

—Oh, creo que el Servicio de Aduanas podría llevarse el gato al agua.

—Ya veo que tenéis un as guardado en la manga.

—El asunto Escobar —declaró Starger—. ¿Te suena?

Ragsdale asintió.

—Tráfico de drogas.

—Juan Escobar vivía en México muy cerca de la frontera —explicó Starger dirigiéndose a Sandecker y Giordino—, pero tenía un garaje a este lado. Antes de que el Departamento para la Lucha contra la Droga, la DLD, se enterase del asunto, logró pasar varios cargamentos considerables. Gracias a una investigación conjunta, nuestros agentes descubrieron un túnel de ciento cincuenta metros de longitud que iba desde su casa hasta el garaje. Llegamos demasiado tarde para arrestarle: Escobar debió de olerse algo, así que dio la operación por concluida y desapareció con toda su

familia antes de que pudiéramos pillarle.

—Uno de nuestros agentes —siguió Gaskill—, un hispano nacido al este de Los Ángeles, vive ahora en la antigua casa de Escobar y cruza la frontera regularmente haciéndose pasar por el nuevo dueño del garaje de Escobar.

Starger sonrió con orgullo.

—Varios traficantes se han puesto en contacto con él para utilizar el túnel. La información que nuestro agente ha conseguido de ese modo nos ha permitido al DLD y el Servicio de Aduanas llevar a cabo más de veinte arrestos.

—¿Está diciendo que todavía está abierto? —preguntó Sandecker.

—Se sorprendería si le dijéramos lo útil que puede llegar a ser —contestó Starger.

—¿Podríamos pasar nuestras cosas por ahí? —Parecía como si a Giordino se le hubieran abierto las puertas del cielo.

Starger hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—No tenemos más que llevar el camión hasta la entrada del garaje. Pediré a algunos hombres que me ayuden a trasladar el equipo de submarinismo hasta la casa de Escobar y a cargarlo en la furgoneta de nuestro agente. Todo el mundo conoce el vehículo en la zona, así que no tienen por qué detenernos.

Sandecker se volvió a Giordino.

—Bien —dijo solemnemente—, ¿estás preparado para escribir tu necrológica?

El demonio de piedra soportaba imperturbable el ajeteo que había a su alrededor. No podía ni ver ni sentir los agujeros que habían hecho en su cuerpo los soldados mexicanos durante las prácticas de tiro que habían organizado como pasatiempo cada vez que sus jefes habían desaparecido en las entrañas de la montaña. Algo en el interior de la estatua presentía que sus amenazadores ojos de serpiente seguirían vigilando las llanuras del desierto muchos siglos después de que los intrusos humanos hubiesen muerto y desaparecido para siempre.

Una sombra cubrió el demonio. Era la quinta vez esa mañana que un helicóptero lo sobrevolaba y se posaba sobre el único claro que había en toda la cima apto para un aterrizaje: el estrecho espacio comprendido entre dos helicópteros militares y un gran torno con un motor auxiliar de igual tamaño.

En el asiento trasero del helicóptero, un modelo azul y verde propiedad de la policía, se encontraba el jefe de la comandancia del norte de Baja California, el comandante Rafael Cortina, quien seguía atentamente la alborotada actividad que se desarrollaba en la cima. Sus ojos se posaron en el malévolos rostro del demonio de piedra. De pronto tuvo la impresión de que la efigie le estaba mirando.

Con sesenta y cinco años cumplidos, el comandante no estaba muy animado ante la idea de su próxima jubilación. No le hacía ninguna gracia la perspectiva de pasar el resto de sus días aburrido en una pequeña casa de la bahía de Ensenada, con una pensión que no le iba a permitir demasiados lujos. La expresión de su angulosa y morena cara reflejaba la solidez de una carrera profesional que ya duraba cuarenta y cinco años. Cortina nunca había sido una persona popular entre sus colegas. Trabajador y honrado a carta cabal, se enorgullecía de no haber cedido jamás a un soborno. En todos los años que había pasado en el cuerpo no había aceptado ni un solo peso. Aunque nunca había echado en cara a nadie que aceptara dinero negro de manos de un conocido criminal o de algún turbio empresario que estuviese tratando de evitar una investigación, tampoco lo miraba con buenos ojos cuando ocurría. Él siempre había trabajado a su aire, sin denunciar nada ni juzgar a nadie.

Recordaba ahora con amargura la cantidad de ocasiones en las que no le habían tenido en cuenta para un ascenso. Pese a todo, cada vez que sus superiores habían ido demasiado lejos y se habían visto envueltos en un escándalo, los participantes en la investigación de turno siempre habían acudido a él; Cortina era molesto a causa de su honestidad pero indispensable porque era de fiar.

Había una razón que explicaba por qué no se podía comprar a Cortina en un país en el que la corrupción y las mordidas eran tan frecuentes. Todo hombre, y también toda mujer, tiene un precio. A su pesar, Cortina había esperado pacientemente a que alguien estuviese dispuesto a pagar el que él exigía. Si iba a transigir, el precio



tendría que ser alto. Los diez millones de dólares que los Zolar le habían ofrecido por su cooperación —tanto si se obtenía el visto bueno oficial como si no para la extracción del tesoro—, le aseguraban a toda su familia (mujer, cuatro hijos, cuatro nueras y ocho nietos) un futuro feliz en el nuevo y rejuvenecido México que iba a surgir bajo los auspicios del Tratado de Libre Comercio de Norteamérica.

Por otro lado, Cortina sabía que la época en la que uno podía mirar a un lado mientras le llenaban el bolsillo por el otro estaba llegando a su fin. Los dos últimos presidentes del país habían declarado una guerra abierta a la corrupción burocrática.

Además, la legalización y la regulación de los precios de ciertas drogas habían supuesto un duro golpe para muchos narcotraficantes; sus beneficios habían disminuido en un 80 por ciento y el volumen de sus mortíferas transacciones en un 65 por ciento.

El comandante salió del helicóptero y fue recibido por uno de los hombres de Amaru. Cortina lo reconoció. Le había arrestado hacía tiempo por robo de armas en La Paz y había conseguido que le condenasen a cinco años de cárcel. Si el criminal le había reconocido, el policía no lo advirtió. Acompañado por el ex convicto, Cortina llegó hasta la caravana de aluminio que los Zolar habían hecho traer desde Yuma para utilizarla como oficina durante la operación.

Al entrar, se quedó sorprendido de ver que los muros estaban adornados con óleos pertenecientes a algunos de los mejores pintores modernos del Suroeste. Alrededor de una mesa de época estilo Napoleón III estaban sentados Joseph Zolar, sus dos hermanos, Fernando Matos, del Ministerio del Interior, y el coronel Roberto Campos, comandante de las fuerzas militares de la península de Baja California.

Cortina saludó con un movimiento de cabeza y una leve inclinación. Cuando se hubo sentado, una atractiva camarera le trajo una copa de champán y un plato con salmón ahumado y caviar. Zolar siguió entonces con la explicación.

—No es un trabajo fácil, en serio, atravesar el río subterráneo con todo ese oro y tener que transportarlo luego por un estrecho túnel hasta la cima del monte —afirmó al tiempo que les mostraba un plano transversal del pasadizo.

—¿Qué tal va? —preguntó Cortina.

—Aún no podemos cantar victoria —contestó Zolar—. La parte más difícil de la operación, que es transportar la cadena de Huáscar, ha dado comienzo hace poco. En cuanto la saquen a la superficie —hizo una pausa para consultar su reloj—, dentro de una media hora, la dividiremos en dos partes para facilitar el transporte. Y cuando la tengamos a buen recaudo en nuestro almacén de Marruecos, la volveremos a unir.

—¿Por qué la llevan a Marruecos y no a su almacén de Galveston o a su finca de Arizona?

—Por una cuestión de seguridad. No queremos dejar una colección tan importante como ésta en los Estados Unidos. Sería un riesgo demasiado grande.

Hemos llegado a un acuerdo con el comandante militar marroquí que suele ocuparse de proteger nuestros envíos. Además, Marruecos es un país idóneo para distribuir los objetos a Europa, Sudamérica y el Extremo Oriente.

—¿Cómo tienen pensado sacar el resto de las antigüedades? —preguntó Campos.

—Primero las llevaremos hasta la orilla en balsas y luego las subiremos por el túnel utilizando unas estrechas vagonetas con patines.

—¿Entonces está siendo útil el torno que he requisado?

—El torno nos está viniendo como anillo al dedo, coronel —replicó Oxley—. Lo más seguro es que para las seis de la tarde sus hombres hayan metido ya el último cargamento en los helicópteros que usted ha tenido la amabilidad de prestarnos.

Cortina levantó la copa de champán, pero no lo probó.

—¿Hay alguna manera de calcular cuánto pesa el tesoro?

—La estimación del profesor Henry Moore y su esposa es de seis toneladas.

—Dios mío —murmuró el coronel Campos, un hombre imponente con una gran mata de pelo canoso—. No creía que fuera tan grande.

—No existe ninguna relación completa del tesoro en los testimonios de la época que nos han llegado —informó Oxley.

—¿Y su valor? —preguntó Cortina.

—Nuestra primera estimación era de doscientos cincuenta millones de dólares estadounidenses —continuó Oxley—, pero creo que sería más exacto decir trescientos millones de dólares.

La cifra era totalmente falsa. Sólo el precio del oro en el mercado ya sería de cerca de setecientos millones de dólares, según el último inventario realizado por los Moore. Sin embargo, lo realmente increíble era que el valor añadido de las antigüedades disparaba el precio total en el mercado negro por encima de mil millones de dólares.

Zolar miró a Cortina y a Campos con una sonrisa en los labios.

—Lo que esto significa, caballeros, es que podemos aumentar la cifra destinada a los habitantes del norte de Baja California.

—Habrá dinero de sobra para sufragar las obras que sus administradores tienen pensadas —añadió Sarason.

Cortina miró a Campos de soslayo y se preguntó cuánto dinero se iría a embolsar el coronel por hacer la vista gorda mientras los Zolar huían con la cadena de oro y la mayor parte del tesoro. Matos era una incógnita. El comandante no acababa de entender el papel que ese quejica profesional desempeñaba en el conjunto de la operación.

—En vista de la nueva estimación, creo que podemos esperar una prima adicional —sugirió el jefe de policía.

Como buen oportunista que era, Campos no tardó en apercibirse de las

intenciones de Cortina.

—Sí, sí, mi buen amigo Rafael tiene razón. No me ha sido nada fácil conseguir que se cerrase la frontera.

A Cortina le pareció divertido que Campos utilizase su nombre de pila. Se conocían desde hacía diez años y en las pocas ocasiones que se habían reunido para discutir asuntos afines a sus respectivas competencias jamás se había dirigido a él de ese modo. Cortina sabía además que Campos se sentiría sumamente molesto si él hacía lo mismo, por lo que dijo:

—Roberto tiene razón. Los empresarios y los políticos locales ya han empezado a quejarse de las pérdidas que supone la paralización de la actividad comercial y turística de la zona. Tanto el coronel como yo nos hemos visto obligados a dar largas explicaciones a nuestros superiores.

—¿No comprenden que la decisión tiene el propósito de impedir que los agentes federales estadounidenses crucen la frontera sin autorización y confisquen el tesoro? —preguntó Oxley.

—Les puedo asegurar que el Ministerio del Interior mantiene su disposición para ayudarles en lo que sea necesario —afirmó Matos.

—Tal vez —comentó Cortina encogiéndose de hombros—. De todas formas, ¿quién sabe con seguridad si nuestro gobierno va a acabar tragándose el asunto y no va ordenar que nos detengan al coronel Campos y a mí?

—¿A cuánto se eleva la prima que tenían pensada? —preguntó Zolar a Cortina.

—Diez millones más, en efectivo —contestó el comandante sin pestañear.

Campos se quedó desconcertado durante un segundo, pero enseguida se apuntó a lo que había dicho Cortina.

—Estoy de acuerdo con lo que ha dicho el jefe de policía Cortina. Si se considera el riesgo que estamos corriendo, así como la subida del valor del tesoro, no creo que resulte excesivo añadir una prima de diez millones a lo que habíamos acordado en un principio.

Sarason se decidió a entrar en las negociaciones.

—Caballeros, ustedes comprenderán, como es lógico, que el precio que hemos calculado en absoluto se corresponde con lo que vamos a recibir a la postre. El comandante Cortina sabe que las joyas robadas rara vez se logran vender en el mercado negro por más del veinte por ciento de su verdadero precio.

—Diez millones —repitió Cortina testarudamente.

Sarason siguió fingiendo que lo que pedían le parecía excesivo.

—Eso es mucho dinero —protestó.

—Nuestra colaboración no se limita a protegerlos de las autoridades estadounidenses y mexicanas —le recordó el policía—. Sin los helicópteros de transporte que ha conseguido el coronel Campos, no habrían podido transportar el

tesoro hasta el desierto de Altar y se habrían quedado sin nada.

—Y si *nosotros* no nos hubiésemos encargado de descubrir el tesoro, ustedes también se habrían quedado sin nada —replicó Sarason.

Cortina extendió las manos con aire de indiferencia.

—Aunque no voy a negar que las dos partes se necesitan mutuamente, creo sinceramente que les interesaría mostrarse generosos.

Sarason se volvió a sus hermanos. Al ver que Zolar asentía de forma casi imperceptible, fingió un gesto de derrota y dijo:

—Sabemos reconocer cuándo hemos perdido una partida. Sumen diez millones más a su fortuna.

El peso máximo que el torno podía soportar era cinco toneladas, por lo que los Zolar decidieron dividir la cadena de Huáscar en dos partes. Para cruzar el río, los soldados del batallón de ingenieros habían construido una balsa con unas tablas requisadas en un almacén de madera cercano. El único objeto que resultó ser demasiado pesado para la balsa fue el trono de oro, por lo que en cuanto se hubo subido la cadena a la cima, decidieron ponerle un arnés, sujetar el cable del torno a su alrededor y arrastrarlo por el fondo del río. El siguiente paso fue subir el trono a un trineo y acarrearlo por el pasadizo, para lo cual los ingenieros necesitaron la ayuda de los hombres de Amaru. La nave que finalmente cargaría con él habría resultado del todo fantástica a los artesanos incas que habían manufacturado el conjunto de obras maestras que integraba el tesoro: un pájaro que volaba sin alas llamado helicóptero.

Mientras tanto, los Moore trabajaban afanosamente en la isla del tesoro. Mientras la arqueóloga se ocupaba de describir y catalogar todos los objetos, el profesor los medía y fotografiaba. No podían perder ni un segundo. Amaru había ordenado a los soldados que sacaran todo a marchas forzadas y la pila de antigüedades había ido disminuyendo de tamaño a ojos vistas. Lo que les había ocupado seis días a los incas y los chachapoyas, iba a resolverse en diez horas gracias a la tecnología moderna.

Micki se acercó a su marido y le susurró:

—No puedo seguir haciendo esto.

Él la miró fijamente. El oro que todavía quedaba en la isla se reflejaba en los ojos de la arqueóloga.

—No quiero ni uno solo de estos objetos.

—¿Por qué no? —preguntó él dulcemente.

—No lo puedo explicar. No quiero ensuciarme más las manos y estoy segura de que tú te sientes igual que yo. Tenemos que hacer algo para evitar que los Zolar se queden con el tesoro.

—¿No era ése nuestro plan, secuestrar el avión con todo el tesoro y acabar con ellos?

—Sí, pero antes no sabíamos lo grande y maravilloso que es. Dejémoslo, Henry,

esto nos sobrepasa.

Moore se quedó pensativo.

—Menudo momento para dejarse dominar por la mala conciencia.

—Esto no tiene nada que ver con la mala conciencia. Es una ridiculez pensar que podemos acarrear tal cantidad de antigüedades. Seamos realistas: no disponemos ni de los medios ni de los contactos necesarios para vender todos estos objetos en el mercado negro.

—Vender la cadena de Huáscar no sería tan difícil.

Micki le miró intensamente durante varios segundos.

—Henry, tú eres un gran antropólogo y yo soy una buena arqueóloga. Tampoco se nos da nada mal llegar a un país extraño por la noche y asesinar a unas cuantas personas. El robo de antigüedades, sin embargo, no es una de nuestras especialidades. Además, esta gente es despreciable. En mi opinión debemos intentar que no dividan el tesoro, que éste no acabe disgregado en los sótanos de una pandilla de buitres carroñeros que todo lo que quieren es tener algo de forma exclusiva.

—He de admitir —confirmó Moore cansinamente— que yo también tengo mis reservas. ¿Qué sugieres que hagamos?

—Lo que es justo —respondió ella tajantemente.

Moore reparó por fin en la mirada de compasión que reflejaban los ojos de su mujer, una mirada de una belleza desconocida para él hasta ese momento. Ella le abrazó y le miró fijamente.

—Ya no tenemos que matar a nadie. Esta vez no hará falta esconderse como un cangrejo al acabar la operación.

Moore cogió la cabeza de su mujer entre sus manos y la besó.

—Estoy orgulloso de ti, querida.

Micki se apartó de él con una expresión de alarma en los ojos.

—Los rehenes. Les prometí que haríamos lo posible por ayudarles a huir.

—¿Dónde están?

—Si no los han matado todavía, seguro que están arriba.

Moore miró a su alrededor. Amaru debía de estar en ese momento en la cripta de los guardianes supervisando el traslado de las momias. La gruta se iba a quedar igual de vacía que como la habían encontrado los incas: Zolar había ordenado que se sacaran todos los objetos de valor.

—Ya tenemos un inventario pormenorizado del tesoro. Vámonos de aquí.

Los Moore se subieron a una vagoneta llena de animales de oro. Nada más llegar a la cima, se pusieron a buscar a Loren Smith y Rudi Gunn, pero no los vieron por ninguna parte. Ya era demasiado tarde para volver al interior de la montaña.

Loren estaba temblando. Los jirones de ropa que llevaba puestos no eran abrigo suficiente para el fresco y húmedo ambiente de la caverna. Gunn la rodeó con su

brazo para reconfortarla en la medida de lo posible. Les habían encerrado en una exigua grieta de paredes calizas en la que no había ni siquiera espacio para ponerse de pie. Cada vez que se movían tratando de encontrar una postura cómoda o abrigarse, el vigilante metía la automática por la grieta y les daba un culatazo.

Nada más sacar del pasadizo las dos secciones de las cadenas de oro, Amaru les obligó a bajar de la cima y a meterse en una cavidad que había justo detrás de la cripta de los guardas. Loren y Rudi habían sido encerrados antes de que los Moore salieran de la caverna.

—¿Podría traernos un poco de agua? —preguntó Loren al guarda.

El vigilante se volvió y la miró inexpresivamente. Su aspecto no podía ser más espantoso: era un hombre enorme, con una cara repulsiva, labios gruesos, nariz chata y un solo ojo. La cuenca del otro la tenía al descubierto, con lo cual conseguía ser la viva imagen de Cuasimodo.

Loren se estremeció, pero no era el frío, sino el miedo el que atenazaba su cuerpo medio desnudo. Sabía que las muestras de audacia podían acarrear una respuesta violenta, pero ya no le importaba.

—Agua, baboso estúpido. ¿Me entiendes? *Agua*.

El guardián la miró con desprecio y desapareció lentamente de su campo de visión. Al cabo de unos minutos, volvió y les lanzó una cantimplora militar.

—Creo que tienes un nuevo amigo —comentó Gunn.

—Si piensa que va a conseguir un beso en la primera cita —bromeó Loren mientras destapaba la cantimplora—, será mejor que se lo vaya quitando de la cabeza.

La diputada le ofreció agua, pero Rudi hizo un gesto negativo.

—Las damas primero.

Tras beber un poco, Loren le pasó la cantimplora.

—Me pregunto dónde andarán los Moore.

—Es posible que no se hayan enterado de que nos han metido en este agujero.

—Me temo que los Zolar quieren enterrarnos vivos —comentó Loren. Por primera vez desde que les habían apresado, los ojos se le llenaron de lágrimas. Ya no podía más. Ahora estaban realmente solos, y la leve esperanza que hasta ese momento le había permitido aguantar todas las palizas y los abusos había acabado por extinguirse.

—Aún podemos contar con Dirk —murmuró Gunn dulcemente.

Loren bajó la cabeza como si le diese vergüenza que la vieran enjugándose las lágrimas.

—Déjalo, por favor. No sabemos si está vivo, y si lo estuviera, no llegaría a tiempo para salvarnos, ni siquiera si viniese con una división de la infantería de marina.

—Conociéndole, no creo que le haga falta una división de la infantería de marina.

—Dirk no es un superhombre. Nadie sabe mejor que él que no puede hacer milagros.

—Mientras hay vida, hay esperanza. Eso es todo lo que importa —concluyó Gunn.

—Sí, pero ¿hasta cuándo vamos a poder decir eso? ¿Hasta dentro de un par de minutos, de un par de horas? —Loren meneó la cabeza tristemente—. La verdad es que ya nos podemos dar por muertos.

Cuando finalmente los ingenieros sacaron la primera parte de la cadena a la luz del día, todas las personas que se encontraban en la cima de la montaña se acercaron maravillados a verla. Jamás habían tenido ante sí un objeto de oro macizo de tales proporciones. A pesar de todo el polvo y los restos de calcita que había acumulado con el paso de los siglos, la inmensa cadena de oro refulgía cegadoramente bajo el sol del mediodía.

Durante todos los años que los Zolar llevaban dedicándose al robo de antigüedades, jamás habían visto una obra de arte tan esplendorosa. Era un objeto sin parangón en la historia. Los coleccionistas que podrían permitirse el lujo de comprar la cadena completa se contaban con los dedos de una mano. Cuando los ingenieros subieron la segunda parte a la cumbre del cerro y la colocaron al lado de la primera, todos los presentes se quedaron boquiabiertos.

—¡Dios mío! —exclamó el coronel Campos—. Los eslabones son tan grandes como la muñeca de un hombre.

—Es realmente increíble que la técnica metalúrgica de los incas fuera tan avanzada —murmuró Zolar.

Sarason se arrodilló y examinó los eslabones con detenimiento.

—Son de una factura y una complejidad asombrosas. Los eslabones están hechos a la perfección: no tienen ni un solo defecto.

Cortina se acercó al extremo de una de las secciones de la cadena y trató de levantar un eslabón.

—Deben de pesar unos cincuenta kilos cada uno.

—Este hallazgo no se puede comparar con el de ninguna otra obra de arte. Es algo portentoso —comentó Oxley con voz trémula.

Sarason apartó la mirada de la cadena e hizo una señal a Amaru.

—Metedla en el helicóptero. Rápido.

El asesino hizo un gesto afirmativo y empezó a dar órdenes a sus hombres y a un grupo de soldados. Cortina, Campos y Matos decidieron echar una mano. Con la ayuda de una carretilla elevadora y tras muchos sudores, lograron entre todos meter las dos secciones de la cadena en sendos helicópteros.

Zolar se quedó mirando cómo se alejaban los dos aparatos y se perdían en el horizonte.

—Ya nada puede detenernos —comentó a sus hermanos con satisfacción—. Dentro de pocas horas estaremos en casa, libres y con el mayor tesoro conocido por el hombre en nuestro poder.



A Sandecker, el audaz plan de entrar por la puerta trasera del cerro el Capirote para salvar a Loren y Rudi le parecía suicida. Sabía qué razones impulsaban a Pitt a arriesgar su vida: quería salvar a una persona amada y un amigo íntimo de una muerte segura, ajustar las cuentas con un par de asesinos y quitarles un maravilloso tesoro de las manos a unos ladrones. Ésos eran los argumentos con los que cualquier persona justificaría tal acción. Sin embargo, ése no era el caso de Pitt. Los motivos que él tenía eran mucho más complejos: quería desafiar lo desconocido, enfrentarse al azar y reírse del mismo diablo. Ésos eran sus incentivos.

Sandecker no tenía ninguna duda sobre Giordino. Sabía que el correo italiano seguiría a su amigo de toda la vida hasta el fondo de un volcán en erupción si hiciera falta.

Podría haberles impedido que fueran, pero el almirante no habría sacado adelante la agencia —que en opinión de muchas personas era la más eficaz, productiva y rentable del gobierno— si no hubiera asumido sus correspondientes riesgos. Su tendencia a no seguir al pie de la letra la política oficial de Washington le había convertido en una persona tan respetada como envidiada. Los directores de las demás agencias gubernamentales nunca se habrían atrevido a encargarse personalmente de un proyecto tan peligroso, un proyecto que podría llegar a ser objeto de censura por parte del Congreso y obligar al presidente del gobierno a pedir la dimisión del director en cuestión. Sandecker, en cambio, sólo lamentaba no poder ser él mismo quien dirigiese la aventura.

Se acercó a la poza con varios instrumentos del equipo de submarinismo y se quedó mirando a Peter Duncan, que estaba sentado cerca de la orilla tratando de colocar una transparencia de un mapa topográfico sobre un plano hidrográfico de varias corrientes subterráneas conocidas.

Los dos gráficos habían sido ampliados a la misma escala, lo cual permitía a Duncan adivinar aproximadamente el curso del río. Cerca de él, Pitt y Giordino preparaban el equipo de submarinismo y flotación.

—En línea recta —informó Duncan sin dirigirse a nadie en concreto—, la distancia entre la poza del Diablo y el cerro el Capirote es más o menos de treinta kilómetros.

Sandecker se volvió hacia las profundidades del socavón.

—¿Qué capricho de la naturaleza hizo que se formara el río?

—Hace unos sesenta millones de años —respondió el hidrólogo—, un movimiento de tierra dio lugar a una falla en la piedra caliza, lo cual permitió que el agua comenzara a filtrarse y creara una serie de grietas comunicantes.

El almirante miró a Pitt.

—¿Cuánto crees que tardaréis en llegar?

—Teniendo en cuenta que la velocidad de la corriente es de nueve nudos, deberíamos estar allí en tres horas.

Duncan no parecía estar muy convencido.

—Jamás he visto un río que no tenga meandros. Yo en su lugar añadiría dos horas más a la hora de llegada que tengáis programada.

—El *Quebrantaolas flotante* nos permitirá recuperar el tiempo que perdamos —aseguró Giordino con confianza mientras se desnudaba.

—Eso si no encuentran algún obstáculo. Van a entrar en un lugar totalmente desconocido. Es imposible saber el tipo de dificultades con las que se pueden topar. Es posible que tengan que avanzar diez kilómetros bajo el agua, que se caigan por una catarata o que parte del río sea innavegable por culpa de los rápidos y las rocas. Los aficionados al *rafting* tienen un dicho: si hay un remolino, seguro que te atrapa.

—¿Algo más? —preguntó Giordino sin inmutarse tras las agoreras previsiones de Duncan—. ¿Vampiros acechantes o monstruos de los abismos con colmillos de barracuda?

—Tan sólo estoy tratando de prepararles para lo que se pueden encontrar —replicó el hidrólogo—. Lo único que puedo decirles para que se tranquilicen un poco es que, según creo, el tramo más importante del río pasa por una falla. Si no me equivoco, el cauce sigue un camino bastante errático pero tiene una profundidad más o menos regular.

Pitt le dio una palmada en el hombro.

—Le entendemos y se lo agradecemos. Pero a estas alturas, todo lo que Al y yo podemos hacer es cruzar los dedos, esperarnos cualquier cosa, y entre tanto seguir adelante.

—¿Cuando salió de la corriente, vio si había una bolsa de aire encima del río? —preguntó Sandecker dirigiéndose a Duncan.

—Sí, el techo de la gruta está a más de diez metros de la superficie del río.

—¿Hasta dónde llega?

—La cuerda no daba para más y la corriente era bastante fuerte. Sólo tuve tiempo para echar una ojeada al pasadizo y no vi hasta dónde llegaba el aire.

—Con suerte, es posible que tengáis aire durante todo el viaje.

—Con mucha suerte —repitió Duncan escéptico mientras seguía examinando los planos—. Para ser un río subterráneo, es enorme: debe de ser la corriente subterránea inexplorada de mayor longitud que pasa por una formación cárstica.

Giordino titubeó antes de sujetarse al brazo varios manómetros, una brújula y un batómetro.

—¿Qué es una formación cárstica?

—Es un macizo calcáreo en el que la erosión ha producido diferentes boquetes,

grutas y pasajes.

—Me pregunto cuántos ríos subterráneos habrá que todavía no conozcamos.

—El río y el cañón lleno de oro a los que hacía referencia Leigh Hunt, que antiguamente eran motivo de chanzas entre los hidrólogos de California y Nevada, son ahora objeto de estudio —admitió Duncan—. Estoy seguro de que este descubrimiento va a abrir muchas mentes cerradas.

—Tal vez pueda contribuir a la causa aportando mi granito de arena —comentó Pitt mientras mostraba un pequeño ordenador impermeable y se lo sujetaba al brazo—. Voy a intentar programarlo para levantar un plano del curso del río.

—Les agradeceré todos los datos científicos que me puedan traer —aseguró Duncan—. El descubrimiento de un tesoro debajo del cerro el Capirote puede avivar mucho la imaginación, pero en realidad tiene una importancia secundaria en comparación con lo que supone hallar una fuente de agua que puede convertir miles de hectáreas de desierto en tierra fértil para la agricultura y la ganadería.

—Tal vez el oro pueda utilizarse para financiar las construcciones hidrológicas necesarias para este proyecto.

—Desde luego, se trata de un sueño que habría que considerar —concluyó Sandecker.

—Voy a intentar conseguirle unas cuantas fotos, Duncan —dijo Giordino mientras le mostraba su cámara submarina.

—Muchas gracias —respondió el hidrólogo—. Me pregunto si podrían hacerme otro favor.

Pitt esbozó una sonrisa.

—Usted dirá.

Duncan le pasó a Pitt un recipiente de plástico con la forma de un balón de baloncesto aunque de la mitad de tamaño.

—Es un tinte indicador llamado «Amarillo fluorescente con abrillantador óptico». Les invitaré a una cena mexicana en el mejor restaurante del Suroeste si lo echan al río cuando lleguen a la cueva del tesoro. Eso es todo. En cuanto cae al agua, la bola empieza automáticamente a soltar el tinte en intervalos regulares.

—De esa manera podrá saber por qué parte del golfo sale el río.

Duncan asintió.

—Ése sería un dato muy importante desde el punto de vista hidrológico.

Aunque también había pensado pedirles muestras del agua, el hidrólogo finalmente decidió no hacerlo. No se atrevía a ir demasiado lejos. Si los dos submarinistas lograban llegar hasta el interior del cerro el Capirote, entonces él podría organizar con sus colegas cuantas expediciones científicas quisieran basándose en los datos proporcionados por aquéllos.

En cuanto Pitt y Giordino terminaron de vestirse, se pusieron a repasar su plan.

Hasta entonces habían realizado un sinnúmero de inmersiones en los lugares más diversos y con todo tipo de condiciones meteorológicas, sin embargo, jamás habían recorrido una distancia tan larga por las entrañas de la tierra. Al igual que dos cirujanos antes de una delicada operación en el cerebro, no dejaron ni un solo cabo suelto. Su supervivencia dependía de ello.

Acordaron el tipo de señales con las que se iban a comunicar, la forma en la que iban a compartir el aire en caso de falta de oxígeno, la manera de inflar y desinflar el *Quebrantaolas flotante*, quién se iba a encargar del equipo. Discutieron todos los detalles y llegaron a una decisión sobre lo que tenían que hacer en cada caso.

—Me he fijado que no lleváis trajes secos presurizados —comentó Sandecker.

—La temperatura del agua es algo fresca —repuso Pitt—, pero no creo que nos tengamos que preocupar por una posible hipotermia. El traje isotérmico da más libertad de movimiento que uno presurizado, algo que nos va a hacer falta si hay rápidos en el río y el *Quebrantaolas flotante* se vuelca.

En vez de sujetarse las bombonas de oxígeno en la espalda, Pitt se las había puesto en un arnés que llevaba alrededor de la cadera. Al igual que Giordino, iba equipado con los correspondientes reguladores de aire, los tubos conectados a las válvulas separables, varios manómetros y una pequeña bombona de recambio llena de oxígeno puro para la descompresión. Además llevaba un cinturón con lastres y unos compensadores de flotación.

—¿No lleváis ninguna mezcla de gas? —preguntó Sandecker.

—Vamos a respirar aire —replicó Pitt mientras comprobaba los reguladores.

—¿No corréis peligro de que el nitrógeno os produzca narcosis?

—En cuanto hayamos pasado el fondo de la poza y la parte más baja de la corriente, vamos a tratar de evitar las grandes profundidades a toda costa.

—Manteneos siempre por encima del nivel crítico, no bajéis nunca de los treinta metros y mucho ojo con las rocas que haya bajo el agua —advirtió Sandecker.

Ésas fueron sus palabras. Pero lo que el almirante pensó pero se calló fue: «Tened en cuenta que si algo va mal y necesitáis ayuda urgente, no habrá forma de encontraros». Es decir, resultaría imposible llevar a cabo una operación de rescate.

Pitt y Giordino hicieron una última comprobación de sus respectivos equipos y examinaron las hebillas y sujeciones de urgencia para asegurarse de que no habría ningún problema en caso de que tuvieran que quitárselo todo rápidamente. En vez de los típicos capuchones de submarinista se ataron a la cabeza unos cascos de construcción con dos lámparas de minero en la frente. Finalmente, se acercaron a la brilla y se echaron al agua. Sandecker y Duncan llevaron una gran caja de aluminio hasta la orilla y acercaron a duras penas uno de sus extremos a la superficie de la poza. La caja medía un metro de ancho y cuatro de largo y estaba articulada por el medio para facilitar el movimiento en lugares pequeños. A causa del lastre de plomo

que tenía para equilibrar el nivel de flotación, resultaba pesada y difícil de manejar en la superficie, pero una vez dentro del agua un submarinista podía moverla sin ningún problema.

Giordino se puso la boquilla de su regulador de aire, se ajustó la mascarilla y cogió el asa que había en la parte delantera de la caja. Movi6 la mano en se1al de despedida y lentamente desapareci6 en el agua con el armatoste de aluminio a cuestas. Pitt alz6 la vista y estrech6 la mano a Duncan.

—Pase lo que pase —advirti6 el hidr6logo—, procuren que la corriente no les lleve m1s all1 de la cueva del tesoro. Desde ah1 hasta el lugar donde en teor1a desemboca el r1o en el golfo, debe de haber una distancia de m1s de ciento veinte kil6metros.

—No se preocupe, no estaremos ah1 abajo m1s tiempo de lo estrictamente necesario.

—Que Dios les acompañe en las profundidades —pidi6 Duncan.

—Toda compa1a que venga de los cielos ser1 bien recibida —le respondi6 Pitt de coraz6n. Luego se volvi6 a Sandecker y le dio la mano—. Ponga una botella de tequila a refrescar, almirante.

—Ojal1 hubiera otra manera de entrar en la montaa.

Pitt mene6 la cabeza.

—1sta es la 1nica soluci6n.

—Traed a Loren y Rudi —dijo Sandecker tratando de evitar la emoci6n.

—Les ver1 muy pronto —prometi6 Pitt.

A continuaci6n desapareci6 en el agua.

La voz del operador de radio sacó al capitán Juan Diego de su ensimismamiento. Dejó de mirar por la puerta de la tienda y pensó en lo terriblemente feo que era el cerro el Capirote y el desierto que lo rodeaba: parecía un verdadero erial comparado con su bello Durango.

—Sí, sargento, ¿qué ocurre?

El operador de radio estaba de espaldas a él, por lo que Diego no podía ver la expresión de perplejidad de su cara.

—Acabo de llamar a los puestos de seguridad para los informes horarios y no he recibido respuesta de los puestos cuatro y seis.

Diego dejó escapar un suspiro. Lo que menos le apetecía en ese momento era tener problemas inesperados. El coronel Campos le había ordenado organizar una zona de seguridad alrededor de la montaña, y así lo había hecho. No se le había dado ninguna explicación, aunque tampoco la había pedido nadie. Diego se moría de curiosidad, pero todo lo que podía hacer era observar el vuelo de aquí para allá de los helicópteros y preguntarse qué podría estar pasando ahí arriba.

—Llame al puesto cinco y dígame al cabo Francisco que mande un hombre a cuatro y seis para ver qué está pasando.

Diego se sentó en su escritorio de campaña y apuntó en su informe diario que la falta de respuesta de los dos puestos se habría debido probablemente a una avería en el equipo de comunicaciones. Ni se le ocurrió pensar en la posibilidad de un verdadero problema.

—No consigo ponerme en contacto con el cabo Francisco —le informó el operador.

Diego se dio la vuelta finalmente.

—¿Está seguro de que el equipo funciona bien?

—Sí, señor. El transmisor emite y recibe señales perfectamente.

—Pruebe a llamar al puesto uno. El operador se puso los auriculares y llamó al puesto.

—Lo siento, capitán, el puesto uno tampoco contesta.

—Voy a tener que ocuparme de esto personalmente —gritó Diego en un tono irritado. Cogió una radio portátil y se encaminó hacia el coche de la comandancia. A medio camino, se paró en seco y se quedó mirando al coche asombrado.

Al coche le faltaba la rueda izquierda de delante. La rueda de repuesto y el volante habían desaparecido.

«¿Qué leches está pasando?», se dijo. «¿Es una broma de mal gusto o el coronel me está poniendo a prueba?».

Dio media vuelta con intención de volver a su puesto, pero no avanzó más de dos

metros. Como por encanto, tres hombres habían aparecido delante de la tienda y le cerraban el paso. Iban armados con sendos rifles y le apuntaban al pecho. Lo primero que se le ocurrió fue qué interés podrían tener unos indios vestidos de ganaderos en sabotear su equipo.

—Están en un área militar —farfulló—. El acceso está prohibido. — Haga lo que le digamos, soldado —ordenó Billy Yuma—, y a sus hombres no les pasará nada.

Diego creyó adivinar entonces lo que había pasado en los otros puestos de seguridad. Sin embargo, seguía perplejo. ¿Cómo era posible que unos cuantos indios hubieran sido capaces de capturar a cuarenta soldados bien preparados sin haber disparado un solo tiro?

—Será mejor que depongan las armas antes de que lleguen mis hombres o de lo contrario serán detenidos. —Se dirigió a Yuma, quien tenía pinta de ser el jefe.

—Siento tener que informarle, soldado, que todos sus hombres han sido desarmados y están ahora bajo vigilancia —replicó Yuma. El hecho de tener a un militar con un uniforme impecable y unas botas brillantes intimidado le producía una enorme satisfacción.

—¡Eso es imposible! —saltó Diego orgullosamente—. Un atajo de ratas del desierto no puede hacer frente a una tropa de soldados disciplinados.

Yuma se encogió de hombros con aire de indiferencia y se volvió a uno de los hombres que le acompañaban.

—Ve a mirar qué puedes hacer con la radio para que deje de funcionar.

—Están locos, no pueden tocar la propiedad del gobierno.

—Han entrado en nuestra tierra sin derecho —declaró Yuma con voz queda—. Aquí no tienen ninguna autoridad.

—Les ordeno que depongan las armas —exclamó Diego mientras cogía su automática.

Sin inmutarse, Yuma se acercó hasta el capitán y le incrustó el cañón de su viejo Winchester en el estómago.

—No se resista. Si aprieto el gatillo, su cuerpo bastará para amortiguar el disparo. Los de la montaña no podrán oírlo.

El dolor convenció a Diego de que esos hombres no bromeaban en absoluto. Conocían el desierto y podían moverse por el como fantasmas. Las órdenes decían que tenía que impedir la entrada a exploradores o cazadores errantes. En ningún momento se había hecho mención a una fuerza armada integrada por indios de la región. Lentamente, alargó el arma a uno de los hombres de Yuma, quien se la metió en el pantalón vaquero a la altura del estómago.

—La radio, por favor.

Diego le pasó la radio de mala gana.

—¿Por qué hacen esto? —preguntó—. ¿No saben que están infringiendo la ley?

—Son ustedes, soldados, los que infringen la ley, nuestra ley, al ayudar a los hombres que profanan la montaña sagrada. Pero basta de charla. Vámonos.

Yuma y sus hombres llevaron silenciosamente al capitán y el operador de radio a un gran saliente que había en la montaña, a aproximadamente medio kilómetro del puesto de mando. Allí estaba la compañía de soldados, sentados todos juntos y mirando con nerviosismo al grupo de indios armados que les vigilaba. En cuanto vieron a su comandante, se pusieron rápidamente de pie y se cuadraron con cara de alivio. Dos tenientes y un sargento se acercaron hasta donde estaba él y le saludaron.

—¿No ha escapado nadie?

Uno de los tenientes meneó la cabeza.

—No, mi capitán, los teníamos encima antes de que nos dieran tiempo de reaccionar.

Diego miró a su alrededor y se fijó en los indios que los estaban vigilando. Con Yuma, sumaba un total de quince.

—¿Éstos son todos sus hombres?

Yuma asintió.

—No necesitamos más.

—¿Qué piensan hacer con nosotros?

—Nada, soldado. Mis vecinos y yo hemos tenido mucho cuidado de no hacer daño a nadie. Lo que van a hacer usted y sus hombres durante las próximas horas es echarse una buena siesta. Luego se podrán ir libremente de nuestra tierra.

—¿Y si tratamos de escapar?

Yuma volvió a encogerse de hombros con indiferencia.

—Entonces tendremos que abrir fuego. Deberían pensárselo bien de todas formas, porque mi gente puede matar a una liebre a cincuenta metros de distancia.

Yuma ya había dicho todo lo que tenía que decir. Se dio la vuelta y empezó a subir por un sendero casi irreconocible que había en una grieta de la ladera sur de la montaña. Los montólos permanecían en silencio. Sin que nadie diese ninguna orden, diez hombres siguieron a Billy Yuma y los otros cinco se quedaron para vigilar a los prisioneros.

La escalada fue más rápida esta vez que la anterior. Billy había aprendido de sus errores y sabía qué curvas terminaban en un barranco. Ahora conocía los boquetes en que se podía apoyar y cuáles estaban demasiado erosionados, aunque, de todas formas, el camino era duro y no podía fiarse.

Hubiera preferido disponer de más hombres para el ataque, pero los diez que le seguían con esfuerzo eran los únicos que no tenían miedo a la montaña, o al menos eso era lo que decían. A Yuma no le había pasado desapercibido el temor que reflejaban sus ojos.

Billy se detuvo en un repechón para recuperar el aliento. Sin embargo, aunque el



corazón había empezado a palparle con fuerza, se sentía con las mismas energías que un caballo de carreras a punto de salir a la pista. Sacó un viejo reloj del bolsillo del pantalón y consultó la hora. Hizo un gesto de satisfacción y levantó el reloj para que los otros pudieran verlo. Llevaban veinte minutos de adelanto.

Más arriba, en la cima del monte, los helicópteros subían y bajaban como si fueran abejas alrededor de un panal. Los que se alejaban, viraban pesadamente rumbo a la pista de aterrizaje del desierto de Altar cargados con una parte del tesoro.

Los hombres del coronel Campos, que estaban trabajando a destajo, se habían quedado conmocionados ante la magnificencia del tesoro, por lo que no se habían parado a comprobar si las fuerzas de seguridad que rodeaban la montaña seguían en sus puestos. Por otro lado, el operador de radio destinado en la cima se encontraba demasiado ocupado controlando las idas y venidas de los helicópteros como para pedirle un informe al capitán Diego. Nadie se había tomado la molestia de acercarse al borde de la explanada para echar un vistazo a los vacíos campamentos ni había acertado a ver el grupo de hombres que se acercaba a la cumbre.

El comandante Cortina no era el tipo de persona a la que se le pasaran muchas cosas por alto. Cuando el helicóptero de la policía en el que iba se elevó para volver a la comisaría, miró nuevamente a la estatua de piedra y se fijó en algo en lo que ninguna otra persona había reparado. Cerró los ojos. Era un hombre con los pies en el suelo y sabía que lo que había visto sólo podía haber sido un efecto producido por la combinación de luces y sombras o tal vez por su ángulo óptico. Sin embargo, cuando volvió a mirar, aguzó la vista y volvió a verlo. La perversa expresión del demonio había cambiado. El efecto conminatorio que producían sus enormes colmillos había desaparecido.

Antes de que desapareciera de su campo visual, Cortina pudo ver que la terrible mueca del guardián de los muertos se había transformado en una siniestra sonrisa.

Pitt tenía la misma sensación que si se hubiera caído en el interior de una paja gigante empañada por un vaho de color azul cobalto. La poza tenía una forma cilíndrica casi perfecta y sus paredes eran tan lisas que parecía como si las hubieran pulido. Si su compañero de inmersión no hubiese estado debajo de él, habría creído que el socavón no tenía fondo. Se destaponó los oídos y siguió bajando hasta que logró alcanzar a Giordino, quien ya estaba intentando meter la caja de aluminio por la boca del conducto que había en el fondo de la poza.

Echó un vistazo a la aguja del batómetro. Estaba fija justo por debajo de los sesenta metros. A partir de ese punto, la corriente iría subiendo hasta desembocar en el río, por lo que la presión disminuiría, y con ella, el peligro de un desmayo.

Nada le recordaba a la inmersión en la poza sacrificial de los Andes. En aquella ocasión había utilizado una fuerte manga con una cuerda de seguridad y un cable de comunicaciones en su interior. Además había permanecido a la vista de los de fuera, a excepción de los minutos que dedicó a rescatar a Shannon y Rodgers. En esta ocasión, por el contrario, iba a penetrar en un abismo sumido a perpetuidad en las sombras, que ningún hombre o animal había visto jamás.

Conforme iban salvando con la caja a cuestas todas las curvas y recodos del conducto por el que pasaba la corriente, Pitt se puso a pensar en lo peligrosa que era la práctica del submarinismo en grutas: la negrura estigia de las aguas, la claustrofóbica sensación que uno tenía al saberse debajo de un macizo de roca sólida, el enloquecedor silencio, el continuo peligro de desorientación por culpa del barro... La situación de pánico a la que se podía llegar había causado la muerte a decenas de submarinistas con la preparación y el equipo necesario para hacer frente a este tipo de trances y había convertido a su vez este deporte en una actividad morbosa y fascinante que resultaba imposible de aprender en los libros.

¿Qué era lo que le había dicho el instructor de la Sociedad Nacional de Espeleología antes de que realizara su primera inmersión en una gruta de agua salada en las Bahamas? «Cualquiera puede morir de repente durante una inmersión en una gruta». A Pitt le vino a la cabeza un dato que había aprendido en su juventud y que se le había quedado grabado para siempre: en 1974, veintiséis submarinistas habían perdido la vida en las grutas de la costa de Florida y el total de muertos en todo el mundo por esa causa triplicaba esa cifra.

Dirk no era ni claustrofóbico ni miedoso. Ante una situación verdaderamente arriesgada, lo que sentía era intranquilidad, lo cual le bastaba para mantenerse alerta ante la eventualidad de un peligro imprevisto.

Así y todo, el hecho de bucear sin una cuerda de seguridad no le hacía ninguna gracia. Sabía muy bien que esta aventura podía convertirse de repente en un ejercicio

suicida, sobre todo en cuanto quedaran a merced de la corriente del río. A partir de ese momento y hasta que llegasen a la cueva del tesoro, no tendrían escapatoria.

El conducto que llevaba hasta el río se ensanchaba y estrechaba como si fuera una serie continua de relojes de arena. Cuando ya llevaba cien metros de camino, la visibilidad había disminuido en un noventa por ciento, por lo que tuvieron que encender las lámparas que llevaban en los cascos. Pitt volvió a consultar su batómetro: lentamente habían ido subiendo hasta llegar a una profundidad de veinte metros desde la superficie. Giordino se paró de repente, se volvió y le hizo una seña con la mano. Acababan de llegar a la confluencia con el río, Pitt hizo una seña de conformidad y pasó un brazo por debajo de la correa que rodeaba la caja para asegurarse de que la corriente del río no se la arrebatase.

Giordino dio una serie de vigorosos golpes con sus aletas, atravesó la abertura y se colocó contra corriente al tiempo que metía la caja en el río de costado y tiraba de ella con todas sus fuerzas. La sincronización fue perfecta. Justo antes de que perdiera impulso y se lo llevara el raudal, Pitt apareció por la abertura agarrado al otro extremo de la caja.

Como habían planeado, inflaron tranquilamente los compensadores de flotación, quitaron los lastres de la caja y se dejaron llevar por la corriente mientras subían. Después de cincuenta metros, salieron a la superficie. Gracias a las lámparas, pudieron ver que se encontraban en una galería de grandes proporciones. El techo no era de piedra caliza sino de una extraña roca de color negro. Cuando Pitt logró por fin sujetar la lámpara de su casco, se dio cuenta de que la roca era de origen volcánico. Aunque por suerte el río fluía con bastante calma y no se veían rocas en la superficie, las paredes del pasadizo eran lisas y no tenían ningún rellano al que los submarinistas pudieran subirse.

Dirk se quitó la boquilla del regulador de aire.

—Prepárate para cuando veamos un espacio libre en la pared.

—Vale.

La roca volcánica no tardó en dar paso a un macizo de piedra caliza cubierto de una extraña sustancia de color gris que atenuaba considerablemente el reflejo de sus lámparas, dando la impresión de que se les habían acabado las pilas. De repente, oyeron un rumor que resonaba por toda la galería. Se empezaron a temer lo peor: lo que les esperaba en las sombras que tenían delante sólo podía ser un rápido o una cascada.

—Agárrate fuerte —gritó Giordino—. Creo que nos vamos a dar un revolcón.

Pitt bajó un poco la cabeza para que el haz de luz de su lámpara iluminara lo que les venía encima. Fue inútil. El pasadizo había empezado a llenarse de una especie de bruma que salía del agua como si fuera vapor. Pitt se imaginó de repente cayendo por las cataratas del Niágara sin la protección del barril. El estruendo resultaba ya

ensordecedor. De pronto, Giordino fue tragado por la bruma y desapareció de su vista.

Todo lo que podía hacer Pitt era agarrarse a la caja y dejarse envolver por la niebla con un curioso sentimiento de fascinación. Hizo acopio de fuerzas para hacer frente a una interminable caída. Sin embargo, no ocurrió tal cosa. El estruendo no lo producía el río al caer, sino al recibir el impacto de un furioso torrente que se precipitaba prácticamente desde el techo.

Pitt se sintió materialmente aplastado por la tremenda catarata. Se trataba de un afluente de origen desconocido, una enorme masa de agua que, sorprendentemente, corría pocos metros por debajo de un árido desierto.

Cuando salió de la cortina de espuma, Dirk se dio cuenta de que las proporciones del pasadizo habían aumentado considerablemente. La caverna estaba decorada con un sinnúmero de helictitas, un extraño tipo de estalactitas que desafían las leyes de la gravedad y aumentan de tamaño en direcciones grotescas, y diferentes depósitos minerales de más de un metro de altura que habían acabado adquiriendo formas de gran belleza que recordaban a ciertos tipos de setas y flores.

Pitt se preguntó cuántas cavernas subterráneas habría por el mundo sumidas en una oscuridad eterna y esperando a que alguien las descubriera y explorase. No era difícil dar rienda suelta a la fantasía y ponerse a imaginar la existencia de una raza desaparecida que habría vivido en la gruta y esculpido esas magníficas figuras de piedra caliza.

A Giordino sí le parecía difícil. Ni siquiera se había fijado en la belleza del lugar. Se dio la vuelta y miró a Pitt con una sonrisa en los labios que expresaba claramente su sensación de alivio tras haber salido con vida de la catarata.

—Parece el escondite del fantasma de la ópera.

—No creo que nos encontremos a Lon Chaney tocando el órgano por aquí abajo.

—Hay un rellano unos treinta metros más adelante a la izquierda —informó Giordino reanimado.

—Muy bien. Salgamos de la corriente ahora mismo. Ponte a nadar con todas tus fuerzas, que yo te sigo.

A Giordino no le hacía falta que se lo dijeran dos veces. Torció bruscamente hacia la izquierda, tiró de la caja y empezó a golpear furiosamente el agua con sus aletas. Dirk soltó la caja y se puso a nadar a su lado. Cuando llegó a media altura, se sumergió y tiró de la caja hacia adelante.

El plan dio resultado. Gracias al impulso que le había dado Pitt desde atrás, Giordino no tuvo ningún problema para salir de la corriente y pudo nadar tranquilamente con la caja a cuestas hasta el rellano. Cuando tocó el fondo, se encaramó a la roca y subió la caja.

Libre de carga, Pitt dio una serie de vigorosas brazadas y en pocos segundos llegó

a la zona donde el agua era menos profunda, a unos diez metros de la roca sobre la que le esperaba Giordino. Se sentó, se quitó las aletas y las gafas y empezó a andar cuidadosamente por entre las rocas al tiempo que se sacaba las bombonas.

Giordino se quitó igualmente el equipo y empezó a abrir la caja. Cuando llegó Pitt, le miró con una profunda satisfacción.

—Bonito sitio el que te has buscado aquí.

—Perdona por el desorden —murmuró Pitt—, pero los siete enanitos están de vacaciones.

—¿Te sientes tan contento como yo de haber llegado tan lejos?

—Estar todavía vivo no me produce la menor tristeza, si es a eso a lo que te refieres.

—¿Qué distancia hemos recorrido?

Pitt tecleó en el ordenador que llevaba sujeto al brazo.

—Según esta maravilla de la tecnología, hemos avanzado dos kilómetros por el camino de la perdición y hemos descendido dos metros en dirección a los abismos infernales.

—Todavía nos faltan veintiocho.

—Sí —contestó Pitt, sonriendo como si fuera un mago que estuviera a punto de asombrar al público con un truco—, pero de ahora en adelante vamos a viajar en primera.

Cinco minutos más tarde, el *Quebrantaolas flotante* estaba listo para hacer frente al río. Las ocho cámaras de aire y el casco ya estaban inflados. El hovercraft era una embarcación de rescate con un colchón de aire de veinte centímetros que le permitía avanzar sin ningún problema por rápidos, arenas movedizas, capas de hielo de poco grosor y cenagales contaminados. Gracias a él, la policía y los bomberos habían logrado salvar la vida a un sinnúmero de personas que habían estado a punto de ahogarse. En esta ocasión, sin embargo, se le iba a someter a una prueba de resistencia que sus constructores no hubieran previsto jamás.

La embarcación, con tres metros de eslora y metro y medio de manga, tenía un motor de cincuenta caballos que podía alcanzar una velocidad de 64 kilómetros por hora sobre una superficie lisa.

—Nuestros ingenieros han hecho un buen trabajo bajándole la altura —comentó Giordino.

—La idea de colocar el motor y el ventilador en posición horizontal ha sido una genialidad.

—Parece mentira que hayan sido capaces de meter todo el instrumental en la caja.

Los submarinistas colocaron todo en su sitio. Aparte de la embarcación en sí, en la caja había diez bombonas de aire de reserva para volver a inflar las cámaras, un equipo de luces con dos focos de aterrizaje, varias baterías de repuesto, un botiquín y

tres reguladores de aire supletorios.

Pitt abrió una bolsa impermeable que le había preparado el almirante Sandecker y sacó su vieja automática Colt 45 y dos reservas de munición. Además había un termo lleno de café y dos bocadillos. Pitt sonrió: el almirante nunca se olvidaba de los detalles que contribuían a que una operación tuviera éxito. Volvió a meter el termo y los bocadillos en la bolsa y la cerró. No había tiempo para un picnic. Tenían que seguir adelante si no querían llegar a la cueva del tesoro demasiado tarde para salvar a Loren y Rudi. Metió el revólver y la munición en otra bolsa y se la guardó en el interior del traje al lado del estómago.

Entonces se volvió a la negra embarcación y se quedó pensativo.

—«Oh, Circe, ¿quién nos guiará en este viaje? Nadie ha ido jamás al Hades en un barco negro».

Giordino, que estaba ocupado colocando un par de remos en sus topes, alzó la vista y le miró fijamente.

—¿Dónde has oído eso?

—Es la *Odisea*, de Homero.

Giordino empezó a recitar sin mucho convencimiento.

—«En verdad que entre los troyanos también hay hombres que bucean». La *Iliada*. Yo también he leído a Homero.

—Nunca dejas de asombrarme.

—No tiene la menor importancia.

Pitt subió al hovercraft.

—¿Todo el equipo listo?

—Todo bien sujeto.

—¿Preparado para soltar amarras?

—Ya puedes arrancar.

Pitt se acurrucó a popa delante del ventilador del motor y dio la vuelta a la llave de arranque. Empezó a sonar un suave ronroneo. El ruido del pequeño motor y de la válvula de escape estaban bien amortiguados.

Giordino se sentó a proa y encendió uno de los focos de aterrizaje. La caverna se iluminó como si hubiese entrado la luz del sol. El fornido italiano se volvió a su compañero y se echó a reír.

—Espero que nadie nos ponga una multa por contaminar una zona virgen.

Pitt también se echó a reír.

—La policía del lugar tendría las de perder. Se me ha olvidado traer la cartera.

El hovercraft, flotando sobre el colchón de aire, dejó la roca y fue acercándose a la corriente principal del río. Pitt tenía las asas verticales de la palanca de mando bien agarradas y no tuvo ningún problema para conducir la embarcación directamente al centro de las aguas.

Era una sensación extraña flotar sobre la superficie sin hacer contacto con el agua. Giordino se dio cuenta de que el azul cobalto de la poza había dado paso a un intenso tono verde esmeralda. Entre las rocas del fondo pudo ver salamandras albinas y diferentes tipos de peces que pululaban de un lado para otro. El submarinista se concentró entonces en apuntar las condiciones del agua y sacar fotos para Peter Duncan. Pitt, por su parte, seguía a cargo de los controles del hovercraft y recopilaba datos en el ordenador.

A pesar de la velocidad que llevaban, el sudor y la humedad habían acabado formando una especie de neblina alrededor de sus cabezas. Pitt y Giordino, sin embargo, se mantenían atentos a sus respectivas tareas y seguían avanzando sin volverse a mirar la oscuridad que se cernía a sus espaldas.

Los primeros ocho kilómetros no les ofrecieron ninguna dificultad y los cubrieron rápidamente. Pasaron por encima de estanques profundísimos y vieron galerías en las paredes que parecían perderse en las entrañas de la tierra. Algunas de las cavernas que iban atravesando eran tan bajas que apenas cabía el hovercraft; otras se elevaban por encima de los treinta metros. Se encontraron también con varias cascadas de poca altura que superaron sin dificultad y con un tramo lleno de rocas que les obligó a hacer un gran esfuerzo de concentración. Entonces entraron en una galería de unos dos kilómetros de longitud cuyas paredes estaban llenas de asombrosos cristales. Los haces de luz que lanzaba el foco se reflejaban en ellos con una intensidad y belleza sorprendentes.

En dos ocasiones el pasadizo se angostó y quedó inundado por completo, por lo que tuvieron que recurrir nuevamente a las bombonas de oxígeno, desinflar el *Quebrantaolas flotante* y ponerse a nadar con todo el equipo a cuestas hasta que salieron a otra bolsa de aire y pudieron volver a inflarlo. Ninguno de los dos se quejó del esfuerzo que todo esto suponía. En ningún momento creyeron que la travesía fuera a resultar fácil.

Para relajarse empezaron a poner nombres absurdos a las galerías: la «Casa del terror», el «Museo de cera», el «Gimnasio de Giordino»... A un pequeño surtidor que había al fondo de una gruta le llamaron el «Goteo postnasal». El río fue bautizado con el nombre del «Viejo borrachín».

Después de pasar por el segundo tramo inundado y volver a inflar el *Quebrantaolas flotante*, Pitt se dio cuenta de que la velocidad de la corriente había crecido dos nudos y la pendiente del río estaba aumentando. Como si fueran dos hojas en un desagüe, se precipitaron hacia el interior del reino de las sombras sin saber qué peligros se podían ocultar detrás de cada nuevo recodo.

La velocidad de los rápidos seguía aumentando. De repente, el hovercraft dio como un patinazo y cayó por una pequeña cascada. El agua se había convertido en una enfurecida nube de espuma. A los pocos metros empezaron a despuntar una serie

de rocas entre los remolinos. El *Quebrantaolas flotante* subía y bajaba peligrosamente entre las olas como si fuera un caballo de rodeo. Cada vez que Pitt pensaba que la violencia de los rápidos no podía seguir aumentando, las olas arreciaban y cubrían el hovercraft en un alocado torbellino de espuma. La fiel embarcación, sin embargo, conseguía siempre salir a flote para continuar la travesía.

Pitt luchaba denodadamente por mantener el curso. Si el hovercraft virase y recibiese el impacto de la furiosa tromba de agua de lado, no tendrían ninguna probabilidad de sobrevivir. Giordino agarró los remos de urgencia para ayudar a su compañero a equilibrar el rumbo. Doblaron bruscamente una curva y se encontraron con otro grupo de rocas de gran tamaño. Las piedras pequeñas producían una lluvia continua con el rabioso batir de las olas, mientras que las más grandes surgían de entre las olas con el aire amenazador de un monolito. Los submarinistas lograron sortear la mayoría, aunque no pudieron evitar que el hovercraft rozara con algunas de ellas. De pronto se encontraron con una mole que parecía haber salido de la nada. Por un momento creyeron que iban a saltar en mil pedazos, pero el casco del hovercraft patinó sobre la superficie de la roca y saltó hacia adelante sin ningún problema.

Las penalidades no parecían tener fin. En cuanto dejaron atrás el grupo de rocas, se vieron inmersos en un remolino y empezaron a dar vueltas como un corcho en un desagüe. Pitt se agarró a una cámara de aire para no perder el equilibrio y de un golpe logró tirar de la palanca del acelerador. Los dos submarinistas se esforzaron nuevamente en mantener el curso del hovercraft para evitar que volcase.

Los focos de aterrizaje habían desaparecido entre las olas, por lo que la única luz que les quedaba ahora era la de los cascos. La embarcación salió de repente disparada hacia los rápidos. Sólo habían estado dando vueltas durante unos segundos, pero les había parecido una eternidad.

Pitt volvió a empujar la palanca del acelerador y dejó de apretar las asas del volante. Era inútil seguir luchando contra el río. El *Quebrantaolas flotante* iría a donde le mandase la corriente de agua.

Giordino miró fijamente hacia adelante con la esperanza de ver aguas más tranquilas. En lugar de eso vio que el río se dividía.

—¡Nos estamos acercando a una bifurcación! —gritó.

—¿Cuál es el conducto principal?

—¡El de la izquierda parece el más grande!

—¡Vale! ¡Viramos a babor!

El hovercraft estuvo a punto de chocar contra la gran mole de piedra que separaba el río. Poco le faltó para zozobrar: el oleaje causado por la bifurcación era de tales proporciones que se tragó literalmente la pequeña embarcación. Sin embargo, salió nuevamente a flote. No sin grandes dificultades, con la proa sumergida, el *Quebrantaolas flotante* cabeceó durante un instante y por fin consiguió equilibrarse.



Acto seguido, la implacable corriente lo lanzaba de nuevo río abajo.

Pitt pensó por un momento que Giordino había desaparecido, pero enseguida lo vio a sus espaldas saliendo de la piscina que se había formado en el interior de la embarcación. El fornido italiano se incorporó y meneó la cabeza para quitarse el aturdimiento que le había producido el golpe. Para gran sorpresa de Pitt, esbozó una sonrisa y le hizo un gesto a fin de que aguzase el oído.

Efectivamente. El fragor de los rápidos parecía estar disminuyendo. El hovercraft empezó a responder nuevamente, aunque la enorme cantidad de agua que llevaba en su interior le impedía moverse con libertad y dificultaba enormemente la formación del colchón de aire. Pitt apretó la palanca del acelerador y se volvió a Giordino.

—¡Empieza a achicar!

Los diseñadores del *Quebrantaolas flotante* habían pensado en todo. Giordino introdujo una palanca en una pequeña bomba y empezó a tirar de ella hacia adelante y hacia atrás. Un gran chorro comenzó a salir por una tubería que había en uno de los laterales y el nivel del agua en el interior de la embarcación empezó a bajar.

Mientras tanto, Pitt se asomó por el otro lado y examinó el fondo del río. El cauce parecía más estrecho ahora. Aunque las piedras ya no removían el agua con la violencia de antes, la corriente avanzaba a una velocidad pavorosa. Se dio la vuelta y vio que Giordino había dejado de achicar y estaba aguzando el oído. La expresión de sus ojos era de verdadero pánico.

Pitt no tardó en oírlo: un profundo murmullo resonaba en las paredes procedente de las sombras que cubrían el río más abajo.

Giordino le miró fijamente.

—¡Y yo que había empezado a cantar victoria...! —gritó.

Pitt recordó de nuevo las cataratas del Niágara. Lo que sonaba al fondo de la caverna no era un surtidor como el de antes.

—El clamor era mucho más profundo y sólo podía ser producto de una catarata de proporciones gigantescas.

—¡Aprieta el inflador de tu compensador de flotación! —gritó a su compañero.

El río iría en ese momento a más de veinte nudos. El cauce se estaba estrechando por instantes. Doblaron una curva a una velocidad vertiginosa y de repente se vieron volando en medio de una masa de millones de litros de agua. El estruendo se hizo entonces ensordecedor.

Pitt no sintió miedo, ni impotencia, ni siquiera desesperación. Sólo tuvo un extraño sentimiento de ofuscación, como si su capacidad de entendimiento se hubiese embotado bruscamente; la sensación de haber entrado en un mundo de pesadilla en el que no había ni figuras ni formas. Su último momento de clarividencia fue cuando el *Quebrantaolas flotante* se quedó suspendido en la niebla durante un segundo antes de caer al precipicio.

Al no haber un punto de referencia, no tuvo sensación de caída; más bien le dio la impresión de que estaba volando en una nube. Entonces sintió como si le arrancaran el volante de la mano y, acto seguido, salió despedido del hovercraft. Creyó oír gritar a Giordino, pero las palabras se perdieron en el fragor de la catarata. La caída le pareció eterna. Penetró en la gran masa de agua de la base como un meteoro y tuvo la sensación de que todo el aire que había en sus pulmones se le escapaba de golpe.

Lo primero que pensó fue que se había pulverizado contra las rocas, pero pronto sintió la suave caricia del agua a su alrededor. Contuvo la respiración instintivamente y se puso a nadar hacia arriba. Con la ayuda del compensador de flotación, no tardó mucho en llegar a la superficie, pero ni siquiera tuvo tiempo para un respiro: en cuanto sacó la cabeza del agua, se sintió nuevamente arrastrado por la corriente. Se encontraba totalmente a merced de los rápidos; bajaba por el río con los brazos y las piernas extendidos y no dejaba de chocar contra las rocas. Habría jurado que no se ahorra ninguna, se estaba desollando vivo. El traje no tardó en hacerse jirones. Entonces sintió un fuerte golpe en el pecho y su cabeza fue a dar contra algo sumamente duro. Si el casco no hubiera amortiguado el impacto en un ochenta por ciento, se habría abierto el cráneo de lado a lado. Pitt se quedó medio inconsciente. Gracias al compensador de flotación, que seguía inflado, continuó río abajo sin hundirse en ningún momento. Una de las luces del casco había quedado destrozada por el choque, mientras que la otra parecía arrojar un vago haz de luz roja. De pronto sintió que sus pies rozaban con unas piedras; la corriente le había ido acercando a aguas menos profundas. Vio entonces que no estaba muy lejos de un pequeño rellano y se puso a nadar hasta que los cantos del fondo empezaron a rasparle las rodillas. Cuando llegó al rellano, apoyó las manos sobre una roca y sintió un dolor lacerante. Soltó un alarido. En algún momento después de la caída se había roto la muñeca izquierda. Y eso no era todo. Además se había roto un mínimo de dos costillas también del lado izquierdo.

El estruendo de la catarata sonaba ya en la lejanía. Pitt fue poco a poco despejándose. Se preguntó hasta dónde le habría llevado la corriente, y entonces se acordó de Giordino. Desesperado, gritó su nombre sin esperar realmente que le contestara. Su voz resonó por toda la gruta.

—Aquí.

No había sido más que un susurro, pero a Pitt le llegó la respuesta como si hubiera salido de un altavoz. A duras penas, logró ponerse de pie y trató de determinar de dónde había venido la voz.

—Repíte.

—Estoy sólo a seis metros de ti río arriba. ¿No me ves?

Una especie de neblina de color rojo parecía reducirle el campo de visión, pero le bastó con frotarse los ojos para volver a ver con normalidad. Entonces se dio cuenta

de que la extraña neblina que había estado nublándole la vista era en realidad consecuencia de la sangre que le caía de una herida que tenía en la frente. Por fin vio a Giordino: se encontraba a poca distancia de él tumbado sobre una roca y con medio cuerpo fuera del agua.

Pitt se acercó tambaleándose hasta donde estaba su amigo y se arrodilló a su lado. Se sentía entumecido y el costado no dejaba de dolerle.

—No sabes la alegría que me da verte. Pensaba que ya te habrías cansado de esperarme y te habrías ido con el *Quebrantaolas flotante*.

—Los restos de nuestro querido hovercraft se los ha tragado la corriente.

—¿Estás malherido? —preguntó Pitt.

Giordino esbozó una sonrisa, levantó las manos y se puso a mover los dedos.

—Al menos aún podré tocar en el Carnegie Hall.

—¿Tocar qué? Si ni siquiera eres capaz de tararear una canción decentemente. — Pitt puso cara de preocupación—. ¿Es en la espalda?

Giordino meneó la cabeza.

—He caído por la catarata agarrado al hovercraft. Cuando he llegado al fondo se me han quedado las piernas atrapadas entre las cuerdas y creo que se me han roto por debajo de la rodilla. —Parecía estar describiendo cómo se le había pinchado una rueda del coche.

Pitt palpó suavemente las contusiones de su amigo mientras éste apretaba los puños.

—Tienes suerte. Te las has roto, pero no son fracturas graves.

Giordino miró a Dirk detenidamente.

—Parece como si te hubieran metido en una lavadora durante el centrifugado.

—No son más que magulladuras —mintió Pitt.

—¿Entonces por qué estás hablando con los dientes apretados?

Pitt no le respondió. Trató de abrir un programa en el ordenador portátil pero éste también había recibido un golpe y no funcionaba. Se lo quitó del brazo y lo tiró al río.

—Lo siento por Duncan.

—A mí también se me ha roto la cámara.

—Mala suerte. No creo que nadie decida acercarse por aquí próximamente, y si aparece alguien, dudo mucho que venga por donde hemos venido nosotros.

—¿A cuánto debemos de estar de la cueva del tesoro?

—Me imagino que a unos dos kilómetros.

Giordino le miró de hito en hito.

—Vas a tener que ir solo.

—No digas sandeces.

—Yo sólo puedo ser una carga. —El robusto submarinista había dejado de sonreír—. Olvídate de mí y vete a la gruta.

—No puedo dejarte aquí.

—Por muy mal que tenga las piernas, todavía puedo flotar.

Te seguiré más tarde.

—Ten cuidado —dijo Pitt con pesar—. Puedes ir a la deriva, pero no puedes luchar contra la corriente. No te alejes en ningún momento de la orilla, porque si te arrastra el río no habrá forma de rescatarte.

—¿Qué más da si me arrastra? Mis bombonas de aire han desaparecido con todo lo demás. Si hay otra galería inundada antes de la cueva del tesoro, a poco larga que sea, no voy a conseguir salir de ella con vida.

—Deberías ser más optimista.

Giordino sacó una linterna de un cinturón que tenía alrededor de un muslo.

—Toma, lo vas a necesitar. Por lo visto, la linterna de tu casco ha salido malparada de una pelea con una roca. A todo esto, tu cara tampoco tiene muy buen aspecto, y has puesto perdido de sangre el trajecito nuevo que te habían dejado o, mejor dicho, lo que queda de él.

—Un chapuzón y todo limpio —replicó Pitt. Se sujetó la linterna en el brazo izquierdo justo encima de la muñeca que se había roto y se quitó el cinturón de lastres—. Esto ya no me hace falta.

—¿No vas a coger tus bombonas de oxígeno?

—No quiero llevar más peso que el que sea necesario.

—¿Y si te encuentras con una galería inundada?

—Bucearé hasta donde me lo permitan los pulmones.

—Hazme un favor —pidió Giordino alargándole las correas de sus bombonas de oxígeno—. Sujétame las piernas. No quiero tenerlas bailando todo el rato.

Pitt apretó las correas como buenamente pudo, con cuidado de no hacer daño a su amigo y de no mover la muñeca. Aparte de una ocasión en la que contuvo la respiración, Giordino se mostró tranquilo en todo momento.

—Descansa al menos una hora antes de echarte al agua —le aconsejó Pitt.

—Venga, no esperes más y vete a por Loren y Rudi. Te seguiré en cuanto pueda.

—Estaré atento para recogerte en cuanto aparezcas.

—Será mejor que busques una buena red.

Pitt apretó el brazo de su amigo en señal de despedida. Se metió en el agua y empezó a nadar. A los pocos segundos, la corriente ya se lo había llevado río abajo.

Tras observar cómo la luz desaparecía detrás de un recodo, Giordino se quedó a oscuras. Dos kilómetros, pensó. Todo lo que esperaba ahora era que ningún tramo del río hasta la cueva del tesoro estuviese inundado.

Zolar dejó escapar un profundo suspiro de alivio. Las cosas habían ido bien, mejor incluso de lo que había esperado. La operación estaba llegando a su fin. Ya se habían llevado la carretilla elevadora, el torno y la caravana que habían utilizado como cuartel general. De los hombres del coronel Campos sólo quedaba un pelotón, que estaba en ese momento cargando la última parte del tesoro en el único helicóptero que había todavía en la cima aparte del aparato de la ANS.

Miró con detenimiento la ordenada hilera de objetos que los soldados estaban recogiendo y trató de calcular nuevamente qué precio podría exigir por todo el lote. Se trataba de una espléndida colección de 28 estatuas que representaban a guerreros incas. Eran de oro, medían un metro de alto y suponían una muestra excepcional de la maestría de los artesanos incas.

—Con unas pocas más tendrías un juego completo de ajedrez —comentó Oxley con una mirada de admiración.

—Es una pena que no me las pueda quedar —suspiró su hermano tristemente—. Me temo que voy a tener que resignarme a comprar antigüedades legales con el dinero que nos den por ellas.

Fernando Matos se encontraba a su lado devorando con la mirada el conjunto de estatuas y tratando de determinar a cuanto podría ascender el dos por ciento que le correspondía del tesoro.

—En el Museo de Antropología de México D.C. no tenemos nada que se pueda comparar con esto.

—Siempre puede donar su parte —declaró Oxley con sarcasmo.

Matos le lanzó una mirada de desprecio y empezó a decir algo, pero se calló al ver que se acercaba el coronel Campos.

—El teniente Ramos me acaba de decir que ya no queda ningún objeto en el interior de la montaña. En cuanto sus hombres terminen de cargar las estatuas, me iré al desierto de Altar para supervisar el traslado.

—Gracias, coronel —respondió Zolar cortésmente. No se fiaba ni un pelo de Campos—. Si no le importa, le acompañaremos.

—Cómo no. —Campos echó un vistazo a su alrededor—. ¿Y sus colaboradores?

Los ojos de Zolar adquirieron súbitamente una expresión fría.

—Mi hermano Cyrus y sus hombres nos seguirán en nuestro helicóptero en cuanto hayan solucionado un par de asuntos que tienen pendientes.

Campos no necesitaba ninguna explicación.

—Es exasperante pensar en todos los ladrones que andan sueltos por ahí robando y asesinando a los visitantes extranjeros.

Mientras esperaban a que el teniente Ramos y sus hombres salieran del pasadizo y

cargasen las estatuas, Matos se acercó al demonio y se puso a observarlo con detenimiento. Estiró el brazo y le pasó la mano por el cuello. La estatua estaba sorprendentemente fría para todas las horas que llevaba al sol. De repente, dio un respingo y retiró la mano. Había tenido la sensación de que la piedra se ablandaba y se convertía en algo viscoso, como si le hubieran salido escamas.

Desconcertado, dio un paso atrás y se dio media vuelta para alejarse rápidamente. Entonces vio una cabeza que se asomaba por el borde del precipicio que había enfrente del demonio. Matos venía de una familia de profesores universitarios y no era un hombre supersticioso, de ahí que se quedara clavado en su sitio impulsado más por la curiosidad que por el miedo.

Matos pudo ver enseguida que la cabeza correspondía al cuerpo de un hombre con aspecto cansado. El extraño trepó a la cima, se puso de pie trabajosamente y le apuntó con un rifle.

Yuma se había tumbado sobre un saliente para que le bajasen las pulsaciones del corazón. Al cabo de un minuto, cuando hubo recuperado el aliento, asomó la cabeza y vio a un hombre pequeño, calvo y vestido incongruentemente de traje y corbata que le miraba con cara de sorpresa. Le recordó a los hombres del gobierno que pasaban por su pueblo una vez al año y les prometían fertilizantes, pienso, grano y dinero. Luego se iban y nunca cumplían sus promesas. Trepó finalmente a la cima y vio a un grupo de hombres cerca de un helicóptero militar a unos treinta metros de donde él se encontraba. Afortunadamente, no le habían visto. Su plan inicial era esconderse detrás del demonio nada más llegar a la cumbre, pero la presencia del extraño lo había desbaratado todo.

—Si habla, es hombre muerto —susurró mientras apuntaba al extraño con su viejo Winchester.

Yuma oyó a sus espaldas al primero de sus hombres, que acababa de llegar a la cima. Aún así, la situación era desesperada. Los más rezagados todavía tardarían un minuto como mínimo en reunirse con él. Si el individuo que tenía enfrente daba la voz de alarma, perderían el factor sorpresa y los hombres que no hubieran llegado se encontrarían en una situación sumamente comprometida. Tenía que hallar la manera de ganar tiempo.

De pronto, un oficial y varios soldados aparecieron por una garganta cercana al helicóptero. La situación se complicaba. Con la vista al frente, se dirigieron hacia una fila de hombres de pequeño tamaño. Yuma habría jurado que estaban cubiertos de oro.

En cuanto vio a los soldados, el piloto del helicóptero puso en punto muerto el motor de la aeronave y apretó el interruptor de arranque de los rotores.

Matos empezó entonces a subir los brazos.

—¡Baja las manos! —gritó Yuma.

Matos obedeció enseguida.

—¿Cómo han logrado pasar por nuestros puestos de seguridad? ¿Qué están haciendo aquí?

—Para mi tribu, éste es un lugar sagrado —respondió Yuma con calma—. Ustedes lo están profanando con su avaricia.

Conforme pasaban los segundos iban apareciendo más montólos. En cuanto trepaban al borde de la cumbre, se escondían detrás del demonio. Habían llegado hasta ahí sin hacer daño a nadie y lo que menos deseaba Yuma era empezar ahora.

—Acerquese lentamente —ordenó a su prisionero— y póngase al lado del demonio.

Matos le lanzó una mirada llena de rabia. Poco a poco su enorme codicia lograba que se olvidara del miedo. La parte que se iba a llevar del tesoro le haría más rico de lo que hubiera podido imaginar jamás y no podía renunciar a ello por culpa de una pesadilla de indios supersticiosos. Volvió la cabeza nerviosamente y vio al grupo de soldados que se acercaba al helicóptero. Sintió un nudo en el estómago; su sueño dorado estaba a punto de frustrarse.

Yuma ya se había dado cuenta de la situación. El prisionero se le estaba escapando de las manos.

—¿Quiere oro? ¿Eso es lo que quiere? Cójalo entonces y largúese de nuestra montaña.

Matos se fijó en ese momento en todos los hombres que se estaban reuniendo detrás de la estatua. Ya no podía aguantar más. Se dio la vuelta y echó a correr.

—¡Intrusos, hay intrusos! ¡Disparad!

Yuma tenía el rifle a la altura de la cintura. Ni siquiera le hizo falta levantarlo y apuntar. Apretó el gatillo y acertó a Matos en la rodilla. El burócrata dio un traspié, perdió las gafas y cayó de bruces. Se dio rápidamente la vuelta y se sujetó la rodilla con las dos manos.

Como si fueran un grupo de fantasmas en un cementerio, los vecinos y familiares de Yuma se desplegaron rápidamente y empezaron a rodear el helicóptero. El teniente Ramos advirtió al instante que no se le permitía hacer ninguna tontería. Sus hombres eran ingenieros, no soldados de infantería, e iban desarmados. Levantó las manos en señal de rendición y lanzó un grito a sus hombres para que hicieran lo mismo.

—¿De dónde leches han salido esos indios? —exclamó Zolar.

—No hay tiempo para explicaciones —contestó Oxley—. Vamonos de aquí. Empujó a su hermano por el portalón de carga y saltó detrás de él.

—¡Los guerreros de oro! —exclamó Zolar—. No los podemos dejar aquí.

—Olvídalos.

—¡No! —insistió.

—¡Maldito idiota! ¿Pero no lo ves? Esos hombres van armados. Los ingenieros

no pueden hacer nada. —Se volvió al piloto y gritó—. ¡Despega! ¡Ándale, ándale!

El coronel Campos no había reaccionado con la misma rapidez que los demás. Cuando por fin se percató de lo que estaba pasando, cometió la estupidez de ordenar al teniente Ramos y a sus hombres que hicieran frente a los indios.

—¡Atacadles!

Ramos le miró fijamente.

—¿Con qué quiere que lo hagamos, coronel? ¿Con las manos vacías?

Yuma y sus hombres se encontraban ya a sólo diez metros del helicóptero. Hasta el momento nadie había vuelto a abrir fuego. De pronto, al ver el reflejo del sol sobre los guerreros de oro, tuvieron un momento de indecisión. El único objeto de oro puro que habían visto en sus vidas era el cáliz que albergaba la pequeña iglesia de Llano, un pueblo cercano al suyo.

De repente, una gran nube de polvo se formó en torno al helicóptero. El piloto acababa de empujar la palanca del acelerador y las hélices habían comenzado a girar furiosamente. Acto seguido las ruedas se separaron del suelo. El coronel Campos pareció advertir en ese momento que, dadas las circunstancias, lo más conveniente era desaparecer del mapa, por lo que se puso a correr y, animado por Oxley, dio un salto hasta el portalón de carga.

En ese preciso instante, el helicóptero hizo un movimiento brusco hacia arriba. Campos se encontró de improviso sin puntos de apoyo. Llevado por el impulso, siguió corriendo y cayó por el precipicio como si hubiese tomado carrerilla para tirarse a una piscina. Oxley pudo ver cómo el cuerpo del coronel iba haciéndose cada vez más pequeño y acababa estrellándose contra las rocas.

—Dios mío —murmuró.

Zolar no había visto la caída del militar. Aunque se encontraba en el fondo del compartimiento con una severa expresión en el rostro, su mente estaba en otra parte.

—Cyrus está todavía dentro de la montaña.

—Está con Amaru y sus hombres. No te preocupes, con las automáticas que llevan no creo que les resulte muy difícil acabar con una pandilla de indios armados con escopetas de caza. Vendrán en el otro helicóptero.

Entonces Zolar se dio cuenta de que faltaba alguien.

—¿Dónde están Matos y el coronel?

—A Matos le han disparado y el coronel no ha logrado subir al helicóptero a tiempo.

—¿Se ha quedado en el cerro?

—No, se ha *caído* del cerro. Está muerto. La reacción de Zolar habría hecho las delicias de un psiquiatra. Se quedó pensativo durante un segundo y se echó a reír.

—A Matos le han disparado y el coronel está muerto. Eso significa más beneficios para la familia.



El plan preparado por Pitt y Yuma había tenido éxito. La cima era suya y los maleantes habían sido expulsados de la montaña sagrada de los muertos.

El teniente Ramos y el pelotón de ingenieros ya habían empezado a bajar por el escarpado sendero que llevaba hasta el valle vigilados por dos de los sobrinos de Billy. No había manera de transportar a Matos, por lo que, una vez se le hubo vendado la rodilla, se le obligó a seguir al resto de los prisioneros con la ayuda de dos de los ingenieros.

Picado por la curiosidad, Yuma se acercó a la entrada del pasadizo. Desde que Pitt le había hablado sobre el río subterráneo, no había dejado de pensar en él. Ahora tenía la oportunidad de explorar la caverna y verlo con sus propios ojos. Sin embargo, el indio tenía miedo de meterse en las entrañas de la montaña sagrada. Además, había surgido un pequeño problema. Los montólos más jóvenes estaban discutiendo sobre las estatuas; querían dejarlo todo y llevárselas antes de que volviesen los soldados.

—Esta montaña es nuestra —dijo el hijo del vecino de Yuma—. Los hombrecitos de oro nos pertenecen.

—Antes tenemos que ver el río que hay dentro de la montaña —replicó Yuma.

—A los vivos nos está prohibido entrar en el reino de los muertos —le advirtió su hermano mayor.

Uno de sus sobrinos le miró con cara de incredulidad.

—No hay ningún río que pase por debajo del desierto.

—Yo creo al hombre que me lo dijo.

—Un gringo es tan digno de confianza como todos los que tienen sangre española en sus venas. No te puedes fiar de ellos.

Yuma señaló las estatuas de oro.

—Esto es una prueba de que no nos han mentido.

—Como no nos vayamos ahora mismo, los soldados volverán y nos matarán —intervino otro vecino.

—Los hombrecillos de oro pesan demasiado para llevarlos auestas por el sendero —argumentó un joven—. Lo único que podemos hacer es atarlos a una cuerda y bajarlos por las paredes, y eso lleva tiempo.

—Deberíamos rezarle al demonio e irnos de aquí ahora mismo —declaró el hermano de Billy.

El joven insistió.

—No hasta que no hayamos bajado a los hombrecitos de oro.

Yuma se dio por vencido de mala gana y se dirigió a sus amigos y familiares.

—Que así sea. Yo tengo una promesa que cumplir, por lo que voy a entrar a la montaña solo. Vosotros llevaos los hombrecitos de oro, pero daos prisa. No queda mucho para que se ponga el sol.

Se dio la vuelta y entró por el boquete. Apenas sintió miedo. El plan de subir a la

cumbre había sido beneficioso. La expulsión de los hombres malvados había apaciguado al demonio y, ahora que contaba con su bendición, tenía la seguridad de que podía entrar en el reino de los muertos sin ningún problema. Tal vez incluso podría dar con una pista que le permitiese encontrar los ídolos sagrados de su tribu.

Loren ya no tenía fuerzas para nada. Estaba hundida y lo único que sentía era autocompasión. Había perdido el sentido del tiempo y ni siquiera recordaba la última vez que había comido. Acurrucada en la diminuta celda, le resultaba imposible imaginarse lo que significaba estar seca y entrar en calor. Le daba la impresión de que hacía años que no tenía esas sensaciones.

La confianza en sí misma, su independencia, la satisfacción que le suponía ser una respetada legisladora de la única superpotencia del mundo: todo ello había dejado de tener significado para ella. El Congreso le parecía ahora un lugar de otro planeta. Había luchado por sobrevivir hasta el límite de sus fuerzas, pero ya no aguantaba más: eso era el fin y lo aceptaba. Era mejor morir y acabar de una vez.

Levantó la cabeza y miró a Rudi. Apenas se había movido durante la última hora. No le hacía falta ser médico para saber que su estado iba de mal en peor. Tupac Amaru, en un ataque de ira y sadismo, le había roto varios dedos a pisotones, y luego había empezado a darle patadas en el estómago y en la cabeza. Si no le atendía un médico pronto, moriría.

Loren se puso a pensar en Pitt. Todas las posibilidades de que éste los salvara habían quedado descartadas. La única solución sería que Pitt apareciese al frente del Séptimo de Caballería, lo cual era más bien poco probable.

Se acordó de las otras ocasiones en las que la había salvado. La primera fue a bordo de un crucero ruso, en el que Loren había sido apresada por agentes del antiguo gobierno soviético. Pitt la había rescatado cuando estaba a punto de recibir una salvaje paliza. La segunda ocasión fue cuando el fanático Hideki Suma les había tomado a ella y a otro diputado como rehenes en una ciudad sumergida cerca del Japón. Pitt y Giordino habían arriesgado sus vidas para liberarles.

No tenía ningún derecho a darse por vencida. Sin embargo, Pitt estaba muerto, le habían asesinado con unas granadas de expansión. Si sus compatriotas hubieran podido enviar un comando de fuerzas especiales, haría ya tiempo que lo habrían hecho.

Loren había tenido la oportunidad de presenciar el traslado del tesoro por la abertura de la gruta en la que se encontraban y sabía que cuando acabasen de sacarlo todo, habría llegado el momento de morir. No tuvo que esperar mucho. Uno de los malolientes secuaces de Amaru se acercó al guarda y le dio una orden; el matón se volvió y les hizo una señal para que salieran.

—Venga, salid.

Loren despertó a Rudi y le ayudó a ponerse en pie.

—Han dicho que salgamos —susurró con dulzura.

Gunn la miró aturdido y, sorprendentemente, esbozó una sonrisa.

—Ya iba siendo hora de que nos diesen una habitación mejor.

Gunn salió de la gruta apoyado sobre el hombro de Loren. Desde ahí fueron conducidos a la orilla del río. El guarda tuerto les dio un empujón y les dejó en un claro que había entre las estalagmitas, a continuación se apartó a unos metros de distancia.

Amaru estaba bromeando con cinco de sus hombres. A su lado se encontraba el tipo que Loren había visto hablando con Pitt en el transbordador. A diferencia de los latinoamericanos, que tenían un aspecto relajado y no parecían pasar calor, Cyrus Sarason no dejaba de sudar y tenía los sobacos de la camisa empapados. A Loren le recordó al típico profesor de instituto al que le hacen la mala faena de encargarle la vigilancia de un baile de fin de curso. Tupac Amaru, en cambio, parecía pletórico, rebosante de entusiasmo. En cuanto vio a la diputada, la devoró con los ojos, se acercó a ella como un rayo y le cogió violentamente por la barbilla.

—¿Estás lista para divertirnos?

—Déjala en paz —ordenó Sarason—. No hay razón por la que tengamos que quedarnos aquí más tiempo del necesario.

A Loren se le revolvieron las tripas. «Esto no, Dios mío, esto sí que no», pensó.

—Si van a matarnos, acaben de una vez —dijo.

—Tus deseos se harán realidad muy pronto. —Amaru se echó a reír sádicamente—. Pero antes tienes que complacer a mis hombres. Si cuando acaben se sienten satisfechos, cabe la posibilidad de que te den un aprobado y te dejen vivir. Si no, harán como los romanos y bajarán el pulgar, así que te sugiero que te portes bien con ellos.

—¡Esto es una locura! —exclamó Sarason.

—Utiliza tu imaginación, amigo mío. Mis hombres y yo hemos trabajado muy duro para sacar tu oro de la montaña. Lo menos que podrías hacer es recompensarnos por nuestros servicios antes de que salgamos de este infierno.

—Se os va a pagar muy bien por vuestros servicios.

—¿Qué expresión se utiliza en este tipo de casos? ¿Dietas? —preguntó Amaru resoplando.

—No tengo tiempo para jueguecitos sexuales —contestó Sarason.

—Pues vas a tener que sacarlo de donde sea —susurró Amaru como si fuera una serpiente a punto de morder—, porque si no mis hombres se van a enfadar mucho y no creo que sea capaz de controlarlos.

Sarason miró a los cinco matones que rodeaban al asesino y se encogió de hombros.

—No tengo el menor interés por ella. —La miró fijamente durante un segundo y concluyó—: Haced lo que queráis, pero acabad pronto. Aún queda trabajo por hacer y no quiero que mis hermanos esperen más de la cuenta.

Loren estaba a punto de vomitar. Miró a Sarason con expresión suplicante.

—Usted no es como ellos. Sabe quién soy y a quién represento. ¿Cómo puede quedarse ahí parado y permitir esto?

—La crueldad y la barbarie forman parte de la vida de estos inadaptados —respondió él con indiferencia—. Cualquiera de ellos podría cortar el cuello a un niño con la misma tranquilidad con la que nosotros podemos cortar un filete.

—¿Así que se va a quedar con los brazos cruzados mientras ellos dan rienda suelta a sus perversiones?

Sarason volvió a encogerse de hombros.

—Puede ser incluso divertido.

—Usted vale tanto como ellos.

Amaru sonrió impudicamente.

—Me encanta poner en su sitio a las mujeres arrogantes como tú.

El asesino dio por terminada la conversación. Hizo un gesto a uno de sus hombres y dijo:

—Julio, tú tienes el honor de ser el primero.

Los demás pusieron cara de decepción por no ser el elegido. El afortunado esbozó una sonrisa llena de lascivia, se acercó a Loren y la agarró por el brazo.

El pequeño Gunn, que malherido como estaba apenas se podía tener en pie, se lanzó hacia él y le metió un cabezazo en el estómago. Su embestida tuvo el mismo resultado que el de un bastonazo contra el portón de un fuerte. El gigante peruano dejó escapar un gruñido y le soltó un despiadado revés que le tumbó.

—Tírad a ese pequeño cabrón al río —ordenó Amaru.

—¡No! —gritó Loren—, por amor de Dios, no le maten.

Uno de los matones cogió a Gunn por el tobillo y empezó a arrastrarlo hacia el río.

—Puede que estés cometiendo un error —advirtió Sarason a Amaru.

Amaru le miró extrañado.

—¿Por qué?

—Es muy probable que este río desemboque en el golfo. Creo que en vez de dejar los cuerpos flotando para que los identifiquen, lo más inteligente sería que desaparecieran para siempre.

Tras quedarse pensativo durante un instante, Amaru se echó a reír.

—Un río subterráneo que va a dar al mar de Cortés. No está nada mal. Los investigadores estadounidenses nunca sospecharán que han sido asesinados a cien kilómetros de distancia. La idea me gusta. —Hizo un gesto al hombre que estaba arrastrando a Gunn para que continuara—. Mételo en la corriente todo lo que puedas.

—No, por favor —suplicó Loren—. Haré lo que me pidan si le dejan.

—Eso vas a hacerlo de todas formas —replicó Amaru sin inmutarse.

El guarda tiró a Gunn al río con la misma facilidad que un lanzador de pesos. El subdirector de la ANS cayó ruidosamente al agua y desapareció sin decir ni una palabra.

Amaru se volvió a Loren e hizo otra señal a Julio.

—Que empiece el espectáculo.

Loren soltó un grito y, como si fuera un gato, se abalanzó sobre el tal Julio y le clavó sus largas uñas en los ojos.

Un alarido atroz retumbó por toda la caverna. El hombre que hacía un momento se disponía a violar a Loren ahora se cubría la cara con las manos y chillaba como un cerdo en el matadero. Sarason, Amaru y sus hombres se quedaron conmocionados: los dedos de Julio estaban cubiertos de sangre.

—¡Dios santo! —gritó—. ¡Esa zorra me ha dejado ciego!

Amaru arremetió contra Loren y le dio un bofetón en la cara. La diputada se tambaleó, pero no llegó a caerse.

—Esto lo vas a pagar —anunció el asesino en un tono glacial—. Cuando terminemos con lo que teníamos pensado en un principio, sufrirás en tus propias carnes lo que acabas de hacerle a Julio. Luego morirás.

El miedo había desaparecido del rostro de Loren para dar paso a una expresión de furia. Si la mala alimentación y los malos tratos no la hubieran dejado en un estado de debilidad tal, se habría defendido a capa y espada. Se puso a darle patadas a Amaru, pero éste ni se inmutó: parecían hacerle tanto daño como las picaduras de un mosquito.

Tras cogerla por las muñecas e inmovilizarla, el asesino trató de darle un beso. Loren le escupió en la cara. Enfurecido, Amaru le soltó un puñetazo en el estómago.

Loren se dobló de dolor. Sintió que se quedaba sin aire y empezó a toser. Trastabilló y cayó al suelo lentamente con las manos en el estómago.

—Como Julio ya no puede funcionar, podéis empezar vosotros —dijo el asesino.

Los hombres de Amaru agarraron a Loren, la tumbaron boca arriba y tras abrirla de brazos y piernas, le arrancaron los cuatro trapos que llevaba. Indefensa, la diputada dio un alarido de terror. Su piel, suave y de color cremoso, brilló a la luz de los fluorescentes que habían dejado los ingenieros. Los matones se quedaron extasiados ante el espectáculo de su cuerpo desnudo.

El guarda tuerto se arrodilló delante de ella y empezó a jadear con una sonrisa de lujuria animal en los labios. Apretó su boca contra la de ella y le mordió el labio inferior. Loren sintió el regusto de la sangre. Estaba atrapada en una pesadilla espeluznante. Cuasimodo levantó la cabeza y empezó a sobarle los senos con sus manos callosas. Parecían lija sobre su piel suave. Asqueada, empezó nuevamente a soltar alaridos.

—Defiéndete —le increpó el matón con voz ronca—. Me gustan las mujeres que

se defienden.

El tuerto se echó sobre ella. Loren se hundió en una espantosa serie de humillaciones. Los gritos de pánico se convirtieron en chillidos de dolor.

De pronto, sintió que tenía las manos libres y aprovechó para dar un zarpazo al matón en la cara. El tuerto se incorporó conmocionado. Tenía las dos mejillas en carne viva. Se volvió a los dos guardas que se suponía que tenían que estar sujetándole las manos y los miró aturdido.

—Idiotas, ¿qué estáis haciendo?

Los dos hombres, que estaban de cara al río, se echaron hacia atrás con la boca abierta y empezaron a santiguarse como si trataran de protegerse del mismísimo diablo. Tenían los ojos clavados en el agua. Perplejo, Amaru se dio media vuelta y aguzó la vista para averiguar qué estaba pasando. Lo que vio hubiera vuelto loco al hombre más cuerdo. Una luz fantasmal se movía debajo del agua en dirección hacia donde él se encontraba. Todos se habían quedado atónitos. La luz empezó a elevarse y al instante apareció en la superficie una cabeza cubierta con un casco.

Una forma humana empezó a salir de las tenebrosas profundidades del río y se fue acercando a la orilla. Parecía un fantasma recién salido de los abismos. El extraño, cubierto de unos andrajos de color negro con aspecto de algas, parecía un ser venido de otro planeta, algo que los presentes empezaron realmente a creerse cuando vieron lo que acarreaba.

Como si fuera un padre con un hijo a cuestas, la aparición llevaba en sus brazos el cuerpo inerte de Rudi Gunn.

Sarason se había quedado pálido como un cadáver. No daba crédito a sus ojos. Sudaba copiosamente y se veía incapaz de articular palabra. Amaru dio un paso adelante con la intención de hacer frente al monstruo, pero al abrir la boca para hablar, los labios empezaron a temblarle y sólo pudo proferir un leve gruñido.

—Vuelve, diablo, vuelve al infierno.

El fantasma dejó suavemente a Gunn en el suelo, se quitó el casco y abrió una cremallera que tenía en la parte de delante de su traje. Volvió la cabeza y vio el cuerpo desnudo de Loren sobre la fría roca. Sus verdes ojos brillaron a la luz de los fluorescentes.

Dos disparos resonaron de pronto en la caverna y los dos hombres que estaban todavía sujetando las piernas a Loren cayeron sobre sus desnudas rodillas con los rostros desencajados. Las balas les habían atravesado la cabeza.

Los otros tres matones se echaron a correr como si Loren acabase de contraer la peste. Julio, por su parte, seguía con las manos sobre los ojos y chillando desesperadamente a varios metros de distancia.

La diputada era incapaz de gritar más. Se había quedado mirando al hombre del río y aunque lo había reconocido, estaba convencida de que se trataba de una alucinación.

En cuestión de segundos, Amaru pasó de la conmoción a la incredulidad y de la incredulidad al horror.

—¡Tú! —exclamó con voz entrecortada.

—Parece que te sorprendes de verme, Tupac —comentó Pitt tranquilamente—. Me da la impresión de que Cyrus también se ha quedado algo desconcertado.

—No puedes estar vivo. Yo mismo me encargué de asesinarte.

—Si haces algo de forma tan chapucera, no puedes esperar que los resultados sean mucho mejores. —Sin quitar ojo a los hombres, Pitt se dirigió a Loren: ¿Estás malherida?

Lo cierto es que se sentía tan desconcertada que durante un instante le resultó imposible contestar.

—¿Dirk..., eres tú? —tartamudeó finalmente.

—Si existe otro Dirk, espero que le cojan antes de que firme muchos cheques con nuestro nombre. Siento no haber podido llegar antes.

—Gracias a ti no voy a morir. Así tendré la oportunidad de ver cómo pagan estas bestias por lo que han hecho —declaró Loren con decisión.

—No tendrás que esperar mucho —replicó Pitt en un tono glacial—. ¿Te sientes capaz de llegar al pasadizo?

—Sí, sí —murmuró ella. Empezaba por fin a comprender que lo que estaba



viendo era la realidad. Apartó aprensivamente los cuerpos que tenía encima de las rodillas y se puso de pie sin preocuparse por el hecho de estar desnuda—. Rudi se encuentra muy mal.

—¿Son estos sádicos de mierda los que os han dejado así?

Loren asintió y no dijo nada.

Pitt les miró con un profundo desprecio: en sus ojos opalinos se podía leer la palabra «asesinato».

—Cyrus se acaba de ofrecer para subir a Rudi a la cumbre —anunció al tiempo que le hacía una señal con la Colt—. Dale tu camisa.

Loren meneó la cabeza.

—Prefiero seguir desnuda a llevar su sucia camisa.

Sarason sabía que Dirk podía dispararle en cualquier momento, por lo que empezó a planear la manera de escaparse. Su instinto de supervivencia era mucho más poderoso que el miedo que podía sentir en ese momento. Se dejó caer al suelo fingiendo que la conmoción le había traspuesto y apoyó la mano sobre una rodilla a sólo unos centímetros de su Derringer calibre 38.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —preguntó a Pitt tratando de ganar tiempo.

La pregunta era demasiado trivial como para engañar a Pitt.

—Hemos venido en un crucero subterráneo.

—¿A qué te refieres con «hemos»?

—Los demás saldrán a la superficie en cualquier momento —mintió Dirk.

—¡Cogedle! —gritó Amaru de repente a los tres hombres que le quedaban en condiciones.

Aunque los tres eran asesinos consumados, no tenían ningunas ganas de morir, por lo que ni siquiera hicieron ademán de recuperar los rifles que habían dejado en el suelo antes del conato de violación. Con ver la Colt que tenía Pitt en la mano y la expresión de sus ojos, les bastaba para convencerse de que en cuanto se movieran serían hombres muertos.

—¡Cobardes de mierda! —ladró Amaru.

—Ya veo que aún sigues mandando a los demás que te hagan el trabajo sucio —comentó Pitt—. Está claro que fue un error no matarte en Perú.

—Juré que acabarías sufriendo tanto como me habías hecho sufrir a mí.

—Si has apostado la pensión que te vaya a pagar Solpemachaco a que lo consigues, ya puedes ir olvidándote de ella.

—Vas a matarnos a sangre fría —afirmó Sarason.

—En absoluto. Una muerte a sangre fría fue la que disteis al profesor Miller y a Dios sabe cuánta gente más que se habrá interpuesto en vuestro camino. Yo soy su ángel vengador y he venido para ejecutaros.

—Sin siquiera tener la decencia de ofrecernos la oportunidad de un juicio justo —

concluyó Sarason al tiempo que acercaba la mano a la Derringer. Fue entonces cuando advirtió que Pitt estaba mucho peor de lo que le había parecido en un principio. Iba como encorvado y a veces se tambaleaba. Además tenía una mano torcida que en ningún momento separaba de su costado izquierdo. «Tiene una muñeca y varias costillas rotas», pensó.

Pitt estaba a punto de desmoronarse; aún se podía abrigar alguna esperanza.

—No eres la persona más indicada para pedir justicia —contestó Dirk cáusticamente—. Es una pena que los tribunales estadounidenses no apliquen la ley del ojo por ojo y diente por diente cuando condenan a los asesinos.

—No eres quién para juzgar mis actos. Gracias a mí y a mis hermanos, hoy en día hay muchas menos obras maestras pudriéndose en los sótanos de los museos de todo el mundo. Restauramos todas las antigüedades que nos llegan a las manos y luego las entregamos a personas que las aprecian por lo que valen.

Pitt miró a Sarason de hito en hito.

—¿Y eso es una excusa? Lo único que estás haciendo es justificar los robos y los asesinatos a gran escala que tú y tus hermanos cometéis con el propósito de forraros. No eres más que un charlatán y un hipócrita.

—Asesinándome no vas a acabar con los negocios de mi familia.

—¿Pero es que aún no te has enterado? Zolar International se ha ido a hacer puñetas. Los federales han registrado vuestro almacén de Galveston. La partida de obras de arte que han encontrado es lo bastante grande para llenar cientos de museos.

Sarason se echó a reír.

—Nuestro almacén de Galveston es perfectamente legal. Todos los objetos que pasan por él son comprados y vendidos legítimamente.

—Estoy hablando del otro almacén.

Sarason vaciló unos instantes.

—Sólo hay *un* almacén...

—No, hay dos. El almacén de la planta baja y el del sótano, al que se llega por un túnel y en el que se guardan todos los objetos robados y las falsificaciones.

Sarason parecía como si le acabaran de pegar una bofetada.

—Eres un malnacido, Pitt. ¿Cómo has podido enterarte de todo esto?

—Un par de agentes federales, uno del FBI y el otro del Servicio de Aduanas, me han explicado con todo lujo de detalles cómo llevaron a cabo el registro. Además, os estarán esperando con los brazos abiertos para cuando intentéis meter el tesoro de Huáscar en los Estados Unidos.

Los dedos de Sarason estaban a sólo un centímetro de su pistola.

—Entonces se van a llevar una verdadera decepción —replicó con su característica imperturbabilidad—. No vamos a llevar el tesoro a los Estados Unidos.

—Da igual —contestó Pitt sin alterarse—, porque no vais a tener la oportunidad

de venderlo.

Disimuladamente, Sarason metió los dedos en su bota y empezó a sacar la pistola con sumo cuidado. Aunque sabía que las heridas le impedirían a Pitt reaccionar con la presteza necesaria, decidió no hacer fuego hasta que pudiera apuntar. Si fallaba la primera vez, no tendría una segunda oportunidad. Por muy herido que estuviese, Dirk no se lo permitiría. Trató de pensar una manera de ganar tiempo. Volvió la mirada a Amaru y sus tres enfurecidos matones. Julio no podía ayudarle de ninguna manera.

—Al que no le queda mucho tiempo de vida es a ti —dijo por fin—. Seguro que los soldados mexicanos que nos han ayudado a sacar el tesoro han oído los disparos. Estarán aquí de un momento a otro y acabarán contigo.

Pitt se encogió de hombros.

—Deben de estar echándose la siesta, porque si no ya habrían llegado.

—Si le atacásemos todos al mismo tiempo —comentó Sarason como si estuviera en una tertulia de sobremesa—, sólo podría matar a dos o tres antes de que el superviviente acabara con él.

Pitt les lanzó una mirada fría y distante.

—La cuestión es: ¿quién sería el superviviente?

A Amaru le daba igual morir o seguir viviendo. Sin su virilidad, no le veía sentido a la vida. No tenía nada que perder. El odio que sentía por el hombre que le había castrado y el recuerdo del martirio que había sufrido despertaron en él una rabia incontenible. Sin mediar palabra, se abalanzó sobre Pitt.

Con la agilidad y la furia de un perro rabioso, Amaru trató de hacerse con la automática de Pitt, pero antes de que pudiera llegar a tocarla, un disparo le atravesó el pecho y le perforó un pulmón. El impacto habría derribado a un hombre normal, pero Amaru estaba fuera de sí y tenía la fuerza de un toro enfurecido. Soltó un sonoro gruñido y chocó contra el submarinista, quien trastabilló y cayó de espaldas al río.

Pitt aulló de dolor. El golpe le había dado de lleno en las costillas. Se revolvió desesperadamente y de una sacudida se quitó a Amaru de encima. Le dio un culatazo en la cabeza con su Colt y levantó rápidamente el brazo para asestarle otro. Entonces vio que los tres guardas estaban a punto de coger las armas.

A pesar del dolor, Pitt tenía la Colt bien agarrada. Apuntó instintivamente y acertó al guarda tuerto en el cuello. Se desentendió de Julio y abrió fuego sobre los otros dos, quienes se desplomaron con sendas balas en el pecho.

Entonces oyó el grito de Loren. Le sonó tan lejano que no logró volverse con la suficiente rapidez para ver a Sarason con el Derringer en alto. Su cuerpo había respondido demasiado tarde a la orden de su cerebro.

Vio que el cañón de la pistola escupía una llamarada y, antes de que pudiese oír la explosión, sintió un terrible agujonazo en el hombro izquierdo. Dio un traspié y cayó al agua con los brazos extendidos. Amaru, como un oso malherido, no tardó en

echarse de nuevo sobre él. Sintió entonces que la corriente le empezaba a arrastrar y se agarró desesperadamente a las piedras del fondo.

Sarason se había acercado al agua para ver cómo luchaban los dos hombres. Amaru se había abrazado a la cintura de Dirk y estaba tratando de ahogarle. Fríamente, levantó el arma y apuntó con cuidado a la cabeza de Pitt.

—Un esfuerzo encomiable, Pitt. Eres un hombre muy resistente. Aunque te suene raro, confieso que te voy a echar de menos —comentó con una sonrisa irónica en los labios.

Sin embargo, el criminal no pudo disparar el tiro de gracia. Como si se tratara de un par de tentáculos, dos brazos atenazaron las piernas de Sarason. Éste se dio la vuelta instintivamente y, enloquecido, empezó a golpear en la cabeza a la indescriptible criatura que le había agarrado.

Giordino había seguido a Pitt dejándose llevar a la deriva por la corriente del río. Antes de llegar a la isla del tesoro, y en contra de todos sus pronósticos la intensidad de la corriente decrecía, lo que le había permitido arrastrarse hasta la orilla. La pelea de Pitt y Amaru le produjo un horroroso sentimiento de impotencia, pero cuando vio que Sarason se acercaba a ellos, se decidió a actuar.

Haciendo caso omiso de los brutales golpes que recibía en la cabeza, Giordino alzó la vista y se dirigió a Sarason con una voz profunda y pastosa.

—Te traigo recuerdos del infierno, gilipollas.

Sarason no tardó en reaccionar. Dio una sacudida y logró zafarse de una pierna. Como Giordino seguía sin ponerse de pie, enseguida adivinó que estaba malherido de cintura para abajo y empezó a darle patadas en un muslo salvajemente. El robusto italiano no pudo aguantar más, lanzó un grito de dolor y dejó libre la otra pierna.

—Debería haber supuesto que andarías cerca —declaró Sarason recuperando la serenidad.

Miró su pistola y advirtió que sólo le quedaba una bala. No sabía que hacer. A pocos metros había cuatro o cinco armas automáticas. Se volvió a Pitt y Amaru; seguían peleándose agarrados el uno al otro. La corriente ya se había hecho con ellos y los empezaba a arrastrar inexorablemente río abajo. Sarason decidió que no merecía la pena malgastar la bala con el submarinista. Si Pitt lograba acabar con Amaru y se las arreglaba para salir del agua, él tendría todo un arsenal a su disposición para matarlo.

Bajó el arma y apuntó a Giordino entre los ojos.

Entonces Loren se lanzó sobre su espalda y se abrazó a él tratando de detenerle. El asesino no tuvo ninguna dificultad para desembarazarse de ella: la cogió por los brazos y se la quitó de encima sin pestañear.

La diputada fue a parar sobre una de las armas que los guardas habían dejado en el suelo. La cogió rápidamente y apretó el gatillo. Oyó un ruido seco. Loren no sabía

lo suficiente sobre armas como para acordarse de que tenía que quitar el seguro. Levantó la vista y soltó un gemido antes de recibir un culatazo en la cabeza.

Sarason sintió un golpe en la cadera. Se dio la vuelta y advirtió que Gunn se había reanimado lo suficiente como para tirarle una piedra.

El asesino estaba impresionado ante la fortaleza y la valentía que demostraban sus enemigos. Era sorprendente que pudieran resistir con tanta dignidad. Casi le daba pena que tuviesen que morir.

Se volvió a Giordino con una sonrisa burlona en los labios. — Por lo visto, el indulto era sólo provisional —comentó mientras acercaba la pistola a medio metro de su cara.

A pesar de la inminencia de la muerte y del dolor atroz que sentía en las piernas, Giordino miró fijamente a Sarason y le sonrió con desprecio.

—Que te jodan.

El disparo retumbó como un cañón en el interior de la gruta. Sarason miró a Giordino con cara de perplejidad, se dio la vuelta mecánicamente y dio dos pasos en dirección al río. A continuación se desplomó sin vida sobre los guijarros.

Giordino se quedó estupefacto. No se podía creer que aún estuviera vivo. Alzó la vista y vio a un hombre pequeño vestido de ganadero que llevaba un rifle Winchester colgado del brazo con toda naturalidad.

—¿Quién es usted? —le preguntó.

—Billy Yuma. He venido a ayudar a un amigo —anunció. Loren sangraba por la cabeza, le observó con detenimiento.

—¿Un amigo?

—Un hombre llamado Pitt.

En cuanto oyó ese nombre, la diputada se puso de pie y corrió tambaleándose hasta el agua.

—No, Dios mío, no —murmuró con voz trémula—. Ha desaparecido.

Gunn se sentó trabajosamente y aguzó la vista. Río abajo la oscuridad resultaba impenetrable. Al igual que Giordino y Loren, quienes minutos antes habían logrado mantener la calma ante una muerte inminente, no pudo evitar sobrecogerse al ver que su viejo amigo había sido arrastrado hacia la tumba. — Tal vez consiga volver —aventuró esperanzado.

Giordino meneó la cabeza.

—Imposible. La corriente es demasiado fuerte.

—¿Dónde desemboca el río? —preguntó Loren, que a medida que pasaban los segundos se sentía más alarmada.

Giordino pegó un puñetazo de desesperación a las rocas.

—En el golfo. Dirk va camino del mar de Cortés, que está a cien kilómetros de aquí.

Loren se dejó caer al suelo y empezó a llorar desconsoladamente.

—Me ha salvado para acabar muriendo —sollozó mientras se tapaba la cara con las manos.

Billy se arrodilló a su lado y le puso la mano sobre el hombro.

—Si nadie más puede ayudarle, tal vez sea Dios quien lo haga.

Giordino estaba apesadumbrado. Había dejado de sentir el dolor de sus heridas y tenía la mirada perdida en el tenebroso fondo de la caverna.

—A cien kilómetros de aquí —repitió lentamente—. Dirk se encuentra a merced de un río enfurecido en medio de la más absoluta oscuridad, y aparte del disparo en el hombro, tiene una muñeca y dos costillas rotas. Ni siquiera Dios puede ayudar a un hombre en esas condiciones.

Yuma atendió a los tres heridos como buenamente pudo y salió corriendo hacia la cima para buscar ayuda. Cuando sus vecinos y familiares oyeron lo que había pasado, se sintieron avergonzados y decidieron entrar. Improvisaron rápidamente unas camillas con el material que habían dejado los militares y sacaron a Giordino y Gunn de la gruta. Uno de los indios más mayores le dio a Loren una manta hecha por su mujer para que se tapara.

Giordino decidió que lo mejor sería salir de allí en el helicóptero de la ANS que habían robado los Zolar. Los indios dejaron a Gunn bien seguro en el compartimento de carga y subieron a Giordino al asiento del piloto. Loren se sentó a su lado.

—Vamos a tener que pilotar esta batidora juntos —dijo el submarinista con la cara todavía desencajada por el dolor—. Tú te vas a encargar de los pedales con los que se controlan los rotores traseros.

—Espero que no sea muy complicado —contestó ella con inseguridad.

—Lo único que tienes que hacer es apretarlos suavemente con los pies.

Llamaron por radio a Sandecker, que se encontraba en el despacho de Starger paseando de un lado a otro muerto de impaciencia, y le avisaron que salían en ese momento. Dieron las gracias a los montólos y se despidieron afectuosamente. Giordino arrancó el motor y dejó que se calentase mientras examinaba los mandos. Empujó lentamente la palanca del acelerador y se volvió a Loren.

—En cuanto despeguemos, el helicóptero va a empezar a girar hacia la derecha debido al efecto de rotación. Para que no se ponga a dar vueltas sobre sí mismo, tienes que apretar con suavidad el pedal de la izquierda.

Loren asintió con decisión.

—A ver cómo me sale, aunque preferiría no tener que hacerlo.

—No tenemos otra alternativa. Si fuéramos a pie, Rudi se nos quedaría en el camino.

El helicóptero empezó a elevarse con suma lentitud. Cuando llegó a un metro de altura, Giordino lo dejó suspendido para que Loren se acostumbrara a la sensibilidad

de los pedales. Aunque al principio los apretaba en exceso, no tardó más que unos segundos en hacerse a ellos.

—Creo que ya lo tengo.

—Entonces vámonos.

Pronto consiguieron sincronizar sus movimientos, por lo que veinte minutos más tarde pudieron realizar un aterrizaje perfecto al lado del edificio del Servicio de Aduanas de Calexico. Sandecker les estaba esperando junto a una ambulancia chupando nerviosamente uno de sus puros.

En cuanto Amaru lo arrastró debajo del agua, Pitt sintió el tirón de la corriente y supo que no habría manera de volver a la cueva del tesoro. Estaba atrapado por partida doble: tenía encima un asesino que se le agarraba como una lapa y se hallaba a merced de una corriente inexorable que le llevaría directamente al infierno.

Incluso con los dos hombros ilesos, la pelea no habría durado mucho. Amaru era un consumado asesino, pero no tenía la agilidad de Pitt bajo el agua. En cuanto se dio cuenta de las intenciones de su atacante, el submarinista aspiró todo el aire que pudo y se protegió las costillas rotas con el brazo derecho. Luego se relajó y decidió no oponer resistencia para ahorrar las fuerzas que le quedaban.

Curiosamente, seguía empuñando la automática, aunque sabía que si apretaba el gatillo bajo el agua se destrozaría todos los huesos de la mano. El asesino se había deslizado de su cintura a la cadera. Tenía una fuerza descomunal, se aferraba a Pitt con furia y cada vez que se le presentaba la ocasión, trataba de arrebatarle la pistola.

Parecían dos muñecas dando vueltas en un remolino. Poco a poco fueron quedándose a oscuras y dejaron de verse el uno al otro. La negrura era tal que Dirk tuvo la impresión de estar sumergido en un mar de tinta.

Durante los siguientes 45 segundos, lo único que mantuvo vivo a Amaru fue su incontenible rabia. Desquiciado como estaba, ni se le había ocurrido pensar que a medida que tragaba agua, su pulmón se iba llenando de sangre. De este modo, cuando ya no pudo más, sus piernas chocaron con un banco de arena que se había acumulado en un meandro del río. Salió a la superficie en una pequeña galería y, a ciegas, trató de asestar a Pitt un golpe en el cuello.

Pero era inútil. La sangre le salía a borbotones del pecho y se sentía exhausto.

Haciendo un pequeño esfuerzo, Pitt logró darle un empujón y dejarle nuevamente a merced de la corriente. Rodeado por la más absoluta oscuridad, no pudo ver cómo el asesino desaparecía río abajo con la cara demudada y la mirada llena de odio. Sin embargo, sí oyó su voz maligna perdiéndose en la lejanía.

—¡Te dije que sufrirías —murmuró a duras penas—. Vas a acabar pudriéndote en la más negra y horrorosa soledad.

—No hay nada como verse engullido en una orgía de magnificencia poética —contestó Pitt en tono glacial—. Disfruta de tu viaje al golfo.

La única respuesta que obtuvo fue una tos y un gorgoteo.

Pitt sintió de pronto el dolor taladrante de sus heridas. Una terrible punzada le atravesaba el cuerpo desde la muñeca y el hombro hasta las costillas. Entonces, cuando ya pensaba que no tendría la fuerza suficiente para aguantarlo, empezó a notar cómo poco a poco le invadía el alivio del agotamiento. Jamás se había sentido tan cansado. Se arrastró como buenamente pudo hasta la parte del banco que estaba seca, apoyó la cabeza en la arena y perdió el sentido.



—No deberíamos irnos sin Cyrus. —Oxley no dejaba de mirar hacia el suroeste.

—Nuestro hermano ha salido de situaciones mucho más apuradas que ésta —replicó Zolar sin inmutarse—. Un puñado de indios de un pueblo del desierto no debería constituir ningún tipo de amenaza para los matones de Amaru.

—Tenía que haber vuelto hace rato.

—No te preocupes. Ya verás cómo Cyrus acaba apareciendo en Marruecos abrazado a un par de chicas.

Los dos hermanos se encontraban en el punto de salida de la pista de aterrizaje del desierto de Altar que las fuerzas aéreas mexicanas utilizaban para hacer sus prácticas a pesar de la precariedad de las condiciones que ofrecía el lugar. Detrás de ellos había un Boeing 747-400 pintado con los colores de una de las grandes líneas aéreas de México. El avión estaba en posición de despegue.

Zolar se puso a la sombra del ala de estribor y echó una ojeada al conjunto de objetos que Henry y Micki Moore habían inventariado. Un grupo de ingenieros del ejército mexicano subían en ese momento a bordo el mono de oro con una carretilla elevadora. El ladrón sonrió, se trataba del último objeto que faltaba por cargar.

—Ya hemos acabado.

Oxley se fijó en las solitarias dunas que rodeaban la pista de aterrizaje.

—No podías haber elegido un lugar más solitario para hacer el transbordo.

—Hemos de agradecerle la idea al coronel Campos.

—¿Han causado sus hombres algún problema tras su prematura muerte? —preguntó Oxley con más cinismo que lástima.

Zolar se echó a reír.

—Les he dado un lingote de oro de cien onzas a cada uno y no han vuelto a abrir el pico.

—Has sido muy generoso.

—Es difícil no serlo cuando uno se ve rodeado de tanta riqueza.

—Matos ya no va a poder gastarse su parte. Es una pena —comentó Oxley.

—Sí, no he dejado de llorar desde que salimos del cerro el Capirote.

El piloto de Zolar se acercó a ellos y saludó sin mucha formalidad.

—Mi tripulación está lista, caballeros. Podemos salir cuando lo deseen, aunque sería conveniente que despegáramos antes de que se ponga el sol.

—¿Han asegurado bien el cargamento? —preguntó Zolar.

—No han hecho un trabajo redondo, pero creo que el cargamento aguantará hasta que lleguemos a Nador, siempre, eso sí, que no tengamos turbulencias.

—¿Crees que tendremos alguna?

—No, señor. Según la previsión del tiempo, el cielo va a estar tranquilo durante

todo el trayecto.

—Bien, así podremos disfrutar de un viaje en calma —concluyó Zolar satisfecho—. Acuérdate de que en ningún momento debemos cruzar la frontera estadounidense.

—Según el plan de vuelo que tengo pensado, podemos llegar al Atlántico sin ningún problema si nos mantenemos al sur de Laredo y Brownsville, atravesamos el golfo de México y pasamos justo por debajo de Key West.

—¿Cuánto tardaremos hasta Marruecos? —preguntó Oxley.

—Hemos previsto que unas diez horas y cincuenta y cinco minutos. Como vamos con exceso de peso y debemos desviarnos hacia el sur, he añadido una hora, pero espero poder recuperarla si tenemos el viento a favor.

Zolar se volvió al sol, que estaba a punto de ponerse.

—Si tenemos en cuenta el cambio horario, estaremos en Nador mañana a primera hora de la tarde.

El piloto asintió.

—Despegaremos en cuanto suban a bordo. —Volvió al avión y subió por una escalerilla que había apoyada contra la puerta delantera.

Zolar le hizo una señal a su hermano para que subiera.

—Vamos: no hay razón por la que tengamos que quedarnos aquí más tiempo, a no ser que le hayas cogido gusto al desierto.

Oxley le hizo una reverencia en plan de broma.

—Usted primero. —Cuando estaba a punto de entrar al avión, se dio la vuelta y miró por última vez al suroeste—. Sigo pensando que deberíamos esperar.

—Si estuviera en nuestro lugar, Cyrus no dudaría en irse. Hay demasiadas cosas en juego como para andar titubeando. Además, nuestro hermano tiene madera de superviviente, así que no te preocupes.

Movieron las manos en señal de despedida y los ingenieros mexicanos respondieron con una ovación a sus benefactores.

Pocos minutos más tarde el gran 747-400 se elevaba por encima de las dunas del desierto en medio de un estruendo ensordecedor. El avión se inclinó ligeramente hacia estribor y viró rumbo sureste. Zolar y Oxley se acomodaron en un pequeño compartimiento para pasajeros que había en la cubierta superior detrás de la cabina del piloto.

—Me preguntó dónde se habrán metido los Moore —comentó Oxley mientras miraba por la ventanilla cómo se iban alejando del mar de Cortés—. La última vez que los he visto ha sido en la gruta, poco antes de que los ingenieros subieran el último cargamento en una de las vagonetas.

—Apostaría cualquier cosa a que Cyrus ha hecho con ellos lo mismo que con la diputada Smith y Rudi Gunn —contestó Zolar. Por primera vez en muchos días se sentía tranquilo. Alzó la vista y esbozó una sonrisa a su sirvienta personal, quien traía

un par de vasos de vino en una bandeja.

—Aunque te parezca extraño, estaba preocupado. Pensaba que nos sería difícil deshacernos de ellos.

—¿Sabes qué? Cyrus pensaba lo mismo. De hecho, según él eran un par de asesinos.

Oxley se volvió a su hermano.

—¿Ella también? Vamos, hombre, pero qué dices...

—No, de veras. Estoy convencido de que lo decía en serio. —Zolar bebió un poco de vino y asintió satisfecho—. Excelente. Un cabernet californiano de Chateau Montelena. Tienes que probarlo.

Oxley cogió el vaso y lo miró fijamente.

—Hasta que el tesoro no esté en Marruecos y Cyrus no haya salido de México no me apetece celebrar nada.

En cuanto los hermanos creyeron que el avión ya había alcanzado la altitud de crucero, se quitaron los cinturones y pasaron a la bodega para contemplar la increíble colección de antigüedades. Al cabo de poco menos de una hora, Zolar se puso rígido y miró a su hermano extrañado.

—¿No tienes la sensación de que estamos descendiendo? Oxley estaba admirando una figura de oro de una mariposa posada en una flor.

—No, no he notado nada.

Zolar seguía intranquilo, por lo que se acercó a una ventanilla y miró hacia abajo. Estaban a menos de mil metros de altura. —¡Estamos descendiendo! —exclamó—. Algo va mal.

Oxley le miró con inquietud y se acercó a su vez a la ventana.

—Es verdad. El piloto ha bajado los alerones. Parece que vamos a aterrizar. Debe de ser una emergencia.

—¿Y por qué no nos ha advertido?

Acto seguido oyeron que se abría la compuerta del tren de aterrizaje. Estaban perdiendo altura rápidamente. Sobrevolaron varias casas y carreteras y, al cabo de unos segundos, entraron en un aeropuerto. Tras una sacudida, el avión empezó a perder velocidad y poco después viró y entró en una pista de rodaje.

En una terminal cercana había un cartel que rezaba: «Bienvenidos a El Paso».

Oxley no daba crédito a sus ojos.

—Dios mío, hemos aterrizado en los Estados Unidos —exclamó Zolar.

Fue corriendo hasta la cabina del piloto y empezó a golpear la puerta frenéticamente. No obtuvo respuesta. El avión continuó frenando hasta que se paró en el otro extremo del aeropuerto ante un hangar de la Guardia Nacional de Aviación. Entonces se abrió la puerta.

—¿Qué leches estáis haciendo? Os ordeno que volváis a despegar ahora mismo...

—Zolar se quedó callado súbitamente. Alguien le acababa de poner el cañón de una pistola entre ceja y ceja.

Tanto el piloto como el copiloto y el mecánico de vuelo seguían sentados en sus butacas. Henry Moore se encontraba al lado de la puerta empuñando una extraña automática de nueve milímetros de fabricación casera, mientras Micki Moore hablaba por la radio y apuntaba al cuello del piloto con una Liliputiense automática de calibre 25.

—Nuestros ex amigos nos perdonarán por que hayamos tenido que realizar una parada imprevista —comenzó a decir Moore con una voz prepotente que jamás habían oído antes—, pero como podrán ver ha habido un cambio de planes.

La expresión de Zolar pasó rápidamente de la estupefacción a la rabia.

—Pero ¿está usted ciego o es idiota? ¿Tiene la menor idea de lo que acaba de hacer? —le increpó.

—Claro, faltaría más —contestó Moore con toda naturalidad—. Micki y yo hemos secuestrado el avión con todo su cargamento. Supongo que conocerán el viejo dicho: el que roba al ladrón tiene cien años de perdón.

—Tenemos que despegar —anunció Oxley en tono suplicante—, los agentes del Servicio de Aduanas estarán aquí en un abrir y cerrar de ojos.

—Ya que los menciona, Micki y yo hemos pensado en entregar los objetos a las autoridades.

—No sabe lo que está diciendo.

—Oh, sí que lo sé, querido Charley. Le diré además que los agentes federales tienen más interés en ustedes que en el tesoro de Huáscar.

—¿Pero de dónde han salido? —preguntó Zolar.

—Ha sido muy sencillo. Hemos llegado a la pista en uno de los helicópteros que transportaban el tesoro. Como los ingenieros estaban tan acostumbrados a vernos, no nos han puesto ninguna pega cuando hemos subido al avión. Nos hemos escondido en los servicios y cuando el piloto ha salido a la pista para hablar con ustedes, hemos entrado en la cabina.

—¿Por qué habrían de creerles los federales? —preguntó Oxley.

—Por decirlo de alguna manera, Micki y yo también fuimos agentes —explicó brevemente Moore—. Nada más entrar en la cabina, Micki ha llamado a unos viejos amigos que tiene en Washington, y ellos se han encargado de organizar la recepción.

Zolar miró a Moore como si fuera a descuartizarlo.

—Usted y su mentirosa mujer han llegado a un acuerdo con los federales. Se van a llevar una parte del tesoro, ¿verdad? —Zolar se quedó esperando una respuesta, pero el antropólogo no abrió la boca—. ¿Cuánto van a quedarse? ¿Un diez, un veinte, o tal vez un cincuenta por ciento?

—No hemos llegado a ningún acuerdo con el gobierno —confesó Moore

lentamente—. Sabíamos que no iban a cumplir su parte del trato y que tenían pensado matarnos. En un principio, nuestro propósito era quedarnos con el tesoro, pero como podrán ver, al final hemos cambiado de planes.

—Fíjate en cómo manejan las armas —observó Oxley—. Cyrus tiene razón. Son un par de asesinos.

En ese momento sonó un golpe en la puerta delantera del compartimiento de pasajeros de la cubierta inferior. Moore hizo una señal a los hermanos para que bajaran por la escalera.

—Bajen y abran la puerta —ordenó.

Los dos criminales obedecieron de mala gana. Dos hombres trajeados subieron por la escalerilla que había apoyada contra el avión. Uno era negro y corpulento, y tenía el mismo aspecto que un jugador de fútbol americano. El otro era blanco e iba impecablemente vestido. Nada más verlos, Zolar pensó que eran agentes federales.

—Joseph Zolar y Charles Oxley, soy David Gaskill, agente del Servicio de Aduanas. Me acompaña el agente Francis Ragsdale, del FBI. Caballeros, quedan arrestados por contrabando de objetos ilegales en los Estados Unidos, robo de obras de arte de museos tanto públicos como privados y falsificación y venta no autorizada de antigüedades.

—¿De qué me está hablando? —saltó Zolar.

Gaskill no le hizo caso. Se volvió a Ragsdale y esbozó una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Te gustaría hacer los honores?

Ragsdale asintió encantado.

—Sí, cómo no. Muchas gracias.

Mientras Gaskill les ponía las esposas, Ragsdale les leyó sus derechos.

—Han venido muy rápido —comentó Moore—. Nos dijeron que estaban en Calexico.

—Hemos salido en un avión militar un cuarto de hora después de que el FBI nos llamara desde Washington —informó Ragsdale.

Oxley se volvió entonces a Gaskill con una mirada que ya no expresaba sorpresa sino desafío.

—Jamás encontrarán pruebas para sentenciarlos.

Ragsdale señaló la bodega con la cabeza.

—¿Y eso qué es entonces?

—No somos más que pasajeros —repuso Zolar con serenidad—. El profesor Moore y su mujer nos han invitado a hacer un viaje con ellos.

—Ya. ¿Y me puede decir entonces de dónde han salido todas las obras de arte que tienen en su almacén de Galveston?

Oxley sonrió burlescamente.

—Nuestro almacén de Galveston es legal. Ya lo han registrado varias veces y nunca han encontrado nada.

—En ese caso —continuó Ragsdale astutamente—, ¿cómo explican la existencia de un túnel que comunica el edificio de la empresa de almacenamiento Logan con un sótano lleno de objetos robados propiedad de Zolar International?

Los hermanos se miraron el uno al otro y empalidecieron.

—Eso se lo acaba de inventar usted. —La voz de Zolar revelaba alarma.

—¿Que me lo acabo de inventar? ¿Quiere que le describa el túnel y le haga un resumen de las obras maestras que hemos encontrado?

—Es imposible que hayan encontrado el túnel.

—Zolar International y la organización clandestina Solpemachaco llevan cerradas día y medio. El cierre es indefinido —le informó Gaskill.

—Una pena que su padre, Mansfield Zolar, más conocido como el Espectro, no esté todavía vivo, porque si lo estuviera también le arrestaríamos.

Zolar parecía estar a punto de sufrir un ataque al corazón. Oxley se había quedado petrificado.

—Cuando ustedes, su familia, sus socios y sus compradores salgan de la cárcel, serán tan viejos como las obras de arte que han robado durante todos estos años.

El avión empezó a llenarse de federales. Mientras el FBI se hacía cargo de la tripulación y de la sirvienta de Zolar, los agentes del Servicio de Aduanas empezaron a sacar el tesoro de la bodega. Ragsdale hizo una señal a su equipo.

—Llévalos al juzgado.

Los dos ladrones se habían venido abajo. Los agentes los metieron en un par de coches y se los llevaron a la ciudad. Gaskill y Ragsdale se volvieron entonces a los Moore.

—No se pueden imaginar lo agradecidos que les estamos por su colaboración —dijo Gaskill—. La captura de la familia Zolar va a asestar un duro golpe al mercado negro del arte.

—No somos tan altruistas como usted se piensa —confesó Micki con una sonrisa de alivio en los labios—. Henry está seguro de que el gobierno peruano va a dar una recompensa por la captura.

Gaskill hizo un gesto afirmativo.

—Seguro que se la dan a ustedes.

—El prestigio que supone haber sido los primeros en catalogar y fotografiar el tesoro va a mejorar mucho nuestra reputación en los círculos universitarios —comentó Henry Moore mientras se guardaba la pistola.

—El Servicio de Aduanas necesitaría un inventario de los objetos que integran el tesoro —comentó Gaskill.

Moore asintió con firmeza.

—Micki y yo estaremos encantados de colaborar con ustedes. El inventario ya está hecho, así que podremos entregarles un informe completo antes de que el tesoro sea devuelto formalmente al Perú.

—¿Dónde van a guardarlo mientras tanto? —preguntó Micki.

—En un almacén del gobierno, pero no estamos autorizados para decirles dónde se encuentra —respondió Gaskill.

—¿Saben algo de la diputada Loren Smith y del miembro de la ANS?

Gaskill movió la cabeza afirmativamente.

—Hace sólo unos minutos que nos han informado de que fueron liberados por una tribu de indios y que ahora se encuentran camino del hospital.

Micki se sentó en una butaca y dejó escapar un suspiro.

—Entonces, todo ha acabado solucionándose.

Henry se sentó a su lado y le cogió de la mano.

—Al menos para nosotros —añadió dulcemente—. De ahora en adelante seremos un par de viejos profesores más y viviremos en una universidad con los muros cubiertos de hiedra.

—¿Tan mal te parece?

—No —contestó él mientras la besaba en la frente—. Creo que podremos soportarlo.

Cada vez que creía estar a punto de recuperar la conciencia, Pitt caía nuevamente en el más negro de los abismos. Durante esos breves momentos de conciencia, tenía la sensación de que estaba tratando de subir una interminable pendiente de barro. Se sentía anonadado, hundido en un pozo sin fondo. La oscuridad era absoluta. Si consiguiera abrir los ojos, pensó en su ofuscación, tal vez le sería posible asomarse a la realidad. Realizando un esfuerzo supremo, finalmente logró parpadear y salir de su estupor.

La impenetrable negrura que le rodeaba le hizo pensar durante una fracción de segundo que se hallaba encerrado en una tumba. Desesperado ante la posibilidad de que no hubiera logrado salir del abismo, meneó la cabeza con fuerza. El atroz dolor de sus heridas acabó de despertarle del todo y tras darse media vuelta, consiguió a duras penas sentarse sobre la arena. Volvió a sacudir la cabeza para despejar la neblina que todavía taponaba los intersticios de su cerebro y reanudó su lucha contra el dolor.

—Menudo ejemplar de ser humano que estás hecho —musitó.

Se tocó suavemente el corte de la cabeza. Sorprendentemente, la pérdida de sangre no le había debilitado en exceso.

Cogió la linterna que le había dado Giordino, la encendió y la metió en la arena de tal forma que le iluminara el torso. Entonces se abrió la cremallera del traje y se palpó con sumo cuidado la herida del hombro. La bala lo había atravesado de lado a lado, pero no había rozado el omóplato ni la clavícula. Gracias al neopreno con el que estaba hecho el traje de submarinismo, el orificio había empezado a cicatrizar rápidamente y apenas había perdido sangre. Aliviado por la levedad de sus heridas, se relajó y trató de hacerse una composición de lugar. Las probabilidades que tenía de sobrevivir eran escasas, por no decir inexistentes. Los cien kilómetros que le separaban del mar de Cortés podían ser una sucesión de rápidos, cascadas y galerías inundadas. No le hacía falta ningún quiromántico para saber que de lanzarse al agua, la línea de la vida de la palma de su mano se acortaría de forma precipitada. Incluso si tenía la suerte de contar con aire a lo largo de todo el trayecto, aún tendría que salvar la distancia que mediaba entre la desembocadura del río subterráneo y la superficie del golfo.

Cualquier persona que se hubiera encontrado en una situación como ésa, habría sentido un pánico insoportable y habría muerto de desesperación. Pitt, sin embargo, no estaba asustado. Se sentía satisfecho y tranquilo consigo mismo.

Si iba a morir, pensó, lo mejor sería hacerlo cómodamente, así que excavó con la mano derecha unos hoyos en la arena y se arrellanó a sus anchas. Le sorprendió ver que la luz de la linterna se reflejaba en un sinfín de granitos dorados. Cogió un



puñado y enfocó el haz de luz sobre él.

—Este lugar está lleno de oro.

Iluminó las paredes de la caverna y vio cómo estaban veteadas de filones de cuarzo blanco que a su vez se encontraban ribeteados de oro. Pitt se echó a reír. El descubrimiento resultaba ridículo después de todo lo que había pasado.

—Una mina de oro —exclamó—. Acabo de encontrar una enorme mina de oro y nadie lo sabrá nunca.

Cómodamente, se puso a contemplar su descubrimiento. Alguien debía de estar mandándole un mensaje, pensó. Por el mero hecho de que no sintiese miedo ante la llegada de su hora, no tenía que rendirse y quedarse esperando. Entonces empezó a sentir una firme determinación en su fuero interno.

No tenía por qué tirar la toalla. Era mucho mejor despedirse de este mundo con un gesto audaz, dejándose la piel. Tal vez algún explorador aficionado a la aventura daría cualquier cosa por entrar en esa maravilla de la geología. Pitt, en cambio, lo único que quería era salir de ella. Se puso de pie y tras inflar el compensador de flotación, se metió en el agua y se dejó arrastrar por la corriente.

«Una a una», se dijo conforme iba avanzando de gruta en gruta. No tenía ni la fuerza ni la capacidad de atención necesarias para hacer frente a los rápidos y sortear las rocas. Lo único que podía hacer era relajarse y dejarse llevar a la deriva.

Los diez primeros kilómetros fueron una monótona sucesión de cavernas y galerías. Creía que llevaba siglos flotando en el agua. De pronto, sin embargo, oyó el temido rumor de los rápidos y enseguida se vio rodeado de espuma. Por suerte, la corriente no era tan violenta como río arriba. Aguantó el vaivén como buenamente pudo y al cabo de unos minutos se encontró de nuevo en aguas tranquilas.

Siguió avanzando y entró en un gigantesco cañón donde el río parecía remansarse. Pitt respiró aliviado. Al cabo de una hora, vio que el techo de la galería empezaba a inclinarse hacia abajo y entraba finalmente en contacto con la superficie del agua. Aspiró todo el aire que pudo, se sumergió y empezó a nadar. Ganar metros con un solo brazo era realmente difícil. Además no llevaba aletas. Apuntó con la linterna hacia el techo y se puso a nadar de espaldas. El avance seguía siendo lento y sus pulmones ya habían empezado a protestar. Así y todo, Pitt continuó nadando. Finalmente, vio una bolsa de aire. Hizo un último esfuerzo, salió a la superficie y consiguió respirar un aire puro y limpio que llevaba siglos atrapado en las profundidades de la tierra.

Se encontraba en una gruta gigantesca: su altura era tal que el haz de luz de su linterna se perdía antes de llegar al techo. El río formaba allí un meandro cuya ribera estaba cubierta de cantos rodados. Nada más verla, Pitt dio un par de brazadas y se arrastró hasta su parte más alta para descansar un rato.

A fin de ahorrar pilas, decidió apagar la linterna, pero en el preciso momento en el

que iba a hacerlo, vio un objeto negro a unos cinco metros de distancia. Cuando se dio cuenta de lo que era, Pitt estuvo a punto de saltar de alegría. En efecto, se trataba del *Quebrantaolas flotante*. El hovercraft había caído por la catarata y había sido arrastrado cuarenta kilómetros por la corriente para acabar varado sobre las piedras. Ahora podía abrigar alguna esperanza. Pitt se acercó a él tambaleándose y lo examinó con la linterna.

El motor y el ventilador habían desaparecido y dos de las cámaras de aire estaban pinchadas, aunque las otras seis seguían en perfecto estado. Inexplicablemente, gran parte de las cosas con las que había empezado la travesía seguían en su sitio: cuatro bombonas de oxígeno, el botiquín, el tinte de Duncan, un remo, dos linternas y la bolsa impermeable con el termo y los bocadillos que les había dado el almirante Sandecker.

—Parece que mi situación ha mejorado sensiblemente —se dijo con buen humor.

Abrió entonces el botiquín, se desinfectó la herida y se la vendó toscamente por debajo del maltratado traje. Como sabía que no podía hacer nada con las costillas que se había roto, pasó directamente a la muñeca: apretó los dientes, encajó el hueso y se puso un esparadrapo.

El café estaba todavía caliente. Se bebió la mitad y empezó a devorar los bocadillos. Ni el más exquisito filete de ternera le hubiera sabido mejor que el embutido del que estaban hechos. Pitt prometió que nunca más haría chistes o se quejaría por comer embutidos.

Tras unos minutos de descanso, sintió que recuperaba buena parte de sus mermadas fuerzas. Cogió la bola de Duncan, la abrió y vertió el amarillo fluorescente con abrillantador óptico al agua. A la luz de la linterna, la superficie del río fue adquiriendo poco a poco un tono amarillo luminiscente de gran viveza. Pitt se quedó mirando hasta que la mancha desapareció río abajo.

—Así sabrán que estoy de camino —dijo en voz alta.

Empujó el hovercraft hacia la corriente, se subió con cuidado de no hacerse daño y empezó a remar río abajo. Cuando vio que el *Quebrantaolas flotante* empezaba a ganar velocidad, se recostó cómodamente y se puso a tararear la melodía de *Por un tranquilo río al sol del mediodía*.

El almirante Sandecker y los agentes Gaskill y Ragsdale pusieron al ministro de Asuntos Exteriores al corriente de todo lo ocurrido en El Paso y California. Éste, ante la gravedad de la situación, decidió saltarse todo el protocolo diplomático y llamó personalmente al presidente de México.

—Una historia increíble —opinó el presidente de México.

—Aunque cierta —repuso el ministro de Asuntos Exteriores.

—Lamento sinceramente que se haya producido este grave incidente y le prometo que mi gobierno les prestará toda la ayuda que necesiten para su investigación.

—Disculpe, señor presidente, pero de hecho tengo una lista de asuntos que desearía que nos ayudase a resolver.

—Usted dirá.

Dos horas más tarde, volvía a abrirse la frontera entre los Estados Unidos y México y eran arrestadas todas las autoridades que, creyéndose las promesas de los Zolar, habían acabado poniendo en peligro sus cargos. Entre los primeros detenidos se encontraban Fernando Matos y el jefe de policía Rafael Cortina.

Al mismo tiempo, varios navíos de la armada mexicana que se encontraban fondeados en el mar de Cortés recibían órdenes de zarpar.

Tras alzar la vista para observar una gaviota que graznaba no muy lejos del barco, el teniente Carlos Hidalgo volvió de nuevo la mirada al horizonte.

—¿Estamos buscando algo en concreto o sólo estamos de vigilancia? —preguntó despreocupadamente a su capitán.

—Estamos buscando cuerpos —respondió el capitán Miguel Maderas al tiempo que dejaba de mirar por los prismáticos. Maderas tenía una simpática cara ovalada y abundante pelo negro. Sus dientes, largos y blancos, le daban cierto parecido con Burt Lancaster cuando sonreía y, aunque no era muy alto, tenía la fuerza y solidez de una roca.

Hidalgo era el polo puesto a su jefe. Alto, delgado y de cara enjuta, parecía un cadáver bronceado.

—¿Alguien que ha sufrido un accidente?

—No, unos submarinistas que se han ahogado en un río subterráneo.

Hidalgo puso cara de incredulidad.

—¿No será una de esas historias que cuentan los gringos sobre pescadores y submarinistas que se esfuman en el desierto y luego aparecen en el golfo?

—¿Quién sabe? —contestó Maderas encogiéndose de hombros—. Lo único que sé es que la comandancia de Ensenada nos ha dado orden de patrullar por el golfo desde San Felipe a Puerto Peñasco en busca de cadáveres.

—Es un área demasiado grande para un solo barco.

—Pronto se unirán a nosotros un par de patrulleras que vienen de Santa Rosalía. Además han sido avisados todos los barcos pesqueros de la región para que notifiquen a las autoridades cualquier hallazgo.

—Eso si no se adelantan los tiburones, porque entonces no veremos ni los restos —murmuró Hidalgo con pesimismo.

Maderas se inclinó sobre la barandilla del puente, encendió un cigarrillo y se volvió hacia la popa de su barco patrullero. Se trataba de un antiguo dragaminas de 67 metros de eslora de la marina estadounidense. Su nombre oficial era el que se veía pintado a proa, G-2, aunque la tripulación le llamaba cariñosamente *El Porquería* debido a que en una ocasión había tenido que ser remolcado a puerto por un barco pesquero por culpa de una avería, una humillación que la tripulación aún no le había perdonado.

Así y todo, era un barco recio, que respondía presto al timón y se mostraba firme en mar gruesa. Las tripulaciones de varios yates y barcos pesqueros les debían la vida a Maderas y *El Porquería*.

Como segundo de a bordo, Hidalgo tema el deber de trazar un plan de búsqueda, así que estudió con detenimiento una carta de marear del norte del golfo y entregó las coordenadas al timonel. Comenzó entonces la parte más aburrida del viaje: el barco empezó a subir y bajar por las bandas de la cuadrícula que había delimitado Hidalgo con las coordenadas como si estuviera segando un césped. La primera banda fue cubierta a las ocho de la mañana. A las dos en punto de la tarde, un vigía situado en la proa soltó un grito.

—¡Objeto en el agua!

—¿Dónde? —preguntó Hidalgo.

—A ciento cincuenta metros a babor.

Maderas levantó los prismáticos y se puso a escrutar la superficie del mar. Enseguida reparó en un cuerpo que flotaba boca abajo y que estaba a punto de ser levantado por una ola.

—Ya lo veo. —Se acercó a la caseta del timón y habló con el timonel—. Acércate y ponte de costado. Que varios hombres se preparen para subir el cuerpo a bordo. —Entonces se volvió a Hidalgo—. Parad las máquinas cuando estemos a cincuenta metros.

La ola de proa fue disminuyendo progresivamente de tamaño a medida que el barco se acercaba al punto donde flotaba el cuerpo. Desde el puente de mando, Maderas pudo ver que la cara del individuo estaba en unas condiciones lamentables y que sus hinchados rasgos habían quedado absolutamente desfigurados. No era extraño que a los tiburones no les hubiese resultado apetecible, pensó.

Se volvió a Hidalgo y sonrió.

—No hemos tardado una semana como pensábamos.

—Hemos tenido suerte —murmuró el segundo de a bordo.

Sin mostrar ningún tipo de respeto, dos tripulantes clavaron un gancho al cadáver y lo arrastraron hasta una camilla de malla que habían bajado al agua. Pocos segundos más tarde el muerto se encontraba sobre la cubierta. El cuerpo había quedado reducido a un amasijo de carne amoratada que a duras penas se parecía a un ser humano. Antes de ordenar que lo metieran en una bolsa, Maderas pudo oír a más de un miembro de su tripulación vomitando en el mar.

—Bueno, no sé quién sería, pero al menos nos ha hecho un favor —comentó Hidalgo.

Maderas le miró extrañado.

—¿De qué estás hablando?

Hidalgo sonrió casi imperceptiblemente.

—No llevaba en el agua el tiempo suficiente como para oler.

Tres horas más tarde, la patrullera entraba en el puerto de San Felipe y anclaba al costado del *Alhambra*.

Como Pitt había sospechado, Gordo Padilla y sus hombres habían vuelto con sus respectivas mujeres y novias nada más llegar a la costa y habían celebrado la huida con una siesta de tres días. Después, vigilados por los hombres de Cortina, habían vuelto al transbordador y se habían dedicado a bombear el agua del pantoque, sacar la quilla del barro y poner las calderas en marcha. Luego habían regresado a San Felipe y habían amarrado el barco en el muelle.

Maderas e Hidalgo creyeron que lo que estaban viendo se parecía más a la sala de urgencias de un hospital que a la cubierta para coches de un transbordador.

Loren iba vestida con pantalones cortos y *top*, de ahí que se le vieran magulladuras en distintas partes del cuerpo y las vendas que llevaba en los hombros, las piernas y a la altura del diafragma. Giordino estaba sentado en una silla de ruedas y tenía las dos piernas escayoladas.

Quien no estaba allí era Rudi Gunn, que seguía internado en un centro médico al norte de Calexico recuperándose de varias contusiones de carácter grave que tenía en el estómago, de la leve fractura que había sufrido en el cráneo y de la rotura de seis dedos de las manos.

Aparte de Giordino y Loren, en la cubierta del transbordador se habían reunido el almirante Sandecker, Peter Duncan, Shannon Kelsey y Miles Rodgers. Además había un contingente de la policía local, un médico forense y su ayudante. Cuando la tripulación de la patrullera empezó a bajar el cuerpo sobre la cubierta del *Alhambra*, todos los presentes se quedaron mirando con gesto sombrío.

Antes de que el forense y su ayudante tuvieran tiempo de subir el cadáver a una camilla, Giordino dio un empujón a su silla de ruedas y se acercó a ellos.

—Me gustaría ver el cuerpo —declaró con firmeza.

—No tiene muy buen aspecto, señor —le advirtió Hidalgo desde la patrullera.

El forense, un hombre pequeño con mirada cansada y pelo canoso, no parecía estar muy seguro de si era legal que un extranjero viese el cadáver.

—¿Quiere que lo identifique, sí o no? —preguntó Giordino fríamente.

Aunque el médico no sabía inglés suficiente como para entender lo que decía Giordino, hizo un señal a su ayudante para que abriese la cremallera de la bolsa.

Loren se puso pálida y volvió la cara. Sandecker, en cambio, se acercó a Giordino.

—¿Es él?

Giordino hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No, no es Dirk. Es ese psicópata, Tupac Amaru.

—Dios mío, parece como si le hubieran metido en una hormigonera.

—Algo peor —afirmó Duncan estremeciéndose—. Ha debido de chocar contra todas las rocas que hay de aquí al cerro el Capirote.

—Le está bien empleado —murmuró Giordino mordazmente.

—En algún punto entre la cueva del tesoro y la desembocadura del río tiene que haber un remolino realmente salvaje —comentó Duncan.

—¿No han encontrado otro cuerpo? —preguntó Sandecker a Hidalgo.

—No, señor. Éste es el único que hemos encontrado, pero tenemos orden de buscar dos.

—Si aún no le han encontrado, tiene que estar en el río.

—Tal vez la corriente le haya arrojado a una playa o a un banco de arena —aventuró Shannon esperanzada—. Podría estar todavía vivo.

—¿Por qué no envía una expedición de rescate? —preguntó Rodgers al almirante. Sandecker meneó la cabeza lentamente.

—Eso equivaldría a condenar a mis hombres a una muerte segura.

—El almirante tiene razón —opinó Giordino—. Entre el cerro y la desembocadura puede haber una docena de cascadas como la que Dirk y yo nos encontramos. Incluso si se dispone de un hovercraft como el *Quebrantaolas flotante*, es prácticamente imposible salvar cien kilómetros de rápidos, rocas y cataratas.

—No debemos olvidarnos además de que quizá hayan varias galerías inundadas —añadió Duncan—. Sin un buen equipo de submarinismo, el riesgo de ahogarse es altísimo.

—¿Hasta dónde cree que le habrá arrastrado la corriente? —preguntó Sandecker.

—¿Desde la cueva del tesoro?

—Sí.

Duncan reflexionó durante unos segundos.

—Existe alguna posibilidad de salvarle. Pongamos que haya conseguido llegar a algún lugar seco a menos de quinientos metros del cerro. En ese caso se podría

mandar a una persona atada a una cuerda de seguridad y cuando lo encontrase, podríamos sacarlos a los dos contra corriente.

—¿Y si la cuerda se acabara antes de encontrar a Pitt? —preguntó Giordino.

Duncan se encogió de hombros.

—Entonces, su cuerpo tendría que aparecer en el golfo. De lo contrario, no lo volveríamos a ver jamás.

—¿Hay alguna esperanza de que salga vivo? —preguntó Loren en tono suplicante—. ¿Aunque sea una sola?

Duncan miró a Giordino y Sandecker antes de contestar. Las caras de todos los presentes reflejaban la más profunda pesadumbre y desesperación. El hidrólogo se volvió a Loren y le dijo con voz queda:

—No puedo mentirle, señora Smith. —Parecía como si el mero hecho de hablar le supusiera un gran esfuerzo—. Pitt tiene tantas posibilidades de salvarse como las tendría un hombre malherido que se hubiera caído en el río Colorado cerca del Gran Cañón y quisiera llegar al lago Mead a la altura de Las Vegas.

La respuesta de Duncan supuso un duro golpe para Loren. Empezó a tambalearse como si le hubiera dado un ataque al corazón, y de no ser por Giordino, se habría caído directamente al suelo. Al cabo de unos segundos, susurró:

—Para mí, Dirk Pitt no morirá nunca.

—Hoy los peces están un poco tímidos —comentó Joe Hagen a su mujer.

Claire estaba tumbada boca abajo sobre el tejado de la cabina. Llevaba un bikini morado con la parte de arriba suelta y leía una revista. Al oír a su marido, se levantó las gafas de sol y se echó a reír.

—Eres incapaz de pescar un solo pez, incluso dejarías perder el que te saltase a la cubierta.

Hagen esbozó una sonrisa.

—Espera y verás.

—Lo único que se puede pescar en el norte del golfo son camarones —insistió ella con ganas de fastidiar.

Los Hagen rondaban los sesenta años, pero se encontraban en buena forma física. Como la mayoría de las mujeres de esa edad, Claire tenía el trasero abultado y la cintura algo fofa. Sin embargo, conservaba la piel de la cara bastante tersa y todavía tenía unos pechos firmes y generosos. Joe era un hombre corpulento que seguía manteniendo una batalla perdida de antemano con su barriga.

La pareja tenía un concesionario de coches en Anaheim y se había especializado en la venta de automóviles usados de poco kilometraje, pero desde que Joe adquirió la embarcación, habían ido dejando poco a poco el negocio en manos de sus dos hijos. El velero, al que Joe había decidido llamar el *First Attempt*, procedía de Newport Beach, y se trataba de un queche de quince metros de eslora. Normalmente

hacían la misma travesía: bajaban por el litoral, daban la vuelta al cabo San Lucas y se adentraban en el mar de Cortés. Así pasaban los meses de otoño, navegando de arriba abajo y fondeando en todos los puertos pintorescos que había a lo largo de la costa.

Sin embargo, ésta era la primera vez que subían tan al norte. Joe seguía faenando tranquilamente a la espera de que algún pez se dignara a picar y echaba de vez en cuando una ojeada al sondímetro. Las mareas en esa parte del golfo podían variar hasta siete metros y no quería quedarse varado en un banco de arena que no apareciera en los mapas.

Aunque le tranquilizó ver que se encontraban sobre una depresión de cincuenta metros, se quedó algo extrañado. La profundidad del mar en el norte del golfo era bastante regular y no solía superar los diez metros con marea alta. Además, el fondo en esa zona estaba normalmente cubierto por una mezcla de arena y sedimentos y, según lo que había detectado el batómetro, lo que tenían debajo era una masa irregular de roca.

—¡Aja! La gente siempre se ríe de los grandes genios y al final siempre pasa lo mismo —dijo Joe cuando vio que la caña se movía. Empezó a tirar del carrete y vio que había picado una corvina de California tan larga como su brazo.

—Venga, títala al agua. Es demasiado bonita para que te la quedes.

—Qué cosa más rara.

—¿A qué te refieres?

—Todas las corvinas que he pescado son blancas y tienen motas negras. Ésta, en cambio, parece un canario fluorescente.

Claire se sujetó la parte de arriba del bikini y se acercó a donde estaba su marido para ver el pez de cerca.

—Es algo extrañísimo —insistió Joe. Las palmas de las manos estaban manchadas de amarillo—. Parece como si lo hubieran pintado.

—Las escamas parecen lentejuelas cuando les da el sol —comentó Claire.

Joe levantó la mirada y se fijó en la superficie del mar.

—Y el agua parece zumo de limón...

—Igual es un buen sitio para pescar.

—Puede que tengas razón, querida. —Joe se acercó a proa y echó el ancla—. Tan bueno como cualquier otro para quedarse toda la tarde intentando pescar una pieza bien grande.



Pitt no tenía tiempo ni para tomarse un respiro. Hasta el momento, ya se había encontrado con cuatro cascadas, aunque por suerte, ninguna de ellas resultó ser tan alta como la que estuvo a punto de matarles a él y a Giordino horas atrás. La más peligrosa tenía dos metros. El *Quebrantaolas flotante* saltó valientemente al vacío para ir a caer en un remolino de espuma y rocas que finalmente logró sortear sin mucha dificultad.

Lo peor eran los rápidos. Pitt luchó denodadamente contra sus violentas sacudidas y ahora que se encontraba por fin en aguas tranquilas, podía notar las secuelas del esfuerzo en sus heridas. Parecía como si un ejército de enanos se hubiera dedicado a clavarle horquillas donde más pudiera lastimarle. El dolor, sin embargo, había conseguido despabilarle. Dirk empezó a maldecir al río; era evidente que se había propuesto que no saliera con vida del pasadizo y le guardaba lo más duro para el final.

Aunque la corriente le había arrebatado el remo de las manos, no lo echaba en falta. El maltrecho hovercraft ya tenía bastante con su peso y los cincuenta kilos de material, por lo que tratar de cambiar el rumbo cada vez que aparecía una roca le acabó pareciendo un esfuerzo prácticamente inútil, más aún cuando sólo contaba con un brazo para remar. Se sentía tan débil que todo lo que podía hacer era agarrarse como pudiera a las correas que había en el interior del casco y dejar que la corriente le arrastrara hasta donde fuera.

De pronto, el hovercraft chocó contra varias rocas afiladas; el casco se agrietó por un lado y dos cámaras de aire empezaron a desinflarse rápidamente. Pocos segundos más tarde, Pitt estaba cubierto de agua hasta la cintura. La situación era desesperada. Ya había consumido tres bombonas de oxígeno y la mayor parte de la cuarta al pasar por varias galerías inundadas.

El tenebroso pasadizo parecía no tener fin. Cualquier persona hubiera sufrido un ataque de claustrofobia en esas condiciones. Pitt, sin embargo, seguía adelante, cantando y hablando consigo mismo para ahuyentar cualquier pensamiento agorero y evitar que le atenazase el miedo. Iluminó sus pies y manos con la linterna y vio que estaban tan arrugados como cuatro ciruelas pasas. — Con tanta agua, al menos sé que no voy a deshidratarme —murmuró dirigiéndose a las inmutables rocas.

Pasó entonces por varias grutas en las que la corriente se remansaba y el agua se volvía transparente. Las paredes eran de roca sólida y se perdían en las profundidades del río. A Pitt le dio por pensar en la posibilidad de atraer turistas a esos lugares. Tal vez se pudiera abrir un túnel desde arriba que permitiera la entrada a los visitantes, se dijo. Sería una lástima que nadie tuviera la ocasión de admirar esas maravillas de la naturaleza, esas cavernas góticas de cristal.

Una a una las pilas de las tres linternas se habían ido consumiendo. Calculó que la que tenía en la mano aguantaría sólo unos veinte minutos. En cuanto se apagase, la negrura estigia de las profundidades lo envolvería definitivamente.

Le resultaba imposible imaginarse en otro lugar que no fuera ese tortuoso laberinto de grutas y cavernas. La brújula se le había estropeado hacía ya tiempo como consecuencia de la gran cantidad de hierro existente en la roca, por lo que ya no sabía ni dónde estaba ni la dirección que llevaba. La palabra «orientación» había perdido todo significado. Se sentía tan perdido y tan lejos del exterior que empezó a preguntarse si no habría cruzado el umbral de la locura. Mantenía la poca cordura que le quedaba contemplando el maravilloso espectáculo de las grutas que la luz de su linterna le iba mostrando conforme avanzaba.

Entonces se obligó a hacer ejercicios mentales para no perder el control del todo. A partir de ese momento, trató de memorizar los detalles de todas las grutas y recodos con que se encontraba a lo largo del río para que cuando saliese pudiera describirlos. Sin embargo, al cabo de unos minutos, notó que su aturdida cabeza no daba para más: los accidentes se sucedían de manera interminable y no lograba retener más que unas pocas imágenes en su memoria. Además, tenía cosas más importantes en las que pensar; una cámara de aire se había pinchado y cada vez resultaba más difícil mantener el hovercraft a flote.

«¿Hasta dónde habré llegado?», se preguntó. «¿Cuánto faltará hasta la desembocadura?». Había empezado a divagar. Tenía que conseguir dominarse. Afortunadamente, el hambre no le acuciaba y aún no había sufrido ningún delirio que le hiciese imaginar un buen filete y una jarra de cerveza fresca. Además, el cuerpo parecía estar respondiendo mucho mejor de lo que hubiera podido esperarse.

El casco del hovercraft chocó entonces contra el techo del pasadizo. La embarcación se puso a dar vueltas sobre sí misma, moviéndose a lo largo de la pared y golpeándola de vez en cuando, hasta que finalmente entró en aguas someras y fue a parar a un banco de arena. Pitt se había quedado tumbado y tenía las piernas colgando por uno de los lados del *Quebrantaolas flotante*. Estaba tan cansado que se sentía incapaz de ponerse la bombona de oxígeno, desinflar el hovercraft y llevarlo a cuestras hasta la siguiente bolsa de aire.

Pero no podía quedarse ahí y arriesgarse a perder el sentido; no debía permitírsele; aún le quedaba mucho por recorrer. Respiró hondo un par de veces y bebió un poco de agua. Cogió el termo del gancho al que estaba sujeto, lo abrió y se acabó el café que quedaba. La cafeína le reanimó un poco. Tiró el termo al río y se quedó mirando cómo lo arrastraba la corriente y finalmente se quedaba pegado a la roca.

Las pilas de la linterna estaban en las últimas, así que la apagó para cuando le hiciera falta de verdad y se quedó echado sobre el agua, rodeado de una abrumadora

oscuridad.

Ya no sentía ningún tipo de dolor. El cuerpo apenas le respondía ya; notaba como si el sistema nervioso estuviera dormido. Debía de haber perdido casi un litro de sangre, pensó. Entonces le asaltó el temor de no regresar jamás al mundo de fuera. Le repugnaba pensar en la posibilidad del fracaso. Tenía que volver. Pitt sabía que su fiel *Quebrantaolas flotante* le había permitido llegar muy lejos, pero que si perdía una cámara de aire más, tendría que abandonarlo y seguir por su cuenta. Sacando fuerzas de flaqueza, trató de concentrarse en lo que le quedaba por recorrer.

Algo le refrescó la memoria en ese momento. Se trataba de un olor. «¿Qué se suele decir sobre los olores?», se preguntó. «Pueden recordarte acontecimientos ya olvidados de tu pasado». Respiró hondo para que no se le escapara. ¿Qué era lo que le resultaba tan familiar? Se pasó la lengua por los labios y reconoció un sabor que no había notado antes. Sal, era sal. Entonces, súbitamente, lo comprendió.

El olor a mar.

Había llegado por fin al punto en el que el río subterráneo desembocaba en el golfo.

Pitt abrió los ojos y se puso la mano delante de la nariz. No pudo verla. Sin embargo, sí pudo adivinar una levísima sombra que le habría sido imposible de apreciar minutos antes. Volvió la mirada hacia el agua y vislumbró una especie de reflejo turbio. La luz del día se filtraba por el conducto que había bajo la roca.

El descubrimiento le levantó enormemente el ánimo. Aún tenía posibilidades de sobrevivir.

Salió del *Quebrantaolas flotante* y se puso a pensar en los dos grandes peligros a los que tenía que hacer frente: el tiempo que debía permanecer debajo del agua y la descompresión. Echó un vistazo al manómetro de la bombona: tenía aire suficiente para unos trescientos metros siempre que nadara relajado, respirara tranquilamente y no realizara un esfuerzo excesivo. Si la superficie quedaba mucho más lejos, no tendría que preocuparse de la descompresión, porque se ahogaría antes de que pudiera pensar en ella.

Durante la larga travesía se había dado cuenta de que la presión en la mayoría de las grutas con bolsas de aire era sólo ligeramente más alta que la atmosférica. Eso era un motivo de inquietud, aunque no tan grave como para asustarse. Por otro lado, rara vez había llegado a superar los treinta metros de profundidad cuando había pasado por una galería inundada. Si tuviera que volverlo a hacer, se vería obligado a ascender dieciocho metros por minuto para prevenir una apoplejía.

Cualesquiera que fuesen los obstáculos que se encontrara, no podría ni volver atrás ni quedarse parado. Tendría que seguir adelante. No tenía más alternativa. Era la última prueba y tenía que superarla con la poca fuerza y determinación que aún le quedaran.

Aún no estaba muerto. No lo estaría hasta que no aspirara la última bocanada de oxígeno de su bombona. Entonces seguiría hasta que le explotasen los pulmones.

Comprobó en primer lugar si las válvulas estaban abiertas y si el tubo de baja presión se hallaba conectado al compensador de flotación. Luego se puso las bombonas, se abrochó las correas y respiró por el regulador para asegurarse de que funcionaba bien. Ya estaba listo.

El hecho de no llevar gafas no le preocupaba; todo lo que tenía que hacer era nadar en dirección a la luz. Apretó los dientes contra la boquilla del regulador de aire, se concentró un momento y contó hasta tres.

Había llegado el momento. Dio unos cuantos pasos y se sumergió en el río por última vez.

Habría dado cualquier cosa por sus aletas. Treinta, cuarenta metros. Siguió nadando. Tras los primeros cincuenta metros, empezó a preocuparse. Cuando se bucea con aire comprimido, entre los sesenta y los ochenta metros hay una especie de barrera invisible. Cuando la supera, el submarinista empieza a sentirse como si estuviera borracho y no tarda en perder el control de sus facultades mentales.

De pronto, oyó un ruido chirriante. Acababa de rozar con la bombona en el techo de roca. Su nivel de flotación era excesivo. Tomó impulso y ganó profundidad para compensar el peso que le habría proporcionado el cinturón de lastre perdido en la primera catarata.

La galería parecía interminable. Echó un vistazo al batómetro y vio que estaba a sesenta y cinco metros de profundidad. La roca empezó entonces a curvarse gradualmente hacia arriba. Eso complicaba las cosas. Habría preferido subir directamente a la superficie para ahorrar oxígeno.

Poco a poco fue iluminándose el pasadizo hasta que llegó el momento en el que pudo ver la hora que marcaba su reloj sin necesidad de utilizar la linterna. Eran las cinco y diez. ¿De la mañana o de la tarde? ¿Cuánto hacía que se había sumergido en el agua? Podían ser tanto diez minutos como cincuenta. Hizo un esfuerzo por acordarse, pero su mente respondía con pereza a todas sus preguntas.

El verde esmeralda del río fue adquiriendo paulatinamente un tono azul oscuro. El ascenso era cada vez más lento. Apenas notaba ya el tirón de la corriente. Entonces vio un destello en la distancia y al cabo de unos segundos distinguió la superficie.

Se encontraba en el golfo. Había salido del pasadizo y estaba por fin nadando en el mar de Cortés. Pitt alzó la vista y vio una sombra que se iba agrandando por momentos. Miró entonces el manómetro: la aguja estaba temblando sobre el cero. Se le estaba acabando el aire.

En vez de aspirarlo todo, decidió utilizarlo para inflar el compensador de flotación. De esa manera, incluso si perdía el sentido, podría llegar hasta la superficie.

Chupó de la boquilla para aprovechar lo que pudiera quedar de oxígeno en la

bombona e intentó relajarse. Siguió subiendo tratando de expulsar aire poco a poco para compensar la disminución de presión. A los pocos segundos, sin embargo, se dio cuenta de que las burbujas que salían del regulador habían empezado a perder tamaño.

Volvió a levantar la mirada: la superficie parecía estar tan cerca que tal vez si estirara el brazo conseguiría por fin llegar a ella. Sin embargo, no era más que una desdichada ilusión óptica. Las olas se encontraban todavía a veinte metros de distancia. Entonces sintió como si le estuviesen apretando los pulmones con una gran goma. Hizo un último esfuerzo y trató de darse impulso para subir con más rapidez. En ese preciso instante notó cómo se le empezaban a nublar los ojos.

Pitt se quedó atrapado en algo que le impedía seguir subiendo. No podía ver lo que era. Instintivamente, se puso a mover los brazos y las piernas para liberarse, pero era inútil: oyó un estruendo en su cerebro y supo que no le quedaban fuerzas para más. Justo antes de desvanecerse, sintió cómo algo tiraba de su cuerpo hacia arriba.

—¡Ha picado uno grande! —gritó Joe Hagen entusiasmado.

—¿Qué es? ¿Un espetón? —preguntó Claire emocionada al ver lo combada que estaba la caña.

—No, un espetón opondría más resistencia —contestó Joe mientras daba trabajosamente vueltas al carrete—. Parece más bien un peso muerto.

—Tal vez lo hayas matado.

—Alcánzame el arpón, que ya lo tengo.

Claire cogió un arpón de mango largo y apuntó con él a la superficie del agua.

—Veo algo —exclamó—. Es grande y de color negro.

La señora Hagen soltó entonces un grito de terror.

Pitt estaba a un milímetro de la inconsciencia cuando su cabeza apareció entre las olas. Escupió la boquilla del regulador y respiró profundamente. El reflejo del sol en el agua le resultó cegador: llevaba casi dos días bajo tierra. Cuando vio el caleidoscopio de colores, parpadeó y sintió una alegría inmensa.

Alivio, alegría de vivir, satisfacción por lo que acababa de conseguir... El gozo que sentía era desbordante.

El grito de una mujer le atravesó el oído. Alzó la vista y se sorprendió de ver el casco de un yate y dos personas que le miraban fijamente. Fue entonces cuando se dio cuenta de que se había quedado enredado en un hilo de pescar. Algo le golpeó entonces una pierna. Tiró del hilo y sacó del agua un atún que no sería más largo que su pie. El pobre pez colgaba de un anzuelo enorme.

Pitt se pasó el atún bajo el brazo y suavemente le sacó el anzuelo de la boca con la mano derecha. Entonces le miró fijamente a los ojillos y le dijo alegremente:

—¡Mira, muchacho, ya estamos de nuevo en casa!

El capitán Maderas y su tripulación acababan de salir de San Felipe para reanudar la búsqueda cuando llamaron los Hagen.

—Capitán —declaró el operador de radio—. Acabo de recibir un mensaje urgente del yate *First Attempt*.

—¿De qué se trata?

—El patrón, un estadounidense llamado Joseph Hagen, dice haber encontrado a un hombre cuando estaba pescando.

Maderas frunció el ceño.

—Querrá decir que el anzuelo se le ha quedado enganchado a un cadáver.

—No, capitán. Lo ha dicho bien claro, el hombre que ha encontrado está vivo.

Maderas se quedó perplejo.

—Entonces no es el que estamos buscando. Teniendo en cuenta el estado en el que se encontraba el otro, es imposible que esté vivo. ¿Ningún barco de la zona ha comunicado la desaparición de un tripulante?

El operador de radio meneó la cabeza.

—A mí no me ha llegado nada.

—¿Cuál es la posición del *First Attempt*?

—Doce millas marinas al noroeste.

Maderas se asomó a la caseta del timón y le hizo una señal a Hidalgo.

—Virad al noroeste y avisad cuando veáis un yate estadounidense. —Entonces se volvió de nuevo al operador de radio—. Llama al tal Joseph Hagen y pídele detalles sobre el hombre que ha sacado del agua. Dile también que no se mueva de su posición actual. Estaremos allí dentro de aproximadamente treinta y cinco minutos.

Hidalgo le miró fijamente.

—¿Usted qué piensa, capitán?

—Como buen católico, he de creer todo lo que dice la Iglesia sobre los milagros. Sin embargo, en este caso, no me creeré nada hasta que no lo vea con mis propios ojos.

La cofradía que forman los dueños de todos los yates y barcos pesqueros que pululan por el mar de Cortés tiene su propia red de comunicaciones, la cual se utiliza normalmente para charlar y bromear, tal y como se podía hacer en las antiguas *party lines* de barrio. La excusa para mantener una conversación puede ser el tiempo, una fiesta, las últimas noticias que han llegado al puerto de origen o incluso una lista de cosas que se quiere vender o intercambiar.

El rumor de que los dueños del *First Attempt* habían capturado a un ser humano con la caña de pescar se extendió en pocos minutos por todo el golfo. La noticia fue adornándose paulatinamente y cuando llegó a los dueños de los yates que habían

tardado más tiempo en sintonizar la emisora, se había transformado en una historia descabellada que decía que los Hagen habían pescado una ballena con un hombre vivo en su interior.

Algunos de los barcos más grandes que navegaban por la zona estaban equipados con emisoras lo bastante potentes como para ponerse en contacto con los Estados Unidos, por lo que la noticia no tardó mucho en llegar a Washington.

Una emisora de radio de La Paz perteneciente a la armada mexicana captó el mensaje de los Hagen. El operador de servicio pidió la confirmación, pero no obtuvo respuesta, pues Joe estaba demasiado ocupado charlando con otros barcos. El operador pensó que se trataría de una fiesta más del círculo de patrones de yates, por lo que se limitó a hacer una reseña en su informe y volvió a sus tareas habituales.

Cuando al cabo de veinte minutos acabó su turno, decidió comentárselo al oficial encargado de la emisora.

—Sonaba realmente disparatado —explicó—. El mensaje era en inglés. Supongo que sería algún gringo borracho que estaría jugando con la radio.

—Será mejor que mandemos una patrullera y que nos enteremos de qué está pasando realmente —opinó el oficial—. Voy a llamar a la base de la flota del distrito norte para que me digan a quién tenemos por esa zona.

La base de la flota ya estaba al corriente de la situación. El capitán Maderas había avisado minutos antes que se dirigía a toda velocidad hacia el *First Attempt*. Por otro lado, la base había recibido una orden del director de operaciones navales de México para que se apresuraran e hicieran todo lo posible para que la búsqueda tuviera éxito.

El almirante Ricardo Álvarez estaba almorzando con su esposa en el club de oficiales cuando se le acercó un oficial con los dos mensajes.

—¿Que un barco ha pescado a un hombre? —exclamó Álvarez—. ¿Pero qué tontería es ésta?

—Ese es el mensaje que nos ha mandado el capitán Maderas desde el G-21.

—Me pregunto qué interés puede tener Operaciones Navales en un simple turista que se ha perdido en el mar.

—Nos ha llegado además un aviso que dice que el presidente también está interesado en el rescate —informó el oficial.

El almirante Álvarez miró a su esposa con gesto malhumorado.

—Ya decía yo que ese puñetero Tratado de Libre Comercio con los Estados Unidos era una equivocación. Ahora vamos a tener que andar contemplándoles cada vez que se les caiga alguien en el golfo.

Por tanto, cuando la patrullera llegó a donde se encontraba el *First Attempt*, aún quedaban una gran cantidad de incógnitas por despejar sobre lo ocurrido. Joe le había dejado a Pitt una camiseta de golf y unos pantalones cortos y Claire se había ocupado de ponerle una venda en la frente y de cambiarle la del hombro.

—Supongo que soy el pez más grande que habrá pescado jamás —comentó Pitt mientras estrechaba la mano a Joe.

—Seguro que mis nietos se quedarán encantados cuando se lo cuente —contestó él riéndose.

Pitt le dio entonces un beso a Claire en la mejilla.

—No se olvide de mandarme la receta de su sopa de pescado. Es la mejor que he probado jamás.

—Tiene que haberle gustado, porque se ha tomado como mínimo medio litro.

—Les debo la vida. Muchísimas gracias.

Pitt se dio media vuelta y, con la ayuda de los marineros, bajó a la pequeña lancha que le estaba esperando. En cuanto subió a la cubierta de la patrullera, Maderas e Hidalgo salieron a darle la bienvenida; luego fue conducido a la enfermería por el médico de a bordo. Antes de desaparecer por la puerta, Pitt se dio la vuelta y levantó la mano para despedirse de los Hagen.

Éstos se habían quedado mirando cogidos por la cintura. Joe se volvió a su mujer con cara de extrañeza y dijo:

—No habré pescado más de cinco peces en toda mi vida y tú eres incapaz de hacer una tortilla. ¿Qué habrá querido decir cuando ha mencionado tu sopa de pescado?

Claire dejó escapar un suspiro.

—Pobre hombre. Estaba tan malherido y tenía tanta hambre que no me he atrevido a decirle que lo que se ha tomado en realidad era sopa de lata con un poco de brandy.

Curtis Sturger se enteró de que habían encontrado a Pitt con vida cuando se hallaba registrando la hacienda de Heroica Guaymas, en la que se habían alojado los Zolar. El Ministerio del Interior mexicano, dando muestras de una poco habitual disposición al trabajo en equipo, permitió al Servicio de Aduanas que entrara en la finca para buscar más pruebas incriminatorias de las actividades realizadas por la gran dinastía de traficantes de obras de arte.

Cuando Starger y sus agentes llegaron, en la hacienda no había nadie. Por lo visto, el piloto del avión privado de Zolar había decidido que ése era el momento adecuado para dejar el trabajo, por lo que tomó el primer autobús hacia la ciudad, se embarcó en un avión con destino a Houston y regresó a su casa.

El registro de la casa fue infructuoso: los ladrones no habían dejado ni rastro de su presencia en ninguna de las habitaciones. Starger pasó entonces a examinar el avión abandonado en la pista de aterrizaje y encontró cuatro toscas figuras de madera. Las caras parecían pintadas por la mano de un niño.

—¿Tú qué crees que son? —preguntó a uno de sus agentes, que era especialista en antigüedades del Suroeste.



—Parecen símbolos religiosos indios.

—¿De qué están hechos? ¿Madera de álamo?

El agente se quitó las gafas de sol y miró las figuras con detenimiento.

—Sí, yo aseguraría que es álamo.

Starger pasó la mano suavemente por una de ellas.

—Creo que éstos son los ídolos que estaba buscando Pitt.

Rudi Gunn recibió la noticia en la cama del hospital. Una enfermera entró en la habitación y dejó pasar a uno de los agentes de Starger.

—Señor Gunn, soy el agente Anthony Di Maggio, del Servicio de Aduanas. He pensado que le gustaría saber que Dirk Pitt ha sido encontrado con vida en el golfo de California hace media hora.

Gunn cerró los ojos y suspiró aliviado.

—Sabía que lo conseguiría.

—Ha sido una verdadera hazaña, según me han dicho: ha nadado más de cien kilómetros por un río subterráneo.

—Nadie habría sido capaz de hacerlo excepto él.

—Espero que las buenas noticias le animen a cooperar un poco más —dijo la enfermera con voz suave—. Llevaba un termómetro rectal en la mano.

—¿No es buen paciente? —preguntó Di Maggio.

—Los he tenido mejores.

—¿Por qué narices tengo que llevar este ridículo mini-camisón con cordoncitos en la espalda en vez de un pijama como es debido? —preguntó Gunn rudamente.

—Si los camiones de hospital están diseñados de esa manera, por algo será —replicó la enfermera en tono repelente.

—Me encantaría que me dijera de qué se trata.

—Será mejor que me vaya y les deje solos —comentó Di Maggio a modo de despedida—. Buena suerte y espero que se recupere pronto.

—Gracias por traerme tan buenas noticias —contestó Gunn con sinceridad.

—No hay de qué.

—Ahora descanse —ordenó la enfermera—. Volveré dentro de una hora con sus medicinas.

Fiel a su palabra, la enfermera volvió a la habitación precisamente una hora más tarde. La cama, sin embargo, estaba vacía. Gunn había salido huyendo vestido tan sólo con el pequeño camisón y con una manta por encima.

Curiosamente, las últimas personas que se enteraron de la noticia fueron las que se hallaban a bordo del *Alhambra*.

Loren y Sandecker se encontraban en la cubierta para coches hablando con unos investigadores de la policía mexicana cuando el dueño de una lujosa motora que estaba repostando cerca del transbordador les dio la buena nueva.

—¡Ah del transbordador! —gritó desde su barca.

Miles Rodgers estaba en cubierta, cerca de la timonera, hablando con Shannon y Duncan.

—¿Sí?

—¡Ya han encontrado a su amigo!

Nada más oír el grito, Sandecker salió corriendo a cubierta.

—¿Cómo dice?

—Los dueños de un queche han sacado a un tipo del agua con la caña de pescar —respondió el patrón de la motora—. Según los informes de la armada mexicana, se trata del hombre que estaban buscando.

Todos habían salido ya a cubierta, pero ninguno se atrevía a hacer la pregunta clave.

Giordino subió en su silla de ruedas por la rampa de carga y, lleno de inquietud, preguntó casi gritando:

—¿Y está vivo?

—Los mexicanos dicen que estaba bastante maltrecho, pero que empezó a reanimarse en cuanto se acabó la sopa que le sirvió la mujer del pescador.

—¡Pitt está vivo! —exclamó Shannon con voz entrecortada.

Duncan meneó la cabeza incrédulamente.

—No me puedo creer que haya logrado llegar hasta el golfo.

—Yo sí —murmuró Loren con los ojos anegados en lágrimas. Todo aire de circunspección y severidad había desaparecido de su rostro. Emocionada y con las mejillas empapadas, se agachó y dio un abrazo a Giordino—. Estaba convencida de que no iba a morir.

Todos se olvidaron de los investigadores mexicanos y empezaron a abrazarse los unos a los otros llevados por el entusiasmo. Sandecker, arrinconando por un momento su habitual gravedad, lanzó un grito de alegría y echó a correr en dirección a la timonera para llamar a la comandancia de la armada mexicana y pedir más información.

Duncan, por su parte, se puso a revisar frenéticamente sus planos hidrográficos para tratar de adivinar los datos que Pitt habría logrado acumular durante su increíble travesía por el río subterráneo.

Shannon y Miles encontraron una botella de champán barato en el frigorífico de la cocina y repartieron copas a todos los presentes para celebrar la maravillosa noticia. Miles parecía estar realmente alborozado. Shannon, en cambio, tenía un aire pensativo en los ojos. Se volvió a Loren y empezó a mirarla fijamente y sin ninguna clase de disimulo. En su interior empezó a aflorar una envidia extraña que jamás pensó que llegaría a sentir. Lentamente se dio cuenta de que tal vez había cometido un error al no mostrarse más compasiva con Pitt.

—Ese puñetero siempre resiste lo que le echen —declaró Giordino, tratando de contener su emoción.

Loren le miró de hito en hito.

—¿Te ha dicho Pitt que me ha pedido que me case con él?

—No, pero no me extraña. Piensa en ti con mucha frecuencia.

—Y a ti no te parece una buena idea, ¿verdad?

Giordino hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Perdóname si te digo que vuestra unión no sería una luna de miel perpetua.

—Los dos somos demasiado testarudos e independientes. ¿Es a eso a lo que te refieres?

—Sí, supongo que sí. Sois como un par de trenes que van a gran velocidad por vías paralelas y que, aunque llegan a encontrarse en algunas estaciones, luego siguen adelante con destinos diferentes.

Loren le apretó una mano y dijo:

—Te agradezco tu franqueza.

—De todas formas, ¿qué puedo saber yo sobre relaciones? —Giordino se rió—. Nunca he durado más de dos semanas con una mujer.

Loren le miró fijamente a los ojos.

—Me estás ocultando algo.

Giordino desvió la mirada al suelo de la cubierta.

—Las mujeres parecen tener mucha intuición para este tipo de cosas.

—¿Quién era ella? —preguntó Loren vacilante.

—Se llamaba Summer —contestó Giordino con franqueza—. Murió hace quince años en el mar, cerca de Hawai.

—El tornado del Pacífico. Recuerdo que alguna vez me ha hablado de ello.

—Hizo verdaderas locuras tratando de salvarla, pero no hubo manera.

—Todavía se acuerda de ella.

Giordino asintió.

—Nunca la menciona, aunque cada vez que ve una mujer que se le parece, pone una mirada como extraviada.

—He visto esa mirada en más de una ocasión —dijo Loren melancólicamente.

—No puede pasarse la vida añorando un fantasma —afirmó Giordino—. Todos tenemos en el recuerdo la imagen de un amor imposible, pero aun así hay que seguir adelante.

Loren jamás había oído al bromista de Giordino hablar con una gravedad semejante.

—¿Tú también tienes un fantasma?

Se volvió a ella y sonrió.

—Un verano en la isla de Balboa, cuando tenía diecinueve años, vi a una chica

que circulaba en bicicleta por la acera. Llevaba una blusa verde anudada y unos pantalones muy cortos de color blanco. Tenía el pelo largo y rubio, y lo llevaba recogido en una coleta. Estaba tan morena que su piel parecía de caoba. No me encontraba lo bastante cerca de ella como para distinguir el color de sus ojos, pero no sé por qué estaba seguro de que tenían que ser azules. Parecía un espíritu libre, y con un gran sentido del humor. No pasa un día sin que su imagen me venga a la cabeza.

—¿No fuiste detrás de ella? —preguntó Loren algo sorprendida.

—Aunque te parezca mentira, yo era muy tímido entonces. Durante un mes, me pasé todos los días subiendo y bajando por la acera con la esperanza de volver a verla. Probablemente había ido de vacaciones a la isla con su familia y se fue poco después de que yo la viera.

—Es una historia triste.

—Bueno, no sé. —Giordino se echó a reír—. Tal vez habríamos acabado casándonos y teniendo diez hijos, y al final nos habríamos dado cuenta de que no nos aguantábamos.

—Para mí, Pitt es como tu amor imposible. Es un sueño que no acaba de hacerse realidad.

—Cambiará —dijo Giordino comprensivamente—. Todos los hombres acaban suavizándose con la edad.

Loren sonrió tímidamente y meneó la cabeza.

—No los Dirk Pitt de este mundo. Les puede el afán que tienen en su interior por resolver misterios y desafiar lo desconocido. Si hay algo que no quieren es envejecer en compañía de una mujer y unos hijos y morir en una residencia para ancianos.

En el pequeño puerto de San Felipe se vivía un ambiente festivo. El muelle estaba a rebosar de gente que había acudido a recibir a Pitt. En el momento en el que la patrullera daba la vuelta al rompeolas, Maderas se volvió a él y comentó:

—Menuda recepción.

Pitt aguzó la vista.

—¿Son las fiestas del lugar o algo así?

—No, esa gente ha venido hasta aquí atraída por la noticia de su fantástico viaje por debajo de la tierra.

—¿Me está tomando el pelo? —Pitt estaba realmente sorprendido.

—No, señor. Gracias a su descubrimiento del río subterráneo, usted se ha convertido en un héroe para todos los granjeros y ganaderos que viven entre San Felipe y Arizona y que luchan por sobrevivir en el desierto. —Maderas le señaló a unos técnicos de televisión que estaban sacando una cámara de una camioneta—. Ésa es la razón por la que usted se ha convertido en noticia.

—Dios mío —exclamó con un gemido—. No quiero otra cosa que dormir tres días seguidos en una buena cama.

Pitt se sintió mucho mejor, tanto física como mentalmente, cuando hubo hablado con Sandecker y se enteró de que Loren, Rudi y Al estaban vivos. El almirante también le había puesto al corriente de la muerte de Cyrus Sarason a manos de Billy Yuma y de la detención de los Zolar gracias a la acción conjunta de Gaskill, Ragsdale y los Moore. Finalmente, le había informado que el tesoro de Huáscar estaba a buen recaudo.

El pueblo todavía podía abrigar esperanzas, pensó Pitt impasible.

Por segunda vez ese día, el *Porquería* atracó al lado del *Alhambra*. Una gran pancarta de papel se abrió a lo largo de la cubierta de pasajeros. En ella se podía leer: bienvenido del mundo de los muertos. La pintura con la que habían escrito la frase estaba todavía fresca.

En la cubierta para coches había un grupo de mariachis cantando una canción que a Pitt le resultó conocida. Se apoyó sobre la barandilla, aguzó el oído y se echó a reír, pero enseguida sintió una punzada en el costado y tuvo que contenerse. Giordino siempre sabía cómo rematar la faena.

—¿Conoce la canción que están tocando? —le preguntó Maderas, que se había alarmado al ver las extrañas muestras de alegría y de dolor que había dado Pitt de repente.

—Conozco la canción, pero no entiendo la letra —contestó Pitt a duras penas—. Cantan en español.

*Míralos andando  
véalos andando  
lleva a tu novia favorita, tu compañero real.  
Bájate a la represa, dije la represa,  
júntate con ese gentío andando, oiga la música y la canción.  
Es simplemente magnífico, camarada, esperando en la represa  
esperando por el Roberto E.Lee.<sup>[1]</sup>*

—«*Míralos andando*» —repitió Maderas perplejo—. ¿Qué dicen luego? ¿Bájate adonde?

—A la represa —dijo Pitt—. La canción empieza: «Bájate a la represa».

Mientras la banda seguía interpretando la versión mariachi de *Esperando a Robert E. Lee*, la multitud fue agolpándose en la cubierta del transbordador. Loren se encontraba en medio del gentío tratando desesperadamente de llamar la atención de Pitt, quien a su vez la buscaba con la mirada. Cuando por fin la avistó, movió alegremente el brazo.

Vendado y vestido como iba, Pitt se destacaba claramente entre los tripulantes de la armada mexicana. Llevaba el brazo izquierdo en cabestrillo, la muñeca escayolada y una aparatosa gasa alrededor del cuello; además, aún no había tenido ocasión de cambiarse la ropa que le había prestado Joe Hagen. Con todo, teniendo en cuenta que venía de un viaje a través del infierno, el purgatorio y el más negro de los abismos, daba la impresión de encontrarse en un estado magnífico, al menos a primera vista. Loren sabía, sin embargo, que a Pitt se le daba muy bien disimular el cansancio y el dolor. Y además la expresión de sus ojos le delataba.

Pitt divisó al almirante Sandecker y a su lado a Giordino, sentado en una silla de ruedas. Siguió mirando y vio a Gordo Padilla, que estaba abrazado a su mujer, Rosa. No muy lejos se encontraban Jesús, Gato y el ayudante de Padilla, cuyo nombre nunca lograba recordar, sosteniendo unas botellas en el aire. Cuando por fin bajaron la rampa, Pitt se volvió a Maderas e Hidalgo y les estrechó la mano.

—Muchas gracias, caballeros. Y délen también las gracias al médico. Ha hecho un trabajo de primera recomponiéndome.

—Somos nosotros los que tenemos que darle las gracias, señor Pitt —afirmó Hidalgo—. Mis padres tienen un pequeño rancho no muy lejos de aquí. Los pozos que se excavarán ahora les servirán de gran ayuda.

—Por favor, prométanme una cosa —pidió Pitt.

—Si está en nuestra mano —respondió Maderas.

Pitt esbozó una sonrisa.

—No permitan a nadie que ponga mi nombre a ese puñetero río.

Se dio la vuelta, bajó por la rampa, y se metió entre el gentío que abarrotaba la cubierta para coches del transbordador. Loren se apresuró en dirección a él, se detuvo un momento y, suavemente, le puso los brazos alrededor del cuello con cuidado de no hacerle daño. Cuando le besó, sus labios temblaban.

Echó la cabeza hacia atrás llorando y sonrió.

—Bienvenido a casa, marinero.

Entonces se inició el jaleo. Los periodistas y los cámaras de ambos lados de la frontera comenzaron a amontonarse a su alrededor mientras él saludaba a Sandecker y Giordino.

—Ya empezaba a temerme que hubieras decidido irte al otro barrio —comentó Giordino con una sonrisa de oreja a oreja.

Pitt sonrió a su vez.

—Si no hubiese encontrado el *Quebrantaolas flotante*, no estaría aquí.

—Espero que te hayas dado cuenta de que ya empiezas a ser mayorcito para irte a nadar por grutas y cavernas —le reprendió Sandecker en tono de broma.

Pitt levantó la mano como si fuera a hacer un juramento y declaró solemnemente:

—Permítame entonces que le pida, almirante, que no dude en dispararme a los pies si en alguna ocasión vuelvo a poner los ojos en otra cueva.

Shannon apareció en ese momento y le dio un largo beso en los labios. Loren se quedó mirándoles echando humo por las orejas.

—No sabes cuánto te he echado de menos —exclamó cuando le hubo soltado.

Antes de que pudiera decir nada, Miles Rodgers y Peter Duncan estaban encima de él estrechándole vigorosamente la mano herida.

—Eres un machote —exclamó Rodgers.

—No sabe cómo lo lamento, pero he perdido el ordenador y todos los datos que le había conseguido —dijo Pitt dirigiéndose a Duncan.

—No pasa nada —respondió Duncan con una sonrisa en los labios—. Ahora que ha demostrado que el río pasa por debajo de la poza del Diablo y del cerro el Capirote y acaba desembocando en el golfo, podremos seguir su curso con un sonar geofísico.

Entonces, sin que prácticamente nadie entre la multitud lo advirtiese, un vetusto taxi de Mexicali se detuvo en el muelle. Un hombre cubierto con una manta saltó por una de sus puertas, subió apresuradamente al transbordador y, sin ningún miramiento, se abrió paso entre la multitud hasta llegar a donde se encontraba Pitt.

—¡Rudi! —gritó el submarinista mientras abrazaba a su pequeño amigo con el único brazo que tenía libre—. ¿De dónde sales?

Como si lo hubiera estado ensayando previamente, la manta se le escurrió entre los dedos entablillados. El subdirector de la ANS sólo llevaba puesto el camisón del hospital.

—Me he librado de las garras de esa maldita enfermera para venir aquí y darte la

bienvenida —respondió. Rudi no parecía sentirse en absoluto abochornado por la situación.

—¿Ya estás recuperado?

—Estaré en mi despacho antes que tú.

Pitt se volvió a Rodgers.

—Miles, ¿tienes la cámara? —preguntó alzando la voz.

—Ningún fotógrafo que se precie sale de casa sin sus cámaras —exclamó Rodgers en medio del tumulto.

—Saca una foto de los tres *arrastraos* del cerro el Capirote.

—¡No os olvidéis de la *arrastrada*! —añadió Loren mientras se metía entre ellos.

Rodgers sacó tres fotos antes de que los periodistas se hicieran dueños de la situación.

—¡Señor Pitt! —Uno de ellos le puso un micrófono delante—, ¿qué puede decirnos sobre el río subterráneo?

—Sólo que existe y que moja mucho —contestó él imperturbable.

—Según sus cálculos, ¿qué caudal debe de tener?

Pitt se quedó pensativo mientras cogía a Loren por la cintura.

—Yo diría que su caudal equivale a las dos terceras partes del río Grande.

—¿De veras?

—Sí.

—¿Cómo se siente tras haber nadado más de cien kilómetros por galerías subterráneas?

Pitt siempre se sentía molesto cuando un periodista preguntaba a unos padres cómo se sentían después de que sus hijos se hubieran quedado atrapados en casa durante un incendio, o cómo se sentía una persona tras haber visto caer a alguien sin paracaídas de un avión.

—¿Qué cómo me siento? Lo único que siento en este momento es que como no vaya ahora mismo al cuarto de baño me va a estallar la vejiga.



# EPÍLOGO.

## LA VUELTA A CASA.

*4 de Noviembre de 1998, San Felipe, baja California.*

Dos días más tarde, después de haber prestado declaración de forma pormenorizada a las autoridades mexicanas, todos se reunieron en el muelle para despedirse antes de salir del país.

El primero en marcharse fue el profesor Duncan. El hidrólogo se levantó a primera hora de la mañana y se fue sin que nadie se diese cuenta. Como director del Proyecto Hidrológico de Sonora —nombre que recibiría el plan—, tenía por delante un año muy ocupado. Con el tiempo se demostraría que el agua del río subterráneo iba a ser una verdadera bendición para combatir la pertinaz sequía del Suroeste. La construcción de acueductos y sistemas de tuberías llevaría el agua a los pueblos y ciudades y convertiría el antiguo lago en un embalse del tamaño del lago Powell, que además sería utilizado como lugar de recreo.

Aparte, se habían puesto en marcha varios proyectos para construir un centro turístico subterráneo y para explotar los ricos yacimientos mineros que Pitt había descubierto durante su odisea.

La profesora Shannon Kelsey, por su parte, había vuelto a ser invitada al Perú para reanudar su trabajo en las ruinas de Chachapoyas. Miles Rodgers la acompañaría a todos los lugares adonde fuera.

—Espero que volvamos a vernos —dijo Rodgers mientras estrechaba la mano a Pitt.

—Sólo si prometes mantenerte alejado de las pozas sagradas —contestó él en tono cordial.

Rodgers se echó a reír.

—Trato hecho.

Pitt se volvió entonces a Shannon y la miró fijamente. El espíritu audaz y resuelto de la arqueóloga se reflejaba en sus ojos con más fuerza que nunca.

—Espero que te vaya muy bien.

Delante de sí estaba el único hombre que no había logrado hacer suyo ni controlar. En su fuero interno, sentía por él un cariño que no alcanzaba a explicarse. Con el único objetivo de fastidiar de nuevo a Loren, volvió a darle un beso largo e intenso.

—Hasta la vista, muchacho. No te olvides de mí.

Pitt hizo un gesto afirmativo con la cabeza y se limitó a decir:

—No podría aunque quisiera.

Poco después de que el fotógrafo y la arqueóloga se hubieran marchado al aeropuerto de San Diego en un coche alquilado, aterrizó en la cubierta del *Alhambra* un helicóptero de la ANS. El piloto dejó el motor en punto muerto y saltó por la puerta del compartimiento de carga. Miró a su alrededor y cuando vio a Sandecker, se acercó a él.

—Buenos días, almirante. ¿Está listo para salir o apago el motor?

—Déjelo en marcha —respondió Sandecker—. ¿Dónde se encuentra el avión de pasajeros de la ANS?

—Esperando en el aeropuerto de la Infantería de Marina de Yuma para llevarles a Washington.

—Muy bien, nosotros ya estamos listos. —Sandecker se volvió a Pitt—. ¿Así que vas a aprovechar la baja de enfermedad?

—Loren y yo teníamos pensado irnos de gira por Arizona con el Club de Coches Antiguos de Estados Unidos.

—Entonces te veo dentro de una semana. —Se volvió a Loren y le dio un beso en la mejilla—. Eres miembro del Congreso, así que no permitas que te embauque. Cuida de que vuelva entero y listo para trabajar.

Loren sonrió.

—No se preocupe, almirante. Mis electores también quieren que vuelva a mi puesto lo antes posible y con ganas de pelea.

—¿Y yo qué? —protestó Giordino—, ¿a mí no me da vacaciones para recuperarme?

—La silla de ruedas no te impide trabajar en el despacho. —Sandecker sonrió entonces diabólicamente—. Lo de Rudi es diferente. Creo que le voy a mandar un mes a las Bermudas.

—Así es como se hacen las cosas —dijo Gunn haciendo un verdadero esfuerzo por mantener la seriedad.

No era más que una broma. Pitt y Giordino eran como hijos para Sandecker y su relación se caracterizaba por un gran respeto mutuo. El almirante sabía perfectamente que en cuanto estuviesen en condiciones, volverían a su despacho para pedirle que les encargase una nueva operación.

Dos trabajadores del muelle subieron a Giordino al helicóptero y quitaron un asiento para que pudiera colocar las piernas con comodidad.

Pitt se acercó a la puerta y le pellizcó un dedo del pie que asomaba por la escayola.

—Ten cuidado, no vayas a perder también este helicóptero.

—Pero si da igual —respondió Giordino—, me regalan uno cada vez que pongo

cuarenta litros de gasolina en el depósito.

Gunn le puso a Pitt la mano en el hombro.

—Ha sido muy divertido —bromeó con aire despreocupado—. Tenemos que volver a hacerlo alguna otra vez.

Pitt le miró horrorizado.

—Ni lo sueñes.

Sandecker le dio entonces un fuerte abrazo.

—Descansa y tómatelo con calma —le pidió en voz baja para que no le oyeran los demás—. Nos veremos cuando aparezcas.

—Volveré pronto.

Loren y Pitt se quedaron en cubierta despidiéndose hasta que el helicóptero viró hacia el noreste y se alejó sobre las aguas del golfo.

—Bueno, nos hemos quedado solos.

Ella sonrió en plan de broma.

—Estoy muerta de hambre. ¿Por qué no vamos a Mexicali y buscamos un buen restaurante mexicano?

—Ahora que lo comentas, de repente me han entrado ganas de comerme unos huevos rancheros.

—Supongo que voy a tener que conducir yo.

Pitt levantó la mano derecha.

—Puedo conducir con un solo brazo.

Loren no quiso ni oír hablar de ello. Pitt no se movió y fue dando instrucciones a Loren para que sacara el Pierce Arrow y la caravana de la cubierta para coches, subiera por la rampa y bajara al muelle.

Pitt miró por última vez el balancín del viejo barco de vapor y pensó que le hubiera encantado atravesar el canal de Panamá y entrar en Washington por el río Potomac con él. Pero no podía ser. Dejó escapar un suspiro de melancolía y se metió en el automóvil. En ese mismo momento un coche se paró al lado. Se trataba de Curtis Starger.

—Menos mal que he llegado a tiempo. Dave Gaskill me ha dicho que le entregara esto sin falta.

Starger le alargó un bulto envuelto en una manta india. Al no poder cogerlo con las dos manos, Pitt miró a Loren con cara de impotencia. Ella lo cogió y lo abrió.

Ante sus ojos aparecieron cuatro figuras de madera con cara de niño.

—Los ídolos de los montólos —exclamó Pitt con voz queda—. ¿Dónde los han encontrado?

—En el avión de Joseph Zolar, en Heroica Guaymas.

—Estaba seguro de que se encontrarían en sus sucias manos.

—Han sido identificados definitivamente como ídolos montólos gracias a un

informe para un coleccionista que encontramos junto a ellos —explicó Starger.

—Esto va a poner muy contentos a los montólos.

Starger le miró fijamente con una sonrisa torcida en los labios.

—Supongo que podemos fiarnos de usted y de que los devolverá a sus legítimos dueños.

Pitt se echó a reír e hizo una seña en dirección al Travelodge.

—No valen nada en comparación con todo el oro que hay ahí dentro.

Starger puso cara de no creerse nada.

—Muy gracioso. Todos los objetos de oro están catalogados.

—Le prometo que devolveré las figuras a los montólos de camino a la frontera.

—Ni Dave Gaskill ni yo habíamos dudado por un instante que no fuera a hacerlo.

—¿En qué situación se encuentran los Zolar?

—En la cárcel acusados de contrabando, robo y asesinato. Les alegrará saber que el juez no les ha permitido salir bajo fianza porque estaba totalmente convencido de que se escaparían del país.

—Están haciendo un gran trabajo.

—Gracias a usted, señor Pitt. Si en alguna ocasión el Servicio de Aduanas puede echarle una mano, no dude en llamarnos, a menos que desee que le ayudemos a introducir objetos robados en el país.

—Lo tendré en cuenta, gracias.

Después de su visita diaria a los rebaños, Billy Yuma estaba desensillando al caballo cuando, al volver la mirada al paisaje de cactus, mezquites y tamariscos que rodeaba su rancho, vio una nube de polvo que se acercaba por entre las peñas. Al cabo de unos segundos pudo distinguir un automóvil y una caravana muy antiguos pintados del mismo tono azul oscuro.

El coche se detuvo delante de su casa. Billy, sorprendido, salió del corral y vio que se trataba de Pitt.

—Que el sol te caliente, amigo —saludó.

—Y que los cielos se mantengan claros sobre tu cabeza —contestó Pitt.

Yuma le estrechó la mano vigorosamente.

—Es una verdadera alegría volver a verte. Me dijeron que habías muerto en la oscuridad.

—He estado a punto. —Pitt le mostró el brazo que llevaba en cabestrillo—. Quería darte las gracias por haber entrado en la montaña y haberles salvado la vida a mis amigos.

—Los hombres malos han de morir —sentenció Yuma filosóficamente—. Estoy contento de que llegara a tiempo.

Pitt le alargó la manta con los ídolos.

—Os he traído algo a ti y a tu tribu.

Yuma deshizo el bulto con la misma delicadeza que si tuviera en sus brazos un niño recién nacido y se quedó varios segundos mirando los ídolos en silencio. Los ojos se le arrasaron de lágrimas.

—Has devuelto a la tribu su alma, sus sueños y su religión. Ahora nuestros hijos e hijas podrán ser iniciados y se harán hombres y mujeres.

—Me han dicho que los ladrones oyeron unos sonidos extraños, parecidos a los gemidos de unos niños.

—Estaban llorando porque querían volver a casa.

—Tenía entendido que los indios no lloraban nunca.

Yuma abrazó los ídolos y esbozó una sonrisa de felicidad.

—No es cierto. Simplemente no nos gusta que nos vean.

Pitt presentó a Loren a la mujer de Billy. Polly les pidió insistentemente que se quedasen a cenar. Cuando por fin logró que aceptaran, Loren le dijo que a Pitt le gustaban los huevos rancheros, por lo que Polly le preparó una ración lo bastante grande como para alimentar a cinco ganaderos.

Durante la cena, los amigos y familiares de Yuma fueron acercándose a la casa para ver los ídolos de madera. Tras observarlos con actitud reverente, los hombres dieron la mano a Pitt y sus mujeres regalaron a Loren pequeños objetos manufacturados. Fue un momento emocionante y Loren lloró abiertamente. Pitt y Yuma habían comprendido que en el fondo se parecían mucho. Ninguno de los dos se hacía ya muchas ilusiones sobre nada.

—Es un honor tenerte como amigo, Billy —dijo Pitt con una sonrisa en los labios.

—Siempre serás bien recibido aquí.

—Cuando saquen el agua a la superficie, me encargaré de que pongan a tu pueblo en el primer lugar de la lista para recibirla.

Yuma cogió un amuleto de una correa que llevaba alrededor del cuello y se la dio a Pitt.

—Esto es para que te acuerdes de tu amigo.

Pitt examinó el amuleto. Se trataba de una imagen de cobre incrustada con turquesas que representaba al demonio de los muertos del cerro el Capirote.

—Es demasiado valioso. No puedo aceptarlo.

Yuma meneó la cabeza.

—Juré que lo llevaría hasta que no recuperáramos nuestros ídolos. Ahora es tuyo. Te dará suerte.

—Gracias.

Antes de irse de Cañón Ometepe, Pitt llevó a Loren a la tumba de Patty Lou Cutting. Ella se arrodilló y leyó la inscripción que había en la lápida.

—Qué poema más bonito —dijo con voz queda—. ¿Qué le pasó?

—Por lo visto, nadie lo sabe. Los indios dicen que fue enterrada por unos extraños durante la noche.

—Era tan joven... Sólo tenía diez años.

Pitt asintió.

—Descansa en un lugar muy solitario para tener tan pocos años.

—Cuando volvamos a Washington podríamos intentar averiguar si su nombre está registrado en alguna parte.

Las flores silvestres del desierto ya estaban marchitas, por lo que Loren hizo una corona con las ramas de un arbusto y la puso sobre la tumba. A continuación se quedaron los dos un rato mirando el horizonte. La puesta del sol teñía el paisaje con colores vivos y extraordinarios, que el aire de noviembre realzaba.

Todo el pueblo salió a la calle para despedirles. Loren arrancó el Pierce Arrow y torció hacia la autopista. Cuando iba a cambiar de marcha, se volvió a Pitt y le dijo:

—Aunque te parezca extraño, creo que este pequeño pueblo sería un lugar perfecto para pasar una tranquila luna de miel.

—¿Me estás recordando que en una ocasión te pedí que te casaras conmigo? —preguntó Pitt mientras le apretaba una mano.

—Estoy dispuesta a aceptar que fue un momento de locura por tu parte y a olvidarme de ello.

Pitt se volvió a ella.

—¿Me estás rechazando?

—No finjas que te sientes decepcionado. Uno de nosotros ha de mantener la cabeza en su sitio y tú tienes demasiados escrúpulos de conciencia para echarte atrás ahora.

—Lo decía en serio.

Loren dejó de mirar a la carretera y le sonrió cariñosamente.

—Ya sé que lo decías en serio, pero seamos realistas. Nuestro problema es que pese a ser muy buenos amigos, no nos necesitamos el uno al otro. Si decidiéramos vivir juntos en una casita con jardín, los muebles estarían siempre cubiertos de polvo, porque ninguno de los dos pararía nunca en casa. El aceite y el agua no se mezclan. Tu vida gira en torno al mar y la mía en torno al Congreso. No conseguiríamos estar juntos el tiempo suficiente y ésa no es forma de mantener una relación amorosa. ¿No estás de acuerdo conmigo?

—No puedo negar que lo que dices suena muy convincente.

—Yo voto porque continuemos como hasta ahora. ¿Alguna objeción?

Pitt no contestó inmediatamente. Por muy bien que lo disimulara, se sentía aliviado, pensó Loren. Él se quedó con la mirada clavada en la carretera y dijo al cabo de un buen rato:

—¿Sabes una cosa, diputada Smith?

—No, ¿qué?

—Para ser un político, eres una mujer increíblemente honesta y atractiva.

—Y tú, para ser un ingeniero naval, eres una persona realmente fácil de querer — susurró ella.

Pitt sonrió maliciosamente. Sus verdes ojos brillaban.

—¿A cuánto estamos de Washington?

—A unos cinco kilómetros. ¿Por qué?

Se quitó el cabestrillo, lo tiró al asiento de atrás y abrazó a Loren por los hombros.

—¿Te das cuenta? Tenemos cinco mil kilómetros por delante para averiguar lo fácil que resulta quererme.

## Postscriptum

Las paredes de la sala de espera que hay antes de entrar al despacho de Sandecker están decoradas con una colección de fotografías de los ricos y famosos con quienes el almirante ha alternado con el paso de los años. En ellas se pueden ver cuatro presidentes, numerosos militares y jefes de Estado, miembros del Congreso, científicos de renombre y unas cuantas estrellas del cine, todos ellos con la sonrisa de rigor en los labios.

Todas las fotografías tienen unos sencillos marcos de color negro. Todas excepto una, que está colgada justo en medio y que tiene el marco dorado.

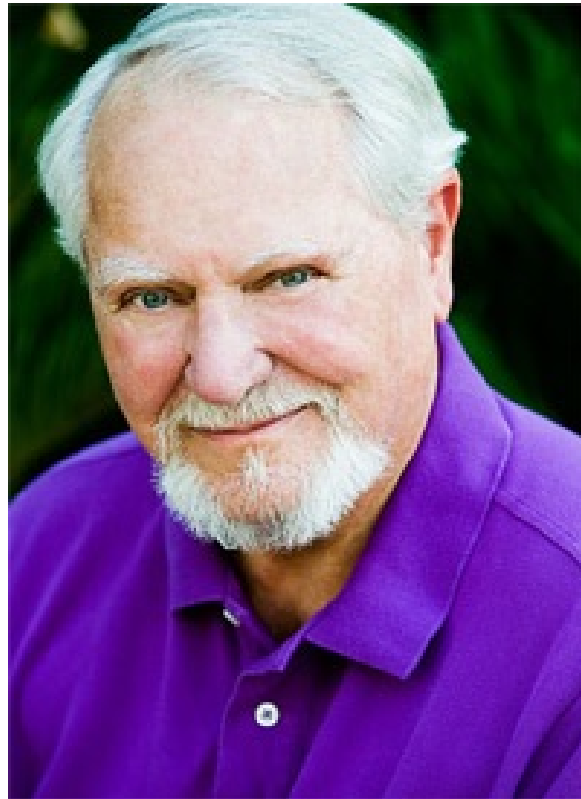
En ella se ve al almirante Sandecker acompañado de un extraño grupo de personas que, por su aspecto, podría decirse que acaba de sufrir un grave accidente. En primer lugar hay un hombre de baja estatura y pelo rizado que con las piernas escayoladas, está sentado en una silla de ruedas. Cerca de él se ve un hombre pequeño con gafas de concha que lleva la cabeza vendada y varios dedos entablillados. Va vestido con lo que parece ser un exiguo camisón de hospital. A su lado hay una atractiva mujer vestida con unos pantalones cortos y un *top*. Por su pinta no desentonaría en un centro para esposas maltratadas. A continuación hay un hombre alto con una gasa en la frente y el brazo en cabestrillo. Sus ojos expresan temeridad y echa la cabeza ligeramente hacia atrás porque se está riendo de buena gana.

Si cuando le hagan pasar al despacho del almirante usted pregunta quiénes son los curiosos personajes que salen en la fotografía del marco dorado, prepárese para pasar una hora sentado y con los oídos bien abiertos.

La historia es larga, y a Sandecker le encanta contar por qué al río Pitt le pusieron ese nombre.

FIN





CLIVE CUSSLER, nació en Illinois en 1931, pero creció en Alhambra, California, donde era el típico chico que se perdía en clase para soñar que estaba navegando bajo bandera pirata, o junto al almirante Nelson. Dejó la Universidad cuando empezó la guerra de Corea para alistarse en las fuerzas aéreas, donde sirvió como mecánico de aviones e ingeniero de vuelo, en una base de Hawai, y aprovechó su tiempo libre para aprender a bucear junto a sus amigos, uno de los cuales fue la fuente del mejor amigo de su personaje estrella, el ítaloamericano Al Giordino. El propio autor recuerda que en esta época, principios de los años 50, no se sabía casi nada sobre el submarinismo, que no se respetaban los tiempos de descompresión, y que se jugó la vida más de una vez. Pero llegó a amar el mar con toda su alma, un amor que no le ha abandonado, y que fue clave en su vida.

Después de dejar el ejército, se dedicó a la publicidad, y llegó a ser director creativo de dos de las agencias más importantes de estados unidos. Durante este tiempo, también se dedicó a escribir y producir anuncios de radio y televisión, que le hicieron ganar varios premios, incluido uno del festival de Cannes.

Sin embargo, llegó un momento en el que se dio cuenta que lo que él realmente quería era escribir novelas de submarinismo. Apoyado por su mujer, Barbara, dejó su trabajo en la multinacional para sacarse el título de buceador profesional, y se puso a trabajar en una tienda de artículos de submarinismo, al tiempo que daba cursos a aficionados. Los tiempos libres los aprovechaba en la trastienda, escribiendo en una máquina de escribir portátil artículos submarinos para revistas. En 1973 publicó la que sería la primera novela de Dirk Pitt, *The mediterranean Caper* (*Peligro en el*

*mediterráneo*). Fue con su tercera novela, *Raise the titanic (Rescaten el titanic)* con la que alcanzó la fama, y pudo dedicarse a su mayor afición: rescatar barcos hundidos.

Cussler invirtió los beneficios de su libro para empezar a buscar, siempre apoyado por su mujer Barbara, y sus tres hijos, Teri, Dirk y Dana, barcos sumergidos. El primero que buscó fue el barco de John Paul Jones, uno de los héroes de la historia marítima, pero a pesar de que no logró encontrarlo, la experiencia le permitió aprender mucho sobre la búsqueda de barcos hundidos. Hasta la fecha, Cussler ha encontrado más de 60 barcos, entre ellos: El *Hunley*, un submarino confederado conocido por ser el primero en hundir un barco, el *Housatonic*. El *U-20*, el submarino alemán que hundió el famoso *Lusitania*; el barco de la república de Texas *Zavala*, encontrado bajo un parking en Galveston; y los restos del *Carpathia*, el barco que rescató a los supervivientes del *Titanic*. Todos estos descubrimientos los ha logrado con su ONG, la *NUMA*, que se llama así por que es la organización para la que trabaja su personaje, Dirk Pitt. (Él se negó a que se llamase así, pero el resto de socios votaron por unanimidad).

Con su libro, «*The Sea Hunters*» («*Exploradores del mar*»), publicado en 1996, acerca de sus trabajos como arqueólogo marino, logró que se conocieran gran parte de sus actividades enrolado en su ONG, la *NUMA*. También logró un hecho histórico: la Facultad de Ciencias del mar de la Universidad Estatal de Nueva York aceptó su libro como una tesis doctoral, y le otorgó el título de Doctor. Fue la primera vez en los 123 años de historia de la universidad que se concedió tal privilegio.

Además, Cussler es miembro de «El club de exploradores de Nueva York», la «*Royal Geographic Society*» de Londres, y la «*American Society of Oceanographers*». También destaca por su pasión por los automóviles antiguos, y posee una colección de más de 85 vehículos fabricados antes de los años 50, y restaurados a la perfección.

Cussler también tiene la tradición, desde su décima novela, «*Dragon*», de aparecer en sus propias novelas, en ocasiones como simples cameos, y en otros casos como salvador de los protagonistas y fundamental para su desenlace. El autor confiesa que todo empezó con una broma, y que estaba seguro de que su editor lo retiraría antes de publicar el libro, pero no fue así, y ya se ha convertido en una tradición, a pesar de que los personajes nunca recuerdan a Cussler de un libro a otro.

# Notas

[1] Tanto la canción como la siguiente frase aparecen en español en el original. (N. del T.). <<